



El hilo que  
todo lo cose

Vega Rigel

**Vega Rigel**

**El hilo que todo lo cose**

**2016-2019**

A MC por enseñarme que no hay sufrimiento sin lucha.

A VAM, por su amistad y por prestarme su torso para la portada.

A la música, por acompañarme en el camino.

Y por supuesto, a mi familia. Os quiero.

# PRÓLOGO

Cada día, al alba, Lisa sale a correr por el paseo que bordea las playas de Cambrils intentando ahogar los recuerdos que la han sumido en una profunda depresión durante meses. A través del running, ha encontrado el camino para darse una nueva oportunidad y aunque las pesadillas la atormentan cruelmente durante la noche, cada día se levanta y le planta cara a su amarga realidad.

Cuando decide mudarse a París y empezar de nuevo, se instala en un acogedor apartamento del Distrito 9 y no tarda en entablar amistad con Mme Bondue, la entrañable anciana que vive en el entresuelo, cuyas pasiones son las plantas y su nieta Monique.

Lejos de la imagen que Lisa se ha hecho de ella, Monique resulta ser una exuberante y bella mujer con la que iniciará una ardiente y apasionada relación que provocará que se replantee su sexualidad.

Simpática, extrovertida y a la vez enigmática, iremos descubriendo a lo largo del relato los secretos que Lisa pretende mantener ocultos, como si con ello, pudiera permanecer alejada de todos ellos.

¿Logrará superar el dolor que la mantiene anclada al pasado y que provoca que su presente y su futuro se vean condicionados? ¿Conseguirá superar las pruebas que la vida pondrá una y otra vez en su camino?

Esta es una historia de relaciones personales, de fidelidad, de traición, de amistad y de amor. La música se convierte en un personaje más y a través de ella, descubriremos los vínculos que se van creando entre los personajes y lo caprichoso que es a veces el destino.

# CAPÍTULO 1

Los atardeceres de invierno continúan sobrecogiéndome como la primera vez que reparé en ellos. Tenía 35 años y hasta entonces, los tonos rojizos en sus miles de caprichosas tonalidades habían pasado completamente desapercibidos para mí. Las nubes se desdibujaban y cambiaban lentamente de forma, de modo que, si apartaba la mirada tan solo un instante, la imagen que veía a continuación era infinitamente diferente a la anterior.

Los puntitos que veía a lo lejos, poco a poco se fueron convirtiendo en barcos de pesca y verlos llegar a puerto, se convirtió en mi única distracción de las tardes. A veces, incluso los veía salir al amanecer tumbada sobre el sofá y desvelada por las pesadillas que me atormentaban sin piedad.

Acurrucada bajo la manta, sentía como otro día se marchaba, otro día ahogada en los recuerdos y escondida bajo la dilatada soga de la tristeza de la que era incapaz de desprenderme. Las imágenes de otros tiempos me acechaban, barajándose como cartas de póker y entre todo ese batiburrillo, una pregunta asaltaba continuamente mis pensamientos: ¿Por qué yo no?

Hacía muchos meses que mi vida se había quedado atrapada en un solo instante, un instante que pasaba delante de mis ojos una y otra vez. ¿Por qué yo no?

Recluida en casa, los meses fueron pasando unos tras otros, alejada de todo y de todos, incluso de mi hermana Clara, a la que quería con locura. No tenía ganas de vivir y la soledad impregnaba cada poro de mi piel. Era una muerta en vida.

Salía en contadas ocasiones de casa, pero una de ellas, acabó cambiando el curso de mi vida. Era el típico domingo de finales de invierno, en el que sol brilla con fuerza y apetece salir de casa para dar un paseo junto al mar. Una chica sofocada por el esfuerzo, le gritaba a su novio sin apenas aliento.

—*¡No puedo más! ¡Joder! ¡No puedo dar ni un paso más! Me duele todo.*

—*¡Ánimo cariño! ¡Un último esfuerzo! Solo te quedan 200 metros* —la animaba él.

—*¡No quiero! ¡Se acabó! Si quieres correr, sigue tú. No sé por qué te he hecho caso... ¡Esto de correr es una mierda!*

Aquella trivial escena me ayudó a comprender que debía seguir luchando y que solo yo podía detener la deriva constante en la que vivía, o, mejor dicho, en la que malvivía.

Correr no se me daba bien, básicamente porque lo encontraba aburrido, pero a decir verdad, por aquel entonces encontraba aburrida cualquier cosa que no fuera tumbarme en el sofá. Sin ser consciente, busqué una rutina, una obligación para levantarme cada día y una oportunidad para recuperar trozos de mí misma. El running fue el principio del cambio.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y cuando terminé de vestirme, bajé a la cocina para beberme un vaso de agua siguiendo las indicaciones de varias páginas de deporte que había consultado el día anterior y que hablaban de los beneficios de beber en ayunas, aunque yo tenía mis dudas.

<Seguro que me da flato>

Junto al paseo que bordea la playa, consulté el reloj y faltaban pocos minutos para las ocho. El mar estaba en calma y las pequeñas olas se mecían sobre la orilla, reflejando los primeros rayos de sol.

Tras varios minutos corriendo, sin fuerzas y sin aliento, mis piernas se negaron a seguir. Abatida y enfadada porque era demasiado pronto para rendirme, no tuve más remedio que aceptarlo y sentarme en un banco para descansar. Miré el reloj y las manecillas se habían movido apenas seis minutos. Desolada, comprendí que mi raquítico estado no daba para más y volver a casa caminando no fue una opción.

Antes de ducharme, me puse frente al espejo completamente desnuda y me di asco a mí misma. ¿Cómo le había hecho eso a mi cuerpo? Lo raro no era aguantar solo seis minutos corriendo, lo raro era que, en esas condiciones, consiguiera mantenerme en pie.

Me entregué el resto del día a leer acerca del running y a planificar una rutina acorde a mi delicado estado físico y por qué no decirlo, también psíquico. La música empezó a ser una parte fundamental del entrenamiento y poco a poco, también de mi día a día, pues las listas de reproducción fueron creciendo y llegó un momento en que tenía una para cada estado de ánimo o situación en la que me encontraba.

Salía a correr todos los días de la semana excepto los domingos y en cuatro semanas, fui capaz de recorrer tres kilómetros en quince minutos, lo cual no era mucho, pero esos pequeños logros dieron alas a mi fuerza de voluntad para seguir mejorando día a día. Correr hizo que me sintiera mejor y más fuerte, pero sobre todo, más animada. La rutina me mantenía centrada en

mi objetivo y alejada al mismo tiempo de todos mis fantasmas (aunque solo fuera un rato), así que busqué un entretenimiento adicional que casaba perfectamente con el estilo de vida que había emprendido: la cocina. En unas semanas, engordé seis kilos y mi cuerpo lo agradeció devolviéndome una imagen en el espejo con la que cada vez me sentía más identificada. La tez pálida y enjuta pasó a ser un recuerdo y en su lugar, regresaron las mejillas sonrosadas y el vigor de un cuerpo más sano. ¡Qué paradoja! Echar a correr me había dado la oportunidad de hacer camino de nuevo.

A finales de año, cuando todo el mundo andaba ensimismado con las Navidades, supe que era el momento de darle un giro a mi vida. Necesitaba un cambio radical.

Sobre la mesa que había junto al sofá tenía las cartas de recomendación que me había preparado Virginia, mi jefa y una de mis mejores amigas: una en castellano, una en alemán, otra en francés y una última en inglés. —Ve donde quieras pero vuelve —me pidió.

El alemán se me antojaba inalcanzable, sin embargo, con el inglés y el francés me defendía bastante bien, con lo que la pregunta pasó a ser ¿Londres o París? La elección fue fácil gracias a los maravillosos recuerdos que tenía del viaje de fin de carrera a la Ciudad de la Luz con mis amigas Carmen e Isabel. Lo pasamos tan bien, que prometimos repetir ese viaje cuando las tres tuviéramos trabajo, pero lamentablemente no se volvieron a dar las circunstancias adecuadas para ello.

Nada me impedía dar el paso para empezar una nueva vida en otro lugar, si acaso, el miedo a lo desconocido, pero escondí ese miedo en lo más profundo de mí, y una semana más tarde, estaba preparada para partir.

Sin lugar a dudas, lo más difícil fue despedirme de Clara. Durante el tiempo que estuve aferrada a la soledad, me aparté de todo, incluso de ella y solo entonces, viendo su rostro descompuesto, reparé en el daño que le había causado mi aislamiento. Me abrazó como si no me fuera a ver más.

—Clara, solo voy a estar a dos horas de avión. No me voy al fin del mundo —le recalco mientras me aprieta con fuerza.

Desde pequeñas sabíamos perfectamente que pensaba la otra con tan solo una mirarla y eso hacía reír a mi madre, que desgraciadamente nos había dejado ocho años atrás por un cáncer de pulmón, ella, que ni siquiera se permitió el lujo de fumar por ser un vicio demasiado caro.

Mi padre se fue de casa cuando Clara y yo cumplimos los ocho años, así que tuvo que hacerse cargo de nosotras sin apenas recursos. Trabajaba de sol



a sol y no es precisamente una metáfora. Al alba, se levantaba para limpiar la casa de una vecina y volvía a las ocho para que pudiéramos desayunar las tres juntas en la pequeña y destartada mesa de la cocina. Después nos acompañaba al colegio. —*Estudiad mucho. Os quiero* —nos repetía tenazmente cada día antes de despedirse. Nada más dejarnos, iba a casa de la señora Salinas, a la que la edad y la obesidad habían postergado a una silla de ruedas para poder salir a la calle. La ayudaba con las tareas del hogar y después, mi madre empujaba su silla hasta el parque para que, de lejos, pudiera ver a su nieto. La pobre tenía contados los días que faltaban para que el pequeño fuera al colegio y no pudiera verlo más, porque el calzonazos de su hijo, se había casado con una auténtica zorra y la muy capulla, no paró hasta verlo apartado de su madre mediante artimañas y mentiras.

A las seis de la tarde nos recogía del colegio y una vez en casa, hacíamos los deberes mientras ella cocinaba. Después de cenar, nos quedábamos en la cama y se iba de nuevo a trabajar a una lavandería hasta altas horas de la madrugada. Algunas noches en las que no podía conciliar el sueño, la oía abrir la puerta y arrastrar los pies hasta su habitación muerta de cansancio. Es la mujer más fuerte y buena que he conocido, un ídolo para mí y el mejor ejemplo de que jamás hay que rendirse por muy difícil que la vida te ponga las cosas. A menudo me lamentaba por no tener su fuerza y determinación.

Al cumplir los dieciséis, Clara y yo compaginamos los estudios con el trabajo y nos colocamos en un supermercado como reponedoras. Con dos sueldos más en casa, nuestra madre pudo dejar el trabajo en la lavandería y fuimos a celebrarlo por todo lo alto en uno de los mejores restaurantes del puerto. Por primera vez en nuestra vida, comimos mariscada.

Cargué el coche con un par de maletas e instintivamente, me puse el colgante en los labios, un gesto que solía hacer cuando estaba nerviosa. Era una lágrima de oro blanco con un diamante en el centro que compré cuando empecé a trabajar para Virginia. A otras personas les da por tocarse el pelo, fumar o comer, pero a mí me calmaba sujetarlo entre los labios y jugar con él.

Dos vueltas de llave y un ligero dolor de estómago. Todos los recuerdos que me unían a esa casa, mi casa durante los últimos siete años, se quedarían allí encerrados hasta mi vuelta, pero me equivoqué, porque insistieron en viajar conmigo.

Con las manos apoyadas en el volante, la miré una última vez mientras de fondo sonaba "*Don't stop me now*" de Queen. Ni hecho a propósito.

<Adelante Lisa> me digo a mí misma antes de meter primera y no volver la vista atrás.

Aproximadamente mil kilómetros me separaban de mi nueva vida, pero el largo camino iba a ser un poco más corto gracias a mi tía Adela, que vivía en Lyon, más o menos a medio camino entre Cambrils y París. Desde el entierro de mamá, no la había visto, así que aquel viaje supuso la oportunidad perfecta para pasar unos días con ella y visitar otra de las ciudades francesas que más me gustan.

Adela pasaba de los setenta y permanecía soltera por convicción. Emigró a Francia en plena Dictadura desafiando a toda su familia y con tan solo una maleta, se instaló en un país del que no conocía ni tan siquiera el idioma. Con los escasos ahorros que llevaba encima, poco podía hacer sino trabajar y empezó cuidando a los hijos pequeños de una de las cuatro chicas con las que compartía piso, todas ellas prostitutas. No tardó en aprender francés y fue entonces cuando decidió tomar clases para conseguir un título oficial de cuidadora, tarea a la que dedicó el resto de su vida.

De aspecto fuerte y reservado, era en realidad un trozo de pan con un sentido del humor irónico y divertido, digno de la mujer valiente que era. Estaba tan integrada, que había cambiado incluso la última letra de su nombre y se hacía llamar Adèle.

Al día siguiente de mi llegada, visitamos el Parc de la Tête d'Or, un enorme parque con una curiosa leyenda que habla de una cabeza de oro con la imagen de Cristo enterrada en sus terrenos. Fue inaugurado en 1857 y al igual que El Retiro de Madrid, el Parc de la Tête d'Or dispone de varias puertas de acceso. Nosotras entramos por la puerta Enfants du Rhône (Hijos del Rhône) que inicialmente se llamó La Puerta de los Legionarios. A lo largo y ancho de sus extensas 117 hectáreas, no solo puedes encontrar incontables zonas verdes, sino también, un lago, invernaderos, un jardín botánico, un zoo e incluso un velódromo. Un verdadero pulmón para una ciudad que contaba con más de medio millón de habitantes. Todo precioso, sí, pero pasé un frío de mil demonios.

—¡Con razón vas todo el día tiritando! Toda esa ropa que llevas es demasiado mediterránea. En París hace más frío que aquí; harías bien en adecuar tu vestuario a nuestro clima.

Los paseos fueron infinitamente más agradables con la ropa adecuada, sobre todo, cuando nos acercábamos al Rhône y lo atravesábamos por alguno de sus innumerables puentes.

Lyon es conocida por ser la Ciudad Gastronómica de Francia y para degustar la fantástica oferta de restauración de la ciudad, no hay sitio mejor que la zona llamada “Vieux Lyon”, donde multitud de “Bouchons” (así es como llaman a los restaurantes de esa zona), ofrecen comida de gran calidad.

Algunos de ellos, destilan historia por cada una de sus baldosas, en cada piedra vista y en cada mueble antiguo, porque no solo sirven la mejor comida del país, lo hacen desde inmuebles con más de un siglo de antigüedad.

En los últimos veinte años, impulsada en gran medida por la declaración de la Unesco como Patrimonio Cultural de la Humanidad, la zona se había ido restaurando y un precioso batiburrillo de restaurantes y pequeños cafés se extendían por todo el barrio.

Mi intención, al llegar a París, era instalarme en un piso, pero no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar y hacerlo por Internet me planteaba demasiadas dudas. Por suerte, una tarde nos visitó una amiga de tía Adèle y me recomendó unos apartamentos en el Distrito 9 donde su nieta había pasado los primeros años de carrera.

Dos días más tarde, llegué a la puerta del edificio donde el agente de fincas me esperaba. Era un hombre de mediana edad, de piel lechosa y mofletes abotargados.

La amiga de tía Adèle me había puesto en antecedentes y sabía que el edificio era antiguo, con lo que ya iba con la idea de que las zonas comunes estarían algo viejas, pero la verdad es que, entre la poca luz que había en el interior del portal y que las paredes eran de un gris indefinido, se me cayó el alma al suelo en cuanto puse un pie dentro. Estuve a punto de salir pitando, si no fuera porque al final del pasillo, había decenas de plantas muy bien cuidadas y decidí darle una segunda oportunidad sin la menor esperanza.

—El edificio tiene casi cien años —dice el agente cuando me fijo en que los escalones están gastados por el uso.

—No puedo ni imaginar cuánta gente habrá pisado estos peldaños.

No disponía de ascensor, pero ese dato no suponía ningún problema puesto que el piso, o mejor dicho, el apartamento, que es como lo llaman, estaba en la primera planta. Cuando metió la llave en la cerradura, apreté los dientes imaginándome un cuchitril oscuro, viejo y plagado de cucarachas, pero nada más alejado de la realidad. El apartamento era precioso: abierto, luminoso y completamente reformado a excepción del suelo de madera que parecía bastante antiguo y crujía al caminar por él, pero incluso ese detalle, me encandiló. La puerta de acceso daba a un pasillo que distribuía el apartamento

en tres zonas: a la derecha, una habitación con un pequeño y modesto aseo y a la izquierda, la amplia habitación principal, que disponía de baño completo y una enorme ducha completamente reformada que me gustó incluso más que el vestidor. Justo delante de la puerta de acceso al apartamento, estaba el comedor—cocina, todo en la misma estancia. Mientras la parte derecha daba a la calle, la parte izquierda lo hacía a una galería interior donde los vecinos tendían la colada. Me enamoré de sus techos altos y de los grandes ventanales de madera de casi dos metros de alto. Con semejantes ventanales, hasta el más mínimo rayo de luz, se colaría a través ellas, o eso pensaba, porque llevaba una semana en Francia y todavía no había visto el Sol.

<Le hace falta una capa de pintura y una buena limpieza, pero eso es lo de menos>

—Me lo quedo.

—Si quiere pasar por la oficina, mañana mismo podría mudarse.

—Me gustaría hacerlo hoy.

—Aunque no es el procedimiento habitual, estoy seguro de que podremos resolverlo —accede el agente.

Me pedían dos meses de fianza por adelantado y les di tres con la condición de salir de allí con las llaves en la mano.

Tras el papeleo, volví al apartamento. El agente me había dicho que tan solo llevaba cerrado medio año, pero obviamente los antiguos inquilinos no habían sido muy pulcros. Impaciente por hacer mías aquellas cuatro paredes, rebusqué por los armarios con la esperanza de encontrar algo para limpiarlo, pero estaban completamente vacíos y no tuve más remedio que abandonar la idea y dedicarme a preparar una extensa lista de la compra con todo lo necesario para poder adecentarlo, empezando por la nevera, donde me iba a tener que emplear a fondo.

Cuando no se me ocurrió nada más que añadir a mi lista, marqué el número de Clara.

—*¡Lisa! Me preguntaba cuando me llamarías. ¿Cómo va todo?*

—*Ya tengo apartamento.*

—*¿Dónde?*

—*Distrito 9, muy cerca de Ópera Garnier. Te gustaría, tiene los techos altos y unas ventanas enormes. El salón y la cocina están juntos y la habitación tiene un vestidor forrado de madera chulísimo.*

—*¡Oh! ¡Qué guay! Anda, envíame unas fotos.*

—*Mejor lo dejo para dentro de unos de días cuando esté un poco más*

*presentable.*

—¿No te lo han dado limpio?

—Necesita un buen repaso, pero al menos tiene lo imprescindible para vivir y es muy acogedor. ¡Lo olvidaba! Tengo una habitación de invitados, así que, animaros y hacedme una visita.

—Pues no te digo que no. Hace tiempo que tengo ganas de ir a París.

—Sería genial teneros aquí unos días.

—Por cierto, hoy me he encontrado con Isabel y me ha preguntado por ti. ¿No le has dicho que te ibas fuera una temporada?

—No.

—¿Por qué? He tenido que mentir Lisa —me recrimina con razón.

—No me he despedido de nadie... ya sabes que odio las despedidas.

—¿Pero se lo dirás?

—Dentro de un par de días, cuando esté completamente instalada.

—¿Y a Carmen?

—También —digo en tono cansino. Cuando quiere, mi hermana es muy pesada.

—¿Hacemos un Skype? Tengo ganas de verte.

—No he traído el ordenador, me he venido con lo justo y la poca ropa que traía, era demasiado fresca y en Lyon he tenido que renovar mi vestuario. No veas la rasca que hace aquí.

—¡Qué casualidad! ¿Tú de compras? —se mofa sabiendo mi debilidad por la ropa.

—No fue culpa mía. Exigencias del clima.

—¡Ya! Supongo que tendrás calefacción.

—¡Calefacción central! —exclamo satisfecha.

—Con lo friolera que eres, te va a venir de perlas. Me encantaría estar ahí para echarte una mano —susurra en tono tristón.

Estaba sola en una ciudad que apenas conocía y aunque me hubiera gustado compartir ese momento con ella, debía dar ese paso por mí misma.

—No ha sido fácil, pero ¡aquí estoy! —exclamo emocionada para hacerle ver que estoy bien.

—Sé que necesitabas un cambio de aires y, por un lado, quiero que estés bien y consigas lo que estás buscando, pero por el otro, te echo de menos.

—Clara, solo llevo fuera una semana.

—¿No es suficiente para echarte de menos? ¡Ahora que te había recuperado, te vas a mil kilómetros de distancia! ¡Podrías haber cambiado

*de pueblo y ya está!* —dice en tono aparentemente guasón, pero sé que lo está diciendo en serio.

—*Estoy aquí al lado y, además, te llamaré a menudo.*

—*¿En serio? Tú nunca llamas demasiado y ahora que te va a salir más caro....*

—*¿Me estás llamando roñosa?* —pregunto mientras oigo como se ríe al otro lado del teléfono.

—*No te gusta hablar por teléfono, eso no es un secreto.*

—*Prometo llamarte un par de veces a la semana.*

—*Yo estaba pensando en tres o cuatro* —protesta. La imagino haciendo un mohín y sé que debo ceder a pesar de lo poco que me gustan los teléfonos.

—*Creo que mi presupuesto me permite llamarte unas tres veces.*

—*Tres estará bien. ¿Mañana saldrás a hacer turismo?*

—*Creo que dedicaré el resto de la semana a adecentar todo esto. Quiero instalarme completamente cuando antes.*

—*¿Qué tal el barrio?*

—*La calle es tranquila y tiene un pasaje muy chulo con columnas bajo uno de los edificios que da acceso a una calle llena de comercios. En el edificio parece que no haya vecinos, porque desde que he llegado, no he oído ni una mosca.*

—*¡A ver si va a ser un edificio desocupado!* —grita alarmada.

—*Mi apartamento es el único que estaba vacío.*

—*¿Seguro?*

—*Sí, me lo han dicho en la agencia.*

—*Bueno, siendo así, me quedo más tranquila.*

—*En el entresuelo vive alguien a quien le gustan mucho las plantas, porque lo tiene todo precioso. Parece un jardín.*

—*Debe ser una de esas abuelitas que no tienen nada más que hacer.*

—*Seguramente. Ya te contaré.*

—*Tienes voz de cansada, ¿quieres que continuemos mañana?*

Estaba en lo cierto, tenía un bajón.

—*Vale. Te llamaré por la tarde.*

—*¿Seguro?*

—*Lo prometo.*

—*No olvides enviarme las fotos del piso.*

—*Apartamento.*

—*¡Tiquismiquis!*

—*Si hace falta, te haré un álbum solo por no oírte.*

—*¡Mira que eres exagerada!*

—*Buenas noches hermanita.*

—*¡Lisa!* —grita antes de colgar dejándome casi sorda.

—*¿Qué?*

—*Te quiero.*

—*Ídem.*

Teníamos muchas cosas en común: nos gustaba la misma comida, la misma ropa, nos hacían reír las mismas cosas, pero sobre todo, nos gustaba la película “*Ghost*”, de ahí que la palabra “ídem” apareciera en todas nuestras despedidas.

Estaba tan cansada, que me dormí nada más tumbarme en la cama, tal cual, vestida con la misma ropa con la que había llegado y tapada con mi chaquetón. Comprar una almohada y ropa de cama, fueron mis últimos pensamientos antes de cerrar los ojos.

A la ocho sonó el despertador y casi sonámbula, me dirigí al baño mientras el suelo crujía bajo mis pies. Con los ojos medio cerrados, abrí el grifo y di un grito cuando me eché agua en la cara. Estaba tan helada que me despejé al instante.

Me vestí con la ropa de deporte que había comprado en Lyon: mallas negras con forro polar en el interior, camiseta de manga larga y un softshell de color rosa chicle con el que no iba a pasar desapercibida. Anudé los cordones de mis zapatillas y bajé las escaleras hasta el sombrío portal.

—*¡Joder que frío!* —exclamo al sentir la bofetada de la brisa helada de la calle.

<Mi tía tenía razón, en París hace más frío que en Lyon>

Las calles eran un hervidero de gente de un lado para otro y el caos circulatorio era ya considerable. Tras diez minutos de carrera, por fin empecé a notar la sensación de calor mientras otra sensación, algo más desagradable, me invadía las fosas nasales: el olor a carburante.

El garbeo por el barrio mereció la pena, ya que, a un par de manzanas, podía encontrar todo tipo de comercios para hacer mis compras.

De regreso al apartamento, mi estómago empezó a quejarse y con razón: llevaba casi 24 horas sin comer. En mi misma calle había visto una pastelería en cuyo rótulo se podía leer “*Croisette*”. Al entrar, un agradable olor a mantequilla y chocolate intensificó el hambre que sentía, avivado por el aspecto y la variedad de la bollería que había en el mostrador acristalado:

croissants con y sin chocolate, cañas de chocolate a las que llaman “pain chocolat”, una especie de ensaimadas con pintitas negras que resultaron ser pasas, tartaletas de manzana, Muffins y una especie de bollo de pan dulce sobre el que suelen untar mantequilla y mermelada y al que denominan “pain brioché”.

El surtido de bocadillos tampoco era nada despreciable y contando que tenía la nevera vacía y que tendría que comer rápido para avanzar todo lo que pudiera, me acabé pidiendo uno de jamón dulce ahumado con lechuga, huevo duro, mayonesa y tomate a rodajas. Completé el pedido con lo mínimo para un buen desayuno: zumo de naranja, un croissant de mantequilla y un café con leche, lo que me recordó que también necesitaba comprarme una cafetera. Una adolescente de apenas veinte años con varios piercings en la cara, me lo puso todo dentro de una bolsa de papel. Su nombre era Elyse y desde entonces, preparó cada día el pedido que recogía todas las mañanas después de correr.

Tras ducharme con agua bien calentita, me vestí y volví a salir dispuesta a comprar todo lo necesario para limpiar y llenar mi nueva nevera. Estaba súper ilusionada: el barrio me gustaba, el apartamento era una pasada y era el primer día de mi nueva vida. El día cero.

Mientras bajaba las escaleras y repasaba mentalmente la lista de la compra y la ubicación de los comercios que había visto mientras corría, algo se movió a mi derecha al pisar el entresuelo. Cuando me dirigí, vi a una ancianita mirándome con una regadera entre las manos.

<Clara tenía razón. ¡Qué bruja es!>

—Buenos días —la saludo.

—Buenos días. Usted debe ser la nueva vecina.

—Sí, mi nombre es Lisa —digo ofreciéndole la mano.

—Un placer Lisa, soy madame Bondue. ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

<Va al grano y a mí me gusta la gente que es directa>

—Si le digo la verdad, no sé cuánto tiempo me quedaré. Depende —vacilo mientras me encojo de hombros. Me mira con curiosidad y sospecho que trata de averiguar si soy o no de fiar.

—Cualquier cosa que necesites, esta es mi casa —dice señalando la puerta que queda a su espalda—. Abrígate, hoy hace mucho frío.

—Descuide, ya he tenido ocasión de comprobarlo esta mañana cuando he salido a correr.

—¿Eres deportista?

—Intento cuidarme.



—Entonces ya has tenido oportunidad de ver un poco el barrio, ¿no?

—Sí, y tengo la impresión de que es un barrio muy madrugador —bromeo.

—Efectivamente. ¿De dónde eres Lisa?

—Española.

—No lo hubiera dicho por tu acento. Creo que nunca hemos tenido inquilinos españoles... ¡Me gusta la idea de que eso haya cambiado!

Mientras reía, le pregunté acerca de los comercios que había visto y le pedí consejo para hacer mis compras.

—El supermercado que hay saliendo por el pasadizo, es el más completo, podrás encontrar casi de todo.

—Menos mal que está cerca, porque voy a tener que hacer unos cuantos viajes. Hoy me voy a pasar todo el día comprando y limpiando —me lamento.

—Mudarse no es tarea fácil —advierde subiendo las cejas—. La carne es mejor que la compres en la carnicería que hay unos cincuenta metros calle arriba. La verdura también puedes comprarla en el supermercado, pero te aconsejo que te acerques los jueves al mercado callejero que hay a dos manzanas de aquí. Lo hacen en una plaza con muchos árboles y un parque infantil en el centro. ¿Te suena haber pasado por ahí?

—Sí, creo que sé dónde está.

—Procede directamente de los agricultores y es muy variada. Merece la pena por la calidad.

—Muchas gracias por la información Mme Bondue. Hasta luego —digo subiéndome la cremallera del abrigo hasta arriba.

—Bienvenida Lisa.

Me giré para sonreírle antes de salir a la calle y cuando puse un pie fuera, las mejillas se me helaron ipso facto, repitiéndose la misma sensación que había sentido un par de horas antes cuando había salido a correr. La temperatura había subido, como mucho, un par de grados desde entonces y sin duda, el termómetro marcaba bajo cero, ayudado por las nubes que cubrían el cielo por completo. Me coloqué el foulard intentando minimizar la sensación de frío en el cuello y salí a la calle principal en dirección al supermercado, donde, tal como me había dicho Mme Bondue, encontré todo lo que buscaba, a excepción de la fregona. Después de dar varias vueltas, me dirigí a una de las dependientas y tras intentar explicarle lo que estaba buscando, le enseñé una foto en el móvil.

—No tenemos eso —me espeta con cara de alucinada y negando con la cabeza.

<Ni que hubieras visto un marciano. ¿Cómo puede ser que no sepas lo que es una fregona?>

—Necesito fregar el suelo —digo haciéndole el gesto de pasar el mocho por el suelo.

—¡Ah! —la expresión le cambia por completo y me pide que la siga hasta el pasillo de los productos de limpieza que he recorrido, al menos, tres veces.

—Aquí tiene señora, encantada de poder ayudarla —dice dándome un palo con un cepillo y una bayeta.

<¿Me está tomando el pelo? ¿Cómo coj...?> —reprimó mentalmente la palabrota mientras se me queda cara de gilipollas.

Llegué a casa con los dedos morados por el peso de las bolsas y eso que tan solo llevaba una pequeña parte de los productos de limpieza que había en mi lista (y con un palo y un cepillo).

No podía comprar comida con la nevera tal y como estaba, así que no volví a salir hasta que la tuve limpia como una patena.

Después de aquel primer viaje al supermercado, vinieron cinco más, pero entre medio, saqué unos minutos para comerme el bocadillo que había comprado por la mañana en Croisette. Estaba delicioso y me supo a gloria.

Solo había una cosa de mi lista que no pude tachar: la ropa de cama. No tenía ni idea de donde comprarla, así que le pedí consejo a la ancianita del entresuelo y me recomendó ir hasta las Galerías Lafayette.

—Están al final de Boulevard Haussmann. Seguro que el cacharro ese que lleváis todos los jóvenes, te lleva directa.

—¿Se refiere al móvil?

—Eso es.

—Tengo un cacharro de esos —aseguro sacándolo del bolsillo.

Me gustaba mi nueva vecina. Era una mujer encantadora, con una sonrisa afable y acogedora con la que supe que me llevaría bien.

Tardé apenas quince minutos caminando y me encontré delante de un inmueble de impecable arquitectura en el que se podía ver un gran rótulo con el famoso nombre del comercio. Dentro, una magnífica cúpula de cristal con cientos de mosaicos, preside el vestíbulo y reparte circularmente el edificio a través de siete plantas con espectaculares barandillas de hierro forjado.

Recorrí el edificio, pero todo lo que veía, era ropa de mujer. El último piso resultó ser una terraza con unas sensacionales vistas de la ciudad y un pequeño bar. Estaba atardeciendo y la estampa no podía ser más bella, así que me hice una foto con la ciudad de fondo y se la envié a Clara. Mientras

esperaba su llamada, porque sabía que me llamaría, pedí una bebida.

—Orangina, señora —dice el camarero sirviéndomela en un vaso muy chulo.

—Disculpa, ¿dónde puedo encontrar la sección de Ropa de Hogar?

—Debe ir al edificio de la calle Mogador.

—¿Hay otro edificio?

—Si señora, de hecho, hay tres.

—¿Tres? —pregunto alucinando.

—Este edificio está dedicado básicamente a moda de mujer. El de la calle Mogador, es para moda hombre y el edificio que hay justo al lado, es el edificio que llamamos Lafayette Hogar y Gourmet. Que disfrute de su bebida.

—Gracias.

<¡Joder con las Galerías Lafayette!>

No pasaron ni cinco minutos antes de que “*We are family*” sonara en mi teléfono.

—¿Dónde es eso? —pregunta mi hermana sin saludar.

—Estoy en Galerías Lafayette.

—¿Las famosas Galerías Lafayette? ¡Vaya vistas!

—Sí, y lo mejor de todo es que no estaría aquí si de primeras hubiera encontrado lo que buscaba.

—¿Y eso?

—He venido a comprar ropa de cama y resulta que está en otro edificio. Tienen tres edificios, ¿te lo puedes creer? No sé cómo serán los otros, pero este tiene una cúpula que es una maravilla. Te paso una foto, espera —digo mientras busco en la galería del teléfono.

—¡Guau! ¡Es precioso! —exclama tras verla.

—Hay unas tiendas espectaculares, te encantaría.

—¡Mala pécora! ¿Qué te has comprado?

—¿Cómo sabes que me he comprado algo?

—Te conozco...

—¡Ja, ja, ja! Unas sandalias.

—¿Marca? —pregunta mientras sigo riéndome. Mi hermana me conoce bien y sabe que los zapatos son mi perdición.

—Llevan una piña.

—¡Lo sabía! ¿Modelo?

—Siena, color negro.

—Con lo del color no eres muy innovadora, la verdad. Luego les echaré un

vistazo por Internet.

—Negro combina con todo, desde un vestido a unos tejanos. Tengo que ser práctica.

—Ya, tu excusa de siempre. ¡Eres una sosa!

—¿Qué tal Javier?

—Aquí está, leyéndose el manual de una maquina más grande que mi comedor —resopla. De fondo oigo hablar a mi cuñado.

—Dile que deje el manual y te lleve a cenar.

—Mi hermana dice que me invites a cenar —le espeta. Javier contesta, pero no identifico lo que dice.

—¿Y? —pregunto.

—Me está enseñando el libro, le quedan unas cien páginas. Sabes que te digo cariño, no hace falta que me invites a cenar, ¡te invito yo! No, no puedes rechazar mi invitación. Así me gusta. Deberías llamarme más a menudo hermanita —dice bajando la voz.

—¿Qué está pasando?

—Ha dejado el manual y se va a la ducha.

—Seguro que me odia por liarla parda.

—No te creas, me está haciendo un gesto para que te mande un beso. Por cierto, no estás cumpliendo tu parte del trato.

—¿Qué trato?

—Me tenías que llamar al menos tres veces por semana, ¿lo recuerdas?

—Hoy es martes y te llamé ayer. La media es prometedora.

—Ya veremos. ¿Cómo va la limpieza?

—Hoy he avanzado poco, pero al menos, tengo la nevera limpia y algo de comida. Ahora que tengo todo lo que necesito, me emplearé a fondo a partir de mañana.

—¡Jolín! Tengo ganas de verlo.

—No seas impaciente —digo dándole el último sorbo a mi Orangina. Se ha hecho de noche y empieza a hacer frío.

Llegué a casa cargada como una burra (¡otra vez!), pero contenta con mis compras: un juego de sábanas blancas, un nórdico, una funda de lino lavado en tonos grises, una almohada de látex y un par de toallas.

No me gustaba la idea de no lavar la ropa antes de ponerla, pero me negaba a dormir una noche más sobre el colchón.

Seis días más tarde, con el apartamento limpio y con una fresca capa de pintura, empecé a hacer turismo. Antes de las diez, tomé un metro que me llevó

hasta Trocadero, y una vez allí, atravesé los jardines del mismo nombre y crucé el Pont d'Iéna para encontrarme de frente con la Tour Eiffel. Para evitar la cola del ascensor, me dirigí directamente a la primera planta, pero claro, allí ya estaban congregados todos los que habían utilizado el ascensor, así que continué hasta la segunda y resoplé exhausta al llegar al último escalón. Me quedé sin aliento, esa es la verdad y necesité un par de minutos para conseguir que mis piernas se movieran.

—¡Joder, qué vértigo! —exclamo al llegar a la barandilla del mirador.

Las vistas a casi 116 metros de altura ofrecen unas bellísimas imágenes de París y según la guía que me habían entregado al comprar la entrada, en días claros se podían ver hasta 50 kilómetros a la redonda. No era el caso, pues las nubes cubrían el cielo un día más. En el primer piso se halla el restaurante “58 Tour Eiffel”, mientras que, en el segundo piso, está el exclusivo “Le Jules—Verne”, que con una estrella Michelin, hace las delicias de los más sibaritas.

Durante la visita, no dejé de consultar la guía para familiarizarme con todas las fechas importantes: construcción, inauguración, oscilación, el pequeño museo que hay en el Observatorio y otros muchos detalles que consiguieron que la visita fuera más interesante de lo previsto. Hice varias fotos y por supuesto algún selfie tanto del Sena tras de mí, como de los Jardines del Campo de Marte que visité una vez bajé de la Torre para hacerme la típica foto con la estructura metálica a mi espalda. Desde allí mismo, se las envié a Clara.

Amanecía mi segunda semana en París y ya me había acostumbrado a correr por las calles del barrio y por la ciudad en general, aunque acostumbrarme al ruido infernal del tráfico y a la densa polución, me estaba costando un poco más. Como de costumbre, pasé por Croisette para recoger el pedido que me preparaba Elyse con puntualidad inglesa.

Una vez en el apartamento, tosté el bollo de pan y unté tomate con un poco de aceite. Sobre él, coloqué una generosa loncha de jamón dulce ahumado. Le di un buen mordisco al croissant de mantequilla con el que día tras día me deleitaba mientras el tazón de leche se llenaba de café.

Consulté la web de turismo de la ciudad, pero fui incapaz de decidirme por alguna de las rutas que proponían, así que decidí pasar el día en el Louvre y no me arrepentí de la elección, pues se convirtió en mi lugar preferido de la ciudad. Volví a él una y otra vez, fascinada no solo por sus obras, sino también por su maravillosa arquitectura. Entre sus paredes, perdía con facilidad la noción del tiempo y con él, los miedos que me seguían atando al pasado.

La historia del edificio tiene tanto encanto como cualquiera de famosas pinturas o esculturas que alberga. Inaugurado en 1793, el Louvre acoge miles de obras de procedencia muy diversa, lo que lo convierten en uno de los mayores y más importantes museos del mundo. Entre otras, puedes deleitarte con las esculturas de la Venus de Milo o Victoria de Samotracia y por supuesto, con una de las pinturas más famosas del mundo: la Gioconda.

La pirámide que da la bienvenida al museo se inauguró en 1989 y se accede al museo por ella. Una vez dentro, lo primero que te encuentras es la historia del propio Louvre, que data de alrededor del 1190 cuando el Rey Felipe Augusto, decidió crear un cinturón alrededor de París para su defensa e hizo construir un castillo a orillas del Sena para vigilar las posibles incursiones enemigas a través del río. Poco a poco, con la creación de una segunda muralla, el castillo dejó de tener fines militares y no fue hasta el 1364 cuando Carlos V realizó las primeras reformas para convertirlo en su residencia, pero, de nuevo, el castillo quedó abandonado con la invasión de los ingleses en 1371.

Desde entonces, la fortaleza fue literalmente engullida por el crecimiento de la ciudad y no fue hasta la llegada del Rey François I cuando realmente el Louvre empezó a tomar forma e inició un lento camino para verlo como lo vemos hoy en día, no dudando incluso en demoler varias de sus secciones para conseguirlo. Pero si alguien tiene grabado su nombre en la historia del Louvre, es sin duda Catherine de Médici por ser la responsable de llevar a cabo la construcción del Palacio des Tuileries y sus jardines en 1564. Posteriormente, Enrique IV mandó construir una galería que unió el Louvre con el Palacio des Tuileries y de esa forma, se gestó el primer paso para unirlos, tarea llevada a cabo en gran medida por Luis XIII y Luis XIV, quien lo habitó hasta su marcha a Versailles. Sin embargo, fue Luis XVI quien lo convirtió en museo, cuando en agosto de 1793 lo abrió al público con una pequeña colección de obras que fueron creciendo y engrosando la exposición, en gran medida gracias a los botines de guerra de Napoleón I, que también acabó instalándose en el palacio.

Napoleón III unió por fin todas las secciones echando abajo el barrio que separa Les Tuileries y el Louvre, pero un incendio en plena Guerra Civil quemó la sección que daba a Les Tuileries y la redujo a cenizas en 1871, por eso hoy en día, pueden verse los jardines desde la sección principal.

Mi exposición favorita era y sigue siendo la egipcia. Visitarla me transporta al Egipto más esplendoroso y a sus formidables pirámides,

invitándome a adentrarme en ellas e ir hacia lo desconocido, a otro mundo donde los jeroglíficos hablan por sí solos y me cuentan fascinantes historias. No era raro encontrar pintores frente a la esfinge de Tanis, que procedente del Templo de Amón, fue tallada en el año 2600 a. C. para representar la relación entre Dios y el Faraón. Son incontables las obras que generan fascinación entre los visitantes y todo ello sin tener en cuenta que cada una de sus salas, plagadas de detalles y de pinturas extraordinarias, son en sí mismas una obra de arte.

Esa semana, a parte del Louvre y de la Tour Eiffel (vista y fotografiada desde todos sus ángulos), visité el Moulin Rouge, la Basílica del Sacre—Coeur, el Arco de Triunfo y por supuesto, Notre—Dame, bellísima tanto por fuera y como por dentro con sus tres impresionantes rosetones y sus techos abovedados. Para esta última, tuve incluso la suerte de poder subir hasta la última planta y contemplar de cerca sus famosas gárgolas.

<¿Se convertirán en realidad como en la película del Jorobado?> pienso mientras me hago un selfie con los ojos torcidos.

Durante las siguientes semanas seguí visitando otros muchos lugares de la ciudad, como por ejemplo, Square des Peupliers, una zona de París que alberga en sus calles, tranquilas e idílicas, un tesoro que solo puede ser descubierto tomándose el tiempo necesario para pasear por ellas y observar con atención los detalles de sus edificios, de sus comercios y a sus cosmopolitas vecinos. Llegué allí con la línea 7 del metro y me bajé en Tolbiac, donde algunos músicos callejeros le daban un toque auténticamente parisino a sus calles.

El Panthéon Bouddhique, es un lugar donde mente y espíritu se unen en perfecta armonía. En su jardín de más de 450m<sup>2</sup>, el sonido de las aves queda diluido entre el silencio y la paz que emana desde cada rincón.

Mme Bondue me habló de la Petite Ceinture, una antigua vía de ferrocarril abandonada e increíblemente desconocida para la mayoría de los parisinos y turistas que visitan la ciudad. Según leí, se construyó en el siglo XIX para transportar pasajeros y mercancías alrededor de París, pero con la llegada del metro fue abandonada y olvidada allá por el 1934. Con gran acierto, habían abierto un recorrido de algo más de un kilómetro que me encantó.

¿Catacumbas en pleno centro de la ciudad? No podía creerlo, pero así era. Cuenta la historia que en ellas reposan unos seis millones de parisinos. De inicio, fueron la cantera sobre la que se asentó la construcción de la capital, pero a finales del siglo XVIII y bien entrado el XIX, los cementerios de la

ciudad se fueron cerrando por motivos de salubridad y los restos se llevaron a las catacumbas. A lo largo de los 45 minutos que dura la visita y sus dos kilómetros de recorrido, tuve en varias ocasiones la sensación de que me faltaba el aire y eso que no sufro de claustrofobia. A diferencia del Panthéon Bouddhique, de allí me llevé mucha tristeza y me trasportó a una de las épocas más duras y sombrías de la ciudad.

La hermana menor de la Estatua de la Libertad de Nueva York, es otra de las curiosidades que puedes visitar en París, y lo mejor de todo, es que está muy cerca de la Tour Eiffel. Data de 1827, por lo tanto, es casi 60 años anterior a la de Nueva York y simboliza el centenario de la Revolución Francesa. La que está al otro lado del charco, fue un regalo del pueblo francés para conmemorar el centenario de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la transportaron desmontada en 300 piezas.

El Cimetière du Père Lachaise es un sitio un tanto *friki* pero no pude resistirme a dejar de visitarlo. Allí se encuentran las tumbas de personajes tan famosos como Oscar Wilde, Chopin, Jim Morrison o la grandiosa Edith Piaf. Estar frente al lugar donde reposa desde 1963, es conmovedor y no pude evitar recordar su canción “*Non, je ne regrette rien*” que a día de hoy me sigue poniendo la carne de gallina. Dicen que en su tumba nunca faltan flores. Es cierto.

Una mañana, mientras volvía de correr, me topé con Mme Bondue acarreando dos enormes bolsas a un par de manzanas de nuestro edificio.

—¡Buenos días Mme Bondue!

—Hola Lisa, veo que vienes de tu sesión de “ranín”

—Es running —la corrijo riéndome.

—¡Pues eso! No sé por qué os inventáis palabras tan raras.... con lo fácil que es decir correr.

—Tiene usted razón —digo encogiéndome de hombros. Tras tomar las bolsas para ayudarla, me doy cuenta de que son muy pesadas y la reprendo con la mirada.

—He salido a comprar un par de cosas, pero al final he comprado demasiadas —se excusa.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, la abrió de par en par.

—Primera puerta a la derecha —dice haciendo un gesto con la mano para indicarme que entre.

El apartamento era mucho más pequeño que el mío, pero muy acogedor. Los muebles, de estilo Rococó, parecían sacados de una tienda de



antigüedades y lucían sobre ellos decenas de fotografías, algunas de las cuales se veían realmente antiguas. Las paredes estaban forradas de papel rallado en tonos beige y remataba en el techo con geometrías que parecían hechas de ganchillo. Avancé hasta la cocina y el suelo, al igual que el mío, chirriaba en algunas zonas.

—¿Quiere que se la coloque?

—¡Ah, no! Eso puedo hacerlo perfectamente hijita. ¿Un café?

—Se lo agradezco, pero después de hacer “ranín” necesito una ducha —afirmo. A medida que voy acabando la frase, veo como su rostro se entristece y me doy cuenta de que necesita un poco de compañía—. ¿Qué le parece si bajo en media hora?

—¡Excelente!

—Con una condición —añado—. A partir de ahora, me avisará cuando tenga que ir de compras para que pueda acompañarla. No debería cargar tanto peso, puede hacerse daño.

—Hace un tiempo, me hubiera negado rotundamente, pero los años no pasan en balde hijita. Te agradezco el ofrecimiento —dice con una sonrisa plagada de gratitud.

Subí las escaleras de dos en dos y me metí en la ducha tan pronto acabé de desnudarme. Al salir, me unté un poco de crema corporal, me cepillé los dientes y me puse mi colonia preferida: Lolita Lempika. Veinte minutos después, estaba de nuevo frente a su puerta.

Aquel desayuno me recordó la agradable sensación de estar en compañía de otra persona, sensación que prácticamente había olvidado. Estuvimos casi toda la mañana charlando y antes de volver a mi apartamento, me sorprendió con un regalo.

—Esta planta soporta incluso el abandono, pero ni se te ocurra hacerlo —me advierte mientras me entrega una especie de arbusto—. Es un Pie de Elefante. Hay que regarlo poco, cada quince días más o menos y solo cuando veas que se le ha secado el compost. Ponlo cerca de la ventana de la cocina, le gusta mucho la luz, pero procura que el sol no le dé directamente.

—No sé si me acordaré de tantas cosas —bromeo.

—Háblale de vez en cuando.

—¿Hablarle? Las plantas no oyen Mme Bondue.

—Eso pensaba yo hasta que leí por casualidad un artículo que me hizo cambiar de opinión. Si no me falla la memoria, allá por el año 1960 un chico de esos que interrogan gente y los conectan a una máquina para que “canten”,

empezó a hacer experimentos con las plantas para demostrar que eran sensibles a los estímulos musicales y que sentían miedo utilizando la misma máquina que empleaba con las personas. Puedes o no creerlo, de hecho, mucha gente opina que es basura, pero yo decidí hacerlo y los resultados los puedo ver cada día. Cuidar de mis plantas lo mejor que puedo, me hace sentir mejor persona.

—¿Ha dicho basura y cantar en lugar de hablar? Son términos muy modernos —bromeo.

—Se me debe haber pegado de mi nieta.

Observarla mientras hablaba me recordó un proverbio alemán que había escuchado en alguna parte: *Los árboles más viejos dan los frutos más dulces*. Dulzura y bondad no le faltaban. Ese día, fue el primero de los muchos que pasamos juntas y en poco tiempo se convirtió en una persona muy importante para mí y me recordó el valor de compartir el tiempo con las personas que te importan.

Aprendí a conocerla mejor a través de cada una de las fotografías que tenía diseminadas por todo el salón y que tanto me gustaba contemplar. Cuando me interesaba por alguna en concreto, se sentaba con la espalda recta, ponía una mano sobre la otra y me relataba la historia de aquella instantánea con todo lujo de detalles. A veces era tan fascinante, que llegué a pensar que se las inventaba solo para poder ver la cara de pasmada que ponía. Únicamente le quedaba un familiar vivo, su nieta Monique, de la cual, no había ninguna foto. Según Mme Bondue, las fotografías eran para recordar a los que se habían ido y su nieta no debía estar dentro de un marco de fotos. Cada vez que me hablaba de ella, se le iluminaba el rostro y los ojos de color azul pálido, se tornaban en un azul intenso fruto del orgullo y el amor que sentía por ella. Desde que estaba allí, no me la había cruzado ni una sola vez y la tenía por una niña malcriada y desapegada.

Mme Bondue había enviudado nueve años atrás y su vida era inmensamente más solitaria desde entonces, pero durante el tiempo que pasé con ella, no la oí compadecerse ni una sola vez. Su marido Jaques era un apuesto hombretón, alto, de espaldas anchas, ojos oscuros, bigote francés y una sonrisa franca y divertida. Ni siquiera su barriga cervecera le restaba atractivo en cada una de las fotos en las que aparecía. Tanto él como Mme Bondue vivieron de cerca la invasión de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, aunque por aquella época ni siquiera se conocían. Un periodo dramático en el que se perdieron muchas vidas, pero la liberación tampoco fue

un camino de rosas, porque los franceses, ávidos por resarcir sus desdichas personales, se vengaron no solo de los alemanes, sino de sus propios compatriotas a los que humillaron, mataron o violaron por su supuesta colaboración con los nazis. Muchas veces no era cierto, pero la envidia y el rencor entre vecinos fue motivo suficiente para actuar del modo más canalla. Al recordar esa época, no pudo evitar recordar a su amiga Sophie, que con dieciséis años, murió a manos de un amigo porque él pensaba que estaba enamorada de un colaboracionista. Algunas lágrimas brotaron con amargura y recorrieron los profundos surcos de sus mejillas.

## CAPÍTULO 2

En Cambrils empezaba a ser época de ir guardando los chaquetones y sustituirlos por finas chaquetas de entretiempo, pero allí el invierno se resistía a irse y eso que solo quedaban dieciséis días para la primavera.

Convertida en una parisina más, mis rutinas mantenían cuerpo y mente ocupados durante las mañanas y también muchas tardes con la agradable compañía de Mme Bondue, pero aun así, empecé a barajar la idea de encontrar un trabajo a media jornada que me ayudara a seguir perfeccionando el idioma y por qué no, a relacionarme con otras personas. No buscaba atarme a grandes responsabilidades, de eso ya me había hartado; solo quería poder ocupar mis tardes con un trabajo sencillo.

Anocheceía cuando salí del Louvre, pero cuando miré el reloj, resultó que era mucho más tarde que de costumbre y me alegró ver que poco a poco, los días se iban alargando a pesar del frío. Me subí la cremallera del chaquetón y me puse a caminar con las manos en los bolsillos.

Al entrar en el portal, me extrañó ver a Mme Bondue ocupándose de sus plantas.

—Buenas tardes Mme Bondue.

—¡Hola Lisa! ¿Qué tal el paseo de hoy?

—Traigo los pies helados.

—No logras acostumbrarte a nuestro clima, ¿verdad? —se mofa. Mientras niego, asiente con la cabeza—. Pues ten un poco más de paciencia, porque al menos durará un mes más hijita.

—¿En serio? ¡Vaya rollo! Mi hermana me ha dicho que en casa ya han guardado los chaquetones de invierno.

—Un invierno más y serás de los nuestros —dice convencida.

—No estoy segura de aguantar otro invierno así. ¿Cómo pueden acostumbrarse a no ver la luz del sol durante días?

—Algún día, sin buscarlo, sin pretenderlo siquiera, esta tierra se convertirá en tu hogar.

—No sé qué decirle, echo de menos demasiadas cosas de allí.

—Alguien que no se siente a gusto, no puede adaptarse como tú lo has hecho.

Añoraba muchas cosas, pero casi todas ellas eran intangibles: el calor del sol sobre mi piel, la brisa y el olor del mar, el tacto de la arena de la playa o el sonido de las olas, pero Mme Bondue estaba en lo cierto: me había adaptado bastante bien al barrio, a sus gentes y a la ciudad en general. Las tardes de mucho frío, las esquivaba haciendo cualquiera de mis cuatro aficiones preferidas: la lectura, la música y el silencio, porque se disfruta mucho de él cuando tu mente te deja. Por supuesto, la cuarta, era compartir conversación y una taza de té con ella.

—¿Te he dicho que mañana viene mi nieta?

—¡Ya decía yo que la veía muy contenta!

—¿Por qué no vienes a tomar el café con nosotras?

—No sé, yo... —digo tratando de escabullirme, pero no está dispuesta a aceptar un no por respuesta y me impide acabar la frase con una de mis debilidades.

—Voy a hacer tarta de manzana.... —sonríe con malicia. Sin lugar a dudas, es la mejor que he probado: manzana laminada perfectamente colocada sobre masa de hojaldre y entre ellas, una fina capa de compota.

<Solo con pensarlo se me hace la boca agua>

—¿A qué hora dice que tengo que bajar?

—¿14:30?

—Aquí estaré.

—Tengo ganas de presentarte a mi nieta.

—Y yo de conocerla —miento.

<No me apetece mucho conocer a la estirada de su nieta por mucho que me hable de ella. Debería venir a visitarla más a menudo>

Los domingos era el día de la semana que menos madrugaba porque el tráfico era mucho más fluido y no había tanta contaminación. Estaba nublado, pero según mi aplicación del móvil, no iba a llover.

Subí por Boulevard Haussmann hasta Avenue de Messine y de allí directa al Parc de Monceau, donde algunos corredores se agrupaban para salir juntos, porque cambiar el asfalto por un poco de tierra, era una agradable recompensa para nuestras articulaciones. Después de atravesar el parque, llegué hasta el Boulevard de Courcelles y giré a la derecha para tomar, un poco más adelante, el Boulevard des Batignolles. Acabé bajando por Rue de Clichy, desde donde encaré el trayecto de vuelta a casa.

Siempre que abría la puerta del portal, esperaba ver el rostro de Mme Bondue al final del pasillo ocupándose de sus plantas, pero no siempre era así

y mucho menos aquel día.

<Seguro que anda liada preparando la comida>

Excelente anfitriona, expresaba todo el amor que sentía por su nieta no solo con gestos, palabras dulces y mucho cariño, también lo hacía a través de su esmerada cocina. Recuerdo que yo tenía ensalada de judía verde, pero no una judía verde convencional, sino una variedad a la que los franceses llaman Judía de Mantequilla. De color amarillo verdoso y sabor más suave que su hermana la judía verde, se había convertido en mi preferida desde que Mme Bondue me la había recomendado. Una vez hervida, la dejaba enfriar y añadía patata, huevo duro, tomate y atún.

—¡Ya está aquí! —le oigo decir a Mme Bondue en cuanto llamo a la puerta.

Una joven de intensos ojos verdes y una preciosa melena oscura me recibió con una amplia sonrisa que dejó al descubierto un gracioso hoyuelo en su mejilla. Era más o menos de mi edad, quizás algo más joven y medía alrededor de 1,80. Llevaba un vestido de paño gris y botas negras de media caña; un look desenfadado y elegante al mismo tiempo. La imagen que tenía de ella, nada tenía que ver con la sofisticada y exuberante mujer que tenía delante.

—¿Eres Lisa?

—Tú debes ser Monique —digo asintiendo.

—¡Venga, venga! dejaros de presentaciones y pasad —exclama Mme Bondue desde el salón. Nos miramos y sonreímos por su impaciencia.

—Tu abuela me ha hablado mucho de ti —digo atravesando el umbral de la puerta.

—Pues tú has sido el mono tema durante toda la comida. Estaba deseando conocerte —dice guiñándome un ojo.

En cuanto entré al salón, se me fue la vista a la sabrosa tarta de manzana que había sobre la mesa.

Mme Bondue estaba radiante. Obviamente, las visitas de su nieta la hacían tan feliz, que era capaz de multiplicar por cien el brillo de sus ojos. Antes de sentarme a su lado, le di un beso en la mejilla.

—Tiene buena pinta, ¿verdad? —pregunta mientras babeo.

—¿Me deja hacer los honores?

—Por supuesto hijita. Le encanta mi tarta de manzana —dice dirigiéndose a Monique.

—Lisa, ¿te preparo un café mientras haces los honores? —bromea.

—Descafeinado con leche, por favor.

—¿Taza grande?

—La roja es la suya —le indica su abuela. Monique asiente sonriendo mientras desaparece en dirección a la cocina.

<Sí, tengo mi propia taza. Desde el principio, tu abuela me ha hecho sentir como en mi casa. Seguro que sabes lo afortunada que eres>

Corté la tarta en tres trozos: dos de ellos del tamaño de una porción estándar y el resto, era el tercer trozo. Monique apareció con la taza roja entre las manos.

—Café con leche descafeinado —dice ofreciéndomela. Le doy las gracias intimidada por su intensa y penetrante mirada.

—Veo que ya has hecho los honores —dice Mme Bondue sabiendo exactamente lo que voy a decir.

—¡Por supuesto! Este es el mío —digo señalando el trozo más grande. Empezamos a troncharnos de la risa mientras cortaba de nuevo la tarta y repartía un trozo para cada una sobre un pequeño plato de porcelana más viejo que yo, pero impecablemente conservado.

Durante la velada, observé cautivada la química que había entre ellas a pesar de la diferencia de edad y no me cansé de contemplarlas mientras discutían sobre los diferentes temas que fuimos tratando durante toda la tarde. Monique me cayó bien desde el principio y no era de extrañar, pues era la antítesis de la chica malcriada y desapegada que había imaginado.

Confesó ser una enamorada de nuestra gastronomía, del mar, del sol y de una de nuestras tradiciones más famosas.

—Hay algo que me encantaba hacer cuando estuve de viaje: ¡La siesta!

—¡Mira por donde lo he intentado antes de venir y no ha habido manera!

—Aquí no es lo mismo, ¿verdad?

—Lo cierto es que no.

—¿De dónde eres?

—De Cambrils, un pequeño pueblo pesquero a unos 100 kilómetros al sur de Barcelona. Vistas al mar Mediterráneo y a la Sierra de Llaberia. Un lujo —digo entusiasmada.

—Tal como lo explicas debe serlo.

—Es un pueblo muy conocido por su gastronomía y durante los fines de semana, es costumbre ir a pasear por la zona del puerto para tomar un vermut y disfrutar de una buena comida entre la inmensa oferta de bares y restaurantes que hay. Gracias al clima, la temporada turística suele alargarse hasta octubre.

—¿Octubre? —pregunta extrañada Monique.

—Es más o menos cuando empezamos a sacar las chaquetas de entretiempo, pero solo por la noche, porque durante el día, lo normal es ir en manga corta, al menos, hasta la primera quincena.

—¡Igualito que aquí! —exclama mirando a su abuela—. ¿Qué temperatura media soléis tener?

—Debe estar en torno a los 18—20 grados.

—¿En serio? Tiempo primaveral en octubre... ¡Qué envidia!

—Lisa vive muy cerca de la playa, por eso lo echa tanto de menos.

—¿Lo añoras?

—Correr junto al mar es mucho más bonito que hacerlo por París por bella que sea esta ciudad. ¡Y sano! —recalco.

<También me gusta ver como amanece desde la terraza de casa, enfundada en mi bata y con una taza de café en la mano, pero si te digo eso voy a quedar como una gilipollas engreída>

—¿Tienes alguna foto?

—¡Claro!

Saqué el móvil de la chaqueta que tenía junto a mí y me senté sobre el reposabrazos del sillón orejero en el que se había sentado Monique. Tuve que arrastrar una docena de veces el dedo por la pantalla hasta contemplar de nuevo las del mar, pues las anteriores, eran todas de París.

—Son preciosas —asegura mientras apoya su brazo en mi muslo. Nuestras cabezas están prácticamente juntas y percibo su perfume intenso y seductor. Luce una manicura perfecta y el tono de su piel, ligeramente dorado, me indica que hace UVA. Entre esos pensamientos me encuentro cuando Mme Bondue me trae de vuelta a la realidad. Es increíble como a mi mente le gusta divagar y abstraerse.

—Nunca me las has enseñado —se queja.

—¿Cómo qué no? ¡Ahora mismo! —exclamo. Sin cerrar la aplicación, me pongo en pie y advierto un ligero mohín en la expresión de Monique justo cuando me siento junto a su abuela. Me sonrojo al sentirme observada y evito levantar la vista para no tener que enfrentarme a su mirada.

<A lo mejor ni siquiera me está mirando y son todo imaginaciones mías>

La tarde se esfumó tan rápido, que cuando miré el reloj, eran las 19:27. A esas horas, las familias francesas suelen sentarse a la mesa para cenar, pero a pesar de que no tenía ganas de levantarme y subir a mi apartamento, lo hice por respeto a las tradiciones.



—Ha sido un placer pasar la tarde con vosotras —digo poniéndome en pie.

—¿Ya te vas? —pregunta Monique.

Mme Bondue no quería que me fuera, pero ya estaba acostumbrada a su expresión apenada cada vez que nos despedíamos. No le gustaba ese momento y a decir verdad, a mí tampoco, pero sí me sorprendió ver esa misma expresión en el rostro de su nieta.

—Me ha gustado mucho pasar la tarde con vosotras y me encantaría repetirlo. ¿Qué os parece si el sábado que viene os invito a comer? Puedo cocinar algún plato típico o quizás alguna “tapa” —digo dirigiéndome a Monique sabedora de su devoción por ellas.

—Ni hablar hijita, cocino yo ¡Faltaría más! —se opone Mme Bondue.

—¡Ni hablar abuela! —exclama su nieta remarcando las mismas palabras que ha utilizado su abuela—. Me muero por volver a saborear alguna de esas tapas. ¿Cómo se llaman esas patatas que tienen salsa por encima?

—Patatas bravas.

—¡Eso! Me encantaron. ¡Por favor abuela!

—Sé que la tradición es que cocine usted, pero será mi manera de agradecerle todas las tartas de manzana que me ha hecho. ¡Diga que sí!

—Abuela, no podemos rechazar su invitación —le implora. Viéndola, no me cabe la menor duda de que acabará accediendo.

—De acuerdo chicas, ganáis vosotras —anuncia tras mirar a su nieta con infinito cariño.

A Monique se le iluminó la cara y le plantó un beso en toda la frente. Parecía estar acostumbrada a salirse con la suya y no era de extrañar con el abanico de sonrisas y alegría que derrochaba.

Una vez en casa, calenté un poco de sopa y dediqué buena parte de la noche a una de mis aficiones favoritas: la lectura. El móvil y el libro electrónico eran los únicos artilugios tecnológicos que había traído conmigo desde Cambrils y cada uno de ellos, me conectaba a las cosas que necesitaba mantener cerca de mí: mi familia y las historias que descubría a través de los libros y que me mantenían alejada de ciertos pensamientos. Las pesadillas nocturnas seguían siendo una tortura y me despertaba en plena noche gritando y llorando empapada en sudor, pero afortunadamente, en las últimas semanas habían bajado de intensidad.

Suspiré y miré por la ventana. Fuera era noche cerrada y los cristales estaban salpicados de pequeñas gotas de agua. Llovía. En un acto reflejo, puse

el colgante entre mis labios y empecé a pasar páginas. Leer me abstraía de mi realidad y me transportaba a lugares lejanos llenos de aventuras, suspense, traiciones, amor...pero ese día no. Entre párrafo y párrafo, me asaltaban las imágenes de las pícaras sonrisas de Monique e impedían que pudiera concentrarme en la lectura. Su intensa mirada atravesaba una y otra vez mis pensamientos.

<Déjalo Lisa, estás imaginando cosas que no son. Es una tía abierta y simpática. Nada más>

Durante la semana, seguí comprando el periódico con la intención de encontrar algún trabajo, y a punto estuve de llamar a una casa donde buscaban a un paseador de perros, y aunque me encantan, recordé lo poco comunicativa que soy con ellos y mi falta de liderazgo para ganarme su respeto.

La lluvia no nos había dado tregua ni un solo día y aunque lo intentaba, no me acostumbraba a ver las calles mojadas día tras día. Tuve que ir adaptando mis horarios para salir a correr y llegó un momento que me valía cualquier momento del día con tal de hacer algunos kilómetros. En cuanto paraba, fuera la hora que fuera, me calzaba las zapatillas y salía. Una vez estaba en la calle, me daba igual mojarme.

Era jueves y me había mojado cada día desde el domingo, pero tras la lluvia matutina, el sol había aparecido con timidez e incluso la gente parecía más contenta y el sonido del claxon de los conductores más impacientes, se oía mucho menos. Mi reloj marcaba las 13:58 y había hecho 9,3 kilómetros. Apoyé las manos en las caderas y doblé la espalda hacia atrás. Luego bajé los brazos y los apoyé en el suelo para hacer el estiramiento opuesto. Mientras lo hacía, unos stiletos negros se situaron junto a mí. Elevé un poco la mirada y tras los pulcros zapatos, había unas bonitas piernas, largas y estilizadas. Erguida por completo, me topé de nuevo con el precioso hoyuelo de Monique a pocos centímetros.

—¡Hola!

—¡Hola! —contesto mientras toma el auricular de mi oreja derecha y lo acerca a su oído.

—¿“*Rhythm is a dancer*”? ¿En serio? Esta canción tiene más años que yo —se mofa.

—No eres tan mayor.

—Tú tampoco. ¿Cómo es que escuchas música tan antigua?

—Me gusta la música de los ochenta y los noventa. Prefiero llamarles “clásicos”. ¿Quién no ha bailado al ritmo de Snap en una pista de baile?

—Sea como sea, tiene un montón de años —asegura sonriendo—. ¿Vienes de correr?

—Soy adicta al ejercicio.

—Así que adicta al ejercicio —repite despacio mientras me atraviesa con la mirada—. ¿Hasta dónde has ido?

—Hasta Sacré Coeur.

—¿Con sus 270 escalones?

—Por supuesto.

—¡No está mal! Mi abuela me ha dicho que sueles correr por las mañanas y pasear por las tardes. Supongo que esta semana has tenido que cambiar la rutina por la lluvia, ¿verdad?

—Lleva toda la semana rompiéndome los planes, pero visto lo visto, hoy he salido ganando —aseguro. No lo digo por ella, sino por lo bonito que está el cielo, pero a tenor de su sonrisa, piensa que se lo he dicho con segundas y no hago nada por rebatirlo.

—No suelo tener mucho tiempo libre, pero cualquier día de estos me apuntaré a dar un paseo contigo. Seguro que ya sabes más de esta ciudad que yo.

—No sé si conozco tanto la ciudad como para hacerte de guía, pero lo puedo intentar. ¿Has venido a ver a tu abuela?

—Tenía una reunión cerca del barrio y he pasado a saludarla.

—¿Qué hace mi vecina preferida?

—¿Tú que crees?

—Cuidando de sus plantas —digo absolutamente convencida—. Es su momento más feliz del día.

—Eso era antes. Ahora parece que siente predilección por la compañía de una recién llegada adicta al ejercicio y al té.

—Ah, ¿sí? —pregunto haciéndome la falsa sorprendida.

—¿Sigue en pie lo del sábado?

—¡Por supuesto! Ya tengo pensado el menú.

—¡No me lo digas! —interrumpe cuando trato de explicárselo—. Prefiero que sea sorpresa.

—De acuerdo.

—Estoy impaciente.

Dejó ir esa última palabra de forma deliberada, remarcándola lentamente. Tragó saliva y nuestras miradas se engarzaron hasta que el Sr. Tenard, el vecino anacoreta del 2ºB, interrumpió el contacto visual pidiendo paso para

entrar en el portal.

Tras despedirnos, la observé alejándose calle arriba. El ruido de los tacones acompañaba cada uno de sus pasos y me quedé embelesada con el sinuoso contorno de su cuerpo. Después de unos pocos pasos, se giró y caminó de espaldas un par de metros sabiendo que estaría mirándola, y no era la única: un taxista le dejó un buen recuerdo al coche de delante y el cartero que salió del edificio de al lado, casi se estampa contra una farola mientras la miraba de arriba a abajo. Jamás había mirado a una mujer del modo que la miraba a ella, porque ella no era una mujer corriente, y su mera presencia, alteraba a cualquiera que se cruzara en su camino. El taxista se bajó del coche y siguió mirándola mientras el conductor del otro coche le gritaba: ¿Dónde cojones estabas mirando? ¡Capullo!

El sábado me desperté temprano. Tenía muchas cosas que hacer antes de la hora de comer, pero lo primero era lo primero: necesitaba salir a correr y apaciguar un poco los nervios. Nada más poner un pie en la cocina, miré por la ventana y vi que estaba todo blanco. Maldije en voz alta.

—¡Joder! ¡Es marzo por Dios! ¿Cuándo parará de nevar? Si no llueve, nieva. ¡Qué asco de tiempo!

Ni siquiera habían echado sal, por lo que no valía la pena ni intentarlo. Me puse a cocinar con la intención de salir más tarde, pero cuando lo tuve todo preparado, incluido el Somontano reposando en el decantador, miré el reloj y apenas tenía tiempo de darme una ducha y cambiarme de ropa.

Mientras me ponía crema hidratante, decidí que pondría música clásica (la preferida de Mme Bondue) y tenía la lista de reproducción perfecta. Apenas le di a Play, sonó el timbre. En un acto reflejo, me puse el colgante entre los labios y justo cuando estaba abriendo la puerta, me di cuenta y lo escupí precipitadamente. Mme Bondue no llevaba el tipo de bata que solía vestir; en su lugar se había puesto un vestido azul marino y una pashmina sobre los hombros que le quitaba algunos años de encima. Monique volvía a estar guapísima con un simple pantalón por los tobillos y una camisa entallada, ambos en color negro y un precioso abrigo de paño verde botella. Llevaba varios colgantes de diferentes medidas que le daban el toque de color a su impecable look. Siempre iba tan elegante, que me resultaba imposible imaginármela en bata y zapatillas de andar por casa.

—¡Hola hijita! Huelo tus platos desde la escalera —dice tendiéndome una bandeja con mi postre favorito.

—Siempre sabe cómo conquistarme —confieso mientras le doy un beso en

la mejilla. Monique se acerca para besarme y por culpa de los nervios, olvido por completo la costumbre de dar tres besos en lugar de dos y mientras estoy retirando la cara después de darle el segundo beso, Monique hace el intento de darme el tercero y sus labios rozan la comisura de los míos.

Sonrió y pasó junto a mí en dirección al salón diseminando su perfume mientras mis mejillas entraban en erupción. Tras cerrar la puerta, tuve la irresistible tentación de colocarme el colgante entre los labios, pero respiré hondo, me di media vuelta y entré en el salón como si nada hubiera pasado. De poco me sirvió; ella seguía mirándome con su sonrisa traviesa y su irresistible hoyuelo.

Azorada, las acomodé en la mesa perfectamente decorada con velas y flores frescas. Los platos que componían el aperitivo ya estaban sobre ella: mejillones al vapor rellenos de picadillo de pimiento rojo, pimiento verde y chalotas, patatas bravas, calamares a la andaluza y tortilla de patatas con calabacín.

Un vermut Yzaguirre Selección 1884 acompañó los primeros platos, que al igual que el vino, lo había conseguido a través de una página de Internet especializada en bebidas de importación.

Para Monique y para mí, con hielo, un trozo de piel de naranja y par de olivas sin hueso. A Mme Bondue le serví su bebida preferida: Orangina.

—Después tenemos paella —digo sentándome a la mesa justo después de ponerle un paño y dejarla reposar.

—¡Paelá! Me encanta. ¿La has probado alguna vez, abuela?

<¿Paelá?>

Sé que la LL no existe en su vocabulario, pero ni siquiera intentaban corregirlo a pesar de que, para nada, sonaba igual paella que paelá. En cierto modo, estaba acostumbrada a oírlo en los restaurantes de Cambrils, pero me costó reprimir el impulso de corregirla.

—Recuerdo que un día, en la pescadería que hay en Boulevard Poissonnière, la dependienta le explicó a una clienta como hacerla paso a paso, pero de eso hace ya mucho tiempo y recuerdo vagamente la receta. Solo sé que lleva arroz y pescado.

—¡Exacto! Mucho arroz y unos cuantos bichos.

—¿Bichos? —pregunta Mme Bondue sorprendida.

—¡Ja, ja, ja! No se asuste, así es como suelo llamar al marisco.

—¡Ah! —dice aliviada—. Seguro que me gustará hijita.

Esa tierna costumbre de llamarme hijita cada vez me gustaba más.

El perfume de las rosas rosas que había conseguido el día anterior en el mercado de flores de la Place de la Madeleine, apenas se notaba con el aroma que desprendían los platos, pero aun así, le daba a la mesa un toque refinado, por lo hablar del mantel de hilo blanco con bodoques y festón que había comprado para la ocasión en mis galerías preferidas.

—Lisa, esta tortilla de patatas está buenísima —dice Monique mientras señala el trozo que tiene pinchado en el tenedor.

—Receta de mi madre —afirmo orgullosa.

—A mí me gustan mucho estos aros rebozados, ¿son de calamar? —pregunta su abuela.

—Sí, los llamamos calamares a la andaluza para diferenciarlos de los calamares a la romana porque no llevan huevo, solo harina y un poco de sal.

La paella olía de maravilla y estaba suelta, pero no estaba perfecta, porque para ser perfecta, necesitaba un poco de “socarrat” en el centro.

Al igual que la velada anterior, Monique no dejó de lanzarme miradas cómplices y volví a pensar que tanta miradita significaba algo, pero de nuevo lo descarté, convencida de que eran imaginaciones mías.

Después de comer nos trasladamos a la parte del salón para tomar el café cómodamente en el sofá. Mme Bondue y su nieta se acomodaron en el grande mientras yo lo hice en el sillón orejero. Poco a poco las nubes se fueron retirando y los rayos de sol iluminaron el salón. Para variar, no estuvo mal ver caer la tarde con un poco de luz natural.

—Mme Bondue, ¿le preparo una infusión o prefiere un café con leche?

—Hijita, he comido tanto, que prefiero una infusión.

—Manzanilla entonces. ¿Monique?

—Café solo. Te ayudo.

Se levantó mientras acaba de decir la frase y me siguió a la cocina. Entretanto, su abuela se puso a ojear la revista de running que tenía en el revistero junto a la mesa de centro.

—Solo tengo Fortissio Lungo y Rosabaya —me excuso enseñándole los dos tubos de café.

—Me encanta el Rosabaya —dice cogiendo la cápsula e introduciéndola en la cafetera sin dejar de mirarme.

Antes de que pudiera ver cómo me ruborizaba, giré noventa grados los talones y fui hasta la despensa para coger las tazas, pero al volver, me topé de nuevo con sus penetrantes ojos verdes. Me puse roja como un tomate (otra vez) y no tardó en sonreír satisfecha, lo que me hizo sospechar que era

precisamente la reacción que buscaba. Evitando su mirada, dejé una de las tazas sobre la rejilla de la cafetera, y al retirar la mano después de pulsar el botón de inicio, tocó mi brazo intentando coger otra de las cápsulas para el siguiente café. Habíamos pasado de las miradas al contacto y no era casual. La química y la intensidad iban en aumento y esas sensaciones no podían ser imaginaciones mías.

—Me fascina el olor a café recién hecho, ¿y a ti? —dice rompiendo el silencio que se ha creado.

—Sobre todo por las mañanas, cuando se mezcla con el olor de un croissant recién hecho.

—¿Qué desayunas?

—A parte del croissant de mantequilla, también compro un bollo de pan y un zumo de naranja. Cuando llego, me preparo un café con leche y con la mitad del bollo, me hago una tostada. Luego le añado tomate untado y jamón dulce.

—¿En serio comes todo eso? ¿Dónde lo metes?

—Me encanta sentarme a la mesa y verla llena de cosas que me gustan. Es la comida más importante del día —digo a modo de excusa viendo la cara de alucinada que ha puesto.

Salía a correr casi todos los días y llevaba una dieta sana, aunque si un día me apetecía un huevo frito, me lo comía y punto. Me importaba mi cuerpo, pero no por lo que pudieran pensar los demás, sino porque era mío y me gustaba cuidar de él. Hasta ahí, la parte fácil, porque una cosa era cuidar del cuerpo y otra bien distinta, cuidar la mente. La mía estaba a veces tan alejada de mí misma, que era incapaz de controlarla, sobre todo por la noche cuando me asaltaban las pesadillas más crueles.

Puse agua a hervir y saqué una pequeña bolsa de camomila del armario. Apoyada en la encimera, seguía atenta cada uno de mis movimientos. Coloqué las tres tazas y el azúcar de caña en una bandeja y cuando me disponía a ir hacia el salón, me hizo un gesto señalando la tarta de manzana.

—¿La llevo?

<Con tanta miradita casi me olvido de la tarta>

—Claro. Puedes hacer los honores —bromeo. A mi espalda oigo como se abre un cajón.

<Solo ha necesitado el tiempo que dura preparar un par de cafés y una infusión para saber dónde tengo guardadas las tijeras>

Me chupé los dedos sin pudor cuando acabé el primero de los tres trozos de tarta de manzana que acabé zampándome aquella la tarde.

—¡Qué manía tenéis los jóvenes de poneros ropa rota! —dice introduciendo el dedo por el agujero que deja parcialmente al descubierto mi rodilla izquierda.

Llevaba puestos mis tejanos preferidos, desgastados y rotos por los lavados y un jersey fino de punto en color azul marino. Estuve indecisa con el calzado, pero finalmente me decanté por la opción cómoda y me calcé las sneakers plateadas. Yo vestida de manera informal mientras Monique parecía una auténtica ejecutiva.

—A mí me gusta. Es sexy —se apresura a decir ella guiñándome el ojo con picardía. Mme Bondue es ajena por completo a ese detalle, pues está sentada justo en el borde del sofá mientras que su nieta está al fondo.

<Ese lenguaje no verbal no me lo puedo estar imaginando. ¡Es una descarada!>

—¿Sexy? Tampoco entiendo esa palabra hija. La juventud de hoy...sois... ¡diferentes! Os compráis ropa rota, decís palabras raras y tenéis hijos cuando deberíais tener nietos. ¡Madre de Dios! A vuestra edad yo tenía dos hijos.

A Monique le hizo gracia el comentario de su abuela y le dejó claro que no tenía intención de tener hijos, al menos a corto plazo. Según ella, representaban una carga para la que decía no sentirse preparada. A mí me hizo reflexionar y por un momento, me alejé de la conversación y me fui a años luz de aquel salón, llevada por el apego a un pasado que ya no volvería y por el que mi mente sentía especial devoción. Mme Bondue, como de costumbre, me arrancó de mis pensamientos.

—¿Qué edad me dijiste que tenías?

—Treinta y cinco.

—Tienes la misma edad que Monique, ella los cumplió el mes pasado.

—Yo cumplo treinta y seis a finales de año. Soy la mayor —digo vacilándole. Por una vez, no bajo la mirada y aguanto como puedo el calor que desprenden sus preciosos ojos verdes.

—Te hubiera dado treinta y dos como mucho.

—¿Eso es un cumplido?

—Puede ser —dice en tono enigmático. Trago saliva, pero sigo sin ponerme roja.

—Eres la más joven de todo el edificio —asegura Mme Bondue dándome la opción de desviar la mirada hacia ella.

—Y usted la vecina más molona. Cuando entré en el portal con el agente de fincas, casi salgo corriendo, se lo juro. Solo sus plantas me retuvieron. Si



no fuera por ellas, no viviría aquí.

—Me alegro mucho de que te quedaras —asegura en un tono tan tierno, que no puedo evitar tomar su mano y estrecharla entre las mías.

Estuvimos conversando toda la tarde y como la vez anterior, no reparamos en el reloj hasta que eran casi las ocho.

—Hijita, te agradezco mucho la comida que has preparado, estaba todo delicioso, pero sobre todo, gracias por el día tan agradable que hemos pasado las tres juntas. Ha sido maravilloso. He comido tanto, que no voy a poder cenar —añade resoplando y tocándose el vientre.

Para ser tan mayor, Mme Bondue tenía un apetito nada despreciable. Aunque no había comido mucha cantidad, probó todos los platos e incluso guardó un poco de sitio para el postre.

—Muchas gracias —dice Monique mientras me besa. Su mano se posa deliberadamente en mi cadera y puedo sentir perfectamente el calor que desprende. Por suerte, recuerdo a tiempo que son tres besos y me ahorro sonrojarme una vez más.

—Espero que sea la primera de muchas otras veces. Ha sido un placer teneros en casa.

—Buenas noches —dice despidiéndose Mme Bondue. Monique no dice nada, solo levanta la mano a modo de saludo mientras baja el primer escalón. En el tercero, se gira y sonríe como si le costara decirme adiós y de hecho, no lo dice.

Cerré la puerta y suspiré con una mezcla entre alivio y tristeza, pero no me di demasiado tiempo para esos pensamientos; tenía trabajo que hacer.

Estaba cargando el lavavajillas cuando me di cuenta que tenía el colgante entre los labios. Lo escupí dando un respingo enfadada conmigo misma y maldiciendo en voz alta. Las continuas miradas de Monique estaban provocando efectos y sensaciones completamente nuevas para mí y mi mente se empeñaba en jugar con esas sensaciones.

<Mierda, no caben todos. Voy a tener que fregar algunos a mano, pero primero me cambiaré de ropa>

Pulsé Onen mi reproductor de música y me dirigí tarareándola a la habitación para cambiarme. De fondo sonaba “*Dancing in the dark*” de Bruce Springsteen. Antes de poder acabar de vestirme, sonó el timbre de la puerta. A pata coja para acabar de ponerme los pantalones de chándal, me acerqué hasta la puerta y abrí.

Allí estaba de nuevo, plantada frente a mi puerta y mirándome de un modo

que disparaba todas mis alarmas.

<Joder, está como un tren> —admito para acto seguido reprocharme haber tenido siquiera ese pensamiento. <¡Seré gilipollas!>

—¿Te has dejado algo?

—A ti —espeteta. Nada más escucharlo, me atraganto y no atino siquiera a respirar. Mi cara debe ser un poema, porque empieza a descojonarse—. ¡Es broma!

—¡Ah! —exclamo no sin cierta decepción—. Pasa.

<Se ha vuelto a perfumar>

—He pensado que podía echarte una mano.

—Con una no voy a tener bastante.

<¿Soy yo la que está hablando así? La Lisa de siempre diría: No gracias, no hace falta. ¡Joder! ¡Le estoy siguiendo el juego!>

—Vale, pues las dos —asegura mostrándome ambas manos y guiñándome un ojo.

<He perdido la cuenta de las veces que ha hecho eso a lo lardo del día>

—Con esa ropa no te dejaría ni acercarte a la escoba —me burlo mientras arqueo la ceja. La nueva Lisa sigue jugando con las palabras y se impone a la cauta y prudente.

—Habrà que improvisar... —dice ladeando la cabeza mientras se desabrocha un botón de la blusa. Toso después de volver a atragantarme con mi propia saliva.

—Creo que te puedo dejar algo —intervengo con rapidez mientras hago ademán de que me siga para evitar que siga desabrochándose botones.

<Si hoy no muero atragantada, no moriré nunca por ese motivo>

Una vez en el vestidor, rebusqué entre mi ropa hasta dar con varias prendas que podían quedarle bien.

—Pruébate esta sudadera —le pido mientras le entrego mi sudadera preferida. Es de color frambuesa, un regalo que Clara me había traído de su último viaje a Nueva York. Junto a la cama, dejo un pantalón de algodón gris y unas zapatillas de andar por casa que tengo sin estrenar—. Chándal y tacones no son buena combinación, aunque seguramente a ti te quedaría bien.

La otra Lisa aparecía de nuevo y antes de que pudiera decir algo más, salí pitando de la habitación y me refugié en el salón gritándome a mí misma mientras terminaba de recoger la mesa.

<Joder Lisa, ¿qué estás haciendo? ¡Contrólate! Si pudiera pegarme una patada en el culo, esta sería una buena ocasión para hacerlo>

Al cabo de unos minutos, apareció en el umbral de la puerta del salón con las piernas abiertas al ancho de las caderas y los brazos en jarra. Llevaba puestos los tacones con el pantalón y la sudadera.

—¡Tachán!

—Estás muy sexy.

<¡¡Otra vez?!! ¿Pero qué coño estoy haciendo? ¿Por qué salen palabras de mi boca sin ser consiente?>

—¿De veras lo crees? —me devuelve una amplia sonrisa que me deja hipnotizada.

—Sí —aseguro bajando la mirada avergonzada.

—Así que ...si quiero ligar... ¿Tengo que ir así?

—Seguro que no tienes problemas para ligar independientemente de lo que te pongas.

A medida que subía la intensidad de mis mejillas coloradas, ella parecía sentirse más cómoda, pero por primera vez en toda la tarde, pareció sorprendida por mi comentario. Volvió a la habitación y me quedé plantada en medio del salón mordiendo el colgante.

<¡Como siga así, lo rompo!>

Instantes después, regresó con mis zapatillas puestas y me ayudó a recoger la mesa.

—¿Qué hago ahora?

—¿Quieres pasar la escoba? Yo acabaré de fregar los platos a mano, ¡en este cacharro no cabe nada! —me quejo mientras suenan los primeros compases de “*Kiss*” de Tom Jones.

—¡Me encanta esta canción! Hacía mucho tiempo que no la escuchaba — exclama. También es un clásico, ¿no? —dice cachondeándose.

—Supongo que sí. ¿Qué tipo de música te gusta?

—De baile cuando salgo de juerga, pop rock para el día a día y lentas cuando estoy con alguien.

La idea de que pudiera salir una lenta que consiguiera ruborizarme de nuevo, hizo que cambiara la lista de reproducción por una de las que utilizaba para salir a correr.

Los primeros compases de “*Billie Jean*” resonaron por todo el salón y fue fácil dejarse llevar por el ritmo pegadizo de su estribillo olvidando incluso que ella estaba allí. Michael era atemporal y por más que pasaran los años, sus melodías y sus letras no dejaban de conmoverme. La música de los 80' y los 90' representaba al menos el 70% del total de la música que escuchaba y

era, sin lugar a dudas, el tipo de música con la que más me identificaba. Monique no se limitó a barrer el salón y la cocina, sino que desapareció por el apartamento.

<Así que es un poco cotilla>

No me importaba lo más mínimo porque no tenía nada que esconder.

Estaba terminando de secar una de las copas de vino cuando reapareció en el salón.

—He acabado.

—Solo tardaré cinco minutos en fregar el suelo. Siéntate —digo invitándola a que se acomode en el sofá.

—Esta tele es del siglo pasado, ¿seguro que se ve? —se mofa.

Era una tele “culona”, pero se veía razonablemente bien teniendo en cuenta lo vieja que era.

—Solo algunos canales, pero si te digo la verdad, apenas la veo, prefiero poner música o escuchar las noticias de la radio.

—¿Fregas con eso? —exclama al verme con la fregona.

—¿Eso? “Eso” no es la palabra más adecuada teniendo en cuenta lo mucho que me ha costado encontrarla. Te aseguro que es más práctica que la que utilizáis vosotros —digo levantando las dos cejas—. Al final tuve que pedirla por Internet, incapaz de adaptarme al palo con cepillo y bayeta que me dieron en el supermercado.

—¡Ja, ja, ja! Parece una peluca— ríe mientras se descalza y se sienta en el sofá con las piernas cruzadas.

—Quizás en los próximos carnavales acabe disfrazándome de “Spanish Fregona” —bromeo.

Después de mirar la programación, se decantó por la película “*Up in the Air*” que llevaba al menos media hora de emisión. La había visto dos o tres veces, pero me gustaba la manera que tenía el personaje de George Clooney de evolucionar a lo largo de toda la película.

—¿Te imaginas viajar tanto que no puedas tener tiempo para otras cosas?

—No —miento.

Recordaba con nitidez los viajes a lo largo y ancho del globo por trabajo. Tenía más puntos en la tarjeta de vuelo que las mismísimas azafatas. La soledad de viajar sola, dormir sola y comer con gente a la que apenas conocía era una sensación que no echaba de menos.

—Paso, la he visto como cuatro veces. ¿Puedo echarle un vistazo a tus listas de reproducción?

—Claro.

Apagó el televisor y se sentó de nuevo en el sofá con el reproductor. A través de sus medias, pude ver que llevaba las uñas pintadas en el mismo tono que el de las manos: rojo pasión.

Solo me quedaba el trocito de la zona de los sillones y su bolso estaba en el orejero, así que di un salto al sofá para no pisar lo que acababa de fregar y nada más hacerlo, me arrepentí por no haber apartado su bolso y mantenerme a cierta distancia de ella, porque en pocos segundos, la temperatura entre las dos creció y un intenso calor me asaltó inesperadamente. Ambas teníamos la mirada fija en la pantalla del reproductor y evitábamos mirarnos, pero la tensión sexual era palpable. Apenas se secó el suelo, encontré la excusa perfecta para escabullirme.

—¿Te importa si te dejo un momento? Necesito una ducha —improviso mientras hago el gesto de oler mi jersey—. Calamar —me excuso.

<No huelo a calamar, solo necesito salir de aquí>

—Estás en tú casa —dice en voz baja mientras me hace pedazos con la mirada. Sus ojos no parecen verdes, se han vuelto fuego griego y me desafían. Al intentar saltar del sofá, tropiezo con su pierna y me agarro a ella para evitar estampar mi cara contra el suelo, percatándome de que no solo sus ojos son fuego, sus manos queman mi piel.

Una vez en el baño, no tardé ni diez segundos en desnudarme y meterme en la ducha. Con la cabeza apoyada sobre la pared, me dejé llevar por la agradable sensación del agua caliente recorriendo mi cuerpo mientras trataba de serenarme, pero era imposible, esa mujer había despertado una agitación en lo más profundo de mi ser que creía enterrada para siempre. ¿Por qué tenía la sensación de tener el corazón metido en la entrepierna?

<A mí no me gustan las mujeres>

Por más que lo repetía, no podía dejar de pensar en ella y un cúmulo de sensaciones que no sabía interpretar, se apoderaron de mi mente arrollándola sin piedad. Inmóvil bajo el chorro de agua, escuché como la puerta corredera de la ducha se abría. La corredera volvió a cerrarse y no hizo falta girarme para sentir de nuevo el calor que desprendía su cuerpo. Petrificada es la palabra que mejor define como me quedé. Escuchaba su respiración, y a diferencia de la mía, era sosegada y tranquila. Sus manos empezaron a recorrer mi espalda y ese roce fue suficiente para subirle al corazón algunas revoluciones más. Deslizó sus manos por mi torso y el contacto de sus dedos sobre mis pechos, provocó que los pezones se me pusieran tan duros, que casi

pude sentir dolor. El vaivén de sensaciones que recorrían mi cuerpo de arriba abajo, impedían que pudiera moverme y cerré los ojos pensando que cuando volviera a abrirlos, me daría cuenta de que todo había sido un sueño, pero de repente, sus manos bajaron hasta mis caderas y me atrajo con fuerza hacia ella, volviéndolo todo intensamente real.

Me decía a mí misma que aquello no estaba bien, pero ni siquiera hice el gesto de separarme de ella. Apartó el mechón de cabello que caía sobre mi hombro y me estremecí cuando puso los labios en su lugar, subiendo lentamente hasta el lóbulo de mi oreja derecha, donde me susurró un —Hola— que hizo que todas mis terminaciones nerviosas se pusieran como locas.

Quería girarme, pero el miedo y la timidez frenaban cada intento. Aquellas caricias no me dejaban pensar, me transportaban a un lugar donde solo había lujuria y placer y cuando por fin encontré la valentía para hacerlo, se me adelantó y girándome por las caderas con ambas manos, me colocó frente a ella dejándome indefensa ante a su ardiente mirada. Poco a poco, el verde esmeralda de sus ojos se fue acercando hasta que pude sentir la suavidad de sus labios. Aturdida y confusa, no sucumbí a ese primer beso, pero Monique no se dio por vencida y se apartó unos centímetros para observarme. Con esa mirada intensa y enérgica, percibí el deseo emanando desde cada poro de su cuerpo y de nuevo, sus ardientes labios se posaron sobre los míos encontrando la respuesta que buscaba y provocando un desmedido frenesí.

—He querido follar contigo desde el primer día que te vi —me susurra en la comisura de los labios.

<¿Follar? ¡Yo no follo! O... al menos, no lo hacía. ¿Qué estoy haciendo?>

Aunque su fuego me quemaba, me repetí a mí misma que aquello estaba mal y bajé la mirada en un acto casi involuntario. Levantó mi barbilla con el dedo índice y sonrió.

—¿De qué tienes miedo?

<¿Lo tengo? Nunca he hecho nada parecido y no sé si es lo correcto. ¿Debo hacer lo correcto? ¿Qué es exactamente hacer lo correcto? ¡Mierda!

—Déjate llevar —susurra de nuevo con una ligera sonrisa que deja su hoyuelo al descubierto.

Labio contra labio, me abandoné al placer intentando dejar atrás todas mis dudas y sintiendo como mi humedad interior hacía acto de presencia. Deslizó uno de sus dedos dentro de mí mientras su lengua se colaba en mi boca con avidez, pero con uno no tuvo bastante e introdujo un segundo dedo que hizo que me retorciera de gusto. Los movía con destreza y una sensación

tremendamente placentera fue evolucionando dentro de mí, una sensación conocida, pero remota en el tiempo. Un delirio ardiente y desenfrenado controlaba todo mi ser, anhelando sentir lo que estaba por venir, pero mi otro yo intentaba imponerse mandándome mensajes que impedían que abriera completamente la puerta del placer. Esa lucha interior acabó cuando Monique me arrastró al séptimo cielo a través de un orgasmo devastador, electrificante e inesperado. Todo mi cuerpo convulsionó seguido por un grito incontrolado.

Llevaba tanto tiempo sin tener un orgasmo, que simplemente había olvidado la sensación de plenitud que embarga y envuelve tu mente en ese breve instante. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó apasionadamente mientras los espasmos que recorrían mi cuerpo seguían zarandeándome.

Con mi respiración aún agitada, salió de la ducha e hizo que la siguiera hasta la habitación tomándome de la mano. No solo era preciosa por delante, también tenía un trasero de infarto. Al llegar al borde de la cama, me empujó y cayó sobre mí sentándose a horcajadas. Cuando intentó besarme, vacilé. Lo que acababa de ocurrir, me había gustado mucho más de lo que mi otro yo estaba dispuesto a admitir y las dudas volvieron a apoderarse del poco juicio que me quedaba. Moví ligeramente la cara para esquivarla, pero no se sorprendió, entornó los ojos y sonrió de medio lado.

—No sé si puedo hacerlo —admito nerviosa.

—Es tu primera vez —asegura. No me lo pregunta, sabe perfectamente que lo es—. Iremos despacio —dice acariciándome la mejilla mientras yo me debato entre el sí y el no. Su tono de voz es apenas un susurro, pero no le hace falta más, sabe que tiene el control de la situación y le gusta. Quiero decirle que tengo miedo, pero en lugar de eso, asiento y me dejo llevar por la melodía que siento cuando sus manos tocan mi piel. Aparta el pelo de mi cara y me besa de nuevo.

Elevó mi pierna izquierda y se sentó entre mis muslos haciendo movimientos circulares sobre mí y aunque no sabía nada de sexo entre mujeres, supe que aquello era la tijera. Se movía con soltura ejerciendo diferentes presiones sobre los labios y el clítoris. Sus nalgas me quedaban a la altura de las manos y acabé aferrada a ellas. Apenas recuperada de mi primer orgasmo, volví a sentirme húmeda y mi cuerpo se preparó para el segundo.

—¿Estás lista?

—Sí —digo en voz baja.

—No te he oído.

—Sí —repito. Sus caderas bajan el ritmo y noto como poco a poco el

placer se desvanece.

—Grítamelo —me ordena.

<Tiene el control. Podría hacer cualquier cosa que me pidiera con tal de que esta sensación no desaparezca. Quiero más>

—¡No pares! —grito. Monique entorna los ojos y sonrío satisfecha. Dejo de pensar en todo lo que no sean los movimientos de sus caderas y olvido incluso la presión que ejerce sobre el tobillo de la pierna que tengo levantada. Se aferra a ella con fuerza mientras aumenta la rapidez del movimiento y la sensación de placer reaparece y me envuelve por completo.

Ni en sueños podía llegar a imaginar lo que vendría a continuación. Grité presa de una embestida de placer inusitado, mayor incluso que el que había sentido apenas minutos antes. Tras mi grito, el suyo igualmente vigoroso y después, solo jadeos. No solo las piernas me temblaban, mi corazón estaba desbocado y cabalga a una velocidad trepidante cuando se tumbó sobre mí. Su lengua se hundió en mi boca llenándome de su sabor.

Tumbadas de costado, me observaba regalándome el encantador hoyuelo que aparecía en su mejilla cada vez que sonreía mientras yo contemplaba sin miramientos su bonito cuerpo: bien proporcionado, senos redondos y tersos, piel ligeramente tostada y tan suave, que incitaba a ser acariciada. No solo era una mujer bellísima, también era tremendamente sexy.

Esa fue nuestra primera noche juntas.



## CAPÍTULO 3

A las 6.32 estaba despierta y lo primero que vi, fue su rostro durmiendo a mi lado. Aún me costaba entender lo que había pasado y mi cerebro seguía siendo un caos de mensajes contradictorios. Necesitaba pensar.

Me deslicé fuera de la cama con sigilo y en cuanto puse un pie en la calle, el frío cortante hizo que olvidara por completo el motivo que me había llevado a correr tan temprano. Con las prisas, olvidé ponerme los guantes y las puntas de los dedos se me quedaron congeladas durante los primeros minutos de carrera. Todo estaba oscuro y se respiraba tranquilidad gracias al poco tráfico que había los domingos, algo que era de agradecer en una ciudad como París.

Los Jardines de Tuileries se encontraban entre mis rutas preferidas a la hora salir a correr, pero tenía una manía un tanto especial: utilizar el acceso del Carrousel du Louvre para entrar, pasar bajo el Arco de Triunfo y llegar hasta la Place Concorde para salir. Solía tomar el camino du Bord de l'Eau o bien el opuesto, llamado Feuillant y evitar así la calle central por estar siempre más concurrida, pero ese día estaba desierto y me di el gustazo de recorrerlo.

No vi despuntar el sol hasta media hora más tarde, justo cuando emprendí el camino de vuelta a casa. El cielo se tornó de un azul intenso y las pocas nubes que había estaban casi de adorno. Fue entonces cuando Monique se coló en mis pensamientos. Mi “yo” más equilibrado gritaba diciéndome que me estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero mi lado más salvaje, ese al que estaba despertando, me repetía: ¿Por qué no?

Las imágenes de la noche anterior se mezclaron con imágenes de mi pasado y una sensación de agobio me oprimió el pecho, alentándome a parar, pero no lo hice; pararme solo hubiera avivado el malestar. Estar en aquella ciudad y empezar de nuevo, me había dado la falsa sensación de que podía rehacer mi vida y volver a ser feliz.

Como de costumbre, pasé por Croisette para recoger mi pedido y me sorprendió ver el local a reventar. Grupos de jóvenes que todavía no se habían acostado y algunas parejas, ocupaban todas las mesas y encima, había cola para pedir en la barra. Elyse solía tener preparada mi bolsa, pero había tanta gente, que ni siquiera me vio entrar y eso suponía, al menos, diez minutos de

cola. Estaba distraída viendo a la gente desayunar cuando de repente, sonó Kate Perry con su “*I kissed a girl*”.

<¿Esa canción justo ahora?> Resoplé.

—¡Hola Lisa! —exclama Elyse con su habitual sonrisa. Me tiende la bolsa con el croissant, el bollo de pan y el zumo por encima del mostrador y se queda perpleja cuando le indico con los dedos de la mano que necesito dos.

—Dos croissants.

—¿Dos? ¿Te estás volviendo golosa o es que tienes visita? —pregunta en tono picaresco. Sonrío, pero no contesto a su pregunta. Creo que no hace falta.

En la mesa de la cocina había dejado una nota: “vuelvo en una hora”, pero me acabé demorando bastante más. A medida que iba subiendo las escaleras, me preguntaba si estaría o no despierta y qué palabras utilizaría para decirle que iniciar una relación no entraba en mis planes.

<Lo que pasó anoche no se puede volver a repetir. Tengo que déjasele claro>

Mi otro yo no estaba de acuerdo y no se callaba, recordándome las sensaciones placenteras que había tenido la noche anterior. Los dos siguieron criticándose el uno al otro hasta que llegué a la puerta de mi apartamento. Estuve frente a ella unos minutos, intentando apaciguarlos y en cuanto giré la llave y abrí la puerta, percibí el intenso aroma a café recién hecho y me puse nerviosa.

<Está despierta>

—Hola madrugadora —dice volviéndose en cuanto pongo un pie en el salón.

Tenía el cabello alborotado y llevaba puesta la ropa que le había prestado la noche anterior. Estaba como un tren. Caminó hacia mí sin dejar de mirarme y mi confianza se disipó cuando rozó su nariz contra la mía. Su cuerpo desprendía tanto calor, que provocó un pequeño incendio bajo mi piel. ¿Cómo resistirse a ella cuando era capaz de desordenar mis decisiones con tanta facilidad?

—¿Café con leche?

—Sí, por favor.

Volvió a la cafetera riéndose y la seguí con la mirada completamente embobada. Cuando reaccioné, dejé la bolsa de papel con los croissants y me apoyé en la mesa observando lo bien que se desenvolvía en mi cocina mientras revivía imágenes de la noche anterior anhelando repetir las. Esos pensamientos me sonrojaron. Cinco minutos antes, estaba decidida a echarla

de mi vida, pero ya no. ¿Cuántas horas llevaba sin sexo? ¿Ocho? Ocho me parecieron demasiadas.

<¿Cómo sabía que accedería?> me pregunto cuando caigo en la cuenta de que sabe que no soy lesbiana.

—No me preguntaste —digo aludiendo a mi última reflexión. Se gira y me mira con seguridad.

—No hizo falta.

—¿Tan segura estabas de que accedería?

—Me arriesgué después de ver cómo te sonrojabas cada vez que te miraba —asegura acercándose despacio. Todo mi cuerpo se estremece ante el inminente contacto—. Mmmm, todavía están calientes —murmura sacando un croissant de la bolsa. Me da un pico y vuelve a la cafetera—. Tienes los labios helados.

—Hace frío, pero ha amanecido un día precioso.

—¿Tienes que estirar?

—Lo he hecho abajo con tu abuela.

—¿Ah sí? ¿Qué se cuenta? —pregunta en tono divertido.

—Me ha contado lo bien que se lo pasó ayer.

—Yo también me lo pasé bien —musita. Su tono es travieso y me clava los ojos mientras se acerca con la taza de café con leche entre las manos. Instintivamente, mis ojos se posan en el suelo para evitar mirarla. No soy una persona tímida, pero ella consigue que lo sea por la forma que tiene de mirarme. Levanta mi barbilla—. ¿Qué ocurre?

<¿Y ahora qué respondo? ¿Qué he tenido que salir a correr para librarme de todos los mensajes contradictorios que envía mi cerebro? ¿O le explico cómo la canción de la cafetería ha conseguido sacudirme la conciencia? Esto no está bien>

—Estoy confundida, todo esto es...no sé...nuevo para mí.

—No eres lesbiana solo porque nos hayamos acostado una noche, sí es lo que te estás preguntando.

—¿Solo ha sido una noche? —pregunto haciendo un mohín mientras me siento a la mesa. Levanto una ceja sorprendida por lo atrevido que ha sonado el comentario. Mi yo más osado viene pegando fuerte. El microondas pita y veo como Monique se debate entre contestarme o sacar la taza que hay en su interior. La muy tuna sonrío de medio lado y se dirige al microondas, dejándome con la duda. Introduce la bolsita de té dentro de la taza y vuelve hacia mí sin quitarme ojo.

—Pueden ser todas las que quieras —asegura mientras toma asiento. Suspiro aliviada—. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

—Si no soy lesbiana.... ¿Qué soy?

—Tendrás que averiguarlo tú, pero tienes suerte.

—¿Por qué?

—Has probado las dos versiones. Yo nunca he follado con un hombre, desde siempre he tenido claro que me gustaban las mujeres, así que no puedo comparar —asegura dándole un sorbo a su té.

Durante el desayuno, mis pensamientos se fugaron en varias ocasiones a la cara de felicidad de Mme Bondue mientras hacía los ejercicios de estiramiento junto a ella. En la tele estaban dando las noticias, pero como siempre, no había ninguna buena.

—Tu abuela te adora, es la mujer más feliz del mundo cuando vienes a visitarla. Tendrías que haberla visto mientras hablábamos hace un rato; no ha dejado de decirme lo bien que se lo pasó y lo encantada que está de que por fin nos hayamos conocido. Cuando me lo ha dicho, casi me atraganto —confieso. A Monique le da un ataque de risa.

—¿Crees que lo sabe?

—No creo... —divago.

—Siempre que venía a visitarla, me hablaba de ti, hasta que un día te vi saliendo del portal mientras estaba aparcando el coche.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un mes.

—Anoche me dijiste que querías follarte conmigo desde la primera vez que me viste.

<¡Anda mira! ¡He dicho follarte!>

—¿Y pensaste que era desde el sábado pasado? Pues no, en realidad he querido tenerte en mi cama desde ese día, pero me conformo con haber estado en la tuya. Por cierto, llevabas esas mismas mallas y pensé ¡¡Guau!!

—¿Me miraste el culo?

—Era lo único que no llevabas muy tapado —dice burlándose de mí.

—Qué graciosa estás por las mañanas —bromeo—. Lo cierto es que no consigo acostumbrarme al frío que hace aquí.

—¡Normal! Tu invierno es como nuestro otoño. No estas acostumbrada a estar bajo cero y es imposible que tu cuerpo pueda aclimatarse en tan poco tiempo.

—Tu abuela dice que solo necesito un año más para acostumbrarme.

—Ya veremos si duras tanto. Me da la impresión de que echas mucho de menos tu casa.

—A veces —admito—. ¿Por qué no la llevas a comer? —pregunto sin pensarlo.

—¿A mi abuela? Tengo otros planes para hoy —asegura levantando ligeramente el culo de la silla. Apoyando los brazos sobre la mesa, se acerca despacio y me lanza una mirada lujuriosa que consigue que el interior de mis muslos se contraiga—. Quiero pasar todo el día contigo. Podemos ir alternando entre la cama y el sofá.

Era tan directa que conseguía ruborizarme una y otra vez. Intenté recomponerme como pude y volví a la carga.

—Te quiere con locura. Si alguna de mis abuelas viviera, intentaría pasar más tiempo con ellas. Ahora lo sé, justo ahora que no puedo hacerlo. Tu abuela me lo recuerda cada día, supongo que por eso le he tomado tanto cariño.

Monique deshizo el hoyuelo y se puso algo más seria al tiempo que se sentaba de nuevo en la silla.

—Yo también la quiero mucho, pero el día a día me absorbe y es difícil encontrar el momento para venir a visitarla. A veces me siento culpable por no dedicarle más tiempo.

—No me malinterpretes, no era una crítica. Nunca la he oído quejarse de que vengas poco, al contrario, adora cada momento que pasáis juntas y lo disfruta muchísimo.

—Quizás ahora venga más a menudo —insinúa guiñándome un ojo.

Esa era otra de las cosas que más me gustaban de ella: podía saltar de la seriedad al cachondeo con mucha facilidad. Me levanté para recoger las tazas de la mesa y mientras las estaba metiendo en el lavavajillas, la observé de reojo. Estaba pensativa y se mantuvo ausente durante unos minutos con la mirada puesta en el televisor. Le di ese espacio y me entretuve en la cocina colocando algunas cosas.

—Tienes razón, pasar el día juntas le haría mucha ilusión. ¿Puedo poner una condición?

—La que quieras.

—Cenemos juntas.

—No tengo planes —admito. La idea de volver a pasar la noche con ella, me seduce al instante.

—¿Te importa que me dé una ducha?

—Claro que no.

Mientras limpiaba la encimera, imaginé a Monique en mi ducha y la tentación fue más grande que mi fuerza de voluntad. A medida que me iba acercando al baño, oí varias veces el sonido de la pastilla de jabón caer sobre el plato de ducha.

—¡Joder con la puñetera pastilla! —brama.

Me apoyé en el marco de la puerta observando su silueta a través del cristal biselado y escuchando toda clase de impropiedades. Avancé un par de pasos más.

—¿Me estás mirando?

—He oído que tenías problemas con el jabón —digo improvisando una excusa. La mampara se abre y la mano de Monique me invita a entrar. Ni me lo pienso, tomo su mano y me dejo arrastrar hacia el interior. Después de cerrar la corredera, estira de mi camiseta y me acerca hasta ella.

—Necesito ayuda con esto —dice en tono obsceno dándome la pastilla de jabón. Está deformada por los golpes y niego con la cabeza conteniendo la risa.

—Eso me ha parecido —replico mientras sus penetrantes ojos verdes me dejan, una vez más, desarmada. A medida que mi ropa se va calando poco a poco, el deseo va en aumento. Me deslizo lentamente hasta quedar en cuclillas y empiezo a enjabonarla por los pies. Tiene cosquillas y da pequeños saltos para intentar contenerse. Subo lentamente, observando como su piel se eriza y como su respiración se acelera tras enjabonar sus muslos y rozar delicadamente su sexo. Cuando llego a sus pechos, las miradas se encuentran y nuestras bocas chocan con furia. Monique se decide por fin a desvestirme.

—¿Crees que he olvidado algún sitio? —pregunto con picardía.

—Te has dejado el más importante.

—¿Este? —digo apretando mi mano contra su sexo y empujándola contra la pared.

Mientras la besaba, caí en la cuenta de que no sabía muy bien qué hacer. Podía intentar imitarla, pero sabía que su destreza nada tenía que ver con mi inexperiencia. Leyó mis pensamientos.

—Relájate, no hay nada que no sepas hacer. Ven aquí —me ordena antes de aprisionar mis labios entre los suyos.

Sus palabras y su intensa mirada, mitigaron mis dudas de principiante. Monique cerró los ojos y abrió ligeramente la boca cuando introduce el dedo índice dentro de ella. Lo hice despacio, atenta a su reacción temiendo hacerle

daño, pero estaba tan húmeda, que se deslizó con facilidad. Con la otra mano, acaricié la comisura de sus labios con el pulgar y me mordió. Eso me puso a cien y volví a tomar su rostro por la mandíbula para besarla con violencia. Estaba a punto de introducir un segundo dedo cuando, de repente, me volvieron a asaltar las dudas.

<¿De verdad quiero esto?> me pregunto antes de parar en seco agobiada por las sensaciones que me oprimen el juicio.

—No pares —susurra jadeando. En ese momento me doy cuenta que, por primera vez, soy yo la que tengo el control y me gusta esa sensación. Sonrío para mis adentros al tiempo que me deshago de los pensamientos de culpabilidad, e inicio de nuevo un lento movimiento con mis dedos dentro de ella.

Mis besos empezaron a descender por el cuello, luego por su torso y finalmente llegaron a su entrepierna, donde mi boca se adueñó de su sexo y tomó el papel principal. Arrullaba mis cabellos con fuerza mientras mi lengua y mis dedos seguían trabajando conjuntamente tratando de darle el máximo placer. Aunque al principio estaba nerviosa, me dejé llevar obnubilada por la sensualidad del momento, y fue entonces cuando sentí que Monique disfrutaba de verdad. Sus piernas se tensaron y sus jadeos aumentaron, indicándome así que se acercaba al orgasmo. Mantuve el ritmo hasta notar como su cuerpo se contorneaba en un último intento por arrancarle el máximo placer. Cuando por fin la oí gritar y deshacerse en mil pedazos, mi ego empezó a hablarme.

<¡Bien Lisa! Empiezas a pillarle el tranquilo>

La miré mientras se deslizaba lentamente hasta quedar las dos en cuclillas y se sentó frente a mí. Parecía desfallecida.

—Me has dejado hecha polvo —suspira. Me toma de la mano y la estira hacia abajo para que me siente. Apoyo la espalda contra la puerta corredera y rodeo su cintura con mis piernas. Su espalda está apoyada contra la fría pared de la ducha, pero parece no importarle—. Si con apenas práctica me dejas así, no quiero pensar cómo será después —insinúa mientras se recoge la melena en una coleta y la prensa con sus manos para extraer el agua.

—Eres un desastre con la pastilla de jabón.

—No conozco a nadie que las use. Eres una anticuada —bromea.

—Las hace mi amiga Isabel y cuida al detalle cada esencia y cada producto que emplea para fabricarlas. Me encanta el tacto que deja sobre la piel.

—Es cierto, la deja muy suave —susurra acariciando mi muslo—. Me

gusta que me enjabones.

—Pues tengo una caja entera —aseguro levantando la ceja.

—Para ser la primera vez que llevas la iniciativa, no lo has hecho nada mal. Me gusta follar contigo.

Follar. Otra vez la palabra a la que acabaría tomándole el gusto, porque follar no era tan malo.

Al salir de la ducha, me anudé una toalla a la cintura y tomé una limpia del armario para ella. La coloqué sobre sus hombros y fui deslizándola poco a poco por todo su cuerpo hasta llegar a los pies.

—Nunca nadie me había secado.

—Me alegro de no ser la única que ha tenido su dosis de “primera vez”.

No podía presentarse en casa de su abuela con la misma ropa del día anterior, más que nada porque seguramente nunca la había visto repitiendo ropa y no era el momento de ir dejando pistas. Mientras se vestía con la mía (unos tejanos y una blusa negra), la contemplé fascinada tumbada en la cama. Le gustaba sentirse observada y se recreaba en cada movimiento. Cuando acabó, la acompañé hasta la puerta.

—¿Por qué me cuesta despedirme de ti? ¿Qué me has hecho? —me recrimina cogiéndome por el pecho. Sus labios están tan cerca que puedo sentir su aliento mentolado.

—O bajas ya con tu abuela o te doy una patada en el culo —susurro pitorreándome. Arruga los labios y se separa lentamente. Cuando llega al tercer escalón, se gira y me guiña el ojo.

—Hasta luego —digo en voz baja justo cuando desaparece de mi ángulo de visión. El “toc, toc” en la puerta de Mme Bondue rompe el silencio que hay en la escalera y espero un minuto hasta que la oigo abrirse.

—¡Cariño! ¿Qué haces aquí?

—Vístete abuela, te llevo a comer —sus voces desaparecen en cuanto la puerta se cierra e intento imaginar la cara de Mme Bondue. Suspiro y me embarga una profunda felicidad.

Fui caminando hasta el Louvre para perderme, una vez más, por las salas dedicadas a la cultura egipcia. Esperaba que el recogimiento y el silencio que allí se respiraba, me ayudaran a poner en orden mis pensamientos, pero tenía demasiadas cosas que asimilar y ni siquiera mi sitio preferido de París me ayudó en esa ardua tarea. Pasadas las dos de la tarde, salí admirando la claridad que penetraba por la pirámide de cristal prácticamente desierta a esas horas. Por muchos detractores que tenga, estar bajo ella y contemplar la luz



atravesándola, es simplemente una maravilla.

Monique me había dicho que alguien de la oficina había visto esculturas de gran formato en Place Vendôme, así que, aprovechando la vuelta a casa, pasé a echarles un vistazo y cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que esas espectaculares obras eran de un escultor español. Se trataba de seis esculturas cuya principal característica residía en que, todas ellas, eran rostros de mujer ornamentados con pendientes gigantescos, una gran mariposa, una pámela, palillos giratorios o decenas de mariposas revoloteando a su alrededor, que dicho sea de paso, fue mi preferida.

Al llegar a casa, desganaada, me tumbé en el sofá con el libro electrónico y en algún momento me debí quedar dormida, porque cuando desperté, eran las cinco de la tarde y tenía que cocinar.

Minutos antes de las siete, sonó el timbre y supe que era ella. ¿Quién más podía ser a esas horas?

—¡Hola! —saludo al abrir la puerta. No me da tiempo a añadir nada más, en una décima de segundo, se ha colgado de mi cuello y me besa con ansia. Me empuja hacia la pared con su cuerpo y a duras penas consigo cerrar la puerta de una patada—. Yo también me alegro de verte —susurro mientras noto como sus manos se deslizan bajo mi jersey. A pesar del frío que debe hacer en la calle, tiene las manos ardiendo y su cuerpo me cubre entera.

—Llevo todo el día pensando en ti —musita mientras sostiene mi rostro entre sus manos—. No veía el momento de volver a meterme en la cama contigo.

Quise decir algo, pero no encontré las palabras. Me costaba asimilar tanta efusividad, pero una vez más, sus gestos, sus caricias y sus besos lograron convencerme, dejándome llevar por el frenesí que recorría mi cuerpo cada vez que me tocaba.

<¡Qué le den a la cena!>

En apenas seis metros nos habíamos desnudado la una a la otra y rodábamos por la alfombra del salón.

—Quiero follarte —gruñe mientras se pone a horcajadas y empieza a deslizarse arriba y abajo lentamente.

Solo llevaba veinticuatro horas escuchando esa palabra y ya me había acostumbrado. Prácticamente no recordaba lo ordinaria que me parecía antes de conocer a Monique y, de hecho, cada vez que la decía, producía un efecto letal en mí: se me erizaba el vello del todo el cuerpo y mi entrepierna empezaba a hacer palmas.

Intenté besarla, pero me dejó con las ganas cuando su boca de deslizó entre la comisura de mis labios y fue bajando por el cuello, clavículas, pechos, vientre hasta que por fin llegó a mi entrepierna, donde el solo roce de su respiración, causó un incendio. Instantes después, empecé a notar esa sensación de tormenta que llega, arrasa y al irse, deja todo en calma.

Si alguna vez había tenido telarañas ahí abajo, Monique se ocupó de que no quedara ni rastro de ellas. Era una auténtica máquina y despertó un apetito sexual desconocido para mí hasta entonces. Tras un pequeño descanso, le insinué con la mirada que era mi turno.

—Voy a hacerlo —aseguro sentándome de rodillas entre sus piernas.

—Lo estoy deseando.

Su forma de besar era tan sensual y apasionada, que mis labios buscaban los suyos sin cesar y se dejaban envolver perdiendo completamente la razón. Me chupé los dedos índice y corazón con obscenidad antes de introducirlos en su sexo húmedo observando como el fresco verdor de sus ojos desaparecía fugazmente tras los párpados. Mis dedos se movían despacio mientras recorría su vientre con mi boca. Sus pechos, firmes y duros, pedían a gritos las mismas atenciones y sin saber por qué, los pellizqué. Gritó de placer y la piel se le erizó. Iba por buen camino. Su pulso se fue acelerando poco a poco hasta que gritó contorsionando el pecho sin dejar de aferrarse a la mesa con la mano derecha, mientras las uñas pintadas de rojo pasión de su mano izquierda, se clavaban en mi cuello. Aquellas pequeñas marquitas me duraron unos días.

Sentir sus espasmos bajo mis labios, fue una pasada; una razón más para repetir aquello una y otra vez.

Me tumbé a su lado con la mano apoyada en la cabeza y contemplé como su respiración poco a poco recobraba su ritmo acompasado. La alfombra resultó ser muy cómoda y me alegré de haber escogido una tan mullidita sin saber que le iba a encontrar un uso tan insospechado. Nos quedaban pocos lugares del apartamento en los que dejarnos llevar por aquel instinto primitivo y pasional que nos devoraba a ambas por igual. Acarició mi rostro y dejó caer sus largos dedos hasta rozar con ellos mis pechos.

—Huele bien, ¿qué has cocinado?

—Papillote de pollo con jamón dulce y trocitos de ciruela. Por suerte, está en el horno y no se enfría —le reprocho con ternura.

—Cuando te veo, no puedo pensar en otra cosa que no sea sexo.

—Parece que eso se pega —aseguro arqueando la ceja.

—Parece que sí.

Ella causaba en mí la misma sensación de necesidad que al parecer le causaba yo y era insaciable. Acabábamos de follar y seguían saltando chispas entre nosotras mientras nos vestíamos. Por un momento puse en duda que fuéramos capaces de ponernos a cenar sin que hubiera otro revolcón de por medio.

—Cuéntame cómo os ha ido el día, ¡quiero todos los detalles!

—Al abrir la puerta me ha sorprendido verla adormilada y me ha confesado que se acababa de levantar. Tendrías que ver la cara que ha puesto.

—He oído su voz y me ha bastado para hacerme una idea de la sorpresa que se ha llevado.

—Cuando hemos entrado, ha empezado a llorar y me he sentido fatal — confiesa abatida.

La miré y sentí como me invadía una punzada de envidia que no pude reprimir. Mis abuelos habían fallecido hacía ya muchos años y apenas los había conocido, así que, en cierto modo, había adoptado a la suya.

Las berenjenas rellenas se habían mantenido perfectamente en el horno.

—Mmmmm. Me encanta. Está buenísima. ¿Qué lleva?

—Zanahoria, cebolla, calabacín, tomate y la propia berenjena. Un poco de sal, especias y una bechamel fina.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por tener razón. Paso poco tiempo con ella y quiero que eso cambie. Hoy ha sido un día muy especial y me ha encantado pasarlo con ella.

—Es una mujer entrañable.

Después de cenar, recogimos todo en un abrir y cerrar de ojos y nos sentamos en el sofá. Monique no dejaba de hablar y me di cuenta de lo mucho que me gustaba oír una voz en casa que no fuera la mía. Puso los pies sobre mí.

—¡Joder! ¡Tienes los pies helados!

—Siempre los tengo fríos —se justifica.

Lejos de apartarlos, los movió arrastrándolos por mi cuerpo mientras yo trataba de agarrarlos, pero esquivaba con rapidez mis manos. Cuando por fin logré atraparlos, la pellizqué en el dedo gordo y dio un respingo.

—¡Ay!

—Estate quieta. Si te portas bien, te doy un masaje que ayudará a reactivar la circulación.

Junto al sofá, tenía un bote de aceites esenciales con el que solía

masajearme las piernas varias veces a la semana. Monique me observó expectante y se mofó creyéndome incapaz de hacerlo bien, pero se equivocaba; tenía mucha práctica. Apliqué unas gotas sobre el empeine y los tobillos y no tardó mucho en darse cuenta de su error.

—¡Ohhh! Me encanta que me toquen los pies. Es una de mis debilidades —admite.

—¿Voy a tener que ir averiguando las demás o me las explicas?

—Tengo muchas, pero ya conoces dos.

—¿Dos?

—Piensa —dice. Su voz cargada de sensualidad y su mirada, me dan la pista que necesito.

—Sexo —digo apretando con fuerza el talón. Su mirada triunfal me confirma que he dado en el clavo.

—Lo haces genial. ¿Has hecho algún curso?

—Aprendo por imitación. Solía ir al masajista varias veces al mes —miento, pero solo en parte. Ejercicio una leve presión con el pulgar desde el talón hasta los dedos y repito el movimiento con el canto externo de la mano para subir de nuevo haciendo rodar los nudillos por la planta del pie. Por supuesto no olvido masajear entre los dedos, el tendón de Aquiles y los tobillos.

—¿También sabes darlos en la espalda?

—Hace tiempo que no practico.

—Pues me muero de ganas de que lo hagas conmigo —dice con picardía.

—Dar masajes cansa mucho, no creo que luego pueda rendir.

—Seguro que sí —dice tocándome el abdomen—. Yo mataría por tener un vientre como el tuyo. No se notan, pero están ahí —dice refiriéndose a los abdominales.

—No puedes quejarte, tienes un cuerpo precioso.

—Tendré que agradecersele a la genética.

—¿No haces deporte? —pregunto sorprendida. Niega con la cabeza y la invito a que me acompañe algún día.

—¡Quita, quita! Yo no corro por deporte.... solo lo hago para perseguir otras mujeres —dice guiñándome el ojo. No se me pasa por alto que ha dicho mujeres en plural.

—Mujeressss.... —replico alargando la “s”—. ¿Ha habido muchas?

—No sé estar sola, pero tú has sido la primera que he pasado al otro lado —confiesa satisfecha.

—¿Quién ha dicho que me haya pasado al otro lado? —pregunto un tanto ofendida.

<¿Cómo puede decir eso? ¿Ayer no era lesbiana y hoy sí? ¿Cómo se supone que va esto? ¿Con dos polvos no lo eres, pero sí a partir del cuarto?>

—Tal como lo dices, parece que te hayas pasado al lado oscuro. Ser lesbiana no es nada malo.

—No es eso. Simplemente no tengo claro en qué lado estoy ahora mismo y si yo no lo sé, ¿cómo puedes saberlo tú?

—Por el modo en que miras a otras mujeres.

—¡Yo no miro a otras mujeres! —replico enfadada.

—Te he visto hacerlo —asegura mofándose.

—¿Cuándo?

—Varias veces *ma chérie*.

Monique sonrió antes de echar la cabeza hacia atrás para seguir disfrutando del masaje. No quiso seguir hablando del tema y a decir verdad, yo tampoco tenía demasiadas ganas.

<¡Yo no miro a otras mujeres!> refunfuño para mí.

Seguí masajeadando sus pies mientras repasaba mentalmente mis encuentros con otras mujeres y me di cuenta de que era incapaz de verme a mí misma en esa realidad. Esos instantes estaban bloqueados en mi mente y me puse de mal humor cuando comprendí que ella debía tener razón.

—¿Los notas más calientes? —pregunto al cabo de un rato soltándole los pies y frotando mis manos la una contra la otra.

—Toda yo me estoy poniendo caliente —dice acercándose lentamente con la mirada encendida.

<¡Vamos a por el quinto!> —digo aplaudiéndome a mí misma. El enfado desaparece más rápido de lo que ha tardado en aparecer.

Nuestros labios se encontraron, primero con besos fugaces seguidos de besos más frenéticos en los que nuestras lenguas se entrelazaban y se buscaban sin cesar. Me preguntaba si el sexo era siempre así de intenso entre mujeres y si también lo era con sus otras amigas. ¿Cuántas eran?

Mordí su labio inferior recordando lo mucho que le gustaba y escuché un leve gemido mientras levantaba con brusquedad mi camiseta. Se quitó la blusa que le había prestado por la mañana y se abalanzó tomando mi cara entre sus manos. Tumbada sobre mí, su espalda era completamente accesible a mis caricias, y al tocar su cuello, advertí que era un amasijo, lo que indicaba que estaba sometida a mucho estrés y comprendí que no sabía nada de ella:

¿Dónde trabajaba? ¿Qué había estudiado? ¿Dónde vivía? Por no saber, no sabía ni su número de teléfono. Arrastré mis manos por su cuello y por su espalda preguntándome si era yo su vía de escape a todo ese estrés.

<¿Es ella mi vía de escape a tanto dolor?>

Desabroché mi sujetador y percibí de nuevo como la electricidad recorría todo mi cuerpo pensando en lo que venía a continuación.

Solía levantarme de buen humor, pero aquel día me levanté aún mejor y el motivo no fue otro que haber dormido toda la noche del tirón. Algo completamente insólito para mí.

Mientras salía de la ducha, Monique me cogió las braguitas que había dejado sobre la cama y cuando llegué a la habitación para vestirme, las levantó apoyadas en su dedo índice. Solo llevaba puesta la blusa negra y ni siquiera la llevaba completamente abotonada. Tenía ganas de jugar.

—¿Me las das?

—Ni hablar —asegura escondiéndolas detrás de ella.

—La señorita Rebattet quiere jugar —digo avanzando hacia ella segura de poder atraparla. Cuando estoy a punto de hacerlo, me sorprende saltando por encima de la cama y escapa gritando por el pasillo. La sigo hasta la cocina y ambas sabemos que no tiene escapatoria cuando la acorralo en la mesa—. No te voy a dejar saltar una segunda vez —le advierto mientras me acerco lentamente. Rodeo sus caderas con mis brazos e intento conseguir mi ropa interior sin éxito. Le da un ataque de risa y me cuesta no reírme, pero si lo hago, perderé. La elevo del suelo y la siento sobre la mesa mientras grita como una niña pequeña—. Vas a tener que dárme las buenas.

—Estoy deseando que me digas cómo será por las malas —insinúa entornando los ojos y arrugando los labios.

Intenté cogerlas, pero movía con habilidad las manos y fracasaba en cada uno de mis intentos. Haciéndome hueco entre sus muslos, conseguí agarrar una de sus manos, pero mi ropa interior estaba en la otra.

<Es rápida la puñetera>

Solo había una manera de ganarla. Sin soltar su mano derecha, recorrí con mi nariz su cuello y noté como la mano que tenía sujeta, iba perdiendo fuerza a medida que mis besos se tornaban más intensos. No tardó en rodear con sus piernas mi cintura y aprisionarme contra ella. Con una sola mano, intenté desabrochar su blusa, pero era muy difícil y Monique se impacientó. Contaba con ello. Dejó caer sobre la mesa las braguitas y mientras se desabrochaba el resto de botones, las recogí con total tranquilidad dándole un beso en la frente.

—Las tengo.

—No me lo puedo creer.

—He ganado guapa.

—¡Has hecho trampa!

—No me has dejado alternativa; eres más rápida que yo.

—¡No es justo! —se queja de nuevo. Su cara es un poema, pero sus piernas siguen rodeando mi cintura con fuerza. Niega con la cabeza mientras duda entre mosquearse o seguirme el juego—. Has hecho trampa —repite bajando la mirada y soltando las piernas.

<Se le da bien hacerse la víctima>

—No del todo —aseguro mientras me pongo en cuclillas para mirarla desde abajo. Después, subo lentamente hasta encontrar su boca y deslizo su blusa hacia atrás. Quiero volver a verla completamente desnuda y hacerlo sobre la mesa de la cocina es una imagen que todavía no tengo. Otro sitio que tachar de la lista. Solo de pensarlo, me pongo cachonda.

<¡Cachonda! otra palabra que añadir a mi nuevo diccionario>

Subí a la mesa y me tumbé sobre ella al tiempo que se deslizaba hacia atrás para hacerme sitio. Mis labios recorrieron su cuello mientras, de nuevo, atenazaba mi cintura con sus largas piernas.

—Métemelos —ordena. Obedezco y mi dedo corazón se introduce en su sexo húmedo y caliente. Con movimientos circulares provocho los primeros gemidos, pero no estoy cómoda y me bajo de la mesa arrastrando su cuerpo hacía el borde. Acaricio sus piernas, su torso y sus pechos mientras la observo y noto como se impacienta. Está esperando que entre otra vez dentro de ella, pero no lo voy a hacer, he bajado de la mesa para usar solo la lengua. Me siento segura de mí misma y esa seguridad me infunda confianza. Recorro su ombligo, luego su vientre y por último, mi lengua se desliza entre los labios de su sexo que no tardan en aumentar de tamaño. Mis manos recorren todas las partes del torso que tengo a mi alcance, centradas únicamente en dar placer y en pocos minutos, la oigo gritar con fuerza. Por un instante, maldigo que sea tan poco discreta y ruego para que las paredes del apartamento sean lo suficientemente anchas como para que los vecinos no noten que en los últimos días estoy teniendo compañía, pero es solo un instante, porque ese sonido intensifica mi ego hasta límites insospechados.

<¿A quién le importa lo que piensen los vecinos?>

El lunes por la mañana salimos juntas del apartamento, aunque con ciertas precauciones. Bajé las escaleras en primer lugar para entretener a Mme

Bondue sabedora de que, a esas horas, estaría cuidando de sus plantas y entré en su casa con la excusa de pedirle un par de bolsitas de té. Monique pudo salir sin que la viera, pero eso no evitó que me sintiera mal por mentirle.

Tras despedirme de ella en la calle, inicié mi sesión de running y al llegar a Boulevard Haussmann, empecé a contar mentalmente las veces que habíamos follado desde el sábado: en la ducha, en la cama hasta altas horas de la madrugada, otra vez en la ducha por la mañana, en la alfombra tras pasar el día con su abuela y en el sofá después de la cena. La última vez no hacía ni quince minutos. En menos de cuarenta y ocho horas, habíamos follado seis veces. A mí me parecía una barbaridad, pero intuía que Monique estaba acostumbrada a eso e incluso a más.

El sexo tiene ciertas similitudes con el deporte y yo me había pasado muchos meses sin practicarlo, ni siquiera a solas, por lo que, en lugares concretos de mi cuerpo, sentía unas ligeras agujetas. Sonreí al pensar que se debían a que mi “Yo” más golfo, seguía ganándole la partida a mi “Yo”, más centrado y prudente.

<Tengo hasta el viernes por la tarde para recuperarme>

Después de comer, volví a salir para repetir uno de mis paseos favoritos: bajar hasta Hotel de Ville para luego alcanzar el Pont de Notre—Dame. Me gustaba pasear junto al río Sena y descubrir una y otra vez los magníficos edificios que componen el Museo del Louvre y sus Jardines. Seguí hasta Place de la Concorde y, por último, mi destino: Avenue des Champs Élysées. Al llegar a la esquina con 2bis av Franklin D. Roosevelt, giré y le eché un vistazo a la programación del Théâtre du Rond—Point, una de mis paradas obligadas cada vez que hacia esa ruta. Me encantaba ver la cartelera y leer la sinopsis de las propuestas que ofrecían y aunque casi siempre me llamaba la atención alguna de ellas, nunca encontré el momento oportuno para asistir. Me levanté el cuello del chaquetón y continué caminando contemplando el magnífico atardecer que caía imponente sobre cada rincón de la ciudad dándole un aire bucólico y romántico. Al llegar al Arco de Triunfo, me dirigí por Rue d'Iléna hasta la Avenida Nueva York, desde donde contemplé la estructura de la Tour Eiffel, dorada a causa del efecto de la luz del sol desapareciendo por el Oeste. Desde cualquier ángulo y a cualquier hora del día, me parecía espectacular, pero hacerlo desde una terraza con un café con leche bien calentito entre las manos, era incluso mejor.

Al entrar en el apartamento, el silencio y la temperatura me hicieron recordar la célebre frase de “hogar dulce hogar”. Mientras me cambiaba de



ropa, pensé en llamar a Clara, pero se me adelantó con un mensaje.

—¿Hermanita?

—¡¡Hola!! ¿Te pitaban los oídos?

—Algo por el estilo ;)

—Ahora te llamo

No esperó ni tan siquiera un tono para descolgar.

—Cómo te cuesta llamar, ¡eh!

—Te lo prometo, iba a hacerlo después de cambiarme de ropa. He ido a dar un paseo y acabo de llegar a casa con los pies helados.

—¿Todavía hace frío? Aquí ya hemos relegado los chaquetones al fondo del armario.

—¡Lo sé! ¡Deja ya de restregármelo! Es una mierda de clima, pero las fotos siguen siendo espectaculares... ¿A que sí? —digo para chincharla.

—Haces unas fotos preciosas, no me canso de verlas.

—No tengo ningún mérito, esta ciudad es bonita desde cualquier ángulo.

—Me han explicado un chiste sobre la Tour Eiffel, ¿te lo cuento?

—Claro.

—Sale una foto de las Torres Mudéjar de Teruel y al pie de la foto, se lee la siguiente frase: Esto es una torre. A continuación, se ve la foto de la Tour Eiffel y al pie de la misma se puede leer: ¡Y esto es un andamio ostia!

—¡Ja, ja, ja! Muy aragonés, seguro que te lo ha contado Javier.

—Por supuesto, ya sabes lo orgulloso que está de sus raíces. Te manda un beso.

—Dale otro de mi parte.

Aún estuvimos un buen rato hablando y al despedirnos, el apartamento se quedó de nuevo en silencio, aunque solo fue momentáneo, porque el móvil no tardó en volver a sonar con el tono que tenía en el grupo de “*mis muy mejores amigas*”. Se me iluminó la cara.

—Hola bombón, ¿estás ahí?

—¡Isabel! ¡¡¡¡¡¡¡¡Qué alegría!!!!!!! —escribo.

—Holaaaaaa cariño ¿Qué te cuentas?

—¿Me acompañas esta noche a tomar una cerveza? :P

—¡Qué puta!

—¡Ja, ja, ja! Daría un riñón si pudiera tomarme una cerveza con vosotras.

—¿Solo una? Con nosotras eso es imposible :) :)

—Siempre sabes lo que hay que decir para llegarnos al corazón —tercia

Carmen. Grito de alegría al ver su mensaje y me lanzo al sofá para estar más cómoda—. *He empezado a oír mensajes y he pensado: ¡Qué sean de estas dos locas por favor! Y por una vez, ¡Dios me ha escuchado!*

—*¡Ja, ja, ja!* —añadimos Isabel y yo al mismo tiempo.

—*¿Cómo te va por París?*

—*¡Uy! Fatal... estoy deseando volver a casa* —escribo con ironía.

—*¡Serás capulla! ¿No nos echas ni siquiera un poquito de menos?*

—*No* —escribo conteniendo la risa.

—*¿Pues sabes qué? ¡Qué te den! Aquí el tiempo es maravilloso, tenemos playa, una fantástica gastronomía y aceite de oliva en vez de mantequilla ¡Puaggkk!*

—*¿Quién es ahora la capulla?* —pregunto.

—*Tú te lo has buscado :P*

—*Me gusta tanto esta ciudad, que todo me compensa*

—*¿Qué romántica estás ¿tienes algo que contarnos?*

—*No*

—*Joder que escueta. ¿Te has enfadado? :(*

—*No*

—*¿Es el día de los monosílabos?*

—*¡Quieres dejarla!* —interviene Carmen.

—*Solo quiero saber si alguien le ha quitado las telarañas*

<*Ja, ja, ja. Telarañas dice...*>

—*¡Isabel! Te has pasado...* —la reprende Carmen.

—*Chicas, dejadlo, no es buen momento para eso* —escribo mientras intento quitarme de la cabeza la imagen de Monique sobre la mesa de la cocina.

—*¿Cómo va el cambio de aires?*

—*Me viene bien*

—*¿Y las telarañas?* —insiste Isabel.

—*No pienso hablaros de eso*

—*Mientras no te quedas para vestir santos...*

—*Hoy estás que te sales* —le recrimino.

—*Debe ser que estoy con la regla*

—*Nunca se te ha dado bien controlar tus hormonas :) ;P* —replico.

—*El domingo fuimos a tomar el vermut y durante un momento, nos quedamos calladas mientras Edu y Max hablaban de sus cosas. Al mirarnos, supimos que las dos estábamos pensando en ti*

—*Yo también os echo de menos, más de lo que os pensáis y más de lo que me gusta reconocer*

—*Todavía no te hemos perdonado que te fueras sin despedirte* —me advierte Isabel.

—*¿Por eso no dejas de tocarme las narices?*

—*No te toco las narices, solo te echo de menos y es mi manera de expresarlo*

—*Ya sabes que no soporto las despedidas*

—*Pues vas tener que compensarnos de alguna manera*

—*Se me ocurre una idea estupenda: Venid a pasar unos días conmigo!!*

En la pantalla aparecieron unas cuantas manos aplaudiendo y acto seguido, llegó otro mensaje de Carmen con más palmas, acompañadas de una sonrisa y unas cuantas “bailaoras”.

—*¿La semana antes de que empiece el colegio?* —pregunto.

—*Habré vuelto al trabajo, empezamos el día 1, pero si lo hacemos coincidir con el fin de semana, creo que me las podré arreglar*

Carmen era una profesora entregada, de esas que hacen de su profesión un arte y representan lo mejor de la docencia. Se preocupaba por sus alumnos y los aconsejaba sin aleccionarlos, porque lo más importante para ella, era que aprendieran a pensar por sí mismos. Siempre los animaba a investigar y crear su propia composición de las cosas para poder verlas desde su propio punto de vista y no desde el punto de vista de los demás. Los mimaba sin ser demasiado condescendiente al igual que hacía con sus hijas Yolanda y Estefanía.

—*¡Perfecto!* —contestamos Isabel y yo.

Al ser autónoma, Isabel podía organizarse con más facilidad. Lo de trabajar para otro no iba con ella y desde siempre tuvo claro que quería ser empresaria. Después de explorar sin éxito las salidas laborales que le ofrecía su título en Historia del Arte, empezó a interesarse por la ecología y asistió a multitud de charlas de lo más variopinto donde un día les hablaban de la contaminación por plástico en el mar y al siguiente, les explicaban cómo detectar sustancias poco saludables en el etiquetado de los productos alimenticios. Un buen día, asistió a un curso para aprender a hacer jabón y esa misma noche nos dijo que quería hacer pastillas de jabón natural el resto de su vida. Al principio nos partimos de la risa pensando que era una broma, pero iba completamente en serio y a partir de ese momento, Carmen y yo no dejamos de apoyarla. Recuerdo con cariño todas las tardes que pasamos

pintando el local y decorándolo antes de la inauguración. Dedicado al deporte y a la salud, Max vino a completar el sueño de Isabel de pasar por este mundo intentado que su huella en el planeta fuera lo menos profunda posible.

—*Las tres juntas de nuevo* —escribo entusiasmada.

—*¿Te has echado algún amigo?*

<El lado frívolo de Isabel vuelve a la carga>

—*¿Quieres dejarla! ¡Menuda cotilla estás hecha!* —le recrimina por enésima vez Carmen.

—*El hombre que más me cuida es el carnicero del barrio, siempre me pone el mejor trozo ;)* —escribo. Su respuesta no se hace esperar.

—*Especifica que trozo...*—demanda Carmen que entra al trapo mientras Isabel se contenta con algunos emoticonos partiéndose de la risa.

—*¡No tenéis remedio!*

—*¿Está bueno?*

—*Tendrá unos cincuenta años y pesa más de cien kilos. No es mi tipo, pero es simpático....*

—*¿Podemos dar el tema por zanjado? La imagen del carnicero no me pone* —propone Carmen.

—*Con lo buena que está, sería una pena que se quedara para vestir santos*

—*¡Y dale con lo de vestir santos! Ya hablaremos de esos temas cuando estéis aquí ;)*

<Quiero contarles lo de Monique, pero no así>

—*¿Entonces hay alguien?!*

—*Chicas, hacía días que no me reía tanto, pero tengo que dejaros. Carmen, dales un beso a tus chicas y otro a Edu. Isabel, echaba de menos tus locuras. Dale recuerdos a Max :\* :\**

Cuando el WhatsApp se quedó en silencio, tuve el impulso de echarme a llorar, pero por primera vez en mucho tiempo, conseguí controlarlo. Añoraba muchas cosas de mi casa, pero había empezado a dar pequeños pasos para liberarme de mis miedos y de todo aquello que me tenía anclada al pasado. Me di cuenta de que poco a poco, llorar se había convertido en un acto cada vez más infrecuente y me alivió, no solo por el hecho de llorar menos, sino por darme cuenta de ello.

Puse el Ipod en marcha y fui a la cocina para prepararme algo de cenar. Sonaba Evanescence “*Bring me to life*”.

<A veces, tengo la sensación de que la música me intuye. ¿Me estará

volviendo loca?>

A finales de abril, las temperaturas empezaron a ser bastante más agradables en la ciudad más bonita del mundo y para celebrarlo, Monique me propuso salir a cenar a uno de los restaurantes de moda de la ciudad. Después de examinar mi armario, no encontré nada que ponerme y fue la excusa perfecta para volver a mi centro comercial favorito. Pasé toda la mañana recorriendo el edificio principal de las Galerías Lafayette y cuando puse los pies en casa, eran casi las dos de la tarde. Me había acostumbrado a los horarios de comida franceses y a esas horas, la sensación de tener el estómago pegado a las costillas era incluso dolorosa. Preparé una ensalada de quinoa con trozos de verdura y pollo que me habían sobrado de la cena y cuando acabé de recogerlo todo, me quedó tiempo para echar una pequeña siesta en el sofá intuyendo que aquella noche iba a dormir poco.

Monique debía recogerme al salir del trabajo y después teníamos que pasar por su apartamento para que pudiera arreglarse. A las 18:09 llamaron a la puerta.

—¿Estás lis...? —intenta preguntar, pero se queda con la boca abierta, incapaz de completar la frase.

—Estoy lista.

La visita maratoniana al centro comercial sumada al maquillaje y al recogido, habían valido la pena vista la cara de Monique. Me había comprado un vestido negro Hugo Boss sin mangas, con un pequeño detalle metalizado en la cintura y sobre él, llevaba una torerita de Haider Ackerman con las costuras plateadas y un abrigo largo de lana en color royal. El look lo completaban mis Dolce Vita Pumps, los únicos zapatos de vestir que habían viajado en mi maleta desde casa. Mientras me los calzaba, pensé en mi amiga Virginia y en nuestra curiosa competición por ver quien llevaba los zapatos más bonitos.

Fuimos en su coche, un A1 negro, hasta su apartamento en el Distrito VI, Rue Vaugirard, muy cerca de los Jardines de Luxemburgo. Antes de llegar, me hizo gracia ver una tienda de Zara emplazada en los bajos de un precioso edificio. No era la primera vez y aun así, no dejaba de sorprenderme encontrar una tienda de ropa de marca española por las calles de París aun sabiendo que era conocida en todo el mundo. Habíamos tardado casi cuarenta minutos en llegar por culpa del intenso tráfico de la tarde.

Monique vivía en precioso ático situado en el cuarto piso de un edificio antiguo, luminoso y muy espacioso desde donde se podía contemplar la Torre Eiffel a lo lejos. La tarde estaba cayendo y los últimos rayos se colaban por

las ventanas del apartamento, planteado como un loft y distribuido de forma muy sencilla: al entrar a la izquierda, se encontraba la cocina con una barra que la separaba del salón. A la derecha, un moderno baño con ducha a pie de suelo completamente abierta. Al contemplarla, Monique me guiñó un ojo.

<Qué tuna>

No se veía habitación alguna, pero me equivocaba, después de la puerta del baño, había una corredera de vidrio biselado y tras de ella, una cama de 2x2 con un armario empotrado y un precioso ventanal de madera sobre el cabezal.

—Me gusta mucho como has combinado muebles antiguos con otros más modernos.

—Uno de mis hobbies —dice orgullosa—. Me voy a la ducha, en la nevera hay vino blanco y en ese mueble están las copas —dice señalando con el dedo el primer armario de la cocina.

Mientras saboreaba el vino, me apoyé en la ventana con vistas a la Tour Eiffel. El ritmo de la ciudad era frenético a esas horas de la tarde. Una mujer cargada con varias bolsas, discutía con su hijo porque el pequeño se negaba a ir de la mano, enfadado porque las bolsas no dejaban de golpearle. Tras algunos cambios en el contenido de las bolsas y aún enfurruñado, accedió y los perdí de vista. Una furgoneta paró en medio de la calle para charlar con un vecino y los conductores que le seguían, hicieron sonar el claxon malhumorados. Entretanto, algunos comercios empezaron a bajar sus persianas tras un día agotador mientras los últimos rayos de luz iban desapareciendo a través del bosque de edificios. Di un respingo cuando Monique me tocó el brazo.

—Perdón, no quería asustarte.

—Me he quedado mirando la calle y solo sé, que me he acabado el vino —admito mirando la copa como si no creyera que me la he bebido—. Crozes Hermitage Les Trois Domaines —digo leyendo la etiqueta—. Me gusta.

Monique llevaba una falda tipo tulipa en color negro con una cremallera atravesándola longitudinalmente y un jersey de gasa con manga tres cuartos a rallas negras y blancas. Cuando se encaminó hacia el frigorífico para buscar la botella de vino, vi que la parte de atrás del jersey era de tul y dejaba al descubierto su preciosa espalda. Unos Peep Toes de color negro completaban su look.

—Ese jersey es muy sexy —admito embobada. Monique se da media vuelta al tiempo que cierra el frigorífico y vuelve con la botella entre las

manos.

—No podía quedarme atrás —señala mirándome de arriba abajo—. Señorita Godrigness, está usted preciosa.

—Es Rrrrrrrrrrodríguez —replico mofándome—. ¿Pensabas que solo tenía mallas y zapatillas de correr?

—Me me encantan tus mallas porque te marcan el culo, pero la verdad es que con este vestido, estás irresistible. Me entran ganas de quitártelo —dice paseando su mano por mis nalgas.

—¡Sin tocar! —exclamo golpeándole la mano—. Estropearíamos el maquillaje, con lo mucho que me ha costado —protesto. La falta de costumbre me había tenido hora y media encerrada en el baño para hacerme algo digno.

—Cuando estoy cerca de ti solo puedo pensar en sexo —asegura con cara de chica mala y enfatizando la palabra sexo. Su dedo índice recorre mi pecho verticalmente desde las clavículas hasta la cintura.

<Si seguimos con esta conversación, no acabaremos en el restaurante>

—Este vino no está nada mal —replico. Tomo la copa de su mano y le doy un sorbo.

—Eres mala —se queja arrugado el ceño y mirándome con gesto distraído.

—¿Yo soy mala? Nos tenemos que ir dentro de un rato y a ti solo se te ocurre ponerme cachonda.

—Ojalá te hubiera puesto cachonda —se lamenta haciendo un mohín.

Dejé la copa en la ventana y me subí el vestido. A continuación, puse su mano sobre mi sexo húmedo.

—Te he dicho la verdad —susurro cerca de su oído.

—Paso de la cena, ¡quedémonos! —dice intentando bajarme las bragas.

—No seas impaciente, tenemos tiempo para todo. Me apetece mucho salir a cenar contigo —suplico tomando sus manos y rodeando con ellas mi cintura.

—¡Dios! ¿Por qué a veces eres tan racional?

Bajó la mirada enfurruñada. Estábamos tan cerca la una de la otra que podía sentir el perfume de su piel. Al tocar su nariz con la mía, esperaba que su semblante cambiara, pero se mantuvo callada con la cabeza agachada, así que probé suerte en el cuello e inmediatamente noté como se le erizaba la piel.

—No te enfades.

—No estoy enfadada —confiesa con un punto de despecho. Sus brazos siguen rodeando mi cintura, pero sin ganas. Le doy un beso en la comisura de los labios antes de soltarme para recoger la copa que he dejado en la ventana.

—Solo enfurruñada —apuntillo ofreciéndosela.

—¿Qué culpa tengo yo de ponerme cachonda cada vez que te tengo cerca? No lo puedo evitar —se excusa encogiéndose de hombros.

Nos quedamos unos minutos en silencio mirando por la ventana.

—La verdad es que no está mal. Me lo trajeron unos amigos que estuvieron visitando la bodega hace unos días —admite por fin refiriéndose al vino.

—Tiene un sabor delicado. Me gusta. ¿Dónde está el restaurante?

—No está lejos, pero iremos en taxi.

Durante un rato, seguimos mirando por la ventana sin decir nada, tan solo alargando la mano para pedir o dar la copa de vino. Las farolas hacía ya varios minutos que se habían encendido al igual que iluminación de la Tour Eiffel. Poco después, encendió el móvil y llamó al servicio de Taxis.

—Rue Lecourbe 66 —indica al taxista una vez dentro.

Durante el trayecto, la tomé de la mano y la dejé apoyada en mi muslo. Tenía ganas de besarla, pero me daba reparo hacerlo en público, aunque ese público estuviera reducido únicamente al taxista. Tardamos apenas diez minutos en llegar al restaurante. En el letrero rezaba “Pure” en diferentes tonalidades de negro y blanco. Al entrar, quedé sorprendida con su decoración minimalista, pero sobre todo, por la distribución de las mesas que, al estar muy separadas entre ellas, proporcionaban una agradable sensación de intimidad.

Seguimos al maître hasta el fondo de la sala y nos acomodó en una mesa para dos. En las paredes predominan los tonos oscuros que contrastaban con enormes imágenes en blanco y negro de diferentes localizaciones de París, entre ellas, una de la Tour Eiffel vista desde los cimientos que resultaba impresionante. El mobiliario era sofisticado y destacaban las líneas puras.

El resto de comensales disfrutaban de su cena charlando animadamente pero tan solo se oían susurros y supuse que era gracias a que el local estaba perfectamente diseñado acústicamente. El maître nos entregó las cartas y un camarero nos ofreció una copa de Champagne. No había ni una sola mesa libre.

—¿Has venido antes? —pregunto sabiendo la respuesta. Monique asiente sin levantar la vista de la carta.

—Dicen que ahora mismo es el mejor restaurante de París y que incluso puedes encontrarte a algún famoso, pero es la tercera vez que vengo y nunca he visto ninguno —asegura—. Adrien Floux es el Chef de moda en la ciudad. ¿Te apetece probar el menú degustación?



Asentí aliviada. No tenía ni idea de qué escoger por culpa del batiburrillo de metáforas que acompañaban cada línea de la carta y que me impedían saber con exactitud qué era realmente cada plato. Por supuesto, el nombre del Chef no me sonaba de nada y aunque estuviera lleno de famosos, no hubiera sido capaz de reconocerlos, básicamente porque no miraba la tele ni leía la prensa.

—¿Cuánto hace que reservaste?

—Hace unos días, ¿por qué?

—No debe ser fácil encontrar mesa.

—Tengo mis contactos —dice sonriendo y dejándome con la intriga.

El maître se acercó al cabo de unos minutos y nos tomó nota. Debía rondar los cincuenta, lleva el pelo engominado hacia atrás e iba impecablemente vestido con traje negro y camisa blanca. El detalle de la pajarita en color dorado me gustó, porque en mi opinión, es el color que mejor simboliza la ciudad.

Mientras degustábamos unos entrantes de cortesía, seguí examinando el local. Todo iba en consonancia: el mobiliario, la iluminación, el *savoir-faire* del personal e incluso la mantelería de fino algodón y lino que le daba una estupenda caída al faldón. En el centro, un bordado lucía con orgullo el nombre del local y un par de velas, cada una de ellas dentro de un vaso en tonalidades oscuras, le daban a cada mesa un toque cálido y acogedor.

El maridaje de vinos incluido en el menú, me quitó de encima la idea equivocada de que el vino blanco francés no estaba a la altura del nuestro. Supongo que es como todo: habrá mejores y peores, pero tanto aquellos como el blanco que probé en su apartamento, me parecieron sensacionales.

Mientras esperábamos el postre, me ausenté un momento para ir al servicio, y al volver, Monique puso su mano sobre la mía y la acarició lentamente con las yemas de los dedos.

—Te he echado de menos.

—¿Aunque solo me haya ausentado cinco minutos?

—Sí. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

—No sé si puedo. He olvidado el pijama —bromeo.

—No te va a hacer falta —asegura en tono sexy y su habitual mirada felina.

—Eres terrible.

—Antes me has dejado con las ganas. No creerás que voy a dejar que te escapes una segunda vez, ¿verdad?

—No tengo intención de escaparme —aseguro con los ojos entornados.

Sonríe de medio lado y levanta la ceja triunfal.

<Quizás todo esto sea un error, pero es lo más estimulante que he hecho en los últimos años>

Al salir del restaurante, la temperatura era tan agradable, que decidimos volver hasta su apartamento caminado. Enlazó su brazo con el mío y lo abrazó con la otra mano. Tenía la costumbre de llevarme agarrada de ese modo y la verdad es que me gustaba. Sonreí y me dio un beso en la mejilla.

La luna llena iluminaba toda la calle y al fondo, se veía una pareja de enamorados caminando hacia nosotros.

—¡François! —exclama Monique al cruzarnos con ellos.

—¡Monique! ¿Dando un paseo? —pregunta él mientras cruza la calle de la mano de una mujer.

—Hemos salido a cenar y hace una noche tan hermosa, que es imposible no resistirse a volver a casa caminando. Te presento a Lisa.

—Encantado Lisa.

—Igualmente —digo mientras nos besamos en la mejilla. Consigo recordar que son tres besos y me aplaudo a mí misma.

François nos presentó a Eleonore, una mujer guapa, de mediana estatura, melena oscura y ojos intrigantes. Sin temor a equivocarme, pasaba de los cuarenta y se veía mucho mayor que él. Nos miraba con curiosidad, pero en ningún momento intervino en la conversación que guiaban nuestros respectivos acompañantes.

—No eres de aquí.

—Es española —se apresura a decir Monique sin darme tiempo a responder.

—Ya veo que debo seguir mejorando mi acento.

—¡Qué va! Hablas muy bien, pero en el trabajo me paso el día haciendo entrevistas y tengo un sexto sentido para los acentos. ¿Hace mucho que estás en Francia?

—Desde enero.

—¿Has aprendido a hablar así en tan poco tiempo? —pregunta sorprendido.

—Llevo algunos años practicando.

Monique estaba incómoda e inició las típicas frases que preceden a una despedida cortés. Cuando estuvimos lo suficientemente alejadas de ellos, me contó que François era su mejor entrevistador y que reclutaba personal para puestos a los que ellos llamaban Vip, que en realidad eran trabajos de

cualquier índole, pero siempre relacionados con alguien bien posicionado o famoso.

—Siento haber cortado así la conversación, pero me daba la impresión de que te estaba entrevistando. ¿Te ha hecho sentir incómoda?

—Él no, pero ella sí. No ha dejado de analizarnos —aseguro. Monique asiente, pero no dice nada—. ¿Trabajas en una agencia de colocación?

—Sí.

—¿Te das cuenta que nunca hablamos de trabajo?

—Prefiero mil veces lo que hacemos a tener que hablar de trabajo.

—No sé nada de ti.

—¿Qué quieres saber? —pregunta risueña.

—Lo que haces.

—La dirijo desde hace cinco años. Empecé dando servicio a particulares que buscaban personal doméstico, pero hoy en día, somos un equipo de siete personas y trabajamos también para grandes empresas. Yo estoy especializada en Headhunting y François, es un experto en tareas del hogar. Tenemos un equipo muy preparado que conoce perfectamente las tareas a desempeñar en una casa y los detalles importantes que hacen que los candidatos que proponemos, sean siempre los más adecuados. Tenemos fama de no equivocarnos y es gracias a esos pequeños detalles.

—¿Qué tengo que hacer para apuntarme?

—¿Buscas trabajo? —pregunta atónita. Asiento y me mira con curiosidad—. ¿Ah sí? ¿Qué sabes hacer aparte de volverme loca?

Tenía que decidir si contarle parte de la vida que había dejado atrás o daba otra patada para adelante y seguía improvisando. Me decanté por lo segundo e intenté mentir lo menos posible dándole pocos detalles de mi anterior trabajo.

—Era analista de mercados.

—¿Analista de mercados? ¿Qué es eso?

—Básicamente consiste en analizar tendencias de mercado en base a unos gráficos.

—¿Es como un Bróker?

—En realidad se llama Trader.

—¿Y cómo lo haces?

—A través de un bróker.

—Ahora sí me que me liado.

—El bróker es el intermediario entre el comprador y el vendedor. Hoy en

día, la forma más fácil que tiene un Trader para trabajar, es a través de las plataformas que operan en web. Yo trabajaba sobre todo en mercados de divisas.

—Como en la película de “El Lobo de Wall Street”.

—Parecido, pero sin tantas estridencias.

—¿Te gustaba?

—Me gustaba tanto que no me di cuenta de lo que me estaba perdiendo y resulta que eso es precisamente lo que importa de verdad: el día a día y los momentos únicos e irrepetibles. Trabajaba muchas horas y ganaba mucho dinero, pero aunque suene a tópico, el dinero no da la felicidad.

Por desgracia para mí, era demasiado tarde para recuperar todo lo que había perdido por el camino, pero esta última reflexión me la guardé.

—¿Por qué lo dejaste?

—No compensa. Entonces solo lo intuía, ahora lo sé. Necesito tiempo para mí, por eso me conformaría con cualquier trabajo que no suponga mucha responsabilidad.

—¿Por ejemplo?

—Dependiente, paseadora de perros, servicio doméstico, ¡qué sé yo! ¿Crees que podría ganarme la vida haciendo tapas? —bromeo.

—Esas tapas son solo para mí —dice apretándome contra ella mientras seguimos caminando—. ¿Una mujer de negocios convertida en paseadora de perros? ¿No crees que es un cambio demasiado drástico? —dice burlándose.

—Más drástico ha sido cambiar de país.

—*Touché*. Quizás podamos hacerte una entrevista y tenerte en nuestra bolsa de candidatos.

—No quiero ponerte en un compromiso.

—Y no lo harás. La entrevista te la hará François; si la pasas, entras en la bolsa de trabajo, si no, te quedas fuera. Esas son las reglas.

Cuando hablaba de trabajo, era mucho más meticulosa y enfática, una faceta que, hasta entonces, no conocía de ella y que me gustó.

—Me parece justo —digo mientras estamos paradas frente a un semáforo en rojo. A pesar de que es casi medianoche, el tráfico no cesa en una ciudad que prácticamente no duerme—. Nos han visto cuando nos besábamos —admito inquieta.

—No te preocupes por eso; todos saben que soy lesbiana.

Lo que no me contó entonces, es que Eleonore no era la mujer de François y por desgracia, me enteré tiempo después de la manera más inesperada.

Cuando desperté, eran apenas las ocho de la mañana y Monique no estaba en la cama. Me estiré mientras contemplaba la luz que penetraba por el ventanal y tardé unos segundos en reconocer su habitación. Un inconfundible aroma de café recién hecho, impregnó mis fosas nasales e hizo que me levantara todavía adormilada.

—Buenos días bella durmiente. Café con leche con un poquito de azúcar moreno —dice tendiéndome la taza y dándome un beso en los labios.

<¿Cómo puede tener el café a punto justo cuando me levanto?>

—Te veo muy activa esta mañana —digo apoyándome en la barra de la cocina.

—Quiero aprovechar el día. ¿Qué te apetece hacer?

Había dormido como un lirón y no pude evitar bostezar. Me tapé con rapidez la cara, pero era demasiado tarde.

—No estoy acostumbrada a dormir tan bien —me excuso.

—Ya lo digo yo: menos correr y más follar.

—Eres una viciosa.

—Solo te ha faltado la puntilla.

—¿Y cuál es?

—Que te encanta que lo sea.

—Me encanta —aseguro mientras se apoya al otro lado de la barra y deja que vea su escote.

—¿Quieres ir a pasear?

—No puedo pensar si sigues enseñándome los pechos.

—Mírame a los ojos y arreglado.

—Aunque tengas unos ojos preciosos, eso es muy difícil ahora mismo.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Dónde vamos?

—Donde quieras. Esta parte de la ciudad la conozco muy poco —digo obligándome a apartar la mirada de su canalillo.

—A excepción de los Jardines de Luxemburgo y la Fontaine Médicis, no hay gran cosa que ver, sin embargo, hay un montón de cafés y restaurantes que valen la pena.

—¿Por la tarde podemos ir a Les Invalides? Es otra de las visitas que tengo pendientes.

—Vayamos ahora. Cogemos el metro y de paso, iremos ir al parque George Brassens. ¿Has oído hablar de él?

—No me suena.

—Es un curioso mercado de libros antiguos. He visto que siempre tienes el Kindle cerca.

—Me encanta el olor y el tacto de los libros, lo cierto es que no tiene comparación, pero con la cantidad de libros que leo al cabo del año, no es nada práctico.

—¿Cuántos lees?

—Una veintena.

—¡Guau! Sí supongo que no tener que almacenar en estanterías toda esa cantidad de libros resulta más cómodo. Mañana podemos ir al Bois de Boulogne y pasar el día. En esta época del año está precioso.

Durante la mañana visitamos la tumba de Napoleón Bonaparte y Les Invalides, el complejo encargado por Luis XIV para albergar la residencia de los veteranos de guerra sin hogar. Tras eso, fuimos en metro hasta Convention y desde allí caminando hasta el parque George Brassens, donde por primera vez en muchos años, pude volver a sentir el tacto y el olor de los libros antiguos. Un librero nos recomendó ir hasta la Rue Santos—Dumont, una calle de casas de dos y tres alturas con aire londinense de cuyas fachadas cuelgan multitud de plantas. A pie de calle también sorprendía ver tanto verde, era como el pasillo de Mme Bondue, pero a lo bestia. Fue la visita inesperada del día y la verdad es que mereció la pena.

Estuvimos callejeando sin rumbo, únicamente por el placer de caminar y comimos a horario español en un pequeño restaurante italiano con los típicos manteles a cuadros donde me sirvieron los mejores Fagottini de pera con salsa de Boletus que he probado. Monique se decantó por unos Garganelli con ricotta y berenjena que también estaban deliciosos.

—¿Has estado en el Barrio de Marais?

—Lo conozco, pero no me importaría volver. Me gustó mucho.

—El fin de semana que viene, iremos a cenar allí y luego nos quedaremos a tomar una copa en la Sala Bataclán.

—Vaya nombre —me burlo.

—¿No la conoces? Es una de las salas más conocidas de la ciudad —dice ofendida—. Miraré la programación, siempre hay conciertos interesantes.

Antes de volver a su apartamento, nos detuvimos en el supermercado para comprar patatas, cebollas y huevo, porque según ella, en nuestro pic—nic no podía faltar mi tortilla. La preparé mientras ella cocinaba lubina al horno para cenar y se le daba bien a pesar de que prácticamente nunca cocinaba.

Instalamos la pequeña mesa de centro frente a la ventana y cenamos contemplando la silueta de la ciudad iluminada por miles de pequeñas luces. Sin ni siquiera recoger la mesa, se levantó y me tomó de la mano.

—Ven, quiero enseñarte algo.

La acepté sabiendo perfectamente que la cena se había acabado y que pasábamos directamente al postre.

<El único postre que no engorda>

Sentadas sobre su cama, alargó su esbelto cuerpo hasta la mesilla de noche y extrajo una caja de cartón satinado de color negro. No podía imaginar lo que había en su interior, y ni siquiera su semblante libidinoso me ayudó: estaba llena de juguetes sexuales.

—¿Quieres probar alguno?

—No lo sé —dudo perpleja.

—Esto es un arnés —dice sacando una especie de tanga con correas ajustables de piel y un pene de color rosa fucsia—. Esto es un consolador de silicona, tiene varias velocidades —asegura mostrándome un aparato alargado de grandes dimensiones—. Y este otro, es para el baño. Tiene una ventosa para adherirlo a la pared y es de silicona médica. Tócalo, es muy suave.

—Nunca he usado juguetes —admito mientras toco el artilugio, que efectivamente tiene un tacto muy agradable.

—¿Nunca? —pregunta sorprendida—. No tiene por qué ser hoy, los volveré a dejar en el cajón y los usaremos solo cuando tú me lo pidas.

—No nos hacen falta —sostengo deshaciéndome de su blusa.

Amaneció un domingo casi veraniego, lo que propició que los parisinos salieran de casa en tropel y ocuparan todos los trozos de césped de la ciudad para tumbarse al sol por pequeños que fueran. Dentro del Bosque de Boulogne era como si estuvieras a cientos de kilómetros de París. Se respiraba aire limpio y había centenares de parterres con flores de colores de variedades interminables que inundaban con su fragancia cada uno de los rincones del parque. Las abejas polinizaban las flores ajenas a la presencia humana e incluso a mi cámara. Me fascinan esos pequeños insectos y su capacidad de trabajar para los demás.

Junto al lago, las vistas eran aún más bonitas y fue el lugar que escogimos para desplegar nuestra manta y tumbarnos un rato antes de comer. A medida que los grados subían, fuimos deshaciéndonos de prendas de ropa hasta quedar en manga corta con los pantalones remangados. Ese trozo de agua era lo más parecido al mar que había visto desde que en diciembre había dejado mi

hogar.

—¿Sabes que aquí antes había un gran castillo?

—No me suena —responde Monique apoyando la cabeza sobre mi hombro.

—Se llamaba Château de Madrid.

—¿En serio?

—Francisco I fue apresado y llevado a Madrid después de perder la batalla de Pavía luchando contra las tropas germano—españolas de Carlos V. En 1527, cansado de vivir en el Louvre, ordenó que se construyera un nuevo castillo al que llamó Château de Boulogne. El caso es que no se sabe muy bien si el nombre por el que todo el mundo lo conoce, lo recibió por alusiones a su cautiverio en Madrid o porque los nobles empezaron a decir irónicamente que estaba en Madrid para referirse a que estaba en el castillo. Entre el siglo XVII y el XVIII los Borbones lo abandonaron y poco a poco fue cayendo en un estado ruinoso hasta que finalmente lo demolieron.

—Pareces una enciclopedia.

—Lo he mirado esta mañana antes de venir; me gusta saber cosas de los sitios que visito.

—Entonces también sabrás que es mucho más grande que Central Park.

—Sí, ese ha sido uno de los detalles que más me han sorprendido.

Entró en mi vida inesperadamente y dos meses después de nuestra primera noche juntas, su cepillo de dientes ya formaba parte de la decoración de mi baño.

Solíamos vernos durante el fin de semana y algún que otro miércoles cuando Monique conseguía salir pronto del trabajo. Era sexy, simpática, preciosa y por qué no decirlo, una diosa del sexo. Teníamos una relación supuestamente abierta, sin ataduras, pero cuando estaba conmigo, era como si no hubiera nadie más y me hacía sentir especial.

Delante de su abuela éramos dos amigas que salían de vez en cuando a cenar, pero descubrió la verdad de la forma más absurda. Cuando se quedaba en mi apartamento durante el fin de semana, el lunes por la mañana, me adelantaba y bajaba en primer lugar para entretener a Mme Bondue y que Monique pudiera salir sin que la viera, pero hacía varios lunes que no la encontraba al cuidado de sus plantas, cosa que sí ocurría el resto de la semana a esas mismas horas y ese detalle me hizo sospechar que, quizás, tenía algo que ver con nuestra relación. Algo aturullada, toqué varias veces la puerta sin obtener respuesta y me asomé al hueco de la escalera para indicarle por señas



que podía bajar. Una vez en la calle, nos miramos con complicidad y nos dimos un pico. Mientras ella buscaba con la mirada el coche (no recordaba donde lo había aparcado), empecé a estirar llevando el talón hasta las nalgas con la ayuda de la mano derecha. Al levantar la mirada, Mme Bondue estaba atravesando tranquilamente la calle y nos observaba. Nos quedamos de piedra y los segundos que tardó en llegar hasta nosotras, se me hicieron eternos.

—¿Pensabais que no lo sabía? —pregunta dándole a Monique un beso en la mejilla.

Esa pregunta venía a demostrar mi intuición minutos antes. No había manera de articular palabra y solo atinábamos a escupir monosílabos incoherentes. A pesar de que a su edad le debía resultar difícil aceptar que su única nieta era lesbiana, se lo tomó con mucha naturalidad y no escuchamos ni un solo reproche, un gesto más del cariño que nos demostraba cada día. Ella sí entendía la palabra tolerancia en toda su amplitud y tenía mucho que enseñar a todas aquellas personas que, hoy en día, siguen expresando su desaprobación de forma violenta hacia el colectivo LGTBI. Desconocía si Monique había tenido alguna vez problemas con su orientación sexual, pero a tenor de cómo se comportaba en público, probablemente no o simplemente, le importaba un pito la opinión de los demás.

Cada sábado, leía las ofertas de trabajo que aparecían en el diario e incluso envié algunos currículums, pero no fue hasta finales de abril cuando recibí una llamada citándome para una entrevista. Cuando se lo conté a Monique no se lo tomó demasiado bien.

—Quedamos que yo te buscaría algo —espeta al otro lado de la línea.

—Lo sé, pero han pasado varias semanas y no hemos vuelto a hablar de ello. He supuesto que no habías encontrado nada.

—Para ser franca, se me ha pasado comentárselo a François. Déjame hablar con él.

—No importa, tranquila.

—¿Entonces anulas la entrevista?

—Claro que no.

—Déjame esto a mí. Si puedo encontrar trabajo para otros, seguro que podré encontrar algo para ti.

—Monique, voy a ir —digo tajante.

—¡Te encanta llevarme la contraria!

—No es mi intención llevarte la contraria, simplemente tengo una oportunidad y no quiero desaprovecharla.

—¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Te hace falta dinero?

—¡No! —grito enfadada. Durante unos instantes, se hace el silencio y noto como me hierve la sangre.

<¿Qué se ha creído? No tengo prisa y me importa una mierda el dinero. Solo quiero aprovechar las oportunidades que se me presenten. ¿Por qué se indigna si ni siquiera ha mostrado interés?>

—Lo siento, no quería ofenderte.

—¿Ya has acabado? —pregunto con mordacidad. Su comentario todavía me incomoda.

—Te he dicho que lo siento —repite en tono arrepentido.

—Sería una falta de respeto que no me presentara.

—De acuerdo. Solo prométeme que no lo aceptarás sin que antes le eche un vistazo a las condiciones. Esta noche iré a cenar contigo y hablamos con más tranquilidad —dice en tono conciliador.

No quise decirle que estaba acostumbrada a leer todos los contratos que hacíamos en la oficina antes de que Virginia, mi jefa, los firmara. No me hacía falta su asesoramiento, pero no quise llevarle la contraria para no volver a discutir.

Durante la cena, me pidió más detalles de mi trabajo como Trader y decidí no darle demasiados, pero sí le dejé claro que no me hacía falta dinero. Para hacer grandes operaciones había que tener información y la información en el mundo bursátil equivale a poder y a más oportunidades. Me había ganado esas oportunidades con la red de contactos que había ido tejiendo con el tiempo y tenía una reputación entre mis colegas de la que, durante años, me había sentido muy orgullosa. Mientras hablábamos, me di cuenta que hacía ya muchos meses que ese orgullo se había desvanecido por completo.

—¿Por qué insistes en que sea un trabajo sin responsabilidades? Tienes mucho potencial, te podría encontrar un buen puesto.

—Virginia es una de mis mejores amigas desde la Universidad y hemos trabajado codo con codo durante años. Todo giraba en torno al trabajo y apenas teníamos tiempo libre. Estuve tan concentrada en mantenerme ahí arriba, que me perdí todo lo demás. No puedo volver a esa vida.

—¿Qué fue lo que perdiste?

—Todo. Mi presente y mi futuro se esfumaron, por eso un buen día decidí venir aquí y empezar de nuevo.

—Algunas noches te escucho hablar en sueños y pareces tan triste que se me parte el corazón. ¿Quieres contármelo?

—Mi herida sigue abierta y me cuesta enfrentarme al dolor que me provocan los recuerdos que aún siguen atormentándome, pero encontraré el momento para contártelo todo. Te lo prometo.

—Está bien, cambiemos de tema, no me gusta verte así —dice tomando mi mano y apretándola con fuerza—. Dime qué tipo de trabajo te gustaría hacer.

—Nada de responsabilidades basadas en objetivos, números, personas, dinero... Nada de eso. Me gustaría hacer algo que pueda ir a mi aire y no me importaría estar sola —confieso. Cuando Monique lo escucha, un destello de tristeza atraviesa su mirada y bromeo con la típica frase de que el trabajo en equipo está sobrevalorado para quitarle hierro a mi metedura de pata—. ¡Ah! Y si puedo escuchar música, mejor que mejor

—No se me ocurre ningún trabajo que pueda encajar con todo eso y, de hecho, creo que es la primera vez que alguien me describe un puesto de este modo. ¡Mira qué eres rarita!

—Resumiendo: cero responsabilidades. A partir de ahí, estoy abierta a cualquier sugerencia. No me importa el tipo de trabajo ni el dinero.

—Mañana te vienes conmigo a la oficina. Le voy a enviar un mensaje a François para que te haga la prueba de acceso a primera hora y luego te invito a comer a una cafetería que hay cerca.

El despertador nos puso en pie a las siete de la mañana.

—Esta semana será otra de mis semanas preferidas —dice adormilada.

—¿Y eso?

—Te voy a ver cinco días seguidos.

Lo cierto es que no lo había pensado, pero cuando se quedaba a dormir los miércoles, nos despertábamos juntas el jueves y el viernes volvíamos a vernos en su apartamento o en el mío para pasar el fin de semana juntas. Los domingos comíamos con su abuela y la sobremesa se alargaba hasta la hora de cenar, así que Monique dormía en mi cama todos ellos.

—Seis. No has contado el lunes por la mañana —digo dándole un beso.

—¿Crees que nos da tiempo?

—Estaba pensando lo mismo —sonríó con malicia.

Tuvimos que darnos prisa, pero llegamos puntuales a la oficina y a mi cita con François, quien me tuvo más de dos horas haciendo pruebas de todo tipo y me recordó a la época de estudiante cuando buscaba trabajo en el sector turístico. Al principio me trató como a la novia de su jefa y mantuvo las distancias, pero consciente de ello, hice lo posible por mostrarle a la persona que había detrás de la fachada que él mismo había levantado de mí. Al final

podimos hablar distendidos e incluso nos tomamos un café al acabar las pruebas. Él había llegado a París desde Vienne quince años atrás, cuando su padre fue trasladado por motivos laborales. Acabó los estudios de Relaciones Laborales y tras eso, completó un Máster en Dirección de Recursos Humanos a los que añadió posteriormente diferentes cursos hasta llegar al de Orientador Laboral. Con un expediente perfecto, pero con cero experiencia, empezó a buscar trabajo, y tras varias entrevistas decepcionantes, llegó a la oficina de Monique después de leer su anuncio de trabajo. Hasta entonces había trabajado sola, pero nada más verlo, advirtió su potencial y le hizo una oferta que no pudo rechazar a pesar de que su intención era trabajar para una empresa mucho más grande. Monique lo sedujo, no por su belleza, sino por su determinación y profesionalidad y no dudó en formar parte de aquella pequeña empresa que cinco años más tarde, se había convertido en una de las más reconocidas de la ciudad.

El viernes por la tarde, en cuanto Monique llegó a mi apartamento, le conté lo mal que me había ido la entrevista. No eran buenas noticias, pero al menos estaba satisfecha por haberlo intentado.

—No me ha gustado nada el ambiente que se respiraba en la tienda. Había pocos clientes, pero mucha tensión entre los empleados y en cuanto he hablado con la encargada, todo ha cobrado sentido: es una histérica, egoísta y egocéntrica. Cínicamente, le he preguntado cuántas semanas, de media, solían durarle los empleados y se ha quedado de piedra. Apuesto que no llegan al mes.

—Pues a mí no me ha ido mejor. François me ha enseñado la lista de puestos vacantes y no hemos visto nada que pueda encajar con lo que buscas. Por cierto, ¿tienes alguna carta de recomendación? Esas cosas siempre van bien.

Salí del salón y fui hasta el dormitorio. En la mesita de noche, tenía la carta de recomendación que meses atrás me había preparado Virginia. Se la entregué. Habíamos llegado a un punto en el que mi vida quedaba un poco más al descubierto y sentirme vulnerable me ponía nerviosa. La observé.

—¿En serio?! —exclama al ver el membrete—. Cuando me contaste lo de tu trabajo, no pensé que.... ¡Joder! Has trabajado para uno de los Bancos más importantes del mundo.

Me encogí de hombros y suspiré. Para mí era solo trabajo, un trabajo que quería olvidar.

—¿Te llamas Elisabeth? —pregunta con la ceja levantada.

—Solo me llamaba Elisabeth mi madre, sobre todo cuando estaba enfadada —sonrío—. Como es un poco largo, mi hermana empezó a llamarme Lisa y con Lisa me he quedado.

—Nunca me hablas de tu familia. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Solo tengo a Clara, mi hermana melliza.

—¿¡Tienes una hermana melliza!? ¿Igual de guapa que tú?

—Ella es morena y mucho más guapa.

—¡Vaya! Me ha tocado la fea de la familia —dice con sarcasmo.

—Pues sí, vas a tener que conformarte con lo que hay.

—El primer día que te vi, aluciné con lo fea que eras, pero lo peor de todo, era tu trasero. Me pareció espantoso.

—¿Lo de mirarme el culo es una obsesión?

—Más bien una adicción. ¿Y tu madre?

—Se llamaba Remedios, aunque todos la llamaban Reme. Murió hace unos años.

—Lo siento —dice con sinceridad—. Lisa, con estas referencias cualquier empresa querría contratarte. Cobrarías mucha pasta.

—Ya te he dicho que el dinero no me importa. Te aseguro que esa vida te quita más de lo que te da.

## CAPÍTULO 4

Definitivamente, el miércoles había dejado de ser nuestro día entre semana. Monique me volvió a llamar para cancelar la cena y llevábamos así varias semanas. La punta de trabajo se estaba alargando más de lo previsto y los viernes cuando acabábamos de cenar, se quedaba rendida en el sofá. Me gustaba observarla tratando de decidir el mejor momento para despertarla y pedirle que me acompañara a la cama, pero la mayoría de veces, me daba pena y la dejaba dormir. A parte de cansada, la notaba estresada e incluso había perdido parte de la frescura que tanto me gustaba de ella.

Ese viernes tenía tantas ganas de verla, que no pude esperar a la noche.

<La invito a comer y por lo menos la saco un rato del trabajo. Con un poco de suerte, después la convenzo para echar una siestecita>

Cuando entré en la oficina, saludé a Pilar, su secretaria. Para desdicha de su madre, unos meses antes de acabar la carrera, se quedó prendada de un joven parisino llamado Yves y decidió quedarse. De eso hacía ya dos años. Era una chica inteligente, perspicaz y con un acento gallego que me encantaba. Intercambiar de vez en cuando unas pocas palabras con ella en castellano, era liberador y de paso, dábamos que hablar al resto de la oficina que nos miraba como si estuviéramos locas cada vez que nos contábamos un cotilleo. Antes de llamar a la puerta del despacho me puso en antecedentes.

—Está de muy mal humor.

—¿Y eso? —pregunto mientras intento recordar cuándo he visto a Monique de mal humor.

<Nunca>

—Tenemos a dos entrevistadores de baja y entre los dos tenían que hacer una veintena de entrevistas hoy, así que han tenido que repartírselas entre todos e incluso ella ha tenido que arremangarse. ¡Suerte! —me dice haciendo aspavientos con las manos.

Cuando entré, Monique estaba de pie y hablaba acaloradamente por teléfono. No presté la menor atención a su conversación, solo a ella, a lo guapa que iba con un tejano oscuro ajustado, una blusa blanca y un blazer azul marino cuyas mangas llevaba remangadas. Calzaba sus habituales stiletos que realizaban su figura como ningún otro calzado. En aquella ocasión eran de

color rojo y le daban un toque muy sexy. Con la ayuda de un lápiz, se había recogido el pelo y algunos mechones le caían a ambos lados de la cara.

Se sorprendió al verme entrar, pero parecía tan enfrascada en su conversación, que ni siquiera me atreví a acercarme para darle un beso y me senté en uno de los confortables butacones que tenía frente a su mesa. Consulté los mensajes del móvil, pero no tenía ninguno, así que me deleité observando sus curvas, su cabello y su forma de caminar. Aún enfadada, estaba preciosa. No veía el momento de salir de allí con ella.

—Te invito a comer —le digo sin rodeos en cuanto cuelga.

—Hoy es un día de locos, no puedo —dice sentándose al otro lado de la mesa con aire derrotado.

Desde que tenía tanto trabajo, el sexo había bajado en intensidad y aunque al principio no supuso ningún problema, llevaba varios días en los que solo podía pensar en su cuerpo desnudo bajo el mío. Ese día, además, la encontré especialmente incómoda y no dejaba de mirar por la ventana que daba a la oficina.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto levantándome.

—Lo siento. Quédate, por favor, me sentará bien salir a comer contigo. Me quedan un par de entrevistas, ¿me esperas?

—Claro.

—La sala del fondo es la única que aún tiene algún sitio libre para sentarse. Nos vemos allí en cuanto acabe.

Al salir, Pilar me interrogó con la mirada y levanté el pulgar con aire triunfal. La oficina era un ir y venir de gente, nunca la había visto tan abarrotada. Cuando entré en la sala, di los buenos días, pero nadie me devolvió el saludo.

<Para que luego digan que todos los gabachos son educados>

Había varias mujeres de edades comprendidas entre los 25 y los 50. El entrevistador era un chico muy apuesto, de unos treinta años y vestía un impecable traje azulón. Le quedaba tan bien, que estaba segura de que era hecho a medida, tan segura como que no era uno de los entrevistadores de Monique. Llevaba unos sofisticados zapatos tipo Oxford sin picado en color marrón. Mirar los zapatos de los demás era una manía un tanto particular, lo sé.

De porte elegante y educado, una vez finalizada la entrevista, acompañaba a las candidatas a la salida, estrechaba su mano y les daba las gracias antes de llamar a la siguiente, a la que saludaba con la misma cordialidad. Al principio

no reparó en mí, pero a partir de la tercera candidata, cada vez que llamaba a la siguiente, me miraba como si esperara que yo le contestara. Intercambiamos alguna que otra sonrisa de complicidad.

Mientras esperaba a Monique leyendo “*El último catón*” de Matilde Asensi, apareció François.

—¡Lisa! ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás?

—Aquí, esperando —digo resignada.

—Me alegro de que por fin te hayas decidido a venir. Monique me dijo que las otras entrevistas que te preparé no acabaron de gustarte.

<¿Cómo? ¿Ha habido otras entrevistas y Monique no me lo ha dicho? ¿Por qué?>

—Sí, bueno, no estaba muy segura —digo disimulando mi ignorancia.

—Creo que esta encaja perfectamente con lo que estás buscando. Reúne muchos de los requisitos que nos pediste —asegura satisfecho.

—¿El entrevistador es nuevo?

—No es nuestro, es el mayordomo de la casa.

<¿El Mayordomo hace las entrevistas? Obviamente le gusta escoger con quien quiere trabajar y a mí me gusta la gente que se implica en las cosas que le atañen. El puesto reúne muchos de mis requisitos...Monique va a tener que explicarme todo esto>

—¿Cómo está Eleonore? —pregunto cambiando de tema. François se sorprende y tras unos segundos dubitativo, contesta afligido.

—Ya no estamos juntos. Suerte con la entrevista Lisa —dice eludiendo seguir con la conversación.

—Lo siento —aseguro de corazón poniendo mi mano sobre su brazo. Él suspira e intuyo que la ruptura debe ser reciente. Mientras se aleja, lo observo hasta que mi mirada se cruza con la de otra persona que me está mirando.

<¡Joder es Eleonore! ¿Qué coño hace? ¿Fotocopias? Monique no me ha dicho que trabaja aquí, pero lo cierto es que nunca hablamos de trabajo. Pobre François, debe ser un suplicio tener que verla todos los días>

Eleonore parecía incómoda y a la vez irritada. Por educación, levanté la mano para saludarla justo en el momento en que se giró y me dio la espalda.

<Menuda estúpida>

Llevaba cuarenta y cinco minutos en aquella sala y solo rezaba para que Monique no viniera a buscarme antes de poder hacer esa entrevista.

<¡Como me llamo Lisa que la voy a hacer! No sé cómo, pero entraré en esa sala aun sabiendo que no estoy en la lista por mucho que François me haya



apuntado>

No quedaba nadie más, era la última y mientras me inventaba una excusa que explicara por qué no estaba en la puñetera lista, la puerta se abrió y la chica con vestido de flores que se había pasado todo el rato hablando por teléfono, salió con la mejor de sus sonrisas. Al pasar por mi lado, ni siquiera la miré, mis ojos estaban clavados en el entrevistador.

—Creo que por fin te toca.

—Yo no... —de repente me asaltan todas las dudas del mundo y titubeo. No sé si quiero hacerlo, pero él no me da opción.

—Disculpa que te haya hecho esperar. Me llamo Antoine Bellamie —dice acercándose a mí y ofreciéndome la mano.

—Lisa Rodríguez.

La sala de entrevistas era amplia, de al menos cincuenta metros cuadrados y estaba decorada de manera sobria: una gran mesa ovalada, sillas de piel oscura, algunos cuadros abstractos y un mueble bajo con un par de botellas de agua completaban el mobiliario. La parte que daba a la calle, dejaba pasar la luz gracias a esos cristales que no dejan ver el interior, pero sí el exterior.

—Bueno Lisa, como no te tengo en la lista y tampoco tengo tu currículum, cuéntame, ¿qué experiencia tienes en lavandería?

<¿Lavandería? Así que el trabajo se trata de eso. No entiendo porque Monique me ha excluido>

Antoine fue directo al grano, algo que no me sorprendió después de llevar horas haciendo las mismas preguntas. Lo que sí me sorprendió es que accediera a entrevistarme sin estar en la lista y sin tener referencias, así que intuí que lo hacía para cubrir el expediente y poder irse. No tenía ninguna posibilidad y por lo tanto, nada que perder, así que fui sincera en cuanto a mi experiencia laboral.

—A decir verdad, nunca he hecho ese trabajo fuera de casa, pero lavar y planchar para otro no debe ser tan diferente que hacerlo para uno mismo. Planchar me gusta mucho, me relaja —aseguro. Antoine me mira sorprendido —. Sí, lo sé, suena un poco raro, por norma general, la gente odia planchar.

—He hecho más de diez entrevistas a lo largo de la mañana y aunque todas las candidatas me han confesado su amor por la plancha, no he sido capaz de creerlas. A ti te creo y no sé por qué.

—A mí me gusta su ritual: te pones música y mientras va sonando, montas la tabla, enchufas la plancha y empiezas a separar la ropa. La más delicada, arriba del todo para plancharla al principio, la de algodón, al final, con la

plancha bien caliente. Separo la ropa interior del resto de prendas y también las camisas. Una vez empiezo a planchar, me dejo llevar por la música; canto, bailo, y el tiempo se me pasa volando.

—¿Por qué separas las camisas? —pregunta intrigado.

—Hay que dedicarles el tiempo necesario y tienen su propio protocolo por decirlo de algún modo: el cuello de una manera, las mangas de otra, la zona de los botones, los hombros.... Para que quede perfecta, hay que planchar cada zona por separado y mimar cada una de ellas, sobre todo las más difíciles porque son precisamente las que marcan la diferencia entre una camisa bien planchada y una perfecta.

—¿Puedes trabajar bajo presión?

—¿Presión? ¿Qué presión puede haber lavando y planchando? —pregunto sonriendo.

<Puedo contestarle que he trabajado bajo presión muchos años, pero no me ha preguntado eso. Cuantos menos detalles, mejor>

—¿Cuáles son tus hobbies? —pregunta cavilando acerca de mi último comentario.

—Running, leer, una tarde al sol, el mar...

—¿El mar? ¿De dónde eres?

—Soy de Cambrils, un pequeño pueblo pesquero a unos cien kilómetros al Sur de Barcelona.

—¡Eres española! Por la forma en la que has dicho tu apellido me lo había parecido, pero hablas muy bien nuestro idioma y he pensado que eras nacida aquí.

—Llevo desde enero y a excepción de la secretaria de Mme Rebattet, no conozco a nadie que hable castellano, así que me paso la mayor parte del tiempo practicando. Excepto cuando hablo conmigo misma —bromeo.

—No tienes acento español, podrías pasar perfectamente por francesa.

—Antes de venir estuve trabajando en una oficina con delegaciones en varios países, entre ellos, Francia, así que lo he ido practicando regularmente.

—¿Qué tipo de trabajo hacías antes de venir?

<¡Mierda! Hemos llegado a ese punto de la entrevista. A ver cómo salgo de esta>

—Básicamente tareas administrativas.

<Una mentirijilla piadosa>

—¿Te gusta trabajar en equipo?

—Suelo adaptarme rápido a las personas y a las nuevas situaciones. Diría

que tengo un carácter fácil, pero por otro lado, no me importa trabajar sola.

<No he respondido a su pregunta, pero tampoco he mentido>

—¿Crees que podrías ocuparte de la lavandería de una casa particular?

—Planchar es una de las tareas que más me gustan, pero si lo que me estás preguntando es si soy buena planchando, no sabría qué decirte. Intentaré no quemarte ninguna camisa —bromeo.

—¿Una virtud?

—Soy muy organizada, aunque a veces pienso que lejos de ser una virtud, es una pesadilla.

—¿Y eso por qué? —pregunta riéndose.

—Me gusta tenerlo todo controlado. Si toca comprar, toca comprar, no ir al cine o dar un paseo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Veo por dónde vas. ¿No ver el mar durante algún tiempo te supone un problema?

—No más de lo que me supone ahora mismo.

—Una última pregunta. ¿Por qué viniste a Francia?

—Necesitaba un cambio de aires.

—Te había dicho que era la última, pero he mentido —se mofa.

<Este chico me cae bien, en lugar de una entrevista, parece como si estuviéramos charlando en la terraza de una cafetería>

—¿Te gustaría vivir en el campo? El trabajo es a las afueras de París y estarías interna durante la semana. Por lo general, descansarías los fines de semana, aunque tendrías que estar disponible puntualmente cuando el trabajo lo requiera y viajar de vez en cuando.

—Soy más de costa, pero me gusta el campo —digo con sinceridad—. En cuanto a lo de estar interna, no supone ningún problema y tampoco trabajar el fin de semana.

—¿Y trabajar sola?

<Otra forma de hacerme la misma pregunta que antes. Debe ser importante para él>

—Soy una persona sociable, pero no me importa trabajar sola. Solo necesito un poco de música.

—La música no sería un inconveniente. ¿Tienes algún objetivo salarial?

Negué con la cabeza porque no tenía ni idea de los sueldos que se manejaban en Francia por un trabajo de ese tipo y tampoco me importaba mucho. Lo de estar interna no entraba dentro de mis planes, pero fue mi manera de rebelarme contra Monique.

—¿2.300€ limpios con manutención incluida y tu propia habitación?

<Es incluso demasiado por hacer algo que me gusta>

—Me parece bien.

—Pues creo que por fin ha terminado mi trabajo —admite satisfecho—.

¿Puedes empezar el lunes que viene?

<¿En serio? ¡Esto va de verdad, me está contratando! Pero si ni siquiera me ha pedido el currículum, ni referencias, ni... ¡Joder! ¡No me ha pedido nada!>

—El lunes es perfecto —admito entusiasmada. Mi expresión de felicidad lo halaga y sonrío complacido.

Mientras nos estábamos levantando, me ofreció la mano y la estreché con firmeza, como cuando cerraba un buen trato. De repente, la puerta de la sala se abrió y Monique se quedó durante unas milésimas de segundo estupefacta sin atreverse a entrar.

—Lisa, veo que has conocido a Monsieur Bellamie —dice confundida. Justo cuando pretendo explicarle lo que ha sucedido, recuerdo que me ha estado engañando y decido contestarle en tono sarcástico acompañado de una falsa sonrisa.

—Sí, justo ahora estábamos quedando para el lunes.

Debía hacerle saber que estaba enfadada, aunque por dentro mi ética me estuviera echando el rapapolvo del siglo.

—¿Cómo dices? —su cara es un poema.

—Madame Rebattet, un placer volver a verla —interviene Antoine acercándose a ella para estrecharle la mano. Viendo su expresión, decido quedarme en un segundo plano detrás de él, evitando su mirada cargada de indignación—. Después de toda la mañana haciendo entrevistas, por fin he encontrado a la persona ideal para el puesto. Su agencia ha cumplido con mis expectativas, se lo agradezco.

—Monsieur Bellamie, creo que ha habido un malentendido, Lisa no estaba en el listado de entrevistas que le dimos.

<¡Mentirosa!>

—Lo sé, pero he pensado que quizás era una incorporación de última hora.

Empecé a rezar para que Monique no me delatara, pero su trabajo estaba por encima de lo nuestro, lo cual no era para nada reprochable, sino todo lo contrario. Me miró con severidad y de nuevo, fui incapaz de sostenerle la mirada. Antoine también se giró para mirarme intuyendo que algo iba mal, pero no había en su rostro ni un pequeño atisbo de reproche. Era el momento

de ser sincera.

—Monsieur Bellamie, debo pedirle disculpas. Lo cierto es que estaba en la sala esperando a Mme Rebattet.

—¿Entonces no buscas trabajo?

—En realidad, sí estoy buscando trabajo.

—Reúnes los requisitos que necesito y mi decisión no ha cambiado por el hecho de que no estés en una lista. Estaría encantado de que formarás parte de mi equipo.

—Me gustaría aceptar, pero el modo ha sido del todo improcedente. Mme Rebattet tiene la última palabra —digo cabizbaja.

Antoine dirigió su mirada hacia Monique exigiéndole una respuesta afirmativa y la dejó sin la menor opción. Estaba avergonzada por ponerla entre la espada y la pared, pero por otro lado, sentía que estaba precisamente en el lugar que me correspondía, porque al fin y al cabo, François sí me había puesto en aquella lista.

—Si Monsieur Bellamie cree que eres la mejor candidata para el puesto, no tengo nada que objetar —confirma en un tono en el que el cinismo y la decepción son evidentes.

—Magnífico. La llamaremos para concretar los detalles —dice estrechándole la mano. Después se dirige a mí y me emplaza a vernos el lunes.

—Gracias —digo con franqueza. Quiero decirle algo más, pero me vuelvo a quedar muda ante la mirada furibunda de Monique. Cuando Antoine sale del despacho y cierra la puerta, las dos nos miramos implacables.

—¿Qué cojones has hecho? ¿Crees que esto es un juego?

—Dímelo tú. ¿Por qué me has estado engañando?

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡No puedes meterte en una entrevista sin más!  
—grita.

<Está levantando la voz, pero no pienso dejar que me intimide. Tiene demasiadas cosas que explicarme>

—Ni una sola entrevista, no he sido candidata ni a una sola entrevista. ¿No te parece raro? —pregunto con ironía.

—No entiendo que quieras decir.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —aunque no lo pretendo, mi tono es desafiante. Monique parece comprender y veo un fugaz destello de arrepentimiento y vergüenza dibujado en su rostro, pero aun así, no da su brazo a torcer.

—No deberías haberlo hecho. ¡Me has dejado en evidencia!

—Eso no suena a disculpa.

—¡Joder Lisa! —brama dando un golpe en la mesa.

—Me has estado engañado, pero da igual, al final he conseguido un buen empleo.

—¿Buen empleo? ¿Te estás cachondeando de mí?

—¡¿Así que es eso?! ¡Vaya! He tardado en comprenderlo, pero ahora todo está clarísimo: Mme Rebattet, propietaria y directora de una reputada agencia de colocación, saliendo con una vulgar lavandera —aseguro con mordacidad. Monique no dice nada y ni siquiera busca una excusa. A medida que voy siendo consciente de la situación, me doy cuenta de que necesito salir de esa sala a toda costa. Tomo mi bolso y me dirijo a la puerta.

—¿Dónde vas?

—¡Lejos de aquí! Es obvio que no estoy a la altura de tus expectativas — grito. Sin pretenderlo, doy un portazo y noto las miradas de toda la oficina sobre mí. Muerta de la vergüenza, salgo con la cabeza bien alta pero con las mejillas coloradas.

Durante el camino de regreso a casa, quise gritar y llorar, pero expresar mis sentimientos en público no era uno de mis puntos fuertes. En la intimidad de mi apartamento, me abalancé sobre la cama y grité ahogando el sonido con la almohada. No sé cuánto duraron aquellos lloros cargados de rabia y decepción, solo sé que me ayudaron.

<Ya has llorado, ahora cállate de una puta vez. Si juegas con fuego, lo más probable es que te quemes, ¡imbécil!>

Hacia las ocho de la tarde, el timbre de la puerta sonó y supe que era ella. Me acerqué despacio a la puerta y la observé durante unos segundos a través de la mirilla. Lo que había hecho Monique era reprochable, pero no justificaba en absoluto mi forma de actuar y me sentía tan avergonzada, que se me pasó por la cabeza no abrir para no tener que enfrentarme a mi orgullo.

—Sé que estás ahí, ábreme.

Su tono era sosegado y dulce. Apoyé la frente en la puerta durante unos segundos sopesando qué hacer.

—Te lo pido por favor. Ábreme.

Dejé la puerta entre abierta mientras me dirigía al salón incapaz de mirarla. Monique la cerró y oí sus pasos acercándose hacia mí por la espalda. Su abrazo me pilló desprevenida.

—Lo siento Lisa.

Todo mi cuerpo se estremeció al sentir el susurro de su voz junto a mi

oído.

Seguramente fue la noche de sexo más desenfrenada de mi vida. Nos amamos con violencia, casi con desesperación.

## CAPÍTULO 5

Tenía los nervios a flor de piel. Empezaba una nueva vida en otro lugar, con otras personas y con un empleo que me iba a mantener alejada de Monique durante la semana. A ratos pensaba que no podría aguantar cinco días sin el roce de su piel contra la mía; me había vuelto adicta a su calor y precisamente por eso, puse tierra de por medio sin ser consciente. Pasé a despedirme de Mme Bondue y verla tan triste me partió el corazón.

—Aunque no la necesitas porque sé que te irá muy bien, suerte hijita.

—Nos vemos el viernes —aseguro mientras la abrazo con cariño.

Monique me acompañó hasta la calle y a las nueve en punto, apareció un enorme coche negro con los cristales traseros oscurecidos. El conductor se bajó del coche y se dirigió a nosotras ante la duda de quién de las dos iba a ser su pasajera. Debía rondar los cuarenta e iba impecablemente vestido con un traje oscuro, corbata en el mismo tono y camisa blanca. El toque sport se lo daban unos zapatos negros con la suela en color rojo. La media melena y la barba de varios días le restaban seriedad.

—¿Mme Grodrigues?

—Rodríguez —lo corrijo—. Puedes llamarme Lisa, es más fácil.

—Hola Lisa, me llamo Stephane —dice estrechándome la mano y sonriendo aliviado. Acto seguido, toma mis maletas, las introduce en el maletero y espera junto al coche a una distancia prudencial mientras me despido de Monique.

—¿Me llamarás todas las noches?

—Lo intentaré señorita Rebattet. Anda, ven aquí —le pido antes de abrazarla y besarla en la mejilla—. Cuida de tu abuela y ven a visitarla tanto como puedas, ahora se va a sentir un poco más sola.

Monique asintió y mientras retiraba su mejilla de la mía, me dio un beso en los labios. No lograba acostumbrarme a que hiciera eso en público.

—Lláname —me suplica con sus labios aún pegados a los míos. Stephane sigue con la puerta abierta esperando pacientemente que me suba al coche, pero Monique no me suelta. La riño con la mirada y acaba haciéndolo a regañadientes.

Una vez dentro, bajé la ventanilla mientras Stephane iniciaba la marcha y



saqué la cabeza para poder mantener el contacto visual. Verla allí de pie a medida que nos íbamos alejando, resultó más difícil de lo que pensaba y me pregunté si acabaría renunciando y volviendo antes de tiempo incapaz de mantenerme alejada de todo lo que me daba.

En la circunvalación, tomamos dirección norte por la A1 y no pasó mucho rato para que el paisaje gris se convirtiera en mantos de tonalidades entre el verde y el amarillo. Ni rastro de los grandes edificios, sustituidos ahora por casas, granjas, bosques y preciosos campos minuciosamente trabajados, segados o en barbecho. Tras atravesar el pueblo de Nerville—la—Forêt, tomó un estrecho camino asfaltado y me indicó que quedaba poco para llegar. El último tramo, hasta llegar a una enorme verja, lo hicimos por pista forestal. Estaba bellamente ornamentada y tras de ella, se veía una pequeña garita de seguridad con varias cámaras en el exterior. A nuestra espalda, se extendía un enorme campo de girasoles hasta donde se perdía la vista y me entraron ganas de bajarme y ponerme a comer pipas.

Al oír un pequeño chirrido, me giré para ver como la verja se abría lentamente frente a nosotros y del interior de la garita de seguridad, salió un chico joven ataviado con uniforme gris que nos saludó con la mano al pasar junto a él. Stephane se adentró por un camino de grava fina y tras atravesar un pequeño bosque de pinos altos con un pequeño estanque, llegamos a un claro donde se apreciaba una hermosa mansión de estilo Victoriano con los techos de color pizarra, fachada gris claro y los marcos de las ventanas en color blanco. Aparcó el coche en un enorme garaje subterráneo donde había otros dos vehículos, todos ellos negros con los cristales tintados. Mientras me bajaba, apareció Antoine.

—Buenos días Lisa, me alegro de verte.

—¡Aquí estoy! —exclamo nerviosa. Cuando hago el gesto de recoger mis maletas, me interrumpe.

—No te preocupes por ellas, Stephane las llevará a tu habitación. Ven, te enseñaré la casa y te presentaré al resto de la familia —dice recalando la palabra familia.

El enfoque de aquella palabra, me dio una pista del tipo de relación que tenían entre ellos y me gustó.

Ascendimos por unas escaleras que nos llevaron a un pasillo que daba a una espectacular y amplia cocina con un enorme ventanal que le quitaba cierto protagonismo al excelente mobiliario de estilo clásico. En el centro, una isla con encimera en color blanco, llamó mi atención por su envergadura. Debía

medir unos tres metros de largo y tenía un amplio fregadero en el lateral con uno de esos grifos extensibles que aparecen en los programas de cocina. Varios taburetes altos dispuestos a un lado, invitaban a sentarse.

—Lisa, te presento a Marie, nuestra cocinera.

—Bienvenida Lisa, teníamos muchas ganas de conocerte.

Parecía una mujer extrovertida y campechana. Tenía el cabello castaño y rizado, mejillas sonrojadas y como buena cocinera, un ligero sobrepeso.

—Gracias —digo dándole tres besos.

—Así que española, ¿eh? ¿Sabes cocinar?

—Un poco.

—Pues ves pensando en una receta de tu país que te guste mucho y me la enseñas. Me encanta aprender nuevos platos.

—Eso está hecho —digo gratamente sorprendida.

—Ven Lisa, te mostraré el resto de la casa —interviene Antoine.

Nos despedimos de ella y lo hicimos en dirección al pasillo por el que habíamos llegado. A la derecha se veían las escaleras por las que habíamos subido y que comunicaban con los pisos de arriba y con el sótano según me explicó. A la izquierda, una bonita despensa y justo enfrente, otra puerta que nos llevó al vestíbulo de la casa, otra estancia amplia y luminosa gracias a la vidriera que rodeaba la imponente puerta de acceso de madera tallada en color teka. Avanzamos hacia unas puertas correderas mientras me explicaba que la casa databa del 1932 y que según la rumorología de los vecinos, fue ocupada a finales de 1940 por un general de la Wehrmacht. Entramos a un enorme salón presidido por una moderna chimenea de cristal, un amplio sofá de color blanco y un par de butacones de color gris oscuro con pinta de ser muy cómodos. Lo atravesamos y llegamos a una magnífica biblioteca con cientos de libros colocados sobre estanterías de madera y un chaise longue de piel en el centro escoltado por una gigantesca lámpara de diseño. Mientras el salón daba acceso al jardín lateral de la mansión, la biblioteca lo hacía a un precioso jardín con vistas a un vasto terreno.

Todo el suelo era de madera oscura y parecía restaurado, lo que le daba un toque vintage que contrastaba con el color blanco, presente tanto en las paredes como en algunos de los muebles de las diferentes estancias que habíamos visitado.

Volvimos sobre nuestros pasos hasta llegar de nuevo al vestíbulo, por el cual se accedía a las plantas superiores y al sótano. Las escaleras eran amplias y los peldaños estaban fabricados con una madera algo más clara que

la del suelo y que a diferencia del resto del pavimento, parecía nueva. La barandilla era de hierro forjado y el pasamanos de cuarzo blanco.

En el primer piso había cuatro habitaciones a mano derecha, dos de ellas daban al jardín y las otras dos, a la fachada principal. Una quinta habitación ocupaba la parte izquierda y no tenía nada que ver con las que habíamos visto hasta entonces. Debía tener cincuenta o sesenta metros cuadrados y estaba presidida por una enorme cama que me hizo suponer que se trataba de la habitación de matrimonio. Daba tanto a la fachada principal como a la trasera, por lo que la habitación gozaba del sol de la mañana y de tarde. El color blanco volvía a ser el protagonista, aunque salpicado por objetos de llamativos colores y un sinfín de cojines de todos los tamaños.

El baño parecía sacado de una revista de decoración y el protagonismo se lo llevaba una preciosa bañera de piedra natural en color gris oscuro. Se me escapó un ¡Guau! que hizo sonreír a Antoine.

De nuevo en la habitación, me mostró un enorme vestidor y quedé fascinada con las ocho hileras de zapatos de mujer perfectamente colocados (a cuál más bonito). Había Louboutin, fácilmente reconocibles por la suela roja, Jimmy Choo, Manolos, Louis Vuiton e incluso unos Stuart Weitzman. Esperé que abriera otro vestidor con la ropa de hombre, pero no fue así.

El segundo piso, resultó ser una preciosa buhardilla con vigas de madera vistas y suelo de fibra de esparto, aunque sin su habitual rugosidad, lo que le daba un toque cálido y acogedor. Había mucha luz natural y estaba equipada con todo tipo de material musical.

—Veo que en esta casa hay mucha afición a la música.

—Es uno de los hobbies de Chloé.

—¿Es compositora?

—Nuestra jefa es Chloé Cloiseau.

Pronunció el nombre como si por algún motivo tuviera que conocerlo, pero no, el nombre de la tal Chloé Cloiseau no me sonaba de nada. Asentí sin decir palabra y Antoine me miró con curiosidad.

—Chloé es actriz, seguro que has visto alguna de sus películas.

—Lo cierto es que no sé mucho del cine francés. Lo siento —replico. De nuevo, Antoine parece sorprendido y me observa como si esperara otra reacción por mi parte.

—También es muy aficionada a la música y le gusta componer en sus ratos libres —prosigue—. ¿Seguro que no sabes quién es?

Negué con la cabeza y cuando se encaminó hacia la puerta, hice una mueca

a su espalda.

<¡Qué no! ¡Qué no sé quién es!>

En el sótano, un enorme pasillo atravesaba longitudinalmente la casa. A diferencia del resto de estancias que habíamos visitado anteriormente, apenas le llegaba luz natural y esa carencia había sido sustituida por decenas de ojos de buey.

Al igual que en el primer piso, se veían varias puertas distribuidas a ambos lados del pasillo. La más próxima era de cristal y se abrió al detectar nuestra presencia. Seguí a Antoine hasta el interior y noté un ligero cambio de temperatura y un olor que me resultó familiar. Si en la casa predominaba el color blanco, en aquella habitación sorprendía el tono oscuro de la madera, roto únicamente por una estantería repleta de toallas y albornoces en color beige y blanco. Al otro lado, había una pequeña nevera, una mesa con flores naturales y un par de sillas. Nos acercamos a la segunda puerta de cristal y se abrió hacia ambos lados dando acceso a una magnífica zona de Spa.

<Ese era el olor familiar>

No era muy grande, pero visualmente, espectacular gracias a la combinación del acero, el mármol y la piedra natural. La piscina tenía forma de L y en la parte más estrecha, se podía ver una cascada relajante para cervicales, una cama de burbujas y un par de chorros a presión para tronco y extremidades superiores, lo que me hizo suponer que también debía haber zonas destinadas a las extremidades inferiores. El Spa lo completaba un baño de vapor, una sauna seca y una zona de relax con tumbonas de madera. La pared frontal era de cristal y discurría longitudinalmente por la parte más larga de la piscina, que debía tener unos nada despreciables veinte metros por cuatro de ancho.

—Aquí es donde la jefa entrena todas las mañanas.

—¡Y quien no lo haría! Está fenomenal. Me encanta la combinación de los diferentes materiales, pero sobre todo, las vistas al jardín.

En bañador, la temperatura del recinto debía ser la adecuada, pero vestidos era difícil soportarla, así que agradecemos salir de allí. De nuevo en el pasillo, nos dirigimos hacia la izquierda donde pude contar tres puertas.

—Esta es la habitación de Christian, nuestro jefe de seguridad y guardaespaldas personal de Chloé. Te lo presentaré el jueves cuando regrese con ella —dice mientras se para frente a la puerta y la abre.

Era una habitación sobria, con muebles en color nogal, ropa de cama en tonos grises y apenas objetos personales. Christian era, sin lugar a dudas, un

perfeccionista porque no había nada fuera de lugar y el orden era milimétrico. Fría y sin personalidad, se parecía a la habitación de un hotel de ciudad. Un pequeño ventanal en la parte alta, le aportaba algo de luz natural.

Antoine cerró la puerta y se dirigió a la siguiente. La suya se parecía más a un hogar: había ropa en el perchero, cuadros, un par de fotos sobre el escritorio, muchos libros y un ordenador. La ropa de cama era en tonos azulones mientras que la cortina tipo estor, era completamente blanca, idéntica a la de Christian.

—Es acogedora.

—Para el tiempo que paso en ella...es más que suficiente —asegura cerrando la puerta.

Nos dirigimos a la siguiente.

—Y ésta es la tuya —dice invitándome a entrar.

La habitación era más o menos de las mismas dimensiones que las que acabábamos de ver, incluso por el minúsculo ventanal rectangular de la pared que daba al jardín. La cama, estaba cubierta por un precioso nórdico de color blanco y a los pies, un plaid en tonos florales le daba el toque divertido, conjuntando con los cojines que cubrían el cabezal. Al igual que las otras, tenía cama de 1,35. Sobre el escritorio había un reluciente Mac de color blanco y Antoine adivinó mis pensamientos.

—Viene con el pack.

—Me viene de perlas. Dejé el ordenador en casa y a veces lo echo de menos, sobre todo cuando intento mantener una vídeo llamada con mi hermana.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Una. Se llama Clara y antes de que me lo preguntes, no tengo a nadie más a parte de una tía que vive en Lyon. Mi madre murió hace unos años.

—Lo siento. Nosotros tres —dice refiriéndose a las tres habitaciones— somos los únicos internos. Marie, su marido y su hijo Pierre, viven en la casita de madera que hay en el jardín. Mañana te presentaré a Víctor, el encargado de mantenimiento y a Nathalie, la supervisora de la empresa de limpieza que viene cada día. Un par de veces por semana, limpian nuestras habitaciones. Suele ser los martes y los viernes. En cuanto a la ropa, ellas mismas te la bajarán a la lavandería para que puedas ocuparte de ella —dice cerrando la puerta y encaminándonos de nuevo hacía el final del pasillo—. Christian y yo solemos llevar nuestra ropa a la tintorería puesto que casi siempre utilizamos traje y Marie hace la colada en su casa. Básicamente te has de ocupar de la lencería de hogar y de la ropa de Chloé que se pueda lavar en casa. La que no

se pueda, te dejo encargada de buscar una tintorería donde llevarla, pero cuidado, en ningún momento deben saber de quién es. Hemos tenido malas experiencias en ese sentido.

—Entiendo —digo a la altura del Spa.

—Tu horario laboral, es de 9:00 a 17:00 horas. De 12:00 a 13:00 paramos todos a comer y de 19:00 a 20:00 cenamos todos juntos. Si Chloé está en casa, come a partir de las 13:00 y cena a partir de las 20:00, rara vez come o cena con nosotros, pero de vez en cuando se apunta. Dirígete a ella por su nombre, no le gusta que la traten de usted. ¿Tienes alguna duda?

—Por ahora no.

La siguiente puerta con la que nos topamos, tenía pinta de estar blindada. Antoine la señaló.

—Este es lugar de trabajo de Christian —dice mientras la golpea dos veces con los nudillos. Acto seguido, se abre y aparece un tío grande como un armario. Su semblante es serio pero agradable. Además de guapo, va impecablemente vestido con traje gris oscuro, camisa azul cielo y corbata azul marino.

<¡Madre de Dios!>

—Marcus, te presento a Lisa. Desde hoy se ocupará de la lavandería.

—Encantado Lisa —dice estrechándome la mano con fuerza.

—Marcus es la mano derecha de Christian y el responsable de seguridad en su ausencia.

—Mucho gusto.

<A decir verdad, estoy encantadísima, hacía mucho tiempo que no veía un chico tan guapo. Me voy a quedar con las ganas de darle tres besos>

—Lisa, esta habitación es de acceso restringido, únicamente el personal de seguridad y Antoine pueden entrar —me indica El Armario en tono serio. Por lo que veo, es amplia y tiene una mesa redonda con varios teléfonos en el centro. Se ven varias pantallas colgadas de la pared y algunos ordenadores.

—Entendido.

—¿Continuamos? —pregunta Antoine.

—Claro.

—La llamamos “La Guarida” —me explica una vez nos hemos despedido de Marcus y nos dirigimos hacia el final del pasillo.

—¿Por qué?

—Lo empecé diciendo en broma porque Christian siempre corre hacia aquí cuando pasa algo y nos hemos acostumbrado a llamarla así.

—¡Et voilà! —exclama abriendo una puerta de doble hoja.

Era una sala enorme y por su ubicación, daba tanto a la parte delantera como al lateral. Toda la parte superior de las paredes estaba plagada de pequeños ventanales como los de nuestras habitaciones, pero entraba mucha más luz. Tres lavadoras, una tabla de planchar y una pequeña plancha, fue el inventario rápido que hice tras echar un vistazo rápido. Varios armarios, una mesa y un sofá completaban el mobiliario.

—¡Cuánto espacio!

—Creo que la hemos dotado con todo lo necesario, pero te dejaré un rato para que puedas comprobar si necesitas algo más. Al otro lado del pasillo, después de tu habitación hay un ascensor y unas escaleras que dan al pasillo que hemos cruzado cuando hemos salido de la cocina, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Si subes por ellas, llegarás a la cocina. Te esperamos allí a la hora de comer. ¿Recuerdas el horario?

—A las 12:00.

—Buena memoria. Nos vemos dentro de un rato.

—Gracias por la visita guiada.

—Bienvenida Lisa.

Sonreí agradecida y vi cómo se alejaba mientras marcaba un número en la pantalla de su móvil. Suspiré con nerviosismo y empecé a echarle un vistazo al lugar en el que iba a pasar muchas horas a lo largo del día.

En realidad no había tres lavadoras, sino dos con diferentes capacidades y una secadora.

Busqué un tendedero consciente de que no todas las prendas podrían ir a la secadora, pero no lo vi por ningún lado y no era lo único que me iba a hacer falta: agua destilada, perchas, pinzas, cestas donde poner las prendas planchadas para poder transportarlas y una burra para colgar las camisas completaron mi lista.

Me quedé allí hasta la hora de comer, familiarizándome con mis nuevos cachivaches y asimilando que había cambiado un ordenador por una plancha y eso me hacía feliz. Muy feliz.

A la hora convenida, subí a la cocina y encontré a Antoine riendo distendido con Marie. Tras saludarlos, la puerta que daba al jardín se abrió y un niño de unos cinco o seis años, entró como un huracán dando besos y abrazos a Marie.

—¡Hola mamá!

—Hola cariño, ¿cómo ha ido el colegio?

—¡Bien! ¡Hola Antoine! —saluda con alegría. De repente repara en mi presencia y mira extrañado a su madre. Es moreno, con la cara redonda y grandes ojos marrones, expresivos y perspicaces.

—Lisa, te presento a mi hijo Pierre.

—Hola Pierre.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —pregunta ella mientras el pequeño la mira sin saber qué decir.

—Hola —susurra después de unos instantes mirando al suelo cohibido.

Me acerqué hasta él y me puse de rodillas para favorecer el contacto visual. Cuando levantó de nuevo la mirada, le alargué la mano.

—Soy la nueva —digo haciendo énfasis en la última palabra.

—Hola —responde con timidez.

—¿Cuántos años tienes?

—Cinco.

—¡Cinco! ¡Madre mía! Ya eres todo un hombrecito. Seguro que tu mamá está muy orgullosa de ti —digo guiñándole el ojo. Marie lo mira con ternura y asiente con la cabeza.

—¡Todos a la mesa! —grita Antoine dirigiéndose a una sala que hay dentro de la cocina y en la que no había reparado. La puerta es corredera, del mismo aspecto que el resto de los muebles de cocina y pasa completamente desapercibida.

—¡A la mesa! —lo imita Pierre.

—Tengo mucha hambre. ¿Con que nos vas a deleitar hoy? —le pregunta a Marie.

—Ensalada variada y pollo estofado.

—¿Pollo con ciruelas? —pregunta alborotado.

—Sí pesado. ¿Qué tienes aquí? —dice acercándose a él y mirándole la barbilla—. ¡Puaggkk, qué asco! Se te cae la baba.

—Con tal de poder hincarle el diente a ese delicioso pollo, dejo que me diga lo que quiera. ¡Es la mejor cocinera del mundo! —grita mientras entramos juntos a la sala para que ella pueda oírlo.

—Y tú un pelota —le responde desde la cocina. La sala es espaciosa y sobria, por eso supongo que lo que más destaca, es la ventana que da al jardín y un enorme televisor colgado de la pared. Pierre coge el mando y busca un canal con dibujos animados que lo dejan completamente absorto.

—Lisa, te presento a mi marido Jean—Marc, se ocupa del jardín —dice



cuando un hombretón de tez morena entra en el comedor.

—Encantada —lo saludo mientras le alargó la mano.

—Hola —replica en tono seco sin apenas mirarme. Lo miro con intención de decirle algo más por cortesía, pero me corto cuando veo que se da media vuelta y se dirige al otro lado de la mesa. Por suerte, Pierre solventa sin querer ese incómodo momento.

—Quiero que Lisa se siente a mi lado mamá.

—Es el sitio de Antoine.

—No importa, yo me sentaré a continuación —asegura él sin darle la menor importancia.

Marie me señaló la silla que estaba junto a Pierre para que tomara asiento en una enorme mesa para ocho comensales. Ella presidía por la izquierda, que era justo la parte que quedaba al entrar en la sala. A su derecha se sentaba Pierre, luego yo y a continuación, se sentó Antoine. A la izquierda de Marie, ya estaba sentado Jean—Marc seguido por Marcus que acaba de aparecer y ocupaba la silla frente a mí. A su lado quedaba un sitio libre y uno más a continuación, presidiendo la mesa frente a Marie.

—Esto es precisamente lo que le hacía falta: equilibrar algo más las fuerzas. Antoine manda en el resto de la casa, pero en la cocina y en esta sala, mando yo —dice con rotundidad Marie guiándome el ojo.

Todos rompimos a reír excepto Pierre que estaba pendiente de sus dibujos animados y Jean—Marc que parecía disgustado con el comentario de su mujer.

En el centro de la mesa, había dos ensaladas compuestas por un variado de lechugas, zanahoria rallada, huevo duro, tomates cherry, manzana, nueces y queso de cabra, todo ello aderezado con salsa de mostaza. Estaba riquísima y no dudé en repetir cuando la bandeja volvió a mis manos procedente de Antoine que se reservó para el segundo plato.

Cuando acabamos, Marie se levantó y me incorporé instintivamente para ayudar.

—No —dice negando con la cabeza.

—¿No?

—Es vuestro rato de descanso.

—También es el tuyo —rechisto.

—Antoine, ¿no le has recordado a Lisa las normas?

—Esa la he olvidado.

—Siéntate —me ordena Marie. Pierre me mira y me hace un gesto gracioso con la cara antes de dirigirse a mí.

—Recuerda, Mamá es la que manda aquí, hay que hacerle caso —apuntilla mientras me siento de nuevo y observo como Marie pasa por detrás de cada uno de nosotros recogiendo nuestros platos.

—Lo siento, se me olvidó avisarte. Te recomiendo que pegues el culo a la silla mientras dura la comida —me advierte en cuanto ella sale del comedor. Cuando entra de nuevo, el olor a ciruela estofada inunda la sala.

—Empezaré por ti solo porque es tu plato favorito —le advierte a Antoine. Él toca las palmas sin hacer ruido y queda patente que el pollo con ciruelas le chifla.

Volví a notar una expresión de disgusto en su marido y era la segunda en poco rato. Marcus reparó en mi interés por Jean—Marc y de vez en cuando, me observaba de reojo. A medida que Marie servía el pollo, nos iba haciendo la habitual pregunta: ¿muslo o pechuga? En mi caso, respondí pechuga sin dudar.

—Debo decir que Antoine tenía razón, está buenísimo.

—¡A que sí! —replica él con la boca llena. Su expresión es de lo más cómica y me hace reír.

—A mí no me gustan estas cosas negras —comenta Pierre acerca de las ciruelas.

—Pásamelas, a mí me encantan.

En un pis—pas, las puso todas en mi plato y miró el suyo feliz de no tener que pelearse con ellas. Cuando acabamos el pollo, permanecí sentada para no cometer el mismo error y Marie me lanzó una mirada de aprobación. De postre había queso fresco que lamentablemente no me gusta, así que, para aprovechar el tiempo, propuse hacer los cafés.

—Ya veo que te cuesta estar sentada —sentencia Marie tras dudar unos segundos.

—¿Cómo lo queréis? —prosigo intuyendo que me da permiso.

—Corto —dice Jean—Marc sin levantar la vista de su plato.

—Para mí, solo y largo, aunque no tan largo como un café americano, por favor —le sigue en tono más educado Marcus.

Un café con leche fría para Marie y un cappuccino para Antoine, completaron el pedido. Había visto una Nespresso en la cocina así que la siguiente pregunta era obvia.

—¿Alguna variedad?

—Los que llevan leche, con Fortissimo Lungo, el Ristretto con Dharkan y el largo con Roma —me indica Marie.

Una vez en la cocina, me ofusqué y me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban las tazas, el café o el azúcar. Para cuando saqué la leche del frigorífico, tenía un lío monumental.

<Los que llevan leche son con Fortissio, pero el Roma era para el café largo o para el corto. Alguien ha pedido la leche fría, pero ¿quién? ¡Mierda!>

En el comedor todos estaban en silencio y al entrar para preguntarles de nuevo, empezaron a partirse de la risa, excepto Jean—Marc, claro. ¡Qué tipo tan raro! No pegaba para nada con la espontaneidad y la alegría de su mujer y su hijo.

—Estábamos calculando cuánto tardarías en volver —ironiza Antoine.

—Al menos he encontrado la leche —digo sosteniéndola entre las manos y poniendo cara de satisfacción.

Todos volvieron a reír, incluida yo. La máquina de café resultó ser un poco más difícil de lo esperado y necesité la ayuda de Marie.

Después del café, Antoine me propuso enseñarme el jardín y acepté encantada. Antes de salir de la cocina, le guiñé el ojo a Pierre a modo de despedida y el pequeño intentó devolvérmelo sin éxito.

—Te enseñaré —le digo en voz baja.

A simple vista parecía una extensión enorme, pero un bosque impedía ver el final de la finca. La zona más próxima a la casa, estaba plagada de parterres con bellas flores y un césped verde trébol precioso. En las colinas más alejadas se veían terrenos muy bien trabajados y creí distinguir maíz, trigo y girasoles, muchos girasoles. Mi madre se hubiera puesto las botas comiendo pipas. Había algunas nubes altas, pero la temperatura era perfecta y aquella primera imagen, se quedó para siempre grabada en mi retina.

—¿Cuántas hectáreas tiene?

—Algo más de 400.

—¡400! No me hago una idea de lo que son tantas hectáreas —exclamo. Antoine sonríe mientras iniciamos el paseo—. ¿Crees que puedo hacer running?

—¡Es cierto! No recordaba que me habías dicho que el running era una de tus aficiones favoritas. ¿A qué hora tienes pensado salir a correr?

—Empezando a trabajar a las nueve, creo que saldré sobre las siete.

—Estamos casi en verano y hay mucha luz a esa hora, pero cuando llegue el invierno, tendrás que cambiar la rutina porque a las siete es todavía de noche.

—Ufff....no me hagas pensar en eso. Me ha costado la misma vida pasar el

invierno en París, no estoy acostumbrada a tantos días grises, lluviosos y ¡fríos!... —digo haciendo aspavientos con las manos.

<No quiero ni oír hablar del invierno. Ya pensaré en ello llegado el momento>

—Entendido, el frío es tema tabú —ríe—. En cuanto al running, lo comentaré con Christian esta misma noche. Seguro que no pondrá ninguna pega, pero aun así, debo informarlo para que nadie salga corriendo detrás de ti.

<Si me persigue el armario, no me quejaré>

El pequeño bosque que se distinguía a lo lejos, no era tan pequeño como parecía y un gran Roble custodiaba la entrada. Nos adentramos por el sendero unos pocos metros y el cambio de temperatura fue brutal.

<Este sitio es perfecto para correr al resguardo del sol en pleno verano>

—Es una maravilla.

—Es la joya de la propiedad, pero si te digo la verdad, solo Chloé viene hasta aquí cuando monta.

—Pues yo vendré cada día corriendo. ¿Hay caballos?

—Por supuesto. Los caballos son otra de sus debilidades. Está enamorada de Etoile, su yegua. Por allí se va a las cuadras —dice señalándome en dirección oeste—. Mañana cuando salgas a correr, pasa a saludar a Claude; hoy no ha podido venir a comer y probablemente tampoco vendrá a cenar porque al parecer uno de los caballos ha tenido algún problema.

—¿Ha podido solucionarlo?

—No es nada grave, pero prefiere no separarse de ellos durante las primeras horas. ¿Te gustan los caballos?

—Me encantan; creo que son unos animales excepcionales.

—¿Sabes montar?

—Hace tiempo que no lo hago.

—A mí no me gustan demasiado, son un poco.... elitistas. Si te aceptan a la primera, perfecto, si no, lo llevas claro.

—¡Ja, ja, ja! Entonces espero caerles bien. Por cierto, quería comentarte que me harán falta varias cosas para la lavandería.

—Tú dirás.

—Un tendedero de pared extensible, un par de cestas, algunas perchas, agua destilada, pinzas y un burro.

—¿Burro? ¿Qué es eso? —pregunta con cara de alucinado.

—La verdad es que tiene un nombre un pelín raro —aseguro riéndome de

la cara que ha puesto—. ¿Te has fijado que en todas las películas de moda siempre sale alguien arrastrando un perchero con ruedas?

—Sí.

—Pues a eso se le llama burro o burra.

—El nombre no tiene mucho glamour viniendo del mundo de la moda.

—¡Cierto! Nunca lo había pensado.

—¿Algo más?

—Un costurero.

—¿Para qué quieres un costurero?

—Siempre hay algún botón que reparar.

Su expresión rozaba la sorpresa y me gustó sorprenderlo. Aquel chico encantador y risueño me cayó bien desde el mismo momento en que cruzamos la mirada en la oficina de Monique, pero verle en su hábitat era mucho más interesante: desprendía personalidad, profesionalidad y discreción, todos los requisitos de un buen mayordomo.

Entretanto, habíamos llegado a la casa.

—¿Qué te parece si nos vamos de compras?

—Si me llevas de compras en mi primer día de trabajo, sentiremos un mal precedente —le advierto en tono irónico.

—Te confieso que me encanta ir de compras.

En el garaje nos subimos a un enorme mercedes de color negro y Antoine se dirigió a la verja atravesando el pequeño bosquecillo. El vigilante que nos saludó era algo mayor que el que había visto por la mañana y bastante más alto. La gran verja metálica se abrió imponente frente a nosotros y se repitió el chirrido.

De fondo sonaba música francesa que no reconocía y me recordó que Monique siempre insistía en que debía escuchar artistas franceses. Ahora no tenía más remedio que ponerme las pilas, tanto con la música, como con el cine si no quería quedar como una inculta.

—¿Ha hecho muchas películas?

—Empezó muy joven y lleva algo más de veinte años en el mundillo, pero si te digo la verdad, no sé la cifra exacta de las películas en las que ha participado. Probablemente, unas veinticinco.

<No sé si veinticinco películas son muchas o pocas, pero lo que sí sé, es que mantenerse veinte años en la industria no debe ser muy fácil>

Junio daba sus primeros pasos y lo hacía con días soleados y temperaturas en ascenso, aunque por la tarde, solían aparecer nubes altas y refrescaba un

poco. Atravesamos carreteras a cuyos lados se extendían nuevamente campos perfectamente sembrados.

<¡Por fin algo que reconozco!> me digo a mí misma cuando oigo los primeros compases de “*Love is like a heatwave*” y no fue la única, Antoine me sorprendió con una fantástica selección de temas de los sesenta y setenta entre los que también estaba Aretha Franklin, Elvis, Ben E King o la archiconocida “*My way*” de Frank Sinatra.

Apenas veinte minutos más tarde, llegamos a la ciudad de Pontoise, a orillas del río Oise y nos adentramos en un centro comercial que a esas horas estaba bastante concurrido.

—¿Las cestas que necesitas pueden ser de mimbre? Aquí hay una tienda que tiene cosas muy bonitas.

—Tendrían que ser forradas para que las prendas no puedan engancharse.

—¿Son para la ropa?

—Para poder transportarla.

—Buena idea. Vayamos a echar un vistazo.

Como no había trabajado para nadie, dio por hecho que no sabía lo que me hacía, pero eso fue porque no recordó que en la entrevista le había dicho que era muy organizada. Cuando tenía algo que hacer, mi cabeza no dejaba de darle vueltas hasta que todo estaba perfectamente organizado.

Nada más abrir la puerta de la tienda, sonó una campanilla y una dependienta se dirigió a nosotros para ofrecernos su ayuda. Después de explicarle lo que buscábamos, nos enseñó unas cestas rectangulares de la medida adecuada y forradas de una tela satinada muy suave. Las asas eran de cerámica y tenían motivos florales pintados a mano, algo delicadas para mi gusto, pero realmente bonitas.

<Antoine y Christian llevan la ropa a la tintorería, pero de las camisas puedo ocuparme y Marie parece tener suficiente trabajo en la cocina como para ocuparse de la ropa. Habrá que hacer algunos cambios y optimizar recursos>

—Lisa, ¿cuántas necesitas?

—Seis.

Volvió a mirarme con cara de pasmado sin entender para que eran necesarias tantas cestas, pero no tenía intención de explicárselo en ese momento, porque si lo hacía, se hubiera negado a los cambios que pensaba hacer. También encontré un costurero monísimo con varios departamentos y una práctica asa en la parte superior para transportarlo. Casi me da un

soponcio cuando escuché el precio total de la factura: 935 euros.

—Lo siento Antoine, no sabía que nos iba a costar tanto dinero —murmuro avergonzada al salir de la tienda.

—Es todo muy bonito y además, está hecho a mano.

—Lo es, pero por ese precio, las asas de las cestas podrían ser bañadas en oro.

—No te preocupes por eso. Aquí al lado hay una tienda donde venden complementos para el hogar, quizás encontremos... eh... ¿Cómo se llamaba el perchero con ruedas?

—Burro.

—Jolín, con ese nombre, debería recordarlo.

Solo necesitaba uno, pero Antoine insistió en comprar dos por si acaso y además, encontramos los tendederos extensibles. Varios paquetes de pinzas y dos docenas de perchas completaron el pedido.

Por la tarde, mientras estaba enfrascada en el montaje de los burros, Antoine se acercó a la lavandería para presentarme a Víctor, el encargado del mantenimiento de la casa. Con buen criterio, decidió que el lugar adecuado para los tendederos era justo encima de los dos enormes radiadores que había en una de las paredes. Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y pequeños ojos marrones. Hablaba poco, pero era agradable e incluso me invitó a un chicle.

—Tienen que ser de menta, los de fresa, me ponen mal cuerpo. No puedo trabajar si no tengo un chicle en la boca.

—Pues yo necesito música.

—Eso ya lo había notado —asegura subiendo las cejas.

—¿La he puesto demasiado fuerte?

—A mí no me molesta, si es lo que estás preguntando. Solo la oigo cuando encaro el pasillo y si te digo la verdad, me gusta saber que hay alguien al fondo. ¿Se te da bien montar cosas? —pregunta mientras me peleo con un tornillo que he metido torcido.

—Ya te lo diré cuando acabe —bromeo—. Antoine me ha dicho que solo vienes por las mañanas, siendo darte trabajo extra.

—No ha sido por tu culpa, tranquila. Hoy tenían que venir a reparar una bomba del Spa y me tenía que quedar de todos modos para coordinarlo todo. ¿Te echo una mano con eso? —vuelve a preguntar un tanto apurado viendo la poca maña que tengo.

—Creo que me las arreglaré, pero gracias por montar los tendederos.

<Esto lo monto yo aunque dedique el resto de la noche>

—De nada Lisa. Hasta mañana.

Mi ego se puso a aplaudirme cuando acabé de montar los burros, pero di un bote cuando miré el reloj y vi que eran casi las siete y media. Salí pitando hacía mi habitación con los manuales de las lavadoras bajo el brazo con la intención de echarles un vistazo antes de dormir y tuve el tiempo justo para asearme y no llegar tarde a cenar.

A pesar de que Pierre conseguía hacernos reír continuamente, no vi a su padre sonreír ni una sola vez y necesité poco más para catalogarlo como gilipollas. Uno bien grande.

Tras la cena, Pierre insistió en acompañarme para que no me perdiera y no pude decirle que no después de haberme comparado con Dory. Le di las buenas noches y salió corriendo escaleras arriba más contento que unas pascuas.

Abrí los manuales empecé a leerlos, pero me pudo la curiosidad y decidí estrenar mi reluciente portátil blanco. Introduje el nombre de la jefa en el navegador y aluciné con el resultado.

<¡Ostia! ¡Más de 3.700.000 entradas!>

La cifra exacta de películas en las que había trabajado Chloé, era 26 y entendí la cara de incredulidad de Antoine cuando le dije que no la conocía, porque en Francia, era una de las actrices más afamadas a la altura de Sophie Monclue o Agatha Bonette y aunque el cine francés era uno de los más prolíficos a nivel europeo, lo cierto es que pocas películas llegaban a nuestras pantallas y desconocía prácticamente a todos los actores franceses.

Era una mujer de aparente fragilidad, tímida, misteriosa y con un punto sexy. De hecho era más sexy que guapa.

<Monique es más guapa. ¡Mierda Monique! ¡Esta mañana he prometido llamarla!>

Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ella y cuando consulté el móvil, vi que tenía una llamada perdida suya. Tras dos tonos, contestó.

—*Pensaba que no me devolverías la llamada* —dice sin reproche.

—*Me alegra escuchar tu voz.*

—*Ya mí. ¿Cómo te ha ido el día?*

—*Te he echado de menos* —miento y me digo a mí misma que solo es una mentirijilla piadosa—. *Acabo de llegar a mi habitación. Ha sido un día de locos.*

—*Los primeros días siempre son agotadores.*



—Me acabo de dar cuenta que mi maleta está todavía sin deshacer y creo que se va a quedar así, al menos por esta noche. No puedo con mi alma.

—Entonces.... ¿vas a dormir sin pijama? —pregunta en tono sugerente.

—Ya sabes que siempre duermo sin pijama.

—Sí, es una de las cosas que me encantan de ti.

—Pero primero, me voy a refrescar en mi nueva ducha. Para que lo sepas, es más grande que la de mi apartamento.

—¿Ah sí? Más espacio para hacer locuras. Me encantaría estar ahí para ducharme contigo.

—Eso me recuerda la primera vez que te enjaboné... ¡Ay! Solo de pensarlo me estoy poniendo cachonda.

—Me sorprendiste y no estoy acostumbrada a que nadie lo haga. Lo de la pastilla de jabón no me gustó tanto.

—Y sin embargo te has acabado acostumbrado. Ya no se te cae.

—He practicado bastante —asegura en tono picarón.

—Estoy deseando que sea viernes.

—Hoy no he hecho otra cosa que pensar en ti, todo me recordaba que estabas lejos.

—Y sin embargo, no nos hemos visto menos que cualquier otro lunes.

—Es cierto, pero cuando tenía ganas de verte, solo tenía que pasar por tu apartamento. Saber que ahora no puedo, me cabrea.

A parte de su abuela, nadie más llamaba a mi timbre, así que escucharlo a ciertas horas, producía una agradable sensación de calor subiéndome por las piernas.

—¿Qué te vas a poner para dormir?

—El culotte negro.

—¡Madre mía! Con ese culotte estás irresistible.

—Tú lo estás con cualquier cosa que te pongas.

—Eso también me lo dijiste la primera noche. Aunque intentabas disimularlo, estabas como un flan y evitabas mirarme —asegura. Oigo como se ríe al otro lado del teléfono y me vienen a la mente esas imágenes.

—¿Te diste cuenta?

—Por supuesto. Me pone muchísimo que te pongas el colgante entre los labios.

—Traviesa....

—Por tu culpa hoy tendré que abandonarme a placeres individuales.

—¡Deja de decirme esas cosas!

—No puedo evitarlo y es todo por tu culpa.

—¡Qué excusa más mala! Tú ya eras una salida antes de conocerme —me cachondeo.

—Es cierto, pero contigo se ha acentuado.

Durante unos segundos, oí su respiración a través del auricular e imaginé su boca entreabierta. Suspiré.

—Estás cansada. Lo noto.

—Sí, pero no quiero dejar de hablar contigo. Me gusta escucharte.

—Quiero verte —sugiere en tono imperativo.

—Pues eso tiene fácil solución, porque resulta que mi nueva habitación incluye un precioso portátil.

—¿Te han regalado un portátil? ¡Joder! ¡Conéctate!

—Todavía no me he descargado el programa.

—Pues arréglatelas para hacerlo mañana.

—¿Es una orden?

—Lo es.

—Esa faceta autoritaria no la conocía.

—Será la distancia.

—Será. Mañana en cuanto lo tenga instalado, te llamo.

—La espera se me va a hacer eterna. Que duermas bien preciosa.

—Tú también. Un beso.

Si Chloé era tan famosa, seguro que Monique la conocía y justamente por eso, decidí obviar que iba a trabajar para ella consciente de que todo resultaría más fácil.

Desde que nos habíamos conocido, no habíamos pasado más de cuatro días sin vernos y aunque a veces me resultaba un poco agobiante, me acostumbré a dormir de nuevo acompañada y caí en la cuenta de que, en mi nueva cama, siempre dormiría sola. Tampoco estaba tan mal.

Cogí los manuales y me puse a echarles un vistazo.

Entretanto, en La Guarida, Antoine también hablaba por teléfono con Christian.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Sin contratiempos.

—¿Y Chloé?

—Han estado grabando casi diez horas seguidas. Hace un rato la hemos dejado en la habitación para que descanse. Mañana tiene que estar en el set de rodaje a las cinco de la mañana.

—¿Tan pronto?

—Toca exteriores.

—Hoy ha empezado la chica nueva —dice Antoine con cautela.

—¿No debías esperar a que regresara?

—Me gusta mucho y no he querido arriesgarme a que encontrara otro trabajo.

—Sabes que las cosas no se hacen así. Puede suponer un problema —asegura Christian visiblemente molesto.

—No lo será. Es española, se llama Lisa y ni siquiera sabe quién es Chloé. Marcus y yo hemos comprobado las entradas que ha hecho con el portátil hace un momento y son todas a Wikipedia y You Tube para averiguar cosas de ella.

—Odio no tener el control de las cosas. ¡Ya lo sabes!

—Y tú sabes que no suelo equivocarme con la gente.

—Tener buen ojo no te exime de cumplir las reglas. Joder Antoine, ¡esta vez te has pasado!

—Te gustará. Lo sé —dice en tono conciliador.

—Hablares el jueves cuando vuelva y concretaremos el seguimiento. Quiero empezar este mismo fin de semana. ¿Va a salir de casa?

—En principio tendrá casi todos los fines de semana libres y supongo que los viernes volverá a París. Creo que tiene una relación allí.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero sé que está enrollada con la directora de la agencia.

—¿Cómo sabes eso?

—Intuición.

—¡Eres un cotilla! Límitate a vigilarla y no te fíes de ella.

—¿Estás enfadado?

—¡Ya sabes que sí!

—Te va a sonar raro, pero sé que este es su sitio. Encaja perfectamente aquí. Es su destino.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? ¿Desde cuándo se te pegan las supersticiones de Chloé? Vamos a dejarlo... ya hablaremos de esto el jueves cuando llegue. Pásame a Marcus, necesito que prepare un plan de seguimiento durante el fin de semana. ¡Quiero saber hasta lo que ha desayunado! Y no hagas nada más sin consultármelo, ¿entendido?

—Entendido —accede Antoine sonriendo porque se ha salido con la suya.

Un intenso dolor en el costado me despertó con las primeras luces del día.

Al llevarme la mano, caí en la cuenta de que me había quedado dormida sobre los libros y se me estaban clavando por toda la espalda. A duras penas conseguí incorporarme. Aturdida y cansada, lo más sensato hubiera sido dormir un poco más, pero tenía muchas ganas de salir a correr.

El jardín era un festival de flores y colores perfectamente acompasados y equilibrados. Había multitud de plantas y árboles pulcramente podados, algunos de ellos frutales. Los albaricoques se contaban por decenas y me pregunté si Marie hacía mermelada con toda aquella fruta. Jean—Marc era un borde, pero era obvio que hacía un trabajo excepcional.

Aunque solo quedaban tres semanas para que el verano fuera oficial, el calor había llegado para quedarse.

A las ocho en punto, sonó la alarma del cronómetro interrumpiendo momentáneamente la canción de Eminem “*Not afraid*” y aún estaba a medio camino. Aceleré el ritmo para poder llegar a la terraza varios minutos después y hacer estiramientos. Le había echado el ojo a los escalones de acceso y eran perfectos tanto para estirar como para hacer abdominales y flexiones.

Entre el running y la ducha templada, mi cuerpo se reactivó y olvidé la falta de sueño que, a buen seguro, me pasaría factura durante la tarde. Sobre las 8:40 llegué a la cocina justo cuando Marie se disponía a entrar desde el jardín.

<¡Por fin me cruzo con alguien!>

—Buenos días Lisa. ¿Qué tal has dormido?

—Mas bien poco, pero ir a correr me ha sentado genial. ¡Qué maravilla! Aire limpio y vistas espectaculares. Ni en mis mejores sueños podía imaginar un sitio así.

—Esta noche dormirás como un tronco, te lo aseguro. ¿Qué desayunas?

Sonreí al escuchar su pregunta, porque cada vez que le contaba a alguien todo lo que desayunaba, se quedaba de piedra. Monique había sido la última.

—¿Prometes no reírte?

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunta arqueando las cejas.

—Ahí va: zumo de naranja y un croissant de mantequilla de primero y una rebanada de pan tostado a la que le añado tomate untado, un chorrito de aceite de oliva y un par de lonchas de jamón dulce de segundo. Para acabar, me tomo un café con leche.

—Tengo que hablar seriamente con Antoine, ¡eres una ruina! —exclama riéndose.

No le faltaba razón. Por la mañana y a la hora de comer era una verdadera

lima, sin embargo, por la noche podía pasar con una ensalada o una sopa calentita.

—¿Cuánto rato has ido a correr?

—Suelo estar entre cuarenta y cinco minutos y una hora. Depende del día.

—Ahora entiendo porque comes tanto. ¡Lo quemas todo! De todas formas, se ve que eres de buen comer; ayer dejaste el plato limpio y eso me gusta.

—No fue difícil, estaba todo buenísimo. ¿Desayunas conmigo?

—He desayunado en casa con Pierre y Jean—Marc. Ven, te enseñaré donde está todo para que lo puedas encontrar con facilidad. El desayuno es la única comida del día que cada uno se prepara individualmente. Incluso Chloé —asegura. Me sorprende ese último comentario, pero no digo nada—. En este armario tengo el aceite y varias clases de vinagre.

—¿Aceite italiano? ¿En serio? —pregunto ofendida al ver la etiqueta.

—Es uno de los mejores —se excusa.

—Es inaceptable que en una casa donde vive un español, el aceite de oliva sea italiano —me mofo—. El aceite de mi pueblo se hace con una oliva muy pequeña que se llama Arbequina y es uno de los mejores de toda la comarca.

—No me gustan los que son muy ácidos.

—0.2

—Entonces habrá que probarlo.

—Pues no se hable más. ¡Yo me encargo!

El siguiente armario que abrió parecía un lineal de supermercado. Diferentes variedades de cereales, multitud de galletas y un buen surtido de chocolates, todos ellos colocados con precisión milimétrica.

—También somos golosos —asegura mirando alternativamente al interior del armario y a mí por la cara de alucinada que debo tener—. La bollería la trae el panadero del pueblo junto con el pan cada mañana, que por cierto, hoy llega con retraso —dice mirando por la ventana que da al jardín—. En este armario guardo el tostador y el exprimidor, pero lo siento, hoy no tengo naranjas que ofrecerte. Normalmente nadie toma zumo —se excusa.

—No te preocupes, me las apañaré.

El tostador estaba reluciente, lo que indicaba no lo usaban demasiado, algo que estaba a punto de cambiar. Mientras Marie lo sacaba del armario, corté una rebanada de pan del día anterior y la miré preguntándole si cortaba una para ella. A pesar de que me había dicho que ya había desayunado, accedió con gesto dubitativo. Tras un par de minutos, saltaron del tostador sobresaltándola mientras lavaba y cortaba judías verdes para hacer una

ensalada. Las saqué con cuidado, las monté con todos los ingredientes y le pasé uno de los platos por encima de la encimera.

—¡Buenísima! —exclama tras darle un primer mordisco.

—Allí tenemos una variedad de tomate que es exclusivamente para untar el pan. Es un tomate pequeño, con mucha carne que deja el pan completamente impregnado. ¿Un cappuccino?

—Mejor te ayudo con eso —dice al recordar lo mal que me apaño con la cafetera.

—No suelo tomar cappuccino, pero el que hiciste ayer para Antoine tenía tan buena pinta, que me apetece probarlo y de paso, aprendo. No quiero volver a hacer el ridículo —me río mientras me dirijo al armario donde están las cápsulas y saco las de Fortissio para entregárselas.

—Es más sencillo de lo que parece, pero hay cuatro reglas básicas: la leche es mejor que esté fría, siempre debes utilizar la jarra de acero inoxidable y por último, no introducir hasta el fondo el tubo ni ponerlo en el centro. Lo mejor es introducirlo un par de centímetros e ir moviéndolo para unificar la textura. Tiene que quedar consistente. Lo que buscamos es que las burbujitas sean pequeñas, porque las grandes enseguida se evaporan.

—Son tres pasos, me falta uno —observo levantando el dedo índice.

—El último es dar unos pequeños golpecitos en la base para estabilizar la espuma y que quede muy cremosa.

—¡Tiene una pinta estupenda!

—¿Qué te ha parecido la finca? —pregunta mientras prepara uno para ella.

—Acostumbrada a correr junto al mar, estos meses en París han sido un poco estresantes, pero aquí es todo precioso. Tu marido hace un trabajo increíble.

—A pesar de que a veces resulta duro por la climatología, le apasiona su trabajo. Cuando cae el invierno y la nieve cubre todo el jardín, se levanta cada mañana antes que nadie para hacer un camino entre nuestra casa y esta. Luego me acompaña para evitar que me caiga y se pone a limpiar los arbustos más delicados para evitar que se hielan antes de preparar el desayuno para Pierre. Me gusta observarlo desde la ventana. ¿Has dicho que vives junto al mar?

<Es un tío atento después de todo>

—Lo que se dice en primera línea.

—Debe ser bonito levantarse por las mañanas y poder contemplarlo.

—Sin contar la luz del sol, es lo que más echo de menos desde que llegué. No estoy acostumbrada a vivir entre la infinita escala de grises que hay aquí.

Me van mucho más los azules —aseguro sonriendo. Le doy el primer sorbo a mi cappuccino y está delicioso.

—A pesar de ser una ciudad preciosa, París puede ser muy agobiante si no logras acostumbrarte. Yo tampoco lo echo de meno; me encanta vivir aquí.

De pronto, Pierre apareció en la cocina como un huracán. Llevaba puesto el uniforme del colegio con su nombre bordado en el pecho.

—Hola Mamá. Hola Lisa.

—Hola cariño —lo saluda dándole un achuchón.

—¿Preparado para ir al colegio? —pregunto cuando deshacen su abrazo.

—¿A ti te gustaba ir al colegio cuándo eras pequeña?

—Claro que sí. Me gustaba hacer fichas, colorear, pero sobre todo, me encantaba jugar en el recreo con mis dos amigas, amigas que aún conservo.

—¿Tienes amigos de cuando eras pequeña? ¡Pero tú eres muy grande! —dice arrugando la frente.

—Sí, soy un poco mayor y...

—Y guapa —añade no dejándome acabar la frase.

<Un niño de cinco años consigue que me ponga roja como un tomate. No tengo remedio>

—Gracias por el cumplido hombrecito —digo mirando de reojo a su padre que nos observa impasible desde la puerta.

—Tengo novia, ¿sabes?

—¡Desembucha! —le ordeno mientras Marie nos mira conteniendo la risa.

—Se llama Coline, tiene el pelo amarillo y se ríe todo el rato. Cada vez que lo hace, nos hace reír a todos porque le faltan estos dos dientes —dice señalando los incisivos centrales y arrugando la nariz. Está súper gracioso.

—Si os hace reír a todos, seguro que es muy simpática.

—La maestra la llama Payasito y ella se parte de la risa cada vez que se lo dice.

—Se está haciendo tarde —ruge Jean—Marc.

Tras despedirnos, Marie y yo observamos cómo se alejaban de la mano mientras aparecía en nuestro campo de visión una furgoneta.

—¡El panadero! ¡Por fin!

Un hombre de complexión ancha y mediana edad, se bajó y dio los buenos días desde el umbral de la puerta de la cocina. Marie se aproximó con una bolsa de tela para meter el pan y me hizo un gesto para que me acercara.

—Gilles, te presento a Lisa. Ayer empezó a trabajar con nosotros.

—Bienvenida Lisa.

—Encantada —digo estrechándole la mano. Después se vuelve hacia Marie y le resume el pedido.

—Un pan de pueblo, una baguette para el bocadillo de Jean—Marc, siete croissants de mantequilla y otros tantos de chocolate.

—Esta noche no quedará nada —reconoce ella con expresión divertida.

—Yo pondré mi granito de arena para que así sea.

—¡Así me gusta chicas! Tengo que seguir ganándome la vida —asegura satisfecho mientras se dirige hacia su furgoneta. Antes de subir, levanta la mano a modo de despedida pero sin girarse.

—¿Con o sin chocolate? —pregunta Marie.

—Con, por supuesto.

Marie me pasó la bolsa y nada más abrirla, el aroma del chocolate y la mantequilla me dejaron hipnotizada, pero nada comparado con el intenso sabor del primer mordisco.

<Me cuesta admitirlo, pero es incluso mejor que el de Croisette>. Miro el reloj de reojo y doy un respingo que asusta a Marie.

—¡Me voy! ¡No puedo llegar tarde mi primer día!

—Pero mujer, acábate el croissant.

—¡Me lo termino de camino! —grito saliendo a toda pastilla de la cocina con la boca llena. Bajo las escaleras corriendo y llego al pasillo del sótano en un santiamén.

<Tengo el tiempo justo para darme una ducha y cepillarme los dientes. ¡Joder! Mañana voy a tener que controlar mejor el tiempo>

Aunque apurada, llegué a tiempo y lo primero que hice, fue buscar un enchufe para mi altavoz. Planchar sin música es como ir a una discoteca y que solo pongan lentas. Junto a la tabla de planchar había varios disponibles, así que mi primera necesidad, estaba cubierta. Lo segundo era aprender a utilizar las lavadoras y la secadora. Había un montón de botones, pero con lo que había leído la noche anterior y un poco de práctica, tendría que ser suficiente para manejarme con ellas. Esperé durante un rato que alguien me trajera ropa y cuando me cansé de esperar, volví a mi habitación y saqué un par de tejanos, unas camisetas y una camisa de la maleta y los lavé.

Después probé la secadora. Con el programa más corto, los tejanos salieron demasiado mojados, así que los lavé de nuevo para probar más tarde con otro programa algo más largo. Las camisetas salieron bien a la primera así que encendí el centro de planchado mientras veía girar mis tejanos dentro del tambor por segunda vez. La plancha, aunque pequeña, era algo pesada, pero



me encantó su manejo y el resultado sobre la ropa: quitaba las arrugas en una sola pasada. Como la camisa no admitía secadora, estrené el tendedero y mientras colocaba la última pinza, me pregunté a qué hora pasarían las chicas de la limpieza con la ropa de hogar, puesto que al no estar Chloé, no esperaba tener ropa de ella. Pasadas las diez, ante la duda de si vendrían o no, decidí seguir con las pruebas y fui en busca de Marie.

—Llénala por favor. Necesito practicar —digo dándole una de las cestas de mimbre que había comprado con Antoine el día anterior.

—No puedo Lisa, esto no forma parte de tus tareas.

—¡Por favor! —suplico juntando las palmas de las manos. La sola idea de no poder trabajar en mi primer día, me pone de los nervios—. Llegaré el jueves y no sabré como usar las máquinas. ¿Te imaginas que estropee una de sus prendas favoritas en mi primera semana?

—Está bien, te la bajaré dentro de un rato —termina accediendo. Yo me pongo contentísima y vuelvo abajo esperando que no se retrase mucho. Al fondo del pasillo veo a Antoine acompañado de una chica negra, alta y esbelta. Lleva el cabello recogido en un moño y viste americana con una falda en color azul marino. Junto al pecho, lleva una carpeta.

—Hola Lisa, te estábamos buscando.

—Disculpad, había olvidado comentarle algo a Marie.

—Te presento a Nathalie, es la responsable del equipo de limpieza.

—Bienvenida Lisa —dice en tono serio. Tiene la piel de un intenso color caoba y unos ojos negros que quitan el aliento. Me alarga la mano y la estrecho con fuerza. Es muy guapa.

—Encantada —respondo con un nudo en la garganta porque recuerdo el comentario de Monique.

<Es guapa, pero no la estoy mirando de un modo diferente, ¿no? ¿O sí?>

—Nathalie viene con su equipo todos los días de 8:30 a 12:00.

—Las toallas las cambiamos cada día y las sábanas las sustituimos en días alternos.

—Lo recordaré.

—Dentro de un rato volveré con el resto del equipo para presentártelo. Hoy te bajaremos la ropa algo más tarde porque Antoine me ha dicho que te estabas poniendo al día con las máquinas. Por lo general, entre las nueve y las nueve y media, dejaremos toda la ropa en la lavandería. Entre tanto, si tienes cualquier duda, estaré por aquí.

Agradecí sus indicaciones antes de que se fuera y me quedé a solas con

Antoine en medio del pasillo.

—¿Cómo te va el día?

—¡Estupendo! He empezado a hacer pruebas con mi ropa para poder practicar, pero necesitaría más prendas para familiarizarme con todo tipo de tejidos. ¿Puedes pasarme algo?

—Lavar y planchar nuestra ropa no forma parte de tus tareas, ya te lo dije.

—Lo sé, pero tengo que practicar todo lo que pueda antes de que llegue la jefa. Lavar toallas y sábanas no tiene ningún misterio.

—Por más que insista no vas a dar tu brazo a torcer, ¿verdad?

<Me ha calado> pienso mientras niego con la cabeza y sonrío abiertamente.

—Luego me paso, creo que tengo un par de camisas que justamente quería llevar esta tarde a la tintorería.

—El pijama, ropa interior, todo lo que tengas me sirve.

Nada más decirlo, me arrepentí. Pedirle la ropa interior al jefe era un poco atrevido, sobre todo teniendo en cuenta que solo hacía dos días que nos conocíamos. Como no podía ser de otro modo, me puse roja. Giré sobre los talones y me dirigí a la lavandería.

Pasadas las once, Mia y Camille me bajaron una buena pila de toallas. Eran dos de las seis chicas que Nathalie me había presentado un rato antes. El resto se llamaban, Emma, Zoe, Anaïs y Maelys, que parecía la más joven de todas. Me indicaron que debía dejar la ropa limpia en un gran armario que había al fondo de la lavandería y ellas irían cogiendo de allí todo lo necesario para los cambios diarios.

Marie estaba llevando los platos a la mesa cuando subí para comer. Sobre la encimera quedaban los vasos y los cubiertos y sin decir nada, los cogí y los llevé hasta el comedor bajo la atenta mirada de Antoine que parecía advertirme. Nada más verme, Marie me regañó.

—Va un poco a su bola. A mí tampoco me hace caso —dice él encogiéndose de hombros.

—Anda, siéntate —me ordena justo cuando su hijo y su marido entran en el comedor.

A diferencia de su padre, el pequeño saludó a todos con una gran sonrisa. Tras ellos, apareció un hombre alto de rasgos indios con el cabello largo y canoso recogido en una coleta al que todos saludaron como Claude. Inmediatamente caí en la cuenta que era el nombre al que se había referido Antoine como el cuidador de los caballos. Teniendo en cuenta las arrugas del

cuello y la cara, calculé que debía rondar los cincuenta y cinco años. Me encantaba calcular la edad de los demás y solía tener buen ojo para ello, menos en aquella ocasión, porque pocos días después supe que acababa de cumplir sesenta y uno. Me acerqué para saludarlo justo cuando buscaba mi mirada.

—No has ve—ni—do a visi—tarme —dice con seriedad mientras me estrecha la mano. Su tartamudez le obliga a estar concentrado mientras habla.

—Discúlpame, se me ha echado el tiempo encima, pero prometo ir mañana —le aseguro con la mejor de mis sonrisas.

—E—spe—raré a mañ—ana entonce—s. Bienve—nida Lisa.

—Gracias Claude.

No era un hombre muy hablador, pero tan solo me bastó aquella hora en la que todos nos sentábamos alrededor de una mesa, para ver que lo respetaban muchísimo (incluso Jean—Marc).

Después de comer tuve un poco de morriña, pero lo solucioné dando caña a los altavoces y poniendo música que me hiciera bailar. A medida que iba planchando, colgaba la ropa en el burro para que se fuera enfriando y una vez fría, la doblaba en la mesa para que no quedaran pliegues y la iba metiendo en las cestas para repartirla, excepto las camisas, que mantuve colgadas en el burro.

Acabé casi a las 18:00, una hora más tarde de mi horario, pero me no me importó porque estaba satisfecha con el resultado. Tenía preparadas tres cestas: dos para Marie y una para Antoine. Había lavado y planchado todas las toallas y las había ido dejando en el armario tal como me habían indicado las chicas de Nathalie.

<¡Buen trabajo> me felicito.

Me acerqué hasta la habitación de Antoine y llamé varias veces, pero no estaba, así que dejé la cesta frente a su puerta y uno de los burros con las camisas.

Mientras subía las escaleras, contemplé con pesar la pequeña ropa de Pierre. Había sido duro lavar y planchar sus prendas y por un momento, tuve la sensación de que las fuerzas me abandonaban. Marie no estaba en la cocina, así que me acerqué hasta la casita de madera.

—¡Hola Lisa!

—Aquí tienes —digo entregándole las cestas.

—¡Qué olor a limpio! ¡Es una maravilla! Si te soy sincera, detesto hacer la colada, pero si hay algo que odio, es planchar. Anda pasa, acabo de meter

cuatro cosas en el lavavajillas y te acompaño de vuelta a casa para terminar de preparar la cena.

—A mí me encanta planchar. Es la única tarea del hogar que me relaja —aseguro mientras cierro la puerta tras de mí. Por dentro, la casa es toda de madera y es muy acogedora. Hay juguetes de Pierre por el suelo y recojo uno para mirarlo. Es un dinosaurio articulado de plástico. Marie desaparece por una de las puertas que dan al salón, que hace de distribuidor. Lo que más me llama la atención, es una bonita chimenea de piedra.

—¿En serio? A mí me aburre muchísimo —dice apareciendo de nuevo.

—Es de las pocas tareas que nadie te pregunta si has tardado mucho o poco si el resultado es bueno.

—¡Cierto! ¿Cuándo te las devuelvo? —dice refiriéndose a las cestas.

—Cuando las vuelvas a tener llenas, que espero sea mañana mismo.

—Antoine no va a estar de acuerdo.

—A él también se lo he pedido.

—¿Ha aceptado? —está sorprendida y me hace gracia la expresión de su rostro cuando me mira atónita.

—A regañadientes, pero no ha sido muy difícil convencerlo —digo con confianza. Mi habilidad de persuasión funciona bastante bien con él. Cuando le guiño el ojo con complicidad, se ríe abiertamente.

—En cuanto vuelva Chloé, tendrás mucho más trabajo.

—¿Y eso por qué?

—Por sus eventos, porque se cambia de ropa varias veces al día... ¡qué se yo! pero te garantizo que lo tendrás.

—Me las apañaré, no te preocupes. Tengo curiosidad por saber cómo es. He visto varias entrevistas y parece una persona distante e inaccesible.

—Os llevareis bien.

—Te veo muy convencida —aseguro vacilante.

—Es una de las mejores personas que conozco. No hagas mucho caso de lo que puedas ver en Internet. Hay mucha fachada y un sinfín de mentiras sobre ella. Ya estoy lista, ¿nos vamos? —pregunta encaminándose hacia la puerta.

—Cocinar sí que es complicado —opino retomando la conversación de nuestras respectivas tareas—. Hice algún curso de cocina y la parte que me resultaba más difícil, era la de cocinar para más de cuatro personas. No he conseguido dominar el tema de las raciones. O no llego, o me paso.

—Es cierto que a veces cocinar puede resultar un poco estresante, pero me encanta. Cuando estoy aquí —dice entrando en la cocina —estoy en mi hábitat.

—¿Con que nos vas a deleitar esta noche?

—Tomates rellenos de cuscús y lubina al horno.

—Y Mme Bondue preocupada por si como bien —aseguro riéndome encantada con el menú.

—¿Quién es?

—Mi vecina de París. Tiene más de ochenta años, pero conserva una vitalidad y un humor envidiable. La he adoptado.

—¿Ah sí?

—Como no tengo abuela, ¡me he agenciado una! Es una mujer adorable. ¡Nos vemos luego!

De camino a mi habitación, pensaba en Chloé y en si nos llevaríamos tan bien como aseguraba Marie. Al final de las escaleras, me crucé con Antoine.

—Gracias.

—De nada —sé que se refiere a la cesta.

—Creo que nunca había tenido unas camisas tan bien planchadas y ese olor...increíble ¿Cómo lo consigues?

—Se llama suavizante —le vacilo subiendo la ceja—. No me he atrevido a pedirle a Marcus su ropa, ¿crees que podríamos preguntarle?

—No —dice tajante. Con la de Marie y la mía, tienes más que suficiente.

—¿Cómo lo has sabido?

—Elemental querido Watson: había ropa de Pierre girando en la lavadora.

—Claro. Necesito practicar y Marcus parece muy liado. Él me ayuda y yo a él.

—En cuanto vuelva Chloé, se acabó hacer la colada para los demás, ¿entendido? —dice a regañadientes consciente de que he vuelto a ganarle la partida.

Asentí a sabiendas que no iba a hacerle caso e intuí que él lo sabía. Me acompañó a La Guarida y Marcus accedió a facilitarme algunas camisas que él mismo dejó en la lavandería tras finalizar su turno.

Los trajes de Antoine, Marcus y Christian, debían seguir llevándose a la tintorería y eso me recordó su encargo de buscar una nueva. Sabía cuál era la más apropiada, el único problema era que estaba en París.

Después de cenar fui a dar un paseo por el jardín. Había luna llena y a pesar de su intensa luz, se podían ver millones de estrellas. Era una noche preciosa y se apreciaban con claridad muchas de las Constelaciones que conocía y otras que fui aprendiendo con el tiempo, puesto que después de aquella noche, salir a pasear antes de irme a dormir, se convirtió en un hábito.

A falta de sexo nocturno (sí, reconozco que lo echaba de menos), era lo que más me gustaba y una manera de encontrar la paz que necesitaba antes de irme a la cama y enfrentarme con mis pesadillas. Pensar en sexo me recordó que tenía una cita.

—*He sobrevivido a mi segundo día. ¿Skype?* —escribo antes de darle al botón de enviar tumbada sobre la cama. Mientras espero la contestación de Monique, ojeo música para distraerme del cansancio que siento.

Me desperté a las siete, justo cuando el despertador aporreó mis tímpanos sin contemplaciones. En un primer momento no sabía ni dónde estaba y tardé varios segundos en comprender que estaba en mi nueva habitación. Tras apagar a duras penas la alarma del móvil, vi que tenía seis mensajes de Monique. Me había quedado dormida antes de poder verlos.

<¡Joder! ¡Soy un puto desastre! La llamaré>

—*Hola* —contesta con voz adormilada.

—*Buenos días preciosa. ¿Aún estás en la cama?*

—*No hace ni tres minutos que me ha sonado el despertador.*

—*Siento no haber contestado a tus mensajes. Me quedé dormida.*

—*No te preocupes. ¿Todo bien en el trabajo?*

—*Me estoy adaptando rápido, todos son muy majos.*

—*Me alegro, pero no gastes todas tus fuerzas, reserva algunas para el fin de semana. ¿Vendrás?* —pregunta dudando.

—*Claro que sí. Antoine me ha dicho que tendré muchos fines de semana libres.*

—*¿Muchos?*

—*Quizás tenga que trabajar alguno, pero no será lo habitual.*

—*Como no te deje venir el fin de semana, iré a buscarte y te secuestraré.*

—*Suena muy romántico.*

—*Lo que se me pasa por la cabeza cuando pienso en ti no es nada romántico.*

—*Eres una libertina empedernida. ¿Qué planes tiene hoy la mujer más guapa de París?*

—*Los de la oficina han quedado para cenar y tomar algo. No sé qué hacer.*

—*Muy fácil: sal y diviértete.*

—*No tengo muchas ganas.*

—*Es una orden, ¿de acuerdo?*

—*Sííí* —accede tras varios segundos.

—¿Qué tal tú?

—Estamos notando un ligero incremento en las solicitudes, así que estoy pensando en contratar a alguien más.

—Eso son buenas noticias.

—Supongo que sí. Mañana por la tarde iré a casa de mi abuela sobre las siete. ¿Por qué no me llamas y hablas con ella? Le hará ilusión.

—Por supuesto. ¿Cómo lo lleva?

—Aún no he podido pasar por su casa, pero hablé ayer con ella y está contenta. Le he enviado varias plantas para que estos días tenga más trabajo. Cuando llamé a la floristería, les dije que quería tres tipos de plantas que necesitaran “cuidados intensivos”. El hombre que me atendió, se echó a reír y me dijo que era un encargo muy singular.

—¡Buena idea! Esas plantas la mantendrán ocupada.

—Me encantaría seguir hablando, pero tengo una reunión a primera hora.

—No estaría bien que la jefa llegara tarde —me cachondeo—. Hasta el viernes guapa.

Cronometré treinta minutos de running, diez de estiramientos y me reservé otros veinte para no faltar a mi promesa de visitar a Claude.

—¡Buenos días!

—Bue—nos di—as Lisa. Te—te esta—taba espe—esper—rando.

—¿Ah sí? —digo mientras pienso si a los tartamudos hay que hablarles de forma diferente.

<¡Seré gilipollas! ¡¿Cómo se les va a hablar diferente?!>

—Hay que dar—dar—les de co—co—mer. A—noc—he me—me dijist—e que tete gus—tan los ca—ca—ballos. Me ayuda—rás. Cog—e es—sse far—do de al—al—falfa —dice señalándolo. Tiene unas cinchas y ambos lo cogemos por los extremos, pero aún así, es una carga muy pesada para una sola persona.

—¿Sueles acarrearlo tú solo? —pregunto con incredulidad.

—Lo a—rra—rra—stro con e—ss—te pin—cho —dice señalando una especie de garfio.

Nos adentramos en la cuadra con el fardo y observé que había cuatro recintos, que resultaron llamarse box según me explicó.

El primer caballo, de color marrón avellana y de imponente altura, se llamaba Vixe. Me acerqué ofreciéndole la mano por encima de la portezuela para que pudiera olerme, pero no conseguí ni siquiera que se acercara. En el

siguiente box había una yegua beige y su nombre era Sable. El nombre le venía de perlas, porque era del mismo color que la arena de playa. Con el siguiente caballo, llamado Bodus, no tuve más suerte y también me ignoró por completo. Su envergadura era mayor que la de los demás y tenía una preciosa crin de color negro azabache.

—Te presento a Etoile —dice sin tartamudear al llegar al último box.

De color blanco y manchas marrones similar a los que montan los indios en las películas del oeste, era más bien menuda, pero con rasgos y proporciones muy equilibradas que hicieron que me encandilara de ella desde el primer momento.

—Encantada Etoile. No me dejes mal, por favor —le ruego poniendo cara de pena mientras Claude se ríe a mi espalda. Como con los anteriores, alargo la mano para intentar que se acerque y sin pensarlo, me pongo a hablar con ella como si la conociera de toda la vida—. Así que tú eres la estrella de la cuadra. Sin duda, la más bonita e inteligente. Te propongo un trato: si te acercas, te daré una zanahoria bien grande y crujiente—. Lo digo en castellano y cuando reparo en que lo estoy haciendo en mi propio idioma, me giro para mirar a Claude que me observa con curiosidad.

—Es un—a ye—g—gua muy int—teli—gent—te, a mí si—si—empre me —me sor—prre—nde —confiesa.

De repente, vi una expresión de sorpresa en su rostro justo al mismo tiempo que notaba el sonido de la respiración de Etoile tras de mí. Me giré despacio mientras me olisqueaba la cabeza y alargué lentamente la mano para acariciarle el cuello. Se la veía relajada y cuando pensaba que la magia de ese primer encuentro duraría toda la vida, levantó la mirada en dirección a Claude y se dio media vuelta para volver al fondo del box. Fue tan solo un instante, breve, pero emocionante.

—Nun—ca he—he vist—o a Etoile a—cer—car—se a—a—algui—en la prim—me—mera vez.

—Es preciosa, creo que es la yegua más bonita que he visto en mi vida. ¿Tienes una zanahoria? Se lo he prometido...

Claude me dio una zanahoria con una pinta buenísima, pero cuando se la ofrecí, me miró impasible y no hizo ni el más mínimo gesto por acercarse.

—Cre—o que te—te man—da un me—men—s—saje.

—¿Cuál? —pregunto completamente decepcionada.

—Se ha a—acer—ca—ca—do po—por—que ha que—que—rido, no por —que le ha—y—yas o—fre—ci—do una za—zana—horia.



<Chica lista. Me gusta>

Me despedí de todos ellos sabiendo que aquella sería la primera de muchas otras visitas.

Marie me pidió que me sentara nada más poner los pies en la cocina. Había preparado zumo de naranja, café y un par de tostadas con tomate y jamón dulce.

—¡No! ¡No debes prepararme el desayuno! —exclamo contrariada.

—A partir de ahora, voy a desayunar contigo un par de días a la semana. Me gusta tu menú. Si no te importa, claro.

—Me importa si me lo preparas. Haces la comida y la cena, por lo menos deja que yo prepare el desayuno. Será un placer hacerlo para las dos.

—Si lo hago yo, ganas un poco de tiempo.

—Me levantaré antes si hace falta, pero deja que yo lo prepare. Por favor —suplico. Obviamente le gusta preocuparse por los demás y aunque solo hace tres días que la conozco, siento que hemos hecho buenas migas.

El zumo de naranja estaba delicioso, dulce y con el porcentaje de pulpa perfecto.

—Está buenísimo. ¿Dónde has conseguido las naranjas?

—Yo pido y el frutero busca. No tengo ni idea, pero espero que sean españolas —dice sacándome la lengua aludiendo al asunto del aceite.

—Esta noche hago el pedido sin falta.

Mi paso por las cuerdas me había retrasado más de lo esperado, así que devoré con rapidez el desayuno y me despedí de Marie que se quedó mirándome sin entender cómo podía comer tan rápido.

El día anterior había sido solo un espejismo de la realidad, porque al poner un pie en la lavandería, me di cuenta de que las chicas de la limpieza ya habían pasado por allí y me habían dejado una buena pila de ropa. Me puse manos a la obra sin pensarlo y un par de horas más tarde, recibí la visita de Marie, que venía cargada con las dos cestas vacías y una bolsa llena de ropa.

—No he querido usarlas para poner la ropa sucia.

—No te preocupes por eso, son desenfundables.

—¿Un poco de agua? —dice sacando un botellín de uno de los bolsillos de su chaquetilla de cocina.

—¡Oh, genial! Hoy hace un calor horrible. Por cierto, siento las prisas de esta mañana. Todavía no controlo bien los tiempos, pero mañana prometo desayunar contigo sin prisas.

—Más te vale, sino compraré chopped en vez de jamón.

—¿Cómo sabes que no me gusta el chopped?

—Lo he imaginado —se cachondea.

Camille bajó minutos más tarde con las cortinas de la habitación de Chloé. Eran cuatro secciones y decidí lavarlas por separado para evitar que se arrugaran. Antes de subir a comer, recogí la tercera sección y dejé la cuarta programada para que finalizara justo cuando volviera a bajar. La gran mesa que había en la lavandería me fue de perlas para dejarlas bien extendidas y evitar que se arrugaran antes de poder colgarlas. Antoine me ayudó con ese cometido dado que después de comer ni Víctor ni las chicas trabajaban. La habitación volvió a sorprenderme por sus dimensiones y por la infinidad de cojines que había en diferentes medidas, texturas y colores.

—¿Cómo voy a lavar todos estos cojines y casarlos después en sus respectivas fundas?

—Suerte con eso —ríe Antoine—. Ahí tienes trabajo, te lo aseguro. Solo te diré que tuve que alquilar una furgoneta la última vez que los llevamos a limpiar y de eso no hará más de un par de meses.

—Me quedo un rato para ver si encuentro una manera de hacerlo.

—De acuerdo. Nos vemos en la cena.

Trasteándolos un un rato, di con la solución. Bajé a la lavandería, cogí un indeleble y volví a subir. Marqué cada cojín con un número y la funda del revés con el mismo número. A medida que lo hacía, los iba dejando alineados por orden para que fuera más fácil volver a montarlos una vez estuvieran limpios.

Para cuando regresé a la lavandería cargada con todas las fundas, la colcha de la cama de Chloé estaba dando vueltas en una de las lavadoras y en poco rato, lo iban a hacer también os cojines. Caía la tarde y la luz exterior con ella.

<La llamaré zulo>

Aunque la habitación estaba bien iluminada, llamarla lavandería era demasiado aburrido. Y largo.

En el Ipod sonaba “*Embrujada*” de Tino Casal. Bailar no solo me distraía y hacía mucho más amena una tarea que de por sí me gustaba, también me ayudaba a no estar en la misma postura durante mucho rato y con ello, evité los dolores de espalda durante algún tiempo.

De pequeña me pasaba el día bailando por toda la casa y mi madre, consciente de que me gustaba muchísimo, me llevó a la academia del pueblo. Yo tenía once años. Cuando entramos y vi a todas aquellas chicas y chicos

esbeltos y delicados en la forma de moverse, me quedé prendada de la sensualidad que desprendían sus movimientos y durante unos minutos, fue el día más feliz de mi vida, justo los minutos que tardé en ver el rostro compungido de mi madre al saber que no podía pagar aquellas clases. Para no tener que enfrentarme a su frustración, nunca más volví a bailar delante de ella. Clara, por contra, era incapaz de bailar al ritmo de una coreografía, sin embargo, estaba dotada con una simpatía fresca y espontánea capaz de amenizar cualquier momento, sobre todo, si sacaba a relucir su repertorio de chistes.

Pasadas las cinco, Pierre me sorprendió con una visita que en poco tiempo se convirtió en algo cotidiano. Bastaba con que pusiera uno de sus piececitos en el zulo, para desbordarlo de alegría. Cuando acababa mis tareas, lo ayudaba con las suyas o simplemente nos entreteníamos con juegos que estimulaban su memoria o su ingenio, como por ejemplo, las parejas o el Tres en Raya, pero si había algo que realmente nos gustaba a los dos, era leer cuentos y montar rompecabezas.

Esa noche, durante la cena, les contó a todos que le había enseñado a contar de 10 en 10 hasta cincuenta —con un truco secreto —dijo intentando guiñar el ojo sin éxito. El truco era simple; consistía en contar con los dedos de su mano. El primer dedo, el más pequeño, se llamaba diez, el segundo: veinte, el tercero: treinta y así hasta cincuenta. Ponerles nombre a los dedos, simplificaba las cosas y las “mates” cuanto más divertidas, mejor.

El jueves hacia las seis, hubo un gran revuelo en la casa y supe que Chloé había llegado. Sin saber por qué, me puse nerviosa y busqué refugio en mi habitación. La imagen de una diva insoportable era todo lo que mi mente proyectaba de ella y ese día no tuve ganas de averiguar si estaba o no en lo cierto. Sabía que escaquearme era un remedio efímero, pero retrasarlo me ayudó a calmar los nervios.

Antoine me había dicho que rara vez comía con ellos, pero si esa noche sucedía, quería causarle buena impresión, así que me puse un vestido de corte Sundress en color verde oliva y cintura beige.

—¿Dónde están los demás? —pregunto algo decepcionada cuando veo que en la cocina solo están Pierre y Marie.

—Antoine cenará con Chloé en el salón y Christian se está poniendo al día con Marcus, así que estamos solos porque Jean—Marc ha preferido irse a casa y se acaba de llevar la cena.

—Pues entonces, esta noche el hombrecito de la casa ¡es Pierre! —

bromeo. Hinchado como un pavo, nos regala una sonrisa de oreja a oreja que hace que olvide por completo mis nervios—. Por cierto, hoy no has venido al zulo a hacer tus tareas.

—He estado con papá recogiendo flores para Chloé.

—¿Ah sí? ¿Cuáles son sus preferidas?

—Las que más le gustan son las rosas de color granate. Siempre se pone muy contenta.

<Así que cuando quiere, es encantador. Vaya, vaya...>

Pierre se tomó tan en serio su papel de hombrecito de la casa, que incluso insistió en servirnos la cena.

—¿Ya la has conocido? —pregunta Marie mientras ayuda a Pierre a servirme arroz salvaje con piñones, setas, pollo y espinacas baby.

—Todavía no.

—Pues entonces no creo que hoy te la presente. Seguramente acabarán tarde.

—¿Tienen mucha confianza?

—Llevan juntos un montón de años. Se conocen bien.

—Es fácil llevarse bien con él. Es un encanto.

—Y con ella. Ya lo verás.

Me quedé absorta mirando los dibujos que Pierre había puesto en el televisor, pero en realidad no los estaba viendo, solo pensaba en el último comentario de Marie. Por alguna razón, Chloé me intimidaba.

—¿Cómo está el arroz? ¿Te gusta?

—¿Perdona?

—El arroz, ¿te gusta?

—¡Ah sí! Disculpa. Está buenísimo. Cuando llegué en enero pensaba que tardaría en acostumbrarme a la comida de aquí, ya sabes, por toda esa fama que tenéis de añadir mantequilla a todos los platos, pero no ha sido así, me encanta.

—Recuerda que me debes una receta.

—¡La tengo! Coca de verduras.

—¿Es como una pizza?

—Se parece, pero no es bien bien una pizza aunque necesitas la misma base. Sobre ella añades pimienta roja, pimienta verde, cebolla y puerro, todo ello previamente sofrito en juliana. Opcionalmente, puedes añadir trozos de salchicha por encima y todo al horno hasta que la masa esté hecha.

—Tiene buena pinta. La prepararé un día de estos. Por cierto, ¿cómo va

nuestro pedido de aceite?

—Hecho. Llegará la semana que viene.

De segundo, teníamos magret de pato cortado a rodajas y bañadas con una salsa de frutos rojos que estaba deliciosa. Marie era muy habladora y era fácil mantener una conversación con ella, pero esa noche, tenía tantas ganas de hablar, que no advirtió que tanto Pierre como yo, habíamos colaborado en recogerlo todo. De vuelta a mi habitación, abrí el portátil y le envié un mensaje a Monique. Teníamos una llamada pendiente.

Entretanto, en La Guarida, se producía una tensa conversación entre Antoine y Christian.

—*Hoy ha llegado el informe que he conseguido a través de mi contacto en España. No es bueno.*

—*¿Cómo que no es bueno?*

—*Lee* —dice Christian tendiéndole el informe. Al cabo de unos segundos, Antoine lo mira inquieto.

—*Ahora entiendo porque en la entrevista me dijo que necesitaba un cambio de aires. ¡Joder! ¿Crees que puede suponer un problema?*

—*No lo sé Antoine, pero te advertí de que te estabas precipitando.*

—*Es una chica estupenda y hace su trabajo mejor que bien. No he visto ni un solo gesto extraño en toda la semana. No está loca, eso te lo puedo asegurar.*

—*Yo no he estado aquí, no puedo opinar.*

—*Pero has estado toda la tarde con Marcus, seguro que él te ha dado la suya.*

—*No ha visto nada extraño aparte de cierta aversión por Jean—Marc.*

—*Ha sido borde con ella desde el primer día, pero todos sabemos que él es así.*

—*Marcus ha seguido de cerca sus entradas a Internet y no ha visto nada raro más allá de buscar información de Chloé. Ha usado Skype con su hermana y no le ha dicho para quien trabaja. De la supuesta relación que me contaste, no ha conseguido averiguar nada; se deben estar comunicando a través del teléfono.*

—*Estoy seguro de que está con Mme Rebattet.*

—*¿Mme Rebattet?*

—*Así se llama la directora de la agencia. Si no se lo ha contado a su hermana, dudo que se lo haya contado a ella. No parece que tengan una relación seria, parece más bien un rollo.*

—*Todo eso me da igual, lo único que sé, es que tenemos que vigilarla y debemos contárselo a la jefa.*

—*Ya sabes cómo es Chloé, no creo que sea lo mejor y además, no es lo que Lisa necesita.*

—*Sigues defendiéndola incluso después de ver el informe. No puedes dar por hecho que no nos dará problemas. Lo siento, pero yo no soy tan optimista como tú.*

—*Me cayó bien desde el momento que la vi en la sala de espera. Confiaba en leer su nombre y que ella se levantara, pero no ocurrió. ¿Sabes que en realidad no estaba allí para hacer la entrevista?*

—*No te entiendo* —le advierte cabreado.

—*Cuando le dije a Mme Rebattet que la había contratado, vi cómo se le contraían los músculos de la cara en un intento por esconder su enfado. Se vio obligada a decirme que había sido un error y que en realidad Lisa no era candidata al puesto, pero en aquella lista, había un nombre tachado y estoy seguro de que era el suyo. Es el destino Christian.*

—*¿Ya estás otra vez con eso?*

—*¿Has visto cómo plancha?* —dice tocándose el cuello de la camisa de cuadros Vichy en tonos granates.

—*¡Siempre consigues salirte con la tuya! Está bien, esperaremos un tiempo antes de contárselo a Chloé, pero te advierto que la estaré vigilando y a la mínima cosa extraña que vea, se irá por donde ha venido y no podrás impedirlo* —sentencia en tono autoritario.

El viernes por la mañana, mientras desayunaba con Marie, Antoine me presentó a Boris, el entrenador personal de Chloé. Tenía el cabello corto y oscuro y llevaba una camiseta ajustada de color blanco que no solo dejaba al descubierto los tatuajes de su brazo derecho, sino también sus enormes músculos. Se le marcaban unos impecables pectorales, que me hicieron imaginar una lograda tabletita debajo. Las extremidades inferiores no tenían nada que envidiar a las superiores: cuádriceps y gemelos bien trabajados y estilizados. Vamos, que el chico tenía un cuerpo diez y además, iba perfectamente depilado.

<¡Ves Monique! También miro tíos>

A medida que la conversación iba avanzando, advertí con fastidio que Boris estaba mucho más interesado en Antoine que en mí. Mi gozo en un pozo: ya no podía contarle a Monique que había ligado con un apuesto entrenador personal. Presumido y algo egocéntrico, se le caía la baba mientras hablaba

con Antoine, así que decidí salir de la conversación y reunirme con Marie al fondo de la cocina. Ambas nos divertimos observándonos, sobre todo viendo como Boris perdía los papeles y le tiraba los trastos sin pudor a Antoine y cómo este se divertía siguiéndole el juego. De vez en cuando me lanzaba una mirada perversa a la que yo correspondía con alguna expresión “churras” y a punto estuve de reírme varias veces; suerte que en el último segundo conseguía contenerme ayudada por los codazos de Marie. Cuando Boris se marchó hacia el Spa, estuvimos varios minutos tronchándonos de la risa.

—Eres tremendo.

—No sé porque lo dices —divaga con gesto divertido.

—Seguro que se ha dado cuenta de que nos estábamos riendo en él.

—No lo creo, estaba demasiado ocupado intentando ligar conmigo.

—Cuando ha empezado a enseñarte los tatuajes, he pensado que en cualquier momento se iba a bajar los pantalones para enseñarte uno en el culo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Y encima os quejáis! ¡Un chico guapo en la cocina enseñando el trasero no es algo que se pueda ver todos los días!

—Visto así.... —ríe—. Para mi gusto, se le nota demasiado.

—Él no necesita ser discreto con su orientación sexual, pero hay gente que no tiene tanta suerte.

Tenía toda la razón. A pesar de que seguía habiendo mucha gente intolerante con el colectivo LGTBI, tenía la impresión de que cada vez estaban más aceptados o ¿acaso era yo la que necesitaba pensar así? Esa reflexión hizo que me planteara nuevamente la pregunta que llevaba haciéndome desde que había conocido a Monique: ¿Formaba parte de ese colectivo? ¿Debía sentirme identificada con la primera letra o con la cuarta? De paso, aproveché para atormentarme un poco más considerando que el comentario de Antoine no había sido casual.

Conocí a Christian a la hora de comer. Era rubio, alto, corte de pelo tipo militar y con unos bonitos ojos azules. Debía medir casi dos metros de alto y sus anchas espaldas lo hacían imponente, más si cabe gracias a su voz grave y poderosa. Si Marcus me había parecido un armario, él lo era aún más. En la mesa se sentó en el sitio que hasta entonces había ocupado Marcus y Claude se sentó a su izquierda. Solo quedaba un sitio libre: el de Chloé. Esperé verla aparecer y ocupar frente a Marie aquella silla vacía, pero no fue así.

La tarde se me hizo interminable. No veía la hora de que fueran las cinco para tomar el autobús de las seis y diez a París. Un anhelo me arrebató todo lo demás: Monique. En unas horas, recorrería su cuerpo con las yemas de mis

dedos y volvería a sentir su calor y su respiración junto a mis labios. Estaba absorta fantaseando con esas imágenes cuando empezaron a sonar las primeras notas de “Vogue”. Era la canción perfecta para volver a la realidad y bailar para olvidar. Mientras planchaba, imité los movimientos de Madonna siendo completamente ajena al hecho de que estaba siendo observada. Me equivoqué varias veces, repetí, me partí de la risa yo sola y durante unos minutos, conseguí apartar a Monique de mi pensamiento.

Chloé había llegado a la puerta del zulo y me observaba. Un rato después, llegó Antoine.

—Es divertida ¿verdad? —opina poniéndose a su lado.

—Loca diría yo. Cantar, obviamente, no es lo suyo.

—Sin embargo, no baila mal.

—Bueno...

—Te cae bien, te estás riendo.

—Cuando anoche me hablaste de ella, no la imaginaba así —dice con la mirada puesta en la coreografía.

—No me gustó nadie más: o muy mayores o demasiado jóvenes, estiradas, aburridas...ella se ha integrado perfectamente en tan solo cuatro días. Entra, te la presentaré.

—¡No! —exclama sobresaltada—. Ahora no, quizás más tarde —propone en tono más tranquilo tratando de apaciguarse a ella misma. Antoine, aunque sorprendido por su reacción, no dice nada y lo achaca al cansancio.

Aquella noche Chloé se unió a la cena con intención de conocerme, pero a esas horas yo estaba en París en brazos de Monique.

—¿Lisa no cena con nosotros?

—A las seis ha tomado un autobús a París.

—¿Tiene el fin de semana libre?

—¿No es lo que habíamos acordado? —pregunta extrañado.

—Sí, sí, claro —asegura fingiendo no darle importancia.



## CAPÍTULO 6

Marie me prestó una bicicleta y con ella me desplazé hasta el pueblo desde donde salía un autobús a París.

Con Stephane habíamos hecho el trayecto en apenas cuarenta minutos, pero en autobús suponía casi una hora y media dada la multitud de paradas que hacía. Si la tarde se me había hecho interminable, el viaje fue aún peor. Tenía ganas de verla, sin embargo, me aboraron toda clase de remordimientos. Conocía el motivo de esos remordimientos, pero me negué a reconocerlo porque me resultaba incómodo admitir que solo pensaba en ella desde un punto de vista carnal.

Al llegar a mi parada, muy cerca de Ópera Garnier, me levanté del asiento para coger mi bolsa e instintivamente miré por la ventana buscándola. Allí estaba, saludándome con esa mirada pícara a la que literalmente me había enganchado. A su lado había un pequeño grupo de chicos que la piropeaban con simpatía, pero ella ni se inmutó; solo tenía ojos para mí e ignoró cada uno de sus cumplidos. Cuando nos reunimos a pie de calle, me dio un beso que me dejó sin respiración. A nuestro lado la gente nos miraba, algunos horrorizados, otros divertidos y otros sin saber que opinar, pero lo cierto es que no dejó a nadie indiferente.

—¡Qué suerte tiene la tía! —oigo como exclaman a mi espalda los chicos que instantes antes la han estado piropeando. Me sonrojo mientras me pregunto si en realidad tengo tanta suerte como ellos dicen.

—Eres una descarada —le susurro al oído.

—Me importa un pito lo que digan. La gente no debería escandalizarse por ver a dos personas besándose. Sean del sexo que sean apuntilla impasible.

<¡Bien dicho!>

Me abrazó por la cintura y nos alejamos caminando hasta mi apartamento. Al llegar al rellano, mencioné las ganas que tenía de saludar a su abuela y me hizo el típico mohín con el que solía salirse con la suya.

—No te enrolles mucho, tengo planes.

—Eres insufrible —me mofó mientras golpeo la puerta con los nudillos. Instantes después, se abre y aparece Mme Bondue ataviada con su habitual bata de boatiné y su tierna sonrisa. Me alarga los brazos y la estrujo notando

como el cariño nos envuelve.

—¡Qué alegría verte hijita!

—La he echado mucho de menos —admito con sinceridad.

—Me dijiste que la cocinera era muy buena, pero ¡estás más delgada!

—Debe ser por culpa de la adaptación. Esta semana ha sido un poco estresante, pero le aseguro que como muy bien.

—Espero que sea así —me advierte con el dedo en alto—. Hola cariño, ¿cómo estás? —pregunta a Monique mientras la achucha y le da tres besos.

—Bien abuela.

—También te ha echado de menos —confiesa Mme Bondue guiñándome un ojo sin dejar de abrazar a su nieta.

—Abuela, eso no se dice, ¡qué luego se lo cree!

—Ya lo sabe, cariño. ¿Os puedo invitar a comer mañana?

—Si hace mi postre favorito no puedo negarme —aseguro mientras noto un pellizco en la espalda.

—Tengo planes abuela —añade rápidamente. Su abuela entristece ligeramente el rostro aunque intenta ocultarlo.

—He echado de menos nuestras veladas —admito poniendo cara de pena. Espero otro pellizco e incluso una patada, pero Monique me mira resignada y accede para no llevarme la contraria.

No sabía qué planes tenía, pero se los acababa de chafar y a decir verdad, no me importaba demasiado porque en pocos minutos tenía intención de compensárselo.

—Os espero mañana a las 12:00.

—Aquí estaremos —aseguro mientras la abrazo de nuevo. Tras el mío, recibe otro de su nieta igual de efusivo.

<Al menos no está tan enfadada como para pagarlo con su abuela>

*¡Pam!* —resonó en el hueco de la escalera justo antes de llegar al rellano de mi apartamento. No pude resistirme a darle una palmada que la sobresaltó, pero no dijo nada. Puse la llave en la cerradura, giré y abrí la puerta despacio, dejándola entrar en primer lugar. Sin quitarle ojo de encima, le insinué mis intenciones. Monique se plantó en el umbral de la puerta del salón y me devolvió esa mirada con la que había estado fantaseado toda la semana. Cerré la puerta apoyando mi espalda contra ella y dejé mi bolsa en el suelo. Permaneció inmóvil bajo el umbral y me acerqué a ella lentamente, como si fuera un gato acechando a su presa. Nuestras bocas se encontraron con violencia mientras sus ardientes manos quemaban cada centímetro de piel que

tocaban, porque la blusa me duró puesta un suspiro. Me ordenó que la desnudara y en cuanto su jersey cayó al suelo, tomé su cuello y la besé despacio, deslizado mis labios hasta su clavícula izquierda para luego seguir avanzando hasta sus pechos. Su piel se erizaba y sus constantes gemidos hacían que me excitara cada vez más.

—Te he echado de menos —susurra caminando hacia atrás acercándose al sofá. Caemos sobre él a trompicones, tropezando con la mesa de centro y nos da la risa.

—Eres tan guapa, que a veces pienso que estoy soñando.

—¿Te he dicho que te he echado de menos? —repite mientras pone sus piernas alrededor de mis caderas. No contesto, en lugar de eso, cubro sus labios con los míos mientras mi mano derecha ya busca perderse entre sus piernas. Una vez dentro de ella, deja de besarme, echa la cabeza hacia atrás y susurra algo que no puedo entender. Está tan húmeda que me dan ganas de comérmela entera y no tarda en romper el silencio de la habitación con un escandaloso gemido que demuestra, una vez más, su falta de timidez cuando se trata de constatar que ha llegado al orgasmo. La paz me envuelve mientras apoyo mi cabeza en su vientre y siento el vaivén de su respiración acelerada en mi mejilla.

Cuando levanté la vista y me chupé los dedos que habían estado dentro de ella con lascivia, sonrió con satisfacción.

—Chica mala.

—He tenido buena maestra —afirmo mientras me arrastro en sentido ascendente por su cuerpo y la beso.

<No podría cansarme nunca de hacer esto contigo>

—Me gustan —digo entregándole sus braguitas de encaje negro—. ¿Son nuevas?

—Sí —contesta en tono enigmático.

—¿Tienes más sorpresas para mí?

—Quizás, pero primero pidamos algo para cenar. El sexo siempre me despierta el apetito.

<¿Y yo qué?>

Necesitaba que apagara el fuego que ardía en mi interior, pero sabía que estaba un poco enfadada y le seguí el juego.

—Yo también tengo hambre, apenas he comido.

—¿Chino, tailandés o pizza?

—Elige tú —digo mientras sigo vistiéndome. He perdido un calcetín y no

logro encontrarlo.

—Tailandés entonces.

Marcó el número del restaurante que había a tan solo unas manzanas de mi apartamento, cuya cocina y servicio eran excelentes.

—En veinte minutos traerán el pedido. Tenemos tiempo.

—¿De qué? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Ya sabes de qué —dice moviendo el dedo índice para que me acerque—. No deberías haberme fastidiado los planes. Quería castigarte, pero no puedo.

—Estar con tu abuela no significa chafarte los planes —deslizo el dedo por el borde del aro de su sujetador y lo levanto.

—¿Crees que puedes abandonarme cinco días y esclavizarme sexualmente todo el fin de semana?

—Eso es exactamente lo que pretendo. El lunes vas a tener agujetas.

—Ni lo sueñes, tendrás que atarme.

—Creo que tengo algo de cuerda por la cocina. Llevo toda la semana pensando en correrme en tu boca y tú en la mía. Algunas noches ha sido difícil conciliar el sueño con esa imagen en mi mente.

—¿Quieres correrte? —susurra mientras traza movimientos con su nariz en mi cuello.

—Sí.

—¡Dímelo! —grita mientras mis caderas han empezado a bailar al ritmo que ella marca.

—¿El qué?

<¡Joder! ¿No puede dejar las preguntitas para otro momento?>

—Dime lo que quieres que te haga.

—Hazme lo que quieras.

—Esa no es la respuesta. Dime lo que quiero oír —me advierte en tono autoritario.

—¡Fóllame!

Dibujó una gran sonrisa en su rostro y tomó mi mandíbula con ansia antes de besarme. Era un gesto que solía hacer cuando tomaba el control y me gustaba que ejerciera ese tipo de fuerza sobre mí. Se estaba deshaciendo de nuevo de mi ropa interior y esta vez, apenas me había durado puesta cinco minutos. Íbamos de récord en récord.

Moviendo la cadera de derecha a izquierda y rozándose contra mi cuerpo, bajó hasta quedar en cuclillas frente a mí. Me dio un par de toquitos en los

pies para que abriera las caderas y mientras lo hacía, sus manos se deslizaron por mis piernas con suavidad. Con los dos pulgares ejerciendo presión sobre mis ingles, iba trazando círculos que se acercaban poco a poco a mi entrepierna. Acercó lentamente su rostro y empezó a lamer los labios de mi sexo mientras sus manos se desplazaban a mi trasero y lo apretaban con fuerza. Mis dedos, enredados en su melena, me ayudaron a mantenerme en pie mientras mi respiración se iba acelerando poco a poco.

—Me encanta que estés tan húmeda.

No podía contestarle, estaba a punto de entrar en éxtasis, de saltar al vacío, de llegar a un lugar donde solo estaba yo. Mi yo en estado puro. Fue un orgasmo tan necesitado, que caí de rodillas frente a ella sin fuerzas. Frente a frente, recuerdo la fantástica sensación de tener sus brazos rodeándome, pero el timbre sonó y rompió por completo ese momento tan íntimo. Nuestro pedido había llegado con algunos minutos de adelanto y yo estaba completamente desnuda.

—¿Abro yo? —insinúa riéndose.

Tan pronto pagó al muchacho y entró con las bolsas en el apartamento, este se impregnó con el característico olor a curry.

Durante la cena hablamos de trabajo, algo con lo que contaba y tenía preparadas mis respuestas.

—¿Qué tal la casa?

—Es muy bonita. Por fuera es de estilo Victoriano, pero por dentro, está completamente reformada con estancias modernas, espaciosas y luminosas. Todas las paredes son de color blanco e incluso algunos de los muebles también lo son. Es el protagonista indiscutible.

—¿Cómo has dicho que se llama tu jefa?

—En realidad, mi jefe es Antoine. No suelo ver a la señora de la casa —digo con serenidad tratando de escabullirme de la pregunta. Por fortuna, funciona y no necesito mentir—. Es un chico extrovertido, pero a la vez muy profesional y meticuloso. Tiene muy buena mano con el personal de la casa.

—¿Es guapo?

—Lo conociste en tu oficina.

—¿Monsieur Bellamie es tu jefe?

—Sí y se le da muy bien. Por las mañanas se ocupa de revisar toda la casa con la encargada del equipo de limpieza que viene cada día y le da las directrices más importantes del día. Ella podría hacerlo perfectamente sin esas indicaciones, pero a él le gusta controlar las tareas y estar al tanto de todo. En

total trabajan seis chicas, todas ellas muy competentes. Él suele venir a verme antes de comer para ver como estoy y casi siempre me pilla bailando —digo riéndome.

—Seis chicas...—susurra mientras se echa a la boca un fabuloso Popiah.

—¡Y todas guapísimas! —digo para chincharla. Me mira y sonrío queriendo parecer molesta, pero sé que no lo está porque no es una mujer celosa—. Pero no tanto como tú —añado al cabo de unos segundos.

—Eso está mejor —sonrío mientras me ofrece Nám Tok con sus palillos.

—El jardinero es un borde, sin embargo, su mujer es encantadora. Es la cocinera y no veas como cocina. No sé cómo lo aguanta.

Realmente pensar en Jean—Marc me ponía de los nervios. Había algo en él que me daba repelús e intuía que no era la única porque a Marcus tampoco parecía caerle bien y apenas intercambiaban el saludo.

La temperatura en el apartamento era muy alta y me levanté para cerrar los ventanales y poner el aire acondicionado. Monique me observaba.

—¿Por qué te cae mal?

—Siempre va con cara de perro —digo imitando su cara de fastidio—. Sin embargo, tiene algo que me encanta. Algo que me ha robado el corazón.

—No te entiendo.

—No he podido evitarlo... —suspiro exageradamente.

—¡Pero si me acabas de decir que es un borde! —exclama contrariada. Su expresión me anima a seguir con la broma.

—Tiene algo pequeñito, muy simpático y me encanta jugar con él.

—¿Has jugado con su...?

—Con su... ¿a qué te refieres?

—¿Te has follado al jardinero borde?

—¡¿Pero qué dices?! —exclamo intentado contener la risa.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día y tú... ¡te follas al jardinero!

—¡No! —grito en medio de un ataque de risa—. La cosa pequeñita y simpática es Pierre, su hijo de cinco años.

No podía dejar de reírme mientras ella me miraba como si estuviera loca, pero acabé por contagiarla.

Por la mañana cuando desperté, la observé mientras dormía acurrucada junto a mí. Aunque me costó, conseguí despertarla haciéndole cosquillas en la espalda. Incluso despeinada y recién levantada estaba siempre preciosa.

—¿Vas a correr? —dice estirándose y poniéndome morritos.

—Si haces eso, no podré ir a correr y tendré que improvisar otro tipo de

ejercicio.

Volvió a ponerlos y eso alargó nuestra estancia en la cama.

Durante el desayuno, estuvimos viendo la entrevista que le hacían a Chloé en el noticiario de la mañana, que debía ser grabado, puesto que Antoine me había dicho que ese fin de semana iba a estar en casa. Monique apenas apartaba la vista del televisor mientras intentaba explicarme que era una actriz muy conocida y una de las más admiradas. Yo sonreía para mis adentros sabiendo que había acertado con la decisión de no contarle toda la verdad.

—¿Te gusta?

—¿A quién no? ¡Mírala, está buenísima!

—Tú eres más guapa —afirmo. Ella niega con la cabeza como si hubiera dicho una tontería, sin dejar de mirar la pantalla.

<¿Qué haría si supiera que estoy trabajando para ella?>

A las doce en punto bajamos a casa de su abuela y, como de costumbre, nos maravilló con su magnífica Quiche Lorraine, el plato preferido de Monique. A pesar de que esa comida había chafado sus planes, los cuales no llegó a explicarme aunque pude imaginármelos, se mostró divertida e ingeniosa como de costumbre.

Me quedé sin adjetivos para intentar explicarle a Mme Bondue la multitud de flores que había en el jardín y lo agradable que era sentir su perfume mientras corría, sobre todo, al amanecer, cuando todo estaba regado con las diminutas gotas de rocío. Pierre también fue el foco de mis relatos aquella calurosa tarde de junio. En tan solo una semana, me robó el corazón para siempre y sin poder evitarlo, también me recordó tiempos felices, tiempos que intentaba por todos los medios enterrar en lo más profundo de mi corazón.

Por la tarde fuimos de tiendas y perdí la cuenta de todos los vestidos que probó. Fue divertido sentarse frente al vestidor y verla aparecer con un modelito diferente cada vez que se abrían las cortinas. Con todos estaba guapísima, pero finalmente optó por un vestido de gasa con flores y una falda ajustada que realzaba su figura.

Yo necesitaba comprarme unas buenas zapatillas para correr por tierra, porque las que utilizaba eran para asfalto y me estaban machacando las articulaciones. Al final no solo cargué con las “zapas”, también acabé comprándome varias camisetas de tirantes y algunos shorts.

Había otra cosa que quería comprar: un rompecabezas para Pierre. Me encantaba completar con él los que traía al zulo, pero los hacía tan rápido que era obvio que se los sabía de memoria a pesar de que tenían entre 80 y 100

piezas. Compartir juntos las tardes entre colores, rompecabezas y cuentos, era, sin lugar a dudas, el mejor momento del día.

El muy puñetero entraba sin hacer ruido para intentar darme un susto, pero solo lo consiguió el primer día, los siguientes, estuve atenta y fingí estar asustada mientras él se partía de la risa.

Marie estaba encantada con el hecho de poder disponer de más tiempo para sus quehaceres, ya que al no tener que ocuparse de él durante parte de la tarde, avanzaba mucho con las tareas de la cocina y después de cenar, podía irse antes a casa para estar con sus chicos. En otras casas, había chef, ayudantes y hasta sirvientes, pero allí solo estaba ella y la verdad es que tenía mucho trabajo, que sumado a la crianza de su hijo, le dejaba poco tiempo libre para ella misma, algo que parecía no importarle demasiado porque siempre se la veía contenta. Jean—Marc pasaba bastante de su hijo y de su papel como padre en general.

El fin de semana pasó volando y cuando me di cuenta, ya estaba de nuevo subida al autobús. Miré por la ventanilla y vi a Monique saludándome con la mano. Le devolví el saludo y una sonrisa forzada. A los pocos minutos de iniciar el viaje, recibí un WhatsApp.

—*Ya te echo de menos.*

—*Gracias por otro fin de semana fantástico.*

—*Te he dejado un pen drive con música en el bolso. Escúchala, así te irás poniendo al día para el sábado. Te hará falta.*

—*¿Y eso?*

—*Sorpresa.*

—*Nos vemos en cinco días. Un beso.*

No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando noté que alguien me tocaba el hombro, di un respingo en el asiento.

—*Señorita, creo que usted se baja aquí —dice mi compañero.*

Por suerte había estado charlando con él antes de quedarme dormida, de lo contrario, quién sabe hasta donde habría llegado. El hombre, un anciano de 67 años, me había relatado al principio del viaje lo orgulloso que estaba de sus nietos y sus trayectos a París para poder verlos. Había enviudado seis años atrás y sus cuatro hijos le habían dado 11 nietos que lo volvían loco pero de los que estaba completamente prendado. Desde ese día, volvimos a encontrarnos un par de veces más haciendo el mismo trayecto.

Me bajé del autobús mirando fijamente la farola donde había dejado atada la bicicleta de Marie y casi me sorprendió verla tal como la había dejado,



intacta, pero claro, aquel pueblo era tan pequeño, que el índice de robos y vandalismo debía ser cero. Le quité el candado, puse la bolsa de viaje en la cesta y pedaleé hasta la mansión, cansada y con ganas de meterme en la cama. En la verja de entrada, me extrañó no ver a Joseph.

—Es usted Lisa, ¿verdad?

—Sí.

—Encantado —dice tendiéndome la mano—. Joseph me ha dicho que llegaría usted durante la tarde.

—¿Está enfermo?

—Está bien, no se preocupe. Ha trabajado en el turno de mañana, a mí me toca el de noche. Como por la tarde no hace usted running, todavía no nos habíamos conocido. Me llamo Hugo.

—Encantada Hugo. ¿Cuántos sois?

—Cinco y ya conoce a tres, solo le faltan Eric y Laurent.

—Ya veo que voy a tener que cambiar de vez en cuando mis hábitos para poder conocerlos a todos. Por cierto, no me trates de usted, por favor.

—Buenas noches —me desea mientras me subo de nuevo en la bicicleta y me despido de él con la mano.

Había algunas farolas bordeando el camino, pero su luz anaranjada apenas iluminaba, lo que le daba un aspecto bucólico y apacible al estrecho sendero. Al entrar en la cocina, me crucé con Marie justo cuando se disponía a salir.

—Hola Lisa. ¿Qué tal ido el fin de semana?

—Vengo con el culo cuadrado.

—Ja, ja, ja. No me extraña. Alguna vez he tomado esa línea para ir a París y es un aburrimento. ¿Por qué no le pides a Antoine que te recoja en el pueblo? Al menos no tendrías que volver en bicicleta.

—Prefiero apañármelas sola, además, me encanta tu bicicleta —digo guiándole el ojo.

—¿Tienes familia en París?

—Una amiga....—divago sin concretar. Tampoco hace falta, solo la forma en la que lo he dicho y el modo en el que me ha mirado, ya nos hemos entendido.

—Con razón traes cara de cansada...

<Si yo te contara>

—Nada que no puedan arreglar ocho horas de sueño. Incluso me conformaría con siete —aseguro imitando su sonrisa pícaro.

—Ha sobrado algo de cena. ¿Quieres que te la prepare?

—No tengo hambre. Me haré un vaso de leche y lo tomaré en la habitación, no te preocupes. ¿Desayunamos juntas mañana?

—¡Por supuesto! Esas ojeras te van a durar un par de días, lo sabes, ¿no?  
—asegura de nuevo con una sonrisita perversa.

<Si solo fueran ojeras...>

—Anda, ve a descansar —le pido moviendo la cabeza de un lado para otro resoplando.

¿Por qué los lunes son tan duros? Me costó levantarme una barbaridad y a punto estuve de no salir a correr para poder dormir un poco más, pero al final le eché fuerza de voluntad y salí de la cama antes de poder arrepentirme.

Apenas eran las siete de la mañana, pero me bastó poner un pie en el jardín, para darme cuenta de que iba a ser un día muy caluroso y agradecí estrenar mi nuevo short rosa fucsia muy transpirable y ligero. No era lo único que estrenaba ese día. Miré mis pies y estaba impaciente por comprobar de primera mano todas las bondades de las que me había hablado el dependiente que me había vendido mis nuevas “zapas”; unas Saucony aptas para caminos, ligeras y con un excelente agarre.

ACDC y “*Thunderstruck*” me acompañaron durante los primeros metros y tras más de cuarenta minutos de sesión, que se me pasaron en un suspiro, pasé por las cuerdas para saludar a Claude y a mis nuevos amigos. A esas horas, ya les había dado un paseo y se preparaba para cepillarlos. Estaba empeñado en enseñarme todo lo concerniente a los caballos, pero no hablaba mucho, dándome espacio para que aprendiera por mí misma.

—Ce—ce—cep—pillo Cu—curry —tartamudea dándome un cepillo con un mago por donde meter la palma de la mano.

—¿Para quitar la suciedad?

—¡Bien! —exclama con aprobación.

Por la tarde mientras acababa de planchar una camisa blanca de Christian, oí pasos a mi espalda.

<Ya está aquí Pierre. Hoy le voy a dar un susto que...¡se va a enterar!>

Estaba ansiosa por enseñarle el rompecabezas de los Minion que tenía escondido bajo los cojines del sofá. Dejé que se acercara y cuando intuí que estaba a menos de dos metros, giré sobre mí misma dando un salto para caer de rodillas y cogerlo por la cintura.

—¡Te pillé! —grito en el aire, pero en cuanto pongo las manos en la supuesta cintura de Pierre, me doy cuenta de que estoy aferrada a dos esbeltas piernas enfundadas en unos pantalones de piel de color negro.

<Me cago en.....>

Levanté la vista despacio y me topé con los ojos marrones más enigmáticos que había visto en mi vida. Chloé me miraba con una mezcla entre curiosidad y mofa y no debía ser para menos dada la postura en la que me encontraba. Sentía como me ardían las mejillas y me maldije por ser tan patosa. Estaba tan sofocada que solo quería evaporarme, desaparecer o convertirme en polvo, cualquier cosa excepto estar a sus pies. Me tendió la mano para levantarme; era cálida y suave, de un blanco similar a la porcelana. La había estado evitando, pero aquel modo de conocerla era tan surrealista, que ni en mis peores pesadillas habría podido intuir una situación así. Me sentía ridícula.

—Hola Lisa.

—Disculpa, pensaba que eras Pierre —balbuceo a duras penas. No solo estoy roja como un tomate, me estoy asfixiando de calor.

—No hay nada que disculpar —asegura intentado disimular su sonrisa.

Hablaba despacio, en un tono cálido, envolvente y sexy. Estaba tan avergonzada que no sabía qué decirle, pero de pronto, apareció Pierre para salvarme de semejante bochorno.

—¡Lisa, Lisa! Hoy me han puesto una pegatina con una cara contenta por hacer bien todas las tareas —grita con orgullo entrando al zulo—. ¡Mira!

—¡Bien! ¡Muy bien! Ese es mi chico —exclamo aplaudiendo con satisfacción. En cuanto está a nuestra altura, extendiendo la mano para que me la pueda chocar.

—Hola Chloé.

—Hola Peque.

Pierre se abrazó a mis piernas e instintivamente miré a Chloé recordando que instantes antes, era yo la que estaba abrazada a las suyas. Pareció intuir mis pensamientos y se echó a reír, aunque solo pude intuir su sonrisa porque se tapó la boca con la mano. Acarició los cabellos de Pierre con ternura y sin que saliera sonido alguno de su boca, pude leer que sus labios me decían: —Hasta luego Lisa. En el umbral de la puerta del zulo, se giró para decirme que le gustaba la canción. Sonaba “*Send me an angel*” de Scorpions. Prácticamente solo habíamos intercambiado un hola, pero tuve la impresión de que quiso decirme mucho más.

Mi paseo nocturno fue más corto de lo habitual; estaba agotada y me caía de sueño. Durante el fin de semana había dormido poco, pero por contra, había hecho mucho ejercicio. Monique me dejaba exhausta y decidí pasar al lunes mi

descanso semanal si quería sobrevivir a los siguientes fines de semana.

En cuanto abrí los ojos a la mañana siguiente, me puse contenta porque había dormido del tirón y empezaba a no ser una excepción.

Al salir al pasillo, me crucé con Víctor.

—Buenos días Lisa. ¿Hoy no sales a correr? —pregunta al verme sin la ropa de deporte.

—Me voy a tomar un descanso. ¿Qué haces por los bajos fondos?

—Hay un surtidor del Spa que se ha atascado, voy a echarle un vistazo. Ir y venir de París es cansado, ¿verdad?

—Mucho, pero lo peor es la vuelta en autobús. Me mata.

—Yo estuve haciendo ese trayecto casi dos años. ¡Todos los fines de semana!

—¿Cómo lo soportaste?

—Estaba enamorado —dice encogiéndose de hombros—. Por suerte, encontré una casita en el pueblo hace un tiempo y me mudé con mi novia.

Debí poner cara de asombro y no era para menos porque Víctor debía rondar los cincuenta años y no me cuadraba que a su edad todavía fuera con novias.

—Estoy divorciado —me aclara—. Cuando me separé, mi mujer decidió mudarse a otro piso y yo me quedé con el que habíamos compartido. Entre tanto, apareció Helena, y a pesar de la distancia, no dudé en venir aquí cuando Antoine me ofreció este trabajo. Durante la semana me quedaba en la habitación que ahora ocupas tú y el fin de semana volvía a París para estar con ella y visitar a mis hijos. Ahora son ellos los que nos visitan a nosotros acompañados de mis nietos.

—La verdad es que las relaciones a distancia son un pelín complicadas.

—Complicadas, pero no imposibles. ¿Qué tal la habitación? Le di un buen repaso antes de que llegaras, pero si hay algo que no funciona bien, no tienes más que decírmelo.

—La habitación está genial, solo tiene una pega: las ventanas. ¡Son diminutas! A mí me gustan grandes y con vistas.

—¡Y a mí! ¡No te digo!

—Hablando de ventanas, ¿te importa pasar luego por la lavandería? No consigo abrir las que hay al fondo.

—Claro. En cuanto acabe en el Spa, me paso por allí.

Marie estaba en la cocina preparando el desayuno para la jefa y me extrañó, porque ella misma me había explicado que cada uno se preparaba el

suyo, incluso Chloé, pero si conmigo se lo saltaba cada dos por tres, tenía más sentido que también lo hiciera con ella.

—¿Dónde está la cesta?

—No hace falta que hables en voz baja, Antoine está con Chloé en el salón.

—¿Y bien?

—Se va a enfadar...—me advierte.

—No tiene por qué enfadarse, tengo mi trabajo al día. Yo me ocupo de él, tranquila.

—Cuando Chloé está en casa, se nota, te lo digo yo.

—No te preocupes por eso, me organizaré —digo tomando el zumo que me ofrece—. ¿No quedamos que yo preparaba el desayuno?

—Solo he preparado unas tostadas y zumo de naranja —dice enseñándome una jarra de medio litro—. Por tu culpa, todo el mundo lo bebe —ríe—. Voy a llevárselo, ahora vuelvo.

Le di un sorbo mientras agrupaba todos los ingredientes junto al tostador. Puse las rebanadas dentro y corté un tomate por la mitad. Marie no tardó en volver.

—Luego te la bajo —dice con complicidad.

—¡Genial!

—Me he hecho adicta a tu maldita tostada. ¡Con lo que debe engordar! —se queja en cuanto se la paso en un plato de cerámica blanco.

Como no fui a correr, pudimos charlar con tranquilidad durante un buen rato antes de regresar al zulo. Al entrar, conecté el pen que me había dado Monique directamente en el altavoz. La primera canción era pegadiza con un toque diferente y un ritmo auténticamente francés que consiguió engancharme desde el primer momento. En la pantalla rezaba: Zaz "*Je Veux*". Tras esa primera canción, escuché un amplio repertorio de música francesa hasta la hora de comer.

Desde que Chloé había llegado, apenas había podido hablar con Antoine y tras el café, busqué el momento para quedarnos a solas.

—Quiero ocuparme también de vuestra ropa —le espeto directamente.

—No sé por qué, pero me lo esperaba.

—¿Perder el tiempo haciendo la colada? ¡Pufff! Con una sola persona que lo haga, es suficiente. Tú y Christian tenéis mucho trabajo y Marie...bueno, ¿qué puedo decir de ella? Entre su trabajo y Pierre, no le queda tiempo libre. Soy buena optimizando recursos, lo he estado haciendo durante estos días y

estoy segura de que puedo asumir perfectamente esa pequeña parte.

—¿Quién te ha dicho que sea pequeña?

—Lo digo yo —aseguro subiendo la ceja y sonriendo—. ¿No me crees capaz de hacerlo?

—Solo llevas aquí una semana, no tienes ni idea de volumen de trabajo que puedes llegar a tener.

—¿Probamos? Solo te pido una oportunidad. No tienes nada que perder.

—No lo hago por mí, sino por ti. No quiero que te agobies y me dejes tirado.

—Eso no pasará —sostengo con rotundidad. Tras meditarlo unos instantes, se pone serio, pero sé que me va a decir que sí.

—Está bien, probaremos durante esta semana y el viernes por la tarde, hablamos.

—Dos semanas.

—¿Por qué dos? —pregunta contrariado.

—Para ver cómo va la recogida y la entrega de ropa en la tintorería. Necesito comprobar el circuito completo.

—¿Ya has hablado con ellos?

—Sí, lo tengo todo apalabrado y esta semana podríamos empezar. ¿Qué te parece si voy los lunes por la tarde para dejar ropa y la recojo el jueves por la mañana?

—Ya que los viernes por la tarde tienes intención de ir a París, quizás sería mejor dejar la ropa los viernes y recogerla el martes o miércoles, así te podría llevar Stephane y te ahorras un viaje en autobús.

<Cambiar un aburrido trayecto en autobús por uno con Stephane, parece más divertido y además, puedo llegar antes a casa. Seguro que a Monique le va a gustar el cambio>

—Eso también es optimizar, lástima que no se me haya ocurrido a mí —digo vacilándole.

—Parece que a mí también se me da bien —se pitorrea—. Hecho entonces. En dos semanas, retomamos el tema.

—Todo irá como la seda —digo alargándole la mano con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—Eres la pera. Por cierto, Chloé quiere hablar contigo.

<Mierda, seguro que es por lo que pasó en el zulo>

—¿He hecho algo malo?

—No lo sé, ¿lo has hecho? —su expresión se torna seria de repente.

Arrugo el entrecejo preocupada y el muy capullo no tarda ni dos segundos en descojonarse.

—Te la voy a devolver. No te quepa duda.

—Anda ve, está en su habitación.

Me quedé mirándolo mientras se alejaba hacia el salón y un punzante desazón me recorrió entera. Sin darme cuenta, cogí el colgante con los labios.

—¡No te va a comer! —grita antes de desaparecer advirtiéndome mi inquietud. Le saco la lengua y empiezo a subir las escaleras lentamente. Al llegar a su puerta, me paro frente a ella varios minutos intentado apaciguar los nervios.

<¿Por qué me pone tan nerviosa? Cinco respiraciones profundas deberían ser suficientes, ¿no?>

Apenas funcionó. Golpeé la puerta con los nudillos un par de veces.

—Adelante.

<¡Mierda! ¡El colgante!> me grito escupiéndolo.

Sin abrir la puerta del todo, asomé la cabeza y la vi sentada en el sillón orejero. Sus piernas colgaban del reposabrazos y me hizo un gesto con la mano para que entrara. Entre las piernas tenía lo que parecía un guión. Estaba estudiando.

—Antoine me ha dicho que querías verme —susurro mientras cierro y me quedo con la espalda pegada a la puerta.

—Sí, quería que viéramos juntas el vestidor, quizás podrías ayudarme a hacer algunos cambios.

<¿Para esto me ha llamado? Estoy segura de que Antoine y yo podríamos haberlo resuelto. ¿Por qué se molesta en hacerlo ella misma?>

Se levantó del sillón, dejó el guión sobre él y se dirigió al vestidor. La seguí y una vez dentro, me mostró uno a uno, todos los cajones y su contenido. No vi ningún orden especial y eso era claramente mejorable, lo que no era mejorable era la calidad de la ropa. Algunas marcas ni siquiera las conocía, pero tan solo me bastó ver el tejido y la forma en la que estaban confeccionadas, para saber que era ropa cara. Las prendas colgadas tampoco estaban agrupadas de ningún modo reconocible.

—¿Puedo organizarlo por colores?

—¿Por colores? —pregunta extrañada.

—De más claro a más oscuro, así te resultará más fácil combinar prendas. Agruparé por un lado faldas y vestidos y por el otro, pantalones.

—Me gusta la idea.

—Los zapatos también —digo con seguridad—. Como estamos en verano, agruparé los más veraniegos arriba y dejaré los de invierno abajo.

—Vale.

Estaba trabajando y hacía una de las cosas que mejor se me daban: organizar. Eso hizo que me concentrara y perdiera la vergüenza.

—Los cajones con los pijamas están separados. Los agruparé uno encima del otro y haré lo mismo con la ropa interior.

<Cuatro cajones de ropa interior. Esto parece una tienda>

—Bien. No hace falta que me pidas permiso para hacer cualquier otro cambio que se te ocurra. Me gusta ver las cosas diferentes.

—¿Y si no encuentras algo?

—Te llamaré —dice sin dudar.

—Mañana mismo empiezo. ¿Hay alguna franja horaria en la que no vayas a estar en casa? Por no molestarte —aclaro.

—Después de comer viene mi agente, no creo que suba hasta la hora de cenar.

—Perfecto, por la tarde puedo organizarme mejor. ¿Necesitas algo más?

—Eso es todo Lisa. Gracias —dice mirándome fijamente. Sus ojos destilan tanta intensidad que me abruma y aunque intento por todos los medios no ruborizarme, no lo consigo.

Escaleras abajo solo podía pensar en el cajón de su ropa interior e imaginaba la reacción de Monique si supiera algo de todo aquello. Cuando llegué al zulo, Víctor estaba mirando las ventanas.

—¿Estás segura de que las quieres abiertas?

—No me gusta mucho poner el aire acondicionado.

—Te van a entrar todos los bichos del jardín.

—¿Cómo? No me gustan los bichos —digo asqueada.

—¿Tú qué harías si fueras un bicho y pudieras entrar por las noches a un sitio cubierto?

—Me estás diciendo que no son tontos, ¿no? —pregunto. Él afirma con la cabeza y hago un mohín.

<Yo sí que soy tonta>

—¿Qué te parece si te pongo unas mosquiteras?

—¡Genial! ¡Estupendo! ¡Maravilloso! —exclamo del tirón. Mientras pienso en el siguiente adjetivo, Víctor me interrumpe riéndose.

—Lo pillo.

A media tarde tenía listas todas las prendas de Chloé que me había traído



Nathalie. Antes de entrar, llamé a su puerta varias veces, pero no obtuve respuesta. Entré y me dirigí directamente al vestidor.

Coloqué primero la ropa interior en sus respectivos cajones y luego busqué el cajón repleto de pijamas de Hello Kitty que me había enseñado por la mañana. Me senté en cuclillas y dejé el pijama limpio sobre mis piernas, para poder fisgonear el resto del cajón. Había de todos los colores, pero me llamó la atención uno de color rosa palo combinado con gris, en el que Kitty estaba sentada sobre una moto. Lo desplegué y sonreí al imaginarla con él puesto.

<¿Sin encaje? Creo que le van más los encajes>

—Hola.

—¡Joder! —digo sobresaltada en castellano. Cuando me giro, la veo apoyada en la puerta del vestidor.

<Cómo ha entrado sin hacer ruido? ¡Mierda! Me ha pillado curioseando. ¿Es que no puedo hacer nada bien delante de ella?>

Sentía como me ardían las mejillas y no atinaba siquiera a doblarlo correctamente para dejarlo de nuevo en su sitio. De nuevo sentí la necesidad de evaporarme, pero ella, lejos de estar enfadada, volvió a mirarme con curiosidad.

—Veo que también te gustan los pijamas de Hello Kitty.

—¡Ah! ¡Eh! ...discúlpame, he visto que estaba mal doblado y lo he sacado...eh... bueno...sí, quería doblarlo ...—balbuceo.

<Parezco lerda. Intenta hablar sin tanto monosílabo ¡por favor!> me grito a mí misma.

—¿Tú prefieres los de seda?

—¿Yo? ¿Seda? ¡Noooo, que va! Detesto la sensación de resbalarme por la cama, prefiero el algodón —aseguro señalando el pijama que tengo entre las piernas.

Atiné (de milagro) a doblar el pijama y dejarlo en su sitio y cuando me giré, me miraba de un modo que me hizo sospechar que quería preguntarme algo, pero no abrió la boca, así que avancé hacia la puerta y salí pitando. Al llegar al zulo solté varios tacos seguidos en voz alta.

Organizar el vestidor de Chloé me llevó la tarde del día siguiente y toda la mañana del jueves. Por la tarde, mientras leía con Pierre un cuento de los Pitufos, reparé en su presencia al detectar un movimiento por el rabillo del ojo. No sé cuánto tiempo llevaba observándonos, pero cuando la miré, tenía una extraña expresión de complicidad.

—Has hecho un trabajo increíble, me encanta como ha quedado —dice en voz baja como si no quisiera interrumpir nuestro momento del cuento. Pierre la saluda con una enorme sonrisa y ella se la devuelve—. Hola Peque.

Siempre lo llamaba así y era una forma tan cariñosa, que los primeros días me chocó bastante. No debía ser muy habitual que la señora de la casa se dirigiera al hijo de su empleada como “Peque”, pero allí no existía ese tipo de jerarquía.

—Me alegro de que te guste. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

Por primera vez, no me sentí cohibida ante su presencia aunque estaba segura de que se había dado cuenta de que me ponía algo nerviosa.

A primera hora del viernes, Víctor vino a instalarme las mosquiteras. Así de rápido y efectivo era él. Con todas las ventanas abiertas, no solo entraba aire fresco, sino que también podía escuchar el canto de los pájaros y disfrutar de los olores que desprendía el jardín, sobre todo, a primera hora de la mañana. Esas mosquiteras hicieron del zulo un lugar mucho más acogedor.

El primer mes se esfumó tan rápido que apenas fui consciente. Pasaba toda la semana trabajando y el fin de semana volvía a París con Monique, que, dicho sea de paso, cada vez llevaba peor la distancia.

Algunas noches, durante mi paseo nocturno, seguí indagando en la vida de Chloé. Por alguna razón, sentía curiosidad. Durante las pocas entrevistas que concedía, se mostraba tímida y reservada con respecto a su vida privada y de hecho, raras veces le hacían preguntas relacionadas con ello, y supuse que debían ser pactadas. Según algunos artículos, su pareja era un actor de cine no muy conocido al que las críticas auguraban un futuro prometedor, pero durante aquel primer mes, no lo vi aparecer por la casa ni una sola vez. En Francia la consideraban una sex symbol, pero en casa era una chica de 34 años, frágil, algo enigmática y bastante hogareña, tanto es así, que había ido cambiando sus hábitos y siempre que podía, se unía a nosotros en la mesa. He de reconocer que me encantaba verla al completo y siempre que podía, me salía de la conversación para poder observarlos a todos. A veces era tan solo un instante, unas décimas de segundo en las que mi mente respiraba la realidad.

Lunes, miércoles y viernes, Nathalie o alguien de su equipo, me bajaban un buen puñado de sábanas. A pesar de que me encanta mi trabajo, planchar sábanas no me gustaba lo más mínimo, supongo que por la sensación de que no se acaban nunca, pero lo peor no eran las sábanas corrientes de algodón. Chloé tenía unas de raso que eran un verdadero coñazo, pero aun así, intentaba

no malgastar ni un segundo pensando en lo poco que me gustaban y me ponía a trabajar recordando un dicho que solía decir mi madre: “*Cuanto antes empieces, antes acabarás y mientras tanto, no olvides buscar la parte positiva en todas las cosas que hagas*”. El único aspecto positivo de planchar sábanas era que solo había que desplazar la plancha de un lado para otro y eso me permitía moverme con libertad para poder bailar al son de la música que sonaba a toda pastilla.

## CAPÍTULO 7

La tintorería estaba situada en la Place du Tertre, o más conocida como la “Plaza de los pintores” en el barrio de Montmartre y la regentaban Albert y Odette desde 1981. Los conocí a través de Monique, clienta suya desde hacía años. El matrimonio había hecho de su trabajo un arte y mimaban cada detalle por insignificante que pudiera parecer. Para tranquilidad de todos y en especial de Chloé, nunca más volvieron a desaparecer prendas, aunque yo estaba convencida que sabían de su procedencia porque un día los vi ojeando una revista en la que Chloé aparecía en portada llevando el vestido que ese mismo día recogí impecablemente limpio.

Monique tenía previsto recogerme a las ocho en la parada que había junto a su apartamento, pero antes de las seis, estaba en la puerta de su casa con mi bolsa de fin de semana en la mano. Se quedó alucinada y por una vez, fui yo la que saltó sobre sobre ella.

—¿Te has escapado? —murmura con sus labios pegados a los míos.

—Hemos hecho cambios. ¿Te gustan?

—Monsieur Bellamie está empezando a caerme bien.

—Llevo toda la semana pensando en tu caja de juguetes.

—¿En serio? ¿Quieres probar? —dice en tono seductor.

—Sí —admito sin miramientos. Me alarga la mano y me dejo llevar hasta su habitación.

—Tengo uno nuevo.

<Esto promete>

Al día siguiente por la noche, nos desplazamos hasta el distrito XI para cenar y luego fuimos de concierto a la Sala Bataclán. Esa era la sorpresa de la que me había hablado el fin de semana anterior. Al llegar frente al edificio, me quedé un poco sorprendida por los colores y el tipo de edificación.

—Es raro ¿verdad? —pregunta al ver mi cara.

—Es un edificio un tanto...no sé si la palabra es extravagante —digo confusa.

—No recuerdo el año, pero sé que es de finales del siglo XIX. Inicialmente fue diseñado como una pagoda, pero ya no conserva el tejado.

—¿Aquí hacen conciertos?

—Aquí señorita, ha tocado gente como Génesis, Prince, Cindy Lauper, Metallica o Police.

—¡Joder!

—¡Ah! Y también Edith Piaf —exclama sabedora de mi devoción por sus canciones.

—¿Ya era un local reconocido por aquel entonces?

—Claro que sí. Primero fue un café—teatro, luego lo convirtieron en sala de cine y después de un incendio, lo remodelaron y lo convirtieron de nuevo en una sala de conciertos. Y así lleva desde entonces.

—¿A quién venimos a ver?

—¡A Polémique! —grita risueña. Pongo cara de no tener ni idea de quién es y hace una mueca abriendo ligeramente los brazos—. ¿Has escuchado el pen que te gravé el fin de semana pasado?

—¡Sí! —aseguro entusiasmada.

—Me alegro, porque ella formaba parte del repertorio.

Me encantó el concierto, no solo por el estilo de música tan particular de la cantante sino por su afinidad con el público y el espectacular ambiente de la sala.

De nuevo, el fin de semana se me escapó de las manos tan rápido que apenas me di cuenta de que estaba de nuevo en la mansión. Dejé las cosas en la cocina y me fui a dar una vuelta por el jardín para estirar las piernas. No llevaba ni diez minutos, cuando recibí un WhatsApp de Clara.

*¿Skype en dos minutos?*

*—Dame diez, estoy en el jardín.*

*—¡Ok!*

La luz de la buhardilla estaba encendida e imaginé a Chloé cantando con una guitarra entre las manos. Solo podía imaginarla, porque por desgracia, el estudio estaba tan bien insonorizado, que nunca llegué a escuchar el tipo de música que hacía. ¿De qué debían tratar las canciones? ¿Y su voz? En Internet no había ni una sola referencia puesto que era una afición que no compartía con nadie.

Al llegar a mi habitación, abrí el portátil, cliqué el icono de Skype y al cabo de unos instantes, pude ver a mi hermana en la pantalla.

—Hola hermanita —dice saludando con la mano.

—¿Perdona? La hermanita eres tú, yo soy la mayor, aunque solo sea por cinco minutos —me quejo.

—Sí, sí, lo que tú digas. ¿Qué tal tu paseo nocturno?

—Hoy he conseguido ver la Constelación de Tauro.

—¿Y que tiene de especial?

—Allí no conseguía verla en su totalidad por la contaminación lumínica. Es una pasada. ¿Sabes que una de sus estrellas es 40 veces más grande que el Sol?

—¿40? Eso es una barbaridad.

—44 en realidad. Se llama Aldebarán —digo arrugando las cejas viendo extraño en ella.

—Así que has encontrado el lugar perfecto para ver tus estrellitas. ¿Por qué me miras así?

—No sé, te veo rara...

—¿Cómo que rara?

—No sé.... ¿Te has cortado el pelo? —Clara niega con la cabeza y empieza a reírse con una sonrisa espontánea que le ilumina toda la cara—. ¿Ese vestido es nuevo?

—No, me lo compré contigo hace tres años cuando fuimos a San Sebastián. ¿Lo recuerdas?

—¡Ah sí! ¿Como está Javier? —pregunto cambiando de tema incapaz de comprender porqué veo a mi hermana diferente.

—Aún no ha llegado de trabajar, está de parada y cuando empiezan...ya sabes....no hay horarios fijos.

Mi cuñado trabajaba en la industria química y disfrutaba de un buen horario, excepto cuando estaba de parada, que por suerte, era tan solo una vez al año. Lo adoraba, no solo porque era una de las mejores personas que conocía, sino por lo mucho que quería a mi hermana.

—¿Le queda mucho?

—Si todo va bien, la puesta en marcha será el miércoles por la noche.

—Eso está a la vuelta de la esquina.

Aunque no paraba de sonreír, Clara me miraba con inquietud, lo que sugería que había algo que no me estaba contando.

—¡Ya sé! Te has cambiado el tono del tinte —exclamo convencida de haber encontrado la causa de su aparente cambio.

—¡No das una!

—Pues no lo entiendo, estás diferente, estoy segura —digo haciendo un repaso mental de todo lo que veo en pantalla.

<A ver, está en el salón, sentada en el sofá y con el portátil sobre las piernas, ligeramente inclinado hacia arriba, prácticamente solo le veo la cara

y parte del pecho, así que el cambio debe estar ahí. La cara parece más redonda, pero supongo que es por la posición de la cámara y el color del pelo...sí, es cierto, parece el mismo. Tampoco va maquillada. ¡Joder! ¿Por qué está diferente entonces?>

—Ya he encargado tu regalo de Reyes —dice sacándome de mis pensamientos.

—¡Pero si todavía quedan seis meses!

—Hay cosas que necesitan su tiempo.

—Siempre has sido muy previsora, pero ¿hace falta hacerlas con tanto tiempo? Desde que estoy aquí, he engordado un kilo, así que no me regales ropa.

—¿Un kilo? ¿Tú? ¡Eso es todo un récord!

—Solo hay una culpable: Marie.

—Pues ese kilo te sienta de maravilla hermanita, díselo de mi parte. Por cierto, no es ropa.

—Eso sí es una novedad —me cachondeo aludiendo a que siempre me regala ropa—. ¿Perfume?

—No. Me estoy volviendo más imaginativa.

—¡Suéltalo ya! ¡Pesada!

Soltó una carcajada y acto seguido, movió ligeramente la pantalla del ordenador para dejar de enfocar la cara y enfocar un poco más abajo. Después de varios ajustes, la cámara quedó centrada de tal modo que ya no le veía la cara. Mientras pensaba que estaba enfocando el vientre para ocultar lo que realmente estaba haciendo, en la pantalla apareció una mano con una fotografía en blanco y negro. Reconocí al instante el tipo de fotografía.

—Se llamará Elsa y quiere ser tu ahijada.

Me quedé boquiabierta y empecé a llorar como una tonta. Clara también soltó alguna lagrimilla emocionada.

—¡Dios mío! ¡Voy a ser tía! ¿De cuánto estás? —pregunto abrumada.

—Estoy de quince semanas. Eres la primera en saberlo.

Entre lágrima y lágrima, me puse a hacer cálculos mentalmente.

—¡Es para principios de enero!

—Para el día cuatro. Ya te he dicho que había encargado tu regalo de Reyes.

Aunque era inmensamente feliz, una punzada de tristeza se coló en mi corazón.

—Me encantaría estar ahí para darte un abrazo enorme.

—Lo noto aunque estemos a cientos de kilómetros. Por cierto, aún no me has contestado.

—¿A qué?

—¡A ser su madrina! Joder Lisa, ¡estás empanada!

—¡Claro que estoy empanada! ¿¡Cómo no voy estarlo!? Me acabas de hacer el mejor regalo en mucho tiempo.

—Pues no se hable más. Elsa tendrá la mejor madrina del mundo.

—¿Quién será el padrino?

—Como Javi no tiene hermanos, hemos pensado en Fede.

—Es un pedazo de pan, seguro que le va a hacer mucha ilusión. ¿Al final se casó con Mati?

—Sí, se casaron el año pasado, pero aún no tienen hijos. Así podrán practicar —dice guiñándome el ojo.

—¡Madre mía! ¡No me lo puedo creer! Aquí todos se van temprano a dormir, si no, estaría fuera gritándolo a los cuatro vientos. Tengo que hablar con Antoine, ¡necesito vacaciones en enero!

—Espero que te deje venir aunque solo sean unos días.

—Pase lo que pase, estaré allí. No me lo perdería por nada del mundo y me importa un pimiento si me deja o no, iré igualmente. El 1 de enero, como muy tarde, estaré contigo. Te lo garantizo.

—Te veo bien.

—Estoy incluso mejor que cuando estaba en París. Ya sabes lo mucho que me gusta ir a correr y aquí cada zancada se convierte en un paseo. Es todo precioso y se respira aire limpio. A veces se me hace raro pensar que estoy como en casa, pero lo cierto es que me siento así la mayoría del tiempo. Tuve mucha suerte al cruzarme con Antoine.

—Se ha convertido en tu ángel de la guarda.

—En cierto modo sí. Le he cogido mucho cariño, es como un hermano mayor.

—Te mereces otra oportunidad y aunque estés a mil kilómetros, te apoyaré en todo lo que decidas.

—Siempre te tengo muy presente, eres lo único que tengo.

—¡Más te vale! —dice levantando el dedo índice y riéndose—. Por cierto, ¿cómo va tu relación con los arrogantes caballos que hay en las cuadras?

—¡No son arrogantes! Simplemente les cuesta dejarse querer, pero los tengo casi en el bote.

—¿Has montado ya?



—No, y si te digo la verdad, estoy deseando que Claude me lo proponga.

—Pídeselo.

—Me da corte.

—¡Qué tonta eres! —exclama con razón. Tras unos segundos observándome me dice que le parece increíble verme así.

—Así, ¿cómo?

—Siendo tú de nuevo.

—A veces, miro atrás y ni yo misma me reconozco. Una parte de la mujer que era hace más de un año, sigue estando ahí, al acecho, esperando verme flaquear.

—Pues no la dejes. Me alegro de que decidieras dar el paso y empezar de nuevo a pesar de lo mucho que te echo de menos —hace una pequeña pausa y continúa con una sonrisa maliciosa— sobre todo cuando voy de tiendas.

—¡Ah claro! ¡Te has quedado sin Personal Shopper!

—Ja, ja, ja. Ayer fui a mirar ropa de premamá y la verdad es que no me acabo de ver. Es bastante sosa, seguro que contigo hubiera encontrado la prenda perfecta con el complemento ideal.

—¿Porque te compras ropa de premamá? No veo que la barriga te haya crecido tanto.

—Me hacía gracia.

—Te va a costar verte con ropa de embarazada, pero a medida que la barriga vaya creciendo, será la ropa que más te apetezca ponerte porque es mucho más cómoda. Mientras tanto, intenta llevar tu ropa tanto como puedas y combínala con prendas más anchas. Lo importante a la hora de elegir ropa, es cambiar de talla, no de forma de vestir.

—¿En enero iremos de compras postparto?

—¡No lo dudes! —aseguro sonriendo de oreja a oreja.

Esa noche dormí como un bebé. Ni una sola pesadilla se coló entre mis sueños y al despertar al día siguiente, tuve la sensación de haber dormido doce horas con una sonrisa perenne. Estaba tan impaciente por compartir la noticia, que me salté la sesión de running.

—¿Estás bien? —pregunta Marie al verme sin ropa deportiva.

—¡Mejor que bien!

—Esa es la sonrisa que traes los domingos por la tarde —dice Antoine entrando en la cocina—. Pero hoy no es domingo...

<¡La madre que lo parió! Me tiene calada>

—Tiene razón —dice Marie con la ceja levantada y sonriendo con malicia

—. ¿Qué celebramos?

—¡Voy a ser tía!

—¡Enhorabuena! —gritan al unísono.

—Por tu alegría deduzco que es el primero —insinúa él dándome un abrazo.

—¡La primera! Se llamará Elsa. ¿A qué es un nombre precioso? —digo separándome para recibir el abrazo de Marie.

—Pues sí, siempre me ha gustado mucho. ¿Para cuándo?

—Está previsto que nazca la primera semana de enero, el día cuatro concretamente y me encantaría tomarme unos días libres para estar con mi hermana. No hemos hablado todavía del tema de las vacaciones y no sé cómo lo planificáis.

—En Navidad la casa se queda vacía. Chloé se marcha unos días con su familia a los Alpes y Christian y yo la acompañamos. Marie visita a su familia en Bretaña, Claude se muda un mes antes al Sur con los caballos y Víctor también se toma unos días libres. Solo se queda el personal de seguridad y equipo de Nathalie al cincuenta por ciento. Lo ideal es que todos estemos fuera los mismos días, pero creo que podremos arreglarlo. Hablaré con Chloé y con Christian.

—Yo puedo quedarme y cuidar de la casa —aseguro—. Necesito estar con mi familia, es muy importante para mí.

—Tranquila, seguro que podré convencer a la jefa para que prescindas de ti unos días —dice guiándome el ojo. Antes de que acabe la frase, salto sobre él y por poco no nos caemos al suelo mientras Marie se parte de la risa.

—¡Quieta! ¡Me estas mareando! —dice poniendo los ojos en blanco. En realidad no quiere que pare porque le encanta el jolgorio. Y a mí.

—¡Lo que usted diga jefe! —exclamo mientras le arreglo la corbata y pongo en orden las solapas de su precioso traje azul marino.

—Sabes que te vas a aburrir, ¿verdad? Una casa tan grande, vacía, sin nadie con quien hablar, sin trabajo que hacer, sin poder salir por culpa de la nieve. ¿Continúo?

—Siempre me quedan las chicas —intento chincharlo refiriéndome a Nathalie y a su equipo.

—Solo vienen en días alternos, ¿qué harás el resto?

—No hace falta que sigas animándome, buscaré cosas que hacer. Sobreviviré —sentencio. Le guiño el ojo sabiendo que va a ser un aburrimiento, pero no me importa lo más mínimo.

Por supuesto Antoine se las arregló para que Chloé accediera.

Se notaba que las vacaciones escolares habían empezado porque Pierre pasaba buena parte de la mañana conmigo en el zulo. No solo imitaba mis bailes y me hacía reír como una loca, también había aprendido a doblar calcetines y le encantaba ayudarme. A las doce, subíamos a comer y no volvía a bajar hasta pasadas las cuatro de la tarde con las pilas cargadas después de una buena siesta.

En el colegio habían aprendido algunas letras, así que yo leía el cuento y él leía únicamente palabras formadas por las letras que ya conocía. En poco tiempo, mejoró muchísimo y todos alucinábamos con la facilidad que mostraba para leer cada vez palabras más largas. Al finalizar, le pedía que me contara la historia con sus propias palabras para asegurarme de que la había entendido y siempre conseguía sorprenderme. A pesar de su edad, tenía un desparpajo envidiable y me encantaba el resumen que hacía e incluso, a veces, le rogaba que me lo repitiera por lo mucho que me hacía reír. Cada diez o doce días, visitábamos páginas web especializadas en lectura infantil y comprábamos el que más le gustaba después de leer la sinopsis. Desde ese mismo momento, esperaba ansioso su llegada e iba en busca de Christian varias veces al día para preguntarle si había llegado su paquete. Ver su alegría mientras lo abría, era un orgullo para mí.

El viernes cuando llegué a mi apartamento, eran apenas las cinco de la tarde. De camino compré unas flores frescas y todo lo necesario para cocinar tapas, la comida preferida de Monique. Tenía ganas de darle una sorpresa.

Hacia las ocho y media, viendo que no llegaba, la llamé preocupada. Después de cinco tonos y a punto de saltar el contestador, descolgó.

—¡Lisa!

<¿Por qué parece desorientada? Algo le pasa>

—¿Estás bien? —pregunto inquieta.

—Sí —contesta dubitativa. Su tono de voz es extraño.

—¿Seguro? Te noto rara.

—Me acabo de dar cuenta de que es viernes. ¡Lo siento! Ha sido una semana un poco loca y no sé ni el día en el que vivo.

—¿Estás todavía en el trabajo?

—¿Eh? —titubea bajando la voz.

Podía entender que no supiera que día era debido al estrés al que estaba sometida, pero me pareció raro que dudara cuando le pregunté si estaba en el trabajo. Todo ello sin mencionar que prácticamente solo había utilizado

monosílabos, algo que era del todo inusual.

—Estoy en casa —balbucea por fin.

—Quédate y descansa. Mañana por la mañana me paso por tu apartamento, o... ¿prefieres que vaya ahora? —pregunto en tono pícarón.

—¡No! —dice levantando la voz. Aparto el móvil de la oreja y lo miro alucinada.

<¿Por qué grita?>

—Me acerco por la mañana y así aprovecho para visitar a mi abuela. No he podido escaparme ni un solo día en toda la semana para verla —prosigue algo más calmada.

—Como quieras. ¿Seguro que estás bien?

—Solo estoy un poco cansada.

—Pues métete en la cama y duerme. Mañana vas a necesitar estar al cien por cien.

—Lo siento —murmura. Parece avergonzada, pero lo que realmente me sorprende es que no reaccione a mi indirecta.

Un inusitado runrún me cerró por completo el estómago, hasta el punto de arrinconar mi aversión a tirar la comida. Abrí el cubo de la basura y mandé las bravas, los calamares a la andaluza y el pescado rebozado al fondo. Por suerte me arrepentí a tiempo con la tortilla de patatas y los mejillones rellenos.

Monique llegó a la mañana siguiente sobre las diez y media con unas ojeras muy mal camufladas, algo raro en ella. Me dio un casto beso en los labios y se dirigió directamente a la cocina para prepararse un café.

—He dormido poco, lo necesito —se justifica.

Me acerqué hasta ella y mientras esperaba frente a la cafetera que su taza de café se llenara, la abracé por la espalda.

—Anoche te eché de menos.

—Lo siento, lo olvidé por completo —dice girándose. Una taza rebosante de café se interpone entre nosotras.

<Me lo ha puesto difícil>

—No pasa nada, podemos recuperar el tiempo perdido antes de comer con tu abuela.

—¿Por qué no me acompañas a Galerías Lafayette? Tengo que comprar un bolso —dice impasible.

<¿Desde cuándo antepone un bolso al sexo? Anoche rara. Hoy rara. Algo le pasa>

Durante nuestro paseo por el centro comercial, no me hizo ni un solo gesto cariñoso, otra cosa que añadir a su extraño comportamiento.

Encaré el pasillo del portal en dirección al apartamento en primer lugar y cuando estaba a punto de poner el dedo en el timbre, me cogió la mano. Me giré y sus dos esmeraldas me miraban de uno modo que reconocí al instante mientras sus labios buscaban los míos. Monique estaba de vuelta y esa noche, su caja de juguetes fue el mecanismo que activó nuestro lado más salvaje y libertino.

El domingo, mientras nos despedíamos a través de la ventanilla del autobús, intentó ocultar las lágrimas que brotaban de sus preciosos ojos verdes, pero fue en vano. Durante el trayecto, no pude evitar seguir dándole vueltas a su actitud a lo largo de todo el fin de semana e incluso esas últimas lágrimas, estaban fuera de lugar. Nunca antes había llorado al despedirnos.

El fin de semana siguiente tuve que trabajar y a Monique no le hizo mucha gracia, pero lo peor de todo, es que ese escenario se repitió los dos siguientes fines de semana y también se llevó al traste mis planes de llevarla a cenar al “Pure” para compensar mi ausencia.

—Este fin de semana no podré ir.

—Querrás decir que este fin de semana tampoco puedes venir —me recrimina enfatizando la palabra “tampoco” visiblemente enfadada—. ¿Dónde vas esta vez?

—A Marsella.

—¿No puedes escaparte ni siquiera el domingo?

—No lo creo, pero si hubiera cambios, me encantará darte una sorpresa —uso un tono picarón, pero no consigo menguar su enfado.

—Me fastidia que te haga trabajar el fin de semana y últimamente no es una excepción. Llevamos tres semanas sin vernos.

—El que viene, aprovecharemos el tiempo perdido.

—Todo lo arreglas así, con una sonrisa y buenas intenciones. No estoy hecha para las relaciones a distancia y odio la sensación de echarte de menos continuamente. No me gusta sentirme sola.

—Lo siento, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Es mi trabajo.

—Déjalo y vente a vivir conmigo.

<¿Me está pidiendo que me vaya a vivir con ella? No tenemos ese tipo de relación. ¿O sí? ¡Mierda!>

—No me pidas eso. Es importante para mí.

—Por fin lo has dicho. Primero tu trabajo. Después yo.

—No quería decirlo así, no me malinterpretes.

—Lo has dejado clarísimo.

—Por favor, no te lo tomes así. No todo es blanco o negro.

—Prefiero seguir hablando de esto en persona, cuando tus compromisos laborales te lo permitan, por supuesto —me espeta con sarcasmo.

—Por favor Monique ¡hablemos!

Me colgó. Pedirme que me fuera a vivir con ella, me había pillado completamente desprevenida y aunque estaba haciendo lo imposible por enamorarme, cada día que pasaba era consciente de que estaba fracasando estrepitosamente. No estaba preparada para dar ese paso, y siempre había creído que ella tampoco. ¿Por qué me lo pedía justo cuando se estaba comportando de forma extraña?

En realidad íbamos a Lyon, pero nunca le decía dónde íbamos para que no pudiera atar cabos. La seguridad de Chloé también era importante para mí y debía ser discreta aunque por dentro me sintiera como una mierda cada vez que le mentía. Ese día fue mucho peor, porque por primera vez, supe que le había hecho daño y me pasé todo el día con el estómago revuelto.

Estirada en el césped, contemplaba los millones de estrellas que adornaban la oscuridad mientras trataba de vaciar mi mente y no pensar en nada. Normalmente lo conseguía, aunque solo fueran unos pocos minutos, pero esa noche, no pude. Me acerqué hasta la garita de seguridad para llevarle a Noel un termo de café y algo de postre. Christian solía reñirme por mimarlos tanto, pero ¿qué otra cosa podría hacer? Allí éramos todos como una familia y cuidar los unos de los otros era algo que salía sin pensarlo. Nada más verme a lo lejos, salió a recibirme.

—¡Buenas noches Lisa!

—Traigo el postre —afirmo entregándole un recipiente con el dulce emblemático de Marie.

—¿Tarta de queso con frambuesa? —pregunta eufórico.

—La genuina.

—Se me hace la boca agua —dice relamiéndose—. Pasa, hoy tengo compañía.

—¿Y eso?

—Hemos encontrado un gatito en la verja, no debe tener más de tres o cuatro semanas.

—¡Me encantan los gatos!

Lo seguí hasta el interior de la caseta y nada más entrar, el minino levantó

la vista y nos recibió con un simpático maullido. Estaba estirado sobre una pequeña toalla junto a la puerta.

—Tiene tres colores, debe ser hembra.

—¿Se sabe el sexo por el número de colores que tienen?

—Parece ser que sólo las hembras pueden tener más de dos colores, pero no sé si es cierto. Fíjate que nariz más sonrosada. ¡Es una monada!

Era de raza común, a la que todo el mundo suele referirse como callejera, pero aun así, era preciosa.

Levantó la cola justo cuando la caricia estaba llegando al final de su espalda y todo el pelaje se le erizó. Tras ello, inició el característico ronroneo que emiten los gatos cuando están relajados y sus pequeños ojos aceitunados, se escondieron tras los párpados. Tras darle un último achuchón a Câline (así fue como la llamó), me despedí y una vez en el camino, vi como Noel saludaba con la patita de la gata diciéndome adiós. Estaban para hacerles una foto. De fondo se escuchaba el característico croar de las ranas que había en el pequeño estanque.

Chloé estuvo grabando varias entrevistas para promocionar su última película y la jornada del sábado se alargó hasta casi medianoche. La cinta estaba recibiendo muy buenas críticas y eso aumentaba el interés de los periodistas y por lo tanto, el número de entrevistas que debía conceder a pesar de lo poco que le gustaban. A parte de ayudarla a vestirse, no pude hacer más que leer, pues Christian no me permitía salir del camerino. Fue un aburrimiento total.

Monique seguía enfadada cuando la llamé por la noche desde la habitación del hotel. A diferencia de mí, no se estaba aburriendo, al contrario, se había ido de fiesta con un grupo de amigas a las que ni siquiera conocía. Oír sus carcajadas al otro lado del teléfono cuando alguna de ellas nos interrumpía, fue como un agujonazo en todo el pecho. Ella no tenía intención de frenar el ritmo de su velada ni yo de estropeársela, así que la conversación fue de lo más breve.

Chloé acabó la última entrevista el domingo hacía las tres de la tarde y llegó al camerino exhausta. Su rostro reflejaba claramente el cansancio que había ido acumulando a lo largo del fin de semana y se sentó derrotada frente al tocador. Solía desmaquillarse ella misma, pero la vi tan frágil, que me adelanté. Cerró los ojos, se acomodó en el asiento y dejó que lo hiciera sin que intercambiáramos palabra alguna. Tras el limpiador, apliqué un poco de tónico y para finalizar, extendí la crema hidratante haciendo un suave masaje

que realzó la luminosidad de su rostro y le aportó vitalidad.

De camino al hotel, encontré el valor de pedirle permiso para ausentarme durante el resto de la tarde para poder visitar a mi tía.

—¿Podrás estar de vuelta para la cena?

—¿He de acompañarte a algún sitio?

—Ayer acabamos tan tarde que no pudimos cenar juntas. Me gustaría compensártelo.

<No quiero que me compenses nada. Solo necesito ver a mi tía y que me dejes volver con Monique el próximo viernes>

—Por supuesto —digo disimulando mi enfado.

Mi intención era recoger a mi tía sobre las cinco, dar una vuelta por la parte alta y cenar en alguno de sus magníficos “buchons”. En el mejor de los casos, incluso nos podríamos haber tomado una copa. Era un plan perfecto. Era.

Al llegar al hotel, le indiqué a Christian que me dejara en la puerta principal para tomar un taxi y antes de bajarme del coche, Chloé me recordó nuestra cita. Asentí mientras cerraba la puerta y observé como el coche continuó varios metros hasta la entrada del aparcamiento subterráneo. Desde allí, se podía acceder directamente a la habitación por un ascensor privado.

El taxi me dejó frente al portal de los apartamentos donde vivía mi tía antes de las cinco. Cuando le pedí que esperara, me señaló el contador con indiferencia. Me había tocado el taxista estúpido y eso que, por lo general, todos eran encantadores. Subí de dos en dos las escaleras hasta llegar al segundo piso y pulsé el timbre. Mi tía no tardó en abrir la puerta. Su sonrisa afable y familiar se llevó por delante mi cabreo. Tras abrazarnos, me miró de arriba a abajo.

—Te encuentro muy cambiada Lisa. Pareces otra persona.

—¿De verdad?

—¡Estás mucho más guapa!

—¡Ay tía! No me digas esas cosas —le pido sonrojada—. Me he adelantado, pero si te va bien, hay un taxi esperándonos abajo. He de estar de vuelta en el hotel para la cena —anuncio con desgana. Adèle intuye mi tristeza por no poder dedicarle más tiempo y le quita hierro asegurándome que tenemos tiempo de sobras.

El calor era sofocante y decidimos empezar la tarde refugiándonos en una cafetería climatizada en nuestra parte preferida de la ciudad, la denominada “Vieux Lyon”. Las paredes interiores del local eran de obra vista y estaban



decoradas con aperos agrícolas antiguos, la mayor parte encontrados in situ según rezaban las etiquetas que colgaban de ellos y que incluía una breve explicación del uso.

Adèle me explicó con entusiasmo que, dos veces por semana, leía cuentos en la biblioteca de su barrio. Le encantaba utilizar onomatopeyas para explicarles a los más pequeños el relato y observar sus reacciones cuando ponían cara de asombro. Por supuesto, aproveché para hablarle de Pierre y fui sincera al decirle que aquel niño me estaba devolviendo la sonrisa y que el cambio que había notado en mí se debía, sin lugar a dudas, a él y a Monique. También le hablé de ella sin reservas y le conté el punto exacto en el que se encontraba nuestra relación.

—¿Por qué no la quieres?

—No estoy preparada para atarme a nadie y no podré hacerlo hasta que no consiga dejar atrás mi pasado. Ella es el analgésico perfecto al dolor que siento.

—¿Se lo has contado a tu hermana?

—No sabe nada —digo avergonzada.

—Deberías contárselo.

—Ahora no. Quizás en enero.

—¿Por qué esperar a enero?

—Llamémosla. Ella te lo dirá.

Tía Adèle se llevó una enorme sorpresa.

De vuelta al hotel, pasé por la habitación de Chloé para avisarla de que había llegado y me abrió la puerta con el batín de seda que habíamos puesto juntas en la maleta. Desprendía olor a jabón fresco y tenía el cabello mojado. Su semblante era serio, pero al verme, noté un ligero alivio en su expresión.

<¿Estaba preocupada por mí?>

—Hola Lisa. ¿Qué tal está tu tía?

—Genial, gracias por preguntar. ¿Me das veinte minutos? Quiero darme una ducha antes de bajar a cenar.

—No me apetece salir, nos traerán la cena a la habitación.

—¡Ah! —exclamo contrariada.

<¡Joder! ¿Me he perdido una fantástica cena con tía Adèle para quedarme encerrada en la habitación del hotel?>

Volví a mi habitación cabreada y ni siquiera la ducha fría ayudó a frenar el enfado. Saqué el vestido tejano del armario y me puse las Converse blancas. Me disponía a salir cuando el móvil sonó. Mientras contestaba, me quedé con

el pomo de la puerta en la mano sin llegar a abrir.

—Hola Antoine —saludo sin ganas.

—¿Estás bien?

—Claro.

—¿Cómo está Chloé?

—¿Como siempre? —pregunto con ironía.

—¿Has podido ver a tu tía?

—Sí, pero la jefa me ha chafado el plan.

—¿Qué quieres decir con que te ha chafado el plan?

—Pues eso Antoine, que tenía planes para esta noche.

—Tú sabes lo que ha pasado, ¿no?

—Lo único que sé, es que me toca cenar en la puñetera habitación del hotel en lugar de estar callejeando con mi tía por Lyon.

—Lisa, ¡escúchame un momento!

—Mira Antoine, no estoy para charlas. Ya hablaremos luego.

—¡No me cuelgues! Tengo algo que decirte... —oigo a lo lejos por el altavoz del móvil antes de colgarle. Al abrir la puerta, me quedo petrificada. Chloé está al otro lado con cara de haber escuchado toda la conversación. Intento excusarme, pero no encuentro las palabras, sobre todo cuando veo la tristeza reflejada en su rostro. Esa mirada me rompe el corazón y hace que me sienta con una auténtica imbécil.

—Dejarán la cena en tu habitación. Me voy a dormir, estoy cansada.

—Chloé, lo siento, no lo decía en serio —aseguro cuando me da la espalda para volver a su habitación.

No me contestó, y de hecho, ni siquiera volvió la mirada. Christian estaba al otro lado del pasillo sin inmutarse, pero estaba segura de que me odiaba por ser tan capulla. Cuando oí la puerta de su habitación cerrarse, me escondí tras la mía avergonzada. Llamé a Antoine.

—¿Por qué me has colgado?

—Chloé ha escuchado nuestra conversación.

—¡Joder Lisa! Justamente hoy...

—¡Joder nada! ¿¡Como iba a saber que estaba al otro lado de la puerta!?

—grito presa de los nervios.

—Tranquilízate.

—Estaba tan enfadada porque las cosas no habían salido como yo quería... Mierda Antoine, ¡esta vez sí he metido la pata!

—No tienes ni idea de lo que ha pasado, ¿verdad?

—No —digo en voz baja recordando que antes de colgarle ya me lo ha preguntado.

—En primer lugar, y el más importante, es que no puede presentarse en ningún restaurante contigo. Al día siguiente saldríais en las portadas de toda la prensa.

—¿Por qué? Solo soy su asistente.

—A ellos les da igual, inventarían cualquier cosa con tal de vender revistas. Chloé es un personaje público, no lo olvides. Y en segundo lugar, esta tarde en el aparcamiento subterráneo del hotel, se ha cruzado con varias personas, entre ellas un hombre que ha venido directo hacia ella gritando en árabe. Todo el equipo de seguridad se le ha echado encima y lo han reducido, pero a Chloé le ha dado un ataque de nervios y Christian ha tenido que llevarla en volandas hasta su habitación. Lo peor de todo —prosigue con desazón— es que ha sido una falsa alarma y el pobre hombre tan solo decía: “¡Qué guapa eres en persona! Mi hija se volverá loca cuando se lo cuente”.

—Por culpa de unos cuantos, han conseguido que tengamos miedo de todos ellos. ¡Qué injusticia! —tras unos instantes en silencio, vuelvo a hacerme cargo de mi metedura de pata—. Supongo que una cena tranquila era su plan perfecto para esta noche y en cierto modo, mi plan no estaba tan alejado del suyo. Planes similares, pero con diferentes protagonistas. Lo he estropeado todo Antoine. Espera, llaman a la puerta. Cuando abro, un camarero impecablemente vestido, trae un carro con más comida de la que puedo comerme en un día.

—¿Qué pasa?

—Me traen la cena.

—Lisa, tengo que dejarte, me está llamando Christian.

—Será para explicarte lo gilipollas que soy.

—Deja de mortificarte. Hablamos mañana, ¿vale?

—Claro —digo sin ganas y completamente hundida.

Sentada sobre la cama, observé durante un buen rato el carro repleto de comida, pero mi apetito se había desvanecido por completo y por enésima vez, iba a incumplir mi propósito de no tirar comida.

Correr me ayudaba a sortear las situaciones en las que todo parecía estar fuera de lugar, pero en aquella ocasión, mis zapatillas no viajaron conmigo, un error que no se volvería a repetir.

El único modo de aliviar la sensación que me reconcomía por dentro, era pedirle perdón y que aceptara mis disculpas, aunque ahora sé, cuan

equivocada estaba. Pero eso, te lo explicaré en otro momento.

Llamé a su puerta y mientras esperaba, observé como Christian hablaba con varios miembros del equipo de seguridad al otro lado del pasillo. Me miró de reojo advirtiéndome que estaba perdiendo el tiempo y así fue, porque Chloé no abrió. De vuelta a mi habitación, me detuvo para informarme que volvíamos a casa a primera hora, lo que en su argot significaba estar lista a las seis de la mañana.

Pasé la noche en vela, reviviendo una y otra vez el rostro de Chloé al abrir la puerta de la habitación, y al amanecer, di con la solución. No era la mejor, ni la que más me gustaba, pero era la única manera que tenía de compensarla.

Con puntualidad inglesa, un miembro del equipo de seguridad me recogió y me acompañó hasta el aparcamiento, donde, como de costumbre, nos esperaban varios vehículos con los cristales tintados. Me dirigí directamente al coche de Chloé, pero me llevaron al segundo coche y ni siquiera la vi.

El viaje de vuelta se me hizo eterno reconcomida por la culpa. Al llegar a la mansión, su coche se detuvo frente a la puerta principal, mientras que el mio, aparcó en el garaje. Una forma discreta de evitar que nos viéramos. Obviamente esta enfadada y no era para menos. Con mi bolsa de viaje al hombro, fui en busca de Antoine.

—Necesito hablar contigo.

—Después de comer, ahora no puedo —me espeta nada más verme.

—¡Por favor! Es urgente.

—No puedo, en serio. Hablaremos después —dice dejándome con la palabra en la boca.

Pasó toda la mañana con Chloé y Christian, e incluso en algún momento, Marcus se añadió a la reunión que mantuvieron en la biblioteca. Ni siquiera comieron con nosotros y a cada minuto que pasaba, más convencida estaba de que me iban a echar. Mientras observaba como se llenaba mi taza de cappuccino, la vi pasar a lomos de Etoile a través de la ventana de la cocina y se me encogió el corazón al pensar que quizás sería una de las últimas imágenes que tendría de ella.

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme? —pregunta Antoine sobresaltándome.

—Lo dejo.

—¿Dejas el qué?

—Dimito.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Chloé necesita alguien de confianza y después de lo que ha pasado, no puedo ser esa persona. La única manera de compensarla, es irme.

—Estás exagerando.

—He sido una egoísta y por mi culpa he visto una expresión en su rostro, que jamás debería haber visto.

—Puedes ser muchas cosas, pero no eres egoísta. Desde que llegaste, has dado sin pedir nada a cambio y eso no es precisamente lo que hacen las personas egoístas. Chloé no aceptará tu renuncia.

—¿Por qué no?

—Te aprecia y sabe que, en parte, tenías razón.

—¿Habéis hablado de ello? —pregunto extrañada.

—Me ha explicado lo mismo que me contaste tú y llegó a la conclusión de que posiblemente, ella hubiera hecho lo mismo si hubiera estado encerrada en el camerino todo el fin de semana. Hacía meses que no veías a tu tía y es lógico que quisieras pasar más tiempo con ella. El problema es que Chloé no puede ser tú y para que puedas seguir siendo tú, no puede estar contigo en un sitio público.

—¿Intenta protegerme?

—Nuestra intimidad es una de las cosas más valiosas que tenemos. Ella lo sabe bien y por eso te ha mantenido alejada de su mundo. Prefiere verte aburrida en el camerino que expuesta al implacable escrutinio de la prensa.

—Debería pedirle perdón.

—Si decides quedarte, no hará falta.

## CAPÍTULO 8

Era martes y estaba en París con Stephane para dejar ropa en la tintorería y recoger un vestido de Chloé en JPG. Tras acabar los encargos, le pedí a Stephane un favor.

—Podemos pasar por Boulevard Pasteur con Rue Mizon? Me gustaría darle una sorpresa a alguien.

—Solo si es alguien especial —dice levantando la ceja con picardía.

—Ya sabes que lo es —ríe. Mi cuerpo y mi mente admiten al unísono que están deseando verla y me estremezco al pensar en ella.

—¡Marchando esa sorpresa!

Había empezado a chispear, pero para cuando llegamos a la cafetería, llovía con más fuerza y nos vimos envueltos en la típica tormenta de verano.

—¿Te apetece que coja algo para comer?

—Pues la verdad es que tengo hambre ¿Cuál es la especialidad?

—Bocadillo de pollo a la plancha con lechuga, cebolla caramelizada y mayonesa especiada. Está delicioso.

—Me apunto a uno de esos.

—Vuelvo en quince minutos.

—Tómate el tiempo que necesites. Te esperaré aquí, es lo más cerca que puedo dejar el coche. Si viene la policía, daré vueltas a la manzana hasta que salgas.

Estaba fuera del coche y me estaba mojando, así que levanté el pulgar para indicarle que lo había oído. La cafetería estaba situada en una plaza donde a diario la gente se concentraba a la hora de comer por su amplia oferta gastronómica. Algunos, aprovechaban el buen tiempo para descansar en la zona verde que la circundaba, pero aquel día, por culpa de la inesperada lluvia, el césped y las terrazas estaban desiertas.

A medida que me acercaba a paso ligero a su cafetería preferida, imaginaba la cara que pondría al verme y empecé a ponerme nerviosa. Era difícil ver algo con aquella lluvia, que aunque fina, era persistente, pero unos metros antes de llegar, la busqué a través de las ventanas y allí estaba, tan guapa como siempre sentada en una de las mesas que había al final del local. Llevaba demasiados días alejada de sus caricias y el entusiasmo se apoderó

de mi al imaginar el ardor de sus besos y el peso de su cuerpo sobre el mío. Resultaba casi como un castigo que hubieran pasado más de tres semanas desde la última vez que nos habíamos visto.

Conversaba frente a otra mujer que me resultó familiar pero que, debido a la lluvia no conseguí reconocer. Unos cuantos pasos me separaban de la puerta cuando la supuesta compañera, se levantó, se acercó a ella y la besó en los labios. Me quedé petrificada. La lluvia seguía mojándome, pero no sentía nada, el tiempo se detuvo y todo se ralentizó: la mano de Monique, con su perfecta manicura, se resistía a separarse de la mano de su acompañante y cuando por fin lo hizo, contemplar su mirada embelesada fue una tortura. Nunca había sido celosa, pero ese gesto provocó un pequeño incendio en mi interior y se me cayó el mundo a los pies. La mujer salió de la cafetería y pasó a mi lado sin ni siquiera reparar en mí. Se protegía de la lluvia con un bolso, el mismo que había comprado con Monique semanas atrás.

<¿La acompañé a comprar un puto bolso para su amante?>

Monique la observaba desde el interior hasta que reparó en la figura que estaba plantada junto a la puerta empapada por la lluvia. Su semblante cambió cuando intercambiamos durante un breve instante la mirada. Di media vuelta y me encaminé hacia el coche obligando a mis piernas a caminar porque, las muy idiotas, no estaban por la labor de obedecerme. No tardé en escuchar mi nombre a mi espalda y un nerviosismo histérico se fue apoderando de mí mientras intentaba llegar al coche, pero las piernas seguían sin responder, temblorosas y sin fuerzas. Cientos de imágenes pasaron por mi mente, como fotografías de una película en la que yo, era la protagonista. Esa era la manera en la que mi mente se desconectaba de la realidad y se anclaba al pasado para ahuyentar el dolor. Casi había alcanzado la puerta del coche cuando oí de nuevo su voz, esta vez mucho más cerca.

—¡Lisa! ¡Por favor, espera!

Puse la mano en la maneta y literalmente me lancé dentro del coche cerrando la puerta sin mirar atrás. Stephane no esperó ninguna indicación, arrancó y me sacó de allí tan rápido como pudo. Mi móvil sonaba con persistencia y su nombre en la pantalla se fue difuminando por culpa de las lágrimas que anegaban mis ojos. La mujer de la cafetería era Eleonore y las piezas del rompecabezas se fueron alineando poco a poco: la primera vez junto a François y la incomodidad que presentí entre ambas, la segunda vez, el día de la entrevista con Antoine y su mirada furibunda desde la fotocopiadora, y por supuesto, el día en el que Monique olvidó que era viernes.

<Por eso no quiso que me reuniera con ella en su apartamento. Estaban juntas>

Obviamente Eleonore conseguía que perdiera la noción del tiempo, pero ¿desde cuándo? La espina que más se me clavó, fue pensar que la había acompañado a comprarle un bolso y que todo lo que pasó después, fue para compensar la culpa que sentía.

Stephane me observaba a través del retrovisor visiblemente preocupado, pero fiel a su discreción, no hizo ningún comentario, algo que agradecí, porque en aquellos momentos, no necesitaba hablar, sino descargar con lágrimas parte de la tristeza que me invadía.

Al llegar a la mansión, me dirigí a la habitación de Chloé con el vestido que necesitaba esa misma noche rezando para no encontrarla allí. Desde el incidente en Lyon, prácticamente no habíamos hablado y ese no era el mejor momento para hacerlo, así que suspiré aliviada cuando entré y vi que no estaba. Lo dejé colgado en el vestidor y bajé por las escaleras de servicio como un huracán. Eran las 15:23 y solo quería meterme en mi habitación y no salir hasta el día siguiente, pero no podía, debía trabajar. Encaré el pasillo del sótano con decisión y a medio camino, vi a alguien saliendo del Spa. Eran Chloé y Boris.

<¡Me cago en....!! ¿Qué hacen saliendo del Spa a estas horas? ¡Qué mala suerte tengo, joder!>

Bajé el ritmo intentando escabullirme para no cruzarme con ellos, pero Chloé me vio y alzó la mano. Le devolví el saludo con la esperanza de que fuera suficiente para que siguiera su camino, pero no fue así. Despidió a Boris y me esperó. Nada más llegar a su altura, advirtió que algo iba mal.

—¿Estás bien?

—Claro —digo con sequedad.

No quería que sonara tajante, pero llegados a ese punto, no tenía ganas ni intención alguna de darle explicaciones acerca de mi vida privada. Me miró de un modo que no supe adivinar si me iba a dar una hostia o me iba a mandar a la mierda.

<Puestos a pedir, prefiero la hostia, igual me ayuda a no ser tan gilipollas>

—No, no lo estás.

<Pues ni una cosa ni la otra. Esta mujer siempre logra confundirme>

Intentó hablarme sin aspereza, aunque sabía perfectamente que le había dolido la forma en la que le había contestado.

—He dejado el vestido en tu habitación. ¿Necesitas algo más? —pregunto



intentando concluir la conversación y rezando para que no me pida ayuda para vestirse.

<Hoy no soy buena compañía. Aléjate de mí>

—Me vestiré sola.

<Sé que me lo ibas a pedir, pero haces bien en cambiar de opinión. No tienes culpa de nada y aun así lo estoy pagando contigo. ¡Soy una puñetera imbécil!>

Me metí en el zulo y puse música a todo volumen. No quería pensar en otra cosa que no fuera planchar, pero mantener a Monique alejada de mis pensamientos fue misión imposible. Contra más luchaba por alejarla, más presente estaba. La imagen de su mano reteniendo la de Eleonore volvía continuamente a mi mente mezclada con la noche de lujuria y pasión que habíamos compartido el día que fuimos a comprar el bolso.

Antes de la hora de cenar, subí a la cocina y me hice un bocadillo bajo la atenta mirada de Marie.

—¿Qué te pasa?

—Te lo cuento otro día, hoy soy un perro con muy malas pulgas. Lo mejor es que cene en mi habitación.

—Eso suena a problemas amorosos.

Me encogí de hombros mientras ponía algunas hojas de lechuga al bocadillo de jamón dulce. Cuando salí por la puerta, me gritó.

—Llévate algo de beber —dice ofreciéndome una Orangina sabiendo lo mucho que me gusta. Le doy un beso en la mejilla para agradecersele y me alejo con la cabeza gacha.

A la mañana siguiente, cuando desperté, tenía un mensaje de Stephane.

—¿Cómo lo llevas?

—*Estoy bien. Te debo un bocadillo de pollo*

—*El viernes cuando vayamos de nuevo a la tintorería, te llevaré a una cafetería donde preparan el mejor bocadillo de pollo a la plancha con queso azul y cebolla confitada de toda la ciudad. Mi mujer y yo solemos ir de vez en cuando ;)*

—*Es una idea fantástica :) :)*

—*No se hable más. Cuidate ¿vale?*

—*Claro. Gracias por todo*

A pesar de que salir a correr me hubiera ido bien para despejarme, apenas había dormido un par de horas y estaba muerta de cansancio. En la cocina, encontré a Antoine mirando el Ipad junto a Christian. Mientras me preparaba

el desayuno, apenas les presté atención, pero por los comentarios de Antoine, estaban criticando a alguien. Christian se acabó el Ristretto, se levantó y puso la taza en el lavavajillas.

—Os dejo, tengo que ver a Marcus.

Ocupé su lugar observando de reajo las imágenes que aparecían en la tablet y sin apenas mirarlo, Antoine y yo lo despedimos con la mano.

—¿Estás bien? Tienes mala cara —me da un ligero codazo mirándome de reajo.

—He dormido fatal.

—No cenaste con nosotros, has dormido mal y no has salido a correr. Que una de las tres cosas ocurra, ya es motivo para que me preocupe, pero las tres juntas es que pasa algo... ¡muy grave! —grita cachondeándose—. ¿Quieres hablar?

—No.

—Cuando quieres eres una borde, ¿lo sabías?

—Mi hermana me dice lo mismo. Ya hablaremos en otro momento —digo levantándome de la mesa.

—¡Pero si apenas has desayunado!

—Estoy guardando la línea —me burlo sin ganas.

—Siéntate y acaba de desayunar.

—Tengo un montón de trabajo acumulado.

—Me importa un carajo. ¡Siéntate y desayuna! No te preguntaré nada más si ese es el motivo por el cual quieres escaquearte.

Quería contárselo y de hecho, necesitaba desahogarme, pero no era el momento. Desayunamos prácticamente en silencio, contemplando las fotos de la fiesta que salían en la prensa. En muchas de ellas, aparecía Chloé.

—Es el vestido que recogiste ayer.

—Es bonito —musito aparentando desinterés, pero lo cierto es que está realmente espectacular.

Llevaba un elegante vestido largo de color rojo sangre con corte tubular que resaltaba su figura. Cientos de Pailletes bordados sobre una pieza de tul, cubrían estratégicamente sus pechos y algunos adornos de brillantes se distribuían a lo largo de la falda sin un patrón aparente. El recogido desenfadado con algunos mechones sueltos, acentuaba sus facciones y le favorecía mucho, pero no se la veía feliz, al menos no mostraba la sonrisa franca y sincera que tenía en casa.

—¿Por qué parece tan distante?

—Las fiestas no le gustan mucho pero además, René le pidió que fuera acompañada y ella se negó. Discutieron.

—Podría haber ido con su amigo.

—¿Qué amigo?

—He leído que tiene un amigo —digo sin darle la menor importancia. Antoine me mira como si fuera lerda y reniega con la cabeza.

—A veces parece que te hayas caído de un árbol. No te creas todo lo que sale en la prensa y así podrás estar más atenta a lo que pasa en casa —me espeta.

Desapareció rumbo a la puerta principal mientras intentaba descubrir a qué se refería exactamente, pero no pude, seguía teniendo el estómago revuelto a causa de los nervios del día anterior.

De camino al zulo, le eché un vistazo al móvil y tenía unas cuantas llamadas perdidas y varios mensajes de Monique pidiéndome que habláramos. La tenía silenciada.

Le pedí a Antoine que me acompañara en mi paseo nocturno, aunque ya no era nocturno, porque cuando acabábamos de cenar, todavía estaba atardeciendo. Me tomé mi tiempo para contarle lo de Monique mientras hablábamos de banalidades, convencida de que acabaría llorando, pero para mi asombro, no derramé ni una sola lágrima y me descubrí a mí misma mucho más entera de lo que pensaba, pero no lo suficiente como para alejar a las oscuras pesadillas que volvieron con más fuerza y en las que, por primera vez, apareció ella. Los recuerdos del pasado y del presente formaron un batiburrillo insoportable y durante varias noches seguidas, me desperté calada por el sudor y con los ojos hinchados.

A la mañana siguiente, recibí la vista de Chloé en el zulo. Venía del Spa porque llevaba puesto el albornoz y tenía el cabello mojado. Yo estaba sentada en el sofá, cosiendo varios botones que se le habían caído a la bata del colegio de Pierre.

—Hola Lisa.

—Buenos días Chloé.

—¿Tienes por ahí mi pijama gris?

Sabía a qué pijama se refería, pero alargué intencionadamente la conversación. Le debía una disculpa.

—¿Te refieres al de Hello Kitty con corazones morados? —pregunto. Ella asiente mientras se sienta a mi lado y me observa—. Siempre se le cae algún botón —le explico antes de que me pregunte.

—¿Te gusta coser?

—Me relaja.

—¿Cómo aprendiste?

—Me enseñó mi madre. Ella sabía muchas cosas y casi todas ellas, las aprendió sola.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre —digo mirándola fijamente—. Nos abandonó cuando mi hermana y yo éramos pequeñas.

—Lo siento.

—No importa. Nunca lo he echado de menos, sin embargo, no hay día que no recuerde a mi madre. Echo de menos su buen humor, sus consejos, pero sobretodo, los abrazos que conseguían curarme cualquier pena. A pesar de que, por su culpa, tuvo que trabajar catorce horas diarias durante muchos años, jamás tuvo una mala palabra para él.

—Quizás hayas heredado su fuerza.

—Ya me gustaría —admito sonriéndole—. Tu pijama tenía un pequeño agujero y lo he estado remendando. No tenía muy claro si preferías desprenderte de él —prosigo mientras lo saco de la cesta y se lo entrego.

—¿Desprenderme de él? ¡Es mi pijama favorito! —exclama desplegándolo para ver el remiendo—. ¿Dónde está? No lo veo.

—Aquí —digo señalando un pequeño remiendo en la parte de la cintura.

—Prácticamente no se nota, ¡eres una artista! Me encanta como huele —asegura mientras inhala con los ojos cerrados el perfume que desprende—. Sé muy pocas cosas sobre ti, lo de tus padres, es lo primero que me has contado.

<Lo sé, pero por hoy, es suficiente>

—Coser no es nada complicado. Si quieres, te puedo enseñar.

Me miró ladeando la cabeza y sonrió ligeramente como diciendo: —Lo capto, no quieres seguir hablando de ti.

—¿Quieres que me lleve la cesta?

<Buena chica>

—Tengo alguna prenda más para planchar, luego te la subo.

—De acuerdo. ¿Nos vemos a la hora de la cena? Anoche te echamos de menos.

—Hoy no faltaré —aseguro. Mientras veo como se aleja, caigo en la cuenta de que no le he pedido disculpas—. ¡Chloé!

—¿Sí? —dice girándose.

—Siento lo de ayer. No fue mi mejor día, pero aun así, no tengo excusa

para ser una grosera.

—Olvídalo. Sé que no tenías muchas ganas de hablar, pero si alguna vez necesitas charlar con alguien.... —se ofrece sin acabar la frase.

Estaba segura de que Antoine no se lo había contado y aun así, en ese momento intuí que ella lo sabía.

31 de julio. Otro día en mi lista de días para olvidar.

Cuando volvía de mi paseo nocturno, me llegó un mensaje y mi pantalón blanco de algodón se iluminó. Lo abrí pensando que sería de Clara, pero era Monique. Habían pasado dieciséis días desde nuestro último encuentro en la cafetería y desde entonces, no había contestado ni a sus mensajes ni a sus llamadas. Lo cierto es que me sentía mal por culparla de algo que, en el fondo, sabía que acabaría pasando y mi forma de castigarla estaba siendo infantil, cuanto menos. Decidí que mi aislamiento acababa allí y abrí el mensaje con intención de pedirle disculpas, pero lo que leí, me heló la sangre. Incapaz de asimilar la noticia, las manos empezaron a temblarme incontroladamente. Mme Bondue había fallecido.

Rota de dolor, miraba al cielo implorando fuerza, no solo para mí, sino también para ella. Decirle adiós a alguien a quien quieres, es siempre duro, no por todo lo que esa persona representaba en nuestra vida, sino porque una parte de nosotros, se va con ella. Mme Bondue no solo me aportó amistad y cariño, se convirtió en mi abuela cuando más la necesitaba y siempre sería parte de mi familia.

La aparición de una estrella fugaz, alivió mi desconsuelo. Era la señal que esperaba. Mi señal. La señal que el cielo me enviaba solo a mí. Mme Bondue no se había ido del todo, siempre estaría allí, brillando junto al resto de personas a las que quería y que también se habían ido.

Me limpié las lágrimas con el brazo y fui en busca de Antoine.

—¿Qué te ocurre? —pregunta alarmado al abrir la puerta de su habitación. Viste un pijama azul cielo con las letras Oxford University en azul marino.

—La abuela de Monique ha fallecido —digo conteniendo las lágrimas. Su abrazo no se hace esperar y no tardo ni medio segundo en sentir su calidez envolviéndome. Me dejo ir y lloro sin reservas junto a su hombro.

—Lo siento Lisa, sé cuánto la querías.

Notaba su preocupación en la forma de respirar, pero no podía parar de llorar. Solo cuando me vio algo más sosegada, se apartó unos centímetros y secó parte de mis lágrimas con la palma de su mano.

—¿Cuándo es el funeral?

—Mañana a las once.

—Te acompañaré.

—No, por favor —suplico—. A Monique no le cuadrará que mi jefe me acompañe a un funeral.

—Supongo que tienes razón, pero no quiero que vayas sola. Le pediré a Stephane que te lleve.

Una parte de mi vida se desmoronaba de nuevo, pero allí estaba él para sujetarme. Antoine se había convertido en un hermano para mí y en aquellos momentos, estar entre sus brazos era el único lugar del mundo en el que necesitaba estar. Me acarició el cabello como lo hacía mi madre cuando era pequeña: mechón a mechón, con suavidad y sin prisa.

Sentado sobre la tapa del inodoro, Antoine me observaba mientras dedicaba a mis ojeras el tiempo necesario para camuflarlas. Luego me acompañó hasta el garaje donde ya me esperaba Stephane con la puerta del coche abierta.

Durante el trayecto, mis pensamientos me llevaron hasta Mme Bondue y a nuestras tardes de invierno juntas. Aquellas escenas que mi mente recordaba, me parecieron muy lejanas y el desconuelo de su pérdida solo lo calmaba el hecho de que estaba donde quería estar: rodeada de sus seres queridos. De todos aquellos que aparecían en las fotografías de su salón y que su deseo de no sobrevivir a su nieta, se había cumplido. Tampoco pude evitar pensar en Monique, en lo egoísta que había sido a sabiendas que ella no era la única culpable en todo lo ocurrido. Desde hacía tiempo, percibía que la distancia estaba haciendo mella en nuestra historia y ni siquiera su intento por recuperar terreno ofreciéndome vivir con ella, había conseguido que me replanteara el tipo de relación que teníamos, pero lo cierto era que, aunque no estaba enamorada de ella, era una de las personas que más quería.

El funeral fue en la Iglesia Notre—Dame De Bonne—Nouvelle, un templo que había visitado durante mis primeras semanas en París y a decir verdad, uno de los que más me habían gustado. En los laterales interiores, había varios arcos soportados por columnas de mármol blanco y el altar estaba presidido por una bóveda ornamentada con pentágonos. Fue construida en 1551, destruida en varias ocasiones y vuelta a construir. La que actualmente seguía en pie, databa de 1829 y me pareció el lugar más bonito para despedir a una mujer única.

Al entrar no me sorprendió ver pocas personas en el interior y que todas ellas fueran de edad muy avanzada. Recordar ese momento, me transporta al

intenso olor a incienso que había, un olor que, desde entonces, no soporto. Monique conversaba con un grupo de señoras vestidas completamente de negro, pero en cuanto me vio, se excusó y vino hacia mí. A medida que se iba acercando, pensaba en las palabras de consuelo que le diría, pero sabía perfectamente que no hay palabras que te reconforten ante una pérdida así. Nos fundimos en un abrazo intenso y cálido que no sé si duró diez segundos o diez minutos, lo que sí sé, es que nos unió de nuevo y curó la distancia que se había fraguado entre nosotras. Al retroceder, ambas teníamos los ojos vidriosos y éramos incapaces de hablar, pero no era necesario. Sobraban las palabras.

La tomé del brazo del mismo modo que ella solía cogerme y la acompañé hasta el banco que había en primera fila puesto que el párroco se disponía a dar comienzo a la ceremonia. Aunque lo intenté, lo cierto es que anduve perdida durante toda la misa incapaz de entender lo que decía, no sé si por mi incapacidad de concentrarme o por el tono fatigoso en el que hablaba aquel cura de, al menos, ciento cincuenta años. Ante mi ineptitud para descifrar sus palabras, decidí despedirme de Mme Bondue a mi manera, rememorando algunos de los pequeños momentos que había compartido con ella, momentos en los que había grandes dosis de cariño y admiración mutua.

Al finalizar la misa no pude acercarme hasta el féretro para despedirme de ella, preferí que mi mente conservara la imagen de la mujer sensible y afable que me había robado el corazón. Cuando los empleados de la funeraria se llevaron el ataúd por el pasillo central, Monique apretó con fuerza mi mano buscando el modo de atenuar aquel angustioso momento y tras un suspiro ahogado, las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas. Los segundos que tardaron en recorrer el pasillo hasta la salida, se nos hicieron interminables. Una vez fuera, me quedé a su lado en un discreto segundo plano, mientras las personas que habían asistido a la misa iban saliendo y le daban el pésame.

<¡Por Dios! ¡Qué acabe cuanto antes este suplicio!>

Stephane estaba apoyado en un lateral del coche y nos observaba. Cuando todos se fueron, el párroco se acercó para darle ánimos y volvió dentro de la iglesia cerrando las puertas tras de sí. Todo quedó en silencio, revelando la soledad que impregnaba aquel triste momento. Una leve brisa arremolinó varias hojas caídas del Ginkgo cercano.

—Sabía que vendrías.

—No podía faltar; con tu abuela se ha ido un pedacito de mí.

—Te quería tanto...Me haría falta otra vida para agradecerte lo que hiciste.

—No hice nada, vosotras ya os queríais mucho antes de que yo llegara.

—Pusiste en valor lo importante que era para mí y cada momento que he pasado con ella en los últimos meses, lo he disfrutado como nunca antes.

—Cuando alguien se va para siempre, deja una cicatriz en nuestro corazón, pero lo importante es aprender a vivir con esa herida y no dejar que condicione nuestro día a día —lo sé por experiencia—. Ella siempre estará contigo, no tengas la menor duda.

—Con nosotras —corrige abrazándome mientras asiento conteniendo las lágrimas. Su abrazo es sincero y espontáneo y le hace tanta falta como a mí.

—¿Como pasó?

—Un infarto. La llamé el jueves y la encontré un poco floja, así que ayer, antes de ir al trabajo, me pasé por su casa. Llamé al timbre varias veces y empecé a asustarme cuando vi que no me abría. Usé mi llave para entrar y la busqué gritando, pero no me contestaba. Entré en pánico incluso antes de entrar en su habitación y encontrarla en la cama. Estaba de lado, como si estuviera dormida y la expresión de su rostro era de paz. No sufrió, ese es mi único consuelo.

—Me hubiera gustado verla una última vez —articulo a duras penas.

—Ella ya sabía que no te volvería a ver y hace unos días me entregó algo para ti.

—Me duele cada recuerdo que tengo de ella, pero esos mismos recuerdos, son al mismo tiempo un tesoro. ¿Sabía que no estábamos juntas?

—No me atreví a decírselo —admite bajando la mirada. La tomo de las manos y las zarandeo ligeramente para conseguir que me mire.

—Mejor. No era necesario darle un disgusto.

—No me has devuelto ni una sola llamada —observa abatida. Su tristeza me encoge el corazón, y pensar que he contribuido a llevarla a ese estado, me remueve la conciencia.

—Estaba dolida, pero estos últimos días, he pensado mucho en todo lo que ha pasado. Lo siento; no he sabido afrontarlo de otro modo.

—No quiero que esto acabe con nuestra amistad. Quédate esta noche, te contaré todo —suplica con la mirada atormentada.

—No puedo Monique.

—Solo hablar, no me malinterpretes.

—No puedo —repito dirigiendo la mirada hacia el coche. Stephane sigue apoyado en el coche y está al teléfono. La verlo, sé que habla con Antoine.

—Entiendo —asiento apenada.



—Puedo volver el fin de semana. Sé que tenemos que hablar, pero hasta entonces, necesito que sepas que no estoy enfadada y si lo he estado en algún momento, ha sido conmigo misma. No quiero que te atormentes por lo que pasó y no voy a venir a perdonarte, porque no tengo nada que perdonar. Siempre seremos amigas. Pase lo que pase.

Monique asintió con la mirada intentando contener las lágrimas que, sin remedio, empañaron de nuevo sus preciosos ojos verdes. La abracé y sentí como las fuerzas la abandonaban. No soportaba verla así y no podía permitir que se viniera abajo. La tomé de las manos y separé mi cuerpo del suyo para poder mirarla a los ojos.

—Tienes que ser fuerte y no derrumbarte. Lo sé por experiencia, créeme. No puedes hacer nada por cambiar lo que ha pasado, solo seguir adelante.

—Lo intento, pero la echo tanto de menos...

—Ella estará donde tú estés, pero de otro modo. Debes verlo así.

—No puedo —sin ánimo alguno, las lágrimas se convierten en un llanto ahogado y sé que debo ayudarla a reaccionar. Está a punto de entrar en un bucle del que no podrá salir.

—¡Mírame! —grito. Monique levanta la mirada y prácticamente no la reconozco. Tiene los ojos hundidos, la piel mate y los labios pálidos—. Tu abuela ha sobrevivido a todos menos a ti y así quería que fuera. Era una luchadora. ¡Demuéstrale que tú también lo eres!

Se agarró a mi cuello y lloró por fin sin guardarse nada, descargando toda la pena que sentía.

—Llora. Libérate de todo el dolor que sientes.

Me extrañó que Eleonore no estuviera acompañándola en esos duros momentos y la maldije por ello. Era más capulla de lo que pensaba.

—¿Dónde hay que ir ahora? —pregunto sin dejar de abrazarla.

—Hace meses me dijo que, llegado el momento, quería ser incinerada y aunque no estoy de acuerdo, cumpliré con sus deseos. Mañana recogeré sus cenizas en el tanatorio.

—No quiero que vayas sola.

—Eleonore me acompañará.

<¡Putá Eleonore! ¿Dónde cojones estás?>

—Te acompaño al coche.

—No me sentía con fuerzas para conducir y venido en taxi.

—Pues te llevamos a casa —aseguro señalando hacia Stephane.

Después de dejar a Monique en su apartamento, pasé por el mío para

recoger varias cosas antes de que Stephane me condujera a la inmobiliaria para devolver las llaves. Nada me ataba allí y la idea de volver y no poder ver a Mme Bondue, me resultaba insoportable. Entregando aquellas llaves, sentí como se cerraba otro capítulo de mi vida.

Chloé estaba sentada en una de las butacas de la terraza de jardín y nada más verme, se levantó y salió a mi encuentro.

—Antoine me ha contado lo sucedido. Lo siento muchísimo —asegura mientras hace el ademán de abrazarme. Dando un paso atrás, evito su abrazo sin pensarlo, me sale inconscientemente y por un momento, veo el desconcierto y la confusión en su rostro. Aun así, tras ese instante de perplejidad, se mantiene allí, preocupándose por mí y mirándome con compasión.

<¿Por qué aguanta que la trate así?

—Gracias Chloé —digo dando un paso adelante para irme.

—¿Era muy mayor? —pregunta reteniéndome.

—83 años. Ha ocurrido mientras dormía. Que se haya ido sin sufrir es el único consuelo que nos queda.

—Seguro que era una mujer entrañable.

—Era como una abuela para mí y la voy a echar mucho de menos —aseguro con pesar. Sin querer, los recuerdos de algunos de los momentos que hemos pasado juntas, vuelven a mi mente: regando sus plantas por las mañanas, nuestras tardes de invierno con la tetera sobre la mesa, sus viejas historias, las risas y también los silencios. Me abandono a esos pensamientos y mi mente se aleja del presente como tantas otras veces.

—¿Necesitas algo? —pregunta arrancándome del apego a mis recuerdos.

—Me voy directa a la cama. Necesito dormir y dejar atrás este horrible día.

—Descansa. Si puedo hacer algo por ti...

Tuve la sensación de que Chloé quería decir más de lo que dijo y era una sensación que se repetía a menudo cuando estaba con ella.

El resto de la semana se hizo interminable y fue por mi culpa. Renuncié tanto al running matutino como a mis paseos después de cenar e incluso la música del zulo sonó como si fuera un susurro. Estaba tan apática, que Marie no dejó que Pierre viniera por las tardes a sabiendas de que necesitaba tiempo para mí, y aunque me moría de ganas de verlo, sabía que no era buena compañía para él y me contenté con verlo en las comidas. Fue una semana solitaria, pero lo cierto es que me fue bien para poner mis pensamientos en

orden.

El sábado por la mañana, me levanté temprano y cuando pasé por la cocina, encontré a Chloé estirando con la pierna pegada al glúteo. Llevaba puesto un short negro con malla interior y un top rosa ribeteado en negro. Incluso recién levantada, tenía un aspecto increíble mientras que yo llevaba varios días con unas ojeras horripilantes.

—No podía dormir así que he pensado en salir a correr un rato contigo. ¿Te importa?

Era el primer día que encontraba las fuerzas necesarias para salir a correr y en ese momento solo pensé en lo mucho que me hubiera gustado hacerlo sola, pero justo cuando empecé a notar que me estaba enfadando y que estaba a punto de mandarla a freír espárragos, caí en la cuenta de que ella, al igual que Antoine, siempre estaba cuando necesitaba ayuda (aunque no fuera consciente de necesitarla). A pesar de todos mis desaires, siempre estaba allí.

<¿Por qué siempre pierdo la paciencia contigo? ¿Por qué?>

—Llevo demasiados días sin salir a correr, me vendrá bien algo de compañía.

Nunca antes había salido a correr acompañada y no tenía muy claro cuál era la formalidad en esos casos (si es que la había). ¿Se hablaba? ¿Había que adecuarse al ritmo del otro? ¿Se acordaba un tiempo antes de empezar? No tenía ni idea. Una vez pusimos un pie en la terraza, nos miramos sabiendo que iba a ser una carrera agotadora a causa del calor.

—¿Qué ruta sueles hacer?

—No tengo ninguna definida, me gusta improvisar. Vayamos hasta el bosque y allí decidimos, ¿te parece?

—Perfecto. De vuelta podríamos montar. Claude me ha dicho que Bodus, Vixe, Sable y Etoile te han tomado mucho cariño.

—Hace años que no monto.

—Es como ir en bici: nunca se olvida. Hoy haremos las dos una excepción: yo no suelo montar acompañada y tú siempre sales a correr sola.

—Me parece un trato justo —aseguro. Tiene una sonrisa encantadora y me gusta ver que es la auténtica, no la que pone cuando le hacen una entrevista.

—¿Te gustan?

—Me maravilla su inteligencia y siempre aprendo algo de ellos. ¿Y Claude? Él es... ¡simplemente increíble! En todo momento sabe lo que necesitan e incluso parece que sepa lo que están pensando.

—Se lo robé a mi madre.

—¿En serio? —río.

—Él me enseñó a montar cuando era pequeña y cuando me mudé aquí, supe que lo quería al cuidado de mis caballos. Mi madre se llevó un buen disgusto cuando se lo dije, pero ya está acostumbrada —asegura encogiéndose de hombros—. De todas formas, ya no montan, así que tarde o temprano Claude hubiera acabado conmigo.

—Te llevaste la joya de la corona; yo también me hubiera cabreado contigo —bromeo.

—No nos llevamos muy bien, por eso me gustó mucho más robárselo —aclara levantando la ceja. Aunque hace un calor infernal, prácticamente no suda y sigue perfectamente el ritmo.

—¿Sueles ir a correr?

—Voy tres veces a la semana con Boris. Hacemos una sesión ligera de running, un poco de Pilates y luego ejercicios en la piscina.

—Es una rutina muy completa.

—A veces me da un poco de pereza, pero me conoce bien y esos días me castiga dándome más caña, así que cuando estoy un poco apática, sacó a relucir mis dotes de actriz para que no se dé cuenta.

De nuevo apareció aquella preciosa sonrisa, siempre tímida y contenida porque la ocultaba tapándose la boca con la palma de la mano. Al cabo de cuarenta minutos, obligadas por el intenso calor de aquella mañana de agosto, nos dirigimos a las cuadras. Claude estaba recepcionando un camión de heno para los caballos y Chloé me hizo un gesto para que entráramos por la puerta trasera y evitar que el conductor pudiera reconocerla. La manía de que nadie la viera en su ámbito privado era más bien tirando a obsesiva y yo no llegaba a entender el verdadero alcance del estrés al que estaba sometida.

Aunque no saliera de casa en semanas, aparecía continuamente en las revistas del corazón con artículos que, la mayoría de veces, eran inexactos o directamente falsos, pero nunca se molestaba en rebatirlos, y con ello, seguían aumentando los bulos que se formaban entorno a ella.

Entró en el box de Etoile y yo hice lo propio en el de Bodus, que enseguida se acercó para saludarme. Me abracé a su cuello y le expliqué en voz baja que iba a cabalgar con él.

Esperamos que el camionero se marchara para salir fuera y acicalarlos tal como me había enseñado Claude. Siempre debía hacerse en el exterior para evitar que el establo se llenara de la suciedad que se desprendía al cepillarlos. Ayudadas por un cepillo Curry, trazamos movimientos circulares

no solo con el fin de extraer el máximo pelaje suelto y suciedad, también para estimular su piel. Tras eso, usamos un cepillo mucho más suave que se llama Dandy. De vez en cuando intercambiábamos alguna mirada y me gustó contemplar su complicidad con Etoile. Una vez cepillados, tocaba limpiarles los cascos, cuya tarea debía realizarse antes y después de cada monta. Mientras yo sudaba la gota gorda intentando que Bodus levantara la pata, Chloé lo hizo sin problemas y tras acabar con Etoile, se acercó para ayudarme. Se puso frente a su pata derecha y le acarició el cuello antes de agacharse y tocársela. Con ese simple gesto, Bodus la levantó sin hacerse el remolón.

<¡Será capullo! ¡Yo casi me arriño!>

Al finalizar se veían relucientes. Claude ayudó a Chloé a montar y después me mostró como debía colocarme para conseguir subir a lomos de Bodus. En el primer intento casi me caigo y Chloé se partió de la risa, pero la segunda vez me dio el empujón necesario para no volver a fallar y me guiñó el ojo para animarme. Hacía un calor abrasador y no se veía ni una sola nube hasta perder la vista.

—No se te da mal —asegura cuando llegamos a mi árbol favorito—. ¿Cuántas veces has montado?

—Media docena. Me encanta —aseguro ilusionada.

—¿Te atreves a espolearlo para hacer una carrera hasta el muro?

—Claro —aseguro sin tenerlas todas conmigo.

<No pienso quedar como una gallina. Prefiero perder la carrera a decir que no>

Chloé espoleó a Etoile y al mismo tiempo, movió su cuerpo hacia adelante. La yegua no tardó en interpretar la orden y se lanzó a la carrera. Cuando me quise dar cuenta, ya nos llevaban treinta o cuarenta metros de distancia. Bodus también reaccionó al sutil estímulo de mis talones acompañado de un tirón de riendas y sacó a relucir su enorme potencial. Fue increíble sentir su fuerza y su velocidad durante el rato que cabalgamos tras ellas, y aunque lo intentamos, no hubo manera de alcanzarlas. Llegar en segunda posición fue lo de menos teniendo en cuenta la experiencia inigualable de sentir la adrenalina corriendo por mis venas a lomos de tan imponente animal. Recordarlo, me sigue poniendo los pelos como escarpas.

—No está mal. Veo que no has olvidado como se hace —dice sofocada—. No podía despistarme, nos seguáis de cerca.

—Pues he estado a punto de caerme varias veces. Hubiera sido

bochornoso.

—¿Bochornoso? Caerse de un caballo es de todo menos bochornoso. Deberías haberme avisado —dice preocupada.

—Estoy bien —aseguro a modo de disculpa viendo que me mira de arriba a abajo tratando de asegurarse de que realmente lo estoy.

No se me pasó por alto ese afán de protección, y aunque me lo había demostrado una y otra vez, yo preferí ignorarlo hasta el punto de hacerle daño. Recordar la imagen de su rostro descompuesto al abrir la puerta de la habitación en Lyon seguía siendo un momento difícil, porque aunque ella parecía haberme perdonado, yo no me había perdonado a mí misma.

Iba dos pasos detrás de ella cuando deshizo la coleta que llevaba y su cabello ondeó al viento. Su perfil a contraluz, los campos de fondo y la crin de Etoile, conformaban la instantánea perfecta y sin ni siquiera pensarlo, pulsé el disparador. Al ver la imagen en la pantalla me di cuenta que era una de las mejores fotos que había hecho y no precisamente por mérito propio.

Ya de vuelta, Bodus tenía ganas de llamar la atención de Etoile y la molestaba con la cabeza sin que yo supiera como evitarlo, lo que provocó que Chloé y yo nos chocáramos.

—No me hace caso —me quejo sonrojada cuando tengo su rostro a menos de dos palmos del mío.

—Siempre ha sido un poco sobón —asegura e medio palmo de mi rostro.

Cuando llegamos a las cuadras, Claude sudaba a borbotones.

—¿Có—co—como ha i—idd—do chi—c—ccas? —pregunta sin dejar de cepillar a Vixe.

—Hace demasiado calor, la próxima vez saldremos al atardecer — propone Chloé guiñándome un ojo.

<Me gusta el plan de ver atardecer subida a lomos de un caballo>

No quise reconocer que, en realidad, lo que deseaba era poder repetir ese paseo con ella e inconscientemente, bloqueé ese pensamiento de mi mente.

A pesar de que teníamos la intención de refrescar y cepillar a los caballos, Claude nos ordenó atarlos al poste y nos envió directas a casa para protegernos del calor. Por más que insistimos, no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión.

Una vez en la cocina, atracamos sin contemplaciones la jarra de limonada que había en la nevera y empezamos a reírnos cuando caímos en la cuenta de que Marie se iba a mosquear. Fue la primera vez que la oí reírse a carcajadas sin taparse la boca. Atrás quedaba la risa tímida y contenida, dando paso a la

estridente y encantadora que me contagió sin remedio. Hasta ese día no fui consciente de lo mucho que me gustaba verla sonreír. Chloé me sirvió otro vaso y volvió a meter la jarra casi vacía en la nevera. Tras cerrar la puerta, me miró como si hubiera cometido la mayor travesura de su vida antes de que Antoine nos encontrara partiéndonos de la risa.

—Vengo a tomarme un vaso de limonada antes de que vuelva Marie —dice mirándonos con complicidad.

Chloé y yo no pudimos contenernos y nuestras carcajadas retumbaron al unísono por toda la cocina.

—No sabéis lo que habéis hecho.... ¡Marie os va a matar! —exclama cuando abre el frigorífico y ve la jarra casi vacía.

—Nosotras no hemos sido —digo sacando mi móvil y haciéndole una foto—. ¡Aquí está la prueba del delito!

—¡Tramposa!

—¿Quién es una tramposa? —pregunta Marie sorprendiéndonos.

Se hizo el silencio. Los tres evitábamos mirarnos para no reírnos mientras Marie iba alternando la mirada en cada uno de nosotros hasta que reparó en la jarra que Antoine sostenía entre sus manos.

—¡Antoine!

—¡Yo no he sido! Lo prometo —se defiende.

—No has sido, no has sido... ¡Te acabo de pillar con las manos en la masa!

—Nosotras nos tenemos que ir a duchar —dice Chloé haciéndome un gesto para que la siga.

Una vez en las escaleras, volvimos a partirnos de la risa e hicimos tanto ruido, que Antoine y Marie no tardaron en aparecer. Ella, lejos de reñirnos, intentó contener la risa mientras nos declarábamos culpables. Recuerdo como si fuera ayer las agujetas que me dejaron todas aquellas risas.

Tras pasar por la ducha, llamé a Clara.

—Hoy te veo muy contenta —dice.

—Vengo de montar.

—¡Por fin! ¡Mira que has tardado en decírselo!

—No se lo he pedido. La jefa se ha apuntado a correr conmigo y luego hemos ido a montar.

—¿Sois amigas?

—No somos amigas, Clara. Es mi jefa, por Dios.

—¿Por qué nunca me hablas de ella?

—¿Y qué quieres que te diga? Normalmente nunca está.

—Ah, bueno.

—¿Y mi sobrina? ¿Da muchas patadas?

—Por ahora se comporta y espero que siga siendo así. Ayer estaba en el ginecólogo y había una chica sentada a mi lado que parecía como si tuviera un alien en su vientre.

—¿Ginecólogo? ¡Entonces tengo premio!

—¡Ay que pesada eres! Luego te la envío.

—¿Por qué no me habías dicho que ibas al médico?

—No me acordé.

—Mentir no se te da demasiado bien. Todo va a ir bien, no te preocupes.

—A veces me entra el pánico y otras estoy eufórica, pero la mayoría del tiempo, solo rezo para que sea una niña sana.

—Lo será. Tienes las hormonas trabajando al 1000%, es normal que a veces tengas pensamientos contradictorios.

Estaba cumpliendo a rajatabla mi promesa de llamarla, como mínimo, tres veces a la semana y me gustaba la sensación de sentirme cerca de ella. Cuando me di cuenta, eran las 12:10.

—Clara, te tengo que dejar. Se me ha hecho tarde —aseguro mientras llaman a mi puerta—. Adelante —grito sentada sobre la cama. Pierre asoma la cabeza.

—Mamá quiere saber si te pasa algo.

—Clara, lo siento pero tengo que dejarte, llego tarde a comer. Hablamos mañana.

—¿Es Pierre?

—Sí.

—Tiene una voz monísima.

—Te quiero hermanita.

—Ídem.

Cuando llegamos a la cocina, todos estaban sentados a la mesa excepto Marie, quien me miró con complicidad mientras llevaba una soperita hacia la mesa.

—Hacía mucho tiempo que no veía a Chloé reírse así.

—Ha sido muy divertido ver como acusabas a Antoine —digo recordando su expresión.

—Te dije que os llevaríais bien —asegura guiñándome el ojo justo antes de entrar en el comedor.

La seguí y vi que nuevamente la mesa estaba al completo.



Después de dar buena cuenta de la crema de champiñones, Marie sirvió sepia a la plancha con verduras asadas, y de postre, nos deleitó con unos atadillos de arroz con leche que estaban simplemente deliciosos.

Chloé quiso tomar el café en el jardín y ella misma se encargó de prepararlo para todos. Se convirtió en una sobremesa en familia y por más que me hubiera gustado quedarme, tenía una cita en París.

—Lo siento, os tengo que dejar —anuncio sin poder evitar mirar a Chloé. Su expresión alegre se torna incómoda y me pregunta con la mirada: ¿Por qué tienes que cargarte este momento? Mantengo silencio y veo que se mosquea, pero lo disimula ignorándome y dando un largo sorbo a su café. La miro durante un instante esperando su pregunta, pero esta no llega.

—¿Tan pronto? —interviene Antoine.

—A las cuatro tomo el autobús a París.

—¿Sucede algo? —pregunta por fin sin dejar de mirar su taza.

<Sabe la respuesta, por eso evita mirarme>

—Hasta mañana —espeto.

Al llegar a mi parada, Monique observaba cada una de las ventanillas inquieta. Levanté la mano para saludarla y sonrió aliviada. Posiblemente se le había pasado por la cabeza que acabaría dándole plantón. Me puse la bolsa de viaje al hombro y bajé por las escaleras posteriores del autobús para reunirme con ella en la acera. Esa vez no hubo miradas discriminatorias ni comentarios estúpidos a nuestro alrededor. No tardamos más de cinco minutos en llegar a su apartamento y al entrar, un olor muy familiar me transportó a unos meses atrás: Quiche Lorraine. Cenamos tranquilamente compartiendo recuerdos de su abuela y aunque evitábamos llorar, de vez en cuando se nos escapaba alguna lagrimilla. La vi mucho más entera que en el entierro teniendo en cuenta que había perdido al único familiar que le quedaba. Pareció adivinar mis pensamientos.

—No me queda nadie más, estoy sola.

—Siempre podrás contar conmigo y tienes a Eleonore. Ella es ahora tu familia.

—Ya no estamos juntas.

—Pero....me dijiste que te iba a acompañar a recoger las cenizas —digo confundida.

—Mentí. Sabía que habrías vuelto y era demasiado pedir.

—Monique —la reprendo—. ¿Qué ha pasado?

—La fidelidad no es una de mis virtudes —asegura encogiéndose de

hombros y disculpándose con la mirada—. Unos días después de que nos vieras en la cafetería, me reencontré por casualidad con una compañera de la universidad y quedamos para tomar un café. Había tanta química entre nosotras, que tarde o temprano, supe que iba a pasar algo y decidí contárselo para no cometer el mismo error que había cometido contigo. Se lo tomó muy mal y desde ese mismo momento, empezó a hacerme la vida imposible: en la oficina utilizaba todo tipo de artimañas para sacarme de mis casillas, me ponía en evidencia y de madrugada, me llamaba para luego colgar sin decir nada. Acabé despidiéndola pero eso no hizo sino aumentar su cabreo y empezó a atosigarme. Una tarde al llegar del trabajo, me estaba esperando sentada en la escalera. Cuando la vi, me puse contenta pensando que quería arreglar las cosas, pero en realidad lo único que quería era insultarme. Me asustó la fiereza y la agresividad con la que me gritó y me sentí intimidada hasta que un vecino intervino alertado por los gritos. Se fue de malas maneras, pero desde entonces, tengo un nudo en el estómago.

—Iré a hablar con ella.

—Déjalo, seguramente ya me ha dicho todo lo que quería decirme y no creo que vuelva.

—Si lo hace, llámame e iremos juntas a poner una denuncia. No debes permitir que te coaccione. Esa tía está mal de la cabeza.

—De acuerdo —dice sin ganas.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Por una cosa o por otra, siempre me equivoco. Contigo me equivoqué al no contártelo, con ella me equivoqué cuando se lo conté. Es rencorosa y se deja llevar por el resentimiento. Obviamente no es como tú. Hoy es un buen día para que me digas todo lo que piensas de mí. Necesito saberlo.

—Solo sé que eres una persona increíble, pero no estamos hechas la una para la otra. Me avisaste que no te gustaba estar sola y empecé a perderte cuando acepté el trabajo lejos de aquí. En el fondo sabía que esa decisión acabaría rompiendo lo que teníamos, pero en aquel momento no quise admitirlo y preferí poner tierra de por medio. Siento no haber sido capaz de darte lo que necesitabas.

—Has sido la mujer de la cual he estado más cerca de enamorarme, pero no consigo hacerme a la idea de atarme a una persona para toda la vida y aún así, he sufrido tu ausencia cada día desde que te fuiste.

—¿Por qué me pediste que viniera a vivir contigo?

—Tenía la necesidad de tenerte y estaba furiosa porque cada vez estabas más lejos. Fue un arrebato irreflexivo y posesivo.

—Alguien me dijo una vez que somos responsables de las cosas que nos pasan porque son las consecuencias de las decisiones que tomamos. Quizás las cosas serían diferentes si no me hubiera ido a trabajar, pero eso nunca lo sabremos. Fue una decisión difícil y aunque no me arrepiento de haberla tomado, sí me arrepiento de haberte hecho daño. Cuando te vi con Eleonore en la cafetería, la imagen idealizada de nuestra relación se desmoronó, pero no por tu culpa, sino por la mía. No esperaba nada y sin embargo lo quería todo.

—Te echas la culpa como si yo no hubiera hecho nada.

—Desde el principio intuí que había otras, pero no me importaba, me bastaba que fueras mía todos los fines de semana. Siento haberme comportado como una colegiala al no contestar tus mensajes.

—Sé que por alguna razón, esta relación no ha sido fácil para ti y tiene que ver con tu pasado.

—Nunca te he dicho quién soy en realidad, pero algún día lo haré. Algún día estaré preparada y quizás puedas comprender por qué no he sabido quererte como te mereces. Al principio pensé que podría volver a enamorarme, que contigo sería fácil, pero no he podido. Mi castigo es estar sola.

—¿Por qué hablas de castigo?

—Esta vida me ha dado todo, absolutamente todo y lo he perdido. Todo —repito con pesar—. Quizás mi destino sea precisamente no volver a tener nada de lo que realmente importa.

—Me tienes a mí. Siempre seré tu amiga y siempre podrás contar conmigo —asegura mientras se acerca para abrazarme.

—Eres importante para mí. Tu amistad es importante para mí. Te quiero muchísimo —admito recibiendo su abrazo.

—Eleonore tenía celos de ti.

—Sabía que no le caía bien, no que tuviera celos de mí.

—Te encontraba muy atractiva, sobre todo por ese ligero acento que tienes.

—¿Acento? Yo no tengo acento. Mi francés es perfecto —aseguro sonriendo. Monique empieza a partirse de la risa y hacemos una feliz pausa que deja nuestra angustia en punto muerto.

—Has mejorado mucho.

—Claro que sí. He tenido la mejor profesora. En todo —digo con

segundas.

—Al menos he sabido hacer algo bien.

—¿François lo sabía? —pregunto recordando su tristeza al contarme que ya no estaban juntos.

—Se lo conté cuando la despedí. No se lo tomó muy bien y acabó renunciando. Otra persona que también he perdido.

—Llámallo y pídele que vuelva.

—¿Para poder darle el gusto de decirme que no?

—Solo le haría una pequeña muesca a tu orgullo, pero... ¿y si te dice que sí?

—Siempre ves el lado positivo.

—Me he pasado demasiado tiempo viendo únicamente el lado negativo, el más oscuro y horrendo, pero cada día me esfuerzo por cambiar poco a poco mi percepción de las cosas e intento verlas desde una perspectiva más abierta y positiva. François es de esas personas que, cuando las ves trabajar, sientes que están en el lugar que les corresponde. Él disfruta como nadie con su trabajo y merece una llamada, ¿no crees?

—Lo cierto es que echo de menos sus consejos. Es una de las mejores personas que conozco.

—Puedes ganar mucho y perder muy poco —le advierto. Monique asiente con la mirada y me doy cuenta de que no hace falta convencerla, ella ya sabía que debía intentarlo mucho antes de hablar conmigo.

—Por cierto, en el funeral mencioné que mi abuela me había dado algo para ti.

Se levantó y tomó con veneración un paquete que había junto a un gran jarrón con flores secas. Cuando me lo entregó, lo abrí despacio y descubrí varios sobres en los que se podía leer: Hibiscus, Rosa de Mosqueta, Lavanda y Valeriana escritos a mano. Mme Bondue me había dejado semillas de sus plantas, que después de su nieta, eran su mayor devoción. Esas semillas, de algún modo, eran parte de ella y un tesoro para mí.

—¿Qué vas a hacer con todas sus plantas?

—Yo soy un desastre y si me las quedo, las acabaré matando. Mañana iré con un amigo que vive a las afueras de la ciudad. Él y su mujer les darán los cuidados que necesitan.

—Es una idea estupenda.

—¿Qué harás con tu Pie de Elefante?

—Lo tengo en mi habitación. Después del entierro devolví las llaves del

apartamento. No quiero volver allí.

Conversamos hasta media noche frente a la ventana observando la ciudad con una copa de vino entre las manos. Por la mañana regresé al pueblo en el autobús de las 11:20.

## CAPÍTULO 9

Lucie era fisioterapeuta. Había estudiado y trabajado en París varios años, pero un buen día, se instaló de nuevo en su pueblo natal, cansada del ruido, del estrés y de la contaminación de la ciudad. Cambió la ciudad cosmopolita y moderna por el campo y aseguraba que repetiría esa decisión una y mil veces.

Marie me había recomendado que la visitara cuando se enteró de mis dolores de espalda provocados principalmente por las horas de plancha.

Llegué allí por los masajes, pero resultó que también era esteticien y desde entonces, ir a su casa se convirtió en mi visita obligada de los viernes por la tarde. Con ella acabé compartiendo risas, confidencias, y alguna que otra cerveza, porque al acabar, solíamos tomar algo en el bar de la plaza del pueblo mientras esperábamos el autobús de las ocho en el que llegaba Alain, su novio. Trabajaba como contable en París y si los contables tienen fama de ser serios, con él se había roto el molde. Es una de las personas más graciosas y simpáticas con las que me he cruzado y por su culpa, las veladas en el bar del pueblo se alargaban más de lo conveniente.

Eran casi las 22:00 horas cuando emprendí el camino de vuelta a casa con agujetas de tanto reírme. La noche era tan espléndida, que incluso la luna en su fase de Lúnula menguante, se había puesto de acuerdo con el Cosmos para que las estrellas se vieran por millones, tanto, que por momentos tuve la sensación de estar contemplando polvo estelar. Acabé bajándome de la bicicleta y seguí a pie para poder disfrutar de toda su magia sin matarme.

—¿¡Será posible!?! Nunca me hace caso.

—¿Qué ocurre Antoine? —pregunta Chloé.

—Es Lisa. ¡No sé cuántas veces le he dicho que no vuelva del pueblo tan tarde y a oscuras!

—¿Qué hace regresando del pueblo a estas horas?

—Hace algunas semanas que los viernes acude al masajista.

—¿Y eso por qué?

—Dice que le duele la espalda, pero yo creo que necesita salir de casa y despejarse. Desde que lo dejó con Monique, solo sale cuando va a la tintorería o al masaje.

Sin darse cuenta, Antoine le había confesado a Chloé que ya no estaba con

Monique, aunque yo estaba segura de que ella lo sabía y la verdad, tampoco era muy difícil de imaginar puesto que había dejado de ir a París los fines de semana. No es que se lo quisiera ocultar, es que no me gustaba hablar de mi vida y si había alguien que podía entenderlo, era ella, la gran experta en mantener su vida privada al margen. Antoine puso el coche a mi lado y bajó la ventanilla del copiloto.

—¡Eres un incordio!

—¿Y eso? —pregunto mirándolo de reojo sabiendo a qué se refiere.

—¿Cuántas veces te he dicho que no vuelvas de noche?

<¡Cómo le gusta hacer de hermano mayor! Es un papel que le va como anillo al dedo>

—Tienes razón papá, soy una chica mala —digo remarcando la palabra “mala”.

—¿Encima te cachondeas?

—¡No me cachondeo! Me río contigo.

—Anda, deja la bici y sube al coche. Luego envío a alguien para que la recoja.

—No.

—¿Cómo qué no? —pregunta enfadado.

—Hace una noche perfecta para pasear y el cielo está precioso. ¡Mira, se ve el Cinturón de Orión! Deberías bajarte y caminar conmigo. Te lo estás perdiendo.

—¡Estás fatal! Sube al coche por favor —me pide mientras la ventanilla de atrás se abre y veo el rostro de Chloé.

—¡Yo sí me apunto! —exclama con los ojos radiantes.

Mientras se bajaba del coche y aprovechando que no me veía, miré a Antoine para recriminarle que no me hubiera avisado de que ella iba dentro. Se limitó a sacarme la lengua y a protestar de nuevo.

—Antes solo tenía un problema, ahora tengo dos. Tendré que seguirlos —resopla irritado.

—¡Ni hablar! Nos vas a estropear la vista.

—¿Pero de qué hablas?

—Si iluminas el camino, las estrellas se verán mucho peor —me quejo haciendo un mohín.

—Sabes perfectamente que no os puedo dejar solas. Christian me mata —afirma haciendo un gesto con el dedo índice longitudinalmente en la base del cuello.

—Pues ve delante con las luces de posición.

—Creo que es buena idea Antoine —intercede Chloé.

Lo miré y le saqué la lengua devolviéndole el gesto que me había hecho momentos antes. A regañadientes puso el coche a unos cincuenta metros delante de nosotras mientras avanzábamos lentamente.

—¿Dolor de espalda? Si necesitas unos días de descanso, no tienes más que hablar con él.

—Es solo una pequeña contractura, nada grave, además me gusta coger la bici de Marie y dar un paseo hasta allí. A la ida, me encanta ver las tonalidades de los campos bellamente trabajados y de vuelta, casi siempre tengo premio. ¿¡No me digas que no es un lujo contemplar este cielo!?

—Si te digo la verdad, nunca me paro a mirarlo, pero tienes razón, es una maravilla.

—A mí siempre me ha llamado la atención.

—¿En qué piensas cuando las miras? —pregunta refiriéndose a las estrellas.

—En nada, solo las miro. Intento estar en el presente y no dejar que mi mente me lleve al pasado o a cualquier otro sitio que no sea aquí y ahora. Quiero ser consciente de lo que veo. Si mientras miro las estrellas mi mente me transporta al pasado, ya no veo estrellas, veo pasado.

<Y no quiero que mi pasado forme continuamente parte de mi presente. Con revivirlo por las noches, tengo más que suficiente>

—Eso suena muy profundo. No pensar en nada es casi imposible.

—Al principio es difícil porque estamos atados a nuestra mente, a lo que ella quiere que veamos, pero inténtalo, oblígala a concentrarse y contéplalas sin esperar nada, sin querer descubrir cosas que nunca han estado ahí. Cuando se vaya a otro lugar, a otro pensamiento, hazla regresar. Sin prisa, solo observa. Te aseguro que cuando lo consigues, es muy gratificante.

Chloé alzó la vista al cielo mientras y puso su mano sobre el manillar de la bicicleta que nos separaba para evitar caerse. Se la veía tan relajada como el día que salimos a montar. Sin saber muy bien por qué, a menudo recordaba aquella mañana con cariño.

—Siente que no hay nada más, solo tú y ellas. Envuélvete en su encanto y descubre el brillo y a la vez la oscuridad que albergan. Llegará un momento en el que incluso notarás como la tierra se mueve bajo tus pies.

—¿De qué están hechas las estrellas? —pregunta al cabo de unos minutos.

—Son esferas de gas compuesto básicamente por Hidrógeno y Helio.



Emiten luz propia debido a las reacciones termonucleares que se producen en su interior.

—¿Y el Sol?

—El Sol está a unos 27.000 años luz del centro de la Vía Láctea y esta, contiene entre 200.000 y 400.000 millones de estrellas. Parece increíble, ¿verdad? —Chloé asiente sin dejar de mirar al cielo mientras miro su perfil de reojo—. Nuestro Sistema Solar se encuentra en uno de los brazos de la Vía Láctea y además de los ocho planetas que todos conocemos, hay 61 satélites. Dicen que se formó hace 4.600 millones de años. ¿Recuerdas que en nuestra época de estudiantes Plutón era considerado un planeta?

—Sí, creo que todavía los recuerdo: Mercurio, Venus, La Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

—¡Bien! Bueno, casi bien.

—¿Me he dejado alguno?

—Sí y no. Hoy en día Plutón ya no se considera un planeta, aunque para mí siempre lo será. Soy una nostálgica.

—¿Por qué ya no lo es?

—Ha pasado a formar parte de una nueva categoría de planetas denominados Enanos, donde también está Ceres, el más pequeño del Sistema Solar, situado junto al Cinturón de Asteroides que hay entre Marte y Júpiter.

—¡No lo sabía! Mi preferido es el que tiene el anillo.

—Saturno.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Siempre me ha gustado mirar al cielo de noche, me reconforta y a la vez me hace sentir infinitamente pequeña.

—¿Más? Por favor —suplica de nuevo juntando las palmas de las manos. En realidad no hace falta que me suplique; adoro hablar de ello.

—Helios, así era llamado en la mitología griega, es una estrella tan grande, que la Tierra cabría algo más de 1 millón de veces —la cara de Chloé es de fascinación. Al volver la vista al cielo, veo una de mis constelaciones preferidas y decido hablarle de ella y de su hermana—. La Osa Mayor es solo es visible desde el hemisferio norte, así que tenemos mucha suerte de poder contemplarla. Mira, está allí —digo señalando con el dedo. En la Osa Menor, está la estrella Polar, por si algún día te pierdes —me cachondeo.

—Pues en realidad me oriento fatal, menos mal que me llevan a todos sitios.

A todo esto, habíamos llegado a la verja y saludamos a Hugo. Antoine

siguió adelante y lo perdimos de vista. El bosquecillo impedía ver las estrellas, así que caminamos en silencio hasta llegar a puerta principal. Chloé empujó la puerta medio abierta y en medio del recibidor, me di cuenta que hubiera seguido explicándole historias toda la noche, sin esperar nada más, solo su silencio. A ambas nos costó despedirnos.

—Gracias por recordarme que muchas veces miramos, pero no vemos nada. Quizás podamos repetirlo en otra ocasión.

—Cuando quieras, siempre y cuando Antoine no se enfade —bromeo—. Cada noche después de cenar salgo a pasear por el jardín. Puedes acompañarme cuando quieras.

Nada más decirlo, me arrepentí. Ese paseo era mi momento del día, el rato en el que me buscaba y me hablaba a mí misma. Me reencontraba con una versión de mí que me recordaba por qué estaba allí y por qué seguía luchando. Todavía no estaba preparada para compartir ese momento con nadie. ¿O sí?

Una hora más tarde, mientras leía en mi habitación, alguien golpeó la puerta con tres toques acompasados. Era Antoine.

—¿Lees? —pregunta sin entrar.

—Hoy no tengo mucho sueño.

—Los viernes solemos ver una película en el salón. ¿Te apuntas?

—¡Claro!

Llevaba unas bermudas de chándal y una camiseta. Yo iba en pijama. Me miré y negué con la cabeza. De ninguna manera pensaba ir hasta el salón con esa pinta.

—Dame dos minutos.

—No hace falta que te cambies.

—¡Ni hablar!

—Chloé lo lleva.

—¿Ella también está?

—Es una costumbre que tenemos cuando está en casa los viernes.

—Pues yo no voy en pijama ni borracha —sentencio mientras me dirijo al baño. Dejo la puerta abierta para poder seguir hablando con él. Al salir, me mira de arriba a abajo.

—¿Qué miras?

—Lo guapa que vas. Anda vamos, nos están esperando.

Cuando llegamos al salón, Christian estaba sentado en uno de los sillones orejeros y Chloé estaba estirada en el sofá. Él ocupó rápidamente el otro orejero y me guiñó el ojo, no dejándome otra opción que sentarme con ella,

que recogió las piernas para hacerme sitio.

Me senté justo cuando Antoine apagó las luces con un mando a distancia y con otro, pulsó el Play. Me giré para mirarlo y se estaba riendo.

<¡Qué capullo es!>

Llevábamos alrededor de veinte minutos de película cuando la protagonista, Chloé, tuvo un accidente de coche y perdió a su hermano. Era incapaz de ver una película de ese estilo sin que removiera algo en mi interior y me sumergiera en una profunda tristeza. No podía mostrar esos sentimientos delante de ellos, así que solo tenía dos opciones: me quedaba y dejaba al descubierto mi dolor o me iba y quedaba como una estúpida. Opté por lo segundo y salí con la cabeza agachada, sin tan siquiera despedirme. Durante la noche me desperté varias veces calada en sudor y horrorizada por los sueños que me atacaban sin piedad. Por alguna razón habían vuelto con una intensidad que hacía meses que no sentía y apenas pude dormir.

A primera hora de la mañana, Antoine y yo salimos a la vez al pasillo. Yo en mallas para ir a correr y él con la corbata sin anudar.

—Buenos días Lisa. ¿Quieres hablar de lo de anoche?

—Me dolía la cabeza —miento mientras me acerco para ayudarlo con el nudo de la corbata.

—¿Seguro que era eso?

—¿Por qué preguntas tanto?

—Me preocupo por ti.

—Estoy bien —aseguro dándole una segunda vuelta al nudo. Luego paso la punta por debajo y a continuación por el orificio—. ¡Listo! El mejor nudo de corbata que hayas llevado —digo satisfecha mientras le planto un beso en la mejilla.

Chloé nos vio justo en ese momento, pero ninguno de los dos reparamos en su salida del SPA acompañada de Boris.

—No está mal —asegura mirándose.

—¿Dónde vas tan guapo?

—Acompaño a Chloé a París.

—¿Y me dejas sola?

—No seas quejica, solo vamos a estar fuera un día. Mañana estaremos de vuelta para la cena.

—Eso son casi dos días —me lamento mientras lo veo alejarse por el pasillo con la mano levantada a modo de despedida.

Los sábados intentaba alargar algo más la carrera, pero llevaba varias

semanas haciendo un calor tan insoportable, que resultaba imposible no morir en el intento y además tenía una cita muy importante: llevar a Pierre de excursión. Estábamos leyendo “*Bichos, una aventura en miniatura*” y explorar el bosque en busca de nuestros personajes favoritos, era una magnífica oportunidad para ver cómo vivían en realidad. A pesar de que no tenía previsto salir de la finca, me procuré una mochila con agua, unos bocadillos y algunos frutos secos para darle cierto aire aventurero. Me planté en la casita de madera pasadas las 9:30.

—Buenos días —saluda Marie al abrirme la puerta. Tras ella, aparece Pierre.

—¿Estás listo?

—Siiiiiii!!!! —grita abalanzándose sobre mí. Lleva unos shorts de color verde manzana, una camiseta blanca, sus deportivas de colores y una gorra.

—¡Muy bien! No has olvidado ponerte la gorra.

—Tú tampoco.

—¡Claro! La gorra es... ¡imprescindible! Marie, no hace falta que te preocupes por la comida, cocinaremos pizza.

—¡Biennnnnn! —grita el pequeñajo.

—En la nevera hay de todo. La masa la tengo congelada, te sacaré un par de rollos antes de irme.

—Os dejaremos un trocito para que la probéis —aseguro guiñándole el ojo a Pierre.

—A Jean—Marc no le guardes nada; está fuera y no volverá hasta la tarde, pero pobres de vosotros que no me guardéis uno a mí —advierte mirando de reojo a su pequeño que ha adoptado una sonrisa pícaro.

Marie se organizó la mañana para ir a peluquería y a comprarse algo de ropa aprovechando que Chloé no iba a estar. Ocuparme de Pierre era mi manera de agradecerle lo mucho que me cuidaba, aunque sin lugar a dudas, la que salía ganando era yo, porque el tiempo que pasaba con él, era un regalo y disfrutaba de cada minuto.

Nos adentrarnos en el bosquecillo delantero para guarecernos del sol y vimos a Noel saliendo de la garita para saludarnos. Al llegar junto a él, Pierre corrió hacia el interior y se sentó en su silla para ver las cámaras mientras nosotros nos poníamos al día con las monerías que hacía “Câline” la gatita que había encontrado semanas atrás. Su mujer le había tomado tanto cariño, que incluso la dejaba dormir con ellos a los pies de la cama.

Acabamos persiguiendo hormigas, saltamontes, lagartijas y alguna que otra

mariposa, eso sí, habíamos pactado, que por respeto, no les haríamos daño y nos limitaríamos tan solo a observarlas. Pierre se lo tomó tan en serio, que cada vez que encontrábamos algo, se acercaba lentamente y cuando estaba a poca distancia, les gritaba para espantarlos. Me partía de la risa.

Tuvimos tiempo incluso de visitar las cuadras, pero apenas saludamos a Claude, Pierre me pidió volver a casa. Ante mi extrañeza, Claude me hizo gestos para indicarme que los caballos le daban miedo.

—¿Te apuntas a comer pizza con nosotros?

—Vamos a cocinar juntos —apuntilla orgulloso el pequeño agarrado a mis piernas.

—¡Me—me—ca—cachis! Te—te—tenngo un comprom—mi—miso. ¿O—o otro día?

—Está claro que no cocinamos como Marie, pero escaquearte diciendo que tienes un compromiso, es una excusa malísima.

—No no pu—pue—do —dice con una media sonrisa.

—Esa risita solo puede significar una cosa.... —digo refiriéndome a las féminas. Claude lo capta enseguida y me pide que no sea cotilla, pero cuando realmente me queda claro que no piensa abrir la boca, es cuando empieza a empujarme fuera de las cuadras descojonado de la risa.

—¿Nos estás echando? —pregunto alucinada.

—¡Sí! —asevera rojo como un tomate. Entre tanto, le da indicaciones a Pierre para que me lleve directa a casa y no hay nada que le guste más, que hacer una tarea supuestamente de adultos. Sonríe de oreja a oreja y me mira.

—Vamos Lisa —ordena tomándome de la mano. Mientras avanzamos, me giro para lanzarle una mirada de protesta y veo que sigue partiéndose de la risa.

En casa nos lavamos concienzudamente las manos y preparamos todos los ingredientes necesarios para nuestra pizza junto con las masas que nos había dejado Marie en la nevera: atún, queso rallado de diferentes variedades, tomate frito, bacon, salami y jamón dulce. Retiramos la masa del embalaje y la pusimos en la bandeja redonda de horno. Pierre la pinchó con un tenedor y luego extendió varias cucharadas de tomate frito. Puse el queso en un bol ancho para que le resultara más fácil cogerlo y con sus pequeñas manos, fue extendiéndolo sobre el tomate hasta formar una capa homogénea. Por miedo a que se pudiera cortar con la lata, trasladé el atún a un bol y lo fue añadiendo con la ayuda de un tenedor. Después agregó el bacon, el jamón dulce y el salami previamente cortados en tiras. Para finalizar, cubrió todos los

ingredientes con una espesa capa de queso rallado y repetimos los mismos pasos con la segunda masa, a la que añadimos unos cuantos champiñones frescos.

—¡Hemos acabado! —exclama orgulloso viendo el resultado.

—¿Nos hacemos una foto para enviársela a mamá?

—¡Síiiiií!

—Va a alucinar, ya verás —aseguro pulsando “enviar”.

—El horno está muy caliente.

—Yo me ocupo de meterlas, pero tú tendrás que ayudarme a vigilarlas. No hay que quitarles la vista de encima.

—¡Vale!

Había puesto el programador y no era necesario que Pierre las estuviera vigilando, pero era una manera de que se sintiera implicado hasta el final.

—Cuando veas que se están poniendo doradas por encima, me avisas. Mientras tanto, prepararé una ensalada. ¿Qué quieres que le ponga?

—¡Zanahoria y huevo! —dice sin quitarle ojo a la pizza.

—No tienes mal gusto. ¡Marchando!

Mientras comíamos en la terraza del jardín, viendo las fotos de nuestra pequeña excursión, recibí la llamada de Antoine.

—¿Qué haces?

—Comiendo pizza con Pierre.

—¡Jolín! Un día que no estoy y a Marie se le ocurre hacer pizza. ¡Qué mala suerte!

—No la ha hecho Marie, la ha hecho Pierre.

—¡Venga ya!

—Cuéntale a Antoine como has hecho la pizza —le pido pasándole el teléfono. Mientras se lo explica con todo lujo de detalles, oigo como llega un mensaje al móvil.

<Debe ser Marie que ha visto la foto que le hemos enviado>

—¿Qué te parece si le guardamos un trocito? —pregunto a Pierre recuperando el teléfono.

—Pero pequeño.

—Ya lo has oído, te guardaremos un trozo pequeño.

—Menos es nada.

—¿Cómo os va?

—Chloé sigue trabajando y Christian está por ahí organizando a su gente. Yo me aburro como una ostra. La verdad es que no sé para qué he venido,

estaría mucho mejor comiendo pizza con vosotros.

—Ahora ya sabes lo que se siente —digo riéndome—. La diferencia es que Chloé no puede vivir sin ti.

—Eso era antes.

—¿Y eso?

—Cosas mías.

—Anímate, mañana por la noche ya estarás por aquí dándome la vara.

—¡Yo no te doy la vara!

—¡Claro que sí! Tengo montañas de ropa para planchar y encima tengo que hacerte el nudo de la corbata. ¡Eso es explotación!

—¡Tendrás morro! Lo que pasa es que me echas de menos.

—Solo un poco —admito.

Hacía algunas semanas que, tras finalizar su jornada, pasaba por mi habitación y cotorreábamos un rato antes de irnos a dormir y así, sin darme cuenta, mi día a día se había ido llenando de momentos especiales.

—Por cierto, volvemos esta noche. La jefa ha cambiado de opinión y al menos he tenido algo que hacer organizando el viaje de vuelta.

—¿Por qué tanta prisa?

Era una pregunta para quedar bien, porque lo cierto es que no solo lo echaba de menos a él.

—Tiene ganas de volver y yo también. El tiempo es una mierda, no ha parado de llover.

—No habéis pasado ni 24 horas fuera de casa. Sois unos exagerados.

—En ningún sitio se está como en casa.

—Cierto. ¿Pasarás por aquí?

—Llegaremos muy tarde —me advierte.

—No importa.

Llegaron casi a las dos de la mañana, justo cuando cerraba la última página de *“Los límites de ti”* de Manuel Terruño, un libro de autoayuda que aún tardaría algunos meses en descifrar.

Los primeros compases de Survivor con *“Eye of the Tiger”* resonaron potentes a través del pequeño altavoz. Caderazo a la derecha, luego a la izquierda, de nuevo a la derecha y así hasta que la voz de Dave Bickler dio paso a la letra de la canción, lo cual no evitó que mis piernas se dejaran llevar por su ritmo pegadizo, arrastrándome a un baile frenético que convirtió la tarea de planchar la camisa de Christian en misión imposible.

Es muy importante desabrochar los botones de las mangas para poder

introducir la plancha por la apertura y planchar con facilidad esa zona, que de lo contrario, queda poco presentable. Las mangas son solo otro de los detalles importantes a los que hay que dedicar el tiempo necesario. A Christian le gustaba que tuvieran raya, lo cual era perfecto porque se plancha mucho más rápido, sin embargo, Antoine prefería las mangas sin ralla y me daban un poco más de trabajo.

El cuello es otra zona importante, sobre todo en su caso, ya que ambos llevaban habitualmente corbata, aunque en los últimos días, había visto varias veces a Antoine con unos pantalones tipo “chino” en diferentes colores y camisas sin corbata. Ese aspecto más juvenil le sentaba muy bien.

Me consideraba una tiquismiquis con el aspecto final de cualquier prenda, pero más si cabe, con las camisas. Antes de empercharlas, tenían que estar perfectas, si no, las repasaba hasta que quedaban impecables. Esa mañana, me tocó plancharla dos veces para conseguir el resultado que buscaba por culpa del bailoteo.

Después de eso y con música algo más tranquila, acabé de planchar varias prendas de Chloé y las subí en el burro hasta su habitación. “*Elastic Heart*” sonaba tan fuerte, que no oyó los toques que dí a su puerta. Antes de entrar, asomé la cabeza y oí de fondo el de la ducha.

<Hoy no me va a pillar desprevenida, dejaré todo colocadito en su sitio y me iré antes de que salga del baño>

Aunque me había prometido a mí misma darme prisa, cada vez que estaba en aquel vestidor, no podía evitar distraerme entre la preciosa colección de zapatos, algunos tan fantásticos, como por ejemplo unos *Hangisi* de Manolo Blahnik, famosos por aparecer en la serie “Sexo en Nueva York” y cuyo detalle más característico, es su hebilla delantera con cristales de Swarovski.

—¡Hola!

Pegué tal bote cuando oí su voz a mi espalda, que los Louboutin que tenía entre las manos, empezaron a rebotar de la una a la otra hasta que acabaron en el suelo del vestidor.

<¡Joder! Me ha vuelto a pillar figoneando. ¿Cómo lo hace?>

—¿Te he asustado?

—Casi siempre me asustas —digo levantando una ceja mientras coloco el zapato en su sitio.

—Perdón —se disculpa riéndose.

Solo llevaba una toalla anudada al cuerpo y observé embobada como las gotas de agua resbalaban por el cuello hasta llegar a sus clavículas y



desaparecían al fundirse con el borde de la toalla. Tras unos instantes de ensimismamiento, recuperé la compostura y terminé de colocar la ropa lo más rápido que pude sin dejar de sentirme observada.

—No te molesto más.

<Ahí va la indirecta, a ver si la próxima vez te cortas un poco y no me asaltas por la espalda como si fueras una pantera>

—No me molestas —dice en tono sutilmente sexy.

<¿Se está exhibiendo adrede? ¡Joder! Más me vale largarme de aquí rápido>

Salí por la puerta del vestidor y al pasar junto a ella, me tropecé, pero ¿en qué? ¿En la raya de un lápiz?

—¡Cuidado! —oigo mientras se abalanza y me coge del brazo.

<Seguro que por dentro te estás partiendo de la risa. Deja de ponerme nerviosa, ¡por favor!>

—Perfectamente —aseguro incorporándome todo lo dignamente que puedo. Me coloco el flequillo tras la oreja y avanzo hacia la puerta.

Una vez la cerré tras de mí, respiré hondo y sentí un tremendo ardor en las mejillas que me hizo sentir como una idiota. Mientras bajaba los escalones de dos en dos, solo pensaba en refugiarme en el zulo, pero al llegar abajo, me topé con Antoine al pie de la escalera.

—He oído un caballo bajando y sabía que eras tú.

—No me toques las narices —le advierto.

—Estás sofocada, ¿te pasa algo? —pregunta mientras veo una ligera sonrisa en la comisura de sus labios.

<¡Será capullo! Sabe perfectamente lo que me pasa. ¡Menudo Celestino está hecho!>

—¿No tienes nada que hacer?

—Ahora mismo, mi única tarea es averiguar porque una empleada de esta casa va dando brincos ruborizada por la escalera. ¿No hemos hablado nunca de la prevención de riesgos laborales?

<¡La madre que lo parió! ¿En serio se me está hablando de PRL? Trabajar para Chloé es el mayor riesgo laboral al que me he enfrentado. Bajar escaleras de dos en dos, es un juego de niños>

—¡Qué te ten! Me largo al zulo —digo azorada.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Creo que me he dejado tu camisa preferida debajo de la plancha. Sería una pena que se quemara —grito avanzando por el pasillo. Nada más entrar en

el zulo, oigo de fondo “*Burning up*” de Madonna.

<¡Ah no! ¡Ni de broma! ¿Dónde coño está el mando?> Avanzo una canción y la siguiente resulta ser “*Listen to your heart*” Roxette.

—¡Me cago en...! ¡A la mierda con la música! —grito apagando el reproductor.

Las insinuaciones de Chloé habían ido en aumento desde que no estaba con Monique, sin embargo, yo no podía dejar de pensar que era la jefa y mi obligación era dominar los pellizcos que me daba el estómago cada vez que estaba cerca de ella. Subyugar esas sensaciones se fue haciendo cada vez más difícil por más que yo siguiera empeñada en negarme a lo evidente.

A primeros de septiembre el calor seguía sin darnos descanso y los noticiarios continuaban haciéndose eco de los fallecimientos por golpes de calor, sobre todo en personas mayores.

Me levanté a las seis, me vestí, me hice una coleta y me puse las gafas de sol. Necesitaba correr, correr hasta desfallecer y no sabía por qué, solo que tenía que hacerlo. Con “*Dangerous*” de David Guetta sonando en el reproductor empecé a trotar, al principio al ritmo habitual, pero pronto sentí la necesidad de aumentar la velocidad y vaciarme por completo.

Una hora y cuarto más tarde, agotada y sin aliento, me topé con Chloé montando a Etoile saliendo del bosque. Espalda recta, pies apoyados en los estribos, manos sobre las riendas y todo su cuerpo acompañando el paso de la yegua. Parecía un espejismo y durante unos instantes me pregunté si en realidad no lo sería.

Etoile iba a paso lento, erguida, orgullosa y diría que hasta presumida. Era una yegua de porte y elegancia sin igual, que, sumada a su tremenda inteligencia, la hacían una fiel representante de su raza. Al llegar a mi altura, Chloé desmontó y me propuso dar un paseo. Tenía dos opciones: ser una borde e inventarme alguna excusa para apartarme de ella o arriesgarme a repetir las sensaciones que tenía cada vez que estábamos juntas. No quise ser una borde.

Etoile no paró de darme golpes con el hocico durante buena parte del trayecto y aunque al principio me inquietó (Claude me había explicado que golpear no era buena señal ya que podía denotar intranquilidad o enfado), lo hacía tan sosegada y tranquila, que acabé por pensar que solo pretendía llamar mi atención. Cuando le dediqué algunos mimos, dejó de hacerlo.

<Puñetera>

## CAPÍTULO 10

Marie llevaba varios días decaída, reflexiva y absorta en sus propios pensamientos. Había subido a beber un poco de agua y le di un achuchón por detrás abrazándola con fuerza. Al hacerlo, gimió de dolor.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Déjame ver.

—Lisa, he dicho que estoy bien —pero su expresión de dolor y sus ojos llorosos dicen lo contrario.

<¿Por qué tiene ganas de llorar?>

—Mierda Marie, dime qué te pasa por favor. Hace días que no estás bien.

Cogió un cuchillo para cortar unas rebanadas de pan y vi claramente su expresión de dolor al realizar el movimiento. Me acerqué hasta ella y sin mediar palabra, puse mi mano en su brazo con la intención de levantarle la manga de la camisa. Intentó negarse con la mirada e intuí que iba a ver algo que no me iba a gustar. La deslicé poco a poco al tiempo que veía como las lágrimas brotaban de sus ojos. Verla así me estaba partiendo el corazón, pero no fue nada en comparación con la rabia que sentí al ver una gran mancha morada en la parte exterior del brazo, entre el bíceps y el tríceps. Que estuviera llorando descartaba que el moratón se lo hubiera hecho accidentalmente. La ira me invadió, e incapaz de contenerla, vi como mi auto control me decía adiós con la mano y se reía de mí.

—¡Hijo de puta! ¡Lo voy a matar!

—¡No! ¡Lisa, por favor! —grita con desesperación.

—¿Quién se ha creído que es?

—Lisa te lo ruego. ¡Vuelve! —solloza antes de que salga de la cocina camino del jardín hecha una furia.

Mientras miraba en todas direcciones buscando a Jean—Marc, notaba como la rabia se apoderaba de mí y no hice nada por contenerla. Nuestras miradas se encontraron y ya no se separaron hasta que estuve a su altura. Con una sangre fría que todavía me sorprende, le di una bofetada que lo hizo retroceder llevándose ambas manos a la cara.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loca? —pregunta con la mirada desencajada.

—¡Eres un maníaco hijo de puta y un mierda egoísta! ¡Escoria sería algo, pero no llegas ni a eso! ¡Pégame a mí si tienes huevos!

Incapaz de mirarme, sus ojos y su mirada se perdieron en algún lugar entre sus pies y el suelo y cuando vi que las manos empezaban a temblarle, seguí triturándolo.

—Me lo imaginaba. Además de un mierda eres un cobarde —le espeto con desprecio—. Cualquier hombre se sentiría afortunado por tener una mujer como Marie y un hijo como Pierre, pero tú has decidido echarlo todo por la borda. Estás poniendo en riesgo lo más valioso que tienes en la vida: ¡tu familia, joder! En el fondo me das pena porque no sabes valorar lo que tienes. Eres un ignorante y un gilipollas, ¿lo sabías? Si le vuelves a pegar, no me conformaré con darte una bofetada. Te lo juro —le advierto en tono amenazante levantando el dedo índice.

No recordaba haber actuado de ese modo en toda mi vida. Ese hombre sacó lo peor de mí y de regreso a casa, me mortifiqué pensando que acababa de conocer a una Lisa que ni sabía que existía. No era una mujer agresiva, pero él logró sacar a relucir esa faceta y además, estuvo acompañada de una considerable falta de control.

Al entrar en la cocina, abracé a Marie con fuerza prometiéndome que Jean —Marc nunca más volvería a ponerle la mano encima. No mientras yo estuviera allí. Entre lágrimas me dijo que nunca antes le había puesto la mano encima y de hecho, me aseguró hasta la saciedad que había sido un gesto involuntario. Durante los días siguientes, estuve pendiente de ella todo lo que pude intentando no levantar las sospechas de Christian tal como me había hecho prometer.

Si aquel episodio me pareció triste, días más tarde viviría una experiencia surrealista.

Tenía muchas ganas de hacer pis y en el zulo no había baño. Abrí la puerta y miré. Nadie a la vista. Recorrí el pasillo todo lo rápido que pude hasta llegar a mi habitación y mientras estaba sentada en la tacilla, pensé en lo raro que era todo aquello. Antoine me había dicho que ese día llegaba una amiga de Chloé, una tal Martha y que no debía acercarme a ella. Según él, estaba un poco desequilibrada, pero yo no acababa de entender por qué debía pasarme todo el día encerrada en el zulo (comida incluida) por culpa de la amiga loca de Chloé. La sola idea de estar todo el día confinada, me parecía un fastidio.

Cuando acabé, me lavé las manos y abrí la puerta despacio. Asomé la cabeza y de nuevo, no había nadie a la vista. Agilicé el paso para recorrer el

largo pasillo en el menor tiempo posible, confiando en que a esas horas no me cruzaría con nadie, pero por desgracia, me equivoqué. A la altura del Spa, las puertas de cristal se abrieron y seguí caminando con los ojos cerrados, como si de ese modo me pudiera hacer invisible.

—¿Y tú quién eres?

<¡Mierda! Antoine me va a matar>

Giré sobre los talones y vi a una mujer rubia platino junto a Chloé. Alta, delgada, pómulos marcados y labios y tetas operados. Me miraba de arriba abajo con la ceja levantada, examinándome sin ningún pudor y se tomó su tiempo para hacerlo. A simple vista era una mujer muy bella, pero había algo en ella que me daba repelús. Miré a Chloé sin saber qué decir y se apresuró a presentarnos.

—Martha, te presento a Lisa.

Cuando estaba alargando la mano para dársela, me la cogió y me arrastró hacia ella plantándome tres sonoros besos en la mejilla. Miré de reojo a Chloé y la vi negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

—Encantada —digo sin ganas.

—Yo sí que estoy encantada. A sí que, Lisa —susurra recreándose en mi nombre.

<Esta tía es odiosa. ¿Cómo puede ser amiga de Chloé?>

—¿Lisa es diminutivo de otro nombre?

—Elisabeth.

—Elisabeth todavía me gusta más —asegura mientras Chloé levanta una ceja sorprendida.

Aquella mujer no me miraba con curiosidad, lo hacía con lascivia y me hizo sentir tremendamente incómoda. Era una ordinaria disfrazada de pija cordial.

<No la soporto. Tengo que largarme de aquí>

—Si me disculpáis, tengo trabajo.

Chloé asintió mientras emitía un suspiro de alivio y comprendí que ese encuentro tampoco le estaba resultando cómodo. Martha no dijo nada hasta que estuve a cierta distancia, pero aun así, pude escuchar claramente su comentario.

—Está buena tu chica nueva. ¿La estabas escondiendo?

—No digas tonterías Martha. Anda, vayamos al jardín a tomar algo.

<¿Escondiéndome? ¿De que va todo esto?>

A la hora de comer, Antoine bajó al zulo con mi comida y nada más verlo

pude ver la cara de pocos amigos que traía.

—¡Lo siento joder! Necesitaba ir al baño.

—No hace falta decir tacos y además, no es culpa tuya.

—A esa mujer le falta un tornillo.

—Ya te dije que era especial.

—Quieres decir especial.... ¿por no decir loca?

—Come algo, tengo que volver arriba.

—Me aburro —digo haciendo un mohín.

—Martha se va después de comer, así que esta noche volveremos a la rutina y estaremos todos más tranquilos —dice juntando las palmas de las manos y mirando al cielo.

—¡Menos mal! Estoy hasta los cojones de estar encerrada.

—¿Pero qué vocabulario es ese? —gruñe.

—Perdón...—contesto sin sentirlo.

—Para compensarte, Marie ha preparado tu comida preferida: Bacalao al horno sobre la mayonesa a base de ajo que le enseñaste a preparar.

—Allioli.

—Pues eso.

—Repite conmigo: Allioli. La sílaba tónica está en la “o”, no en la última “i” ...Qué te veo venir... —le advierto riéndome. Por un momento, se me pasa el enfado viendo como pone caras para imitarme.

—Alliolí.

—¡Qué no! ¡Qué manía!

—¡Qué te den! Nos vemos en la cena —dice riéndose.

La tarde se hizo eterna, sobre todo porque Pierre no vino al zulo y me pregunté si a él también lo estaban escondiendo de “La Loca”.

Acabé de trabajar casi a las seis y me di una ducha que me supo a gloria. Después de estar todo el día encerrada, me apetecía arreglarme un poco y me puse un vestido azul sin mangas con unas sandalias blancas. Nada más entrar, todos me miraron como si hubieran visto un fantasma y me di cuenta de que algo no iba bien. Solo Pierre vino a saludarme.

—¿Pasa algo? —pregunto mientras lo achucho contra mí.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que nadie te ha dicho que no subieras? —pregunta Christian dirigiéndose malhumorado a Antoine.

—No. ¿Puedo saber qué pasa?

—Mierda Antoine —reniega visiblemente enfadado.

—¡Se me ha olvidado! —protesta él levantándose de la mesa y viniendo

hacia mí—. Lisa te acompaño abajo.

—¿Abajo? ¡Ni hablar! ¡Estoy harta de estar encerrada!

—Vamos —me pide poniéndose delante.

—¡Qué no!

—Lisa por favor.

—Esto es una mierda Antoine. ¿Por qué tengo que seguir encerrada? ¿Y por qué solo yo estoy encerrada?

—Martha ha decidido quedarse y si ha cambiado de opinión es por ti —susurra con los dientes apretados.

Se hizo el silencio en el comedor mientras Pierre apoyaba la cabeza sobre mi hombro y se mantenía muy quieto sin decir nada. Se respiraba tensión. Christian me dedicó una mirada imperturbable que me fastidió muchísimo.

—¿Qué significa que se ha quedado por mí?

—Luego hablamos, ahora bajemos —gruñe Antoine.

Marie me ofreció una bandeja con la cena. Su mirada lo decía todo: ve abajo. Dejé a Pierre en el suelo y cogí la maldita bandeja enfurecida.

—No hace falta que me acompañes, conozco perfectamente el camino.

—¿Quieres que Christian me vuelva a reñir? Te acompaño y punto —me dice al oído agarrando la bandeja y quitándomela de las manos.

De camino al zulo, el cabreo fue en aumento y por supuesto, se dio cuenta.

—¡Por Dios Lisa! No pongas esa cara. Esto no es un castigo, intentamos protegerte.

—¿Protegerme? Me da la risa Antoine. Tengo 35 años, creo que puedo protegerme sola.

—No la conoces.

—Ni falta que hace, con lo que he visto, he tenido bastante. Que se vaya a la mierda ella y todas vuestras normas. ¡Joder! Ni siquiera habéis dejado a Pierre bajar al zulo —bramo arrancándole la bandeja de las manos.

Le cerré la puerta en las narices y no dejé que entrara. De hecho, echarle fue lo mejor que pude hacer porque estaba tan fuera de mí, que seguramente hubiera dicho algo de lo que hubiera acabado arrepintiéndome.

A medianoche seguía tan indignada con la situación, que era incapaz de conciliar el sueño. El mando a distancia del aire acondicionado había pagado mi mal humor y ahora era yo la que pagaba las consecuencias de un calor insoportable. Para intentar refrescarme, me di una ducha de agua fría que consiguió incluso aplacar un poco mis nervios. Al salir, Martha estaba sentada sobre mi cama.

<¡Joder! Ahora sí que Antoine me va a matar. ¿Por qué no habré cerrado la puerta con llave? ¡Por qué nunca la cierras tonta del bote!> Lo de hablarme a mí misma empezaba a ser preocupante.

—Hola Lisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con cara de pocos amigos para contrarrestar su tono sugerente. Mi aversión por ella continua creciendo y las formas me importan un pimiento.

—Vas directa al grano. Me gusta.

—Tienes que irte.

—Lo cierto es que te he echado de menos a la hora de cenar. He pasado a verte, pero nadie me ha sabido decir dónde estabas. Raro, ¿no?

Únicamente tenía encendida la luz de la mesilla y la habitación estaba en penumbra, pero aun así, advertí su mirada obscena y su soberbia para salirse con la suya. La quería fuera de allí. Y pronto.

—Estaba cansada.

—¿Cansada? —dice levantándose de la cama y viniendo hacia mí—. Cansada y sigues despierta a media noche. ¿Seguro que no es otra cosa?

Puso su dedo índice sobre el hueco del cuello que queda entre las clavículas y su larga uña se clavó en mi piel.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar —asegura bajando el dedo lentamente por mi pecho para intentar llegar al borde de la toalla que llevo anudada al cuerpo.

Antes de que lo hiciera, sujeté su mano y muy despacio la retorcí sin dejar de mirarla. A medida que la retorcí, no pudo hacer nada por impedir que su cuerpo girara para evitar hacerse daño. Cuando estaba completamente de espaldas hacia mí, giró la cabeza.

—Si pretendías asustarme, te has equivocado. Esto me excita mucho más. Dime, ¿qué más trucos sabes hacer cariño?

—A cualquier cosa le llamas truco —respondo mientras me dirijo a la puerta.

<Si no fuera amiga de Chloé, la sacaría a patadas de aquí. Menuda HDLGP>

Una vez en el pasillo, solté su mano y me mantuve en el umbral observando como masajeara su muñeca con la otra mano sin dejar de mirarme.

—Adiós Martha.

—Así que recuerdas mi nombre. Tú también me has dejado huella



preciosa —dice acercándose a mí para besarme.

—No sé qué pretendes, pero te has equivocado por completo. No me gustan estos juegucitos —le espeto. Mi dedo índice está posado sobre su pecho y eso la mantiene alejada de mí.

—Estás colada por ella, ¿verdad?

—Adiós —la despido tajante.

—No me rindo fácilmente —afirma lanzándome un beso con la mano antes de irse.

<¡Esfúmate loca!>

Esperé a que se alejara y no entré en mi habitación hasta que no empezó a subir las escaleras. Miré detrás de mí y agudicé el oído para asegurarme que ni Christian ni Antoine se habían enterado de la inesperada visita. Todo estaba en silencio y suspiré aliviada. Definitivamente, aquella mujer estaba como una cabra y pensar que había tenido el descaro de presentarse en mi habitación, me ponía los pelos de punta. Por primera vez desde que vivía en aquella casa, eché el pestillo y no tuve que volver a verla hasta meses después.

# CAPÍTULO 11

Había llegado el día. Después de dejar la ropa en la tintorería, Stephane me había dejado en el Hotel que había reservado cerca de la Ópera. Elegí esa zona porque era la que mejor conocía y volver a pisar sus calles, me trajo muy buenos recuerdos y algo de nostalgia.

El fin de semana prometía muchas risas y algunos litros de alcohol tras nueve meses sin ver a mis amigas. La espera junto a la parada del autobús, se me hizo eterna y cuando por fin las vi bajando del autobús, el corazón me dio un vuelco. Levanté la mano para que pudieran verme mientras gritaba intentando abrimme paso entre la gente. Nuestro típico achuchón a seis brazos, fue terapéutico y destiló grandes dosis de cariño incondicional.

Al entrar en el hotel, se quedaron boquiabiertas y eso que no habíamos pasado de la recepción. Si por algo se caracterizaba el Hotel Maison Piaf eran por su tematización ambientada en los años 30. Cuidaban hasta el más mínimo detalle, incluida la uniformidad de todo el personal. Plagado de fragmentos de historia, conseguían que te sintieras definitivamente en la ciudad más bonita del mundo, pero ochenta años atrás.

—He reservado mesa en un restaurante cercano. Tenéis el tiempo justo para acicalaros niñas.

—¿Tan pronto?

—Aquí se cena a las ocho y media como tarde. ¿No tenéis hambre después del viaje?

—Yo sí, pero primero necesito una ducha; el aire acondicionado del autobús se había roto y el olor a humanidad ha sido un infierno.

—Yo también —asegura Isabel—. Por cierto, hemos traído tus encargos —recuerda de repente al abrir su maleta.

Su melena rizada y rubia de bote era más larga de lo que recordaba, sin embargo, su mini falda era más corta.

—¡Genial! —digo tomando la bolsa que me ofrece.

—¿Para qué quieres un bote con arena de playa?

—Echo de menos su tacto —aseguro mientras hundo los dedos en el tarro. Está fría y me recuerda los paseos vespertinos—. Quería tener un pedazo de mi playa en la habitación. No es que haya olvidado cómo es, es que añoro

tocarla.

—Pues te compramos un billete y te vuelves con nosotras.

—Siempre estáis con lo mismo, ¡qué pesadas!

—¡Tú sí que eres una pesada! —exclama Isabel—. El rollo de echo de menos esto y lo otro...ya cansa. Si lo echas tanto de menos, hay una solución facilísima.

—En parte tienes razón —digo en tono conciliador—. Echo de menos muchas cosas, pero estoy aquí para olvidar otras. Al final es una balanza y por ahora sigue ganando la parte que quiere que me quede. Estar allí no me ayudaba a pasar página.

—Entonces, ¿te gusta vivir en Gabacholandia? —interviene Carmen.

—Me encanta París, pero desde que vivo en la campiña, reconozco que he ganado en calidad de vida aunque mi vida social se haya visto terriblemente mermada —admito haciendo un mohín.

—Pues ya verás cuando empiece a nevar, ¿por qué aquí nieva verdad? —pregunta con cinismo—. ¡Vas a volver cagando leches!

Reí sin ganas la broma de Carmen, pero sabía que tenía razón, sobre todo desde que las temperaturas habían empezado a bajar por las noches. Conocía lo duro que podía ser un invierno en París, pero al menos se encargaban de mantener las calles limpias y podía salir a correr, lo que sin duda en el campo iba misión imposible.

Las recién llegadas no dejaban de sacar prendas de manga corta de su maleta.

—Espero que hayáis traído alguna rebequita para la noche, si no, vamos a tener que ir de compras antes de lo previsto.

—La opción de llegar e ir de compras, no me desagrada en absoluto —ríe Carmen mientras despliega un vestido de tirantes.

—Ni lo pienses —digo refiriéndome al vestido de tirantes que tiene intención de ponerse—. Tendrás frío.

—Ayer estábamos en la playa y hoy voy a tener que ponerme una chaqueta. No sé cómo puedes soportarlo —me restriega impasible.

—Sois muy cargantes, ¿lo sabíais? Y por cierto, hace un tiempo espectacular. No han tenido estas temperaturas durante el mes de septiembre en años, así que daros con un canto en los dientes.

Fuimos a cenar al restaurante Lapérouse, espectacular no solo por su lujosa decoración, sino por su excelente y esmerada cocina. Isabel y yo nos decantamos por el carpaccio de primero y conejo al foie gras de segundo.

Carmen optó por las vieiras y el solomillo. De postre compartimos una exquisita tabla de quesos variados, entre los que había Queso Azul, Tarentais, Livarot, Brie de Merun, Fougerous y un Picodon que hizo las delicias de las tres.

Volver caminando al hotel era una manera fantástica de bajar la cena y disfrutar de un precioso paseo de unos treinta minutos que nos permitía cruzar el Sena por el Pont des Arts ya sin sus característicos candados del amor. Cerca del hotel había un par de garitos nocturnos donde poder tomar algo. En el Dirty Blue preparaban unos buenos cócteles, mientras que el Happy Beer era perfecto para degustar la más amplia variedad de cervezas de cualquier parte del mundo. Carmen e Isabel prefirieron copa en lugar de cerveza y trabajo nos costó entrar. El local estaba a reventar, pero tuvimos la suerte de pescar tres sillas que nos cedieron unos chicos en la barra justo cuando estábamos pidiendo. Las juntamos en forma de triángulo y empezamos a chismorrear como cotorras. Habíamos tardado veinte años en cumplir nuestro sueño de volver a París juntas y estábamos aprovechando cada minuto.

—Un bar caribeño en París no me acaba de cuadrar.

—Se llama Tiki, no caribeño —digo riéndome. Isabel me replica sacándome la lengua.

—A mí me gusta, hay buen ambiente —dice Carmen en tono más conformista—. ¿Habías venido alguna vez?

—Varias veces. Lo mejor son los cócteles —apunto señalando la carta que el camarero nos acaba de traer. Nos regala una sonrisa encantadora y en cuanto se gira en dirección a la barra, Carmen le mira el culo.

—Si me los hace él, seguro que me tomo más de uno —dice sacando los morros. Mientras nos partimos de la risa, el camarero levanta el pulgar intuyendo que estamos hablando de él—. Está como un tren.

Íbamos por el segundo cuando unos chicos se nos acercaron para invitarnos a una ronda. Isabel y Carmen me miraron suplicándome que me los quitara de encima, porque una cosa era mirarle el culo al camarero y otra, entablar conversación con adolescentes. Ambas hablaban francés, pero estaba claro que esa noche no tenían intención de utilizarlo.

Rechacé amablemente su invitación, pero los muy pesados, siguieron insistiendo durante un buen rato hasta que por fin conseguí deshacerme de ellos, o eso pensé, porque minutos después, me tocaron la espalda y me giré como un resorte dispuesta a mandarlos a la mierda. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi el rostro de la persona más guapa que conocía. Sus preciosos ojos

verdes me miraron con sorna.

—Es raro verte enfadada —asegura risueña Monique.

—Se habían puesto un poco pesados —me defiende. Va acompañada de una chica de rasgos asiáticos muy atractiva. Me incorporo para saludarlas.

—Estás tan guapa como siempre —dice al besarme en la mejilla. Su compañera se revuelve cuando nuestro abrazo se alarga más de lo normal.

Aunque ninguna de las dos lo pretendía, saltaba a la vista la química que seguía existiendo entre nosotras.

—Sé discreta, mis amigas no saben nada —le suplico. Antes de acabar la frase ya oigo su risa contenida.

—Te presento a Carla.

—Encantada —aseguro dándole tres besos. Parece confundida y algo incómoda.

Miré de soslayo a Monique haciéndole gestos para decirle que su amiga estaba cañón y me guiñó el ojo satisfecha.

—Lisa me ha hablado mucho de vosotras —dice en un marcado acento francés cuando se la presento a mis amigas.

La miré orgullosa por lo bien que lo hacía, pero Carla interpretó en esa mirada algo más que orgullo y la tomó del brazo marcando territorio. Ese gesto no pasó desapercibido a los ojos de Monique y rechazó mi invitación de sentarse con nosotras. Conociéndola como la conocía, sabía que sus planes eran sexo y más sexo y en cierto modo me dieron un poco de envidia, porque desde que lo habíamos dejado, no me había comido un rosco.

—Ha sido un placer Carla. Cuida de ella —le susurro al oído para que la música no le impida escucharme. Me mira sorprendida y por primera vez, la veo relajarse. Es obvio que Monique le ha hablado de mí y creo que por fin ha comprendido que no tengo intención de quitársela.

—Deja de beber, sino tus amigas van a tener que llevarte a rastras —asegura Monique mirándome con indulgencia antes de abrazarme—. Te llamaré un día de estos.

—Pobre de ti que no lo hagas. Llevamos demasiado tiempo sin vernos y te echo de menos. Trae a tu amiga, así verá que soy de fiar.

Desde la muerte de Mme Bondue, tan solo nos habíamos visto en un par de ocasiones. Por unas cosas o por otras, no conseguíamos quedar aunque las dos pusiéramos de nuestra parte. Contemplé como se alejaban mientras notaba como la mandíbula de mis amigas rozaba el suelo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntan al unísono.

<Me conocen demasiado bien como para que ni siquiera intente mentirles>  
—Estuvimos enrolladas —digo sin rodeos disimulando el canguelo que siento ante su inminente escrutinio.

—¿Qué? —gritan alucinadas.

Me encogí de hombros. No sabía por dónde empezar, aunque era plenamente consciente de que tarde o temprano, en algún momento de aquel corto fin de semana, Monique iba a ser el tema de conversación.

—¡Venga ya! Es broma —asegura Carmen.

—No lo es.

—¡Claro que no! ¡Pero si solo había que ver el modo en el que os mirabais! ¡Desembucha! —exige Isabel. Carmen no se queda atrás; abre las manos y moviendo el cuello hacia delante y hacía atrás, reclama una respuesta. A medida que les voy dando detalles, su expresión no deja lugar a dudas: están flipando. Cuando creo que he acabado, las muy cotillas se quedan con ganas de saber más.

—Entonces, ¿ahora eres lesbiana? —pregunta Carmen.

—No tengo ni puta idea de lo que soy. Estoy hecha un lio.

—Para ser sincera, tu amiga está como un tren. Mientras ha estado aquí, no han dejado de mirarla todos los hombres del bar y casi todas las mujeres —asegura Isabel.

—La química fue nuestra mejor asignatura, pero ninguna de las dos estaba preparada para una relación estable.

—Entonces no eres lesbiana, ¿eres de las nuestras! Esta noche te buscamos un tío bueno que te saque las telarañas —dice en tono triunfal Carmen.

—Te aseguro que no hay telarañas —sostengo mirándome la entrepierna.

<Bueno, quizás sí. Hace mucho tiempo desde el último revolcón>

—¡Dios! La oigo y no la reconozco —balbucea Carmen mirando a Isabel.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es, qué? —pregunto evadiendo la respuesta de la cotilla de Isabel.

—¡Ya lo sabes!

<Y ahí está la inevitable pregunta>

—Diferente.

—Eso no es una respuesta —se queja mi amiga la cotilla.

—¿Qué queréis que os diga? Es difícil de explicar chicas.

—Decir eso y contestar con monosílabos viene a ser lo mismo —protesta. Carmen se recuesta sobre su silla y se mantiene al margen de la conversación

durante unos minutos. Nos observa sin decir nada y parece cabreada.

—Es, como, no sé...

—¡Coño Lisa! No debe ser tan difícil, ¿mola o no mola?

—Mola —digo por fin liberándome de la presión que siento.

Era la primera vez que expresaba en voz alta lo que pensaba acerca del sexo con una mujer y estaba asustada. Las miré alternativamente esperando un gesto, una pregunta, cualquier cosa menos el silencio momentáneo que se produjo.

—Pero ¿cómo va a molar? Donde esté una buena polla que se quite un chocho —interviene por fin Carmen.

—¡Mira que eres vulgar! —me quejo—. Si te oyeran tus hijas...

—Ni vulgar ni leches. ¿Pero qué cojones te han hecho estos putos gabachos? ¡No te podemos dejar sola, joder!

Por su actitud, sus comentarios y sobre todo, su careto, podría haber llegado a la conclusión de que Carmen era homófoba, pero sabía que no era eso. Otro asunto la tenía de muy mal humor.

—Debe tener sus cosas buenas —tercia Isabel. Asiento con la cabeza agradeciendo que me eche un capote, pero Carmen sigue en sus trece.

—¿Pero tú lo ves normal?

—¿Desde cuándo te molesta? —replica alucinada. Carmen reniega con la cabeza y desvía la mirada entre la gente del bar.

<No sé que le ocurre, pero lo está pagando conmigo>

—Siento curiosidad —dice en tono picarón ignorando el mal humor de nuestra amiga—. ¿También les duele la cabeza cuando no quieren sexo?

—Es una máquina —aseguro mirando de reojo a Carmen que sigue con la mirada perdida en el fondo del bar. Al escucharlo intenta reírse, pero se contiene y me lanza una mirada de soslayo.

<Ahora se pone digna. ¡Ay como te he echado de menos Carmencita>

—¿Y a ti?

—A mí tampoco —aseguro con falso gesto de ofendida.

—Joder Lisa, estoy pasmada —interviene por fin la indignada—. No te hubiera imaginado nunca con una tía. Cuando lo pienso, retiro la imagen de mi mente. ¡Dios no! —exclama asqueada.

—Pues si tú estás bien, y es obvio que lo estás, a mí me parece perfecto. De hecho, estás increíble. ¡Guapísima!

Isabel me miraba con satisfacción mientras Carmen se debatía entre seguir criticándome o dar rienda suelta a su reprimido lado cotilla.

—Si no estuvieras casada, podrías probarlo —insinúo para chincharla.

—¡Vete a la mierda! A mí no me va ese rollo.

Mientras Isabel y yo nos reíamos, me propuse averiguar el verdadero motivo de su enfado, pero no dejaron de hacerme preguntas y fue imposible mantener una conversación más allá de mi relación con Monique. Un rato más tarde, agotada por el interrogatorio, les propuse que a partir del día siguiente, en cuanto nos levantáramos, daríamos el tema por zanjado.

Por la mañana fuimos a desayunar a Café des Deux Moulins, el local donde trabajaba Amélie Poulin. El desayuno no fue espectacular y del baño mejor ni hablamos, pero si eres un poco friki, es un sitio al que puedes ir al menos una vez en la vida si estás de visita en París.

Nuestro paseo por la gran ciudad, nos llevó hasta Place Vendôme para satisfacer el lado pijo de Isabel, que no pensaba irse de París sin comprarse un “trapito”. Se probó al menos diez vestidos, a cuál más bonito, pero todas supimos cuál debía quedarse en cuanto salió del probador con un Chanel negro que le quedaba impresionante. Incluso las dependientas que no nos estaban atendiendo, se acercaron para mirarla. El cuello en forma de V dejaba al descubierto gran parte de su torso y la falda tipo Trumpet, completaba un look sofisticado y elegante.

—¿Sabes cuándo se inventó? —digo refiriéndome al vestido mientras admiramos lo guapa que está.

—Apuesto a que me lo vas a decir.

—Gabrielle Chanel lo inventó en 1926 y desde entonces muchas otras marcas lo han copiado. Has hecho la compra perfecta.

—¿Cómo puedes saber ese tipo de cosas? ¡Eres una repelente!

—Hay una cosa que se llama libro, ¿sabes de qué te hablo? —pregunto con sarcasmo. Isabel me saca la lengua mientras se dirige al probador.

Entretanto, Carmen se probó un blazer entallado de lana en color rosa palo, con cremallera y cuello redondo.

—Estás preciosa.

—¿Me vas a contar la historia del blazer? —ironiza arqueando las cejas.

Le saqué la lengua e Isabel se partió de la risa asomando la cara desde el probador.

Yo me enamoré de una simple falda negra de tubo y una blusa vaporosa con manga tres cuartos y pequeños topos negros. No tenía ni idea de cuándo podría ponerme algo tan elegante dado que mi vida social estaba en dique seco.



Pasamos toda la mañana en aquella plaza donde se respiraba lujo en cada metro cuadrado y por la tarde, visitamos la Sainte Chapelle en la Isla de la Cité atravesando el Pont au Change. Al entrar, se nos cayó la baba (literalmente) admirando las 1113 vidrieras y el rosetón de la capilla más bonita de París sin desmerecer a Notre—Dame. ¿Cómo pude perderme esa visita cuando vivía en la ciudad?

El templo, de arquitectura gótica, se levantó para albergar las reliquias más importantes de la cristiandad y estaba dividido en dos capillas, muy común en aquella época. La capilla superior estaba pensada para acoger a la corte más allegada del rey, mientras que la inferior, estaba abierta al público.

Después de la magnífica visita, retomamos la “ardua” tarea de ir de tiendas y recorrimos Champs—Élysées de arriba a abajo. Allá donde íbamos, no pasábamos desapercibidas, sobre todo porque Isabel no dejaba a nadie indiferente con su 1.85, sus enormes ojos azules y su delantera de infarto.

Ya de noche, disfrutamos de una cerveza bien fría en la terraza de una cafetería de la Gran Avenida con toldos granates y sillas de forja. Con las jarras levantadas y una sonrisa de oreja a oreja, el camarero nos hizo una foto que Isabel se encargó de subir a Instagram. En ella se podía leer: Deseo cumplido.

Volvimos al hotel con el tiempo justo para asearnos, cambiarnos de ropa y volver a salir para cenar. Había reservado en el Café A, ubicado en el antiguo Convento Récollets, donde había ido varias veces con Monique. Me encantaba el ambiente desenfadado y a la vez histórico, donde además, te podías encontrar con exposiciones de artistas noveles muy interesantes. Después de cenar, tocaba salir y volver a disfrutar de la noche parisina.

—¿Nos emborrachamos otra vez? —pregunto con las cejas levantadas.

—¡Joder Lisa! ¡No hay quien te pare! —exclama Carmen con los ojos abiertos como platos.

—No sabéis el tiempo que llevo sin salir. Esta noche necesito otra pequeña dosis de locura con mis mejores amigas.

—Llévanos a algún sitio donde se pueda bailar —ruega Isabel haciendo un mohín—. Es nuestra última noche juntas, ¡aprovechemos para bailar hasta caer desfallecidas! —grita con los brazos en alto.

—Eres una teatrera —ríe.

Tomamos un metro hasta Bastille y luego caminamos apenas cinco minutos hasta llegar a la Rue Biscornet, para adentrarnos en uno de los locales de moda de París: el Galaxy.

Isabel solo necesitó un par de copas para subirse a una de las plataformas de la pista y bailar como una posea al ritmo de los últimos éxitos de la temporada. Por más que Carmen y yo intentamos bajarla, no hubo manera. Mientras la observábamos desde una mesa cercana, Carmen por fin se sinceró.

—Nos hemos distanciado. Es como si se hubiera gastado el amor que nos unía.

—Sabía que te pasaba algo.

—Lo dices porque ayer me pasé un poco. Lo siento.

—Te conozco desde hace mucho tiempo para saber que no estás bien.

—Ni siquiera quería contártelo y le hice prometer a Isabel que no sacaría el tema a relucir. Es nuestro fin de semana y en lo único que me hubiera gustado pensar, es en nosotras, pero no puedo. Echo de menos a mi marido y la complicidad que teníamos.

—¿Qué ha pasado?

—Si lo supiera... —dice divagando—. No discutimos, no nos enfadamos, simplemente, estamos distanciado.

—¿Crees que hay alguien más?

—Si fuera así, pasaría tiempo fuera de casa y es todo lo contrario. Nunca le apetece salir y ya ni siquiera me acompaña los fines de semana al partido de baloncesto de las niñas.

—Estoy segura que Edu te quiere, siempre ha estado colgadísimo por ti. Eso no puede cambiar de la noche a la mañana.

—De repente nos interesan cosas completamente diferentes y no conseguimos reconectar. Antes salíamos a correr juntos un par de veces por semana, ahora prefiere ir a jugar a pádel con los compañeros de trabajo. A mí me sigue gustando salir a tomar una copa de vez en cuando, pero él prefiere quedarse en casa viendo la tele y acabo saliendo con Isabel y Max. Lo bueno es que no tengo que buscar niñera —se consuela.

—¿Habéis hablado?

—Le he preguntado muchas veces, pero siempre me dice que no le pasa nada. O no lo sabe o no quiere contármelo. Cualquiera de las dos opciones es mala.

—Puede que estén cambiado sus prioridades o...quizás le gustaría que te quedaras con él en casa, pero como sabe que te gusta salir, no te lo dice para no retenerte. Puede que se esté volviendo más hogareño y tú... ¡tú eres una fiestera desfasada! Sienta la cabeza de una vez, ¡que tienes casi cuarenta años!  
—me burlo.

—Pero ¿qué dices? La desfasada es esta —dice señalando a Isabel rodeada de chicos que bailan a los pies de la plataforma y le hacen gestos obscenos.

—Creo que es mejor que nos la llevemos, en cualquier momento alguno le saltará encima y se llevará una ostia.

A Isabel le gustaba bailar, pero lo hacía de una forma tan sensual, que enviaba mensajes contradictorios al sexo opuesto. Cuando algún chico se le acercaba, lo mandaba a freír espárragos, pero si insistía o la tocaba lo más mínimo, ¡bofetada al canto! Estaba muy enamorada de su chico y no era para menos; Max era un ser bendecido con una sonrisa arrebatadora, un corazón enorme y un carácter bondadoso, aunque en lo primero que te fijabas cuando lo conocías, era en su cuerpo de revista debido a su trabajo como monitor de Fitness. Su pasado de ligón acabó el día que conoció a Isabel, porque lo suyo fue un flechazo que duraba ya siete años.

Mi móvil empezó a sonar justo cuando nos estábamos levantando de la mesa. Me quedé de piedra cuando vi el nombre de Chloé en la pantalla.

—Tengo que contestar, es del trabajo. Sácala de ahí, nos vemos fuera.

—Vale.

Descolgué el teléfono nerviosa y emocionada (lo admito).

—¿Chloé?

—Hola Lisa.

—¿Pasa algo?

—Solo quería saber cómo estabas. Antoine me ha dicho que estás en París con unas amigas.

—Por fin Carmen e Isabel se han dignado a visitarme —digo con guasa—. Hablo a menudo con ellas, pero no es lo mismo que tenerlas cerca.

—Cierto. Las personas que queremos, cuanto más cerca, mejor.

Por algún motivo intuí que aquella frase no hablaba de mis amigas, pero preferí obviarla, como tantas otras veces y darle un giro a la conversación.

—¿Cómo ha ido el rodaje?

—Hoy tocaba exteriores, pero mientras rodábamos las últimas escenas, se ha puesto a llover una hora antes de lo previsto y hemos tenido que volver al hotel. No hace ni diez minutos que ha parado y está todo despejado. Estoy en la terraza, mirando la luna y no he podido evitar pensar en ti y en tus historias.

Casi me atraganto. Empecé a sentir un cosquilleo en las piernas y un ligero dolor de estómago. Desde que había enviado a Carmen a rescatar a Isabel, no había conseguido avanzar ni cuatro pasos por culpa de los nervios. Mientras

me giraba en redondo abstraída completamente por la voz de Chloé, las vi mirándome embelesadas.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la noche —digo a duras penas.

—¿Podré acompañarte en tu paseo nocturno? Me encantaría escuchar otra de esas historias que tanto me gustan.

<No hagas eso Chloé. No es buena idea>

—Lo siento, tengo que dejarte. Mis amigas me reclaman.

—¿Podré?

En las últimas semanas había permitido que se acercara más de lo que estaba dispuesta a ceder en un principio, pero lo cierto es que estar lejos de ella, me resultaba cada vez más difícil y aun así, luchaba conmigo misma para seguir manteniendo las distancias, pero esa noche, no pude.

—Tengo muchas más historias que contarte —acepto sintiendo como el corazón me golpea el pecho. Al otro lado del teléfono escucho un suspiro.

—Lo estoy deseando. Buenas noches Lisa.

En cuanto colgué, empezaron a preguntarme.

—¿Con quién hablabas?

—¡Eso! Tienes el colgante entre los labios... —dice Carmen dejando la frase a medias.

—Era mi jefe pervertidas —miento para evitar hablarles del sentimiento que ha ido creciendo en mi interior y para el cual, no me siento preparada.

<Cada vez estoy más cerca de cometer un error>

Ya en la habitación del hotel, bastante perjudicadas por el alcohol, hablamos de nuestras rutinas del fin de semana.

—¿Seguís quedando los domingos para hacer el vermut?

—No es lo mismo, ni siquiera parecido —reconoce Carmen con la cara mustia.

Durante unos segundos vinieron a mi mente multitud de escenas de nuestros vermuts en el puerto de Cambrils, como por ejemplo el día que Héctor me pidió matrimonio y lo sabían todos menos yo. O cuando una mañana empezó a llover sin más y ninguno de los seis nos movimos de la silla. La gente corría a refugiarse y nos miraba como si estuviéramos locos, pero nosotros no hacíamos más que troncharnos de la risa.

La parte más difícil del fin de semana había llegado y cambiamos las risas y las confidencias por caras largas y alguna que otra lágrima. ¡Maldito domingo por la tarde! ¡Maldito Tempus Fugit!

A pesar de que habíamos aprovechado cada minuto, el tiempo se había volatilizado y en la puerta de embarque nos dio por llorar. Nos consolábamos las unas a las otras repitiéndonos que en enero nos volveríamos a ver, pero fue más duro de lo que esperaba. Odiaba las despedidas.

Antes de subir al avión, le hice prometer a Carmen que hablaría con Edu y averiguaría el motivo de su decaimiento. Intuía que, por algún motivo, él la necesitaba más que nunca y mi amiga no era consciente de ello.

Isabel y Max habían decidido no ser padres y disfrutar de una luna de miel perpetua y aunque siempre pensé que se iban a perder una parte muy importante de la vida, nunca se lo dije.

Llevaba un rato despierta cuando sonó el despertador. Lo apagué desganada sabiendo que aquel 13 de septiembre no iba a ser uno de mis mejores días, pero aun así, estaba dispuesta a seguir con mi rutina habitual. Me puse el short fucsia, una camiseta de tirantes blanca y me coloqué la funda del móvil en el brazo. Al pasar por la cocina, me crucé con Marie que parecía algo más agobiada de lo habitual. La dejé al teléfono con el panadero y una vez puse los pies en el jardín, me embriagó el olor a césped recién cortado. Frente al gran Roble, estuve haciendo series de carrera intensiva de dos minutos con un descanso de 40 segundos entre ellas y tras completar las diez repeticiones, respiré hondo e hice un pequeño estiramiento. Todo iba bien.

Se podían ver algunas nubes dispersas, pero no les di mucha importancia porque según los noticiarios, el buen tiempo se mantendría algunas semanas más. Cada día que no llovía, daba las gracias consciente de que el invierno llegaría de repente y cambiaría por completo mi rutina matinal.

A veces echaba de menos el olor del mar, y a menudo, oía el rumor que dejaban las olas en el silencio de la noche y era entonces cuando buscaba el tarro de arena de playa que me habían traído Carmen e Isabel para hundir mis dedos en él. No era la única, a Pierre también le encantaba hacerlo.

De repente, los primeros compases de "*My immortal*" de Evanescence hicieron que me parara en seco. Cada frase de la canción era como una bala que me atravesaba el pecho y me impedía respirar. Todo me daba vueltas. Después de un grito ahogado, clavé las rodillas en el suelo y la desesperación se apoderó de mí. Las lágrimas empezaron a fluir con fuerza y ayudaron a descargar parte de la presión que me oprimía el pecho. Lloré. Lloré como hacía tiempo que no lo hacía.

Una hora más tarde, alertados al no verme regresar, Antoine y Christian salieron a buscarme y fue mi amigo quien me encontró sentada en el suelo con

la cabeza apoyada entre las piernas.

No dijo nada, solo se sentó a mi lado mientras Christian volvía a casa. Después de compartir unos minutos en silencio, le conté lo que aún no había conseguido contarle a nadie.

—Hace dos años, tal día como hoy, Héctor, Marco y yo, fuimos de excursión al Delta del Ebro. El Delta es un parque natural de unas 7.700 hectáreas que forma parte de la Reserva de la Biosfera. Allí desemboca el río más caudaloso de España. Es un lugar increíble a apenas una hora de coche desde casa y teníamos el plan perfecto: crucero en un precioso velero para conocer todos los rincones, nadar, comer a bordo un fantástico arroz caldoso y por supuesto, muchas fotos para nuestro álbum. Llevábamos aplazando aquella salida varios fines de semana por culpa de mi trabajo, porque por aquel entonces, hacía más horas que un reloj.

Mi hijo Marco estaba entusiasmado y todo le llamaba la atención. En eso se parece a Pierre —digo con nostalgia—. Recuerdo cada una de sus sonrisas y cada gesto cariñoso de Héctor, mi marido. Cuando pasamos cerca de la isla de Buda, a la que solo se puede acceder con una autorización, el guía nos explicó que allá por 1950, unas 200 personas se mudaron allí para cultivar arroz. Construyeron casas e incluso una capilla donde también se impartían clases. Durante más de 100 años se mantuvo en pie un faro construido en hierro cuya maqueta se presentó aquí, en la Exposición Universal de París de 1876.

Mientras fotografiaba a Héctor junto a él, fui consciente de lo que significaba la palabra felicidad. Nunca nadie me había hecho sentir como me sentía cuando estaba a su lado. Con él todo era fácil e incluso renunció a su trabajo como fisioterapeuta en un centro médico para hacerse cargo de nuestro hijo. Su papel de padre a menudo se fusionaba con el de madre e incluso lo llamaban a él cuando había eventos o cumpleaños en el colegio.

Reformamos una parte del garaje y lo convertimos en una consulta privada en la que pudiera seguir atendiendo a sus pacientes y lo hizo adaptando sus horarios a los de Marco.

Por la tarde, mientras regresábamos al coche, descubrimos una bandada de garzas en una de las inmensas playas que alzaron el vuelo nada más vernos y dejaron una preciosa estampa en nuestra retina. Había cientos. Marco corrió tras las que se volvieron a posar y logró que volvieran a levantar el vuelo. Continuamos caminando hasta el final de la playa para ver otro gran grupo de patos de cuello verde y cuello marrón anaranjado que descasaban sobre la

arena. Cuando vieron a Marco llegar gritando y alzando los brazos, levantaron el vuelo y se partió de la risa. Tenía cinco años. Era un niño curioso, divertido y muy observador. De vuelta a casa, se quedó dormido y no volví a verlo despierto. Nunca llegamos a casa.

Durante muchos meses, solo pensé en ir hacia ellos, en reunirme allá donde estuvieran y poder estar juntos una vez más. Imaginé cientos de formas de terminar con todo, pero no encontré el coraje para hacerlo y mientras malgastaba mis fuerzas en decidir cómo acabar con mi vida, me aislé por completo de todo y de todos, cayendo en la oscuridad más absoluta. Me rendí.

Meses después, el running me salvó de mí misma. Correr me dio la oportunidad de seguir adelante, de tener un objetivo y de volver a luchar por algo: por mí. Cada mañana me levanto e intento seguir adelante, pero no hay un solo día que no piense en ellos. Me han dejado un vacío que nadie podrá llenar. Siguen aquí —aseguro señalándome el corazón—. Aunque haya tenido la falsa sensación de estar recuperándome, la herida sigue abierta. Mi corazón está desintegrado, por eso mi relación con Monique no funcionó y quizás no sea capaz de amar a nadie más. Estoy rota por dentro.

Al acabar el relato entre lágrimas, me tomó de la mano con afecto y se la llevó a los labios.

—Algún día estarás preparada para reconciliarte con tu pasado y ya no te pesará el miedo a ser feliz —asegura levantándose y tendiéndome la mano para levantarme—. Y volverás a serlo, no me cabe la menor duda.

Hicimos el trayecto hasta casa en silencio y nada más entrar en la cocina, Marie se abalanzó sobre mí visiblemente preocupada y me abrazó como si no me hubiera visto en semanas.

—No vuelvas a darnos un susto así.

Tras ese inesperado abrazo lleno de cariño y sentimiento, Antoine me acompañó a mi habitación.

—Sé que intentas ser feliz, lo veo cada día en tu mirada y en tu sonrisa. No importa si por las noches los recuerdos te atormentan, lo importante es que cada día te levantas y caminas. Nunca te olvides de caminar. En ese primer paso, está todo lo demás.

—Siempre estás cuando más te necesito.

—Estaré aquí cada vez que te fallen las fuerzas. Ya no puedo imaginarme esta casa sin ti. Desde que llegaste, nos has dado mucho más de lo que crees: Pierre y yo hemos encontrado a una hermana, Marie a una hija, Claude a su mejor aprendiz y Chloé a una amiga —dice levantándose el mentón. Cuando

lo miro, su expresión es de angustia.

—No quiero que me trates como si pudieras librarme de esta carga. Eso es algo que solo puedo hacer yo.

—No pretendo hacerlo. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo. Siempre. ¿Me oyes? Siempre.

—Gracias —digo acogiéndolo su abrazo.

—¿Por qué no te tomas el día libre? Te irá bien salir a pasear y desconectar.

—Prefiero trabajar.

Después de dejarme en el zulo, pasó por La Guarida para explicarle a Christian lo sucedido y tras hacerlo, le asaltaron las dudas.

—No sé qué hacer. ¿Cómo podemos ayudarla?

—Este camino debe hacerlo sola y ella lo sabe. Aquí se siente segura y querida, y nuestro objetivo es intentar que siga siendo así. No podemos hacer más de lo que hacemos.

—Tendrías que haberla visto, nunca la había visto tan frágil y vulnerable. Detrás de cada una de sus sonrisas, hay un alma atormentada que está luchando por salvarse. Tú también la has oído por las noches, ¿verdad?

—Sí, pero Lisa es una mujer fuerte, lo superará. Sé que te cuesta mantenerte al margen por el cariño que le tienes, pero debes darle espacio que necesita para que encuentre su camino.

—¿Te incomoda?

—Por supuesto que no. Todos le tenemos cariño, pero se nota que entre vosotros hay algo especial.

—Es la hermana que siempre había querido tener —se excusa—. ¿La jefa sigue en el Spa con Boris?

—Debe estar sola, él se ha ido hace unos diez minutos —dice señalando una de las pantallas.

Chloé estaba dentro de la piscina, relajándose tras los duros ejercicios a los que la sometía Boris.

—¿Qué ocurre Antoine? Estás pálido —asegura cuando lo ve junto a la piscina.

—Supongo que es del calor que hace aquí —miente—. Ha llamado René, quiere venir esta tarde.

—¿Tenemos algo?

—Tienes la tarde libre, si te parece bien, le diré que venga a la hora del café.



—Perfecto. Estoy impaciente por ver qué novedades trae del nuevo guión.

Efectivamente René trajo el nuevo guión y estuvieron toda la tarde examinándolo, pero aun así, se las arregló para acompañarnos en la cena. Su presencia en la mesa dejó de ser un hecho aislado para convertirse en algo cotidiano.

Antes de irse a dormir, Antoine pasó a verme.

—¿Por qué tienes peor cara que yo? —pregunto intrigada.

—Lisa, hay algo que necesito contarte. Puede que este no sea el mejor día para hacerlo y de hecho, seguramente no lo es, pero necesito contártelo. No puedo seguir retrasándolo.

—Me estás asustando, ¿qué ocurre?

—No he sido completamente sincero contigo.

—¿Por qué dices eso?

—Sé lo de tu familia desde que llegaste —dice por fin tras unos segundos debatiéndose entre seguir hablando o callar.

—¿Cómo? No es posible. No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Monique.

—Para trabajar en esta casa hay protocolos de seguridad que debemos seguir. Supongo que eso lo entiendes, ¿verdad?

Asentí sin ocultar mi curiosidad mientras notaba como un ligero desazón recorría lentamente mi cuerpo

—No solo lo hacemos para proteger a Chloé, sino también al resto de personas que vivimos aquí. Esos protocolos incluyen un seguimiento y por supuesto, investigar el pasado de todos los empleados. En tú caso no pudimos hacerlo antes de contratarte porque supe que te quería en mi equipo desde que cruzamos la primera mirada en aquella sala de espera. Cuando entraste y te presentaste, me di cuenta que tú nombre aparecía tachado en la lista y tuve dudas, pero a medida que fuimos conversando, todas ellas se desvanecieron. Eras la persona perfecta y el tiempo me ha dado la razón. La investigación y el seguimiento de los candidatos es un procedimiento previo a la contratación, pero me salté los protocolos de Christian y solo dejó que te quedaras con la condición de ponerte bajo vigilancia. No podía negarme.

Días después de tu llegada, recibimos un informe muy detallado y decidimos no compartir esa información respetando tu decisión de mantener al margen tu pasado. Ni siquiera Chloé lo sabe.

—¿Me habéis estado vigilando todo este tiempo?

—Solo las primeras semanas. Christian ordenó detener el seguimiento

cuando se aseguró de que no eras ningún peligro.

—No sé si lo estoy entendiendo, ¿vigilabais mis movimientos dentro y fuera de la casa? —pregunto entrando en shock. Antoine asiente avergonzado y cuando me giro para intentar recuperar la compostura, veo el Mac sobre el escritorio.

—¿El ordenador también? —pregunto sin tener muy claro si quiero saber la respuesta. Antoine asiente e incluso baja la mirada al verme completamente desorientada. Un intenso dolor de cabeza martillea mis sienes dejándome aturdida, pero no lo suficiente como para comprender, que mi amigo, mi hermano, la persona en la que más confío, me ha estado engañando. Caigo en el desconcierto más absoluto y la desesperación se apodera de mí—. Desde que llegué, me habéis hecho creer que era parte de esta familia, pero en realidad, siempre he sido una forastera.

—¡No digas eso! ¡No es cierto! Eres parte de esta familia —dice tocándome el brazo con dulzura.

—¡Déjame sola por favor! —imploro entre sollozos.

—No pretendo que me perdones, solo que lo entiendas.

—Entiendo que no lo entiendo. Me habéis estado vigilando, sabéis lo que he hecho, lo que he dicho, donde he estado y a quien me he estado follando. ¿Cómo quieres que asimile todo eso?

—Siempre supe que podía confiar en ti, pero son las reglas. Te juro que en cuanto Christian se aseguró de que eras de fiar, canceló el seguimiento.

—Por supuesto que soy de fiar, ¿por quién me habéis tomado? —grito enfadada.

Antoine entendió que en ese momento nada me haría cambiar de opinión y se marchó con los hombros caídos. Nada más irse, lloré abrazada a mi almohada intentando ordenar mis sentimientos, que por supuesto, estaban divididos. Por un lado, entendía que parte de su trabajo era proteger a Chloé, pero por el otro, habían quebrantado mi intimidad y eso hizo que me sintiera tremendamente vulnerable. Estuve tentada de coger mis cosas y largarme de allí pero no pude, algo me retuvo.

A la mañana siguiente, con las primeras luces, le mandé un mensaje a Clara para que se conectara a Skype. Necesitaba verla.

—Antes de que digas nada, siento no haberte llamado ayer. Sabía que sería un día duro y no tendrías muchas ganas de hablar.

—Se lo conté todo a Antoine.

—¡Bien hecho hermanita! Necesitas ir soltándolo. Es lo mejor que podías

hacer.

—Supongo que sí —digo abatida.

—Estás muy seria y tienes mala cara. ¿Qué ocurre?

—Discutimos.

—¿Con Antoine? Pero si es tu mejor amigo.

—Mi mejor amiga eres tú.

—Y tu mejor amigo es él, no seas tonta. ¿Qué ha pasado?

—No tengo ganas de hablar de ello.

—Cuando te pones en plan misterioso eres un poco pelma.

—Enséñame una foto de Elsa, eso me animará.

—Es la misma ecografía que te enseñé la semana pasada.

—Da igual, quiero volver a verla.

La imagen era perfectamente nítida, como si Elsa supiera que debía quedarse muy quieta para quedar bien en la foto. Tenía una mano apoyada junto a la cabeza y la otra al lado de la boca. ¿Cómo podía cansarme de ver algo tan bonito? Elsa iba a ser un regalo no solo para sus padres, también para mí.

Sobre las diez y media llamaron a la puerta y supe que era él.

—Como no has subido a desayunar, quería asegurarme de que estabas bien —dice cerrando la puerta tras de sí. Sostiene una bandeja—. Zumo de naranja y bocadillo de jamón dulce con unas rebanadas de tomate y lechuga.

—No te voy a perdonar solo porque me traigas el desayuno.

—Había que intentarlo —se excusa mientras deja la bandeja a mi lado.

—He estado hablando con Clara —digo antes de que me pregunte.

—¿Están bien?

—Sí.

—Lisa, lo siento. Anoche te dije que no necesitaba que me perdonaras, solo que lo entendieras, pero me equivocaba. Necesito que me perdones.

Lo cierto es que, en algún momento de la noche, mi subconsciente acabó aceptando lo ocurrido y sabiendo que seguramente de otro modo, nunca hubiera llegado allí. No había hecho nada de lo que pudiera avergonzarme, luego entonces, ¿qué importaba que me hubieran estado vigilando? Lo único que estaba herido era mi ego y podía vivir con ello.

—No me arrepiento de habértelo contado porque sabes que en el fondo era lo que teníamos que hacer. Nos guste más o nos guste menos. Anda, no te hagas de rogar y perdóname.

<Podría haber sido cualquier tarada, pero no lo soy, aunque pensándolo

fríamente, después del accidente, no estaba muy cuerda que digamos>

—No me hables como si se me hubiera pasado el enfado —digo arrugando las cejas.

—¿Ni siquiera por haber preparado tu bocadillo preferido? —pregunta con cara de “Gato con Botas”.

—Te lo vas a tener que currar un poco más.

—Solo dime qué tengo que hacer y lo haré.

—Acompáñame a correr.

—Prefiero que sigas enfadada.

—Vale —digo dándole un mordisco al bocadillo.

—¿No sería mejor que te invitara a cenar un día de éstos?

—A correr.

—Lo haces porque sabes lo mucho que odio correr —refunfuña.

<Qué bien me lo estoy pasando. Verlo correr va a ser divertido>

—¿Si salgo a correr contigo estaré perdonado?

—No lo sé, pero ganarás algunos puntos hasta que consiga que mi “yo cabreado” te perdone.

—Dile a tú “yo cabreado” que detesto correr.

—Lo sabe. ¿Conoces el refrán “El que algo quiere, algo le cuesta”?

—Hasta ahora no —se queja arrugando la frente—. Eres como una hermana para mí —asegura tomándose las manos.

—¿Mentirías a tu hermana?

—No, por eso necesitaba contártelo. Haría cualquier cosa por ti o por cualquier persona de esta casa. Sois mi familia.

—Seguro que a Christian no le ha hecho gracia que me lo hayas contado.

—Para él es solo trabajo y por encima de todo, está la seguridad de Chloé. Es la persona más discreta que conozco y jamás te juzgaría por las cosas que ha haya podido saber de ti, siempre y cuando no afecten al bienestar de Chloé. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Le da igual si me acuesto con una persona o con veinte, o si me voy de fiesta y me emborracho cada fin de semana siempre y cuando no ponga en peligro a Chloé.

—Exacto. Él también te aprecia, sobre todo por la profesionalidad y el coraje que has demostrado a lo largo de estos meses. No le has contado a nadie para quien trabajas y con ello te has ganado su respeto.

<¿Me he ganado el respeto de Christian? Eso es difícil de creer. Siempre me observa de una forma severa e impasible y solo me dirige la palabra

cuando es absolutamente necesario. Es más soso que un salero taponado>

—Marie estaba preocupada y le he dicho que habías pasado mala noche. Chloé ha desayunado con nosotros y también ha preguntado por ti —dice guiñándome el ojo.

—No sé si tenía mucha hambre o es que realmente el bocadillo estaba bueno —digo pasando por alto su comentario.

—La respuesta es fácil: tú siempre tienes hambre.

—Menos mal que salgo a correr casi cada día, si no, lo tendría gigante —apuntillo señalándome el trasero.

—Y aun así, estarías guapísima.

—¿Me estás haciendo la pelota? —pregunto moviendo de un lado a otro la cabeza con cara de alucinada.

—¡Perdóname!

—¡Deja de poner cara de “Gato con Botas”! —exijo.

—¡Por favor! —suplica esbozando una tímida sonrisa. Alargo los brazos para que me dé un abrazo y mientras se acerca, su sonrisa se vuelve amplia y traviesa. Sin poder evitarlo, de repente me veo en volandas.

—¡Para! ¡No soy una niña pequeña! —grito sin poder contener la risa.

—Para mí, como si lo fueras.

A la mañana siguiente nos citamos en la cocina a las 7:30 y corrimos apenas veinte minutos en los que no paró de quejarse.

## CAPÍTULO 12

A las siete de la mañana sonó el teléfono y salté de la cama asustada. Por poco no me mato. Nadie me llamaba a esas horas, pero cuando conseguí llegar al móvil y vi el nombre de mi hermana en la pantalla, recordé que día era.

—Estas no son horas de llamar —me quejo adormilada.

—Cumpleaños Feliz, Cumpleaños Feliz, te deseamos todos, Cumpleaños Feeeelizzzzz. ¡¡¡Felicidadesssss!!!

—¿Tenías que cantarla entera?

—No me tientes que empiezo de nuevo —me advierte.

—Por favor, no maltrates más mis tímpanos por hoy. Con los gallos que has hecho he tenido bastante.

—Ya sabes que se me da bien tocarte las narices.

—Eso es verdad.... Mira que despertarme a las siete de la mañana. ¡Es sábado por Dios!

—¡Anda ya! Seguro que pensabas levantarte para ir a correr.

—Pues te equivocas. Hoy tenía previsto quedarme holgazaneando en la cama.

—¿Tú holgazaneando? No me lo creo.

—Como no lo voy a celebrar, por lo menos me quedo en la cama un rato más.

—¿Cómo qué no lo vas a celebrar? ¿Por qué no?

—En realidad lo celebré cuando estuvieron Carmen e Isabel —improvisó.

—¡Eso no vale!

—Clara, estamos en medio del campo, salir a cenar o ir a tomar algo es simplemente inviable y además, no me apetece. Los días especiales me recuerdan que los voy a pasar sin ellos, por eso prefiero pensar que es un día como otro cualquiera. ¿Cómo está mi ahijada? ¿Tenemos alguna foto?

—No me han hecho ninguna otra, pero he engordado casi siete kilos. ¿Cómo lo ves?

—A ver, déjame calcular: te quedan menos de cuatro meses y contando que los dos últimos suelen ser los que más engordas, a este ritmo puedes llegar a los doce kilos fácilmente. ¿Te han hablado de régimen?

—Todavía no, pero el médico me ha dicho que me controle —se queja

resoplando.

—Si te engordas mucho, la última fase te costará un poco más. Te sentirás más pesada y mucho más cansada.

—¿Cuánto engordaste?

—Diez quilos y medio.

—Todavía te recuerdo; eras la mujer embarazada más guapa que he visto. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Me he apuntado a la piscina.

—¿Y cómo te va?

—Estupendamente. Parece que a Elsa le gusta.

—Hacer algo de deporte te ayudará a sentirte mejor y nadar es ideal. En el tramo final te harás demasiadas preguntas y el desasosiego irá creciendo: ¿Cómo será el parto? ¿Qué cara tendrá? ¿Seré buena madre? ¿Sabré alimentarla adecuadamente? ¿Y si llora? ¿Y si no duerme? A todas nos pasa lo mismo. Hay cientos de preguntas que no nos dejan dormir, pero no les hagas caso, lo harás bien, está en nuestro ADN.

—Lo cierto es que me siento genial cuando vuelvo a casa después de haber nadado un rato. Sigue en pie lo de enero, ¿verdad?

—¡Claro! Ya tengo billete. Llegaré a Barcelona el 1 de enero a las 12:45. Tomaré un taxi y a la hora de comer estaré como un clavo en tu casa.

—¡Ni hablar! Javier irá a buscarte. No pienso discutir eso.

—¿Qué pesada eres! Si te llevo la contraria te vas a poner de mal humor, ¿verdad? Tienes suerte de estar embarazada. Por cierto, ¿dónde está?

—Ha ido a comprar un bote de pintura para acabar la habitación de Elsa. Debimos hacer los cálculos con la mitad de las neuronas porque nos hemos quedado cortos.

—¡Primerizos! —le suelto en tono sarcástico.

—Él también te echa de menos.

—Cuando Isabel y Carmen se fueron hace unos días, lo pasé mal. Me di cuenta de lo mucho que añoro a todos los que formáis parte de mi vida.

—¿Te has puesto poética?

—¿Cómo? Piiiiiiiiiii, no sé que pasa, pero hay interferencias —bromeo—. Ni siquiera recuerdo lo que he dicho. Este Alzheimer...

Después de oír las carcajadas de mi hermana, la línea se quedó en silencio.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? Mucho —admito con voz entrecortada.

—Ídem. Siempre estaré a tu lado.

—Lo sé. Siento el daño que te hice; nunca debí apartarte de mi vida.

—Eso es agua pasada. Tuviste que enfrentarte a algo para lo que nadie está preparado y lo afrontaste a tu manera, pero lo importante es que esa manera ha cambiado mucho desde entonces. Estoy muy orgullosa de ti.

Nos costó despedirnos mucho más de lo normal y tras colgar, me quedé unos minutos mirando al techo contando los días que quedaban para enero.

Mientras me vestía, seguí dándole vueltas al tema de mi cumpleaños, pero tal como le había explicado a Clara, era demasiado complicado. En Cambrils los hubiera llevado a todos a cenar, luego unas copas y después a mi casa a tomar la última, pero allí, en medio de la nada, ese plan era imposible, por no hablar de lo complicado que era salir con Chloé.

<Mejor no decir nada. ¡Total! no deja de ser un día como otro cualquiera y seguramente, nadie se dará cuenta>

Hice un repaso mental de los cumpleaños que había pasado con mi madre y con Clara, los que había pasado con Clara pero sin mi madre y años más tarde, cuando se añadieron a nuestras vidas Héctor, Javier y por último, Marco. Los que pasé aislada en medio de la oscuridad, preferí no recordarlos. Era 21 de septiembre.

A todos se les habían pegado las sábanas, así que desayuné sola y fui a dar un paseo fuera de la finca. Los campos de girasol contrastaban por su colorido con los campos de trigo ya cosechado e hice varias fotografías para enviárselas a Clara. La temperatura era espléndida.

Volví a casa a las doce y me extrañó no ver a nadie pululando por la cocina. Miré alternativamente el reloj de pared y el mío, sopesando la idea de que quizás uno de los dos iba mal, pero la hora era correcta: las 12:03. Asentí mientras abría la puerta del comedor y di un bote cuando oí un estruendo: ¡¡¡Felicidades!!!

Estaban todos, incluso Stephane. Inmediatamente, Pierre se quedó colgado de mis piernas mientras el resto me abrazaba y besaba. Cogí a Pierre en brazos y le di muchos besos por toda la cara, un gesto que siempre le provocaba un ataque de risa. Mientras observaba su risa contagiosa, vi como Chloé se iba acercando a mí y se me aceleró el pulso. Con sus tres besos en la mejilla, mi mente se puso a imaginar sin mi permiso. Primero me asaltó su imagen besándome, para dar paso a una imagen más pasional de su lengua acariciando mis labios y sus brazos rodeando mi cuello. El tiempo se detuvo, no existía la habitación ni nadie a nuestro alrededor.

—Felicidades Lisa, es de parte de todos —anuncia entregándome un regalo.



Besaba con pasión sus labios mientras me deshacía de su ropa y ella de la mía con premura.

—¡Lisa! ¡Hei! La Tierra llamando a Marte —dice tocándome el brazo y sacándome de mis pensamientos.

<¿Pero que estoy haciendo? ¿Tengo alucinaciones? ¡Joder!>

Recuperando la consciencia, tomé el regalo que me ofrecía todavía acalorada. Era un paquete de apenas medio palmo, envuelto en papel de color dorado con un lazo de tela de saco. Lo desenvolví despacio mientras los iba mirando alternativamente manteniendo la expectación. Cuando abrí la caja, no pude evitar levantar las cejas alucinada. Era un Hublot con esfera y correa en color azul zafiro y caja plateada.

—Te hace juego con los ojos —asegura colocándomelo en la muñeca. El tacto de sus dedos llega a todas mis terminaciones nerviosas pero no tiene nada que ver con el incendio que provoca la mirada que me regala antes de soltar mi mano.

—¡Lo mejor viene ahora! —exclama Antoine en tono sarcástico—. Tenemos otro regalo, ¿verdad Pierre?

El pequeño fue corriendo hasta él para coger un sobre de color rojo y volvió para entregármelo. Todos sonreían de oreja a oreja. Pesaba muy poco y por el tacto, parecía contener una pieza de ropa. ¿Una camiseta quizás? A medida que lo desenvolvía, me di cuenta de que no era una camiseta, era un delantal en el que se podía leer: “Hoy cocino yo”.

—¡No! ¿Es una tomadura de pelo?

—¡Claro que no! Hoy es tu cumpleaños, así que he decidido tomarme el día libre. Siempre nos hablas de lo buena que es tu “paelá”, pues hoy... ¡es el momento de demostrarlo! —exclama Marie colocándome el delantal y anudándolo por delante.

—Hemos consultado en Internet y aquí tienes todos los ingredientes necesarios —apuntilla Antoine guiñándome el ojo.

—¡Vaya cumpleaños! ¿Dónde se ha visto que el homenajeado tenga que trabajar?

—Amiga mía, las reglas están para romperlas.

—¿Justamente hoy? —me quejo mientras Pierre se agarra de nuevo a mi pierna. Chloé lo mira y se ríe. Sin lugar a dudas, las dos estamos pensado en el día que nos conocimos y me pongo roja al recordar el tacto de sus pantalones de piel en mis manos.

—¿Comemos en el jardín? —propone sin dejar de mirarme.

Todos coincidimos en que era una idea genial y había que aprovechar que el día se prestaba para ello. Los chicos desmontaron la mesa del comedor y volvieron a montarla en el jardín con ayuda de Pierre. Mientras tanto, Marie, Chloé y yo, disfrutamos de una copa de vino junto a la barbacoa.

Jean—Marc estaba cambiado, tanto que, cuando lo miraba, no lo reconocía. Se había abierto al resto y hacía lo posible por integrarse. En un momento dado, incluso lo vi conversando por primera vez con Christian y me enorgulleció que intentara recuperar su lugar como marido y como padre, dejando atrás todo lo que en el pasado lo había alejado de esos dos importantes roles. Sin lugar a dudas, fue el mejor regalo de cumpleaños.

—Miraré como lo haces y la próxima vez, me animaré a hacerla yo.

—Hacerla con fuego es más complicado porque es más difícil controlar la llama, así que habrá que estar atentas al caldo e ir añadiéndolo poco a poco hasta que el arroz esté en su punto. Solo espero que sea comestible —digo suspirando.

No era la primera vez que la hacía al fuego, pero lo cierto es que hacerla así, es una lotería.

—Veamos que hay por aquí —digo destapando un recipiente. Encuentro gambas, cigalas, calamar, mejillones y galeras. Hay un segundo recipiente con cuatro compartimentos en los que hay cebolla picada, ajo, pimiento rojo a tiras y tomate triturado.

—Antoine y yo nos hemos empollado los ingredientes de la receta —dice satisfecha Marie cuando la aplaudo.

—Primero marcaremos las gambas, las cigalas y las galeras. Los mejillones los pondré en la parrilla y los añadiremos en el último momento. Cuando los bichos estén listos, los retiraremos y en su lugar pondremos el calamar, la cebolla, el ajo, pimiento rojo y por último, el tomate. Una vez lo tenemos todo bien pochado, añadiremos el arroz bomba, por lo general, una taza de café por persona, pero como tenemos tantos chicos, añadiremos tres o cuatro más por si alguien quiere repetir. Rehogaremos el arroz unos minutos con los ingredientes antes de añadir el caldo de pescado. Por cierto, tiene un color espectacular. ¿Lo has hecho tú?

—Ya te he dicho que he estado empollando —ríe—. Lleva pescado de roca, cangrejos rotos, las cabezas de las gambas y por supuesto, una hoja de laurel.

—Veo que sí has empollado. ¡Le va a dar un sabor buenísimo! —aseguro chocándole los cinco.

—En alguna receta vi que ponían azafrán en hebra.

—¿Tienes?

—¡La duda ofende! Voy a buscarlo a la cocina.

—Se te ve muy suelta, ¿la has hecho muchas veces? —pregunta cuando nos quedamos a solas.

En realidad, la paella y la fideuá eran las únicas comidas que preparaba cuando venían nuestros amigos a comer, porque por lo general, siempre cocinaba Héctor. Por aquel entonces, no tenía mucha idea de cocinar, algo que por suerte había cambiado.

—Junto con la fideuá, la paella es mi especialidad. La diferencia entre ambas recetas es básicamente cambiar el arroz por fideo grueso y poner solo gambas y calamar. Una vez emplatada, se le puede añadir la mayonesa con sabor a ajo que le enseñé a hacer a Marie: allioli.

—¡Me encanta cuando la pone sobre el bacalao al horno! —exclama entusiasmada.

—Chicas, ¿qué os parece si saco el aperitivo? —pregunta Marie entregándome la cajita de azafrán.

—¿Aperitivo? ¡Has estado cocinado! Ya me extrañaba que te hubieras quedado de manos cruzadas. ¡Eres una trolera!

Marie se partió de la risa y volvió a la cocina seguida de Jean—Marc. Pierre acompañó a sus padres y salió instantes después con un botellín de Orangina que me recordó a Mme Bondue. Chloé se acercó un poco más a la paella para olerla. Otra vez nos habíamos quedado a solas.

—Huele de maravilla. ¿Cómo es posible que supieras cocinar esto y no otras cosas?

—Un día se presentaron sin avisar Carmen e Isabel con sus maridos a la hora de comer. Todos sabían que no tenía ni idea de cocinar y mucho menos paella, pero se arriesgaron solo por reírse un rato. Trajeron todos los ingredientes y no tuve más remedio que aprender, pero no contaban con los vídeos de You Tube. El resultado fue razonablemente bueno, y el fin de semana siguiente, repetimos.

—Pues me alegro de que tus amigos te obligaran a cocinar porque esta “paella” tiene una pinta increíble.

—Paella —la corrijo.

—Paella.

—Paellllllla —digo gesticulando y enseñándole la posición de la lengua bajo los molares superiores.

—Paeecia —repite ella.

Tras intentarlo varias veces y muertas de la risa, nos dimos por vencidas. Entre las dos sacamos el paellero de la barbacoa y lo dejamos sobre la mesa tapado con un gran paño de cocina.

Marie nos deleitó con un aperitivo de lo más variado: tartaletas de Quiche de verduras, mini hamburguesas con Foie, bocaditos de tartar de atún rojo con aguacate, mini brochetas de pollo adobado con salsa de soja, pinchos de bolitas de mozzarella con tomate cherry, montaditos de calabacín con queso fundido y cebolla caramelizada o sus deliciosas croquetas de jamón y pollo. Volvió a superarse, algo que quedó evidenciado con las caras de absoluto deleite que poníamos.

No pude evitar probar cuanto había sobre la mesa y llegado el turno de la paella, casi no tenía hambre. Tras servirlos a todos, me puse un poquito simplemente por probarla y la verdad es que nos quedó buenísima. Tal como habíamos previsto, los chicos repitieron y no sobró ni un grano de arroz.

El café se alargó hasta pasadas las seis de la tarde y a Antonie no se le ocurrió otra cosa, que convertir la terraza en una pista de baile. Los primeros compases de una canción acústica sonaron por el altavoz inalámbrico al tiempo que con el dedo índice me hacía señales para que me reuniera con él.

—Hola chica de la sonrisa rota.

—¿Maroon five?

—Muy bien. Siempre que la escucho me acuerdo de ti.

—Nunca la había oído en acústico.

Jean—Marc tomó de la mano a Marie y ella no dudó ni por un momento ponerse en brazos de su marido. Pierre hacía rato que se había quedado dormido en una de las tumbonas y era el centro de atención de Christian. Antoine y yo lo miramos a la vez.

—Lo estás poniendo celoso —aseguro.

—Pero, ¿qué dices?

—Lo de poner las camisas mezcladas en la cesta de la ropa no es casualidad, ¿a qué no?

—No sé de qué me hablas —dice conteniendo la risa.

—Sé que lo hacéis a propósito.

—Sutil pero eficiente —afirma orgulloso.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Quería que te dieras cuenta tú.

—Lo sé desde hace tiempo.

—Chica lista.

—¿Quién más lo sabe?

—Todos.

—¿Hay algo más que quieras contarme? —pregunto subiendo una ceja. Niega con la cabeza y me toma la mano derecha para apoyarla sobre su pecho —. Sería un padre estupendo.

Por primera vez, vi a Antoine ruborizarse. Christian se dio cuenta de que lo estábamos mirando y se puso algo tenso.

Tan pronto empezaron a sonar los primeros compases de “*Uptown funk*” de Mark Ronson con Bruno Mars, nos soltamos y Antoine se sentó junto a él. Los tortolitos seguían bailando abrazados ajenos al cambio de ritmo de la canción y Claude charlaba animadamente con Stephane. Instintivamente busqué a Chloé con la mirada, pero no estaba en la terraza, había bajado al jardín y se alejaba en la oscuridad. La seguí.

—Hola —saludo poniéndome a su lado.

—¡Lisa! —dice sorprendida.

—¿Estás bien?

—Solo quería dar un paseo y echarle un vistazo las estrellas. ¿Te das cuenta de lo que me has hecho? Ahora necesito contemplarlas cada noche.

—La primera vez que las vimos juntas, me llevé un buen rapapolvo de Antoine. Hoy creo que no corro peligro —bromeo.

—Le gusta cuidar de ti.

—A veces se pasa un poco, pero lo adoro de todos modos.

Chloé me miró como si quisiera decirme algo, pero se mantuvo callada.

—¿Seguro que estás bien? —insisto—. Estás como, no sé... ¿melancólica?

—Mañana salgo de viaje y estaré diez días fuera. Lo cierto es que no me apetece demasiado.

—No vayas —suelto sin pensarlo. Me sale automático, como si mi boca pudiera decir lo que le viene en gana. Chloé me mira con pesar.

—Tengo pruebas de vestuario y maquillaje; no puedo retrasarlo. En mi próxima película interpreto a una mujer joven y años después, convertida en una anciana. Con esta película me voy a pasar muchas horas en el set de maquillaje.

—Pues entonces ve y diviértete. Disfruta de cada momento y da las gracias por vivirlo. No hay mayor satisfacción que disfrutar de todo lo que uno hace. A mí me está costando aprender esa lección, pero cuando lo consigo, merece la pena cada intento fallido.

—Hablar contigo siempre resulta fácil —asegura tomándome del brazo.

Ese gesto me sobresaltó y me transportó irremediablemente a Monique. Paseamos durante más de una hora por el jardín, casi siempre en silencio. Al llegar a las escaleras de la puerta principal, nos volvió a costar despedirnos.

Mientras me depilaba las piernas, Lucie me comentó que Alain y ella habían decidido pasar las vacaciones de verano en España animados por nuestras charlas nocturnas en el bar del pueblo.

—Tengo ganas de bañarme en el mar —suspira.

—Una vez lo pruebas, ya no hay nada que lo iguale. ¿Qué parte queréis visitar?

—¿Nos echarías una mano con eso?

—¡Claro que sí! Lo haré encantada. ¿Hay alguna zona que os guste más?

—Como todo el mundo habla de Madrid y Barcelona, hemos pensado que quizás estaría bien visitar, al menos, una de las dos.

—Podéis visitar las dos, están a apenas tres horas de distancia en AVE.

—¿AVE?

—Vuestro equivalente al TGV.

—¿Tres horas en TGV? ¡Eso no es nada! Podemos ir y volver en el mismo día.

—Para poder disfrutarlas de verdad, yo me quedaría al menos dos días. Son dos ciudades plagadas de sitios interesantes. Por ejemplo, en Madrid no puedes perderte el Prado o el Palacio Real y para ello necesitas, como mínimo, un día entero madrugando mucho. Por no hablar del Museo Naval, El Retiro, La Plaza Mayor o el Mercado de San Miguel, imprescindible si quieres disfrutar de una buena tapa.

En Barcelona sería un crimen no visitar la Sagrada Familia, La Pedrera o La Casa Batlló. Personalmente me gusta más el ambiente nocturno de Madrid, sobre todo por el centro, donde te encuentras gente a cualquier hora de la noche, sin embargo, para ir de compras, prefiero el centro de Barcelona. Supongo que son manías. Por cierto, Tarragona es Patrimonio de la Humanidad, no puedo dejar que vengas a verme y no la visites. Por qué vendrás a verme, ¿verdad?

—Solo si te portas bien —se cachondea—. ¿Qué nos recomiendas?

—La zona donde vivo es muy turística y las playas son un aspecto a mejorar. Con la llegada del turismo, el agua se ensucia y para mí gusto, no está en las mejores condiciones, pero aun así, cada año nos dan la bandera azul, que es la bandera que identifica las playas que cumplen con ciertos requisitos

ambientales. ¿A que no sabías que España lidera el ranking mundial de banderas azules? —la informo con orgullo.

—Entonces no deben estar tan mal.

—El problema no es todo el trabajo que se hace antes de abrir las playas, el problema es lo que ocurre durante la temporada de verano: las playas se masifican, el agua se ensucia y el mar no tiene tiempo de limpiarlas.

—¿Qué nos recomiendas?

—Depende de lo que queráis hacer. Las opciones son infinitas.

—Quédate a cenar con nosotros. Mi madre va a salir con unas amigas; podemos hacer unas pizzas. ¿Qué te parece?

—Antoine me reñirá si llego muy tarde.

—¡Por favor! Alain estará encantado de que te quedes con nosotros.

—Soy mujer muerta, pero vale. Lo cierto es que antes de empezar a buscar por mi cuenta, necesito conocer vuestros gustos, el tipo de excursiones que queréis hacer, el presupuesto, periodo, etc.

—¡Genial!

—¡Ay! —grito al sentir como me arranca el vello del muslo con la tira de cera. La muy capulla empieza a destornillarse de la risa cuando la miro con cara de pocos amigos—. ¡Me has hecho daño!

—Eres una quejica.

El padre de Lucie había muerto en el transcurso de unas maniobras militares previas a la guerra de Irak cuando ella tenía apenas seis o siete años.

Después de darle mil vueltas, finalmente decidieron que no solo visitarían Madrid y Barcelona, añadieron a la lista Sevilla y Toledo, con lo que su centro de operaciones pasó a ser la capital. Los últimos días querían pasarlos en la playa y aprovechar para practicar submarinismo, algo que Alain deseaba hacer desde pequeño. Me comprometí a prepararles una lista de los lugares más emblemáticos de cada ciudad, los horarios de las excursiones guiadas y una lista de hoteles con arreglo al presupuesto que tenían. Ellos tan solo debían ocuparse de reservar habitación, las excursiones y comprar las entradas a los museos.

Cuando salí de su casa, eran casi las diez de la noche y me sorprendió el intenso bochorno. El ambiente estaba muy pesado y justo antes de salir del pueblo, empecé a notar las primeras gotas de lluvia.

<¿En serio? ¿Me va a pillar una tormenta? ¡Joder que mala suerte!>

Al principio fueron los típicos gotones que al golpear contra el suelo hacen un ruidoso “chaf”, pero minutos más tarde, la lluvia arreció con fuerza y

me caló hasta las bragas. De repente, un relámpago iluminó el cielo y tras eso, un trueno resonó con tanta fuerza, que me puso los pelos de punta. Intenté pedalear más rápido, pero las gotas me entraban en los ojos y no veía nada, así que no tuve más remedio que bajarme de la bici y continuar a pie, lo que me dejó a oscuras porque la luz funcionaba con dinamo. Estaba asustada y caminaba a tientas hasta que se me ocurrió coger el móvil y utilizarlo de linterna. El camino se había convertido en un tremendo barrizal y ya no se distinguía ni siquiera el color de mis manoleínas, embadurnadas completamente, por no hablar de la bici, que cada vez me costaba más acarrear. El frío y el cansancio habían empezado a hacer mella en mí cuando por fin llegué al muro de la mansión. Justo en ese momento, el móvil se apagó y no precisamente por falta de batería: se había ahogado. Lo metí en el bolsillo trasero del short con la sensación de que aquel aparato me había salvado la vida y fui arrastrando la mano por el muro, hasta que llegué a la verja. Con las dos manos cogidas a los barrotes, le hice señales a Laurent para que me abriera, pero el pobre tardó en reconocermme por culpa del barro que tenía por todo el cuerpo, incluida la cara. Cuando por fin las puertas empezaron a abrirse, suspiré aliviada.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

—Antoine ha salido a buscarte, deberías haberte cruzado con él.

—Que extraño, no me he cruzado con ningún coche.

Entramos en la garita y desde allí marqué el número de su teléfono móvil. Aunque daba señal, no lo cogía, y ese simple detalle bastó para que me pusiera de los nervios puesto que él siempre iba pegado a su móvil. Seguí intentándolo mientras Laurent llamaba a Christian por el walkie—talkie y no tardó ni cinco minutos en reunirse con nosotros al volante del todoterreno.

—No me contesta —digo con angustia.

—Sube, te llevo a casa y después saldré a buscarlo.

—Voy contigo.

—Vas empapada, tienes que secarte o cogerás una pulmonía.

—No es negociable.

Christian intentaba mantener la calma, pero se le veía tan asustado como yo y terminó accediendo. Una vez en el camino, escudriñamos la oscuridad intentando ver algún indicio que nos condujera a Antoine hasta que un pronunciado bache, nos sobresaltó.

—Esto no es normal —advierdo.



—Otro coche ha pasado por aquí hace poco.

—No me he cruzado con nadie.

—Echemos un vistazo.

Salimos del coche y con la ayuda de linternas, miramos a través de un pequeño desnivel de no más de cinco metros que daba a un enorme maizal que había cerca del pueblo. El coche de Antoine estaba al fondo, volcado. Emití un grito y bajé corriendo presa del pánico. Los pies se me hundían y a punto estuve de caerme varias veces, pero no podía parar, necesitaba llegar hasta él. A mi espalda, Christian gritaba para que me detuviera, pero hice caso omiso. Al llegar, iluminé el interior del coche con la linterna y pude ver a Antoine colgado del revés en el asiento del conductor. Le grité sin atreverme a tocarlo justo cuando Christian intentaba abrir la puerta del acompañante.

—No puedo quitarme el puñetero cinturón. Se ha encallado —farfulla.

—¡Gracias a Dios! —grito.

Antoine estaba consciente, sangraba por algún punto indefinido de la cabeza, pero parecía estar bien. Christian logró entrar y se puso a examinarlo tocándole las piernas, brazos, pecho y costillas. No se quejó de ninguno de ellos y mientras seguía con el reconocimiento para intentar saber el alcance de sus posibles heridas, averigüé que la sangre procedía de una pequeña brecha en la coronilla.

—Parece que no tienes nada roto. Debía asegurarme antes de quitarte el cinturón —suspira aliviado.

—La brecha de la cabeza no parece grave —apostillo.

Aun así, las gotas le resbalaban por la cara y el cuello debido a la posición invertida y le daban un aspecto espeluznante.

—Lisa, entra por detrás y sitúate entre los dos asientos delanteros, justo donde tengas acceso al broche del cinturón. Tú te encargarás de soltarlo.

—No funciona, ya lo he intentado varias veces antes de que llegaraís.

—¿Tienes caja de herramientas?

—Hay una en el maletero, pero no creo que haya nada con lo que puedas cortar el cinturón.

—Lisa, llama a emergencias mientras busco la caja de herramientas. Si no podemos cortarlo, quizás podamos desmontarlo.

—Mi móvil se ha ahogado con la lluvia.

—Coge el mío —dice tendiéndomelo.

Al abrir el portón, todo lo que había dentro se desparramó por el suelo y tuvo suerte de que la caja de herramientas no le golpeará. Rebuscó con

nerviosismo, pero tal como le había dicho Antoine, no había ningún utensilio cortante. Por un instante, pareció desmoronarse.

Di nuestra posición a la operadora de Emergencias con la ayuda del GPS y durante unos minutos, me estuvo haciendo preguntas para poder enviar la ayuda más adecuada.

—Solo he encontrado un destornillador, tendremos que apañarnos con él. Lisa, intenta desmontarlo mientras yo sujeto a Antoine. ¿Podrás hacerlo?

Asentí y volví a situarme en la parte de atrás. Con la linterna en la boca, fui girando lentamente el tornillo que había en la parte posterior del broche.

—Está a punto de salir —anuncio con voz temblorosa.

Christian abrazó a Antoine para evitar que cayera, pero al sacar el tornillo, el cinturón no se soltó. Examiné la parte interior y vi que el sistema era muy sencillo: la parte que presionamos, normalmente de color rojo, se deslizaba por el lateral del broche, sin embargo, uno de los lados se había quedado trabado y al presionar el botón rojo, no se movía.

—Se ha atascado, intentaré hacer palanca con el destornillador.

Christian volvió a abrazar a Antoine y cuando hice palanca con el destornillador, el “clic” resonó en todo el habitáculo y dejó ambas partes a la misma altura. Les hice una señal para que se prepararan de nuevo, mientras a lo lejos se escuchaba el sonido de las sirenas.

“Clic”. Antoine cayó sobre Christian lentamente y el abrazo entre ellos se hizo eterno. La alegría hizo que las lágrimas encharcaran mis ojos sin atreverme a intervenir, viendo las luces de varias ambulancias llegando al camino. Con la ayuda de Christian, Antoine pudo salir del coche por su propio pie y una vez fuera, nos abrazamos aliviados. No dio tiempo a más, rápidamente lo pusieron sobre una camilla y lo subieron hasta una de las ambulancias donde lo estuvieron examinando durante un buen rato. Entretanto, había dejado de llover.

—¿Cómo está? —me apresuro a preguntar cuando veo bajar al médico.

—No puedo darles un parte ahora, hay que trasladarlo al hospital y hacerle algunas pruebas. Solo puede acompañarle una persona —dice mirándonos a los dos.

—Ve tú Lisa, yo os seguiré y llamaré a casa desde el teléfono del coche para informar.

Durante el trayecto, no dejaron de examinarlo: controlaron su tensión, su ritmo cardíaco y cortaron su ropa de arriba a abajo para comprobar que no tuviera ningún hueso roto.

—Debería haberme puesto los gayumbos de ligar —bromea al verme tensa. Intento cogerlo de la mano, pero no puedo hacerlo sin molestar al personal sanitario que se ocupa de él.

Al llegar al hospital, me indicaron que debía quedarme en la sala de espera que había al final del pasillo de la segunda planta. Antoine estaba tranquilo y me guiñó un ojo mientras veía como se lo llevaban por un pasillo contiguo.

Christian no tardó en reunirse conmigo.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Se lo acaban de llevar, le van a hacer un TAC.

Solo había pasado media hora, pero la espera se nos estaba haciendo eterna y no tardé en materializar las palabras que me atormentaban.

—No ha dejado de repetirme que volver del pueblo por la noche es mala idea. Todo esto es culpa mía.

—Ha sido un accidente, no es culpa tuya. Sino hubiera sido por esto, hubiera sido por cualquier otro motivo. Las cosas pasan porque tienen que pasar, no es culpa tuya y punto —dice zanjando el tema mientras se revuelve incómodo en la silla antes de cogerme la mano para estrechármela con fuerza —. Le gusta cuidar de ti.

Fue el primer gesto cariñoso que tuvo conmigo. Una hora más tarde, un médico se acercó hasta nosotros.

—¿Son ustedes los familiares de Monsieur Bellamie?

—Sí —respondemos al unísono.

—No hay hemorragias internas ni roturas, no obstante, por precaución, pasará la noche ingresado.

—¿La herida de la cabeza...? —interrogo sin completar la frase.

—Ahora mismo le están dando puntos de sutura, no es grave. Dentro de un rato lo subirán a la habitación 144. Pueden esperarlo allí si lo desean.

Tras darle las gracias, nos dirigimos a la habitación y aunque sobria, era individual y muy espaciosa. Disponía de una cama articulada, una mesita, una silla de madera con una pinta incomodísima, un televisor y un butacón de polipiel negro. Solo estaba prevista la estancia nocturna para un acompañante, pero ni Christian ni yo pensábamos irnos. Uno de los dos, tendría que dormir en la silla, pero en una escala del uno al diez, nos importaba un cero con tal de no separarnos de él.

Aún tuvimos que esperar media hora más hasta que lo subieron y la cara se nos iluminó cuando lo vimos aparecer con su sonrisa de niño bueno. Iba

sentado en una silla de ruedas empujada por un enfermero bajito con cara de pocos amigos. Tras ayudarlo a meterse en la cama, desapareció sin decir ni pio.

Antoine nos miró socarrón.

—Quitaos esa cara de asustados. Estoy bien.

—No sabes cómo llamar la atención —digo sentándome en el borde de la cama. Volvía a tener los ojos vidriosos a pesar de que intentaba evitarlo.

—Anda ven.

Abrió los brazos para recibirme y apoyé la cabeza con suavidad sobre su pecho mientras sus dedos se deslizaban lentamente por mi melena. Ese era el lugar en el que me sentía más protegida: entre sus brazos y su pecho. La vida lo había puesto en mi camino y estaba profundamente agradecida por ello. En ese momento comprendí que, pasara lo que pasara, siempre lo querría.

—Lo siento Antoine, todo esto es por mi culpa —admito con la voz entrecortada.

—No quiero que vuelvas a decir eso.

—Dejaré de ir los viernes a casa de Lucie —digo levantando la mirada y contemplando su rostro serio.

—No es culpa tuya, ¿me oyes? No tienes que anular nada, sé perfectamente que adoras ir allí y desconectar de todo. Pensaremos en algo, no te preocupes. Además, no querrás ir con lianas en las piernas, ¿no? —pregunta mientras me mira con la ceja levantada.

—¡Deja de hablar de mis pelos mientras tengo la imagen del coche en el fondo del barranco! No puedo quitármela de la cabeza.

—Estoy bien, mírame —me reprende. Al mirarse la bata, se da cuenta de que está húmeda—. ¡Ahora pensarán que he estado llorando!

—¡Ah claro! Los hombres no lloran, ¿verdad?

—Yo debo ser de otra especie —dice mirando a Christian que le devuelve una mirada colmada de ternura.

—Oye, ¿esa bata es de las que enseñan el culo?

—¡Qué graciosa!

De reojo vi a Christian reírse. Era obvio que Antoine estaba bien y era el momento de dejarlos a solas. Salí al pasillo y fui hasta la máquina de vending para hacerme un té. Aunque llevaba puesta la manta que me habían dado en el lugar del accidente, seguía teniendo frío y necesité dos té para entrar en calor.

A media noche, noté el vibrador del móvil en mi bolsillo trasero y me di cuenta de que no se lo había devuelto a Christian. Ambos estábamos sentados

en el suelo contra la pared cercana a la cama porque ninguno de los dos quisimos apropiarnos del sillón. En la pantalla se podía leer el nombre de Chloé. Se lo pasé, pero negó con la cabeza para que contestara yo. Confundida, salí de la habitación para no despertar a Antoine.

—Hola Chloé.

—¿Lisa?

—Mi móvil ha pasado a mejor vida y Christian me ha prestado el suyo.

—Me alegra escuchar tu voz. ¿Estás bien? —pregunta en su habitual tono dulce y reconfortante. En aquellos momentos, me pareció incluso más.

—Sí —digo cerrando los ojos para escuchar cada sutil detalle de su voz.

—¿Cómo está?

—Se ha quedado dormido hace un rato. No te preocupes, está bien, pasará la noche en el hospital solo por precaución. Mañana a primera hora confiamos en que le den el alta.

—Soy incapaz de trabajar sabiendo lo que ha pasado. Tengo que volver.

—Él está bien. Acaba el rodaje y vuelve a casa con nosotros.

Sin pretenderlo, el tono que había empleado estaba más cerca del cariño que de la indiferencia que siempre pretendía mantener con ella. ¿Por qué sentía la necesidad de que volviera? Quería que estuviera allí, con nosotros. Conmigo. Ese pensamiento me turbó. Conocía la sensación que me producía su presencia, su voz, su mirada y aunque sabía que no podía permitirme que ese sentimiento siguiera creciendo dentro de mí, lo hizo sin que pudiera evitarlo.

—Mañana por la mañana tomaré un avión. Solo estaré un par de días, es lo máximo que puedo ausentarme sin que la planificación del rodaje se vaya al traste.

—Avisaré a Christian para que te recoja en el aeropuerto —digo notando como el corazón se me acelera.

<¡Lisa! ¡Cálmate!> me grito a mí misma.

—Cuida de él y dale un beso de mi parte.

—Lo haré.

A primera hora de la mañana le dieron el alta. Nada más llegar a casa, lo acomodamos en el salón y aunque le pedimos que descansara, no paró de dar órdenes para preparar la llegada de Chloé. Yo me escabullí al sitio más tranquilo de la casa: el zulo.

Mientras planchaba una camiseta de Pierre, oí llegar un coche. Consulté el reloj: 11:17.

<¡Otra vez las puñeteras mariposas en el estómago!>

Nunca salía del zulo cuando ella llegaba, pero tuve el impulso de hacerlo. Apagué la plancha y me dirigí al pasillo, pero antes de llegar a la puerta del Spa, me di la vuelta. Esas sensaciones contrapuestas me estaban matando y ni siquiera la música conseguía librarme de ello. Un rato después, oí la puerta del zulo abrirse.

—Hola Lisa.

—¡Chloé! ¡Me alegro de verte! —exclamo. Mi alegría es franca y ella lo nota a tenor de su respuesta.

—Sienta bien volver a estar en casa.

—¿Has visto a Antoine?

—Está bien. No me mentiste —dice bromeando.

—Nunca lo haría —aseguro mientras nuestras miradas se encuentran. Durante un breve instante, siento el impulso de abrazarla, pero rompiendo el trance que me provoca mirarla, le pregunto por su vuelo.

—Me exaspera pensar que pasado mañana tengo que volver a hacerlo.

—Supongo que nunca llegas a acostumbrarte.

—Antes me gustaba viajar y disfrutaba de todos los viajes que hacía, pero ahora solo me apetece hacer bien mi trabajo y volver a casa cuanto antes. En ningún sitio me siento como aquí.

—Hogar dulce hogar.

—Así es. ¿Subes a comer?

—Claro.

Apagué la plancha y fuimos charlando hasta la cocina, donde el resto ya había tomado asiento.

Ya de noche, al volver de mi paseo, la vi sentada en uno de los butacones de mimbre del porche tapada con un plaid fino de color arena. Me acerqué a saludarla y se sobresaltó.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No pasa nada. Ven, siéntate conmigo, me había quedado embobada mirando las estrellas.

—Son adictivas —aseguro. Antes de sentarme, vuelvo a la cocina y apago la luz de la terraza para lograr más oscuridad y que nos resulte más fácil verlas.

Con la mirada iluminada me pide que le cuente una de mis historias mientras coloca el plaid de manera que podamos taparnos las dos.

—Hay una leyenda japonesa muy bonita acerca de Vega y Altair, que en japonés se llaman Orihime y Hikoboshi. Orihime era la hija del Dios del Cielo

y su trabajo consistía en confeccionar ropajes para su padre. Un día conoció a Hikoboshi, un pastor de bueyes del que se enamoró perdidamente. Los dos enamorados no tardaron en casarse y con el tiempo, el amor y el ensimismamiento del uno por el otro, propiciaron que empezaran a descuidar sus obligaciones. Orihime dejó de tejer los ropajes de su padre e Hikoboshi, descuidó tanto a sus bueyes, que empezaron a desperdigarse por el cielo sin control. Fue tal el abandono de sus tareas, que el Dios del Cielo decidió castigarlos y convertirlos en estrellas separadas por Amamogawa, el Río Celestial, lo que para nosotros es la Vía Láctea.

El Dios del Cielo permitió que una vez al año los amantes pudieran reencontrarse, para lo cual, los pájaros debían formar un puente sobre el Río Celestial de modo que ambas estrellas quedaran unidas, pero para ello, debía hacer buen tiempo y no llover, de lo contrario, los pájaros no podrían llevar a cabo su cometido y los amantes deberían esperar un año más para volver a reencontrarse. La fecha fijada para el encuentro es el séptimo día del séptimo mes. Ese día, Japón celebra la festividad de Tanabata y es costumbre que se cuelguen ramas de bambú con tiras de papel de diferentes colores en las que escriben poemas dedicados a los dos amantes y los niños cantan canciones para favorecer el buen tiempo. La leyenda dice que, si Orihime y Hikoboshi consiguen reencontrarse, brillan con cinco colores diferentes.

Chloé charlaba animadamente con Marie y Antoine cuando el lunes por la mañana salí a despedirla en la puerta principal. Era la primera vez que lo hacía y me puse roja como un tomate cuando todos me miraron perplejos. Todos excepto ella.

—¿Me vas a echar de menos? —pregunta acercándose y sonriendo con malicia.

—Tú a mí más. En Marsella no habrá nadie que te cuente fábulas —digo sin aceptar que la voy a añorar.

—Es verdad.

—Buen viaje —le deseo conteniendo la respiración al ver que se acerca mucho más a mí. Cuando me abraza, su perfume embriaga mis fosas nasales y me deshago. Mi estómago es un nido de mariposas que revolotean chocándose las unas contra las otras. Es un abrazo cálido y acogedor, de esos que no puedes olvidar en la vida.

—¿Cuándo has dicho que vuelves? —pregunto con el rostro hundido en su cabello.

—En diez días —susurra abrazándome más fuerte.

<¿Diez días? No, otra vez no>

Nueve días más tarde, estaba durmiendo cuando oí la puerta de mi habitación abrirse. Todo estaba oscuro y me incorporé ligeramente tratando de escudriñar la oscuridad para saber quién había entrado. Por un momento temí que fuera Martha y se me heló la sangre.

Los rayos de la luna, en fase de cuarto creciente, se colaban por el ventanal iluminando únicamente mi cama y fue entonces cuando esos reflejos irradiaron sobre unos cabellos rojizos haciendo de ese momento algo casi irreal. Chloé se acurrucó en la cama de espaldas a mí sin mediar palabra y me quedé paralizada sin saber qué hacer hasta que me pidió que la abrazara. Su voz era apenas un hilo.

Nunca dormía con pijama, así que solo llevaba puesto un bóxer nada sexy. Miré mi pecho desnudo y me maldije por no llevar siquiera un sostén. Tragando saliva, la abracé despacio y un estremecimiento recorrió su cuerpo contagiando al mío. Tomó la mano que colgaba de su cintura y la llevó hasta el espacio que quedaba entre su cuello y la almohada, obligándome a arrimarme más a ella. Las yemas de mis dedos entraron en éxtasis con el roce de su piel mientras notaba los latidos agitados de su corazón chocar contra mi pecho. Los nueve días que habían pasado desde su marcha, se me habían hecho secretamente eternos.

Me desperté al alba y abrí los ojos esperando encontrar a Chloé a mi lado, pero no fue así.

<Parecía tan real.... Me estoy volviendo majareta>

Fuera, se oía el cantar de los pájaros. Me desperecé y al girarme para ponerme de lado, pude sentir su olor en mi almohada. No lo había soñado, pero entonces, me asaltó una pregunta: ¿Por qué? ¿Qué significaba aquella visita? Necesitaba una respuesta y esperaba poder conseguirla en el desayuno. Me vestí en un abrir y cerrar de ojos y corrí hacia la cocina, entrando como un vendaval. Con la respiración agitada y el cabello alborotado, Marie me miró con las cejas levantadas. Allí solo estaba ella y se disponía a preparar nuestro zumo.

—Déjalo, yo lo preparo.

—Anda, siéntate, tienes mala cara.

—He dormido poco pero bien —digo apoyando la frente en su hombro.

—Lo que te hace falta, es un buen desayuno. Y a mí también.

—No tengo mucha hambre. ¿Ha subido Antoine?

—Se ha levantado temprano para despedir a Chloé.



—¿Despedir? ¡Pero si llegó anoche! —exclamo sorprendida.

—Últimamente hace cosas raras. Nunca antes había pasado por casa para quedarse una sola noche.

—¿Dónde ha ido?

—Estará en Lyon toda la semana.

—¿Por qué nunca me entero de nada? —pregunto mientras una sensación de vacío me recorre el cuerpo. Marie me mira de soslayo con picardía pero no dice nada. Ni falta que hace.

Chloé estuvo toda la semana fuera y no hubo ni un solo día que no pensara en ella. Mi propósito de deshacerme de la sensación de apego estaba siendo un verdadero fracaso y la distancia propiciaba que añorara pequeños detalles como el gesto de taparse la boca con el dorso de la mano al sonreír, su voz dulce y, por primera vez, el tacto de su piel contra mi pecho. No tuve más remedio que aceptar que el sentimiento que crecía en mi interior era real y que luchar contra él, solo me produciría dolor.

Regresaron el viernes de madrugada y de nuevo, se coló en mi habitación. Me estuvo observando unos minutos al pie de la cama mientras yo intentaba calmar los latidos de mi pobre corazón haciéndome la dormida. Abrió las sábanas despacio y se acurrucó apoyando su pecho contra mi espalda. Pasó su brazo por encima de mi cadera y recorrió centímetro a centímetro mi torso hasta llegar al cuello. Allí, introdujo la mano entre el hueco que quedaba entre el cuello y la almohada y jugueteó con el pulgar en mi mandíbula durante unos segundos.

—Sé que estás despierta.

—No soy buena actriz.

—Te he echado de menos —me susurra al oído. Todo mi cuerpo fantasea con su roce, pero mi yo más equilibrado me está gritando: <¡No! ¡No!>

—Chloé.... —digo girándome para poder mirarla. No me deja acabar la frase, apoya el dedo índice sobre mis labios para que me calle y me besa despacio.

Las caricias de Monique quedaban ya muy lejos y de vez en cuando, rememoraba nuestros encuentros en la oscuridad de mi habitación, abandonándome al placer. Lo más fácil hubiera sido rendirme a sus besos y olvidar la felicidad que me embargaba cuando estaba cerca de mí, pero no, no quería jugar con ella, no a sabiendas de que era incapaz de volver enamorarme.

<Es sexo disfrazado de mariposas. No es amor> me repetía a mí misma

mientras sentía la calidez de su cuerpo envolviéndome.

—Chloé, no es buena idea —retiro mis labios de los suyos y me mira desconcertada.

—Necesito estar cerca de ti —asegura intentando volver a besarme, pero mi “yo” más centrado ha tomado el control.

—No puedo hacerlo Chloé. Lo siento.

—¿Por qué?

Su voz entrecortada denotaba una tremenda decepción. Yo negaba con la cabeza sin poder hablar porque las palabras se habían convertido en rehenes de mi garganta. Negar que me sentía atraída por ella era engañarme a mí misma, pero sabía que no era amor y no pensaba volver a liarme con alguien a quien no tuviera intención de querer. Además, era mi jefa y mi puñetera ética me recordaba que era mala idea.

Esperó que dijera algo, pero no hubo rectificación por mí parte y se incorporó cabizbaja. Cuando dejé de ver la expresión de su rostro a causa de la oscuridad, me puse a temblar y me mecí en la cama con las piernas apretadas contra el pecho. Vivir entre la pasión y la desesperación era una sensación a la que no estaba acostumbrada.

<¿Por qué me siento tan mal? ¡He hecho lo correcto! Quizás le haya partido el corazón, pero es mejor ahora que después. ¿Mejor para ella o para mí? ¡Joder! ¿Por qué estoy hecha un lio?>

Al alba, sin haber conseguido pegar ojo, cogí la bicicleta de Marie y contemplé un precioso amanecer que no pudo sanar ni siquiera una pequeña parte de mi desazón. A pesar de que estábamos a mediados de octubre, aquel soleado día, me llevó de vuelta a la primavera. Paseé durante más de dos horas por caminos que nunca antes había recorrido hasta que por alguna razón, mis pedaladas me llevaron frente a la panadería de Gilles.

—¿Qué haces por aquí tan temprano?

—No podía dormir así que he pensado en recoger nuestro pedido —improvisó.

—Pues me viene de perlas. Hoy cierro a medio día y me voy con mi familia a un lago artificial que hay cerca de aquí. Ha sido completamente improvisado —se excusa—. Quizás sea el último día soleado que veamos en semanas. ¡Me has ahorrado un viaje!

—No sabía que había un lago por aquí, ¿está lejos?

—A unos 40 kilómetros. No es como tu playa, pero al menos podemos remojarnos el culo en verano —dice guiñándome el ojo.

—¿El agua estará fría?

—No pienso bañarme, solo quiero tumbarme al sol y jugar al balón con mis hijos. ¿Cómo estaría ahora la temperatura del mar?

—Por lo general, se mantiene bastante bien hasta finales de octubre, pero soy un poco friolera y en cuanto refresca un poco, me cuesta meterme.

—Me encantaría verlo al menos una vez en la vida. ¿Cómo es?

—¿Nunca has visto el mar? —pregunto incrédula. Mientras niega con la cabeza, le cuento que el mar es inmensidad, soledad, paz y belleza incluso cuando las olas castigan la playa por las tormentas.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

—Mucho —acepto sonriendo con tristeza.

—Mi mujer visitó el Sur de España con unas amigas cuando era joven y lleva años repitiéndome que debemos ir con nuestros hijos, pero si te digo la verdad, no hemos encontrado el momento.

—Seguro que te gustaría.

—Tendré que esperar a que Bastian y Louis se hagan mayores para que puedan hacerse cargo del negocio. Mientras tanto, ¿no hay vacaciones!

—¿Nunca vais de vacaciones?

—Nunca —dice mientras niega con la cabeza.

—Pues cuando llegue ese día, asegúrate de que han heredado tu método para hacer pan. Es el mejor que he probado.

—¡Gracias! A uno siempre le gusta que reconozcan su trabajo. Uno de mis hijos quiere ser panadero y el otro parece que disfruta más con la repostería, así que me considero afortunado: el negocio familiar perdurará, al menos una generación más. Mis padres trabajaron mucho en este horno y mi mujer y yo los hemos criado entre estas cuatro paredes, así que no hay mayor orgullo que verlos respetando esta profesión.

—Seguro que lo harán genial. Disfrutad del lago —digo encaminándome hacia la salida con la bolsa de pan y los croissants.

—¡Gracias Lisa! Buen fin de semana.

<Ojalá lo fuera>

Puse la compra en la cesta de la bicicleta y emprendí el camino de vuelta a casa. El calor era muy intenso y podía sentir los campos crujir a un lado y al otro del camino. La ruta duraba algo más de veinte minutos y cada uno de ellos, se me hizo interminable. Me remangué los pantalones y las mangas del jersey, pero aun así, tenía la sensación de asfixiarme. Cada pedalada resultaba agotadora y me sentía cada vez más débil. Cuando por fin llegué a la verja,

Noel abrió sobresaltado.

—Lisa, estás muy pálida.

De pronto su imagen comenzó de desdibujarse y vi a su hermano gemelo junto a él. ¿Por qué no me había dicho que tenía un hermano gemelo? Ambos corrieron hacia mí.

Cuando abrí los ojos, parecía como si estuviera atardeciendo. Desorientada y con un tremendo dolor de cabeza, tardé unos segundos en enfocar la vista correctamente y en comprender que estaba tumbada en mi cama. Sentado en el orejero que había normalmente junto al escritorio y que, por alguna razón, estaba junto a la cama, Antoine me miraba inquieto.

—¡Gracias a Dios que estás despierta! —suspira.

—¿Por qué estoy en la cama?

—Llevas dos días inconsciente.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas algo? —pregunta visiblemente preocupado. Mientras niego con la cabeza, me toma de la mano—. Tuviste una bajada de tensión agravada con anemia y un golpe de calor. Mezcla todo eso y tienes el cóctel perfecto para pasarte dos días en cama.

A parte de la cabeza, me dolía la mandíbula. Al intentar tocarme, Marie, que acababa de entrar y Antoine gritaron al unísono.

—¡No!

Di un bote del susto y grité de dolor. A Antoine parecía que se le fueran a salir los ojos de las órbitas. Volví a tocarme, esta vez más despacio y noté algo rasposo y una pequeña tirantez.

—Te han dado tres puntos de sutura en el mentón —me informa Marie junto a la cama. Miro a ambos sin entender nada y Antoine prosigue.

—Al desmayarte, caíste y te golpeaste contra el suelo. No veas el susto que se llevó Noel cuando te desplomaste delante de él.

—No recuerdo nada.

—¿Recuerdas que fuiste al pueblo?

—Sí, recogí el pan.

—Pues al llegar a la verja, perdiste el conocimiento. Tenías el pulso muy débil y temimos lo peor hasta que llegó el Doctor Moré y nos aseguró que te pondrías bien. Desde entonces, ha vuelto a visitarte cada ocho horas durante los últimos dos días.

La cabeza me daba vueltas intentando recordar por mí misma la secuencia de imágenes que Antoine me relataba, pero no podía recuperarlas de mi disco

duro.

—Pierre tiene muchas ganas de verte.

—Me encantaría estar con él un rato, dile que venga, por favor Marie.

—Hoy es mejor que descanses, todavía estás muy débil —interviene Antoine.

—Yo también lo creo. Solo faltaría Pierre atosigándote a preguntas.

—Estoy bien.

—¡No! —ladran al unísono.

—Dos contra uno. ¡No es justo!

Mi cuerpo se rebelaba contra la escasez de alimentos y me avisaba con un ligero dolor de estómago.

—Tengo hambre —aseguro en voz baja temiendo que me digan que no puedo comer nada.

—¡Eso sí es buena señal! ¿Qué te apetece? ¡Te prepararé lo que quieras! —exclama aplaudiendo la mejor cocinera del mundo. De repente los ingredientes se materializan en mi paladar.

—Un bocadillo de lomo con queso, cebolla caramelizada y bacon.

—Eso parece más bien un antojo —bromea Antoine.

—Pues como no sea obra del Espíritu Santo...—insinúa aludiendo a mi falta de sexo.

A Marie le encantaba mirarme como si fuera su hija pequeña a pesar de que nos llevábamos pocos años y al poner su mano sobre mi mejilla, recordé la expresión de preocupación de mi madre cuando estaba enferma. Invocar su recuerdo me produjo paz, porque sabía que allá donde estuviera, seguía cuidando de mí.

—¡Marchando! Te voy a preparar el mejor bocadillo de lomo que te hayas comido nunca —dice interrumpiendo mis pensamientos. Antes de cerrar la puerta de la habitación, asoma la cabeza y se despide con la mano.

—Es una de las cosas que siempre me han sorprendido de ti.

—¿El qué?

—Comes como una lima. Deberías habérmelo dicho cuando te hice la entrevista.

—No me preguntaste —al sonreír me doy cuenta de que me molesta el mentón—. ¡Ay!

—¿Te duele?

—Menos que estar aquí encerrada. Ahora mismo me plantaría en mi pueblo, escogería una mesa frente al mar y me tomaría un vermut rojo con un

cubito de hielo y un trozo de piel de naranja.

—¿Seguro que no estás embarazada?

No era capaz de recordar lo que había ocurrido dos días antes frente a la verja, pero de nuevo, mi mente me transportó a los primeros días de playa con Marco, a los paseos por la orilla del mar de la mano de Héctor y al intenso olor a arena mojada de los días de invierno. Y también a un día muy especial.

El sol brillaba una preciosa mañana de domingo del mes de junio y la playa estaba a reventar de gente disfrutando de los primeros baños de la temporada.

—*¡Pásamela cariño!*

—*¡Toma mamá! No dejes que papá te la quite.*

—*No me la quitará, le haré una falta y acabará en el suelo* —le digo a Marco guiñándole el ojo. Fue decir eso y verme en el suelo escupiendo arena.

—*¿Decías algo de una falta?*

—*¡Eres un tramposo!* —le grito a Héctor enfurruñada.

Tenía sobre mí al hombre del que estaba profundamente enamorada, a mi amigo, mi confidente y el mejor padre que Marco podía tener. Me pregunté si se podía querer tanto a alguien. Su sonrisa traviesa y sus ojos clavados en los míos, seguían siendo una imagen difícil de olvidar.

—*Y tú una floja* —dice levantándose y alargándome la mano para izar me. Tan pronto me veo de pie, me da una palmada en el trasero, coge de nuevo el balón y me mete un gol.

—*¡Mamá! ¡Otro gol!* —se queja Marco.

—Prácticamente no se verá— asegura Antoine señalándome el mentón. Salgo del trance que todavía me producen esos recuerdos y suspiro.

—Las cicatrices nos recuerdan que estamos vivos.

Asintió y se tomó su tiempo antes de seguir. Cuando hacía eso, sabía que iba a hablarme de Chloé.

—Se ha pasado aquí sentada las dos últimas noches. No ha habido manera de convencerla para que se turnara con nosotros —confiesa. Intento no poner cara de asombro, pero fracaso.

<Aunque la haya rechazado, sigue cuidando de mí>

—Siento haberos preocupado.

—Hace días que estás diferente...pensativa, absorta.... estás rara. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

Él entendía mejor que nadie que no podía quererla y sabía que mi corazón estaba roto, pero aún así, no perdía oportunidad de trabajar como celestino.

Deseaba confesarle lo sucedido con Chloé y mientras me debatía entre contárselo o no, apareció Marie con el bocadillo y dejó nuestra conversación a medias.

Incluso antes de que se acercara, pude percibir el olor de los ingredientes mezclados entre sí: la cebolla caramelizada, el queso fundido y el olor inconfundible del lomo y el bacon a la plancha.

Una vez entre mis manos, le di un mordisco tan grande, que parte del queso fundido salió por los costados del pan mientras el dolor del mentón volvía con fuerza, pero no me importó y me lo acabé en un periquete. Tan pronto saqué el runrún del estómago, sentí como los párpados se me cerraban y entre susurros, vi a Antoine y Marie alejarse.

Cuando desperté de nuevo, era de noche y todo estaba en silencio. Contemplé la luz de la luna penetrando por la ventana y sentí la presencia de alguien más en la habitación. Intenté incorporarme.

—No te levantes.

Su voz dulce era siempre reconfortante.

—Chloé.

—No intentes levantarte, debes descansar —dice permaneciendo en la penumbra.

—¿Por qué has estado cuidando de mí?

—He estado donde tenía que estar —asegura moviéndose hacia delante. La luz de la luna ilumina de nuevo sus cabellos en un “dèjà vu”. Tengo la tentación de tocárselos, pero me reprimo.

—No quiero hacerte daño —digo posando mi mano sobre la suya. La mira con devoción y cuando suspira, me parte el corazón—. Créeme si te digo que es mejor así.

Era la verdad aunque una parte de mí no quisiera aceptarlo.

—Ahora sé que tienes tus propios demonios y que estás luchando contra ellos.

—He tenido pesadillas... —afirmo en voz baja consciente de que no he podido dominarlas mientras estaba inconsciente.

—No sabes qué hacer para llamar la atención —bromea antes de girarse para contemplar la gran esfera blanca—. No me gustan las noches de luna llena, me hacen sentir vulnerable y sin embargo me encanta contemplarla. Es raro ¿verdad?

—Debes ser un poco lunática —me burlo—. Antiguamente se asociaba la Luna Llena a cambios de personalidad que derivaban, por ejemplo, en

crímenes violentos o suicidios. Algunos creen que la luz que se reflejaba sobre la Tierra modificaba la conducta de algunas personas. Con la llegada de la electricidad, digamos que ha perdido influencia sobre los humanos, pero no deja de haber cierta fascinación y misticismo por todo lo que la rodea.

—¿Es cierto que desde la Tierra siempre vemos la misma cara?

—Sí, es debido a la rotación síncrona. La velocidad de rotación coincide con su velocidad de traslación orbital y por eso siempre mantiene el mismo hemisferio apuntando hacia la Tierra. Dicho de otro modo, mientras gira sobre sí misma, también se mueve alrededor de La Tierra y tarda lo mismo en dar una vuelta sobre sí misma que en torno a la Tierra.

—La cara oculta.

—Diez puntos para ti. Luna viene del latín y significa luminosa. ¿Quieres saber algo que a mí me pareció fascinante cuando leía acerca de ella?

—Me quedaría horas escuchándote —dice apoyando ambos brazos sobre la cama.

—De media, la Luna está a unos 384.400 kilómetros de la Tierra, pero la primera persona que lo midió fue Hiparco en el año 150 a.c y se equivocó por muy poco. Calculó una distancia de 348.000 kilómetros, apenas 36.000 kilómetros de diferencia. ¿No te parece increíble!? Pensar que fue capaz de hacer un cálculo tan cercano a la realidad con métodos tan arcaicos, me fascina —digo suspirando.

—Pareces una enciclopedia —ríe.

—Solo de las cosas que me gustan.

—¿Quién era ese tal Hiparco?

—Era un tío listo. Fue el primero en elaborar un catálogo de estrellas, más bien pequeño, pero muy importante dada la época en la que lo hizo. Descubrió la posición de 850 estrellas y 48 constelaciones y no solo eso, además fue el primero en dividir la Tierra en meridianos y paralelos.

Seguimos hablando hasta bien entrada la madrugada y los síntomas del cansancio, empezaron a hacer mella en las dos. Sus ojeras eran el claro reflejo de dos noches sin dormir y no podía permitir que durmiera de nuevo en el sillón.

—Ve a descansar. Estás agotada.

—No voy a dejarte sola.

—Estaré bien, no te preocupes.

—No —enfatisa negando con la cabeza.

Chloé decía muy pocas veces esa palabra, pero cuando la usaba, todos



sabíamos que no había manera de que cambiara de opinión. Era una batalla perdida antes de empezarla. Abrí las sábanas de la cama y aunque al principio dudó, se acurrucó de espaldas a mí. Le había confesado que no podía estar con ella pero podíamos ser amigas.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me sentía más fuerte. Durante la noche, se había cambiado de postura y estaba frente a mí. Mi yo más centrado me mantuvo alejada de la tentación de acariciarle el rostro justo antes de que abriera los ojos lentamente como si supiera que la estaba observando.

—Buenos días —dice regalándome media sonrisa.

—¿Has podido dormir algo?

—Esta noche te has portado mejor. Te prepararé el desayuno —dice poniéndose en pie.

—No, por favor —digo haciendo un mohín—. Prefiero levantarme, hoy me siento mucho mejor.

—Vas sondada, no puedes levantarte.

Puse cara de desagrado y justo en ese momento, apareció el Doctor Moré quien sonrió satisfecho al verme sentada en la cama.

—Buenos días Lisa.

—Doctor.

—Veo que te sientes mejor.

—Ayer me comí un bocadillo de lomo con queso y me siento súper fuerte —aseguro mientras me toco el bíceps.

—Tienes mejor color que estos últimos días, eso es evidente, pero hoy me conformo con que estés al cincuenta por ciento —asegura sentándose a mi lado y tomando mi muñeca para tomarme el pulso.

Dos días después, estaba completamente recuperada y en menos de una semana, empecé a salir a caminar para ir cogiendo ritmo. Chloé y Etoile me acompañaron varios días y aprendí detalles de los caballos que no sabía, como por ejemplo que solo distinguen tres colores: el amarillo, el verde y el gris.

—¿Sabes que utilizan expresiones faciales para comunicarse? —pregunta. Niego con la cabeza y me mira satisfecha porque vamos a hablar de su tema favorito—. Cuando tienen las orejas hacia atrás y los ojos entreabiertos, significa que están enfadados. ¿Alguna vez los has visto así?

—Creo que no.

—¿Y sabías que prefieren los alimentos dulces a los amargos?

—¡Yo también! Debo tener algún gen equino —bromeo. Su inconfundible

sonrisa le ilumina el rostro y me quedo en babia.

—Si les tocas detrás de las orejas y tienen la zona fría, es que tienen frío.

—Pues yo cuando tengo frío, se me queda el culo helado —reacciono.

—Ja, ja, ja. Eso debe ser genético en todas las mujeres. ¿Te cuento una historia que me contó Claude cuando era pequeña?

—Me encantaría —digo feliz por intercambiarnos los papeles.

—Es una leyenda que habla de un indio americano que envió a sus siete hijos al bosque para que aprendieran a leer el viento. Los chicos anduvieron por el bosque todo el día, en silencio, tratando de escuchar cada uno de los sonidos que procedían del viento y al caer la noche, se tumbaron para descansar contemplando el cielo cubierto de parpadeantes estrellas. Mientras dormían, un sonido despertó al hermano mayor y atónito vio como las Pléyades bailaban al son de la canción del viento. Despertó a sus hermanos y los siete se cogieron de las manos y empezaron a bailar. Hasta que, en un momento dado, se elevaron hacia el cielo en dirección a la estrella más joven de las Pléyades, la cual se había enamorado de Mizar, el más pequeño de los hermanos. Desde entonces, permanecen juntos.

## CAPÍTULO 13

El viernes 6 de noviembre, salimos de casa antes de las seis y llegamos directamente al hotel en pleno centro de París con unas inmejorables vistas de la Tour Eiffel. Tuvimos el tiempo justo de dejar las cosas y tomar un taxi hasta el Parc de Bagatelle para la función de las ocho. La carpa blanca impresionaba incluso antes de llegar iluminada por decenas de focos. Meses antes había comprado esas entradas para ver el Cirque du Soleil junto a Monique, pero las circunstancias habían cambiado tanto desde entonces, que finalmente fue Antoine quien me acompañó.

Una vez acomodados con nuestro cubo de palomitas entre las piernas, esperamos pacientes el inicio del espectáculo, porque la palabra espectáculo, define perfectamente lo que vimos. Amaluna nos sorprendió, no solo por su impresionante puesta en escena con un vestuario único, una música envolvente y las acrobacias más sublimes, sino también por la formidable escenificación de la historia de amor entre la hija de Próspera, reina de una isla gobernada por diosas y un joven que llega allí arrastrado por una tormenta junto con varios compañeros. La historia te engancha desde el primer momento gracias al constante movimiento de los artistas, la música y los decorados.

Tras la función, estuvimos cenando en un restaurante de comida asiática no muy lejos del hotel y hablamos de todo: de nuestra infancia, de las relaciones que habíamos tenido, de la familia (su única familia era Christian) y de Chloé. Aquella noche hablamos de mis sentimientos contradictorios respecto a ella y le hablé sin reparos de como se me erizaba la piel cada vez que la tenía cerca, pero también como segundos después, mi otro yo me ordenaba ignorar esa sensación y cerrarme a cualquier sentimiento. Era el modo en que mi mente intentaba protegerme y me envolvía en un caparazón hecho a prueba del dolor. No los juzgó ni intentó entrometerse, solo me aseguró que algún día volvería a ser feliz y él estaría allí para verlo. Era la segunda vez que me lo decía y me pregunté si algún día se cumpliría su predicción.

Era ingenioso, ocurrente y muy gracioso, pero hasta aquella noche, no supe hasta qué punto podía encarnar aquellas cualidades. Reímos hasta la extenuación y la fiesta se alargó hasta las seis de la mañana, lo que nos dejó apenas margen para descansar, ya que Antoine debía estar de vuelta antes de

las diez.

El otoño se acortó más de lo que me hubiera gustado, porque aquel mes de noviembre fue muy frío y durante los primeros días, solo pude correr en dos o tres ocasiones. A parte de la lluvia que solía caer por las mañanas y al atardecer, por la noche bajaban tanto las temperaturas que por la mañana estaba todo helado. No hacía falta ser muy lista para saber que no faltaba mucho para que empezaran a caer los primeros copos de nieve.

Salí al jardín con el café caliente entre las manos y observé los nubarrones que llevaban tres días sin querer irse y que me amargaban la existencia. Lo único que me gustaba de todo aquello, era el olor a tierra mojada y a bosque. Después de desayunar con Marie, volví a salir al jardín y me acerqué a Jean—Marc mientras protegía con plástico varios rosales de las heladas. Eran de la variedad Papa Meilland, uno de sus preferidos por dar rosas rojas compactas, con preciosos pétalos aterciopelados y de intenso aroma cálido y refinado. Dispersas por todo el jardín, eran incontables las variedades de rosales que había y aunque él trataba de enseñarme sus nombres, solo fui capaz de aprenderme tres variedades y no creo que a día de hoy sepa distinguirlos. El jardín había perdido su color y predominaba el verde y el marrón, pero él no dejaba de trabajar para que la siguiente primavera fuera más bonita que la anterior.

—¿Crees que podrías plantarlas? —pregunto enseñándole mi bolsa de semillas—. Me las dejó la abuela de Monique.

—Les buscaré un sitio especial y así tendrás tu propio rincón en el jardín. Será mi regalo por lo que hiciste.

—Lo has hecho tú solo.

—Pero tú me abriste los ojos. Tienes un buen derechazo —se mofa.

—Lo siento.

—Yo no. Esa bofetada lo cambió todo. Pierre no es hijo mío —dice observando atentamente mi reacción. Cuando se da cuenta de que me he quedado de piedra, prosigue—. Cuando conocí a Marie, ya estaba embarazada. Para mí nunca supuso un problema y siempre he querido a Pierre como si fuera de mi sangre, me siento su padre y sé que lo soy, pero mi familia nunca lo ha aceptado y no dejaban de llenarme la cabeza con tonterías. Sé que todo eso no es excusa, pero te aseguro que lo que pasó, no volverá a pasar. Jamás. Te lo prometo.

—Lo sé —afirmo poniendo mi mano sobre su brazo—. Solo tengo que ver como lo miras para saber que tiene un padre que lo quiere y que siempre

estará a su lado. Formáis una familia maravillosa.

—Y todo gracias a ti.

—Cada uno es dueño de su propio destino y los que estamos alrededor, somos meros espectadores. Lo que tenéis, lo habéis conseguido vosotros y es vuestra responsabilidad mantenerlo.

De vuelta a casa, me extrañó ver el comedor iluminado, así que me acerqué para apagar la luz pensando que alguien se la había dejado encendida por descuido, y entonces vi a Antoine y a Marie frente al televisor. Los saludé, pero no me contestaron y me llevé una desagradable sorpresa cuando ambos se giraron con los ojos encharcados.

—¿Qué ocurre?

—Una masacre —lloriquea Marie.

Me puse a su lado frente al televisor y todo lo que pude ver fueron imágenes de horror, miedo, desesperación y frustración. Personas arrastrando a otras personas por la calle sin poder distinguir si estaban o no con vida, jóvenes con la mirada perdida, llantos, gritos de dolor y flores, muchas flores amontonadas en las calles de París. Durante la noche anterior, la ciudad había sufrido varios ataques terroristas prácticamente simultáneos: cerca del Estadio de Francia, en la zona de bares de la Bastilla y en la sala de conciertos Bataclán. Al oír ese nombre, se me erizó todo el vello del cuerpo porque sabía que era uno de los lugares preferidos de Monique y aparentemente, se había llevado la peor parte. Los terroristas habían retenido a muchas personas en el interior y se especulaba con el asesinato de varias de ellas.

<¡Por favor! ¡Por favor! Que Monique esté bien>

Cuando intentaba salir de la cocina para ponerme en contacto con ella, Antoine recibió una llamada en el móvil y me hizo una señal para que me quedara. Tras colgar, nos informó que debíamos ir todos al salón por orden de Christian. Chloé y Claude ya estaban allí cuando llegamos y justo detrás nuestro, llegó Stephane. Todos mirábamos a Christian expectantes.

—He estado toda la noche de guardia haciendo seguimiento de lo ocurrido, pero a estas horas todavía hay muchas noticias contradictorias y cosas por esclarecer. Hasta que la situación no se normalice, nadie pisará París.

—Si les damos nuestro miedo, ganan ellos —digo convencida. Había crecido con los noticiarios hablando continuamente de ETA e imágenes como esas, eran tremendamente familiares para mí.

—No es negociable.

—Los terroristas, vengan de donde vengan, no merecen ni nuestro miedo ni nuestro desprecio. No merecen nada de nosotros. Deberíamos hacer vida normal.

—Lisa, me ha quedado clara tu postura pero ya te he dicho que la mía NO ES NEGOCIABLE. Estoy intentando hacer mi trabajo lo mejor que puedo. Déjame hacerlo.

Bajé la cabeza contrariada mientras Antoine me advertía con la mirada que no era momento de llevarle la contraria. Sabía que solo intentaba protegernos, pero, ¿qué probabilidades había de que volvieran a atentar? Las imágenes que habíamos visto por televisión no dejaban lugar a dudas: París estaba tomada por la policía y el ejército y aunque reinara el miedo y el desconcierto, era la ciudad más segura de Europa en esos momentos.

Tenía una cita para cenar con Monique que lamentablemente debía anular, aunque mi máxima prioridad era asegurarme de que estaba bien. Marqué su número con desasosiego y suspiré aliviada al oír su voz al otro lado del teléfono. Estaba atemorizada, pero sana y salva.

—No tengas miedo, solo quieren eso, sembrar el caos y que vivamos asustados. No les des lo que quieren.

—Carla y yo teníamos previsto ir a cenar a la zona de la Bastilla pero al final le dio pereza y nos quedamos en casa. No puedo dejar de pensar en lo que podría haber pasado si... —no dejo que acabe su frase y la interrumpo.

—No ha pasado nada y las dos estáis bien. Eso es lo único que importa.

—Lo sé, pero no dejo de darle vueltas —asegura en un tono que me hace pedazos.

—Mi jefa cree en el destino y si de verdad existe, obviamente el vuestro es estar juntas. Estáis a salvo y eso es lo único que importa.

—Quizás tengas razón —la oigo decir tras meditarlo unos instantes.

—¿Como está Carla?

—Más tranquila que yo. Si no fuera por ella...

Habíamos ido un par de veces a cenar juntas y Carla me caía bien. Era la persona perfecta para Monique: tranquila, centrada y con una pizca de carácter, lo cual era perfecto para contrarrestar los momentos más alocados de mi amiga. Tenía la esperanza de que ella fuera su punto de inflexión y consiguiera lo que ninguna otra había conseguido.

—Tal como están las cosas, no voy a poder ir a cenar con vosotras mañana. Lo siento muchísimo.

—Es mejor dejarlo para otro día, al menos hasta que las cosas se calmen.

—Supongo que sí —miento. Sigo opinando que lo mejor es volver a nuestro día a día, pero la veo tan hecha polvo, que prefiero guardármelo—. Os llamaré en unos días, ¿vale?

—De acuerdo.

—Cuidaros mucho. Un beso.

Aunque a esas horas todavía había mucha confusión, a medida que los minutos pasaban, la información acerca de lo sucedido se iba ampliando y supimos, por ejemplo, que la policía había asaltado el local matando a uno de los terroristas mientras otros dos se inmolaban asesinando a varios rehenes, pero no fue hasta días después cuando supimos el verdadero alcance de lo sucedido: 137 muertos y más de 400 heridos. Entre los fallecidos, tres españoles. El país estaba en trance ante semejante masacre.

Dos semanas más tarde, empezábamos a estar un poco cansados de la reclusión y los nervios estaban a flor de piel, los míos incluso peor que los del resto. No sé si Chloé tenía o no eventos esos días, pero si los tenía, los canceló todos.

—Antoine, no me ha llegado el pedido de jabón, ¿sabes algo?

—Creo que Christian tiene retenidos varios paquetes en las oficinas de reparto.

—¿Por qué?

—Por seguridad.

—¿No crees que estamos exagerando? —pregunto en tono sarcástico.

—La seguridad es cosa de él. Tendrá sus motivos —puntualiza.

—Pues yo tengo los míos. O el paquete llega mañana o se acabó lavar ropa. ¿Estás dispuesto a pagarme por mirar las musarañas? Porque si no puedo lavar... ¡tampoco podré planchar!

—Ya veo que te has levantado de mal humor.

—No estoy de mal humor, estoy cansada de estar en esta cárcel, estoy agobiada por no poder pisar la calle y estoy harta de verme los pelos de las piernas. ¡Necesito depilarme, joder! Christian dijo que no podríamos ir a París; en ningún momento dijo que estuviera prohibido ir al pueblo.

—Ya ye he dicho que la seguridad es cosa de él —repito en tono cansado.

—Tengo ganas de salir a cenar, de callejear y de tomarme una copa. Quiero ir al Louvre y volver a ver la silueta de la Tour Eiffel. Si quieres puedo seguir hasta mañana.

—Hablaré con Christian para ver qué puede hacer por tu paquete.

—De todos los motivos que te he dado para estar enfadada, ¿solo te

preocupa el puñetero paquete? ¡Quiero salir! —exclamo cuando ya me ha dado la espalda y se aleja por el pasillo.

Por suerte, la rutina se restableció tres días más tarde y lo primero que hice, fue ir al Louvre a pesar de que Christian no estuvo demasiado de acuerdo.

—Irás con Joseph —decreta.

—Ni hablar, han pasado más de dos semanas. En todo este tiempo, han cogido o matado a todos los que participaron en los atentados y el que falta, no se atreverá a visitar la sección egipcia del museo.

—Me da igual Lisa.

—No me gusta que me sigan y lo sabes.

—Si te pasara algo sabes perfectamente que estaría en la calle con efecto inmediato.

—No me pasará nada.

—Joseph te llevará. O lo tomas, o lo dejas.

—¡Qué pesado eres!

—¿Por qué tengo que estar discutiendo esto contigo? Vas a ir con quien yo diga o no irás. ¿Te ha quedado claro? —insiste enfadado.

—Clarísimo —afirmo a regañadientes.

Entramos por el acceso de los Leones, mi preferido por estar menos concurrido y no me extrañaron las nuevas medidas de seguridad. Además del habitual control del bolso en el detector de metales, había un equipo de seguridad adicional cacheando a todos los visitantes. Desde el detector de metales, Muriel me saludó. Había ido tantas veces, que los conocía a todos, sin embargo, la chica que se disponía a registrarme, era nueva.

—Caroline, Lisa es una de nuestras mejores clientes, trátala bien —le advierte mientras la chica me mira de soslayo.

—Ponga los brazos en cruz y abra las piernas a lo ancho de las caderas, por favor.

Mientras lo hacía, Muriel me miró encogiéndose de hombros. Le devolví el gesto negando con los ojos sin darle importancia. La chica hacía su trabajo y eran las medidas necesarias para que todos nos sintiéramos más seguros. Estar en un sitio público era, según Christian, peligroso, pero en realidad yo no tenía miedo. Si me tenía que pasar algo, me pasaría de todos modos, así que lo mejor era intentar disfrutar de la visita aunque ese día llevara una sombra pegada a mis talones.

—¿Viene a menudo? —pregunta la nueva.



—Siempre que puedo.

Con el canto de la mano estaba rodeando mis pechos, una forma de cachear que no había visto nunca y que evitó que tuviera la sensación de “toqueteo” que a todos nos abrumba cuando nos registran.

—Todo correcto. Que pase una feliz tarde.

—Gracias —digo al tiempo que levanto la mano para despedirme de Muriel.

Era el turno de Joseph. Lo miré desafiante y continué caminando sin esperarlo mientras notaba su mirada furiosa en el cogote. A los pocos minutos se reunió conmigo.

—No me lo pongas difícil Lisa. Estoy haciendo mi trabajo.

—Despídete de la entrega de tartas a domicilio —bromeo.

—¡Venga ya! ¡Estoy trabajando!

—Christian lo ha hecho para fastidiarme.

—Y por ende, ¿tienes que fastidiarme a mí? —pregunta en un tono dolido que hace que me replantee mi actitud—. Es la primera vez que vengo, ¿por qué no me haces una visita guiada y te olvidas de que hoy soy tu sombra? En compensación, te invitaré a comer.

Estaba siendo un poco gilipollas y él tenía razón; la mejor manera de disfrutar de la visita era haciéndolo juntos.

—De acuerdo. ¿Te gusta la cultura egipcia?

—Quizás salga de aquí con un nuevo gusto adquirido.

—Hagamos que así sea. Por cierto, hace tiempo que no como pizza —insinúo.

—¡Oído!

Recorrer el ala Sully, es volver al pasado más glorioso de egipcios y griegos entre otros. La belleza de las piezas te emociona, te atrapa y no puedes evitar que tu mente dé rienda suelta a la imaginación y añada, de su propia cosecha, historias para cada una de las piezas allí expuestas.

Admirar el fino detalle de las inscripciones del sarcófago de Ramsés III, quedar fascinada una y otra vez frente a la estatua de la Divina Adoratriz Karomama, cincelada con esmero y decorada con incrustaciones de oro y plata o perder la noción del tiempo ante la presencia de la figura de la Diosa Bastet bajo su forma de gato, son solo algunos ejemplos de por qué aquella sección del museo conseguía atraparme una y otra vez.

—¿Sabes que los egipcios perdieron la ciudad de Pelusio cuando los Persas sostuvieron gatos frente a ellos?

—¿En serio? ¿Cómo?

—Los egipcios creían que los gatos eran manifestaciones de la Diosa Bastet y eran incapaces de hacerles daño. Los persas hicieron los deberes y encontraron, en ese pequeño detalle, la manera perfecta para derrotarlos.

Tanto la visita como el plato de pasta que nos comimos en una pizzería de la Rue du Roule, propiciaron que habláramos de muchas cosas y me contó que, debido a su trabajo, apenas tenía vida social y que su envergadura era un impedimento para ligar puesto que infundía desconfianza en las mujeres.

Llovía. Otra vez.

Escuchar su tintineo, a veces durante días, se había convertido en una pesadilla y lo más fuerte es que a ratos me consolaba pensando en que, al menos, no nevaba. Los días se me hacían eternos: del zulo a mí habitación y viceversa. En esa época, Chloé pasaba la mayor parte de la semana fuera con el rodaje de la película en la que estaba trabajando y volvía los viernes a última hora de la tarde, justo cuando estaba con Lucie.

—¿Cómo llevas las reservas?

—No hemos hecho nada todavía. ¡Qué desastre!

—Tampoco hace falta que te agobies, tenéis tiempo de sobra para hacerlo.

—Ese es básicamente el problema: como queda tanto tiempo, lo vamos retrasando y al final, ya verás como acabamos improvisando.

—Estaré encantada de echaros una mano si necesitáis cualquier otra cosa.

—¡Ya has hecho bastante! Nos has montado las rutas, los horarios, una selección de hoteles, los mapas... solo nos has dejado la parte fácil que es la de reservar.

—¡Ay! —grito cuando me arranca una tira de cera del muslo interno. La muy zorra empieza a desternillarse de la risa mientras arrugo en ceño.

—No te acostumbras, ¿eh?

—¿Cómo voy a acostumbrarme a este martirio?

Eran más de las ocho y media cuando salí del pueblo subida en el Q2 que Antoine me prestaba todos los viernes desde el accidente. —Al menos hasta la primavera —me advirtió.

Hacía frío y al llegar a la verja, empezaron a caer pequeños copos blancos. Me encantaba la nieve, pero era incompatible con mi deporte favorito y lo necesitaba tanto como comer.

Laurent estaba dentro de la garita con la ventana cerrada y la calefacción a tope. Bajé mi ventanilla y le enseñé un termo de café con leche.

—¡Eres la leche! —dice abriendo la ventana corredera y tomándolo con

devoción.

—Lo sé —me cachondeo—. ¿Cómo va la noche?

—Tiene mala pinta. Según la predicción meteorológica, va a nevar intensamente.

—Se acabó correr —me lamento.

—Encontrarás algo que hacer.

—O me moriré en el intento —me cachondeo. Buenas noches.

—Buenas noches. Mañana te devuelvo el termo.

—Pobre de ti que no lo hagas.

Seguí avanzando lentamente por el camino observando como los copos de nieve empezaban a cuajar. El termómetro del coche marcaba cuatro grados bajo cero y bajando.

En cuanto Antoine me vio entrar por la puerta del salón, señaló su reloj y me hizo una mueca por llegar tarde. Solo él y Christian estaban viendo la película, Chloé, agotada por la jornadas interminables que habían hecho recuperando los días perdidos a causa de las lluvias generalizadas en todo el país, se había quedado dormida. Me senté su lado en la alfombra para no despertarla. Me encantaba aquella alfombra de color gris claro, tupida, mullidita y enormemente agradable al tacto. La película era un clásico en blanco y negro y tenía muchos puntos de humor que no pillaba, así que, en un momento dado, mi mirada se perdió entre las llamas de la chimenea que presidía el salón. Sin levantarme, fui moviendo el culo hasta situarme cerca del calor que desprendía la pantalla de cristal y contemplé de cerca las llamas que chisporroteaban sin cesar.

Al acabar la película, Antoine me hizo un gesto para despertar a Chloé.

—Déjala descansar un rato más. Iré a buscar una manta.

Al volver, Christian ya no estaba y la cubrí mientras Antoine recalaba lo relajada que estaba.

—¿Han acabado el rodaje?

—Aún no. Le quedan un par de semanas.

—No sé si va a aguantar, se la ve realmente agotada —aseguro mientras salimos del salón.

A medianoche, la puerta de mi habitación se abrió. Mientras Chloé se metía en la cama, la reñí.

—¿Despertarme de madrugada se está convirtiendo en un hobby para ti?

—No seas quejica, he venido a devolverte la manta —dice acurrucándose a mi espalda.

Que no pudiera quererla como ella necesitaba, no fue impedimento para que el cariño entre nosotras siguiera creciendo. Lo mejor hubiera sido evitar esos pequeños momentos de intimidad con ella, porque a menudo descubría que mi cuerpo y mi mente ansiaban tenerla cerca.

Me desperté al alba como si hubiera dormido doce horas. Chloé dormía y durante un instante la miré de un modo que hizo que saltaran mis alarmas internas y huí de la cama para no seguir viendo su rostro tan cerca del mío. Mi ventanal estaba cubierto de nieve con lo que, un día más, tenía que relegar el running a los ejercicios sobre una esterilla. Desde que había empezado a correr, aquella fue la temporada más larga que pasé sin poder hacerlo, y aunque estaba perdiendo mucho fondo, al menos la esterilla me ayudó a mantener el tono muscular.

—Buenos días dormilona —saludo al contemplar el marrón avellana de sus ojos cuando voy por la tercera serie.

—¿Cómo puedes hacer eso recién levantada?

—Preferiría salir a correr, pero con este asco de tiempo... —me quejo. Chloé parece recordar algo mientras hago un último esfuerzo para acabar la serie de abdominales con las piernas suspendidas en el aire.

—¿Puedes abrir la puerta y mirar en el pasillo?

—¿Qué tengo que mirar?

—Solo mira y me dices.

Puse cara de sorprendida, pero me levanté con un burpee y me dirigí a la puerta. Al abrirla, noté un ligero descenso de la temperatura.

—No veo nada, pero hace frío —digo cerrando la puerta y abrazándome los brazos.

—¿Nada?

Negué con la cabeza y arrugó la frente como si estuviera tramando algo. Cogió su móvil de la mesita de noche y marcó un número.

—Hola. ¿Dónde está?

Alguien al otro lado de la línea, debió decirle lo que quería escuchar a tenor de su expresión. Le dio las gracias y me miró emocionada.

—Acompáñame —me pide dirigiéndose a la puerta.

—¿Dónde vamos?

—Al zulo.

—¡Para el carro! Fuera hace frío.

Abrí el armario y le ofrecí una bata con un enorme bordado de Hello Kitty en la espalda mientras yo me ponía una sudadera.

—Me gusta tu bata.

—No eres la única fan de Hello Kitty —aseguro guiñándole un ojo—. Es de “vuelva”, ¡eh!

—Me lo pensaré —puntualiza mientras abre la puerta.

Tan pronto salimos al pasillo, hizo el mismo gesto de abrazarse con los brazos al notar el cambio de temperatura. Me miraba de reojo mientras caminábamos hacia el zulo y al entrar, vi una enorme cinta de correr al fondo de la sala.

—¿Has comprado una máquina nueva para el Spa?

—Es para ti.

—¿Para mí? —pregunto sorprendida.

—Te ayudará con el mal humor. Últimamente pareces un gato encerrado.

—Yo no estoy de mal humor —matizo mientras miro la cinta alucinada.

—A través de la pantalla, puedes programar sesiones de running por rutas reales. Si seleccionas la Maratón de Nueva York, harás el mismo recorrido y cuando llegues a un tramo con inclinación, la cinta se ajustará automáticamente al grado de inclinación que tenga esa calle.

—¡Alucinante!

En mi vida había visto una cinta de correr como aquella. Mientras Chloé iba seleccionando opciones en la pantalla, yo las seguía ensimismada.

—Tiene conexión a Internet para que puedas ver vídeos o escuchar música.

—Nunca he utilizado una cinta de correr —confieso.

—No tiene secretos, pero intenta no parar en seco para evitar marearte. Correr en cinta genera sensaciones diferentes, pero no tardarás en acostumbrarte, tranquila.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada; para mí es suficiente con verte sonreír —asegura mientras se aleja caminando hacia atrás—. Te dejo sola para que la pruebes. ¿A qué estás impaciente?

—¿En pijama? —ríe.

—No creo que eso te suponga un problema. Nos vemos a la hora de comer.

La cinta de correr supuso efectivamente un punto de inflexión y mi humor mejoró bastante. Los días de lluvia se convirtieron en la excusa perfecta para perderme por el recorrido de cualquier ciudad del mundo en la que se celebrara una carrera. A veces nevaba tanto, que Marie no podía salir de casa y Jean—Marc tenía que salir por una ventana y emplearse a fondo para hacer

un camino hasta la mansión. Aunque la estampa era preciosa, me cansé de verla.

Nada más abrir los ojos, miré por la ventana y por insólito que pareciera, ni llovía ni nevaba. ¿Quién me iba a decir que aquel 5 de diciembre el clima me iba a dar una tregua? Salté de la cama consciente de que quizás tendría poco tiempo y me vestí en tiempo récord, colocándome incluso el chubasquero de camino a las escaleras. No tenía un minuto que perder.

Marie no había llegado todavía y cuando salí a la terraza, el olor a tierra mojada despejó mis fosas nasales. Había estado lloviendo toda la noche y hacía varios días que no nevaba, así que la lluvia ayudó a deshacer la nieve que aún quedaba en algunos puntos del jardín. Hacía frío y el cielo tenía un hermoso color gris plomo (si no fuera porque le había tomado manía al puñetero gris plomo).

“Chaf” oí nada más poner un pie en el césped. El terreno estaba tan húmedo que era imposible correr en aquellas condiciones, así que decidí salir fuera de la finca y correr por los caminos y pequeñas carreteras que lo circundaban. Los caminos de tierra estaban algo mejor que el jardín, pero aún así, en alguna zona, las zapatillas se hundieron completamente en el barro. No me importó, seguí adelante porque ese día estaba decidida a correr por más que me costara y “ *Holding out for a hero* ” de Bonnie Tyler me dio el empujón que no necesitaba para mantener mi determinación intacta hasta el final.

Tras una hora de trote y con la ropa manchada (pero con el ego henchido), me puse a hacer los habituales estiramientos en la terraza vigilada de cerca por Pierre, que no paró quieto ni un segundo, porque si de algo iba sobrado, era de vitalidad.

—Pierre, entra dentro —le pido cuando empieza a chispear.

<Mucho estaba durando sin llover>

—Solo caen unas pocas gotas y mira ¡ni siquiera mojan! —dice alzando al cielo sus manitas.

—Te vas a mojar y tu madre nos va a reñir a los dos. Anda, ve dentro —insisto.

—¿Y tú?

—Yo me quedo un par de minutos más y te sigo. ¿Has desayunado?

—Le he pedido a mamá que me deje desayunar contigo.

—Buena idea. Entra y prometo reunirme contigo muy pronto.

Pierre obedeció y se dirigió a la cocina, aunque se entretuvo un momento observándome desde el umbral hasta que su madre le llamó la atención por

dejar la puerta abierta.

Tras un tremendo trueno, el sirimiri se convirtió en diluvio. No corrí a resguardarme, sentir la lluvia sobre el rostro, fue la sensación más liberadora que había tenido en las últimas semanas.

Monique llevaba varias semanas en Vietnam para conocer a la familia de Carla y no me sorprendió su llamada para decirme que se quedaban allí una temporada. Enamoradas de una pequeña aldea a orillas del mar, se habían instalado en una casa de madera que estaban reformando ellas mismas. No imaginaba a mi amiga haciendo trabajos manuales y ensuciándose las manos, pero incluso a hasta ese punto, estaba cambiando. Tras los atentados, se replanteó el tipo de vida que quería llevar y tuvo claro que Carla debía formar parte de ella y no fue lo único, porque traspasó a François todos los poderes para que se hiciera cargo del negocio durante su ausencia. Su abuela hubiera estado tan orgullosa de ella como lo estaba yo.

Tras colgar, salí a la terraza del jardín retando al frío únicamente por el gusto de tomar un poco el aire y para echarles un vistazo a las Úrsidas puesto que aquella noche del 22 de diciembre, era su día de mayor actividad.

Aunque el silencio y la oscuridad inundaban la terraza, me sobresaltó un ligero ruido.

—¿Tan transparente soy para ti? —pregunta en tono seco.

—Chloé.

Apenas veía si quiera las escaleras donde estaba sentada, pero me incorporé y a tientas llegué hasta las butacas. Palpé la primera y estaba vacía, pero en la segunda tuve más suerte y mi mano derecha se posó sobre sus cabellos.

—Te acabo de demostrar que soy capaz de encontrarte a oscuras — bromeo.

—Llevo dos noches seguidas aquí, observándote y ni siquiera te has dado cuenta.

—Podías haber elegido noches de luna llena —le vacilo. No dice nada, pero su tono me indica que está enfadada.

<No, no es enfado, está desanimada>

—¿Qué te ocurre Chloé?

Pasaron algunos segundos hasta que por fin empezó a relatarme una historia que acabaría cambiando mi vida, pero no aquella noche.

—René había reservado mesa en un restaurante de moda de París para hablar de un nuevo guión que le habían enviado. Ya sabes que no me gusta

exponerme a otras personas y mucho menos a los periodistas, pero el restaurante disponía de unos magníficos reservados donde podíamos hablar sin interrupciones y con total discreción. Antes del postre fui al baño y justo cuando iba a entrar, la puerta se abrió y apareció una chica con la que casi me doy de bruces. Era alta, con una preciosa melena rubia y tenía los ojos azules más bonitos que jamás había visto. Me quedé prendada de ellos y por unos segundos, el tiempo pareció detenerse mientras los observaba. Estábamos tan cerca la una de la otra, que Christian estuvo a punto de intervenir, pero un discreto gesto con la mano, lo hizo retroceder.

Tengo que vivir sintiendo las miradas escrutadoras de la gente a cada paso que doy y Dios sabe que no me acostumbro a ello. Detesto que me miren, que invadan mi privacidad y que mientan acerca de mi vida, pero esa mujer apenas me miró, se excusó y se apartó para que pudiera entrar. Los cánones de cortesía dicen que hay que dejar salir para poder entrar, pero yo estaba demasiado ensimismada con aquellos ojos como para pensar en la cortesía. Antes de entrar, observé cómo se alejaba por el pasillo enfundada en un precioso vestido negro que acentuaba su figura. Aquella mujer transmitía seguridad y sensualidad a partes iguales, aunque ni siquiera fuera consciente de ello. Cuando entré y la puerta se cerró tras de mí, toda la estancia estaba impregnada de su perfume y aquel olor quedó tatuado en mi memoria.

De vuelta al reservado, René hablaba y hablaba, pero yo no podía dejar de pensar en el perfume de aquella mujer y en el profundo océano de sus ojos. Sin prestarle atención, mi vista se perdió entre la gente de la calle y fue entonces cuando la volví a ver alejándose del brazo de una mujer. Sentí una punzada de dolor y un contenido ataque de celos que hizo que incluso René se diera cuenta de que algo no iba bien y no tuve más remedio que mentirle alegando que estaba cansada.

Cuando Antoine me explicó que por fin había encontrado a la persona adecuada para la lavandería, no le hice mucho caso. Confío plenamente en él y en su capacidad para gestionar los temas del personal, pero lo cierto es que lo noté muy entusiasmado. Hablaba tan bien de ella, que si no supiera que es gay, hubiera considerado firmemente que estaba colado por sus huesos. Por la mañana había quedado con Boris en el Spa, pero al llegar frente a la puerta acristalada, noté un olor familiar. Miré a ambos lados del pasillo y no vi a nadie, sin embargo el perfume era reciente. A lo lejos se escuchaba música que provenía de la lavandería y llevada por una enorme curiosidad, me acerqué hasta la puerta sin hacer ruido.



No te imaginas la sorpresa que me llevé cuando te vi bailando al son de “*Vogue*”. Tuve problemas para contener la alegría incluso cuando Antoine se puso a mi lado. La mujer del restaurante estaba bailando ante mis ojos. En mi casa. De alguna manera, mi destino está escrito junto al tuyo y sé que las cuentas pendientes que tienes con tu pasado, te impiden dar un paso hacia el futuro. ¿Quiénes son Marco y Héctor?

Estaba atónita. No podía creer que el destino nos hubiera unido de aquella manera. Chloé creía firmemente en él, sin embargo para mí, mi destino seguía sin escribirse, porque lo trazaba yo a cada paso que daba.

—Aún no estoy preparada para dejar atrás mi pasado.

—Háblame de ellos.

—Me resulta demasiado doloroso.

—Déjame ayudarte. Sé que puedo hacerte feliz.

—¡No! ¡No puedes! ¿¡Cómo vas a hacerme feliz si no soy capaz de ser feliz por mí misma!? —me recrimino—. Lo siento Chloé. No puedo —digo con una rotundidad fingida que me hunde en la miseria.

Era la segunda vez que me declaraba sus sentimientos y la segunda vez que la rechazaba. Tenía miedo de volver a enamorarme, miedo a equivocarme de nuevo, pero en la ecuación había nuevos argumentos: renunciar a mi anonimato o vivir a escondidas de su mundo. ¿Chloé lesbiana? ¡Qué gran festín se daría la prensa a nuestra costa!

Cuando busqué sus manos en la oscuridad y las apreté con fuerza, emitió un gemido ahogado que a bien seguro se convirtió en llanto en cuanto desaparecí.

A la mañana siguiente, las sensaciones fueron a peor: debía despedirme de todos y quedarme sola. Con lágrimas en los ojos Jean—Marc y Marie me abrazaron mientras Pierre se aferraba a mi pierna. Ver la tristeza en sus ojos no hizo sino incrementar la mía. Christian y Antoine aparecieron justo cuando ellos salieron de la cocina. No vi a Chloé.

—¿Dónde está? —les pregunto.

—En el coche —responde Antoine mientras me besa en la mejilla—. ¿Qué ha pasado?

—Ya hablaremos.

—Tienes que contármelo, necesito saber a qué me enfrento para poder ayudarla.

—Llámame esta noche.

Entendí perfectamente que hubiera decidido no despedirse y contemplé

con el corazón en un puño como el coche se alejaba desde las escaleras de la puerta principal con la esperanza de ver su rostro una última vez, pero no fue así. Un año más, cumplió la tradición de pasar las Navidades en los Alpes con su familia y un año más, yo las iba a pasar sola.

Claude se había marchado con los caballos al Sur de Francia semanas atrás buscando temperaturas más agradables y no volvería hasta mediados de marzo coincidiendo con la entrada de la primavera. Añoraba mis visitas a las cuadras y no tenía más remedio que contentarme con llamarlo de vez en cuando para que me pusiera al día de las fechorías que habían hecho sus criaturas, como a él les gustaba llamarlos. Ese día, en la soledad de la casa, escuché con nostalgia como Etoile había roto el portón de su cuadra con las patas de atrás para comerse una zanahoria que había olvidado junto al abrevadero. Cuando se la comió, volvió a su cuadra como si nada.

Antes de acostarme, recibí la llamada de Antoine.

—Hola guapo.

—¿Cómo te ha ido el día? ¿Te has aburrido mucho?

—Para nada —miento.

—Casi, pero no te creo. ¿Vas a contarme por qué no ha querido despedirse de ti?

—Lo ha vuelto a intentar.

—Sabía que no se contentaría con ser solo tu amiga, pero en el fondo, tú también lo sabías, ¿a que sí?

—No quiero hacerle daño. A veces me pregunto si no sería mejor volver a casa para que ella siga con su vida y yo con la mía.

—Con eso solo le harías más daño, por no hablar del que te harías a ti misma. La quieres, solo hay que ver como la miras.

—No es amor, ya te lo he dicho muchas veces.

—Lo es.

—¿Cómo puedes saberlo si yo no lo sé?

—Tú lo que tienes es un lio monumental. Estás perdida entre tantos sentimientos, sobre todo los que convergen entre tu pasado y tu presente. Te conozco, sé que la quieres, solo falta que tú lo aceptes, porque saberlo, ya lo sabes.

<Es posible que él me conozca mejor de lo que yo me conozco?

Marie había dejado la nevera llena no solo con infinidad de alimentos frescos y algunos recipientes con comida preparada para varios días.

A la mañana siguiente, busqué un pasatiempo que en el pasado me había

ayudado mucho: la cocina. Mi primera receta fue intentar replicar la fabulosa Quiche Lorraine de Mme Bondue pero ni de lejos me quedó tan buena como a ella y necesité hacer otras dos para conseguir algo parecido.

Sin saber muy bien cómo, di con una página de muffins que se convirtió en mi pasatiempo durante aquellos días en los que la nieve cubrió por completo el jardín y en los que luché para que la soledad no se aferrara a mi piel. No quería tener la sensación de estar sola y busqué la compañía de los chicos de seguridad, que se convirtieron en mis conejillos de indias, culinariamente hablando, por supuesto. Cada día, antes del cambio de turno, pasaban por casa a hacerme una visita y compartíamos un café (o un té dependiendo de la hora) con una magdalena. A Eric, Hugo y Noel les gustaban con pepitas de chocolate, mientras que Laurent se pirraba por los de frutos rojos y Joseph por los de almendras con naranja. Desde que habíamos compartido visita al Louvre, hablábamos de más cosas.

—¿Cómo lo llevas? —dice entrando en la cocina mientras espolvorea azúcar glass sobre un par de muffins.

—Genial. Asegúrate de decírselo a Christian cuando te llame, así se lo dirá a Antoine y me dejará en paz. Está pesadísimo.

—Solo si los muffins de hoy son mis preferidos —me advierte.

—¿Eso no es chantajear?

—No lo creo —bromea—. Por cierto, el otro día tuve una cita muy interesante.

—¡Me muero por un cotilleo! —exclamo haciendo palmas.

—Nos conocimos en el supermercado. Los dos estábamos en la sección de lácteos y de repente, oí un estrépito a mi espalda y un grito. Al girarme vi que se le había caído un pack de leche con tan mala suerte, que uno de ellos se había reventado y empezó a pringar todo el pasillo. La pobre no sabía qué hacer, pero como yo soy un caballero, la ayudé y acabamos en la cafetería de al lado tomando un café. Es despierta, con un fino sentido del humor y una pizca de ingenuidad que hacen de ella una chica fascinante. Le propuse visitar la sección egipcia del Louvre al día siguiente y aceptó. Gracias a tu visita guiada, quedé como un auténtico erudito sin tener ni puta idea. Hemos vuelto a quedar el sábado, ¿me ayudas con el plan?

—Ni hablar, cúrratelo un poco.

—Una ayudita. Pequeñita —suplica juntando las manos. Yo suspiro sabiendo exactamente que proponerle.

—Llévala de excursión a la Petite Ceinture y luego a cenar al Barrio

Latino.

—¿Qué es la Petite Ceinture?

—Una antigua línea de ferrocarril abandonada. El trozo más bonito es el que discurre por el Parque Montsouris. Espero que la hayan mantenido limpia de nieve.

—Seguramente. ¡Es un plan perfecto! ¡Le va a encantar! —grita dándome un achuchón.

Nathalie era mucho más recta y tanto ella como su equipo, guardaban las distancias.

El día 24 me levanté como un día más y mientras estiraba después de correr por las calles de Berlín a lomos de mi flamante cinta de correr, recibí la llamada de mi hermana. Tuve que mentirle y decirle que esa noche íbamos a celebrar Noche Buena por todo lo alto. Se hubiera muerto del disgusto si le hubiera dicho que iba a estar completamente sola. Tras colgar, el móvil volvió a sonar, pero esta vez era Marie.

—Te hacía liada en la cocina preparando la cena de esta noche.

—Estoy en ello.

—¿Y con qué los vas a deleitar?

—Entremeses de marisco a la plancha y el plato principal ya está haciendo *chup—chup* en la olla.

—¿Y qué es?

—Jabalí en salsa con chocolate.

—Joder Marie, suena delicioso.

—¿Qué vas a preparar tú?

—Quizás me deleite con un bocadillo de lomo con queso y bacon.

—¡Lo imaginaba! Lisa, es Noche Buena, ¡no puedes cenar un bocadillo!

—Si lo acompaño con un buen vino, la cosa mejora, ¿no?

—Eres un caso, menos mal que te conozco.

En el congelador había dejado unos carabineros y unas cigalas para que las hiciera a la plancha y de segundo, un recipiente de cristal con la tapa roja, contenía pollo de corral con ciruelas, el favorito de Antoine.

Tales manjares había que redondearlos con un postre, así que por la tarde, saqué una base de hojaldre del congelador y cuando estuvo descongelada, hice tiras de unos cinco centímetros y las unté por una cara con chocolate, luego las enrollé y las puse todas juntas en una bandeja redonda de cristal donde le dí el toque pintándolas con yema de huevo. Empecé a dar palmas cuando las vi hincharse y formar una divertida sucesión de enrolladitos dorados. La saqué

con cuidado del horno mientras en una olla el pollo con ciruelas se calentaba a fuego lento y los carabineros y las cigalas brincaban en la sartén. Con la ayuda de una bandeja, bajé mis manjares hasta el salón donde el fuego permanecía encendido día y noche gracias a los consejos de Antoine. Cuando ya lo tenía todo preparado, lo adorné con música de fondo y no había nadie mejor que Mariah Carey con su repertorio navideño. No me hizo falta estar acompañada para irme torcida a dormir.

Solo quedaban cuatro días para Año Nuevo y no veía el momento de subirme al avión que me llevaría de vuelta a casa, aunque ello implicara tener que enfrentarme a mi pasado. Esa era la única parte que me asustaba, incapaz de prever las repercusiones que podía llegar a tener.

Estaba sacando una horneada de muffins con pepitas de chocolate cuando me rocé con el interior del horno y me quemé. Solté un grito de dolor y no sé cuántas palabrotas.

—¿Estás bien? —oigo en tono alarmado a mi espalda.

Además de la quemazón que sentía en la mano, me llevé un susto de mil demonios. Antes de darme cuenta, Chloé sostenía mis manos entre las suyas para examinarlas.

—¿Dónde te has quemado?

—¿Qué haces aquí? —pregunto anonadada.

—He discutido con mi madre. Siempre lo hacemos —apuntilla.

Sentía como su mirada desenterraba mis pensamientos más profundos, aquellos que me recordaban lo mucho que la había echado de menos, pero de nuevo, mi otro yo pidió paso.

—No es nada —digo apartando mis manos—. La pondré bajo el grifo, no te preocupes.

—Será mejor que la sumerjas en agua helada.

Se dirigió al congelador, sacó una bolsa de cubitos de hielo, llenó un recipiente de agua y echó los cubitos dentro. Sabía perfectamente dónde estaba todo, pero nunca antes la había visto hacer nada en la cocina. Volvió junto a mí, tomó mi mano y la introdujo en el recipiente lentamente.

—Buena idea señora Nightingale.

—¿Nightingale? Le das demasiado mérito a poner un poco de agua con hielo. Te vas a llevar varios recuerdos —asegura tocándome con dulzura la cicatriz del mentón. No puedo mantenerle la mirada y la bajo hacia la mano, donde observo sin preocupación la ampolla que se está formando.

—Iba a preparar un poco de pasta para comer, ¿tienes hambre? —pregunto

para intentar zafarme de sus cuidados.

—Me muero de hambre —asegura sin soltarme la mano que sigue dentro del recipiente.

—¿Carbonara o boloñesa?

—Carbonara, por supuesto. Te ayudaré, es lo mínimo que puedo hacer por una manca —bromea.

—Esto no es nada —digo sacado la mano.

—¡Ni hablar! La mano dentro. Es una orden —me advierte. Obedezco sin volver a rechistar.

—En la primera repisa del frigorífico está el bacon y la nata. En la segunda hay una bolsa de color naranja con la pasta fresca. La cebolla....

—En la parte de abajo del último armario —dice sin dejar que acabe la frase y sorpremiéndome de nuevo—. Tienen muy buena pinta —asegura refiriéndose a mis muffins—. Así que aparte de hacer “paelá”, también se te da bien la repostería.

Chloé agrupó todos los ingredientes junto a la tabla de cortar y empecé a reírme mientras observaba la falta de mañana que tenía picando la cebolla. Levantó la vista con mirada interrogativa.

—Es la primera vez que picas una cebolla.

—No.

—No era una pregunta —puntualizo.

—¿Tanto se nota?

—Si solo lloraras, tendría un pase, pero me estás haciendo padecer con el manejo del cuchillo. Te vas a cortar —digo acercándome a ella y cogiéndole el cuchillo de las manos—. Sigo yo, no te preocupes. Ya no me duele.

—Deberías mantener la mano sumergida unos minutos más.

—Estoy bien. De verdad —enfático con una expresión cómica que la hace sonreír.

En realidad sentía como la ampolla iba creciendo y notaba esa sensación de resquemor tan desagradable, pero hubiera sido mucho peor ver como se cortaba.

Durante unos instantes se quedó a mi lado observándome y luego se dirigió al armario de las sartenes para sacar una de tamaño medio.

El escozor era tan intenso, que también empecé a llorar aunque intentaba disimularlo.

—No soy la única que llora con la cebolla.

—Falta de costumbre —me defiende mientras me limpio con el hombro.

Desenrolló papel de cocina y sin dejar de mirarme, me secó las lágrimas despacio, recreándose en cada movimiento. Aquel simple gesto, bastó para mandar a paseo de una vez por todas a mi parte más sensata, esa a la que había estado obedeciendo en los últimos meses y a la que abandoné a medida que Chloé recorría mi rostro con aquel trozo de papel. Tomé su rostro entre mis manos y la besé. No me correspondió.

<¡Mierda! Ahora sí que la he cagado...>

Retrocedí varios centímetros mientras de mi boca salían las primeras letras de la palabra perdón, pero no pude acabarla porque empecé a notar sus dedos enredándose en mi melena a medida que su mirada se fue acercando lentamente. El roce de sus labios húmedos contra los míos hizo estallar el nido de mariposas que había mantenido encarcelado y tras ese sutil roce, su sabor a agua fresca, invadió mi boca.

<Conciencia, sensatez o como coño te llames....¡vete a la mierda!>

Mis manos aprisionaron sus caderas manteniéndolas pegadas a mi cuerpo. Sentirla tan cerca, quemaba cada centímetro de mi piel y descabalgaba los latidos de mi corazón. Sin mediar palabra, la cogí de la mano y me dirigí escaleras abajo con intención de llevarla a mi habitación, pero al llegar abajo, Chloé tiró de mí hacia el Spa.

Nos desnudamos lentamente la una a la otra, recreándonos en cada mirada y disfrutando de cada nueva sensación que descubríamos. Como no estaba previsto que ella estuviera allí, todos los efectos de agua como chorros, cascadas o incluso el hidromasaje, estaban apagados, sin embargo, tanto la temperatura del agua como la del recinto, eran perfectas. Entramos en la piscina sin dejar de besarnos y una vez dentro, mis manos se posaron en su espalda y fueron ascendiendo hasta sus hombros sin querer memorizar cada una de sus curvas, porque quería volver a descubrirlas una y otra vez.

Cerca y a la vez tan lejos. Ese podría ser el resumen de lo que había sido nuestra relación hasta entonces.

La conduje a la cama de agua y me tumbé sobre ella, recorriendo primero con la mirada todo su cuerpo para posteriormente, hacerlo con los labios. A medida que iba descendiendo, el pulso de Chloé se fue acelerando y se estremeció cuando mis besos llegaron a su entrepierna. Levanté la mirada para contemplarla una vez más y me pidió que no parara. Con los dedos de la mano derecha, recorrí su vientre y su pecho hasta llegar a su boca. Acaricié sus labios carnosos y húmedos y antes de poder descender, Chloé entrelazó su mano con la mía mientras mi lengua recorría con devoción su sexo. Chloé

gimiendo bajo mis caricias era una imagen que mi mente y mi cuerpo se habían podido permitir, pero no mi corazón. Instantes después, cuando sentí su cuerpo arqueándose bajo mis labios y su fuego interno estallar en mil pedazos, me alegré de haber tenido a Monique como maestra.

La vista del jardín desde el interior del Spa era espectacular.

—Qué bonito está —aseguro mientras me tumbo a su lado y contemplo el manto blanco.

—Tú eres más bonita.

—Vas a hacer que me sonroje.

—No sería la primera vez.

—Cierto —aseguro mientras le doy un beso en la nariz.

—Jean—Marc se va a aburrir cuando vuelva —asegura mirando de nuevo hacia el exterior.

—Ya encontrará algo que hacer.

—Yo también tengo algo que hacer.

Tomó mi rostro entre sus manos y dirigió mi cuerpo para que me pusiera sobre ella, luego se inclinó y quedamos las dos sentadas sobre la cama de agua. Enumeró todas aquellas partes de mi cuerpo que más le gustaban y acompañó cada palabra con un beso dulce y movimientos circulares de sus caderas.

—Esta peca es mía —dice refiriéndose a una pequeña mota que tengo en la clavícula.

Sus manos recorrieron mi torso lentamente sin que yo pudiera separar los ojos de los suyos y en el momento que posó sus labios sobre mis pechos y el ritmo de sus caderas se aceleró, una sensación conocida atravesó mi cuerpo y tan solo un instante después, mis caderas ya bailaban al son de una dulce melodía mientras sus besos ardientes me quemaban por dentro. Poco a poco, empecé a notar ese rugido interno que precede a una inmensa paz. La respiración agitada y el pulso acelerado indicaron a Chloé que estaba a punto y volvió a cambiar el ritmo alargando nuestra excitación. Sabía lo que hacía. Su pulgar acariciando con suavidad mi pezón derecho fue la guinda a la serie de impulsos que se apoderaron de mi cuerpo y del suyo. Gritamos al unísono mientras y nuestros cuerpos fueron uno.

Después de meses de dudas, de incertidumbre y de sufrimiento, me di cuenta de que lo que sentía en aquel momento no podía ser solo sexo y atracción. Estaba enamorada y sonreí aliviada.

—Me encanta verte sonreír —dice apartando un mechón de mi cara y



colocándolo detrás de la oreja.

—Tú haces que quiera volver a sonreír.

—Si te digo que te quiero, ¿saldrás corriendo? —pregunta indecisa.

—Siempre lo he sabido —admito.

Al salir de la piscina, me senté en una de las tumbonas que estaban orientadas al jardín envuelta en una toalla. Chloé se sentó entre mis piernas con su espalda contra mi pecho y la rodeé fuertemente con los brazos.

—¿Cómo te la hiciste? —pregunta mientras arrastra su dedo por los siete centímetros de cicatriz que marcan mi pierna.

Lo terrible no era la cicatriz, lo terrible era lo que representaba. Un trozo de metal del coche se clavó entre el gemelo y la tibia de la pierna derecha y la lesión me tuvo postrada varias semanas en la cama, no obstante, el cirujano había hecho una obra de arte y apenas se notaba. Esa cicatriz me recordaba, cada día, que seguía viva.

—Tuve un accidente.

—¿El mismo con el que tienes pesadillas todas las noches?

—Sí.

—Cuéntamelo —suplica girándose hacia mí.

Suspiré y cerré los ojos. Recordar todo aquello me seguía resultando muy difícil, pero si alguien merecía saberlo, era ella.

—Por favor —ruega viéndome dudar.

—Conocí a mi marido gracias a una pequeña contractura en la espalda. Acudí a su consulta por recomendación de mi amiga Isabel, paciente suya desde hacía años. Lo nuestro fue un flechazo a primera vista y nos casamos un año más tarde. Tres años después, nació Marco. Uno no sabe lo que es amar incondicionalmente hasta que sostiene por primera vez a su hijo. Es un amor irremplazable y el vínculo que se crea es tan fuerte, que supera todo el amor que hayas podido conocer hasta entonces.

Mis horarios de trabajo eran intempestivos y a menudo tenía que viajar así que Héctor ejercía la mayor parte del tiempo de padre y de madre.

Siempre que podíamos, nos escapábamos a conocer otros lugares, que a ojos de un niño pequeño, representaban todo un mundo nuevo por descubrir. En una de esas salidas, los perdí y mi mundo se vino abajo. Pasé de la luz a la oscuridad más absoluta. Marco tenía cinco años y era un niño cariñoso, alegre y muy sociable. Había heredado mis ojos y el precioso pelo rubio de su padre. En un abrir y cerrar de ojos, la vida que tenía se vino abajo y no supe afrontarlo. Viví encerrada en casa muchos meses y me abandoné de tal modo,

que casi me dejé morir, pero un día comprendí que si seguía viva, era porque, en lo más profundo de mi ser, ansiaba vivir. Esa revelación fue el punto de partida para empezar de nuevo e intentar construir una nueva vida, una vida en la que debía aprender a vivir sin ellos.

Así empecé a correr. Salir cada mañana me ayudó a sustituir la tristeza por ambición y mientras corría, mi mente se mantenía pegada a mí y no le daba espacio para que me condujera al pasado.

Recuperar la relación con mi hermana Clara y con mis amigos también me ayudó. A menudo mi jefa Virginia me llamaba para que volviera a trabajar — Te hará bien— me repetía una y otra vez. Hasta el accidente, me encantaba mi trabajo porque lo encontraba estimulante y apasionante, pero después de todo aquello, me resultó un fastidio.

Toparme con Monique fue como un soplo de aire fresco, pero lo cierto es que, inconscientemente, solo buscaba llenar el vacío que ellos dejaron y he tardado en comprender que nadie podrá reemplazarlos. La quiero muchísimo, pero he sido incapaz de amarla y tenía miedo de hacerte lo mismo, por eso he intentado mantenerme alejada de ti. No ha sido fácil, porque cada vez que te veía, algo se transformaba en mi interior, algo que no podía comprender y que solo acentuaba la confusión que tenía. Ahora sé que eres la responsable de que mis heridas hayan dejado de sangrar y solo quiero levantarme cada mañana sabiendo que tu rostro será lo primero que vea al despertarme.

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi y soy una mujer de ideas fijas —asegura sonriendo—. Quiero formar parte de tu vida y que tú formes parte de la mía. No necesito nada más.

## CAPÍTULO 14

Mi deseo de contemplar su rostro al despertar, se cumplía por tercer día consecutivo y ya sentía la necesidad de hacerlo durante el resto de mi vida. Sonrió y me dio un beso en la nariz, pero yo no estaba dispuesta a conformarme con un simple beso. Quería más. Aparté los mechones de su cara y enredé mis dedos en su cabello rojizo acercando mis labios a los suyos.

—Así está mejor.

—¿No te gustan los besos en la nariz?

—Me encantan si van acompañados de unos cuantos de estos.

—Tengo una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Es sobre tu viaje.

Su tono era una mezcla entre excitación y miedo. Un lento desasosiego se inició y fue en aumento a medida que observaba detenidamente la expresión de su rostro. Me puse tensa.

—Chloé —insinúo con cautela.

<No se atreverá a cancelar mi viaje, ¿verdad?>

—No te enfades.

—No estoy enfadada o quizás sí —admito confundida—. ¿De qué se trata?

—He cambiado tu billete.

—¿Qué has hecho qué? ¡Sabes lo importante que es este viaje para mí!

—Por eso lo he hecho.

—No entiendo nada —digo negando con la cabeza nerviosa.

—Quiero aprovechar hasta el último minuto contigo y si coges el vuelo que tienes reservado, tendrás que irte dentro una hora —asegura en tono temeroso. Lo hace consciente de que me he puesto a la defensiva y me acaricia la mejilla tratando de relajar la situación.

—Tengo el equipaje hecho, solo tengo de ducharme y vestirme. Antoine me acompañará.

—Quiero acompañarte yo.

—No creo que a Christian le haga demasiada gracia, y si te soy sincera, a mí tampoco.

—Está de acuerdo, pero para ello, tenía que cambiarte el vuelo. Hemos

reservado un chárter que te llevará al aeropuerto que hay cerca de tu casa.

—¿A Reus?

—Sí, creo que Antoine ha mencionado ese nombre.

—No deberías haberlo hecho, has gastado dinero cuando ya tenía un billete comprado.

—¡Tú me hablas de dinero y yo te estoy hablando de tiempo! Más tiempo para nosotras y más tiempo para ti cuando llegues. Me he pasado la noche en vela observándote, maldiciendo cada minuto que vas a pasar lejos de mi. No sé si podré soportarlo —reconoce bajando la mirada.

A pesar de sus buenas intenciones, estaba molesta porque lo había hecho a mis espaldas y durante unos minutos, pasé por alto lo difícil que estaba siendo para ella, pero contemplar su rostro abatido, me trajo de vuelta a la realidad.

—Más tiempo —admito por fin acercando mis labios a los suyos. Mientras la abrazo, noto como la tensión de su cuerpo se desvanece—. Lo siento, no quería ser borde.

—Bésame.

Pierre estuvo a punto de romper a llorar cuando llegué a la cocina para despedirme y si lo hubiera hecho, yo también hubiera llorado. Siempre me costaba despedirme de él, incluso por las noches cuando volvía a la pequeña casa de madera con sus padres.

Chloé estuvo tensa a lo largo de todo el trayecto y no me soltó la mano en ningún momento. Me miraba de reojo, pero no decía nada. Era obvio que algo le preocupaba. El coche entró a pista escoltado por una patrulla de seguridad del aeropuerto y se aproximó lentamente hasta el avión, que era más grande de lo que me esperaba. Christian se bajó y se colocó en la parte delantera del coche en su pose habitual: piernas ligeramente abiertas, brazos recogidos por las manos a la altura del vientre y mirada escrutadora. En pocos segundos, los armarios de Christian se dispersaron alrededor del coche y del avión. Tragué saliva incómoda. Me costaba asimilar ese nivel de seguridad y me pregunté si algún día conseguiría acostumbrarme.

—No has dicho nada en todo el viaje.

—Va a ser una semana muy larga sin ti —dice con la mirada perdida en algún lugar del asiento trasero del conductor.

—Una semana pasa muy rápido. Te llamaré cada día —aseguro. Mi mano izquierda sigue entrelazada con su mano derecha. Me acerco más a ella y con la mano libre, levanto su barbilla para poder mirarla a los ojos.

—No puedo irme sin verte sonreír —confieso. Chloé sonríe levemente,

pero es incapaz de hacerlo del modo al que me tiene acostumbrada, así que se lo vuelvo a pedir haciendo un mohín. Después de varios intentos, obtengo la sonrisa que quiero y la beso para despedirme, pero cuando intento salir del coche, no suelta mi mano.

—¿Volverás?

<¿Así que era eso? Sabía que le pasaba algo>

—¿Qué te hace pensar que no voy a hacerlo?

—Sé que echas de menos tu casa y ahora tendrás una razón más para quedarte.

—Esta es ahora mi casa —digo cerrando la puerta del coche y acercándome de nuevo a ella—. Chloé Cloiseau, te quiero. No te vas a librar de mi.

Decir esas palabras me asustó mucho pero inmediatamente después, sentí un gran alivio. Me gustaba como sonaba. Los cristales tintados del coche nos dieron la intimidad que necesitábamos en aquellos momentos.

—¿¡Cómo no voy a volver si me vuelves local!? —exclamo temblando por la emoción que me embarga al sentirme de nuevo enamorada.

Chloé sonrió con los ojos bañados en lágrimas mientras me repetía que me quería. Ese viaje era lo más importante para mí en aquel momento, pero ella se había convertido en la persona con la que quería pasar el resto de mi vida y los sentimientos de felicidad y de tristeza se fueron enredando. Si Chloé hubiera sido una persona corriente, probablemente las dos hubiéramos viajado a Barcelona, donde Javier nos habría estado esperando y una vez en casa, mi hermana y mi cuñado la hubieran querido sin reparos desde el primer momento, pero con ella, todo lo corriente se volvía imposible. Clara tenía una cuñada fantasma a la que seguramente tardaría mucho en conocer.

Una vez en el avión, la azafata me ofreció una copa Champagne que acepté de buen grado para aplacar los nervios. Me la bebí de un trago ante su mirada perpleja.

—Le ofreceré otra cuando despeguemos. Por favor, póngase el cinturón —me pide quitándome de las manos la fina copa de cristal.

—¿Ya vamos a despegar? —pregunto mirando a mi alrededor viendo que soy la única pasajera.

—Sí Sra. Rodríguez.

<¿Un avión para mí sola? Pues sí que sale caro comprar tiempo>

Después de la segunda copa, decliné todas las siguientes. Llegar borracha no era una opción.

El viaje se hizo tan corto, que cuando quise darme cuenta, el piloto indicaba por megafonía que debía prepararme para el aterrizaje. La azafata comprobó que llevaba puesto el cinturón y desapareció tras unas cortinas al fondo del pasillo.

Una vez el avión se detuvo en la pista, el piloto, el copiloto y la azafata me despidieron junto a la cabina y en cuanto puse un pie en la escalera, vi que me esperaba un coche con los cristales tintados. El aeropuerto de Reus es tan pequeño, que podría haber caminado perfectamente hasta la terminal, pero sabía que debía subir al coche para no enfadar a Christian. Ningún otro avión llegó en ese momento, así que fui la única en atravesar las puertas que me separan de mi hermana. Al abrirse, sus ojos azules entraron en contacto con los míos y aceleré el paso hasta fundirme en un abrazo con ella.

—Estás preciosa —aseguro acariciando su enorme barriga.

—Te he echado de menos.

—No llores.

—No estoy llorando —se queja con los ojos anegados.

Javier estaba en segundo plano, sonriendo y gravando la escena con su móvil. Me tapé la cara mientras me acercaba a él.

—Hola papaíto —digo abrazándolo y chafándole la grabación.

—Mi cuñada preferida por fin está de vuelta.

—Pelota —bromea Clara.

Javier insistió en coger mi única maleta y nos dirigimos a la salida.

—¿Por qué has cambiado el vuelo a última hora? —pregunta mi hermana con curiosidad.

—Mi jefa ha decidido hacerme un regalo.

—¡Joder! Pues menudo regalo se ha marcado. Se nos ha caído la mandíbula al suelo cuando te hemos visto bajar del jet privado. ¡Qué pasada!

—El Champagne no estaba mal —admito guiñándole el ojo.

—¡Sinvergüenza! —exclama soltando una enorme carcajada.

Hacía un precioso día de invierno, frío, pero nada comparado con las bajas temperaturas de la campiña a las que todavía no había conseguido acostumbrarme. Llegando al coche, Clara se paró en seco y nos miró a Javier y a mí aterrorizada.

—Me acabo de hacer pis encima —admite avergonzada mientras intenta tapar la humedad de su ropa. En el suelo se aprecia un pequeño charco.

—Clara, eso no es pis. Has roto aguas —aseguro con toda la tranquilidad que puedo. Lo último que pretendo es poner nerviosos a los papás primerizos.

—¿Qué? —exclaman al unísono alarmados.

Ver su inquietud me hizo recordar el día que nació Marco. Héctor estaba tan nervioso, que se quedó dormido en la silla que había junto a la cama donde me tenían monitorizada y cada vez que los médicos pasaban a hacer la ronda, se tronchaban de la risa al verlo.

Pasamos por su casa para recoger la maleta y al llegar al hospital, nos condujeron a la zona de pre—parto, donde había dos mujeres más a punto de dar a luz. Mientras conectaban a Clara a la máquina de monitoreo fetal, Javier se mostró impaciente y nervioso, pero los médicos confirmaron que las contracciones eran muy débiles y debíamos esperar.

—¿Te duele? —pregunta él visiblemente preocupado.

Clara negó con la cabeza y le alargó la mano. Él la tomó entre las suyas con ternura y sonrieron nerviosos. Tan ensimismados estaban con lo que estaba a punto de sucederles, que ni siquiera se dieron cuenta de que había abandonado la habitación para darles un poco de intimidad. Ese momento era solo suyo y debían disfrutarlo juntos. Una vez en la sala de espera, vi que tenía una llamada perdida de Chloé. La llamé.

—*Hola* —saluda con dulzura—. *¿Cómo ha ido el viaje?*

—*Rápido y cómodo gracias a ti* —digo ensimismada en su voz.

—*Me alegro. Esta mañana te has puesto un poco tensa.*

—*Lo siento, a veces soy un poco capulla.*

—*Nunca te hubiera privado de ese viaje. Sé lo importante que es para ti.*

—*Eres demasiado buena conmigo. ¿Sabes dónde estoy?*

—*¿En la playa?*

—*Mmmm... me conoces mejor de lo que pensaba. La playa sería uno de los primeros sitios a los que iría si no fuera porque estoy en el hospital con Clara y Javier.*

—*¡Dios mío! ¿Están bien?*

—*Ha roto aguas en el aparcamiento del aeropuerto.*

—*¿En serio? ¿Ya está de parto?*

—*Aún nos quedan algunas horas de espera. Prácticamente no ha dilatado y las contracciones son muy débiles.*

—*¿Estás nerviosa?*

—*Mucho. No veo el momento de conocer a mi sobrina. Me la he imaginado tantas veces...* —suspiro dejando la frase inacabada. Me pregunto como será su cabello, sus ojos o la forma de su cara.

—*Todo irá bien, ya lo verás.*

—Lo sé. Hoy solo pueden pasar cosas bonitas.

—Te echo de menos.

—Y yo.

—Solo hace tres días que estamos juntas y ya no imagino mi vida sin ti.

¿Qué has hecho conmigo?

—¿Todavía no lo sabes? Cada noche pongo unos polvitos mágicos en tu bebida. Es una pócima secreta y por lo visto, muy efectiva.

—¿Polvitos?

—¿Polvazo lo resume mejor?

—Mucho mejor —asegura riéndose a carcajadas—. Me encanta tu sentido del humor.

—Ya mí me gustas tú. ¿Es mañana cuando vuelas a Londres?

—Sí, pero al final solo tengo que estar dos días.

—¿Y eso?

—Han suprimido algunas escenas debido a la borrasca que hay sobre el Reino Unido, así que tendremos que volver para grabarlas cuando mejore el tiempo.

—¿Cuándo será eso?

—Por ahora solo sabemos que después de Londres, todo el equipo se mueve a París para rodar en los Campos Elíseos y la Tour Eiffel. Al menos podré dormir en casa cada noche.

—Entonces, ¿estarás en casa cuando vuelva?

—Cariño, ese momento no me lo perdería por nada del mundo. Estaré ahí aunque tenga que salir del set a hurtadillas.

<Cariño. Me gusta como suena> pienso mientras veo como se me eriza el vello del brazo.

—Cuando tu hermana dé a luz, llámame. Sea la hora que sea.

—Claro, así podré volver a escuchar tu voz. Es como un bálsamo para mis oídos.

Colgué con la sensación de ser una tía afortunada al fin y al cabo: estaba enamorada de una mujer increíble, había vuelto a casa con dos seres excepcionales a los que adoraba por encima de todo y por fin iba a conocer a Elsa.

Clara tardó casi cinco horas en dar a luz. Cinco horas interminables, pero cuando por fin la trasladaron a la habitación y llegó con Elsa entre sus brazos, todas las horas de espera merecieron la pena. No podía contener las lágrimas mientras Javier me abrazaba incapaz de acercarse a sus chicas por la emoción



que sentía. Las dos estaban perfectamente y la cara de mi hermana, era la viva imagen de la alegría más absoluta.

Javier y yo nos sentamos a ambos lados de la cama y sostuve la pequeña mano de Elsa entre mis dedos mientras mi cuñado, ensimismado, hacía lo mismo con la mano de su mujer. Elsa tenía la cara redondita, el cabello claro y los ojos azules. No tardó en lloriquear y Clara entendió perfectamente que su hija necesitaba comer. Con la soltura de una madre experta, se desabrochó varios botones de la bata y cogió sus mofletes con la mano derecha para conducir su pequeña boca hasta el pezón. Dio un respingo cuando la pequeña empezó a succionar con ahínco.

—¡Joder! ¡Me hace daño! —se queja mientras arquea las cejas con gesto de dolor.

—¿Nadie te lo había dicho?

—Te aseguro que en el curso pre—parto no hablamos de esto —asegura contrariada.

—Se pasará en unos minutos, no te preocupes. Lo estás haciendo de maravilla.

Cuando regresé a casa por la noche, todo estaba sumido en una oscuridad serena hasta que pulsé el botón que subía automáticamente las persianas del salón. La semi esfera brillante de la luna emergió tras la oscuridad e iluminó toda la estancia. Tantas veces había soñado con volver a ver esa imagen, que casi no podía creer que fuera de verdad. Durante más de dos horas, estuve sentada en el sofá abrazada a mis piernas contemplándola.

Desperté pasadas las ocho de la mañana y medio adormilada, me dirigí al baño de mi habitación. Al entrar en él, me espabilé de repente al contemplar todos los enseres de Héctor, que seguían perfectamente colocados en su parte del lavabo. Acaricié cada uno de los frascos mientras el miedo a desmoronarme emergía desde lo más profundo de mi ser. Sabía que aquel viaje no solo iban a ser alegrías, también me iba a reencontrar con todo aquello a lo que me costaba enfrentarme, pero por suerte, sonó el móvil. Era Chloé.

—*Buenos días preciosa.*

—*¿Te he despertado?*

—*No, que va* —aseguro mientras vuelvo a poner el perfume de Héctor sobre la repisa.

—*Tu tono de voz es raro.*

—*Hay recuerdos que siguen siendo dolorosos.*

—¿Puedo ayudar?

—Tengo que hacerlo yo. Sabía que no sería fácil pero también que tendría que hacerlo en algún momento.

—No me gusta que estés triste.

—Estaré bien, no te preocupes. ¿Te gustó la foto que te envié?

—Es una niña preciosa, parece una muñeca.

—Sí, tiene una carita muy linda —digo embobada al recordarla. La cobertura parecía perderse por momentos—. ¿Estás en casa?

—Voy en el coche camino al trabajo y está nevando, no sé si podremos grabar alguna escena hoy. Seguro que el tiempo allí es mucho mejor.

—Está un poco nublado, pero al menos no nieva —bromeo—. Debe haber una temperatura de unos ocho o diez grados.

—Ojalá aquí tuviéramos algún grado positivo. ¿Vuelves ahora al hospital?

—Sí, relevaré a Javier para que pueda irse a casa y descansar un rato.

—Estamos llegando, tengo que dejarte cariño.

<Otra vez esa palabra>

—Me gusta.

—¿El qué?

—Cariño.

—Cariño. Cariño. Cariño.

—Me gusta. Me gusta. Me gusta —repito riéndome—. Te llamo esta noche, quiero saber todos los detalles de tu día. Cuántas más cosas me cuentes, más rato podré escuchar tu voz.

Cuando estaba a punto de colgar, oí que me gritaba.

—¡Lisa!

—¿Qué?

—Te quiero.

—También me gusta como suena —admito embelesada.

—No me cansaré nunca de repetírtelo. Te lo prometo.

—No me lo prometas. No me prometas nunca nada. Solo hazlo —le pido saliendo del baño en dirección a la habitación. Hasta luego.

Me costó pulsar el botón de colgar porque quería decirle que yo también la quería, pero me seguía costando reconocerlo.

Al abrir el armario, no pude soportar el olor de Héctor impregnado en cada prenda y lo cerré de un portazo abatida. Conteniendo las lágrimas, abrí mi maleta de malas maneras y saqué lo suficiente para estar presentable.

Necesitaba más tiempo.

Cuando el claxon del taxi sonó frente a la puerta de casa, me dirigí al recibidor y descubrí la alianza que había dejado sobre el mueble doce meses antes. La acaricié con ternura y la volví a dejar en el mismo sitio.

El taxista me dejó frente a la puerta del hospital justo cuando Javier salía en mangas de camisa.

—¡Te vas a enfriar!

—Hola madrina.

<Hoy es el día de las palabras que me gustan>

—Dentro hace tanto calor, que necesito un poco de contraste. Voy a comprarme una revista, ¿te traigo una de running?

—¡¿No me digas que os ha tocado una de esas niñas que duermen durante horas y no lloran?!>

—Ha dormido casi toda la noche. A las seis y a las nueve y media le ha dado el pecho y las dos veces, se ha vuelto a quedar dormida como un angelito.

—¡Joder qué suerte! ¿Te acompaño?

—Sube, te están esperando.

Era consciente de que Javier había hablado en plural, sin embargo pensé que se refería a sus chicas. Cual fue mi sorpresa, cuando al entrar en la habitación, vi a Carmen e Isabel contemplando aleladas a mi sobrina que dormía plácidamente en brazos de mi hermana. Nos abrazamos juntando las cabezas y haciendo un círculo, que era nuestra forma de saludarnos cuando hacía tiempo que no nos veíamos.

—Estáis como una cabra —dice Clara mientras nos observa.

En cierto modo tenía razón, porque cuando estábamos las tres juntas, parecíamos adolescentes y se nos iba un poco la olla. Tras el reconfortante abrazo, me acerqué hasta la cama para acariciar la manita de Elsa y aunque se revolvió un poco por el ruido, siguió durmiendo como si tal cosa.

—Los brazos de tu madre, son el mejor sitio del mundo. Nadie cuidará de ti como ella y tu papá —le susurro dándole un beso—. Hola hermanita —saludo a mi hermana que tiene de cara de cansada.

—Hola guapa. Se durmió a las diez y no se ha despertado hasta las seis —dice mientras la mira con orgullo.

—Me topado con Javier al entrar y me lo ha dicho. ¡Menuda suerte tenéis!

—El pobre apenas ha dormido, ese sillón es muy incómodo.

—Hazle un sitio esta noche —insinúo guiñándole el ojo.

Las cuatro nos estábamos partiendo de la risa cuando la enfermera entró en la habitación.

—Me la llevo para bañarla.

—¿No puede esperar a que se despierte? —pregunto con pesar.

—Este es el rato que tenemos para bañarlos, después, entre las visitas de los médicos y las comidas, no tendremos tiempo.

—Me da pena —dice Clara mirando a Elsa con ternura.

—¿Podemos hacerlo yo o su padre un poco más tarde? —intervengo justo cuando Javier entra en la habitación.

—Claro, no hay ningún problema. Acompañenme, recogeremos a Aitor, el bebé de la habitación de al lado y les enseñaré como hacerlo.

No quise decirle que sabía perfectamente como bañar a un bebé y acepté de buen grado todas las explicaciones que nos dio para no parecer una grosera. Javier lo hizo perfectamente a pesar de que Aitor se hartó de llorar. Según la enfermera, no le había gustado su primera experiencia con el agua, sin embargo mi impresión fue que extrañaba a su madre y lo confirmé cuando la enfermera lo volvió a dejar con ella y se calmó. No fue el único; su madre suspiró aliviada al tenerlo de nuevo entre sus brazos.

De vuelta en la habitación, le pedí a Javier que me hiciera una foto con mi ahijada y se la envié a Chloé que no tardó ni cinco minutos en llamarme. Puse los ojos en blanco al pasar junto a Carmen e Isabel al ver como se reían y hacían gestos obscenos mientras salía al pasillo.

—*Estás muy guapa en esa foto. Irradias felicidad.*

—*Lo estoy por varios motivos.*

—*Me gustaría pensar que soy responsable, aunque sea un poquito, de ese brillo en tus ojos.*

—*Llegué con ese brillo. Estar aquí, solo lo ha acentuado.*

Mientras hablábamos, un médico y una enfermera entraron en la habitación y salieron al cabo de unos minutos. Al volver, Clara estaba despidiéndose de mis amigas.

—¿Ya os vais? —cuestiono.

—Es casi la hora de comer y tengo que recoger a las chicas de baloncesto —se excusa Carmen.

—Tenemos que quedar para ir a cenar antes de que me vaya.

—¿Comemos mañana? —pregunta Isabel. Carmen asiente varias veces con la cabeza.

—¡Hecho entonces! Yo me encargo de reservar para siete.

—¿Siete? —preguntan al unísono.

—Los domingo son días en familia —aseguro mientras abrazo a Carmen.

Cuando la habitación recuperó la tranquilidad, Javier dejó la revista y se sentó junto a Clara. Pasó el brazo por detrás de su espalda y ella puso a Elsa entre los dos. Ese momento bien merecía una foto que no esperaban y de la que solo fueron conscientes cuando oyeron el sonido del disparador. Cada mirada, cada gesto de amor que recogía esa instantánea, era absolutamente mágico.

—¿Qué haces? —pregunto al ver que mi hermana intenta levantarse de la cama.

—El médico me ha dicho que si empiezo a andar, mañana me podré ir a casa.

—Mañana es un buen día para irse a casa. Te acompaño —digo tomándola del brazo.

Por la expresión de su cara, le dolían los puntos pero era evidente que no le importaba con tal de abandonar el hospital.

—¿Te duele?

—Ya no te acuerdas, ¿verdad?

—No mucho —admito con una media sonrisa—. Cuando volvamos a la habitación dile a Javier que se vaya a casa y duerma un poco. Yo me quedaré con vosotras.

—Se lo he dicho veinte veces, pero no consigo convencerlo. Díselo tú; a ti te hace caso.

—Vale, lo intentaré.

—Por cierto, ¿a qué han venido esas risitas y gestos de Carmen e Isabel cuando ha sonado tu teléfono?

—Ya sabes que están un poco locas.

—¿Es solo eso?

—No, no es solo eso, pero prefiero contártelo en otro momento.

—Siempre me dices lo mismo Lisa —se queja con razón.

—Te lo contaré. Lo prometo.

—¿Cuándo?

—*“No siendo ni hoy ni mañana, cualquier día de la semana”*

—Eso lo decía mamá —dice con nostalgia—. ¿Crees que nos estará viendo?

—Por supuesto. ¿No pensarás que va a perderse un día así? Ni hablar.

—He pensado mucho en ella en las últimas semanas.

—Siempre estará con nosotras. Es nuestro ángel de la guarda.

—Yo también lo creo. Por cierto, no me gustó nada que volvieras a tu casa anoche. Seguro que no fue fácil.

—No lo fue, pero tenía ganas de estar allí; al fin y al cabo, es mi casa.

—Quédate en la nuestra hasta que te vayas. Hay sitio de sobras y así podrías ayudarme. Estos primeros días seguro que van a ser complicados —dice fingiendo preocupación.

—Tiene que ayudarte Javier, por nada del mundo dejes que se pierda esto.

—Se le da bien cambiar pañales —bromea—. Anda hermanita, ¡quédate! Te echo de menos y una semana pasa muy rápido.

—No es buena idea Clara. Necesitáis intimidad.

—¡Venga ya! ¡Eso es solo una excusa! Siempre estamos juntos, no pasa nada porque te quedes una semana con nosotros, además... ¿qué intimidad? Nos han dejado claro hace un momento que la cuarentena es para cumplirla.

—¿Para eso han venido los médicos? —digo tronchándome de la risa. Se encoge de hombros y ante su suplicante mirada, acabo aceptando. Estar en casa ha sido más duro de lo esperado y hace que me replantee si verdaderamente soy capaz de darle carpetazo a mi vida anterior y empezar una nueva con Chloé. Quiero hacerlo, pero ¿voy a ser capaz?

—¿Eso es un sí?

—He aprendido a hacer unos muffins con los que te vas a chupar los dedos.

—¿En serio? ¿Tú haciendo pastelitos? ¡Pues sí que te han cambiado los gabachos! —se mofa—. Oye hermanita, ¿seguro que no me lo quieres contar por qué tienes esa cara de alelada?

—¿Alelada? Ja, ja, ja. Un día de estos —bromeo justo cuando nos cruzamos muertas de la risa con el médico que la ha atendido. Nada más verla, asiente complacido.

Ocho días estuve en casa de mi hermana y cada uno de ellos se me pasó volando. Tocaba hacer de nuevo la maleta y mientras iba poniendo mis cosas dentro, me di cuenta que no solo echaría de menos a mi hermana, mi cuñado y a Elsa, también los sonidos de la casa, los olores, los regalos amontonados en el salón y los ruiditos que emitía mi sobrina al dormir. Clara llegó a la habitación con Elsa entre los brazos. Me la entregó con suavidad y me hizo un gesto para que me sentara en la cama mientras ella acababa de poner el resto de mis cosas en la maleta. Me conocía bien, sabía que sostener a Elsa era infinitamente mejor que hacer el equipaje. Ella era la prueba de que la vida continúa y por más que las cosas se pongan difíciles, hay que saber tirar

*“pa'lante”.*

Me negué a que Javier me acompañara al aeropuerto y desde el taxi, le envié a Chloé la fotografía que le había hecho en verano a lomos de Etoile con un mensaje: “tengo ganas de repetirlo”.

En el punto de información me esperaba la azafata con la que había coincidido al venir y me condujo al coche que nos llevó hasta el avión. Al pie de la escalera, esperaban el piloto, el copiloto y una segunda azafata con la que no había volado la vez anterior. Subí lentamente las escaleras y una vez arriba, miré atrás y me despedí del cielo rojizo de los atardeceres de invierno.

<Hasta pronto>

—Bienvenida Lisa.

—¡Christian! —exclamo sorprendida cuando me giro y lo veo dentro del avión.

Por su ligera sonrisa supe que estaba de buen humor. Levanté la ceja al pasar por su lado y cuando apartó la cortina que separaba la zona de las azafatas del resto del avión, vi a Chloé, aunque había notado su perfume mucho antes de verla. Oí como las cortinas volvían a cerrarse tras de mí y me acerqué a ella despacio, observando cada detalle de aquella escena. Estaba de pie al fondo del pasillo con las manos entrelazadas y sonreía nerviosa. Cuando llegué a su lado, la abracé con fuerza mientras repetía mi nombre una y otra vez. Hacía una semana que, secretamente, ansiaba volver a verla. ¿Por qué secretamente? Porque, aunque quería contárselo a Clara y Javier, no encontré el momento de hacerlo. Tomé su rostro entre mis manos y la besé.

—Tenía ganas de verte Chloé Cloiseau.

—¡Ah no! No conseguirás que diga tu apellido —ríe.

—¿No? Anda, hazlo por mí. Me encanta escuchar cómo pronuncias la “r”.

—Ni hablar —dice negando con la cabeza al tiempo que me regala una de sus encantadoras sonrisas.

—Te quiero Chloé.

Esas tres palabras abarcaban un significado mucho más amplio que el que, a priori, pueden significar unas cuantas letras juntas. Era mucho más y aunque todavía me costaba pronunciarlas, ella hacía que fuera más fácil. Nos abrazamos de nuevo con fuerza y temblé al sentirme tan feliz.

Entretanto, Christian mantuvo alejada a la tripulación el tiempo necesario para darnos aquellos momentos de felicidad y cuando les indicó que podían entrar, las azafatas nos trajeron un par de copas de Champagne.

—Por Elsa —celebra Chloé levantando su copa.

—Y por nosotras —digo levantado la mía.

El Dom Perignon rosé de 2005 estaba delicioso a pesar de que el rosado no es mi vino preferido.

—¿Cuándo hiciste la fotografía que me has enviado hace un rato?

—La primera vez que montamos juntas. La hice sin pensar y cuando la vi, me di cuenta de lo poco que te gustan las fotos y tuve miedo de enseñártela.

—Me encanta. Por cierto, tengo una sorpresa —susurra acercándose mucho. Nuestros labios están a apenas unos milímetros.

—Luego me la cuentas —musito hechizada por sus ojos—. He echado de menos el roce de tu piel y tu voz. Tu voz es como un bálsamo para mis oídos.

—¿Ah sí? —dice apoyando su frente en la mía—. Me lo has dicho como cien veces, pero me gusta ser tu bálsamo.

—Y a mi me ha gustado esta sorpresa.

—Tengo otra y no puedo esperar a contártela cariño.

Froté mi nariz lateralmente contra la suya varias veces antes de despegarme lentamente para que pudiera hablarme.

—No vamos a París.

—¿Ah no? ¿Dónde entonces?

—A Bali.

—¿Bali? ¿Tienes trabajo allí?

—He pensado que podemos pasar unos días juntas. Solas —dice remarcando la palabra.

—Lo de pasar unos días juntas me parece increíble. Lo de solas, una utopía.

—Pues créetelo —afirma levantando las cejas y sonriendo de medio lado.

—¿Cómo piensas quitarte de encima a Christian y a sus mastodontes?

—Una casa flotante cerca de una isla. La casa para nosotras. La isla para los mastodontes.

—Mmmm me va gustando la idea.

Notaba la presencia de la azafata al otro lado de la cortinilla y no podía dar rienda suelta a todo lo que se me pasaba por la cabeza en aquellos momentos.

—Ya estoy deseando llegar —aseguro en tono sensual.

—Nunca hemos estado completamente a solas.

—Tú también te has dado cuenta.

—No nos cruzaremos a nadie por la casa, desde que nos levantemos, hasta que nos vayamos a dormir.



—Toda para mí —susurro mientras mi mano se desliza por su cadera.

—Toda tuya. Siempre.

Volví a notar las curvas de sus labios acercarse y la calidez que precedía a sus besos.

Tras hacer una escala en Abu Dhabi, llegamos al aeropuerto Internacional de Ngurah Rai y de allí al puerto para subir a un velero que nos llevó hasta la isla de Lembongan, donde nos trasladaron en una furgoneta con los cristales tintados hasta un pequeño complejo hotelero con villas a pie de playa. Distribuidas inteligentemente entre la vegetación, no se podían ver las unas a las otras y proporcionaban la intimidad necesaria para que Christian consiguiera vivir unos días sin que le diera un ataque al corazón. Paramos en una pequeña cala de arena fina y grandes palmeras desde la que se veía una preciosa villa flotante con enormes ventanales a unos cien metros de la orilla.

<Los mastodontes en la playa. La villa para nosotras>

—¿Traes cuatro maletas para cuatro días? —pregunto cuando veo a los chicos de Christian sacándolas del coche.

—Una es para ti.

—¿Me has traído ropa?

—Quizás no te haga falta. Desnuda es como más me gustas, pero la he traído por si acaso —me susurra al oído mientras me toma del brazo.

Christian y un empleado del complejo nos acompañaron hasta un bote que había en la playa y remaron hasta la villa, donde unas escaleras, daban acceso a una amplia terraza de madera. Después de ayudarnos a bajar del bote, dejó nuestras maletas en el interior de la casa y nos dio instrucciones. Muy en su línea.

—En la cocina hay un walkie—talkie. Presionad el botón lateral para hablar y soltadlo para escuchar. Llamadme si necesitáis cualquier cosa. Mañana Gede os traerá fruta y otros víveres frescos —afirma refiriéndose al barquero.

—Selamat malam —dice Chloé haciéndole una ligera reverencia al pequeño hombre que va a los remos. Él le corresponde del mismo modo y acto seguido, separa la barca con la ayuda del remo y la gira poniendo rumbo a la playa. Chloé y yo nos quedamos en la terraza contemplando como se alejan, asegurándonos que, verdaderamente, Christian se queda con los mastodontes en la playa.

—¿Qué le has dicho?

—Buenas noches.

—No sabía que hablabas balinés.

—He venido varias veces y he aprendido algunas palabras.

Durante unos instantes me pregunté cuántas veces habría alquilado la villa y con quién la había compartido.

—Es la primera vez que vengo aquí. Sé que te lo estás preguntando.

—¿Siempre soy tan transparente?

—Ojalá —suspira mientras rodea mi cadera con su brazo. No perdemos de vista la barca, que cada vez está más cerca de la orilla y más alejada de nosotras—. ¿Crees que están lo suficientemente lejos?

—Creo que sí —afirmo sabiendo exactamente el propósito de su pregunta.

Corrimos hacía el interior de la casa y llegamos al salón—comedor. Era un espacio completamente abierto y no se veía ninguna habitación, sin embargo había una escalera que bajaba. Nos miramos con lujuria mientras se nos escapaba una pícara sonrisa. Adoraba ese tipo de complicidad entre nosotras.

Bajamos de la mano expectantes y lo que nos encontramos al final de la escalera, no tenía parangón: la habitación estaba por debajo del nivel del mar y tenía un lateral completamente acristalado. Decenas de peces nadaban a nuestro alrededor en agua clara como el cristal y sobre un fondo de color marfil. Era como si estuviéramos buceando sin el engorro de las gafas, el tubo y la botella.

—Desnúdate —le ordeno mientras me siento en la cama.

No dudó. Levantó la ceja amagando una sonrisa mientras yo observaba con detenimiento sus movimientos elegantes y sensuales. Una vez en ropa interior, me acerqué a ella, rodeé su cintura y subiendo las manos por la espalda, desabroché su sostén de encaje negro. Mis labios recorrieron su vientre y sus caderas mientras me ponía en cuclillas. Bajé lentamente su tanga a través de sus largas piernas y la empujé con suavidad hasta la cama. Me fui desnudando a medida que recorriamos la distancia entre los pies de la cama y el cabezal lentamente, ella marcha atrás con la espalda pegada al colchón y yo siguiéndola sin dejar de quitarme prendas de ropa. El aire que quedaba entre las dos se había vuelto lava y la temperatura iba en aumento. Aparté un mechón de su cara para asombrarme una vez más con su belleza sutil y despiadada, porque aquel día, estaba especialmente guapa y me resultaba imposible apartar los ojos de ella. Mordí su barbilla mientras mi mano derecha se deslizaba entre sus piernas.

—Yo también te he echado de menos —aseguro mientras froto la palma de

mi mano en sentido circular contra su sexo húmedo antes de recorrer su cuerpo en sentido descendente.

Me senté a horcajadas entre sus muslos y moví sus piernas desde los tobillos para doblarlas ligeramente para luego deslizar mis manos por debajo de sus nalgas y agarrar con fuerza sus caderas. Su piel suave y delicada era una delicia para las yemas de mis dedos que ansiaban recorrer cada centímetro de su cuerpo. Durante unos segundos, mi frente se mantuvo pegada a su pubis, notando el vaivén de su respiración y disfrutando de las caricias de sus manos recorriendo mi cabeza. Mis labios se deslizaron por sus muslos hasta llegar a sus tobillos y emprendieron lentamente el camino inverso para detenerse entre sus piernas. La miré una última vez antes de seguir y se estaba mordiendo el labio. Ese gesto me ponía a cien.

A medida que el placer iba creciendo, su cuerpo empezó a contorsionarse arriba y abajo.

—¡Dios Lisa! —grita. Segundos después vuelve a dinamitar el silencio y dejo caer lentamente mi mejilla sobre su vientre. Mi mejilla se mueve al ritmo de su respiración y la vista está concentrada en sus esbeltas piernas.

<No podría cansarme nunca de ti>

Mi mejilla se movía arriba y abajo, al principio con rapidez, pero a medida que su respiración se fue normalizando, disminuyó. Nuestras miradas estaban fijas en el ventanal y en los cientos de pececillos que nadaban a nuestro alrededor.

—Te quiero Lisa —dice mientras contemplo nuestras piernas entrelazadas. Me incorporo y serpenteo por su cuerpo hasta tener sus ojos alineados de nuevo con los míos para decirle que yo también la quiero.

<Cada vez me cuesta menor decir esas dos palabras>

Aún no había amanecido cuando me deslicé de la cama con sigilo para no despertarla. Me puse una camiseta e inspeccioné la casa, algo que, con las prisas, no había podido hacer la noche anterior.

El salón, el comedor y la cocina, estaban flanqueados por enormes ventanales. No había ni una sola pared a excepción de un pequeño lateral al final de la casa que daba a un gran baño, provisto incluso de un bonito jacuzzi. Una terraza de madera bordeaba la villa y en uno de los laterales, había una piscina alargada en la que no había reparado el día anterior.

<¿Quién usa una piscina cuando puede bañarse en aguas cristalinas?>

Sentada en la terraza con los pies dentro del agua, contemplé como la oscuridad se disipaba poco a poco. El mar parecía una balsa y en el horizonte,

se divisaban los primeros rayos de sol aunque la luna siguiera resistiéndose a perder protagonismo. Una inmensa variedad de tonos entre el naranja y el rojo se sucedieron cuando despuntó el semicírculo del sol. Sin lugar a dudas, fue el mejor amanecer que he visto en mi vida y esa imagen permanece imperturbable en mi memoria. Hay cosas que, pase lo que pase, no puedes olvidar y aquel amanecer, esa una de ellas.

Con el sol ya despegado del horizonte, vi una aleta acercarse y mi instinto me llevó a sacar los pies del agua. El corazón me latía con fuerza debatiéndose entre el miedo y la expectación. ¿Un tiburón? Nada más lejos de la realidad; un delfín cotilla se había acercado hasta allí curioseando. Volví a meter los pies en el agua y lo observé nadar en círculos a cierta distancia, aunque poco a poco, los círculos se fueron estrechando y cada vez lo tenía más cerca. En ese momento, me di cuenta que quizás mi postura le causaba recelo y me tumbé boca abajo sobre la terraza dejando el brazo derecho dentro del agua. Abultando menos, lo ayudé a vencer su miedo y se aproximó lentamente, dejando que le acariciara el hocico. Nunca antes había tocado un delfín; su piel era suave, más de lo que me había imaginado, aunque me daba bastante respecto su boca repleta de dientes ultra afilados. Fiel a su reputación de animales dóciles con los humanos, no se mostró agresivo en ningún momento y solo parecía buscar algo de compañía. Dejaba que lo tocara por unos instantes y luego se alejaba varios metros hasta que regresaba a buscar más caricias. Así estuvimos al menos media hora.

Cuando Chloé subió, hacía un rato que estaba sola. Llevaba una blusa blanca con las mangas remangadas y sentó a mi lado.

—¿Cuánto rato llevas aquí?

—Un par de horas —digo tomando su mano derecha entre las mías—. Mañana deberías acompañarme; he visto el amanecer más bonito de mi vida.

—No me saques de la cama tan pronto, ya sabes que no me gusta madrugar —se queja haciendo un mohín.

—Solo has faltado tú para que en lugar de bonito fuera magnífico. Podemos incluso desayunar mientras amanece. ¿Se le puede pedir algo más a unas vacaciones?

—Sí.

—¿El qué?

—¿Una siesta? —dice con la ceja arqueada y conteniendo la risa.

—Te estás volviendo una insaciable. ¡Me gusta!

—Y todo por tu culpa.

—¿Por mi culpa? De eso nada.

La salpiqué y gritó. Su respuesta no se hizo esperar y en cero coma dos, estábamos dentro del agua.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero? —pregunto rodeando su cuello con ambos brazos.

—No me lo dices muy a menudo.

<Es cierto. No es algo que me guste decir al tuntún>

—Te lo diré todos los días. Lo prometo —añado tras unos segundos observando como la blusa mojada transparenta completamente sus pechos—. No creo que pueda aguantar hasta la siesta —aseguro deslizando mi dedo pulgar por su escote. De repente, caigo en la cuenta de que si hay delfines, bien puede haber tiburones—. Salgamos.

—¿Tan pronto? Con lo bien que pintaba....

Nadamos hasta las escaleras y al subirlas, reparamos en cesta repleta de fruta y otra más pequeña con dos piezas de pescado sobre hojas de col.

—Nuestro amigo balinés ha madrugado bastante más que tú —se cachondea tapándose la boca con la mano.

—Así está mejor —digo apartándole despacio las manos.

—Cuando era pequeña, llevé aparatos mucho tiempo y pasaba tanta vergüenza, que cogí la manía de taparme la boca al sonreír.

—Pues yo quiero verla todos los días. Me encanta contemplarla.

Llevamos las cestas hasta la cocina y me sorprendió ver la variedad de formas y colores llamativos que tenían las frutas, aunque he de admitir que solo pude reconocer tres tipos de fruta: el Mango, la piña y la Papaya. Por suerte, Chloé conocía alguna más.

—Estos se llaman Rambután.

—¡Con tantas púas parecen castañas!

—Esta se llama Marquisa. Es la Fruta de la Pasión —dice en tono libertino.

—Interesante, pero no nos hace falta; de eso vamos sobradas.

—A estos de aquí los llaman Sawo y tienen un sabor parecido a los higos y a las de color rosa, las llaman Fruta del Dragón —dice sosteniendo una en cada mano—. Hay que tener cuidado porque te dejan las manos teñidas de rojo. El resto....¡Ni idea! —exclama mirándose las palmas de las manos que se han tornado de un tono rosa persa.

Las lavé bajo el grifo mientras Chloé las secaba con un poco de papel y las ponía en una preciosa bandeja de cristal biselado con pintitas de colores. Tras

lavar la fruta, era el turno del pescado, que nuestro amigo el barquero ya había limpiado por dentro.

—¿Era pulsar para hablar y soltar para escuchar? ¿O al revés? —pregunta Chloé sacando el walkie—talkie del cargador.

—Diría que lo primero.

—Voy a decirle a Christian que estamos bien, seguro que está nervioso porque no hemos dado señales de vida desde ayer. ¿Qué quieres hacer luego?

—Podríamos ir a dar un paseo en canoa, aunque es posible que le cueste un micro—infarto.

Mientras sonreía, apretó el botón. De vez en cuando le gustaba llevarle la contraria y por su expresión, supe que tenía intención de hacerlo.

—Christian, ¿me recibes?

—Te recibo Chloé. ¿Todo bien? Corto.

—¿Yo también tengo que decir “corto”? —me pregunta.

—Seguro que le gustará que utilices sus códigos —me mofo mientras pelo uno de los mangos.

—Todo bien. Después de desayunar queremos salir a dar un paseo en canoa. Corto.

—Lo haces muy bien —le susurro pitorreándome.

—Os acompañaré. Corto.

—No hace falta. No nos alejaremos. Corto.

—Insisto. Corto y cambio.

—¡Toma ya! Ha dado la conversación por zanjada —río mientras Chloé sigue mirando el walkie incrédula—. Déjalo hacer su trabajo, bastante sufrimiento debe ser no poder vigilarnos desde la habitación de al lado.

—¿Desde cuándo lo defiendes?

Antes de que pudiéramos acabarnos la ensalada de fruta que preparamos para el desayuno, Christian llegó en el bote del día anterior a cuyos remos, iba de nuevo nuestro amigo Gede, al que apodamos “El Madrugador”.

—Selamat pagi —lo saluda Chloé.

—Selamat pagi —responde amablemente. Su expresión es la de un hombre bondadoso. Su piel arrugada por el sol y su constitución frágil, desmerecen la vitalidad que desprende a pesar de que debe pasar de los cincuenta años.

—Terima kasih —añade ella para darle las gracias por la cesta de fruta.

Gede asintió diciendo “sama—sama” que supuse era de nada. Yo incliné la cabeza para darle las gracias incapaz de repetir las mismas palabras mientras me acercaba a Christian, que de nuevo, parecía de buen humor.

—¿Sabes algo de Antoine? —le pregunto cuando me ofrece la mano para ayudarme a entrar en la canoa.

—He hablado con él esta mañana. Te manda recuerdos.

—¿Tienes cobertura? ¡Yo no tengo ni una puñetera línea!

—En la casa hay Wi—Fi —dice en tono burlón señalando con la mirada su bungalow.

—¡Qué morro!

Mediante señas, Gede nos dio varias instrucciones para manejar los remos y nos indicó que saliéramos de la cala y fuéramos hacia la izquierda.

Al principio, se mantuvieron cerca de nosotras porque nos costó compenetrarnos, pero una vez le cogimos el tranquilo y empezamos a remar con soltura, nos dieron un poco de distancia. Fuimos bordeando la costa y pasamos por delante de preciosas calas con una vegetación espectacular, y en todas ellas, había gente disfrutando de un precioso día de playa.

Tras casi dos horas remando, llegamos a la villa flotante sedientas, con los brazos doloridos y con ganas de ponernos a la sombra. Christian se había quemado por el sol y ambas lo reprendimos por no ponerse crema protectora. Incluso Gede lo reprendió haciéndole gestos con las manos para indicarle que debía protegerse la cabeza con un sombrero como el suyo. Aunque nosotras llevábamos protección, tampoco nos hubiera ido mal una gorra.

Después de darnos una ducha con agua fría, nos repanchigamos en el enorme sofá de color blanco que había en el salón y cuyas vistas al mar eran simplemente extraordinarias, pero mi estómago no tardó en quejarse y me levanté a inspeccionar la nevera. Me quedé de piedra. Estaba repleta de comida y bebida, incluidas varias botellas de vino blanco y otras tantas de Champagne. A su lado, una pequeña vinacoteca contenía varias botellas de vino tinto. Todas francesas.

—¿Te apetece un vino blanco? —grito desde la cocina.

—¡Buena idea!

Me acerqué con la botella y las copas hasta el sofá completamente alucinada.

—¡En la nevera hay de todo! ¿Quieres que prepare una ensalada variada de primero? Hay pimiento rojo, lechuga, tomates, huevos y mozzarella. De segundo podemos hacer el pescado al horno que nos ha traído nuestro nuevo amigo.

—Me parece bien.

—También hay un armario repleto de comida envasada por si no nos

apetece cocinar. ¿Quién se encarga de la logística? ¡Es una pasada!

—Los viajes siempre los organiza Antoine con una agencia de confianza.

Después de comer, nos tumbamos bajo la pérgola de la terraza para hacer la siesta. Chloé se quedó dormida y me aficioné a observarla mientras lo hacía incapaz de dormirme.

Si el amanecer había sido espectacular, la puesta de sol fue simplemente alucinante. Todo se volvió de color rojo, preludio a una noche oscura tapizada por millones de estrellas. Nunca habíamos contemplado un cielo tan claro y durante varias horas, nuestra mirada se volcó en él con la esperanza de ver alguna estrella fugaz. No hubo suerte y nos fuimos a la cama sin premio, aunque a decir verdad, sí tuvimos premio, pero de otro tipo.

Por la mañana, la potente luz que emanaba del ventanal sub—acuático, nos despertó casi al mismo tiempo.

—¡Está amaneciendo! —grito cogiéndola de la mano y arrastrándola fuera de la cama. Había olvidado poner el despertador y eran casi las siete.

Cuando llegamos a la terraza, el sol había salido, pero al menos pudimos contemplar el último instante, ese en el que se despega de la línea del horizonte.

—Nuestro amigo “El Madrugador” ha vuelto a dejarnos una cesta con fruta y pescado —apunta señalando las dos cestas que hay junto a la escalera.

—Desayuno de lujo en el paraíso. ¿Podemos quedarnos toda la vida? —propongo haciendo un mohín mientras me siento en una tumbona.

Chloé se sentó entre mis piernas y apoyó su espalda contra mi pecho. Yo observaba los alrededores con la esperanza de volver a ver el delfín, pero no quise decírselo para no crearle falsas expectativas.

—Christian está en la playa —me advierte elevando el cuello.

—No lo veo.

—En la terraza, sentado en una de las sillas.

Antes de que pudiera contestarle, vi un movimiento en el agua con el rabillo del ojo y miré con disimulo.

<¡Ha vuelto!>

En cuanto sacó la cabeza, me levanté con Chloé en brazos y gritó por el inesperado movimiento.

—Shhhhhh —ordeno situándola de nuevo en el suelo—. Ven, tumbate aquí —le pido adoptando la misma postura en el borde de la terraza que el día anterior.

—¿Aquí? Luego dices que la viciosa soy yo...



—No es eso —río.

—¡Dios mío! ¡Un delfín! —exclama alucinada cuando lo ve emerger.

Estábamos sobre la tarima de madera con las cabezas juntas y el cuerpo en sentido opuesto para poder tocarle el hocico al mismo tiempo.

—No puedo creer que hayas vuelto.

—¿Lo sabías?

—Nos conocimos ayer.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuera una sorpresa.

—Tiene un taco suave, pero a la vez...es raro. Es precioso.

—Sí, yo tuve la misma sensación.

—¡Pongámosle nombre!

—Eso se te da mejor a ti.

Caviló durante unos instantes con los labios arrugados.

—Floppy.

—¿Blandengue? Ni hablar. ¡Me niego!

—Ja, Ja, Ja. Es cierto, Floppy no es un buen nombre. ¿Es hembra o macho?

—Por cotilla seguro que es hembra —me cachondeo.

—Cuando era pequeña, tuve un perro que se llamaba Drapeau —explica levantando la ceja sabiendo que “trapo” tampoco es un buen nombre para un delfín. No digo nada, solo niego con la cabeza.

Siguió intentándolo y después de decir infinidad de nombres, se me ocurrió uno muy especial para mí.

—Pepito —decido mirándolo con cariño.

—Me encanta.

Pepito vino a visitarnos durante los cuatro días que pasamos en aquel paraíso y el último día, cuando lo acariciaba explicándole que nos íbamos (como si él supiera lo que estaba diciendo), solo rogué al cielo para que los siguientes inquilinos lo quisieran y lo respetaran tanto como lo habíamos hecho nosotras.

## CAPÍTULO 15

Abril tocaba a su fin y Chloé llevaba veinte días fuera de casa trabajando en el rodaje de una nueva película. Hoy en día, la distancia es mucho más llevadera con Skype, pero aún así, era el periodo más largo que habíamos pasado separadas e incluso se me hacía extraño volver a dormir sola.

Estaba planchando la bata de cocina de Marie y tenía la música a toda pastilla pero no fue excusa para notar su presencia en cuanto atravesó el umbral de la puerta del zulo.

Recuerdo perfectamente que sonaba The Police con su célebre “*Every breath you take*”. Cada vez que una canción decidía formar parte del momento que estaba viviendo, no podía evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Mientras nos abrazábamos, hundí mi nariz en su cuello e inhalé profundamente.

—No sabes lo mucho que he añorado tu perfume.

—Ven conmigo —me susurra tendiéndome la mano. Su voz sensual y su mirada me dejan claras sus intenciones.

Su habitación estaba demasiado lejos y volvimos a la habitación donde todo había empezado y en la cual solo mantenía mi ropa, puesto que me había mudado a la suya por las noches. La tarde se esfumó en un suspiro y la noche llegó sin avisar.

—Son más de las nueve y no hemos bajado a cenar —digo mientras dibujo garabatos sobre su pecho desnudo.

—Nadie nos espera.

—Siempre bajamos a cenar, ¿qué estarán pensando?

—Exactamente lo que ha pasado. ¿Y?

—Me siento un poco culpable por escaquearme del trabajo.

—A veces llevas tu ética profesional a un límite insano. Me exaspera que pienses en ello. No le des más vueltas, le he dicho a Antoine que no nos esperaran —declara molesta.

—¡Pillina! ¡Sabías que accedería a pesar de que estaba trabajando!

—Ibas a acabar en esta habitación aunque para ello hubiera tenido que arrastrarte.

—No hay suficiente bola —digo tocándole el bíceps.

—Estoy más fuerte de lo que parece —asegura haciendo fuerza.

—Y aún así, hace muchos días que no haces ejercicio dentro del agua.

<Tengo la ceja subida, espero que sea suficiente insinuación. Después de la cama, el Spa es mi sitio preferido para estar con ella>

—¿Es una proposición?

—Una totalmente indecente. Por tu culpa, mañana voy a tener que hacer unas cuantas horas extras, así que hoy vas a tener que compensarme.

Las dos teníamos esa mirada pícara en la que sobran las palabras. Me levanté de un salto y la ayudé a ponerse de pie. Su cuerpo contra el mío era una sensación a la que no podía renunciar cuando estaba con ella. Aunque nuestra relación estaba completamente aceptada dentro de casa, recé para no cruzarnos con nadie durante el breve recorrido que había entre mi habitación y el Spa. Por raro que parezca, a veces seguía incomodándome la situación, sobre todo cuando venía su mánager, que después de ella, era el máximo interesado en que no se supiera lo nuestro.

Yo no busqué nada de aquello y de hecho, estuve evitando a Chloé durante meses, pero al final sucedió. ¿Era el destino? Ella siempre insistía en ello, pero a mí me costaba creer que todo sucede por azar. ¿Y si realmente lo había buscado? ¿Y si todos mis sentidos habían conspirado a mis espaldas para que acabáramos juntas?

Por suerte, no nos cruzamos con nadie. Fui la primera en meterme en el agua. Chloé me siguió instantes después y al llegar junto a mí, rodeó mi cuello con sus largos brazos y me besó despacio. Mientras inhalaba el sabor fresco de su boca, sus manos se deslizaron y apretaron fuertemente mis nalgas. Necesitaba mirarla para creer que todo aquello era cierto y no una manipulación de mi mente perversa, esa que, de vez en cuando, seguía atormentándome. Hundí mi mirada en lo más profundo de sus ojos y me dejé seducir una vez más por ellos hasta que se movió alrededor mío con elegancia y me abrazó por la espalda. Noté mis muslos contraerse cuando sus dedos se posaron por debajo de la cadera y nuevamente sentí la necesidad de mirarla. Traté de girarme pero me lo impidió. Sentía su respiración contra mi cuello mientras su mano se movía lentamente en sentido descendente desde mi ombligo.

—Eres mía —afirma después de mordisquear mi hombro. Mi cuello se retuerce hacia atrás mientras contengo la respiración—. ¿Lo eres?

—¡Sí! —grito cuando su mano se mueve circularmente en mis partes más íntimas. Su respiración es agitada, pero no tanto como la mía.

—¿Siempre?

—Siempre —acepto.

No tardé en notar como todo mi cuerpo se preparaba para el momento de delirio en el que todos los pensamientos desaparecen y la mente se vacía. Es un momento breve, casi imperceptible y tras él, la mente toma de nuevo el control y te manipula recordándote porqué te gusta tanto el sexo. Ahogué el grito de éxtasis mientras notaba sus besos ardientes labios recorriendo mi cuello. El corazón me latía con fuerza y las piernas de volvieron plastilina, obligándome a agarrarme para no caerme. Chloé rotó de nuevo a mi alrededor hasta quedar frente a mí y apoyé mi cabeza contra su hombro. Embriagada por su belleza, acaricié el delicado perfil de sus labios, que a día de hoy, sigue siendo la línea más perfecta que conozco.

—El viernes saldremos a cenar.

—¿De verdad? —mi entusiasmo me delata y abro los ojos como platos.

Era tal su obsesión por la privacidad, que rara vez salíamos de casa y aunque nunca me lo dijo abiertamente, yo sabía que era porque estaba aterrada con la idea de que los periodistas descubrieran lo nuestro. En ese sentido siempre fue más fácil para mí, primero porque nadie sabía de mi existencia (gracias a ella) y en segundo lugar, porque aunque lo acabaran descubriendo, me importaba un pito lo que pensarán de nosotras. Harina de otro costal iba a ser adaptarme a la vida entre flashes y guardaespaldas en la que ella se movía.

Chloé se dio cuenta de que estar encerrada en casa se me hacía cada día más difícil e intentaba mitigarlo con algunas salidas esporádicas, demasiado esporádicas para mi gusto y tan excesivamente controladas por su equipo de seguridad, que en ningún momento llegabas a sentir privacidad.

—Iremos a mi restaurante preferido. Necesitarás algo elegante.

—Elegante, ¿eh?

<Por fin podré estrenar la falda negra y la blusa que compré con Carmen e Isabel>

El restaurante resultó ser “Pure”, pero obviamente, no pudimos entrar juntas. El local estaba tan de moda, que no era raro encontrar periodistas a la caza de algún famoso y esa noche, unos cuantos afortunados tuvieron premio, porque hacerle una foto a Chloé en momentos privados, era realmente excepcional. Christian me dejó a una manzana del restaurante con Marcus y llegamos caminando como si fuéramos pareja. En el reservado, Chloé esperaba eufórica porque todo había salido según lo planeado y disfruté viéndola tan feliz y relajada. Fue una noche muy especial y recuerdo con cariño cada detalle, cada gesto y cada sonrisa.

A la mañana siguiente, todavía adormilada, escuché a lo lejos un rumor. A medida que iba despertándome, me di cuenta que el rumor era en realidad un sollozo y estaba muy cerca de mí. Abrí los ojos inquieta y vi que provenía de Chloé, que sentada en la esquina de la cama, lloraba tapándose la boca.

—¿Qué ocurre? —pregunto incorporándome. Una ráfaga de furia atraviesa su rostro y evita que la toque esquivando mi mano—. ¿Por qué lloras? —insisto.

—No me toques —me advierte con resentimiento.

—¿Qué te pasa cariño? —insisto.

—¿Cariño? ¡Vete a la mierda Lisa!

Rehuía mis caricias, mis preguntas y me insultaba. Estaba completamente irreconocible y se aferraba con fuerza a un sobre de color marrón.

<¿Qué me vaya a la mierda? ¿Por qué está tan agresiva? ¿Dónde está la complicidad de nuestra cena y las miradas apasionadas en esta misma cama hace unas horas? Aquí pasa algo>

—Si es una broma, va siendo hora de parar. Me estás asustando.

—¿Broma? ¿Cómo puedes tener la desfachatez de decirme eso? Eres una farsante y he caído en tu trampa como una gilipollas.

—¿Farsante? No entiendo nada de lo que estás diciendo —digo tratando de acercarme a ella. Nuevamente rehuye cualquier contacto y se echa a un lado. Su mirada es feroz y durante un instante me intimida.

—Pensaba que tú eras diferente, pero me equivocaba.

—Me estás llamado farsante y todavía no se por qué. Cálmate y explícamelo —le pido con un nudo en la garganta.

—¡No me voy a calmar! —brama.

—¿Puedes explicarme qué te ocurre, joder? —grito desgañitándome.

—Quiero que te vayas.

—¿Pero qué estás diciendo?

—¡Recoge tus cosas y lárgate de una puta vez! ¡Fuera de mi casa!

La observé sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, pero a medida que pasaban los segundos y su mirada feroz se mantenía, me dirigí a la puerta de la habitación completamente abatida. Por un momento, deseé girarme y descubrir que todo había sido una broma, una pesadilla de la que me iba a despertar en cuanto volviera a ver su sonrisa, pero no lo era. Todo aquello era real, tan real que la dureza y el tono de sus palabras me mordían por dentro con tanta violencia, que solo quería salir de allí antes de desmoronarme. Mi orgullo tomó las riendas de la situación y por más que quise girarme y asegurarme de

que era tan solo un sueño, no me dejó volver la vista atrás. De camino a mi habitación, el corazón parecía querer salirse del pecho y me provocaba un dolor tan insoportable que estuve a punto de caerme por las escaleras.

Chloé me había echado de su vida y ni siquiera sabía por qué. ¿Qué podía haber hecho para enfadarla de aquel modo?

<¡A la mierda con todo! Si quiere que me vaya, me voy. Nadie va a humillarme así>

Las maletas que me habían traído hasta aquella casa seguían perfectamente colocadas en el armario y caí en la cuenta de que era la temporada más larga que había pasado sin viajar. Las puse sobre la cama y las fui llenando con mi ropa, primero despacio, mimando en cierto modo cada prenda que colocaba dentro, pero después, presa de los nervios, acabé tirando la ropa de cualquier manera, sin intentar contener la tristeza que emanaba desde lo más profundo de mi ser. Las lágrimas brotaban sin control y cada una de ellas, era un latigazo a mi orgullo.

Antoine estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados cuando salí al pasillo con mi equipaje y mi Pie de Elefante. Se veía apenado, pero también advertí cierta irritación en su rostro que solo ayudó a aumentar mi dolor. Cogió mis maletas y sin decir nada, lo seguí hasta el vestíbulo donde nos separamos: él en dirección al coche y yo a la cocina, donde Marie lloraba a moco tendido. Nos abrazamos incapaces de encontrar las palabras adecuadas para aquellos angustiosos momentos. Pierre estaba en el colegio y Jean—Marc había ido a visitar un vivero y aunque me hubiera gustado verlos por última vez, solo habría añadido más dolor a aquella repentina despedida. En el vestíbulo, toqué el marco de la puerta despidiéndome de aquella casa, apabullada por como mi vida volvía a dar un giro inesperado y me ponía de nuevo a prueba. Allí creía haber encontrado una familia y la persona con la que compartir el resto de mi vida. ¡Qué ilusa!

Era una fresca mañana del mes de mayo de 2016, quizás una de las mañanas más frías que recuerdo. Antes de subir al coche, Antoine se acercó y nos fundimos en un abrazo que puso fin a la firmeza que había intentado mostrar. Las lágrimas volvieron a brotar con amargura, empapándonos el rostro.

—Stephane te llevará donde le digas.

Asentí sin decir nada y me hizo prometer que lo llamaría cuando llegara a mi destino, fuera cual fuera sin importar la hora. No tenía ni idea de dónde ir, pero le pedí a Stephane que me llevara a París y me di un poco de tiempo para

pensarlo durante el trayecto. Mi vida parecía desmoronarse, pero esta vez, sí sabía cómo empezar de cero.

Al llegar a París y siguiendo mis indicaciones, Stephane me llevó hasta el garaje subterráneo donde tenía guardado mi coche. Al abrir la puerta, silbó.

—Mercedes GLA 220 d 4 Matic. No tienes mal gusto Lisa.

—Debe ser solo con los coches —replico con sarcasmo.

Tras dejar mis cosas en el maletero, fui consciente de que él sería la última persona que vería de todas las que habían formado parte de mi vida a lo largo del último año.

—Cuídate —me pide intentando mantener la compostura y abrazándome.

—Tú también.

Me senté en el coche contemplando como se alejaba y tardé varios minutos en asimilar que ponía rumbo a Cambrils.

Llegué de madrugada bajo una gran tormenta. Los relámpagos iluminaron el salón en cuanto levanté las persianas y los truenos hicieron vibrar los cristales. Me senté en el sofá agarrándome las rodillas llorando a moco tendido. Cada trueno me sobresaltaba, pero no tenía miedo, solo tenía fuerzas para llorar, y lo hice hasta quedarme dormida por puro cansancio.

¿Qué era aquella luz que hacía que mis párpados se cerraran con fuerza? El sol había salido y me daba de lleno en la cara impidiéndome abrir los ojos. Esa sensación fue reconfortante y su intensidad, un chute de vigor. Con la mano sobre la cara, abrí lentamente los ojos y descubrí la instantánea que tantas veces había añorado: el mar en calma, las olas acariciando la orilla y el azul intenso del cielo. Y una novedad: mi Pie de Elefante, que lucía precioso sobre la mesa de cristal del salón.

A pesar del cansancio y de la tristeza que sentía, necesitaba salir a correr. Nada más poner un pie en la calle, el olor a mar y a tierra mojada, invadió todos mis sentidos. Inhalé profundamente con los ojos cerrados y al abrirlos de nuevo, exhalé y eché a correr con “*I will survive*” de Gloria Gaynor de fondo. Su letra me infundió tal confianza, que supe que aquella carrera no iba a ser una más: volvía a ser la primera.

Caras conocidas me saludaron con un ligero movimiento de cabeza. Era como si el tiempo no hubiera pasado y fue reconfortante comprobar que no me habían olvidado. Después de casi una hora corriendo en un único sentido, volví paseando por la orilla de la playa. El agua estaba helada, pero disfruté con las sensaciones que me brindó aquel primer reencuentro con el mar después de tantos meses y no fue el único, porque había otra rutina que estaba

deseando recuperar: desayunar en Bambú. Mi cafetería preferida estaba al pie del paseo y ofrecía una de las mejores vistas de la playa, por no hablar del bocadillo de tortilla de patata con rodajas de tomate que preparaba Sofia.

—¡Lisa! ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde te has metido? —pregunta Chema dándome dos besos.

—He pasado una temporada en París.

—Ya veo.... mucho París, pero en ningún sitio se está como en casa, ¿verdad?

—Razón no te falta. Lo que más he echado de menos es todo esto —confieso poniendo mis ojos sobre el mar y el cielo.

—No entiendo como los gabachos pueden vivir con ese tiempo de mierda que tienen.

—Yo tampoco, pero he estado a punto de acostumbrarme.

—¿En serio? ¡No me lo creo! Bueno, da igual, lo importante es que ya estás de vuelta. ¿Te pongo lo de siempre?

—Por supuesto. Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

—¡Sofia! Uno de tortilla para Lisa —grita desde la barra.

—Me alegro de verde —dice ella asomándose por la ventana de la cocina.

Me senté en una mesa frente al mar. Solo quería contemplar las vistas y volver a notar la brisa y la sensación de calor del Sol sobre mi piel.

Antes de darle el primer mordisco a mi bocadillo, lo miré con devoción. Estaba de nuevo en casa y los pequeños placeres que acompañaron mi regreso, me dieron una motivación extra con la que no contaba cuando salí corriendo de la mansión. Esos pequeños detalles mantuvieron a Chloé alejada de mis pensamientos durante un buen rato.

Mientras miraba la gente pasear, una canción que sonaba de fondo me llamó la atención.

—Chema, ¿de quién es la canción que está sonando?

—¡Ay Lisa! Cómo se nota que has estado fuera. Se llaman Izal y la canción es “*Copacabana*”.

—¡Me encanta!

—¡Bienvenida a casa!

<Sí, sienta bien estar de nuevo en casa>

Antes de que acabara, ya la había comprado y añadido a una de las listas de reproducción que usaba para correr.

Tras el desayuno, caminé de nuevo hasta la orilla para jugar con la arena y escuchar de cerca el sonido de las olas al llegar a la orilla.



—No me voy a derrumbar. Acepto lo que ha pasado para que no me haga más daño. El dolor es real pero el sufrimiento es opcional. El dolor es real pero el sufrimiento es opcional>

Necesitaba decirlo en voz alta, pero sobretodo, necesitaba creer en lo que decía. Había una palabra para aquella sensación de poder con todo, de superar cualquier adversidad, de dejar al ego de lado y de ser más fuerte: Resiliencia. La había leído en el libro de auto—ayuda de Manuel Terruño, y me di cuenta que era la primera vez que la reconocía a pesar de que era la segunda vez que iba a echar mano de esa capacidad, al parecer, innata en todos los seres humanos, pero difícilmente desarrollable sin la predisposición adecuada. Rogué al cielo para poseerla.

Llegué a casa pasadas las once y tras darme una ducha, volví a ponerme al volante. Tenía un frigorífico y una despensa que llenar. Desde el supermercado, llamé a Clara.

—¡Lisa!

—Hola guapa.

—Nunca me llamas a estas horas. ¿Pasa algo?

—Vete acostumbrando.

—¿Y eso?

—¿Cómo está mi sobrina? —pregunto para cambiar de tema y alargar un poco más la sorpresa.

—Aquí la tengo enganchada al pecho. Me tiene seca.

—Es normal Clara, solo tiene cinco meses.

—¡Ya! Es lo que me dice el médico, pero estoy agotada.

—¿Solo le das pecho? ¿No complementas con leche preparada?

—Hemos empezado hace unos días, pero no le gusta demasiado.

—Tendrás que ir probando diferentes marcas hasta dar con alguna que le guste.

—¿Crees que es eso?

—No lo sé, pero no cuesta nada probarlo.

—Vale sabelotodo. ¿Te das cuenta que siempre acabo haciéndote caso?

—Porque soy la mayor. Hacerme caso, es tu obligación —aseguro cachondeándome.

—¡Que jeta tienes! ¿Cuándo vuelves a tener vacaciones?

—¿Qué tal si te invito a comer? —Clara necesita unos segundos para asimilar lo que acabo de decirle.

—¿Estás aquí?

—Llegué anoche.

—¿Eres tonta? ¿Por qué no me has dicho nada?

—No lo había planeado así —aseguro todavía consternada—. ¿Te apuntas a comer o no?

—¡Pues claro! ¡Elsa! ¡Nos vamos a comer con tu madrina! —grita.

—Tengo muchas ganas de verla.

—¿Y a mí?

—¿Te estás poniendo celosa?

—Un poco. Oye, ¿va todo bien? Todo esto es muy raro.

—Luego te lo cuento.

—¿Lo dices para darme largas o esta vez me lo vas a contar?

—Hoy te contaré todo. Prometido. ¿Comemos donde siempre?

—Claro, yo me ocupo de llamar a Oscar para que nos guarde una mesa.

—Os paso a buscar sobre las 13:30.

Al volver a casa, me topé con Valentina, la chica que mi hermana “me colocó” cuando me quedé sola. Trabajaba para ella y era la manera de tenerme controlada cuando decidí aislarme del mundo. La pobre tuvo una paciencia infinita conmigo, porque la mayoría de veces, ni siquiera la dejaba entrar.

—¡Valentina!

—¡Lisa! Me alegro de verte —dice mientras nos abrazamos.

—¡No sabía que venias hoy!

—¡Ni yo que estabas de vuelta! Cuando he visto las persianas levantadas, casi me da un soponcio. ¡Pensaba que se había colado alguien!

—Pues las vas a ver así a partir de ahora.

—¿En serio? ¿Te quedas?

—Me quedo. Muchas gracias por ocuparte de todo. La casa está reluciente.

—Hasta ayer, era mi mejor casa; nunca había nadie —bromea—. Me alegro de que hayas vuelto; por aquí se te echaba de menos —dice refiriéndose a mi hermana.

Tras colocar la compra, fui hasta casa de mi hermana. No hizo falta tocar el timbre, Clara me estaba esperando en la puerta con Elsa entre en sus brazos. Mi sobrina había crecido. ¡Vaya que sí! Mientras la miraba embobada, me devolvió una sonrisa que me recordó a Marco y que hizo una pequeña muesca en mi dañado corazón.

El restaurante de Oscar estaba en primera línea y desde su terraza habíamos visto multitud de atardeceres cuando la comida se alargaba más de

lo previsto. Mientras comíamos, le conté a Clara el motivo de mi apresurada vuelta a casa. Hablar de mí siempre me resultaba difícil, pero a medida que avanzaba, me fui sintiendo mejor e incluso me arrepentí por no habérselo contado antes.

—Esa es la historia —digo al acabar. Me encojo de hombros esperando algún comentario y me pongo tensa cuando me observa durante unos instantes sin decir nada. Cuando por fin me sonrío con picardía, me relajo y le echo un vistazo a Elsa que juguetea con un espejo flexible que tiene anclado a la sillita. Le da manotazos y se ríe.

<Es una preciosidad>

—Ahora ya sé porque Isabel y Carmen te hicieron aquellos gestos en el hospital.

—La discreción nunca se les ha dado bien.

—Tengo alguna novedad desde la última vez que viniste —interrumpe Oscar cuando nos entrega la carta de postres.

Conocía bien mi debilidad por los postres que hacía su madre y me acabé zampando una Pirámide de Chocolate de tres colores.

—Lisa, no estás sola —asegura Clara cuando advierte que mi mirada se ha perdido en algún lugar del horizonte.

—Nunca lo he estado gracias a ti, pero ya sabes que soy un poco testaruda —admito—. Me he pasado toda la noche llorando por algo que pasó ayer —digo refiriéndome también al pasado— pero te prometo que esta vez no voy a rendirme. Seguiré adelante, aceptando que ni mis virtudes ni mis defectos deben coaccionarme y acogiendo la idea de que, en mí, está todo lo que necesito para ser feliz.

—¡Joder! ¿Dónde has aprendido todo eso?

—No era consciente de ello, pero esta mañana lo he visto tan claro como el agua.

—¡Eso es! Sabía que estaba en algún lugar dentro de ti. Dile a la bruja que se parece a mi hermana que se vaya de una puta vez —se pitorrea.

—Estoy en un cruce de caminos y sé que las decisiones que tome a partir de ahora serán muy importantes en el futuro. Cuando me he despertado en el sofá del salón deslumbrada por la luz del sol, ha sido como si se produjera un corto circuito, transformándome y cambiando mi modo de ver la vida. Me ha devuelto a la realidad. Necesito dejar de vivir en el pasado, quiero vivir aquí y ahora. No te negaré que la voy a echar de menos, pero eso no me va a detener. Ya viví una vez en la oscuridad y no quiero volver a eso. ¡La bruja se

va! —exclamo convencida.

—Haces que me sienta muy orgullosa de ti.

—Y yo de ti —admito mirando a Elsa.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

<Está con la ceja levantada. Ya sé por donde van a ir los tiros...>

—Entonces, ¿eres lesbiana?

—No lo sé. Definirme todavía me resulta complicado. ¿Tú qué crees?

—A decir verdad, ¿y qué más da? Amor es amor. No necesitas una etiqueta ni un día en el que reivindicar tus orientaciones sexuales, pero una cosa sí te puedo asegurar: viendo como has encarado todo esto, mañana serás una mujer mucho más fuerte que hoy.

<Ojalá> pienso mientras nos sentamos en un banco frente a la bocana de entrada a puerto. A lo lejos, se ve un gran barco de pesca y tras él, uno más pequeño. Elsa duerme plácidamente en el carrito y me recuerda a mi hijo.

—Tiene cierto parecido con Marco —reconoce Clara intuyendo mis pensamientos.

—Cuando la he cogido en brazos al llegar a tu casa, me lo ha parecido, pero así dormida, creo que se le parece incluso más.

—Javier y yo siempre lo decimos.

—Tengo ganas de verlo.

—¿Por qué no vienes esta noche a cenar a casa? ¡Le daremos una sorpresa!

La idea de pasar una “soiree” con ellos, era precisamente el tipo de actividad que necesitaba para no pensar en Chloé.

Caía el atardecer y me había quedado completamente absorta en la terraza de casa junto a una copa de vino blanco cuando mi móvil empezó a sonar con la canción que tenía para Antoine. Me faltó poco para no caerme de la tumbona del susto.

—¡Merde! ¡He olvidado llamarlo! —grito. Un tanto tensa, pulso el botón de descolgar—. Hola Antoine.

—Me prometiste que me llamarías cuando llegaras —me reprocha sin saludar—. ¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Qué casa?

—En Cambrils. Estar aquí ha cambiado mis prioridades —digo con resentimiento. Instantes después me arrepiento de mi impertinencia.

<Qué gilipollas soy...como si él tuviera la culpa de algo>

—Eso me ha dolido.

—Lo siento, sabes que no me refería a ti. Hice el viaje de un tirón y he llegado de madrugada. Estaba agotada.

—¿Estás loca? ¿Cómo has podido hacer el viaje de un tirón? ¡Eres una imprudente, joder!

—Deja de preocuparte por lo que podía haber pasado. Estoy bien —aseguro con dulzura para que se tranquilice.

—¿Por qué no me has llamado? —su tono ha pasado de resentido a lastimoso.

—He pasado el día con mi hermana y mi sobrina. De veras que lo siento, se me ha olvidado por completo.

—Estaba preocupado.

—Lo sé, tú siempre te preocupas por todos. ¿Cómo está?

—Desde ayer no ha salido de su habitación, no ha comido y no quiere ver a nadie, ni siquiera a mí. Cuando me acerco a la puerta, solo oigo sollozos y cuando intento entrar, me grita para que me vaya.

Me partió el corazón saber que estaba mal, pero no conseguí entender el porqué. ¿A que se debía su dolor si había sido ella la que había decidido acabar con todo?

—¿Cómo estás tú?

—Estoy en casa y eso resume un poco como me siento. Me está ayudando más de lo que pensaba.

—Obviamente estás mejor que ella y creo que me alegro.

—¿Crees?

—¡Mierda Lisa! ¿Qué quieres que piense después de todo lo que ha pasado?

—No lo sé Antoine. Podría decirte: ¡piensa lo que quieras! pero no puedo hacerlo, eres como un hermano para mí y no quiero perderte a ti también.

—Dios sabe que no entiendo nada de lo ocurrido, pero sí sé una cosa: no me vas a perder. Todo ha pasado tan rápido, que todavía intento asimilarlo, y no soy el único, todos estamos.... desconcertados. Sí, supongo que desconcertados es la palabra que mejor resume como nos sentimos.

—A veces las cosas pasan porque tienen que pasar. No es culpa de nadie. Hoy empiezo un nuevo camino, sin expectativas, sin miedos y aceptando todo lo que esté por venir.

—Nunca te había oído hablar así, ¿de dónde sale todo eso?

—Mi hermana me ha dicho lo mismo. Supongo que siempre ha estado ahí,

latente en algún lugar en mi interior. Si no hubiera aparecido justo ahora, no sé que hubiera sido de mí.

—Ayer estabas enamorada y hoy parece que no te importe nada.

—No es eso lo que he dicho Antoine, ni siquiera se parece a como me siento realmente. La quiero y tardaré mucho en olvidarla, pero ahora sé que podré vivir sin ella. Esa es la fuerza que me ha reglado la vida cuando he despertado hoy. Necesito creer que puedo afrontar todo esto.

—Lo que ha pasado no cambia lo que siento por ti. Eres mi hermana y puedes contar conmigo para lo que sea.

—Cuando me despedí de Clara para irme a Francia, le dije que solo estaríamos separadas por dos horas de avión. Ahora te digo lo mismo: estoy aquí y siempre estaré cerca de ti. Pase lo que pase.

—Quizás dos horas de avión sean demasiadas.

—Pues recurriremos a Skype.

—No será como tenerte aquí.... —suspira—. ¿Quieres que le diga algo a Pierre?

—Mi pobre niño. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Marie le ha dicho que te has ido, pero él no lo acepta y cree que volverás en cualquier momento.

—¿Puedo llamarla mañana y hablar con él?

—Quizás si se lo explicas tú, lo entenderá mejor, pero sé sincera; no le des falsas esperanzas.

<Estar lejos de él también va a ser una prueba difícil. Muy difícil>

—Esto no es lo mismo sin ti.

—No me digas que me echas de menos, dime: ¿Cuándo nos vemos?

—Me gusta esa frase.

—Siento defraudarte, pero no es mía, creo que es de Mario Benedetti.

—Siempre sabes cosas que consiguen sorprenderme.

—De eso se trata. ¿Hablamos el fin de semana?

—Te llamaré.

—Un beso y cuida de todos.

—¿Todos? —pregunta con segundas.

—Sobre todo de ella. Te necesita más que nunca.

Antoine no me explicó que Pierre se había pasado toda la tarde en el zulo esperando verme aparecer porque sabía que me rompería el corazón.

Después de hablar con él, me encontré sin proponérmelo delante de la habitación de Marco. Hacía más de un año que no entraba y me tembló el

pulso al apoyar la mano en la maneta. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido; casi pude oír su risa y sentir sus bracitos rodeando mi cuello. Me senté de rodillas junto a su cama y acaricié a Pepito, su peluche favorito. Algunas lágrimas brotaron, pero fueron diferentes.

—Gracias por dejarme ser tu mamá y por hacer de mí, una persona mejor. Contigo fui la mujer más feliz del mundo y no lo sabía. Te quiero. Díselo a papá de mi parte.

La siguiente cita la tenía con el armario de Héctor y el agrio recuerdo que tenía de la última vez que lo había abierto. Llevé algunas de sus prendas hasta mi rostro para empaparme con su aroma. —Aguanta— me dije a mí misma mientras las miraba con añoranza. Era consciente de que tarde o temprano tendría que deshacerme de ellas, pero seguía sin tener fuerzas para hacerlo. Lo cerré y empecé a vestirme.

Mi cuñado abrió la puerta y fue tal la sorpresa que se llevó, que durante unos segundos no atinó a decirme nada. Cuando reaccionó, me abrazó tan fuerte que casi me desmonta.

—Yo también te he echado de menos —digo apretujada. No puedo abrazarlo, pues las dos botellas de vino que he comprado, cuelgan de mis manos.

—¡Sabía que pasaba algo! Me alegro de verte Lisa.

Atravesamos la casa hasta llegar a la terraza del jardín, donde mi hermana estaba dando de cenar a Elsa.

—¿Te animas a darle el bibi? Así ayudo a Javier a terminar de prepararlo todo.

—Claro que sí —acepto entregándole el vino.

Darle el biberón a un bebé es la ocasión perfecta para poder contemplar con detenimiento cada uno de los rasgos de su cara, su pelo, sus manos y contar incluso los pliegues de sus dedos rechonchos. Elsa chupaba despacio, sin ansias pero sin tomarse ni un segundo de descanso. De vez en cuando, trataba de atrapar la mano que sostenía el biberón y sonreía, haciendo que algunas gotas de leche se le derramaran entre la comisura de los labios. No me cansaba de mirarla. Cuando acabó, fuimos a la cocina en busca de sus padres y los encontramos abrazados, en una imagen que me pareció de lo más entrañable.

—Hola tortolitos. ¿Hay postre para esta preciosidad?

—¿Postre? —pregunta mi hermana riéndose—. Todavía es muy pequeña para comer postre.

—¿Ni un yogur de esos pequeñitos? —pregunto en cachondeo. Clara niega con la cabeza sin dejar de abrazar a Javier—. Sobri, estoy haciendo el ridículo —bromeo mientras le doy un sonoro beso en la frente.

Mi cuñado le alargó los brazos y Elsa reaccionó instintivamente extendiendo los suyos y sonriéndole.

—Es hora de dormir princesa.

—¿Ya tiene que irse a dormir? —cuestiono haciendo un mohín.

—Hora de adultos.

La pequeña apoyó la cabeza en el hombro de su padre mientras le ponía el chupete sabiendo exactamente hacía donde se dirigían. Para la edad que tenía, me pareció que hacía gestos de bebés con varios meses más. Era espabilada, de eso no había la menor duda. Clara la besó con ternura y nos quedamos embelesadas observando como Javier avanzaba hacía las escaleras.

Durante la cena percibí pequeños atisbos de tristeza por los que ya no estaban, pero me había propuesto mirar al pasado con gratitud.

—¿Os acordáis la noche de San Juan en la que Héctor se cayó a la piscina?

La reflexión les pilló por sorpresa y por un momento, enmudecieron mirándose sin saber qué decir, hasta que mi cuñado se animó a recordar la escena en la que a Héctor, en un intento por salir de la piscina, se le resbalaron las manos y se golpeó la barbilla contra el borde. En pocos segundos, había sangre por todos lados.

—Se hizo poco daño para lo que se podía haber hecho.

—Llevaba una melopea monumental —apostillo.

—¿Cuántos puntos le pusieron? —pregunta Clara.

—¡Cinco! —digo abriendo la palma de la mano.

—Lo mejor fue cuando consiguió salir, se sentó en aquella hamaca y dijo: ¡Qué ostia me he dado!

Llegué a casa pasadas las dos de la mañana y desde la habitación, a diferencia de la noche anterior, pude contemplar la luna. Bajo su luz me desnudé y me metí en la cama. Mi último recuerdo antes de dormirme, fue para Chloé.

<¡No puedo creerlo, son las once de la mañana! ¡Joder!> —exclamo al ver el despertador de la mesilla de noche. Había dormido toda la noche del tirón, sin que ni una sola de mis pesadillas me impidiera descansar. Quería ir a correr, pero era demasiado tarde y tenía una llamada pendiente. Tras tres tonos, Pierre cogió el teléfono.



—¿Diga?

—Buenos días cariño.

—¡¡Lisaaaa!! ¡¡Mamá!! ¡¡Es Lisaaaa!! —grita nervioso. Sé que está saltando porque oigo los golpecitos de sus pies. De repente, se para en seco

—. ¿Por qué te has ido?

<No esperaba la pregunta tan pronto>

—He tenido que volver a mi casa.

—¡Pero esta es tu casa!

—Me refería a mi casa de verdad, donde está mi familia.

—Yo pensaba que nosotros éramos tu familia.

Lo imaginé haciendo un mohín y se me partió el corazón.

—Es cierto cariño, vosotros también sois mi familia y os echo mucho de menos.

—Pues ven —dice con inocencia.

<Así son los niños. Tienen la virtud de verlo todo fácil>

—A veces no podemos estar donde más nos gustaría.

—No lo entiendo Lisa.

—Solo puedo decirte que algún día nos volveremos a ver, no sé cuando, ni cómo, pero nos veremos. Te lo prometo.

—Eso parece que vaya a ser dentro de mucho tiempo.

—Sabes que siempre cumplo mis promesas, ¿verdad?

—Sí, pero es que te has ido sin despedirte —se queja.

—En algunas ocasiones las cosas de los mayores son complicadas de entender.

<Esta vez, ni siquiera yo lo entiendo>

—¿Chloé ya no te quiere?

Tragué saliva sin saber qué decir y escuché a Marie que le pedía el teléfono.

—¡No mami! ¡Quiero hablar con Lisa! —protesta.

—Déjame hablar un momento y luego te la vuelvo a pasar —lo reprende ella. A regañadientes, Pierre le pasa el teléfono—. Hola Lisa.

—Me parte el corazón escuchar las cosas que dice.

—No te preocupes por eso, se le pasará. Antoine me ha dicho que has vuelto a casa; yo pensaba que te quedarías en tu antiguo apartamento.

—París está demasiado cerca y necesito tomar distancia. Aquí puedo volver a empezar y de hecho, siento que he tomado la decisión adecuada. Estar en casa me está ayudando mucho. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Supongo que te contó que estaba encerrada en su habitación.

—Sí.

—Pues sigue allí y él lleva fatal que no quiera hablarle. ¿Qué ha pasado? Nadie nos cuenta nada.

—Ojalá lo supiera. Solo sé que me desperté y la vi llorando. Cuando quise saber por qué lloraba, me echó de casa.

Estuvimos hablando un buen rato y cuando colgué, me di cuenta de que algunas lágrimas querían desparramarse por mis mejillas, pero las contuve y con ello solo conseguí que me doliera la garganta. Aunque había evitado pensar en ella, era imposible, la tenía clavada en lo más profundo del corazón y recordé con melancolía el primer día que nos conocimos. Aferrarme a sus piernas solo fue el preludio de todo lo que acabó pasando.

Me levanté del sofá y fui hasta el garaje reuniendo las fuerzas necesarias para otra complicada tarea: empaquetar la ropa de Héctor. Monté varias cajas e introduje en ellas toda su ropa. Algunas prendas me recordaban tiempos felices, transportándome al pasado y viendo, a través de ellas, imágenes de una película tan nítida como reciente. Por más que lo intenté, hubo una prenda que no se movió del armario: una camiseta de color rosa chicle por la que Héctor sentía predilección. Solía ponérsela con unos tejanos desgastados y unas Converse blancas. Estaba irresistible.

Al abrir el primer cajón de su mesita de noche, encontré el libro que le había prestado días antes del accidente: *“La sombra del Viento”* de Carlos Ruiz Zafón. Estaba hechizado por la historia y antes de irse a dormir, me hacía un resumen del punto en el que se encontraba y comentábamos juntos lo que había pasado. El marcador de páginas indicaba que se había quedado en la página 352, justo en el momento en el que Daniel recupera el relato de su historia en presencia de Don Gustavo y Fermín, convaleciente de sus heridas pero con la moral intacta. Tampoco pude deshacerme de él.

<Lo guardaré o lo regalaré, pero en ningún caso lo enterraré en una caja>

El baño resultó mucho menos acogedor cuando acabé de empaquetar sus cosas. Se veía vacío, algo que podía haber solucionado poniendo mis cosas, pero preferí mantenerlas en mi lado.

Bajé todas las cajas al garaje y las coloqué en estanterías a la espera de decidir qué hacer con ellas. El corazón me pedía guardarlas, pero la mente me decía que debía donarlas y darles una segunda oportunidad.

Después de un intenso día plagado de recuerdos enredados con sensaciones de tristeza y añoranza, necesitaba desfogarme y sabía

perfectamente cuál era la mejor manera de hacerlo. Me calcé las zapatillas y salí en dirección a Montroig por el paseo que bordea el mar. Estaba atardeciendo y el sol poco a poco iba colocándose detrás de la Sierra de Llaberia. A la altura de la Playa de L'Ardiaca, el teléfono empezó a sonar y cortó la canción de Within Temptation, “*Stand my ground*”. Contesté con el manos libres.

—Diga.

—Hola hermanita.

—Mal momento Clara, estoy corriendo.

—Así cogerás más fondo.

—¡Qué graciosa!

—¿No lo soy siempre? Oye, ¿qué tienes pensado hacer hoy?

—Hoy he hecho demasiadas cosas. Me apetece quedarme en casa y abrirme una botella de vino.

—¿Demasiadas cosas? ¿Qué has estado haciendo? —pregunta intrigada.

—He empaquetado las cosas de Héctor.

—¡Ostia!

—Lo sé.

—Parece que después de todo, tengo una hermanita valiente.

—Seré valiente cuando consiga hacer lo mismo con las de Marco.

—Date tiempo. Hoy has hecho algo que hace dos días ni siquiera te hubieras planteado. ¿Tienes resaca?

—Imposible, me he levantado a las once.

—¡Ostia!

—¡Quieres parar de decir tacos! —la reprendo.

—¡Perdón! Mañana por la mañana voy al pediatra con Elsa, ¿nos acompañas?

—¿Está enferma?

—Le toca revisión.

—¿A qué hora paso a recogeros?

—A las diez.

—Allí estaré.

Por la noche, echada sobre una de las tumbonas de la terraza, contemplé la imagen de la luna hasta que se volvió borrosa a causa del vino. Por más que le daba vueltas a lo ocurrido, no conseguía entender porque Chloé me había echado de su vida. Quería estar furiosa y odiarla, pero no pude, el único desprecio que sentía era hacía mí misma por la incapacidad de mantener a mi

lado a las personas que más quería. Esa reflexión fue devastadora y abrió un proceso de agitación y confusión que hacía meses que no sentía. Fracaso. Esa era la palabra que había permanecido en un segundo plano, y sin embargo, fue la que me ayudó a luchar en los días posteriores. Con el tiempo comprendí que en realidad el fracaso no existe, es un estado mental, una invención para jodernos la vida. Las personas que sufren y lo superan, se hacen más fuertes, luego entonces, ¿dónde está el fracaso? Había una palabra mucho mejor: Resiliencia. Y las connotaciones de esa palabra me gustaban definitivamente más. Con ella apaciguando mi mente, me quedé dormida.

A las siete de la mañana puse un pie en la calle y, de nuevo, el olor a mar despejó por completo mis dormidas fosas nasales. Me había levantado con las piernas algo cansadas por la carrera del día anterior, pero encontré la solución perfecta: nadar. Junto a la orilla dejé una toalla y unas gafas.

Tras veinticinco minutos de trote suave, volví hasta el lugar donde había dejado la toalla, me descalcé y deslicé mis pies bajo la arena sintiendo el frescor bajo la superficie y caminé arrastrando los pies hasta la orilla. A pesar de que el agua estaba fresquita, me metí hasta la cintura sin problemas, pero la primera ola que llegó y sobrepasó mi ombligo, me hizo gritar y ya no tuve más remedio que zambullirme.

Con unas cuantas brazadas desapareció la sensación de frío. El mar parecía una balsa y con el agua cristalina, cientos de pececillos amenizaron mi trayecto de boya en boya.

De vuelta a la playa, miré el reloj y había contabilizado 1283 metros.

<No está mal para ser el primer día. En la piscina no hubiera aguantado ni mil metros>

Me envolví en la toalla y me senté a contemplar la línea donde el cielo se une con el mar, una línea perfecta que me hizo recordar otra línea perfecta: el borde de los labios de Chloé. No quería que sus recuerdos se apoderaran del momento de quietud que había conseguido, pero una vez mi mente los atrapó, ya no puede romper el hilo que mi unía a ellos y me fue imposible mantenerme en el presente. Recogí mis cosas y envuelta en la toalla, volví a casa. Después de una ducha calentita, decidí incluir la natación en mis entrenamientos y fue un acierto, no solo porque me ayudó a mejorar el tono muscular de la parte superior, sino porque también alivió las articulaciones de mis piernas.

Me costó volver a acostumbrarme a la humedad del ambiente y cuando más lo notaba, era mientras corría y al salir de la ducha. Esa sensación de estar mojada estando seca solo pude mitigarla con prendas más bien anchas,

así que, durante los primeros días, solo usé vestidos.

A las diez en punto toqué el timbre de casa de mi hermana, que al igual que el día anterior, me recibió con Elsa en brazos. Me quedé alucinada cuando se abalanzó sobre mí para que la cogiera.

—Tengo una hija muy sociable —señala. Mientras tanto, Elsa intenta coger mi colgante para llevárselo a la boca—. ¡Anda! Se parece a ti —bromea acerca de mi manía.

—Algún día será tuyo cariño —aseguro dándole un beso en la frente.

<Mi amuleto tiene nueva dueña>

## CAPÍTULO 16

A mediados de diciembre, muchas familias empiezan a reunirse para celebrar las Navidades y la sala que separaba la zona de llegadas internacionales, estaba abarrotada de personas igual de nerviosas que yo.

Cuando la puerta se abrió y los primeros viajeros las atravesaron, los nervios de algunos se convirtieron en sonrisas o en llantos, pero mi ansiedad fue creciendo a medida que todos ellos se iban reuniendo con sus seres queridos y Antoine no aparecía. Dos días antes me había llamado para decirme que iba a reunirse con Chloé en Los Ángeles, pero que antes, pasaría por Barcelona para hacerme una visita relámpago. Solo iba a ser una noche, pero era mucho mejor que nada. De repente, tras un hombre de grandes dimensiones, apareció cargado con dos maletas y una mochila al hombro. Me abalancé sobre él de un salto y rodeé su cintura con mis piernas.

—Estás como una cabra —dice mientras intenta mantener el equilibrio.

No le veía la cara porque tenía la mía hundida en su cuello, pero no me hizo falta para imaginarlo con su sonrisa traviesa atravesándole el rostro.

—¡No puedo creerlo! ¡Estás aquí! —grito sintiendo las miradas de la gente a nuestro alrededor—. ¿Nadie se alegra tanto de ver a su familia como yo? —bromeo.

Habían pasado siete meses desde que nos habíamos visto por última vez y la sensación de felicidad era indescriptible. Cómo me gustaría poder meter esas sensaciones en un tarrito de cristal y abrirlas cuando me diera la gana. Abandonamos el aeropuerto de El Prat y nos adentramos en la zona de El Born, mi barrio preferido de Barcelona.

—Espero que no te importe compartir habitación conmigo —digo introduciendo la llave en la cerradura—. No pienso perderte de vista ni un momento.

La habitación era cómoda y amplia, pero sin muchos lujos: Un pequeño recibidor, dos camas individuales, un baño completo y un balcón con vistas al Museo Picasso.

Antoine salió de la ducha al cabo de treinta minutos hecho un pincel. Se había afeitado y llevaba puesto un tejano azul oscuro con una camisa blanca remangada.

—¡Otra vez estoy sudando! ¿Cómo puede ser? ¡Estamos en diciembre!

—Aquí se moriría de asco en el armario —digo refiriéndome al grueso chaquetón que cuelga de una de las sillas.

—En casa hemos tenido máximas de 2—3 grados durante toda la semana y en Estados Unidos no me espera una temperatura mejor. Ahora ya entiendo porque eres tan friolera —ríe.

—Te aseguro que el frío no es algo que eche de menos.

—¿Y qué echas de menos?

—Muchas cosas —digo con sinceridad.

Al igual que en Square des Peupliers, El Born es un barrio con los estímulos suficientes como para callejear por él sin hacer caso del reloj y sumergirte en su vida cotidiana. Escogí un pequeño restaurante cerca del Mercado al que solía ir con Virginia porque nos encantaba su ambiente acogedor y su esmerada cocina de mercado.

—Hemos contratado una chica para que ayude a Marie en la cocina —me informa mientras saborea la llesca de escalivada que hemos pedido de primero.

—¿En serio? ¡Me alegro! Era demasiado trabajo para ella sola.

—Siempre que se lo había propuesto, se negaba en redondo pero lo cierto es que se ha dado cuenta de necesita tiempo para ella y su familia. Tendrías que ver como ha crecido Pierre en estos meses, ¡está enorme! Tiene mucha complicidad con Jean—Marc y es muy divertido verlos cuando se ponen en contra de ella para chincharla.

—Lo llamé hace unos días y me contó que estaba montando un puzzle que le habían regalado y también me habló de las payasadas que hace su amiga Coline. ¡Es tan gracioso!

—¿Te contó quien le había regalado el puzzle y la foto que había en él?

—No, solo me lo dijo que tenía 200 piezas y que le faltaba muy poco para acabarlo.

—Es un chico listo.

—¿Por qué lo dices? —pregunto intrigada.

—No te lo dijo para no ponerte triste.

—¿Por qué debería ponerme triste?

—Se lo regaló Chloé. Es la fotografía de una playa muy bonita. —Así tendrás algo que te recuerde a Lisa —le dijo.

—Joder...

—¿Sabes que le pidió por su cumpleaños?

El cumpleaños de Pierre era el 27 de Mayo y por desgracia me lo había perdido dos años seguidos: el primero porque llegué a la mansión en Junio y el siguiente, porque tuve que salir por patas días antes de su sexto cumpleaños. Negué con la cabeza a la pregunta de Antoine.

—Le pidió que lo dejara dormir en tu habitación cuando se hiciera mayor.

—Si no te importa, me gustaría dejar el tema aquí —le ruego.

—Ella aceptó a regañadientes porque todavía duerme allí algunas noches.

Suspiré y apoyé la cabeza sobre mi mano izquierda. Aquella conversación me tocaba la fibra sensible.

—¿Porqué lo hiciste Lisa? ¿Por qué tuviste que hablar con aquel periodista?

—¿Un periodista? ¿En serio? ¿Eso fue lo que pasó? ¡Vaya! ¡Al menos ahora sé algo más! —digo con ironía. Antoine arruga el entrecejo sin entender mi respuesta—. No sé quién te ha dicho eso, pero no es cierto.

—Hay fotos que demuestran lo contrario, pero no he venido hasta aquí para cuestionarte, he venido porque te quiero y necesitaba volver a verte.

—¿De qué fotos me hablas? ¡Es imposible! Te juro que no conozco a ningún periodista y mucho menos en Francia.

—Se os ve en una cafetería del centro de París.

—Te lo vuelvo a repetir: no conozco a ningún periodista.

La cabeza me daba vueltas y el torrente de ideas era caótico, tanto, que empezaron a temblarme las manos. Yo decía la verdad, pero Antoine parecía estar muy seguro de que su versión era la correcta.

—Lo siento Lisa —dice poniendo su mano sobre la mía para calmar el temblor—. Te creo, sé que nunca me mentirías, pero las fotos....—titubea.

—No sé de dónde han salido —niego con la cabeza.

—¿Estuviste con alguien que yo no conozca?

Intenté recuperar los recuerdos de aquella época y efectivamente había conocido a alguien.

—Conocí al primo de Martha.

—¿Qué primo?

—El que ha encontrado trabajo en España. Ella me pidió que quedara con él para darle algún consejo y aproveché uno de mis viajes a la tintorería para conocerlo y tomarnos un café.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta con recelo.

—No lo consideré importante, estuvimos juntos apenas una hora.

—¿Cómo era?



—Alto y rubio, con los ojos marrones, creo.

—¿Tenía una cicatriz en el labio?

—Sí. ¿Tú también lo conoces?

—Se llama Benoît Fave —dice irritado.

—No hablamos de la misma persona, el primo de Martha se llama Lionel.

—Por desgracia, sí estamos hablando de la misma persona —dice tajante.

Tiene los puños apretados y una mirada furibunda. Su repentino cambio de humor me preocupa.

—¿Qué ocurre?

—¡Martha! ¡Martha! —repite rabioso. Consulta el móvil, y me muestra una fotografía—. ¿Es él?

—Sí, es Lionel.

—No es su primo, ¡es un periodista! —brama con fiereza.

—Me estás asustando.

—Ha sido Marta.

—No te entiendo.

—Martha está detrás de toda esta farsa, pero no entiendo por qué. ¿Qué tiene contra ti?

Durante unos instantes repasé las imágenes que había de ella en mi cabeza y todos nuestros encuentros me traían malos recuerdos.

—¿Recuerdas la primera vez que estuvo en casa? ¿La primera vez que la vi?

—Como olvidarlo, ¡estuviste enfadada varios días!

—La noche que se quedó, había pasado tantas horas encerrada, que estaba que me subía por las paredes. Después de cenar, hablé con mi hermana, con mis amigas, estuve leyendo un rato y finalmente, incapaz de conciliar el sueño, me puse a hacer ejercicio. Cuando acabé, era casi media noche y me metí en la ducha. Al salir, Martha estaba sentada sobre mi cama e intentó seducirme, pero la saqué de mi habitación sin miramientos. Por su culpa no pude pegar ojo en toda la noche, así que, al alba, salí a correr intentando evitaros a todos. De vuelta, vi una figura en una de las ventanas de la casa. De lejos no pude distinguir quién era, pero a medida que me fui acercando, vi que se trataba de ella. Estaba frente a la ventana, desnuda, contorneándose y haciéndome señales con la mano para invitarme a subir. La ignoré. Dos veces en apenas unas horas. ¿Crees que es motivo suficiente para que me odie?

—Más que suficiente, pero ella sería capaz de odiarte por mucho menos. Es una mujer retorcida y nos ha estado manipulado a todos. ¡Joder! ¿Cómo he

podido ser tan imbécil? La muy puta lo arregló todo para que te vieras con el periodista mientras ella fotografiaba el encuentro. Apuesto que la cena fue idea suya. Después le envió las fotos anónimamente con un nota: “Tu amante está a punto de sacar a la luz vuestra relación”.

—¡Joder Antoine! ¡No puede ser!

—Tenemos que hablar con Chloé, ella te... —lo interrumpo y no dejo que siga hablando. No estoy dispuesta a escuchar lo que está a punto de decirme.

—Eso se acabó. Confió en unas fotos y no me dio ni siquiera la oportunidad de explicarme. Demostró que en fondo no confiaba en mí y una relación sin confianza es como un cero a la izquierda. Era cuestión de tiempo, Martha solo lo aceleró.

—Ella te sigue queriendo Lisa.

—No vuelvas a decirme eso —le ordeno.

—¡Pero es la verdad!

—Déjalo ya por favor —le ruego en tono cansado.

—¡Lisa! ¡Fue un montaje!

—Me da igual.

—¡Pero no es justo!

—La vida no es justa, eso lo sé muy bien. ¡Prométemelo!

—No me pidas eso, te lo ruego.

—He rehecho mi vida y me va bien. No puedo volver a pasar por todo aquello. ¡Por favor! Prométeme que no le contarás nada.

Acabábamos de descubrir el por qué de todo, pero para mí, no tenía más valor que el de conocer la verdad. Antoine estaba enfurecido y aunque no los compartiera, entendía mis motivos.

No volvimos a hablar de ella en toda la noche, ni tan siquiera al despedirnos en el aeropuerto al día siguiente. Solo Christian supo que Antoine había estado allí y lo que habíamos descubierto.

## CAPÍTULO 17

Virginia me llamó una tarde de finales de marzo y se auto—invitó a tomar café. Tras mucho insistir, consiguió que volviera a trabajar con ella, y lo hice con una condición: trabajar desde casa. Mi paso por la oficina se limitaba a asistir a alguna reunión puntualmente.

—¿Haces algo en Semana Santa?

Negué con la cabeza mientras seguía enfrascada en el seguimiento de varias operaciones.

—Mi tía me ha dejado un piso en Calanda. ¿Te apuntas?

—Eso es lo de los tambores, ¿no? —pregunto sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí. Hace un montón de años que no voy, pero recuerdo que me lo pasaba genial —dice guiñándome el ojo—. ¿Has estado alguna vez?

—Nunca.

—Cuando los tambores empiezan a tocar al unísono, se te pone la piel de gallina y el sonido retumba en todo el pueblo. Se pasan horas y horas tocando. No hay quien duerma, ¿pero quien necesita dormir cuando todos están en la calle pasándolo bien?

—Vale —respondo sin hacerle el caso que debiera inmersa en los gráficos de mi ordenador.

—¿Qué hay tan interesante en tu pantalla para que ni siquiera me mires?

—Estoy trabajando.

—¿Todavía? Es hora de salir del mercado y dejar a los novatos —se burla.

Levanté la mirada y le saqué la lengua mientras cerraba la operación y bajaba la pantalla del portátil.

Llegamos a Calanda el jueves por la tarde. El piso estaba en pleno centro y tenía un gran balcón desde el que se veía perfectamente la Plaza de España, famosa por acoger el acto de “Romper la Hora” cada Viernes Santo a las doce en punto. Al fondo se veían varios bares abarrotados de gente y se escuchaba perfectamente el redoblar de los tambores por todo el pueblo. Según íbamos entrando en la noche, lejos de decaer, el estrépito de los bombos fue en aumento y con ello, las ganas de fiesta de los vecinos a la que por supuesto,

nos unimos. No recuerdo a qué hora nos fuimos a dormir, solo que prácticamente no me tenía en pie.

Un estallido me despertó de repente y se me pusieron los pelos como escarpas. De nuevo los tambores resonaban, pero esta vez con una fuerza y un volumen difícil de describir, tanto es así, que el suelo de la casa vibraba y los vasos de la cocina tintineaban. El runrún de la noche anterior parecía una nimiedad comparado con aquel atronador sonido. Consulté el reloj y pasaba un minuto de las doce del mediodía.

—¡Joder! Están rompiendo la hora —grito.

Desperté a Virginia y me asomé al balcón del salón. Bajo un sol de justicia, cientos de personas ataviadas con túnicas de color malva, tocaban con entusiasmo bombos y cajas sin importarles el sonido infernal al que estaban sometidos. Representaban con fervor el estruendo que se produjo en el cielo cuando Jesucristo murió. Ya no se veían los bares de la plaza, engullidos por decenas de periodistas que habían instalado en los balcones de los pisos superiores, su centro de operaciones. El suelo temblaba bajo mis pies y por un momento pensé que el balcón acabaría aterrizando en la calle estropeando aquel mágico momento. Al acabar, vítores, aplausos y de nuevo, el intenso redoblar de los tambores para despedir a los cientos de personas allí congregadas, que poco a poco se fueron dispersando en pequeños grupos para seguir tocando por las calles del pueblo.

—Buenos días.

Una voz masculina interrumpió mis pensamientos mientras trataba de recuperar el sentido del oído. Mi primera reacción fue intentar taparme porque tan solo llevaba un culotte y una camiseta de tirantes, pero poco importaba, una plaza entera ya me había visto. La sorpresa fue más que agradable cuando me giré y vi a un apuesto chico de unos treinta años apoyado en la barandilla del balcón de al lado. Despeinado, con barba de un par de días y una sonrisa arrebatadora, me quitó el aliento. Llevaba un boxer de color blanco en el que se podía leer Calvin Klein en la goma de color gris claro.

—Buenos días —respondo sin dejar de mirarle la tableta.

—Con tanto ruido uno no puede dormir —asegura arqueando su encantadora sonrisa sabiendo que es tremendamente sexy.

A mi espalda, Virginia se quejaba de una tremenda jaqueca y me anunciaba que se metía en la ducha para despejarse.

—¿Este pueblo siempre tiene tanta vida?

—La población se multiplica en estos días, pero sí, en general somos gente

callejera y sociable. La calle es nuestro hábitat.

<Madre mía, está para comérselo>

Durante unos minutos, nos dedicamos a contemplar como la marea humana se iba deshaciendo y al ver un chaval de unos doce años comiéndose un bocata, mi estómago empezó a quejarse.

—¿Me recomiendas algún sitio para comer? Creo que se nos ha pasado la hora del desayuno —bromeo.

—En esta misma manzana, justo en la parte de atrás hay un bar que se llama *Parranda* y hacen los mejores bocadillos del pueblo. Si prefieres comer a la carta, saliendo del pueblo en dirección a Castelserás, hay un Hotel—Restaurante donde se come muy bien, pero en fiestas es difícil que encuentres mesa sin reserva.

—Un bocadillo estará bien. Gracias —digo despidiéndome con la mano.

Entré al tiempo que Virginia salía de la ducha.

—¿Con quién hablabas?

—El vecino.

—¿Está bueno? —pregunta con una mirada felina.

<Hasta resacosa, piensa en hombres>

—Muy bueno —admito guiñándole el ojo—. Me doy una ducha rápida y nos vamos a comer algo. Estoy muerta de hambre.

—¡Y yo!

Si Virginia podía escoger entre uno de cincuenta años con dinero y otro de treinta sin un duro, pero con ganas de fiesta, sin lugar a dudas, elegía el último. El dinero lo ponía ella.

Cuando llegamos al bar, había tanta gente, que acercarse a la barra parecía misión imposible. Estaba a punto de decirle a Virginia que nos marchábamos, cuando vi una mano alzarse al fondo del local y una cara conocida tras ella. Era el vecino buenorro. Agarré a Virginia de la mano y la arrastré hasta allí, donde él y un amigo, ocupaban una mesa para cuatro. El amigo era incluso más guapo: pelo castaño, grandes ojos verdes, piel tostada y unos brazos musculados que dejaron a Virginia fuera de combate. La miré de reojo y solo le faltó babear.

Tras invitarnos a tomar asiento, empecé a sospechar que estábamos justo donde querían que estuviéramos, pero me daba igual, tenía tanta hambre que no estaba dispuesta a malgastar ni un minuto de mi tiempo pensando en ello. Habíamos ido a comer y lo íbamos a hacer.

—¿Regalan algo? —grito para hacerme oír entre la multitud.

—Normalmente está lleno, pero estos días es todavía peor. Me llamo Alejandro y mi amigo se llama Pedro. Antes no nos hemos presentado — recalca mientras acerca su mejilla a la mía. El roce de su barba de tres días me hace cosquillas.

—Ella es Virginia y yo Lisa.

—Gracias por compartir vuestra mesa con nosotras —añade ella sin dejar de mirar a Pedro. Entre ellos saltan chispas.

—¿Qué os apetece? —pregunta Alejandro mirándonos alternativamente.

—¿Alguna recomendación? —respondo dándole un codazo a Virginia para que reaccione.

—Lomo con queso, bacon, cebolla caramelizada y pimientos verdes. ¡Espectacular!

Virginia y yo asentimos con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Cerveza?

—Yo empezaré con una clara —digo resoplando.

—To también —balbucea mi amiga completamente en babia.

<A esta se le ha pasado el dolor de cabeza rápido>

—¡Jaime! —grita con una potente voz—. ¡Cuatro de la casa, dos medianas y dos claras!

—¡Marchando! —contesta el camarero desde la barra.

Diez minutos más tarde, apareció con una bandeja con nuestro pedido, y a pesar de que no cabía un alfiler, llegó a nosotros sin problemas y quedó patente su habilidad para moverse entre tanta gente. Después de comernos aquellos deliciosos bocadillos, se ofrecieron a hacernos de guías. Yo hubiera preferido ir un poco a la mía, pero Virginia tenía otros planes y aceptó antes de que pudiera negarme. Puse los ojos en blanco.

—No estamos aquí para ligar —le digo malhumorada al oído.

—Relájate y disfruta. Lo que necesitas es una buena...ya me entiendes...

Mi amiga nunca perdía la oportunidad de echar un polvo y comprendí que esa noche tenía intención de mantener esa costumbre. Volví a poner los ojos en blanco para no mandarla a la mierda.

El Centro Buñuel fue la visita inesperada del día y la más interesante de todos los lugares que vimos. Fue un adelantado a su tiempo y el argumento de muchas de sus películas, sigue vigente a día de hoy, pero si tuviera que elegir una, me quedaría con Tristana, cuyo premisa gira entorno a la necesidad de una mujer, protagonizada por una jovencísima Catherine Deneuve, de ser independiente en la sociedad española a finales del siglo XIX.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Hace unos años, estuve trabajando aquí para ganarme unas perrillas en verano. Durante la semana vivo y trabajo en Zaragoza, pero los fines de semana y los veranos los paso aquí. No hay nada como volver a tus raíces y re—encontrarte con tu gente para desconectar de todo.

Además de culto, Alejandro era gracioso, encantador y resultó ser un excelente anfitrión.

Eran casi las ocho de la tarde cuando salimos de la Casa—Museo y Pedro propuso comer algo en un bar cercano. No estaba cansada, pero quería volver al piso y arreglarme antes de salir a cenar. Miré a Virginia para decírselo y lo intuyó antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, aceptando la invitación e implorándome al mismo tiempo con la mirada. La miré con mi típica expresión de “¡La madre que te parió!” y me regaló una sonrisa contra la que no podía luchar. Tenía muy claro cómo iba a acabar la noche, más aún después de nuestra visita a la casa de Buñuel, donde los dos tortolitos se habían quedado rezagados varias veces. Mientras dábamos buena cuenta de un plato de jamón de bodega riquísimo y unos calamares a la romana, vimos como varias personas salían del bar y se arremolinaban frente al ventanal en el que estábamos nosotros.

—Ahí llega la Procesión de la Soledad —anuncia Alejandro.

Tomamos un espacio libre en la acera para contemplar la solemnidad de los integrantes de la cofradía y el vello se me erizó cuando los miembros que portaban trompetas, las enarbolaron y las hicieron girar al unísono antes de tocarlas. A pesar de que la calle estaba a reventar de gente, todos permanecían en absoluto silencio.

Alejandro me cogió de la mano y Pedro hizo lo propio con Virginia para escabullimos de la multitud por una calle aledaña, pero aún así, no pudieron evitar que nos topáramos con la procesión de María Magdalena, cuya imagen era portada a hombros únicamente por mujeres. A pesar de que no soy creyente, me causó admiración contemplar su devoción.

Pasamos la mayor parte de la noche en un bar con música de los '80 y confortables sillones donde perdimos la noción de tiempo. La gente entraba y salía pero nosotros acabamos apoltronados charlando y riéndonos de todo. Después del primer Gin Tonic, llegaron más y cuando decidimos volver al piso, los cuatro estábamos bastante perjudicados por el alcohol.

En el último escalón de acceso al rellano, Pedro se estozoló (así es como llaman en Aragón a darse un buen porrazo) y después de comprobar que estaba

bien, nuestras carcajadas retumbaron por todo el edificio. Llevábamos tal melopea, que cualquier cosa nos hacía gracia, incluso el moratón que le estaba saliendo a Pedro en la tibia. Tal era la risa, que ni siquiera atinó a ponerse de pié y acabamos los cuatro desparramados por el suelo contándonos chistes.

Nos levantamos cuando se nos pasó un poco la turca y me di cuenta de que tenía unas tremendas agujetas de tanto reírme. Pedro se apoyó en Virginia y ambos corrieron hacia la puerta del piso. Intuyendo lo que pensaban hacer, Alejandro y yo los seguimos, pero llegaron antes que nosotros y Pedro le dedicó una sonrisa triunfal a su amigo antes de cerrarla. Ambos nos miramos incómodos.

—Me parece que vas a tener que adoptarme.

<¿Adoptarte? Ahora mismo haría algo más que adoptarte guapetón. ¿Pero que estoy diciendo? Mierda, estoy muy borracha>

Me dirigí con paso inestable a la siguiente puerta y mientras buscaba la llave, sus manos se posaron en mis caderas al tiempo que sus labios recorrían mi cuello. Cerré los ojos y se me aceleró el pulso, tanto, que no conseguía meter la puñetera llave en la cerradura. Cuando por fin se abrió, Alejandro me empujó dentro y la volvió a cerrar de una patada sin soltarme la cintura.

—Llevo todo el día pensando en besarte —dice antes de caer sobre mí en el sofá.

No impedí que lo hiciera y me dejé llevar sin remedio arrastrada por el sutil deseo del contacto de otra persona. Hacía meses que nadie me tocaba y sus manos expertas sabían perfectamente como deslizarse por el cuerpo de una mujer. Se deshizo de mi blusa dejando al descubierto el sostén de encaje blanco que me había comprado días atrás, sin imaginar siquiera que alguien que no fuera Virginia me lo vería puesto. Hizo lo propio con su camiseta de los Rolling y de nuevo, allí estaba la tableta perfectamente esculpida en su bello y depilado abdomen.

A medida que sus besos se tornaban más ardientes, me di cuenta de que era el primer hombre al que besaba después de Héctor y por más que lo intentaba, no conseguí recordar su sabor. Empecé a sentir nauseas.

Desperté arremolinada en el sillón con unos enormes pies delante de la cara. Hice varios gestos con los ojos para despertarme e intentar recordar, pero fue en vano, solo podía recordar los movimientos apresurados de Alejandro quitándose la camiseta y saltando sobre mi. Sentir su enorme erección a través del pantalón era lo último que me venía a la mente. Después de eso, nada. Por alguna razón había borrado de mi disco duro lo ocurrido a



partir de ese momento y estaba segura de que lo estaba haciendo intencionadamente.

Los enormes pies empezaron a moverse y me incorporé para asegurarme de que era él.

—Buenos días —saluda con voz ronca.

<Tiene cara de no haber pegado ojo>

—Buenos días —contesto. Al hablar me doy cuenta de que tengo mal sabor de boca.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Por qué lo preguntas? —digo tosiendo.

—Los vómitos.

—¿Vómitos? ¡No! No me digas que he estado vomitando —digo tapándome la cara.

—Pues sí —dice con resignación pero sin malicia.

—¿Entonces...? —intento preguntar si atreverme a acabar la frase.

—Nada. No pasó nada.

—Lo siento —digo intentando sonar arrepentida pero sin estarlo.

—Seguramente fue lo mejor. Estábamos demasiado borrachos.

Su voz y sus gestos eran sinceros, algo que me dejó mucho más tranquila. Verme a mí misma vomitando delante de una persona a la que apenas conocía, era algo que no quería ni imaginar.

—Discúlpame —dice de repente.

—¿Por qué?

—Por forzar la situación.

—Eso no es lo que yo recuerdo —digo haciendo alusión a que yo también quería hacerlo—. En todo caso, soy yo la que debo disculparme por estropearlo todo.

Alejandro permaneció en silencio un buen rato antes de contarme un capítulo de su vida que aún lo atormentaba.

—Hace un año estuve a punto de casarme, pero tres semanas antes de la boda, mi novia me dijo que era un paso demasiado importante y que necesitaba tiempo. No pasaron muchos días hasta que me enteré de que en realidad estaba con otro hombre y que además, era amigo mío. ¡Imagínate el chasco! De un plumazo había perdido a mi novia y a uno de mis mejores amigos. Eso hace que te replantees muchas cosas. Desde que te vi en ese balcón, me sentí atraído por la seguridad que desprendes y por tu discreta y sosegada belleza. No te pareces en nada a ella y aún así, busco algo de ella en

todas las mujeres que conozco. Me dejó marcado y aunque sé que ya no la quiero, a veces tengo la impresión de que la sigo necesitando.

No me gusta hablar de mi vida y mucho menos hacerlo con desconocidos, pero con él fue fácil sincerarme y confesarle que había sido el primer hombre al que había besado después del fallecimiento de Héctor y que, desde entonces, mis únicas relaciones habían sido con mujeres.

—Siento lo de tu familia.

—La vida te pone a prueba muchas veces y hay que estar dispuesto a superar cada una de ellas. Hemos de aprender a querernos, porque si no somos capaces de querernos a nosotros mismos, seremos incapaces de querer a los demás.

—¿Sigues enamorada de Chloé?

—No, pero a veces pienso en ella. Mi mente ha decidido quedarse con lo bueno de nuestra relación y no guardarle ningún rencor. Supongo que siempre habrá un rinconcito de mi corazón para ella.

—¿La has vuelto a ver?

—Nuestras vidas siguen caminos muy dispares y supongo que no volverán a cruzarse nunca más. ¿Tú te cruzas con tu ex por la calle?

—Muchas veces.

—¿Qué sientes?

—Recuerdo instantes juntos y me resulta doloroso. Supongo que en el fondo la sigo echando de menos.

—El día que puedas hablar con ella sin rencor y sin que te cause dolor, te darás cuenta de lo fuerte que te has hecho y descubrirás lo feliz que puedes llegar a ser. Tienes todo lo que hace falta para ser feliz, porque la felicidad está en nosotros y no depende de otros.

En la calle, los tambores y el bullicio de la gente no cesaba. Para cuando Pedro y Virginia aparecieron, era mediodía y estábamos acabando de desayunar.

Virginia y yo no hemos vuelto a hablar de aquella noche y sospecho que es porque sabe que no me enrollé con él.

A finales de Julio viajamos juntas a Barcelona para presentar los resultados conseguidos durante la primera quincena del mes. Íbamos en lunes alternos y era prácticamente el único acto presencial en el que participaba, ya que durante la semana seguía trabajando desde casa e iba poco por la oficina.

En esas reuniones hacíamos balance de los resultados y organizábamos la estrategia a seguir durante la siguiente quincena en función de la información

que habíamos recabado, no obstante, teníamos total libertad para modificarla si se producían cambios que pudieran afectar significativamente a los mercados.

Nuestros jefes atribuyeron los resultados del primer trimestre a una buena racha, aunque las dos sabíamos que no era así y lo demostramos con los resultados del segundo trimestre, que fueron incluso mejores. Las estrategias que programábamos conjuntamente, daban los resultados que buscábamos y el equipo de traders que habíamos formado, hacía muy bien su trabajo pese a su inexperiencia. Las cifras no dejaban lugar a dudas: habíamos triplicado los beneficios que supuestamente debíamos conseguir a lo largo de todo el año y aún quedaban cuatro meses hábiles para acabarlo. Nos subieron el sueldo e intentaron blindarnos el contrato como si fuéramos futbolistas, a lo que, por supuesto, nos negamos. No pertenecíamos a nadie y no teníamos intención de cambiar eso.

El importe íntegro de aquel aumento va a parar mensualmente a una Fundación cuyo propósito es dar apoyo a los niños y a las familias que han sufrido accidentes de tráfico. Tratamientos y soporte psicológico son algunas de las ayudas que reciben esas familias, rotas por el dolor y sumidas, muchas veces, en una profunda depresión. Solía pasarme por allí los sábados por la mañana, a veces solo para abrazar al alguien que lo necesitaba, otras, simplemente acompañándolos en su día a día. Había pasado por eso y conocía perfectamente la sensación de desconexión que te provoca el dolor, pero a diferencia de mí, ellos se dejaban ayudar, lo que aceleraba la recuperación de sus corazones descosidos.

Al día siguiente, Virginia se marchaba a Portugal con sus hermanas y su madre para celebrar su cumpleaños, una tradición familiar que iniciaron al fallecer su padre. Todas estaban muy unidas a él, pero ella, un poco más si cabe, ya que compartían muchas aficiones juntos. No poder abrazarlo en su cumpleaños, seguía siendo duro para ella.

Me propuso acompañarlas, pero decliné su invitación. Para mí, el verano significaba pasar las tardes en la playa acompañada de un buen libro y las noches en la terraza contemplando las estrellas. Me había acostumbrado a mi plácida y sosegada tranquilidad y disfrutaba muchísimo de mi propia compañía.

Después de la reunión, Virginia tomó dirección Norte en lugar de dirigirse a Tarragona.

—¿Dónde vamos?

—A celebrar mi cumpleaños —dice entusiasmada.

—¿Tu fiesta no es dentro de quince días? —pregunto sorprendida.

—¡Esta es privada! —exclama guiñándome un ojo.

Las fiestas de Virginia eran épicas y en la oficina hablaban de ellas durante semanas. No reparaba en gastos: el mejor catering, vinos exquisitos, una decoración excepcional y un servicio sublime. Por no hablar del joven disc jockey que siempre contrataba y que era irresistiblemente guapo. Estaba divorciada desde hacía cuatro años, pero a diferencia de mí, su vida amorosa era de lo más ajetreada.

Cuando aparcó frente al Celler de Can Roca, me quedé de piedra.

—¿En serio? —pregunto con la ceja levantada.

—Sabía que te gustaría —asegura complacida—. ¡Muévete! Tengo hambre.

Salimos del coche y nos echamos a reír como dos pánfilas. Las rutas gastronómicas eran habituales en nuestras salidas, pero aquella, era con creces la mejor que habíamos hecho y en esos momentos ni siquiera podía llegar a imaginar cuánto cambiaría mi vida.

Al entrar en el restaurante, lo que más me sorprendió fue la luminosidad que emanaba del patio interior y que inundaba el comedor. Era evidente que querían darle a la luz natural un protagonismo que la cocina ya se había ganado a base de exquisitos y sofisticados platos que habían puesto el apellido Roca en el mapa del universo culinario. Una vez acomodadas en una mesa junto a la cristalera, me excusé para ir al baño.

—No tardes, voy a pedir Cava —dice cuando ya estoy de espaldas a ella.

—Rosé por favor.

—¡Vamos! ¿No lo dirás en serio?

—Rosé —repito de espaldas con el dedo índice levantado. Aunque le gusta, la oigo quejarse solo por llevarme la contraria.

El baño tenía todo lo que se espera de un establecimiento de su categoría: máxima limpieza y una estética cuidada hasta el último detalle. Me gustó especialmente la fragancia del jabón con sutiles notas exóticas que utilicé para lavarme las manos. Me arreglé el vestido, un modelo midi de viscosa elástica sin mangas y escote de pico que había estrenado ese mismo día. Me encantó, no solo por hacerme sentir guapa, sino por lo cómodo que era y lo fácil que resultaba llevarlo.

Al salir, me di de bruces con una mujer que intentaba entrar. Al levantar la vista, todo mi cuerpo se puso tenso.

—Parece que estamos destinadas a encontrarnos en la puerta de un baño.

—Eso parece.

Chloé llevaba un pantalón de cintura alta en color beige y un suéter negro de punto. Como siempre, su atuendo iba acompañado de tacón un vertiginoso, protagonizado por unas bonitas sandalias con tiras. Escucharla me recordó lo mucho que me gustaba el sonido de su voz y no quise luchar contra esa sensación, solo aceptarla para evitar que pudiera causarme daño. Su sonrisa se había vuelto incluso más cautivadora.

—Te has cortado el pelo.

—Tenía ganas de cambiar —digo tocándome la nuca.

—Estás muy guapa.

Me observaba con tal intensidad, que fui incapaz de mantenerle la mirada y la eludí ojeando hacia el fondo del pasillo, donde, como no podía ser de otro modo, Christian vigilaba todos sus movimientos. Me saludó con un leve movimiento de cabeza y lo que parecía una tímida sonrisa. Cuando volví de nuevo la mirada hacia Chloé, caí en la cuenta de lo extraño que era verla allí.

—Estás muy lejos de casa.

—Me han invitado al festival de música de Cap Groix. No sé si lo he dicho bien —duda arrugando las cejas.

Aunque lo había dicho “agabachado”, entendí perfectamente a que festival se refería.

—Veo que te tomaste muy en serio tu otra vertiente artística. Solo espero que no hayas dejado la interpretación, tus fans no te lo perdonarían.

—Por supuesto que no, pero la verdad es que últimamente me he centrado más en la música. Confesarle a un trozo de papel mis sentimientos, mis miedos, mis anhelos e incluso mis errores, ha aliviado algunos de mis peores momentos —asegura remarcando la palabra errores.

—Cap Roig —repito asintiendo con la cabeza.

—Es un honor que me den la oportunidad de participar en un Festival como este. El cartel de artistas es simplemente impresionante y me hace mucha ilusión estar entre ellos.

Escuchar la forma en la que hablaba de su nueva pasión, fue reconfortante, sobretodo porque me había quedado con una imagen de ella claramente distorsionada por los comentarios de Antoine.

—Es un Festival con mucha reputación, seguro que te irá genial.

—Actúo el jueves por la noche.

—Te deseo mucha suerte Chloé —concluyo a modo de despedida. Cuando

me dispongo a avanzar, posa su mano en mi brazo con delicadeza.

—¿Por qué no vienes?

—Lo dices como si fuera una buena idea y no lo es —respondo tajante.

A pesar de que por fuera mantenía el tipo, por dentro era un manojo de nervios. Quería ser fuerte y decirle que ya no la necesitaba, que había superado nuestra relación y que había rehecho mi vida, pero no podía. ¿Por qué?

—¿Eres feliz?

—Tengo todo lo que necesito para serlo.

Tras decirlo, sentí como si hubiera mentido y no conseguía entender por qué. Me repetía a mí misma que era feliz con la vida que llevaba y lo era incluso en los momentos de mayor soledad porque me ayudaban a encontrarme con mi yo más real. Si era feliz, ¿por qué tenía la sensación de estar engañándola?

—Me gustaría que pudiéramos hablar.

—No sirve de nada revolver el pasado.

Me resistía a acceder, pero tan una sola mirada suya había desordenado por completo mi presente y me había transportado de nuevo al pasado. Estaba segura de que Antoine la había mantenido al margen de nuestro secreto y aún así, Chloé pedía una oportunidad sin saber que también había sido víctima del perverso plan de Martha. Empecé a sentirme mal por ocultárselo.

—¿Crees en el destino Lisa?

—Sabes que no. Nosotros forjamos nuestro propio destino.

—En ocasiones la vida es caprichosa, quizás esta sea una de esas ocasiones, ¿no crees?

—La vida nos juega malas pasadas —digo con ironía.

<No quiero entrar en este juego porque tengo todas las cartas para perderlo>

—¿Qué probabilidad teníamos de volver a encontrarnos de manera fortuita? ¿No te das cuenta? El destino está empeñado en situarnos en el mismo momento una y otra vez —asegura.

Era cierto. Contra todo pronóstico, nuestros caminos volvían a cruzarse en idénticas circunstancias y sentí como se me erizaba el vello de todo el cuerpo. Poco a poco mi entereza se fue disipando y recé para que Chloé no se diera cuenta.

—Por favor —pide mirándome intensamente—. Si tengo que suplicártelo, lo haré. Me gustaría hablar contigo y no pienso dejar escapar esta oportunidad.

Mi lado responsable me gritaba que no volviera a tropezar en la misma piedra y que saliera corriendo de allí, pero percibía como mi parte menos racional se adueñaba de la situación. Percibía el “tum—tum” de los vibrantes latidos de mi pobre corazón, pero al menos, era consciente de lo que estaba sucediendo y de cómo mis dos mitades pugnaban en medio de aquel desconcierto. Lo acepté. No quería luchar contra mí misma.

<Sin lucha no hay sufrimiento>

—Iré.

Intentó abrazarme, pero instintivamente di un paso atrás para esquivarla. Confusa, se recompuso y dibujó en su rostro la sonrisa con la que tantas veces había fantaseado en el pasado. Para mi desdicha, seguía siendo igual de irresistible.

—Le diré a Antoine que te llame para organizarlo todo.

—¿Está aquí? —pregunto emocionada. La sola idea de volver a verlo, eclipsa todas mis dudas.

Hablábamos de vez en cuando por Skype, pero desde su fugaz visita a Barcelona, no lo había vuelto a ver y de eso hacía ya siete meses.

—Estará. No te arrepentirás, te lo prometo.

—Esto no es una cita Chloé.

<Debo dejárselo claro>

—Lo sé. Hasta el jueves —dice entrando. Roza mi hombro con el suyo, y la electricidad atraviesa todo mi cuerpo.

Completamente abrumada, caminé despacio hacia Christian y sonrió sorprendido cuando le di dos besos.

—Me ha invitado al concierto.

—Algunos cambios son siempre bienvenidos.

—Dile que me llame —le pido refiriéndome a Antoine.

—Claro. Nos vemos el jueves.

A medida que me acercaba a la mesa, Virginia me miró con gesto interrogativo que acentuó mediante gestos con la cara y las manos. Se había impacientado y no era para menos, porque mi visita al baño había durado mucho más de lo normal.

En cuanto me senté, me bebí de un trago la copa de Cava y suspiré. Me conocía tan bien, que enseguida se dio cuenta de que pasaba algo. Llenó de nuevo mi copa y cuando la cogí para bebérmela, me interrumpió.

—¿Brindamos?

—Por tu cumpleaños —digo secamente mientras ingiero mi segunda copa

seguida. Ella apenas le da un sorbo y vuelve a dejarla sobre la mesa.

—¿Dónde coño te has metido?

Apoyé la cabeza sobre ambas manos y negué con la cabeza. No sabía ni por dónde empezar.

—Sé que te pasa algo, ¡tienes el puñetero colgante entre los dientes! — exclama. Sin contestarle, retiro el colgante y maldigo para mis adentros—. ¡Habla! —me ordena con impaciencia.

—Me he encontrado con alguien.

—Pues debe ser alguien especial....tienes las mejillas sonrojadas —se cachondea.

—Chloé.

—¡Hija de puta!

—Esa boca —le recrimino sin ganas.

—¡Joder! ¡Qué pequeño es el mundo! La habrás mandado a la mierda, ¿no?

En ese momento, ni yo misma entendía por qué había aceptado su invitación, sobre todo teniendo en cuenta que mi lado más racional me estaba vapuleando de lo lindo. Bajé la mirada para evitar contestarle.

—Lisa —me suelta en tono amenazante.

—¡No me mires así, joder! —le espeto. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y se ha recostado en la silla.

—Luego dices que yo digo tacos. ¿Qué te ha dicho?

—El jueves actúa en el festival de Cap Roig.

—¿Y?

—Me ha invitado.

—¡Ja! Cinismo no le falta. Supongo que has rechazado su amable invitación —dicta recalcando la palabra amable—. ¡Eres gilipollas! —grita cuando me ve negar con la cabeza.

—¡Vale ya! Te estas pasando. Y deja de decir tacos, ¡joder!

—¿Qué no me pase? Te echa de su vida y ahora aparece para invitarte a su mierda de concierto. ¡Qué le den!

Había compartido con ella muchas confidencias a lo largo del último año y a diferencia de Clara, Carmen o Isabel, Virginia sentía un manifiesto desprecio por Chloé.

—Estoy confundida —digo con las manos tapándome el rostro.

—¿Sigues enamorada de ella?

—No —susurro.

—¿Seguro?



—¡No lo sé! —grito apartando las manos de la cara. Virginia me observa con compasión. Obviamente no está disfrutando viéndome así, pero no puede evitar escupir sapos y culebras cuando se trata de Chloé—. Es como si una puerta de mi vida se hubiera quedado abierta...

Antes de que pudiera acabar la frase, mi amiga ya tenía la suya preparada.

—¡Dale un puto portazo!

—¿Qué te pasa hoy? ¡No paras de decir palabrotas!

—Esa tía me pone de los nervios.

—Tengo que hacerlo, es la única manera de cerrar este capítulo de una vez por todas.

—¿Cerrar? Debería estar más que cerrado —puntualiza irritada.

—Merece saber lo que pasó realmente.

El maître se acercó para tomarnos nota y le hice un gesto para que nos diera algunos minutos mientras Virginia se bebía la copa de un trago.

—¡Mierda! ¡Está caliente! Y todo por culpa de la puñetera gabacha.

—Dejémoslo ya por favor —le imploro.

—Hay miles de restaurantes en el mundo y tiene que escoger este precisamente hoy. ¡Menuda idiota!

—Estamos celebrando tu cumpleaños en uno de los mejores restaurantes del mundo. Tú y yo. ¿Cómo puede jodernos eso? —digo intentando sonreír y disfrazándome de una entereza que me revuelve el estómago.

—Has intentado que nadie se diera cuenta, pero yo te conozco y sé el daño que te ha hecho esa hija de gran puta. ¿Estás segura de que podrás pasar por esto?

<Te he subestimado amiga mía; me conoces mejor de lo que creía. Te quiero, pero no soporto que la insultes>

—¿Qué vas a pedir? —pregunto deliberadamente para evadir su pregunta.

—Está bien, tú ganas. Cambiemos de tema y olvidemos a la gabacha.

Me conocía bien y sabía que era el momento de parar, así que dejé de leer y levanté la mirada para agradecersele.

En el restaurante se respiraba paz a pesar de que no había ni una sola mesa libre. Los camareros iban y venían con una sensacional discreción, pasando casi inadvertidos. Tras ojear de nuevo la carta, volví a mirarla y parecía algo menos irritada, pero aún así, leía con el ceño fruncido.

—Se nota que te haces mayor, te ha salido una arruguilla aquí —digo cachondeándome mientras le toco un pequeñísimo pliegue que le ha salido junto a la comisura de los labios.

—Imaginaciones tuyas —dice toda digna.

Mientras sonreía, miró fugazmente a mi espalda y aunque intentó disimularlo, algo vio que le cambió la cara. Instantes después, una mano se posó sobre mi hombro y no me hizo falta mirar para saber quien era. Solo había una persona capaz de conseguir que me estremeciera con solo tocarme.

—*Lisa, ¿tu me présentes?*

Era un momento delicado. Virginia la detestaba y no hacía ni dos minutos que me lo había dejado claro. Empecé a rezar para que fuera buena chica y se comportara con cortesía.

—*Chloé, je te présente Virginia.*

Mientras Chloé le alargaba la mano, Virginia no hizo ni siquiera el gesto de levantarse y acompañó el saludo de una sonrisa fría como hielo y un ligero movimiento de cabeza.

—*Enchanté* —dice con desidia.

—*¿Vous parlez français?*

—*Un peu* —contesta. De nuevo, su tono es cortante y Chloé se da cuenta.

—*Je crois que j'ai interrompu, je vous demande pardon.*

—*Oui, has interrumpido* —dice Virginia mirándola directamente a los ojos. Chloé no se altera y me mira con una media sonrisa ignorándola por completo.

—*À jeudi Lisa, je suis impatient.*

Mi amiga pasó de despedirse y no levantó siquiera la mirada de su carta. Cuando se alejaron, la miré negando con la cabeza.

—Eres una borde.

—Y ella una estúpida.

—¿Por qué te cae tan mal? No la conoces.

—¿No la has visto? Ha venido a pavonearse para que la viera. Seguro que piensa que estamos enrolladas —dice satisfecha—. Nos ha visto justo en el momento en que me tocabas la arruguilla —asegura utilizando el mismo diminutivo que he usado yo para restarle importancia a su primera arruga—. Le dará que pensar.

—Te encanta ganar en todo.

—En todo.

—¿Sin tapujos?

—¡Por fin! —dice alzando las manos.

—Reconozco que el corazón me ha dado un vuelco cuando nos hemos encontrado en el baño.

—¡Lo sabía! ¡Estás colgada de la gabacha! —se burla irritada.

El maître volvió para tomarnos nota y ambas nos decantamos por el Menú Festival. Todos los platos eran realmente increíbles, pero si tuviera que decantarme por uno, lo haría por las setas, los niscalos y su combinación de sabores evocando a los pinos. Su olor me transportó irremediabilmente al agradable frescor del bosque de la mansión en verano y a su intenso olor a tierra húmeda en invierno. Lamentablemente no pude compartir esa sensación con Virginia para que no volviera a entrar en cólera.

Durante el viaje de vuelta a casa, fui incapaz de prestar atención a lo que me decía, mis pensamientos giraban en torno a Chloé, y en cómo había conseguido volver a poner mi vida patas arriba en tan solo unos minutos.

—¡Lisa!

—¿Qué? —grito dando un bote del asiento—. Disculpa, estaba en otro sitio.

—¡Joder! Llevas todo el trayecto en otro sitio. Ya me he cansado de hablar sola.

Encendió la radio del coche y cada una de las estrofas de “*Poison*” de Alice Cooper consiguieron romperme por dentro.

—Quita eso.

—Pensaba que te gustaba —dice arrugando en entrecejo.

—Ahora mismo no me apetece escucharla.

<¿Por qué el destino se empeña en putearme la vida con canciones?>

Virginia hizo el gesto de cambiar de canción y entonces me miró.

—¡La madre que me parió Lisa! ¡Te lo advierto! ¡Está prohibido llorar en mi coche por esa zorra!

<¡Eso digo yo! ¡La madre que te parió! ¡Realmente sabes cómo irritarme!>

—¡No estoy llorando! ¿¡Quieres quitarlo y olvidarla!? —grito enfurecida.

Me arrepentí en ese mismo instante y la miré con cansancio, suplicándole que parara. Estaba rota y lo suficientemente desconcertada como para no poder aclarar cuál era el propósito con el que, de nuevo, la vida me ponía a prueba.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta pensativa. Niego con la cabeza al tiempo que apoyo la frente en la ventanilla—. Mejor, porque no me arrepiento de nada de lo que he dicho. Es una zorra y no quiero que vuelva a destrozarte la vida.

La miré completamente derrotada y suspiré mientras me prometía que era el último insulto que le dedicaba. —Por hoy —recalcó.

Después de que Virginia me dejara en casa, intenté leer, escuchar música, e incluso fui un rato a la playa, pero nada consiguió que recuperara mi equilibrio. Solo la llamada de Antoine me liberó durante un rato de mi mísera tarde y me emplazó a vernos el jueves por la tarde en el aeropuerto de Reus.

El jueves por la mañana no fui a correr. En lugar de eso, fui a nadar y luego me quedé en la playa hasta la hora de comer. Necesitaba no pensar en nada, solo tumbarme al sol como una lagartija y preocuparme tan solo de calcular cuando tocaba renovar la protección solar.

No me cansaba de contemplar el mar y hacerlo todos los días, aunque solo fuera un rato, era mi refugio, mi cobijo a cielo abierto y mi vía de escape a todo lo mundano. Había bastante gente, sobre todo familias con niños que correteaban a mi alrededor salpicándome de arena. No me importaba, disfrutaba viéndolos sonreír y oyendo sus carcajadas.

De vuelta a casa, recibí la llamada de Clara.

—¿Qué haces?

—Volviendo de la playa, ¿y tú?

—No he salido de casa, Elsa tiene un poco de fiebre. Creo que se ha resfriado.

—¿Puedo hacer algo? —pregunto preocupada.

—Está bien, son solo unas décimas. No hay de qué preocuparse, tranquila.

¿Y tú? ¿Estás nerviosa?

—Bastante.

—¿Por qué no le dices que la quieres y ya está?

—¡No la quiero!

—Puedes engañarte a ti misma, pero no a mí. ¡Díselo! Tengo ganas de que haya un miembro más en la familia.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no? Es obvio que ella también te sigue queriendo.

—Que me haya invitado a un concierto no significa que me quiera. No mezclemos —la reprendo.

—Tú dí lo que quieras, pero esa mujer sigue enamorada de ti y tú de ella.

—Todo sería más fácil si no nos hubiéramos encontrado.

—Al final va a tener razón: el destino....—insinúa sin acabar la frase.

Solo me faltaba oír a mi hermana hablar del puñetero destino. ¡No! Nadie iba a conseguir hacerme cambiar de opinión.

<Mi destino soy yo y las decisiones que tomo en la vida. Mis decisiones. Mi destino>

—Quizás debería pasarme y ver cómo está Elsa; las fiebres en verano son complicadas.

—¡Ni hablar! No vas a conseguir escaquearte del concierto porque tu sobrina tenga unas décimas. No cuentes con ello.

—Había que intentarlo —confieso resignada.

—Suerte esta noche hermanita. Mañana quiero todos los detalles, ¿vale?

—Vale. Te quiero.

—Ídem.

Por lo general, en cuanto abría el armario, el atuendo perfecto se dibujaba en mi mente, pero aquel día me costó mucho decidirme. No quería estar demasiado guapa, ni demasiado sexy, pero tampoco quería ir demasiado informal. Al final opté por un vestido de Georgette negro con flores en tonos rosas y blancos y volante en el bajo que combiné con unas sencillas sandalias.

Conduje hasta el Aeropuerto y en el punto de información había una azafata con mi nombre escrito en una pizarra. Me presenté y me pidió que la siguiera.

A través de las puertas de cristal que daban a la pista, se podía ver un enorme helicóptero de color negro y rayas plateadas. Antoine seguía sorprendiéndome con su logística a pesar de que sabía que era el mejor en su trabajo. Lo vi asomarse y dar un saltito para descender y mientras sonreía pensando en las ganas que tenía de abrazarlo, el corazón me dio un vuelco cuando, tras de él, bajó Pierre. Ellos no me habían visto, pero salí corriendo hacia la puerta ignorando a la azafata que me acompañaba. Una vez en la pista, empecé a gritar su nombre y no pude contener las lágrimas cuando lo estrujé con fuerza contra mi pecho. Pierre me pedía que no llorara y recorría con sus deditos mi mejilla para secarme las lágrimas mientras le repetía lo mucho que lo había añorado.

Tras dejarlo en el suelo, abracé a Antoine y de nuevo me encontré en uno de mis lugares preferidos. Con Marie y Jean—Marc completamos el recital de abrazos, besos y más lágrimas.

—Tendremos que hacer algo con el maquillaje —dice Antoine cuando ve que mis ojos se han convertido en una nube negra por culpa del rímel.

—No te preocupes, es más fácil de lo que piensas.

Abrí el bolso, saqué una toallita desmaquillante y me limpié hasta la última gota de maquillaje.

—¡Ya te vale! Eso es trampa. ¡Con lo guapa que estabas!

—No le hagas caso. Al natural estás preciosa —sentencia Marie que no

siente ninguna predilección por el maquillaje.

Durante el viaje, que apenas duró una hora, Pierre no me soltó la mano ni una sola vez. Era como si sospechara que en cualquier momento podía volver a desaparecer y quisiese asegurarse de que eso no volviera a pasar. En el aeropuerto de Girona nos esperaba una limusina a pie de pista. Miré a Antoine.

—No has reparado en gastos.

—Estamos celebrando muchas cosas.

Al llegar al festival, Christian nos recibió con el equipo de seguridad y nos condujo directamente al camerino de Chloé. Decir que estaba espectacular, es quedarse corta. Llevaba unos pantalones negros de piel muy ajustados, un corsé negro con tiras plateadas y unas botas de tacón de aguja por encima de la rodilla. Todos fueron saludándola mientras yo me quedaba en un segundo plano junto a Pierre, que no se despejaba de mis piernas. Chloé me miraba de reojo y cuando acabó de saludarlos, se acercó a nosotros, se puso en cuclillas frente a Pierre y le dijo algo al oído que hizo que ambos se rieran. Al levantarse de nuevo, me sacó el colgante de los labios y me dio un beso en la mejilla.

<¡Joder! ¿Cuándo me he metido el dichoso colgante en la boca?>

—Gracias por venir. Espero que te haya gustado la sorpresa —me susurra al oído.

No contesté, solo asentí intentado no mantener la mirada fija en sus ojos, pero era imposible.

Un asistente vino a recogerla momentos después, pero antes de que la puerta se cerrara, me miró una última vez y murmuró un —hasta luego— que hizo que todos los bordes de mi piel temblaran.

De camino a nuestras butacas, Antoine me preguntó si había escuchado alguna de sus canciones.

—Ni siquiera sabía que había publicado un disco —admito mientras obedezco los gestos de Christian para indicarme en que butaca debo sentarme.

—Cuando te fuiste, se pasó casi tres meses encerrada sin apenas salir de casa. Así nació el disco.

—Tres meses —susurro.

—Subió al número uno en todas las listas francesas durante primera la semana y se mantuvo en la misma posición durante cuatro semanas seguidas. Fue alucinante. Te gustará —asegura guiñándome el ojo.

—Tengo sed —se queja Pierre minutos después. Antoine me mira y me

hace un gesto para que vayamos los dos a buscarle algo de beber. Desde que nos hemos visto en el aeropuerto, no hemos tenido ocasión de estar a solas.

—Vamos a buscarte un refresco cariño. Volvemos ahora mismo. ¿Queréis algo? —pregunto a sus padres. Ambos contestan que no y Pierre promete guardarnos el sitio.

—¡Ese es mi chico!

Acaricié sus cabellos y le di un beso en la frente antes de levantarme. Tan pronto nos pusimos de pie, Christian hizo que nos siguiera uno de sus mastodontes. De camino al bar, Antoine no dejaba de mirarme de reojo.

—Estás muy cambiada.

—Debe ser el corte de pelo.

—No es eso. Por fuera te pareces a la Lisa de hace un año, pero estás diferente.

—Soy la misma persona, la única diferencia es que ahora me guio más por esta que por este —digo señalando primero la cabeza y luego el corazón—. O al menos era así hasta hace unos días —admito resignada.

—¿Por qué?

—Ella.

—Cuando hemos entrado en su camerino la he estado observando y hacía un año que no la veía sonreír de ese modo.

—Un botellín de agua, por favor —le pido a la camarera al llegar al bar—. ¿Tú quieres algo?

—¿Te partes una Cero conmigo?

—Vale.

Después de pagar, hicimos el camino de vuelta a nuestros asientos sin que el mastodonte nos quitara ojo de encima.

—¿Eres feliz?

—Debe ser la pregunta de la semana —digo con ironía—. A ver como lo explico —resoplo mirándolo de soslayo—. Cuando vuelvo la vista atrás, veo mucho sufrimiento y me arrastra a un pasado que no quiero olvidar, pero necesito que no forme parte de mi día a día para poder salir adelante. Si miro aquí y ahora, te veo solo a ti, mis pensamientos están aquí contigo, en este preciso instante. Pensar así me ha ayudado a superar mis miedos y a encontrarme a mí misma.

—No sé si acabo de entenderlo.

—¿Recuerdas que me dijiste que me reconciliara con mi pasado? Pues un día entendí que siempre los querré, pero quererlos, no significa exteriorizarlo

con lágrimas, miedo o depresión. Sigo recordándolos, amándolos y sé que siempre estarán en mi corazón, pero debo sacarlos de mi mente para poder seguir adelante.

—¿Qué hay de Chloé? ¿Ella también forma parte de tu pasado?

—Sí, y también me he reconciliado con esa parte. Ahora sé que somos culpables de las cosas que nos ocurren, en mayor o menor medida, pero que llegamos a esas situaciones por acciones y decisiones previas. Formó parte de mi vida y sigue dentro de mí, pero al igual que he aprendido a vivir sin Héctor y sin Marco, he aprendido a vivir sin ella. Y respondiendo a tu pregunta: Sí, soy feliz. Si hoy estoy aquí, es porque no le guardo ningún rencor. Nuestra ruptura me dio la oportunidad de reencontrarme a mí misma y de descubrir una versión de mí que no conocía.

Antoine me miraba intentado comprender lo que trataba de decirle pero no tuve muy claro si lo había entendido, así que decidí cambiar de tema.

—Dejemos de hablar de mí y cuéntame cosas de vosotros.

—Te puedo asegurar que el lunes hubo un gran revuelo en casa cuando Christian me llamó para pedirnos que viniéramos. Pierre no paraba de gritar y a Marie le dio un ataque de risa tonta que acabó contagiándonos a todos. Incluso Christian estaba contento.

—Solo faltan Claude y Stephane —me lamento.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Qué cabeza la mía! —dice entregándome un pequeño sobre. En el interior, hay una foto en la que se ve a Bodus, Sable, Vixe y Etoile junto a las cuerdas—. De parte de Claude.

—Me encanta —digo mientras la acaricio—. ¿Cuántos días os quedaréis?

—Un par a lo sumo. Chloé tiene otros compromisos.

—¿Aquí?

—En Francia.

Nos sentamos de nuevo en nuestras butacas justo cuando el escenario se quedaba completamente a oscuras, aumentando las expectativas de todos los allí presentes y concentrando en él todas las miradas. Cuando la música y los focos estallaron de repente, vimos aparecer a Chloé en el centro del escenario bailando junto a otros seis bailarines al ritmo de una pegadiza coreografía. Estaba espectacular. Solo tuve que mirar al resto del público para ver que estaban tan alucinados como yo. Levanté las cejas asombrada y Antoine me miró.

—Primer single. Primer número uno.

—¿Cómo se llama?



—Noir.

La letra me resultaba tremendamente familiar: cuando te has caído en un oscuro pozo, cuando estás hundida y solo eres capaz de ver tu vida en color negro, tu vida ya no te pertenece, la has abandonado.

<Ella también sabe lo que significa vivir a oscuras>

Para Pierre era su primer concierto y estaba boquiabierto. Con esa primera canción, se metió al público en el bolsillo, pero cuando realmente empezaron a quererla, fue cuando se dirigió a todos.

—Es la primega ves, que canto en este paísss y solo en mis mejores sueños, podía imaginar un público tan maravioso como vosotgros. Grasiass porq estar aquí, de todo cogazón. Muchas grasiass a toddoss. *Merci* —acaba diciendo con la mano apoyada en el pecho haciendo una reverencia.

Me dejó pasmada. Nunca la había oído decir una sola frase en castellano. Hasta entonces, pensaba que solo sabía decir: hola, siesta, buenos díasss y grasiasss, alargando la “s” final, algo que siempre encontré tremendamente sexy. Por lo hablar de la “r” convertida en una especie de “g”.

Marie y Jean—Marc estaban cogidos de la mano, Pierre apoyaba su cabeza contra mi hombro y Antoine seguía mirándome de reojo atento a todos mis gestos. Los mastodontes se mantenían a una distancia prudencial para no llamar demasiado la atención, algo que resultaba imposible, no solo por su envergadura, sino por el auricular de su oreja.

—Christian me ha contado la escena en el restaurante —susurra. Luego se separa y me mira con complicidad.

—Mi amiga casi inicia la Tercera Guerra Mundial.

—¿Es tu pareja?

—¡Qué va! —exclamo negando con la cabeza—. Es mi jefa... y una de mis mejores amigas —apuntillo dejándolo claro como el agua—. Le gustan los hombres más que a ti.

—Chloé no me ha dicho nada, no sé si piensa que es tu novia.

—Sabe que no lo es. Le hablé de ella y tiene buena memoria.

—Lo que sí te puedo asegurar, es que está hiperactiva y desde que te vio, tiene una sonrisa permanente. Christian me lo explicó por teléfono, pero hoy he podido comprobarlo por mí mismo.

—Dijo que le hacía mucha ilusión cantar aquí.

—No hagas eso.

—¡Venga ya! ¿¡No creerás que está así por mí!?

—¡Claro que sí! ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo? No te ha olvidado y

estoy seguro de que tú tampoco a pesar de la parrafada que me has soltado antes. ¡Mírala! He perdido la cuenta de las veces que ha mirado hacia aquí. Se me revuelve el estómago cada vez que pienso que la hemos engañado.

—No la hemos engañado —lo corrijo.— Simplemente no le hemos contado todo lo que sabemos.

—Eso es como engañarla. O incluso peor —remata.

—Ya hablamos de eso en su momento. No te engañes; la culpa no fue de Martha, fue nuestra. De las dos.

—Me hace gracia que te eches la culpa sabiendo que no la tienes. ¿Por qué?

—Sí la tengo. Por algún motivo desconfió de mí, y en eso, le fallé.

La tercera canción llegaba a su fin y aplaudimos con entusiasmo tras una coreografía final espectacular.

El escenario se quedó de nuevo a oscuras mientras los técnicos, vestidos completamente de negro, hacían cambios. Solo unos pocos minutos después, una tenue luz iluminó un precioso piano de cola de color blanco mientras el pianista tocaba unos preciosos acordes. Un foco la iluminó. Estaba sentada en un taburete alto junto al él y se había cambiado de ropa. Llevaba un largo vestido negro con un amplio escote que dejaba al descubierto sus hombros y gran parte de su torso.

—Quiero darg las grasiass a toda mi familia por acompañagme en esta nocche tan espesial.

Pierre me preguntó que estaba diciendo y, de nuevo alucinada, fui traduciendo sus palabras mientras Marie me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y hacia un ligero movimiento de cabeza lateral. Chloé miró hacia nosotros y nos lanzó un beso.

—*Merci, je vous aime. À tous* —recalca.

Los primeros compases de la canción empezaron a sonar y a medida que la letra avanzaba, me di cuenta de que era una balada de amor entre dos mujeres. Antoine volvió a mirarme.

—¿Te reconoces?

No podía contestarle, la música delicada y sutil me atrapó desde la primera nota y estaba completamente centrada en la letra de la canción que hablaba de amor, de soledad y de sufrimiento a partes iguales. Antoine encendió su móvil y me enseñó la portada de su disco, titulado “*A contraluz*”. La fotografía era la que yo le había hecho a lomos de Etoile.

Con “*Just Elle*” cerró el concierto. El público se puso en pie y no paró de

aplaudir mientras pedían otra. Yo también me levanté con la piel de gallina y aplaudí completamente entregada a su “*savoir faire*”. No solo era una afamada actriz en su país, también demostró ser una cantante de los pies a la cabeza y consiguió meterse al público en el bolsillo, ¡y cantando en francés! Porque una cosa es cierta, aquí la música francesa no triunfa pero esa noche sí.

Después de varios minutos de aplausos y los espectadores pidiendo otra, cerró el concierto con “*Vivre*”, una canción que se convirtió en una de mis favoritas por la forma en la que te invita a vivir, porque cada cuenta y hay que saber apreciar cada momento.

La vida te pone a prueba y depende de ti, solo de ti, superar cada una de sus pruebas para ser más fuerte y afrontar la siguiente con más firmeza y confianza. En nosotros radica toda esa fuerza, solo hay que encontrarla, entenderla y usarla.

Instantes antes de que el escenario se quedara completamente a oscuras, Christian vino a buscarnos acompañado de sus mastodontes y nos condujo de nuevo al camerino, donde al llegar, vimos que al menos, cincuenta personas hacían cola para intentar conocer a Chloé. Los miré con pena; ella nunca firmaba autógrafos.

Cuando conseguimos entrar, se estaba duchando y apareció minutos después ataviada con unos leggins de color negro y una camisa vaporosa de tul que dejaba parte de su espalda al descubierto. El negro era su color preferido y sin duda, el que mejor le sentaba. Se palpaba la emoción y, por qué no decirlo, el orgullo que sentíamos. El primero en hablar fue Pierre.

—Me ha gustado mucho tu concierto Chloé. ¿Podré venir la próxima vez?  
—dice abrazándola.

—Claro que sí Peque. Me ha encantado verte entre el público.

—Estas son las mejores vacaciones que he tenido.

A todos nos hizo gracia el desparpajo y la simpatía con la que había hablado, sobre todo a sus padres, que sentían verdadera adoración por él.

—Chloé, el equipo de seguridad del Festival me ha propuesto otra salida en vista que algunos fans se han congregado frente al pasillo. Cuando estés lista, nos vamos.

—Voy a salir a firmar.

Christian pareció confundido, ¡cómo para no estarlo! Era la primera vez que iba a hacerlo. Tras unos instantes de miradas y dudas, acabó accediendo, no sin condiciones, por supuesto. Él siempre las ponía cuando no lo veía claro.

—Solo las que hay en el pasillo. No dejaremos entrar a nadie más — afirma tajante.

Chloé aceptó y él salió para volver a entrar diez minutos más tarde, una vez lo tuvo todo bien organizado, pero no estaba acostumbrada y se la veía algo nerviosa. Respiró hondo y Christian se puso a su lado antes de salir protegiéndola con su mera presencia. En cuando la puerta se abrió, oímos un estruendo de gritos y aplausos, que solo fue el prelude del griterío que se formó cuando empezó a firmar. Tardaron algo más de media hora en volver al camerino y unos quince minutos hasta que el equipo de Christian consiguió despejar el pasillo de fans. En cuanto le avisaron por el pilinganillo de que todo estaba listo, nos indicó que lo siguiéramos.

—¿Nos vamos? —dice ella tomándome del brazo.

Ese gesto era un “deja vu” e hizo que casi me atragantara. Antoine me miró de reojo y sonrió, el muy tuno estaba disfrutando de lo lindo. Christian nos condujo a Chloé y a mí al primero de los dos todoterreno que nos esperaban, mientras Antoine conducía al resto de la familia al segundo.

—Has estado increíble —digo con sinceridad una vez dentro.

—Tenía motivación extra.

Los ojos le brillaban con tal intensidad, que por unas milésimas de segundo, mi ego habló tratando de convencerme de que esa felicidad era por mí tal como Christian y Antoine sostenían. Estaba radiante, eso no podía negarlo, pero me costaba admitir que yo contribuía a una parte de aquella felicidad.

—¿Cuánto llevas practicando el castellano?

—Desde el lunes.

—Tienes un acento muy gracioso —aseguro por no revelar que en realidad lo encuentro tremendamente sexy.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta en tono burlón.

—Por supuesto que no —río.

—Aunque ya sé un montón, quizás necesite un poco de ayuda para mejorar. ¿Sabes de alguien a quien le pueda interesar darme unas clases? —su pregunta es claramente con segundas pero decido jugar y avivo sin querer nuestra inconfundible complicidad.

—Seguro que en Francia hay magníficos profesores de castellano.

—Yo estaba pensando en alguien más cercano.

—Tendrías que aprender a utilizar Skype —apunto sabedora de su aversión por los ordenadores.

—Aprenderé.

No escondía su deseo de que aquel encuentro fortuito se repitiera y ese fue otro de los motivos que mermaron mi entereza aquella noche plagada de sensaciones contrapuestas.

Los todoterreno nos dejaron junto al helicóptero que nos había traído hasta allí y una vez dentro, me senté entre mis dos chicos. Chloé ocupó la fila de asientos frente a los nuestros junto a Marie y Jean—Marc. Pierre y yo no dejamos de hacernos confianzas a lo largo de todo el trayecto hasta que nos quedamos embobados contemplando los millones de diminutas luces que iluminaban la ciudad de Barcelona.

El helicóptero se posó con delicadeza sobre la pista de aterrizaje de la terminal de cruceros del puerto y una vez las hélices se detuvieron completamente, empezamos a descender, con tan mala suerte que Pierre se cayó intentado bajar solo.

Antoine lo levantó del suelo mientras el resto llegábamos apresuradamente para auxiliarlo. Le sangraban ligeramente las rodillas, pero él se tapaba la cara con las manos y lloraba desconsoladamente, algo que nos puso a todos nerviosos puesto que solo lo habíamos visto llorar de ese modo en contadas ocasiones. Marie preguntaba angustiada, pero Pierre era incapaz de responderle y seguía tapándose la boca. La experiencia y la habilidad de Christian fueron cruciales.

—No podemos estar todos encima de él, lo estamos agobiando. Hagamos sitio —ordena mientras hace un gesto circular con la mano para apartarnos. Con mucho tacto, le aparta las manos y comprueba que ambas le sangran, pero el problema más evidente está en el mentón, donde le ha salido un bulto del tamaño de un guisante.

—Debemos llevarlo al hospital —propongo rápidamente. Christian asiente visiblemente preocupado y prosigo—. El Hospital del Mar es el más cercano. Con el tráfico que hay a estas horas, no creo que nos lleve más de ocho o diez minutos llegar hasta allí.

—De acuerdo. Tú vendrás con nosotros —dice refiriéndose a Marie, Jean—Marc y él mismo—. El resto volved al hotel para que Chloé pueda descansar —le ordena a Antoine, que ha dejado de sostener a Pierre y lo deposita en brazos de su padre.

—Vamos todos —espeta ella con contundencia.

—No me gusta —replica Christian debatiéndose entre discutir con ella por su seguridad o darle prioridad al traslado de Pierre.

—He dicho que vamos todos —asevera. Su voz es tajante pero serena y Christian comprende que no está dispuesta a cambiar de opinión y acaba accediendo resignado.

Antoine y Chloé se dirigieron al segundo todoterreno seguidos por un par de mastodontes y yo me senté en el lado del acompañante junto a Christian mientras Jean—Marc metía con cuidado a Pierre dentro del coche seguido por Marie.

Mis cálculos fueron correctos y en apenas ocho minutos, estábamos delante del hospital. En la puerta de acceso de Urgencias, Christian pareció dudar entre quedarse fuera o acompañarnos.

—Tú obligación es estar con ella. Estaremos bien —digo para tranquilizarlo.

Anteponía su deber a cualquier otra cosa, pero yo sabía que en aquellos momentos le estaba costando mantenerse al margen porque Pierre era su ojito derecho.

En la sala de espera había al menos quince personas, pero el mostrador de triage estaba libre y no tuvimos que guardar cola. Pierre había dejado de llorar y parecía algo más tranquilo, sin embargo el bulto del mentón era ya del tamaño de una avellana.

—Buenas noches, el niño se ha caído y tiene la barbilla inflamada —le informo mientras le muestro el bulto.

—La tarjeta sanitaria —pide en tono seco.

—No tienen. Correremos con los gastos.

—¿Edad?

—Seis años.

Después de tomar otros tantos datos y firmar varios documentos, esperamos en la sala alrededor de diez minutos hasta que oímos su nombre por megafonía, emplazándonos a presentarnos en el box número 5, donde le hicieron un examen superficial antes de que un enfermero viniera a recogerlo.

—A ver, ¿dónde está el valiente que se ha caído? —pregunta al entrar en la consulta mirando directamente a Pierre.

Instintivamente, Marie y Jean—Marc me buscaron con la mirada porque no entendían nada. El pequeño lo miraba de arriba a abajo cohibido, porque más que un enfermero, parecía uno de los mastodontes de Christian vestido con bata blanca en lugar de traje.

—¡Este es Pierre! Por ahora solo habla francés, algo que espero acabe cambiando —bromeo.

—Pues chaval, yo no tengo ni idea de francés, así que por gestos —dice subiéndole el pulgar y pidiéndole con la mano que lo acompañe.

Sus padres y yo hicimos ademán de seguirlo, pero nos indicó que solo podía entrar un adulto y que el resto debía volver a la sala de urgencias. Jean—Marc pareció entenderlo y me pidió que lo acompañara yo para que pudiera entenderme con el personal del hospital. Lo seguimos por un pasillo adyacente y nos acompañó hasta otra sala donde estuvimos esperando al médico que llegó minutos más tarde para examinarlo.

—Parece que solo tiene el golpe, pero le haremos una radiografía para estar completamente seguros. Esperen aquí y el enfermero les acompañará hasta la sala de radiología.

Una vez allí, intenté que me dejaran entrar, pero su protocolo no lo permitía y no tuve más remedio que quedarme fuera. Tras hacerle la radiografía, el enfermero le curó las heridas de las manos y las rodillas y casi una hora más tarde, llegó el médico con los resultados.

—Siento la tardanza, la noche está siendo movidita.

—No se preocupe, hemos aprovechado para ponernos al día. Hacía muchos meses que no nos veíamos —le aclaro.

—Por suerte no tiene nada roto. La inflamación del mentón le irá bajando progresivamente aplicando hielo envuelto en un paño e Ibuprofeno cada ocho horas. Con un golpe así, lo más habitual es que se hubiera hecho una buena brecha, pero afortunadamente no ha habido que darle puntos. ¡Has tenido suerte chaval! —exclama mientras le acaricia la cabeza.

—¿Entonces puede hacer vida normal?

—Por supuesto. Un poco de playa bien untado de protección solar y muchos juegos en la arena lo curan todo.

Cuando le traduje a Pierre los comentarios del Doctor, le dio las gracias en castellano y nos sorprendió a los dos por igual.

—De nada. Procura no volver a caerte hasta que se te cure —dice ofreciéndole la palma de la mano para que le choque los cinco.

Cuando salimos, Marie y Jean—Marc se levantaron y vinieron prácticamente corriendo hacia nosotros. En la sala prácticamente no quedaban asientos vacíos.

—¿Qué han dicho? —pregunta ella arrodillada junto a su hijo.

—No os preocupéis, está bien. No tiene nada roto, solo inflamación por el golpe.

—Menos mal —exclama Jean—Marc aliviado.

—¿Podemos ir ya a cenar? —ruega el pequeño tocándose el estómago—. Tengo mucha hambre.

Nos echamos a reír y esas risas ayudaron a finiquitar los nervios que habíamos pasado desde la caída.

Christian y Antoine conversaban apoyados en los coches cuando salimos.

—¿Todo bien? —preguntan al unísono.

—Solo magulladuras. Para el mentón le han recetado un antiinflamatorio.

—Mandaré a alguien de mi equipo a buscar el medicamento, no te preocupes —propone Christian.

—Entonces deberíamos ir a cenar, porque Pierre tiene ¡más hambre que un león! —exclamo mirándolo y enseñándole los dientes.

—Un león muy grande —añade él rugiendo.

—¡A cenar! —exclama Christian tocándole la mejilla.

En ese momento Chloé bajó del coche y Pierre fue corriendo hacia ella, quien lo reprendió con dulzura por miedo a que pudiera volver a caerse. Se puso de cuclillas frente a él y escuchó atentamente cómo le contaba su experiencia en el hospital. Cuando acabó, lo despidió con un tierno abrazo y volvió hasta nosotros henchido de orgullo. Hice el ademán de seguirlo, pero Nico, uno de los mastodontes de Christian me condujo al coche junto a ella.

—Está encantado con sus tiritas —bromea en cuanto llego junto a ella.

—Menos mal que todo se ha quedado en un susto.

—Una batallita que contar a sus amigos del colegio.

El coche avanzó hasta incorporarse a Ronda Litoral e hizo un cambio de sentido. Mientras observaba la ciudad, no pude dejar de pensar en las palabras del médico: playa, arena y juegos. Desde que lo había dicho, una idea revoloteaba en mi cabeza sin que pudiera detenerla y estaba a punto de hacer algo de lo que seguramente me iba a arrepentir, pero en esos momentos no podía pensar en otra cosa que no fuera en Pierre. Chloé tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y la mirada perdida.

—El médico le ha recomendado unos días en la playa —digo mirándola. Ella se gira sin despegar la cabeza de la ventanilla, esperando que diga algo más. Al ver sus ojos, bajo la mirada y jugueteo con mis dedos pensativa debatiéndome entre seguir hablando o callarme.

—¿Qué intentas decirme?

—En mi casa hay sitio para todos —propongo tras unos segundos de incómodo silencio.

Chloé despegó la cabeza de la ventanilla y se acomodó en el asiento sin



dejar de observarme. Por fin lo había dicho, pero el alivio duró tan solo unos pocos segundos, los mismos que tardé en darme cuenta de que no estaba preparada para que me dijera que no. Christian observaba la escena a través del retrovisor.

—Tengo compromisos.

Intenté reprimir la desilusión y asentí mientras clavaba los ojos en la carretera, frenando el acto reflejo de ponerme el colgante entre los labios para no darle signos de mi decepción.

—Aunque por otro lado, Pierre debería seguir las indicaciones del médico —dice con tranquilidad—. Lo primero es lo primero.

Levanté la cabeza y reconocí esa mirada intensa e irresistible con la que era capaz de destrozarme. Se encogió de hombros para restarle importancia a los cambios de agenda, pero yo sabía perfectamente que siempre eran tremendamente complicados. Al paso por la estación del teleférico del puerto, observé la imponente silueta del Hotel Vela sin saber que era nuestro destino.

Christian accedió al aparcamiento subterráneo y un ascensor nos llevó directamente hasta el restaurante, donde nos acomodaron en una sala privada presidida por una enorme mesa de madera noble y unos confortables butacones de piel. Mientras consultábamos la carta, Chloé se dirigió a todos.

—Después de mucho tiempo, volvemos a estar reunidos alrededor de una mesa y os confieso que es una imagen con la que soñado muchas veces. Mañana deberíamos regresar a casa, pero ha habido un cambio de última hora.

Chloé mantuvo el suspense mientras todos la miraban expectantes excepto Christian y yo. Ambos nos miramos y sonreímos con timidez para no desvelar nada, pero entonces, todas las dudas del mundo empezaron a mortificarme y corté por lo sano.

—¡Callaros de una puta vez! Vienen conmigo y punto. ¡Dejadme en paz!> les grito desde lo más profundo de mi ser.

Quería tomar las riendas de la situación y mantenerme segura de mí misma, era primordial. La miré.

—Lisa nos ha invitado a pasar unos días a su casa. Sol y playa son dos palabras que juntas suenan fenomenal. ¿Qué opinas Peque?

Pierre miró a Chloé y a mí alternativamente con la boca abierta y de repente, se bajó de un salto y fue directo hacia ella para darle un abrazo que la pilló completamente desprevenida. Fue tan impulsivo, que tras abrazarla, se dio cuenta de lo mucho que le dolía la barbilla y soltó un leve quejido que hizo que todos contuviéramos la respiración. De vuelta a su silla, apoyó su

frente contra mi hombro y se dejó caer.

—Estas son mis vacaciones preferidas.

—¿Aunque te hayas hecho daño? —pregunto mientras lo beso en la cabeza. Él asiente y sé que he tomado la decisión correcta aunque me cueste algún que otro disgusto.

Durante los postres, consulté mi reloj.

<Las 12:23...se está haciendo tarde. Tengo que volver a casa y prepararlo todo para mañana>

—Deberías llevarme al helipuerto —le susurro a Antoine.

—Es demasiado tarde para volver, te quedarás con nosotros en el hotel.

—Pero... ¡no traigo nada! —digo moviendo los brazos alrededor del cuerpo indicándole que no llevo más que lo puesto.

—Ya nos apañaremos, no te preocupes por eso.

—¡Joder Antoine! —me quejo. El muy cabrito se encoge de de hombros y se echa a reír.

Al salir del restaurante camino del ascensor, Chloé me tomó otra vez del brazo. Tenerla tan cerca era agradable y desconcertante al mismo tiempo e intuía que lo estaba haciendo a propósito para provocar precisamente esos sentimientos enfrentados. Antoine se adelantó a todos y se dirigió a Recepción.

—Lo lamento, no nos quedan habitaciones libres —oímos al llegar junto a él.

—Vuelva a mirar, necesitamos una habitación más.

—Señor, ya le he dicho que no es posible. El hotel está completo.

—No insistas —le pido en voz baja llevándolo a parte.

—¡Mierda! —exclama enojado.

—Cogeré un taxi, no te preocupes. Es apenas una hora de viaje, cuando me quiera dar cuenta, estaré metida en la cama —digo guiñándole el ojo.

—En mi habitación hay sitio de sobras —interrumpe Chloé a nuestra espalda.

Antoine cambió el malhumor por su sonrisa de niño travieso mientras yo negaba con la mirada consciente de que pasar una noche tan cerca de ella, era una prueba demasiado difícil.

—Prometo portarme bien —dice arqueando la ceja sabiendo lo que estoy pensando.

—Por favor Lisa —me ruega mi querido y traicionero amigo.

<Tengo que ser fuerte. No puedo dejar que ella siga afectándome así. He

rehecho mi vida, soy feliz y me he demostrado a mí misma que soy capaz de hacerlo todo sola. Esto es una prueba más. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo> me repito dándome ánimos.

La habitación estaba situada en la planta más elevada del edificio y en cuanto entramos, lo primero que llamó mi atención, fueron las enormes cristaleras que ofrecían unas impresionantes vistas de la ciudad. La estancia era amplia y se parecía más a un ático que a la habitación de un hotel. Justo antes de salir a la terraza, pasamos por delante de un telescopio astronómico y mi sorpresa no pasó inadvertida a Chloé.

—En cuanto lo vi, me recordó a ti y fue el presagio de lo que acabó pasando el lunes. A veces me gusta pensar que los pensamientos son capaces de materializarse.

Volví a tragar saliva. Todos aquellos pequeños detalles se alineaban para aumentar mis dudas y desinflar mi paz interior.

La terraza disponía de un enorme hidromasaje y unas cómodas hamacas tapizadas en color beige. La brisa era suave incluso a esa altura y apoyadas en la barandilla, contemplamos fascinadas la silueta de la ciudad.

—No sé si el sofá del salón es demasiado cómodo.

—Será suficiente —aseguro sabiendo por dónde va.

—Voy a cambiarme. No desaparezcas —me ruega conteniendo la respiración. Me deja tan a cuadros que no sé que contestarle.

Cuando reapareció, era la viva imagen de concupiscencia llevada a su máxima expresión. Llevaba puesto un camisón de seda de tirante fino en color champagne con encaje tanto en el escote como en la cintura. Las dos sabíamos que tenía pijamas mucho menos sexys, por lo que, era obvio que no pensaba cumplir su promesa de portarse bien. No intercambiamos palabra alguna, simplemente me escabullí al baño a toda prisa evitando su inconsciente coacción, aunque a esas alturas, estaba convencida de que no era ni mucho menos inconsciente, sino todo lo contrario.

El baño era amplio y nuevamente los ventanales tenían un gran protagonismo. Sobre el lavamanos había una caja de amenities que mitigó uno de mis problemas: el de lavarme los dientes, pero el pijama y la ropa interior de recambio, seguían sin solución a la vista.

Salí del baño y contemplé durante unos instantes a Chloé observando a través del telescopio. Al advertir mi presencia, se giró y me tendió un pijama de dos piezas. La camiseta era de tirante fino y el short llevaba un pequeño remiendo en la cintura.

<Sigue usándolo>

—Es uno de tus preferidos.

—Te quedará bien.

—¿Has podido ver algo?

—Lo tengo fijado en Saturno.

—¿Sabes utilizarlo? Yo no tengo ni idea.

—Me compré uno hace unos meses —dice apartándose para que pueda mirar.

—¡Alucinante! —exclamo. Se ve algo borroso, pero es él. A los pocos segundos, la imagen desaparece del objetivo—. ¡Ya no está!

—Con este telescopio hay que ir siguiendo el objeto. El que tengo en casa lo puedo programar y se mueve automáticamente —dice poniéndose de nuevo al mando.

—¿En serio?

—Ven —dice invitándome a mirar de nuevo.

—Me encanta, es precioso.

—Mi planeta preferido.

—Lo recuerdo —aseguro refiriéndome a la primera vez que las vimos juntas y sonríó al recordar con cariño el cabreo de Antoine. Me aparto de la lente y la observo.

—Contemplarlas cada noche, ha sido la manera de mantenerme conectada a ti.

<No hagas esto más difícil>

—Deberíamos ir a dormir.

—Tienes razón —asegura dirigiéndose al salón—. Si te resulta muy incómodo, siempre puedes venirte —insinúa en tono malicioso refiriéndose al sofá.

—Has prometido portarte bien —la reprendo.

—Tenía que intentarlo. Buenas noches Lisa.

—Buenas noches —respondo mientras la observo alejarse hacia las puertas correderas que dan a su habitación.

Me mantuve despierta la mayor parte de la noche, incapaz de conciliar el sueño por culpa del caos de pensamientos que invadían mi cabeza. Teníamos una conversación pendiente que las dos tratábamos de evitar aunque por motivos diferentes. ¿Era cierto que me seguía queriendo tal y como aseguraban Antoine y Clara? ¿Y yo? La imagen de ella durmiendo en la habitación de al lado, no hizo más que agravar la confusión.

Oía mi nombre a lo lejos y gritos, muchos gritos. Mi cuerpo se movía compulsivamente y sentía un gran peso sobre el pecho. Sin apenas fuerzas y con la sensación de estar aprisionada, abrí lentamente los ojos. Había poca luz y sobre mí, una figura desdibujada me gritaba.

—¡Lisa! ¡Lisa! —repite Chloé con el rostro compungido.

—¿Qué pasa? —susurro aturdida.

—Tenías una pesadilla. Estabas gritando y llorabas.

Confusa y agotada, notaba las gotas de sudor recorriéndome la nuca.

—No pasa nada, todo está bien. Yo cuidaré de ti —asegura mientras me acaricia el rostro.

Chloé se tumbó a mi lado y con ello desapareció la sensación de tener el cuerpo aprisionado. Los párpados se volvieron a cerrar sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Con las primeras luces, abrí lentamente los ojos y el motivo de mis pesadillas me miraba con su irresistible sonrisa. Chloé estaba sentada sobre la mesa de centro que había junto al sofá con las piernas cruzadas. No sabía si alegrarme o no de que mantuviera la costumbre de observarme mientras dormía.

—Buenos días.

—Hola —contesto.

—Sigues durmiendo con una pierna destapada.

—Hay cosas que no cambian.

Dormir con una pierna destapada era una manía que no podía evitar y tenía el movimiento perfectamente automatizado: elevaba un palmo las sábanas con una pierna y la sacaba rápidamente antes de que volvieran a bajar.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Esta noche me has dado un buen susto.

El intenso color de sus ojos era aún más bonito por la mañana, cuando parecía intensificarse por las primeras luces. Sus largas pestañas se movían con delicadeza mientras hablaba.

—Siento haberte asustado.

—Sigues teniendo pesadillas...

—De vez en cuando —miento.

Hacía más de medio año que no había tenido ni una sola pesadilla y sabía que no era casual que volvieran justo cuando ella reaparecía. Vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta de tirantes blanca.

—He quedado para desayunar con mis músicos, pero si no te encuentras bien, me quedo.

—Estoy bien, solo necesito una ducha.

—¿Te unes a nosotros luego?

Tenía hambre, así que un buen desayuno después de la ducha me pareció una idea perfecta.

—Claro. Bajo dentro de un rato.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé.

Cuando se fue, consulté el móvil y tenía varios mensajes de Virginia.

—*¿Has vuelto?*

—*Espero que la porno star no te haya hecho daño. Te juro que la mato*

—*Llámame*

Estaba en línea y contesté a su mensaje sabiendo que no le iba a gustar mi respuesta.

—*Se van a quedar unos días en mi casa. Llegaremos a mediodía.*

No tardó ni cinco segundos en protestar.

—*¿Plural? ¿Todos se van a quedar en tu casa? ¿Te has vuelto loca?*

No le contesté. En lugar de eso, me metí en la ducha y contemplé cuan equivocada estaba la noche anterior al intentar imaginar las vistas de la ciudad a plena luz del día, porque la realidad superaba ampliamente mi imaginación.

Mientras salía del baño con la cabeza hacia abajo secándome el pelo con una toalla, oí unas voces en el pasillo e inmediatamente después, la puerta de la habitación se abrió de forma violenta.

—¿Qué coño haces aquí?

Uno de los guardaespaldas del equipo de Christian me miraba con cara de póquer sin saber qué hacer. Lo tranquilicé haciéndole un gesto para que nos dejara y él a su vez, hizo el ademán de quedarse tras la puerta por si lo necesitaba.

—Martha, vaya sorpresa —digo con total serenidad.

—Sorpresa es quedarse corta. Nunca hubiera imaginado encontrarte aquí y mucho menos así —dice refiriéndose a que solo llevo una toalla anudada al cuerpo. Su característica soberbia hace acto de presencia, pero es solo fachada. Ahora lo sé.

—Si buscas a Chloé, está desayunando.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Hacer el qué?

—Volver a meterte en su cama.

Me divertía verla tan fuera de lugar y me alegraba no sentir nada al mirarla. No había odio, ni rencor, ni tan siquiera resentimiento. Nada. Si su presencia no me producía emoción alguna, no podía hacerme ningún daño y me alegré, porque, al menos con ella, el control sobre mis emociones funcionaba.

—A pesar de tu empeño, parece que el destino sigue haciendo su trabajo. Al final tendré que darle la razón a Chloé —aseguro sabiendo que Martha conoce perfectamente su opinión acerca del destino.

—No sé a qué te refieres —contesta indecisa.

—Claro que lo sabes. Tú lo preparaste todo: la cita con tu primo que en realidad era un periodista, las fotos con él y la cena. Mataste dos pájaros de un tiro: te deshiciste de mí y te aseguraste estar a su lado si la noticia acababa saltando a la prensa, pero no hizo falta, porque se lo creyó todo y me echó de su vida. Lo preparaste muy bien, lo reconozco. Un trabajo perfecto. Ella solo tuvo que abrir el sobre, ver las fotos con la nota y atar cabos.

—¿Lo has sabido todo este tiempo y no le has dicho nada? —ríe satisfecha sin negarlo.

—Tardé un tiempo en comprender lo que había pasado, pero desde entonces, he esperado a que dieras el paso. Se lo debes.

—Puedes seguir esperando —dice con cinismo.

—¿Por qué lo hiciste? Ella te adora.

Marta se encogió de hombros y dibujó una amplia sonrisa cargada de falsedad. La situación la superaba y aunque estaba completamente fuera de lugar, la tía seguía intentando mantener el tipo. No lo consiguió.

—¡Tú no deberías estar aquí! —grita con agresividad. Su semblante cambia por completo y su sonrisa falsa se convierte en una mirada feroz. Con los ojos ligeramente cerrados y la boca contraída, da un paso hacia mí e instintivamente retrocedo.

—Estás enamorada de ella, ¿no es cierto? —pregunto tratando de sonsacarle más información.

—¡Tú no sabes nada de lo que siento! —ruge. Ha perdido los papeles y su tono de voz corrobora mis sospechas.

—Ahora sí.

La rigidez de su cuerpo se desvaneció: los brazos colgaban a ambos lados, las rodillas parecían desmoronarse y su mirada, fija en el suelo, indicaba que se había venido abajo. Pasaron varios segundos hasta que volvió a hablar.

—No tengo nada, solo a ella. Llegaste y arrasaste con todas mis

esperanzas.

Esa frase, cargada de sentimiento, hizo que sintiera de cerca su dolor y una punzada de compasión se apoderó de mi.

—Ella te quiere —aseguro recuperando el paso que he perdido cuando ha empezado a perder los nervios.

—¡Mentira! Solo te quiere a ti, nunca ha dejado de quererte. No pienso contarle nada. ¡Te odio!

—No hace falta que lo hagas.

Ambas levantamos la mirada desconcertadas. Chloé estaba allí, de pie, presa de una rabia fácilmente reconocible a través de su mirada. Martha palideció y sus dos esferas blancas entraron en pánico.

—Vete.

—Chloé —implora.

—¡Qué te largues! —grita.

—Déjame que te explique, por favor.

—¿Cómo has sido capaz de hacer algo así?

—Tienes que creerme, no quería hacerte daño. Todo se descontroló.

—No quiero volver a verte.

—Por favor —suplica de nuevo incapaz de contener las lágrimas.

—¡Ya! —grita indicándole la puerta custodiada por Christian que da un paso al frente intimidatorio.

La escena me recordó mucho a la nuestra y por un momento, incluso pensé que Martha podía ser menos culpable de lo que parecía. La habitación destilaba tristeza cuando, con gesto hundido, agachó la cabeza y se encaminó hacia la salida. Chloé no se movió de donde estaba y ni siquiera la miró cuando pasó a su lado.

Mi ropa estaba sobre el sofá, incluidas unas braguitas que había tomado prestadas de Chloé y me cambié detrás de él lo más rápido que pude. Una vez vestida, me dirigí a la puerta para darle algo de intimidad.

—No me dejes sola, por favor —dice con voz temblorosa.

Me rompió el corazón su mirada desconsolada y se echó a mis brazos rompiendo a llorar como una niña asustada.

La estrategia de Martha para conquistar su corazón, era un auténtico despropósito y obviamente no podía salirle bien para siempre. Tres personas, incluida ella, estaban pagando las consecuencias, sin contar al resto de la familia. Era una egoísta, quizás una enferma, pero en esos momentos, me dio pena.



—¿Estáis bien?

—Martha ha estado aquí —contesto a Antoine sin dejar de abrazar a Chloé.

—Lo sé, Marcus la está llevando al aeropuerto.

Antoine intentaba disimular su sonrisa y ese simple gesto me hizo reflexionar: Martha había aparecido por sorpresa en el hotel y resultaba extraño que la hubieran conducido a la habitación en lugar de llevarla junto a Chloé, que, sorprendentemente, llegó en el momento exacto para escuchar toda la conversación. Cuando lo miré y rehuyó mi mirada, supe que estaba detrás de todo.

—Chloé, mi invitación sigue en pie —le susurro—. Unos días de playa no solo le irán bien a Pierre—. Antoine se pone tenso y advierto, por el desasosiego que recorre su rostro, que no contaba con que ese suceso pudiera afectar a nuestros planes. Cuando ella asiente, él deja ir un suspiro de alivio y lo miro indignada.

—Recojo tu equipaje y nos vamos.

—Te echo una mano, así iremos más rápido —intervengo.

La ayudé a sentarse en el sillón orejero que había frente al ventanal de la terraza y la dejé con la mirada perdida y los ojos empañados.

—¿Qué has hecho? —pregunto en voz baja cuando llego junto al armario de la habitación que Antoine está vaciando.

—Así es como tiene que ser. Martha es una farsante y ella tenía derecho a saberlo.

Negué con la cabeza enojada. Había muchas maneras de explicárselo a Chloé y esa era la peor de todas.

—¿Te ha ayudado Christian? —pregunto sin obtener respuesta—. No has debido hacerlo, no es la manera —lo reprendo mientras lo sigo al baño sin que me haga el menor caso. Cuando lo tomo del brazo para exigirle una respuesta, veo una expresión de enfado en su rostro que apenas reconozco.

—¿Y cuál es la manera? Llevo meses atormentado guardándome la verdad para no faltar a mi promesa contigo. ¿Cómo crees que me siento cada vez que la veo saliendo de tu habitación a hurtadillas o escondiendo bajo la almohada el foulard que olvidaste? Ha sufrido demasiado y tú también. Tengo una familia de la que cuidar y las dos formáis parte de ella, así que haré lo que sea necesario para mantenernos unidos.

—Deberías haberla visto.... Martha no era ni siquiera un reflejo de sí misma —apunto con tristeza.

—¿Qué se joda! ¿Cómo puedes sentir lástima por ella?

—Porque no la odio.

—Eres demasiado buena.

—El odio es un sentimiento que te va mordiendo por dentro, que colapsa y aletarga al resto de tus de tus emociones. Odiarla no va a solucionar nada de lo que ha pasado. Es solo una mujer enamorada que no ha sabido canalizar ese amor de la forma adecuada.

—¿No entiendes nada! Esa mujer es incapaz de querer a nadie. ¡Está desequilibrada!

—Eres tú el que no entiende nada. ¿No te das cuenta? ¡Era una fachada! Se follaba a todas las personas que entraban en la vida de Chloé para evitar que pudiera enamorarse de ellas. No puedo imaginar lo que debe haber sufrido esperando que se fijara en ella.

—¿Sufrido? He visto a Chloé sufrir cada día desde que te fuiste. Me importa una mierda si ella ha sufrido. Por mí, que sufra el resto de su vida. ¡Se lo merece!

Me negué a seguir con aquella conversación mientras Antoine no cambiara el tono y negando con la cabeza, le dí la espalda para terminar de recoger los potingues que había en el baño. Él salió y acabó de hacer la maleta de Chloé en un santiamén.

Los todo terreno nos llevaron hasta la pista de aterrizaje, donde nuevamente, nos esperaba el helicóptero. Chloé estaba tan abatida, que tuve que sostenerla del brazo hasta llegar al él por miedo a que pudiera caerse. No habló durante todo el trayecto, pero de vez en cuando le lanzaba una mirada recriminatoria a Antoine que no pasó desapercibida a Christian y ambos se revolviéron incómodos en sus asientos. Pierre se acurrucó a mi lado y pareció entender que el ambiente era demasiado tenso como para hacer bromas y permaneció en silencio prácticamente todo el trayecto. Pese a su edad, tenía un saber estar que muchos adultos son incapaces de atesorar.

Una vez en casa, acomodé a Chloé en la terraza y entré de nuevo para darle instrucciones a Antoine.

—Instala a Jean—Marc y Marie en la habitación que hay subiendo las escaleras a mano derecha. La siguiente es la de Marco, será para Pierre.

—¿Estás segura?

<Ahora mismo no estoy segura de casi nada, pero si alguien tiene que dormir en la habitación de mi hijo, no se me ocurre nadie mejor que él>

—Sí. Dejad las cosas de Chloé en mi habitación, segunda a la izquierda.

Al oírlo, levantó la ceja y me miró con sorna.

—Te equivocas, yo dormiré en el sofá.

—¿En serio? Ese sofá no tiene pinta de ser muy cómodo —bromea.

—No estoy para bromas —le advierto. Vosotros dos, dormiréis en la primera habitación que hay subiendo a la izquierda.

Cuando regresé a la terraza, Chloé contemplaba el horizonte y ni siquiera me oyó entrar.

—Te he traído una copa de vino blanco. Te sentará bien.

La tomó por inercia, sin mirarme y le dio un sorbo mientras me sentaba a su lado y la observaba preguntándome en qué debía estar pensando exactamente. Antoine tardó casi media hora en bajar y tan pronto lo hizo, le pedí que me relevara para poder preparar algo de comer. No quería que se quedara sola ni un momento.

<Si hubiera vuelto anoche, nada de esto hubiera pasado y encima tendría la comida hecha> me recrimino al abrir la nevera.

Estaba poniendo la olla en el fuego con intención de cocer unas patatas para hacer ensalada de patata con tomate, atún, maíz y huevo, cuando Marie apareció.

—¿Te echo una mano?

—No hace falta, lo tengo todo controlado. De primero tenemos ensalada fría y montaditos variados. De segundo, brochetas de pollo con verduras. Anda, descansa un rato.

—Mis chicos han salido a dar un paseo, dame algo que pueda hacer —me implora juntando las palmas de las manos.

Cómo negarme. Mientras nos poníamos manos a la obra, Christian apareció por la cocina.

—A parte de la ventana, no tiene ninguna otra salida. Bien.

—¿Te puedo ayudar? —pregunto.

—Solo hago hago una inspección rutinaria. ¿Tienes alarma en el garaje? He visto que da a otra calle.

—Casi nunca lo utilizo, pero sí, la alarma también está conectada al garaje.

—Necesitaré el mando y la combinación. Por favor —añade.

<Vamos mejorando>

—Te daré una copia.

—Gracias —dice alejándose.

Jean—Marc y Pierre volvieron de su paseo por la playa sedientos y rojos

como un tomate cuando prácticamente teníamos todo preparado. La verdad es que se notaba la experiencia de Marie y fuimos mucho más rápido de lo que hubiera ido yo sola.

—¡Huele de maravilla! ¿Qué es?

—Brochetas de pollo. ¿Te apetece un vino blanco bien fresquito?

—Si no te importa, prefiero una cerveza, pero tranquila, me sirvo yo mismo —dice apuntado la nevera con el dedo índice.

—Estás en tu casa. Antoine está en la terraza con Chloé.

—Pues le llevo una. ¡No veas el calor que hace aquí!

—¿Cómo ha ido el paseo cariño? —pregunto a Pierre que sigue con las mejillas enrojecidas y un poco aletargado por culpa del calor y la humedad.

—Me ha gustado mucho la playa y papá me ha dicho que podremos ir a bañarnos después de comer.

—Claro que sí, iremos cuando baje un poco el sol. Ten, bebe un poco —le pido ofreciéndole un vaso de agua.

—Pero es que hay un problema —asegura después de bebérselo entero.

—¿Qué problema es ese?

—No tengo bañador.

—Eso no es un problema. Te dejaré uno. Por cierto, no me has dicho que te ha parecido tu habitación.

—Es muy chula Lisa. Mamá me ha dicho que era de tu hijo y que se fue al cielo.

—Sí, se llamaba Marco. ¿Ya has conocido a Pepito?

—¿Pepito? —pregunta extrañado.

—Es el conejo que hay sobre la cama. Puedes dormir con él si te apetece, es el guardián.

—¿Marco tenía un guardián? —pregunta alucinando.

—Era su peluche preferido e iba a todos sitios con él, por eso ahora es el encargado de cuidar su habitación.

—Pues yo cuidaré de Pepito.

—Sé que lo harás cariño —le digo con ternura.

—¿Puedo ayudar a cocinar?

—Nos ayudarías muchísimo si pones la mesa.

—¡Vale!

<Veo que no ha perdido su entusiasmo por hacer tareas de adultos>

—Ve diciéndome todo lo que necesitas y yo te ayudo a buscarlo.

—Tengo que contar cuántos somos, ¿verdad?

—¡Exacto! Eso es lo primero que necesitas saber.

Mientras contaba con los dedos de la mano, lo observé orgullosa y me di cuenta de lo mucho que me alegraba tenerlo allí.

—¡Somos siete Lisa! Necesito siete platos, siete vasos, siete tenedores y siete cuchillos. ¿Hacen falta las cucharas de sopa?

—Hoy pasamos de sopa —aseguro riéndome.

Jean—Marc y Antoine lo ayudaron a poner el mantel en la mesa de la terraza, pero no aceptó ninguna otra ayuda y fue montándola poco a poco. Los cubiertos los envolvimos en una servilleta de algodón para evitar que pudiera cortarse mientras los llevaba hasta la mesa.

A pesar de que Pierre nos hizo a reír a todos con sus payasadas, Chloé se mantuvo callada durante toda la comida y apenas probó un par de montaditos tras insistir mucho en ello. Antes del café se retiró a descansar, pero me pidió que la despertara cuando fuéramos a la playa.

Tras el café, todos subieron a hacer la siesta excepto Pierre, que estaba tan excitado con la idea de bañarse en el mar, que no quiso saber nada de irse a la cama y fue la excusa perfecta para retomar nuestro hábito de lectura. Eligió el cuento de Spirit, que casualmente era uno de los preferidos de mi hijo y nos acomodamos en el “chaise longue” del salón cobijados de las altas temperaturas del exterior. Obviamente no tenía cuentos en francés, pero fue incluso mejor, porque escuchar a Pierre leer algunas palabras sueltas en castellano, fue divertidísimo.

A las cuatro en punto, cerramos el libro y corrió escaleras arriba para despertar a sus padres. Lo seguí para hacer lo mismo con Chloé y de camino, me crucé con Christian y Antoine, que tenían cara de no haber pegado ojo.

—Con tu permiso nos vamos a hacer un café.

—Mi cafetera no tiene secretos —digo recordando mi primer día en la mansión.

La habitación estaba totalmente a oscuras, solo entraba luz por la puerta que acababa de abrir. Caminé despacio hasta la cama y al sentarme junto a Chloé, sentí un fuerte impulso de abrazarla, como si con ese gesto pudiera liberarla de todo el dolor que la envolvía. Sin decir nada, puso su cabeza sobre mi pierna y mis manos quisieron acariciar sus cabellos pero mi mente interceptó la tentación y me mantuvo alejada de ese pensamiento. No me había preparado para ese tipo de gestos cariñosos, pero en realidad no me había preparado para nada de lo que estaba sucediendo. Inicialmente todo iba a ser más fácil: un concierto, una charla y quizás una llamada de vez en cuando, sin

embargo todo se había descontrolado y las emociones estaban a flor de piel.

—No he podido pegar ojo.

—Quédate descansando un rato más, lo necesitas.

—Prefiero acompañaros, la playa me trae buenos recuerdos.

<La casa flotante. Sin duda, los mejores días que hemos pasado juntas>

—¿Has traído bañador?

—Unos días de descanso no entraban en mis planes.

—No es problema. Te dejaré uno de los míos —aseguro dirigiéndome al armario mientras pulso el interruptor que levanta la persiana.

Después de dárselos, vi como empezaba a desvestirse frente a mí sin ningún pudor.

<Solo me faltaba verla desnuda>

Volví al armario para buscar mi bikini estampado en tonos verdosos y entré en el baño sin mirarla, ni siquiera de reojo.

—Ten, ponte protector solar, voy a llevarle este otro a Marie. Nos vemos abajo cuando estés lista —digo al salir mientras contemplo con satisfacción que el bikini le queda perfecto.

Después de darle el protector solar a Marie, bajé al garaje para coger un balón, un cubo y una pala. Eran de Marco y aunque mi mente durante unos segundos recordó incluso el día que le compramos cada cosa, desperté a tiempo de no caer sumida en aquellos bonitos recuerdos. Al subir, todos estaban en el recibidor esperándome.

—¡Vamos!

Fue decir eso y Pierre empezó a dar saltitos de alegría. Me encantaba cuando hacía eso. De camino a la playa, el calor era tan intenso, que tuve miedo de que pudiera coger una insolación y no dudé en volver a casa para buscarle una gorra. Nico parecía ser la persona que Christian me había asignado puesto que me siguió de cerca.

Antes de abrir el armario de Marco, me sorprendí a mi misma alegrándome por no haber empaquetado sus cosas y darles una segunda oportunidad. Un bañador y una gorra salieron de él contra todo pronóstico aquel día.

—¿Un vaso de agua antes de irnos? —le propongo a Nico que está sudando la gota gorda al pie de las escaleras.

—Te lo agradezco.

Al volver, se quedó cerca del paseo desde donde tenía un amplio campo de visión, cobijado bajo la sombra de un árbol mientras yo hundía de nuevo

con los pies en la ardiente arena. Christian estaba situado a unos metros de grupo, vigilando como de costumbre.

—Ni siquiera sabía que tenías bermudas —bromeo acercándome a él.

—Como todo el mundo —asegura sonriendo.

—¡Y yo que pensaba que dormías con el traje puesto! Se me ha caído un mito...

Tuve problemas para contener la risa al ver su expresión de sorpresa cuando me miró con las cejas levantadas. Estaba relajado a pesar de que estábamos en un lugar público y en cualquier momento alguien podía reconocerla. Durante unos instantes, contemplamos en silencio las risas y la cara de felicidad de Pierre jugando en la orilla junto a sus padres. Antoine y Chloé se habían tumbado al sol en unas hamacas alquiladas pero no se dirigían la palabra.

—Te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Por no hacer bien mi trabajo. Debería haber estado más atento y de ese modo me hubiera dado cuenta de lo que estaba tramando Martha. Bajé la guardia y eso tuvo consecuencias desagradables de las que me siento responsable.

—Haces tu trabajo mejor bien. Nadie podría haber llegado a pensar que sería capaz de hacer algo tan rebuscado.

—Aún así, me siento culpable.

—Que te echas la culpa, no va a cambiar nada. El pasado es una carta levantada, no podemos cambiarla. Solo importa el presente.

Christian asintió con la mirada y noté un leve alivio aunque menor de lo que me hubiera gustado. Por mucho que él se sintiera culpable, no lo era en lo más mínimo.

—No sé si hemos hecho lo correcto, pero lo hecho, hecho está. Para los dos ha sido difícil mantenernos al margen sabiendo la verdad —afirma. Tras un leve intervalo, prosigue—. Te aseguro que no fue premeditado. Martha llegó sin avisar y en cuanto la vimos, supimos lo que teníamos que hacer con tan solo una mirada. Chloé había recuperado la sonrisa y no podíamos permitir que lo estropeará de nuevo. Reconozco que fue una jugada arriesgada y no ha salido todo lo bien que queríamos.

—Se recuperará, no te preocupes —digo poniendo mi mano sobre su brazo de hierro.

Mientras me dirigía a las tumbonas, se levantó una ligera brisa que movió

con suavidad su melena rojiza. El sol brillaba, la arena quemaba y las olas peinaban la orilla. De fondo se oían las carcajadas de Pierre y en ese momento, no puede imaginar mejor sitio en el que estar.

Antoine se levantó nada más verme aliviado por poder alejarse del fatigoso silencio que había entre él y Chloé.

—Ponle esta gorra a Pierre. No me gustaría que su primer día de playa se convirtiera en su primera insolación. He traído otro para ti —digo mirando a Chloé que me observa con la ceja levantada. Toma la pabela de paja que le ofrezco y se la ajusta.

—Me gusta.

—Creo que te la voy a regalar, te queda mejor que a mí —aseguro deslizando el vestido playero por mis piernas.

Su cuerpo estirado al sol con aquel bikini que parecía estar hecho para ella, me aceleró el pulso. Para evitar mirarla, intenté distraerme poniéndome de nuevo crema protectora, pero ni con esas. Mis ojos no me hacían caso y se desviaban continuamente a alguna parte de su cuerpo, así que terminé por imitar a Antoine.

—Me voy a nadar un rato, ¿vienes? —pregunto sabiendo lo poco que le gusta nadar.

—No te perderé de vista —me advierte subiendo la inclinación de la tumbona.

Después de saludar y jugar brevemente con los demás en el agua, nadé hasta la boya que delimita la zona de baño y agradecí que estuviera algo más fresquita. Desde allí, puse en marcha mi reloj aunque sabía perfectamente que la ruta que solía hacer de boya en boya eran unos dos mil metros. Le había cogido el gusto a nadar en el mar y por aquel entonces, era tan necesario para mí, como correr. Con todas mis fuerzas traté de estar concentrada en el ejercicio para intentar olvidarla, pero contra más empeño ponía, más mi mente me obligaba a lo contrario. A medida que me fui acercando a la orilla, mi nerviosismo fue en aumento. Al salir, vi que todos se habían trasladado a la zona de hamacas.

—Has puesto nervioso a Christian —me advierte Antoine saliendo a mi encuentro.

—¿Y eso?

—Te has ido demasiado lejos.

—¿No se cansa de controlarme?

—No ha sido el único —insinúa levantando la ceja.



Puse los ojos en blanco y seguí avanzando dejándolo plantado.

—¿Cuánto has nadado?

—Mil novecientos treinta y dos metros —digo consultando mi reloj.

—Me ahogo solo de pensarlo —resopla a mi espalda.

Pierre estaba merendado el bocadillo de Nocilla que le había preparado y cuando acabó, nos fuimos los dos hasta la orilla para hacer castillos de arena. Empezamos con varias torres solo para practicar y cuando le cogió en tranquilo, alisamos la arena y construimos cuatro torres, separadas cada una de ellas por unos tres palmos y unidas entre sí por un muro que levantamos con arena bien mojada. Una vez el castillo estuvo formado, hicimos un pozo en el centro de unos quince centímetros de profundidad y escarbamos un surco bajo el muro que llegaba hasta la orilla, con intención de que el agua llegara con las olas a través de él y poco a poco, inundara el pozo interior. Con cada inundación, el pozo se haría más y más grande, hasta acabar derrumbando el castillo, que sin lugar a dudas, fue la parte que más le gustó.

Volvimos a casa sobre las ocho y media, con Pierre hambriento y cansado, por lo que no tuvimos ninguna duda de que caería rendido justo después de cenar.

Todos se marcharon a sus habitaciones para darse una ducha, excepto yo, que me quedé en la cocina pensando en la cena y haciendo tiempo hasta que Chloé bajara para poder ducharme yo. Hice lo posible por evitar estar a solas con ella consciente de cómo su presencia agitaba todo mi ser.

Tenía lo necesario para preparar una ensalada de romesco con bacalao y un gazpacho acompañado de picadillo de verduras.

<¡Y unas bravas!>

Me puse manos a la obra y en un momento, tuve preparado el gazpacho. Mientras lo dejaba enfriando en la nevera, apareció Antoine y tras él, Marie.

—Tengo tres primeros: Ensalada con bacalao, gazpacho y patatas bravas. Lo siento, repetimos patatas, mi despensa no da para una cena más equilibrada —ironizo.

—¿Qué problema hay en comer patatas dos veces? —ríe Antoine encantado con la idea—. Yo me puedo hartar de jamón y Bravas —asegura con el cuchillo jamonero entre las manos.

—Buena idea, no había pensado en el jamón. ¿Te encargas de cortarlo? Haré pan tostado con tomate y aceite.

—¿De segundo? —pregunta Marie.

—Ni idea.

Marie abrió la nevera y empezó a negar con la cabeza.

—Da un poquito de pena.

—Mañana a primera hora, iré a hacer la compra.

—Encarguemos pizza —propone Antoine mientras sigue cortando lonchas de jamón, sin que ninguna de ellas acabe en el plato.

—¿Cómo vas de castellano? Te toca llamar —aseguro.

—Ni de broma.

—Pues no hay pizza —le advierto dándole el teléfono—. Aquí tienes la carta de pizzas y el número. Necesito una ducha.

Chloé no había bajado todavía, pero hacía casi una hora que habíamos llegado de la playa y era imposible que siguiera bajo el grifo. Al no verla en mi habitación y tampoco en el baño, me entró el pánico y empecé a buscarla inquieta.

Abrí la habitación de Marco de sopetón y suspiré aliviada al verla sentada sobre su cama. Entré y me senté a su lado observando el peluche que sostenía entre las manos.

—Se llama Pepito, era su favorito. Este es Apache, ¡el caballo más veloz de toda la llanura! Juntos viven aventuras increíbles —digo haciéndolo cabalgar sobre la cama.

—Pepito...—susurra recordando nuestro delfín—. ¿Cómo puedes ser tan fuerte? Yo sería incapaz de superar algo así.

—Por más que intento dejar el pasado atrás, no hay día que no recuerde algún pequeño detalle de nuestra vida cotidiana. Normalmente me hace sonreír y rara vez llorar, pero hace un tiempo, era a la inversa y cualquier detalle, por pequeño que fuera, me sumía en una profunda tristeza y me recordaba que estaba sola. Con el tiempo he aprendido a seguir adelante y no mirar al pasado con amargura.

Como tantas otras veces, la electricidad atravesó mi cuerpo cuando noté el calor que desprendían sus ojos al mirarme. A medida que pasaban las horas, su efecto se intensificaba.

—¿Cómo estás? —pregunto intentado detener esa sensación. Sostengo a Apache sobre mi regazo y jugueteo con él para no mirarla.

—Me siento una imbécil por partida doble. En primer lugar, por no darme cuenta de cómo era realmente Martha y en segundo lugar, por perderte —asegura bajando la voz.

—Martha te quiere a su manera, pero te quiere. Quizás deberías darle una oportunidad.

—¿Una oportunidad después de todo lo que nos ha hecho?

—Al menos una oportunidad para que pueda explicártelo.

Sin ni siquiera pretenderlo, le di a entender que no volviera a cometer el mismo error que había cometido conmigo y pareció entenderlo.

—No se lo merece.

—Tú tampoco mereces guardar ese rencor dentro de ti el resto de tu vida. Para pasar página necesitarás hablar con ella, averiguar sus motivos y ayudarla a perdonarse por todo lo que ha pasado. Solo así tu herida podrá cerrarse.

—¿Has cerrado la herida que te hice?

—Pensaba que sí —digo con sinceridad.

—¿Me odias?

—No —digo negando con la cabeza—. Y tampoco a ella. Lo que pasó fue por culpa nuestra, Martha solo fue la guinda.

—Fue culpa mía.

—Nuestra. Te resultó fácil desconfiar de mí y eso hizo que durante un tiempo me preguntara ¿por qué? Obviamente te fallé si te dí motivos para ello.

—Nunca me diste motivos, pero por alguna razón, me asaltaba continuamente la idea de que me dejarías y eso me aterraba. Cuando Christian me dio el sobre, solo me advirtió que no me gustaría. Antes de abrirlo, me senté en la cama junto a ti y me sentí la mujer más afortunada del mundo. Te observaba embobada cuando saqué la primera foto y al volver la vista para contemplarla, todo mi mundo se vino abajo. “Tu amante está a punto de sacar a la luz vuestra relación. Ella no es lo que parece” rezaba el mensaje. Todas mis pesadillas se hicieron realidad y sentí tanto miedo, que fui incapaz de ver más allá. Revivo una y otra vez tu mirada desencajada al pedirte que te fueras y me odio a mí misma por ser tan gilipollas.

Sus ojos me seguían atrapando y por más que intentaba convencerme de que todo aquello era un error, mi corazón se derretía cada vez que su mirada alimentaba esas emociones. Tuve el impulso de abrazarla, pero por suerte, Pierre lo detuvo.

—¡Lisaaaa! —oímos a lo lejos.

—Tu hijo adoptivo te reclama —dice con pesar.

—Deben haber traído las pizzas y estoy sin ducharme.

—Hueles a mar, me gusta —asegura suspirando—. Yo me encargo de Pierre. Dúchate tranquila.

Ambas salimos de la habitación y escuchamos a Marie pedirle un poco de

paciencia a su pequeño. Me quedé embobada observando como Chloé descendía las escaleras con aquella naturalidad y sensualidad innata en ella.

Durante la cena, Pierre me enseñó una preciosa concha de unos cinco centímetros.

—Debe llevar poco tiempo en la orilla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta intrigado.

—Porque brilla. Cuando llevan mucho tiempo en la orilla, pierden el brillo al rozarse contra la arena. Hacía tiempo que no veía ninguna de este tamaño.

—¡He encontrado dos!

—¿En serio? Eres un chico con suerte.

—Esta es para ti. La otra se la he dado a mamá.

—No puedo aceptarlo. Es un regalo que el mar te ha hecho a ti.

—Es para ti Lisa —insiste poniéndomela sobre la mano.

—Gracias por regalarme tu tesoro —digo abrazándolo y besándolo en la frente.

Tal como habíamos previsto, en cuanto acabó de cenar, se tumbó en el sofá del salón y se quedó dormido.

Desde mi posición en la mesa, lo veía descansar plácidamente rodeada de algunas de las personas que más quería. Me sentí afortunada. Con el tiempo, me he dado cuenta de que ser consciente de esos pequeños momentos de la vida, es el verdadero camino para encontrar la felicidad.

Estuvimos charlando alrededor de la mesa durante un buen rato antes de que Marie se retirara visiblemente cansada y se llevara a Pierre con ella. Chloé y yo nos servimos un Gin Tonic en el salón cuando los chicos se pusieron a jugar a las cartas y a pesar del ruido que hacían en la terraza, se respiraba paz.

—¿Damos un paseo por la playa?

—Pobre Christian, se le ve tan relajado —adviento observándolo. Parece que ha ganado la manga y el resto lo achaca a la suerte del principiante.

—No le diremos nada.

—Le puede dar un infarto si desaparecemos —adviento un poco asustada. Ella me mira con complicidad decidida a salir sin su permiso.

—Llevaremos el móvil, así podrá llamarnos cuando se dé cuenta de que no estamos —dice sonriendo como una adolescente a punto de cometer la mayor de las travesuras.

—No sé Chloé, me parece que no es...

No me dejó acabar la frase. Saltó del sofá, me cogió de la mano y me arrastró fuera del salón, con tanto ímpetu, que por poco no nos matamos al tropezar con la alfombra. Nos dio un ataque de risa monumental.

—Shhhh ¡Calla o Christian nos oirá! —le pido.

—Me callo —dice intentando poner el rostro serio, pero nada más acabar la frase, estalla de nuevo en una gran carcajada.

—¡A ti te ha sentado mal el vino de la cena!

Antes de salir, cogí una gorra del perchero y se la di para que pudiera ocultarse bajo ella.

Era medianoche, pero el paseo que bordea las diferentes playas de Cambrils, estaba abarrotado de gente intentando esquivar el calor acumulado en las viviendas a lo largo del día. Cuando nos cruzamos con el primer grupo de gente, me puse tensa pensando que a Chloé le entraría el pánico, pero me equivoqué; ni siquiera los miró y ellos a ella tampoco. Estaba feliz y fue la primera vez que la vi queriendo comportarse como una persona normal y corriente delante de gente a la que no conocía.

—Quítate las sandalias, iremos por la orilla, está más oscuro y evitaremos cruzarnos con alguien que pueda reconocerte. Está plagado de franceses —le advierto.

—Christian estaría orgulloso de ti —dice mofándose.

—No quiero ni pensar en el cabreo que va a pillar cuando descubra que no estamos en casa.

Chloé se volvió a tronchar de la risa mientras se quitaba las sandalias. Estaba mucho más oscuro de lo que se podría apreciar desde el paseo, apenas llegaba luz, a excepción de los pequeños farolillos de los pescadores dispersos por las rocas. No quería alejarme demasiado y miré hacia el paseo para calcular a qué distancia estábamos de casa. Tragué saliva.

—Mierda.

—¿Qué?

—Christian.

—¡Bah! No te preocupes, seguro que no se ha dado ni cuenta.

—Está allí.

—¿Dónde?

—Junto a la palmera que hay frente a la casa con los balcones de madera —digo intimidada por la cara de pocos amigos que tiene. Chloé escudriña la zona intentando localizarlo mientras él mantiene la mirada fija en nosotras.

—¡Ja, ja, ja! ¡Está cabreado!

Lo que habíamos hecho era una irresponsabilidad y estábamos poniendo en riesgo la seguridad de Chloé, pero por otro lado, me recordó lo mucho que ansiaba tener momentos así cuando estábamos juntas. Momentos cotidianos para cualquier otra pareja, pero no para nosotras.

—Deberíamos volver.

Christian empezó a andar hacia nosotras y cuando me giré para decírselo a Chloé, ya no estaba a mi lado, se estaba metiendo en el agua en bragas y sostén.

—¡Chloé! ¿Qué haces? —pregunto alucinando. No obtengo respuesta e insisto de nuevo—. No me hagas ir a buscarte, detesto bañarme de noche —la reprendo.

—Miedica.

—Lo que tú digas, pero ¡vuelve! —ruego mientras observo como su estilizada silueta se pierde en medio de la oscuridad—. ¡Chloé!

No me gustaba la idea de meterme en el agua, pero me gustaba mucho menos dejarla sola. Me desvestí y me metí despacio suplicando para no rozarme con nada. No poder ver dónde ponía los pies, era una sensación que no me gustaba lo más mínimo.

—¿Chloé?

—Estoy aquí. Avanza un poco más.

Ella podía verme porque estaba a contraluz, pero no yo veía un pimiento. Resoplé mientras sentía el frescor del agua llegándome al vientre.

—Un poco más. Avanza un poco más —dice antes de notar su mano sobre mi brazo.

—Mal día para bañarse de noche.

—¿Por qué? El agua está buenísima.

—No hay luna, está todo muy oscuro.

—Yo te protegeré.

Se había acercado mucho a mí y nuestras piernas se rozaron. La electricidad que me producía su contacto me atravesó de nuevo y en un intento por dominarme, me separé de ella.

Efectivamente, desde del agua se veía mucho mejor la playa por el efecto de la luz y contemplé una enorme silueta junto a nuestra ropa.

—Espero que sea él, sino vamos a tener que volver a casa en ropa interior.

—¡Estamos bien! —grita ella.

—No os alejéis —advierte la masa.

—¿Crees que se le pasará el enfado?

—Me da igual —susurra junto a mi mejilla.

Otra vez la tenía pegada a mi, tan cerca, que incluso notaba su aliento fresco junto a mi rostro. Dominaba como nadie las distancias cortas y consiguió encender la llama que había intentado contener desde el mismo instante que cruzamos la mirada en el restaurante. Un calor abrasador ascendió por mi entrepierna y mis terminaciones nerviosas se pusieron como locas. Sus manos se posaron alrededor de mi cintura y subieron lentamente por la espalda, provocando un surco de lava. Al llegar al cuello, arremolinó sus dedos en mi pelo y acercó sus labios a los míos. No pude impedirlo, estaba completamente sometida a su embrujo pero tras ese primer beso, mi lado más centrado quiso retomar el control.

—Esto no está bien —protesto apartando sus manos de mi cuello. En cuanto las suelto, vuelven como un imán al mismo sitio y pega su cuerpo al mío. Me besa despacio, envolviendo sus labios salados con los míos—. Chloé por favor...no puedo —imploro.

—Siempre estás confundida cuando se trata de mí. Tú eres todo lo que quiero. Todo lo que necesito.

El cuerpo flaqueaba y mis sentimientos contrapuestos me jugaron una mala pasada. Mi lado más racional pugnaba por hacerse con el control y me recordaba que no podía encontrar la felicidad fuera de mí. ¿Era o no era feliz? ¿Por qué una semana antes hubiera respondido que sí sin dudarlo y en ese momento era todo tan confuso? La respuesta a esa pregunta no era fácil, necesitaba tiempo para hallarla, pero además, había otro asunto que también había sido motivo de conflicto entre nosotras en el pasado.

—No puedo vivir a tu manera Chloé.

—¿Y cuál es mi manera?

—Escondida.

Su terrible obstinación por la privacidad nos había mantenido apartadas de cualquier vida social y fue difícil para mí mantenerme alejada de una vida corriente, como por ejemplo ir a cenar, al cine o simplemente dar un paseo por la ciudad cogidas de la mano. Esas acciones, habituales para cualquier pareja, resultaban líneas infranqueables para ella, por no hablar de mis miedos, porque llegado el momento, no sabía si acabaría acostumbrándome al flash de las cámaras y a vivir siempre rodeada de mastodontes. No estaba dispuesta a renunciar a hacer lo que me diera la gana solo porque algún periodista pudiera estar al otro lado de la calle con su cámara, y eso, era claramente incompatible con su forma de ver la vida.

—No puedo renunciar a mi privacidad, es lo único que es mío.

—Sé lo importante que es para ti y no voy a pedirte que renuncies a ella.

Era una balanza difícil de equilibrar y entendía sus motivos. Dios sabe que los entendía, sin embargo me resultaba imposible vivir bajo sus normas. Quería ser libre y en aquella época pensaba que ser libre significaba hacer lo que me diera la gana cuando me diera la gana pero el tiempo me ha enseñado cuan equivocada estaba.

—Debemos volver.

—No quiero —suplica.

Cuando intenté tomarla de la mano para avanzar hacia la orilla, gritó.

—¡Una estrella fugaz!

—¡Claro! Había olvidado que hay lluvia de Perseidas.

—¿Lluvia? ¿Hay más?

—Esta es la mejor semana del año para ver estrellas fugaces. En algunos sitios las llaman “Lágrimas de San Lorenzo”.

—¿De dónde proceden?

—Normalmente son pequeñas partículas que se desprenden de un cometa que entra en el Sistema Solar.

—¡Otra! —grita entusiasmada señalando con el dedo.

—Pide un deseo.

—¿Se cumplirá?

—Seguro que sí.

Hice que se estirara boca arriba en el agua para que pudiera ver mejor. El mar la mecía mientras me colocaba detrás de su cabeza para no perderla de vista. Nos quedamos unos instantes en silencio observando el cielo salpicado por millones de estrellas.

—Cuéntame alguna de tus historias.

<Ya estaba tardando en pedírmelo>

—Al final de la Osa Menor, está la Estrella Polar, que prácticamente no se mueve en todo el año —digo tomando su mano y recorriendo con su dedo índice la silueta de la constelación—. Muy cerca, está la Osa Mayor y a su lado, la Constelación de Leo, que está formada por Regulus, Denébola, Zosma y Algieba. Euristeo, rey de Argólida, lo que hoy sería Grecia, ordenó a Hércules matar a un enorme León que habitaba la región de Nemea y que tenía aterrorizados a sus habitantes. Hércules disparó todas sus flechas contra la temible bestia pero no consiguió atravesar su piel e intentó herirlo con su afilada espada, pero esta se dobló sin hacerle el menor rasguño. Defraudado,



le propinó tal puñetazo, que hizo que el temible león retrocediera y huyera hacia su cueva. Hércules no dudó en seguirlo hasta el interior y combatir con él hasta acabar con su vida, estrangulándolo con sus propias manos. Ayudado por los consejos de Atenea, desolló al león con sus propias garras y desde entonces, usó su piel a modo de armadura. En el Museo del Prado hay una pintura de Zurbarán que corresponde a ese pasaje.

—Nunca he ido al Prado.

—Habría que arreglar eso.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan tus historias?

—Alguna que otra vez —digo con ironía.

Sin que se diera cuenta, la había conducido poco a poco hacía la orilla y desde allí, pude ver la enorme masa de Christian alejándose lentamente hacia el paseo.

—No quiero salir.

En el fondo yo tampoco, pero estaba acojonada y necesitaba escapar de aquella situación. Si alguien podía romper la piel de león que había llevado desde que nos habíamos separado, era ella, pero no pareció entender la metáfora que había utilizado para decírselo. Cuando llegamos junto a nuestra ropa, había un par de toallas.

—¿Cuándo ha ido por ellas?

—Debe haber enviado a alguien —dice riéndose.

Volvimos a casa seguidas de cerca por Christian y nada más abrir la puerta, supe que todos dormían por el apacible y sereno silencio que se respiraba, muy diferente al que había normalmente en casa cuando estaba sola. Christian se despidió de nosotras y desapareció escaleras arriba.

—Buenas noches Chloé.

—No es tarde para nosotras —dice alargando la mano e invitándome a acompañarla.

Su voz ahogada era más que un ruego y durante unas décimas de segundo, todo mi ser, todo lo que soy y lo que siento, se detuvieron. Una parte de mí quiso ir hacía ella y fundirse entre sus brazos, pero en lugar de eso, me quedé allí plantada, sin pronunciar una sola palabra. Esa lucha contra mí misma, estaba matando toda la confianza que había ganado meses atrás y aturdí mis actos y mi pensamiento. Agachó la mirada y subió las escaleras desolada mientras yo la miraba con más amor del que en aquellos momentos fui capaz de comprender.

En la terraza, mis ojos trataron de hallar la paz en el oscuro cielo plagado

de destellos y busqué a mi izquierda la W de Casiopea. Aunque conocía perfectamente el nombre de cada una de sus cinco estrellas, fui incapaz de recordarlas.

A media noche, Antoine apareció por la terraza.

—¿No puedes dormir? —dice sentándose en la tumbona que hay a mi lado.

—Por lo visto no soy la única.

—No estoy acostumbrado a oír a Christian roncar.

—Quizás sea la humedad —lo justifico.

Tras un rato en silencio, compartí con él los pensamientos y sensaciones de los últimos días.

—No sé si quiero perder todo esto.

—Pero —insinúa.

<Me conoce bien, sabe que hay un pero>

—Puedo vivir sin ella y la prueba es que hasta ahora lo he hecho, luego entonces, ¿por qué tengo tantas dudas?

—Tienes dudas porque la quieres, sino la quisieras, no las tendrías. La pregunta no es si puedes vivir sin ella, es si quieres vivir sin ella.

Al alba ya estaba corriendo y sin ni siquiera proponérmelo, me encontré frente a la puerta de mi hermana.

—¿Te has caído de la cama? —dice al abrir la puerta con los ojos adormilados.

—No es que me haya me he caído, es que no me he acostado. ¿Está despierta?

—No hace ni cinco minutos. ¿Por qué no te has acostado?

—Luego te cuento, primero tengo que darle un beso a la niña más bonita del mundo.

—Anda ve, así aprovecharé para prepararle el desayuno.

Avancé por el pasillo tarareado el estribillo de “*Girasoles*” de Rozalén y cuando me acerqué a su cuna, estaba sentada jugando con un chupete. Me miró y sonrió. Es increíble como los niños consiguen atraparte con ese tipo de gestos.

—¡Buenos días cariño! —digo sacándola en volandas de la cuna.

Se puso el chupete que llevaba en la mano y volvió a sonreír. Se lo saqué de la boca y con la goma golpeé ligeramente su nariz. Rió y repetí el gesto. A la tercera vez, la sonrisa se convirtió en carcajadas y logró contagiarme.

—¿Qué os traéis entre manos? —grita Clara desde la cocina.

—Cosas nuestras —digo para chincharla—. Por cierto, quiero un café con

leche.

—¡Tendrás morro! —exclama justo antes de vernos aparecer en el umbral de la cocina.

Repetimos el juego con el chupete y sus carcajadas consiguieron contagiarnos a su madre y a mí.

—¿Se la das tú? —pregunta ofreciéndome un bol con papilla de cereales.

Entre avión y avión, mi hermano adoptivo, alias “El Controlador” me llamó.

—¿Dónde estás? ¿Todo bien?

—Muchas preguntas haces de buena mañana.

—Podrías haberme avisado de que te ibas.

—Estabais todos durmiendo, no seas pesado.

—¿Pesado? ¿Sabes la diferencia entre ser pesado y preocuparse por alguien?

—No soy una cría de diez años.

—Pues a veces lo pareces. ¿Qué te cuesta dejarme un mensaje?

—¡Vale papá!

—¡No me vengas con esas!

—Oye... tú anoche no.....

—¡Vete a la mierda Lisa!

—Ja, ja ja, me parto de la risa contigo.

Le pedí a Clara que me hiciera una foto con Elsa mientras le daba la papilla y se la envié con un mensaje: “La última cucharada”

—¿Cómo ha crecido! Está preciosa.

—Id a la playa. En cuanto llegue, volveré a salir para ir de compras. Nos vemos a la hora de comer.

—No te preocupes por eso, he ido con Marie a primera hora. Reúnete con nosotros en las hamacas, estamos en el mismo sitio que ayer y date prisa, Pierre no deja de preguntar por ti.

—Tardaré un poco en llegar, he venido corriendo hasta casa de mi hermana. Necesitaba desfogarme.

—Ahora entiendo porqué Chloé está de mal humor: anoche tampoco se desfogó.

—Cotilla. No pienso contarte nada —bromeo.

—Christian me ha contado vuestra escapadita.

—¿Está muy enfadado?

—No mucho. Os vais a librar porque Chloé estaba radiante y eso solo

*tiene una culpable. ¿Qué pasó cuando os dejó al pie de las escaleras?*

*—Lo de siempre.*

*—Eres insufrible, ¿lo sabías?*

*—Ya, supongo que por eso me quieres tanto.*

*—¿Te paso a buscar?*

*—Prefiero volver corriendo. Nos vemos dentro de un rato.*

El camino de vuelta fue de lo más entretenido gracias al ambientazo que había en la playa y en el paseo, que a esas horas, ya estaba atestado de gente aprovechando la mañana para hacer deporte. Había un buen número de runners, pero también ciclistas y algún que otro patinador. El azúcar del bollo que me había comido en casa de mi hermana me puso las pilas y la canción de Evelyn Thomas “*High Energy*” no hizo sino incrementar mi empuje, llegando a casa mucho antes de lo previsto.

Tras una ducha que me supo a gloria, me acerqué hasta la playa y en cuanto Pierre me vio, salió corriendo del agua.

*—¡Lisaaaaaa!*

*—Hola campeón. ¿Cómo va la barbilla?* —digo hincando las rodillas en la arena para abrazarlo.

*—Casi no me duele.*

*—Eso es porque eres un niño muy valiente.*

*—Lo sé* —dice con un desparpajo que me hace sonreír. Se da media vuelta y sale corriendo hacia la orilla para entrar de un salto en el agua.

*—¿Todo bien?*

*—Veo que es la pregunta del día* —contesto a Christian que vigila desde el mismo lugar que el día anterior.

Le saqué la lengua y seguí avanzando hasta las hamacas donde Chloé y Antoine volvían a estar solos, pero a diferencia del día anterior, conversaban. Solo Antoine me devolvió el saludo, Chloé parecía enfadada y sentí que debía darle explicaciones.

*—Hacía días que no veía a mi sobrina.*

Se giró y me miró por encima de las gafas de sol. Llevaba puesta la pamea y un bikini azul con topos blancos y grises.

*<Obviamente ha encontrado el cajón de mi ropa de baño>*

*—Tienes ojeras.*

*—Clara me ha dicho lo mismo.*

*—Si hubieras dormido conmigo, no las tendrías* —me espeta en tono mordaz. Vuelve a colocarse las gafas de sol mientras Antoine levanta las cejas

y contiene la risa.

<¿Por qué se empeña en ponérmelo todo tan difícil?>

—Me gusta tu bikini —digo cambiando de tema.

—Espero que no te importe que haya mirado entre tus cosas.

—No tengo secretos y mucho menos en el armario.

Después de comer me sentía agotada y la falta de sueño me estaba pasando factura, así que subí a descansar y no me desperté hasta sentir un cosquilleo lento que me recorría la espalda. Intenté abrir los ojos, pero me costaba mucho a pesar de que la habitación estaba completamente a oscuras.

—Sé que te estás haciendo la dormida —me reprende con dulzura.

—¿Por qué está todo oscuro?

—Son más de las diez de la noche.

—¿Cómo? ¡No puede ser!

—Te has pasado toda la tarde durmiendo.

El cosquilleo cesó y a cambio, sentí el peso de su cuerpo sobre mi espalda. Sus cabellos cayeron esparcidos a ambos lados de mi cuello mientras sus brazos se deslizan bajo la almohada para abrazar los míos. Estuvimos así un buen rato, en silencio, absortas en el sonido de nuestra propia respiración. Sus acercamientos eran más atrevidos y cada vez me resultaba más difícil rechazarlos. No voy a negar que durante aquellos minutos que pasamos en silencio, me olvidé por completo de mis remordimientos y de mis preguntas sin respuesta.

—Desde que te vi en el restaurante, no he dejado de forzarte, pero se me hace muy difícil estar a tu lado y no poder tocarte. Echo de menos cada centímetro de ti y no soporto levantarme cada mañana y ver que tu lado de la cama está vacío. Sé que todo esto no está siendo fácil para ti y que necesitas tiempo para aclarar tus sentimientos, por eso he decidido regresar mañana a París con Christian y darte el espacio que precisas. Los demás se quedarán unos días más contigo si así lo deseas.

La escuché en silencio y mil veces quise girarme y decirle lo importante que era para mí y lo mucho que la quería, pero de nuevo, mi corazón y mi mente no estaban alineados e iban cada uno a la suya. Me besó en la cabeza y abandonó la habitación dejándola saturada de su ausencia. Ella tenía razón, necesitaba ordenar mis pensamientos y lo intenté sin éxito durante varias horas al abrigo de la oscuridad y soledad. Antes de bajar, pasé por la habitación de Pierre y me quedé observándolo desde la puerta durante algunos minutos. Respiraba despacio, sumido en un sueño profundo y sosegado.

Mi estómago me condujo directamente a la cocina y preparé un par de sándwiches de Nocilla. Una vez untadas las dos partes del pan, las junté y las metí en el tostador un par de minutos.

Tal como suponía, Chloé estaba estirada en una de las tumbonas de la terraza. Eran casi las dos de la mañana y había refrescado un poco. Abrí el baúl de madera para sacar un par de futas de playa que usaba cuando refrescaba y la cubrí antes de darle uno de los sándwiches.

—Tienes razón, estoy hecha un lío y por más que intento aclararme, no lo consigo.

—Te jodí la vida una vez y no quiero volver a hacerlo.

—Necesito tiempo, pero no sé cuánto —le advierto. Chloé se incorpora y me mira fijamente mientras me toma de las manos.

—Cada día que paso alejada de ti, siento que es un día perdido, un día malgastado. No he dejado de quererte ni un solo día desde que te conocí. Esperaré.

Me desperté con las primeras luces del día y vi a Chloé durmiendo a mi lado. Quedaba poco para que se fuera y recé para que la distancia pusiera las cosas en su sitio. ¿La echaría de menos? ¿Volvería a acostumbrarme a vivir sin ella? ¿Volvería mi vida al punto en el que estaba una semana atrás? Muchas preguntas y ninguna respuesta. Un rayo de sol atravesó su rostro y empezó a removerse. Seguía observándola, esperando ver emerger el marrón avellana más bonito que conocía y cuando abrió los ojos, creí perder la cordura.

—Buenos días —dice sonriendo antes de reparar en que hemos pasado la noche en las tumbonas de la terraza.

—¿Has descansado?

—La verdad es que sí, pero me duele la espalda.

—Las tumbonas son cómodas... un rato —aseguro con ironía.

—¿Qué hora es?

—Está amaneciendo, deben ser las seis y media.

—Me recuerda a nuestro viaje a Bali —afirma contemplando como el sol emerge por el horizonte.

—¿Un café? —pregunto omitiendo el comentario que me acerca a un pasado que prefiero no recordar en esos momentos.

—Por favor.

Christian y Antoine estaban desayunando en la cocina. Mi hermano adoptivo me miró un par de veces con la ceja levantada esperando que le insinuara lo ocurrido durante la noche, pero lo ignoré y cogí varias naranjas

del cesto para preparar zumo.

—Yo quiero uno —suplica en cuanto me ve con el exprimidor.

—A ti solo te gusta el zumo cuando te lo prepara alguien.

—Venga.... —me suplica poniendo cara de “Gato con Botas”.

—La has utilizado tantas veces, que ya no tiene efecto sobre mí.

—Encontraré otra —sonríe cuando me ve cogiendo más naranjas para preparar el suyo.

—¿Christian?

—No, gracias Lisa. Tengo que hacer un par de llamadas, veo que nuestra salida se va a retrasar —dice cuando ve a Chloé metiendo unas rebanadas de pan en el tostador.

Todos quisieron madrugar ese día, porque minutos después, Pierre entró en la cocina con su madre repartiendo besos a diestro y siniestro. Al preguntar por Jean—Marc, Marie me dijo que estaba en el jardín.

El acceso a la puerta principal de la casa (la opuesta a la playa), tenía un pequeño trozo con césped artificial, varias palmeras y algún cactus. No era bonito, más bien ramplón, pero era fácil de mantener, que fue la única condición que le dimos al jardinero que lo diseñó cuando Héctor y yo nos mudamos.

—Pierre, ve a buscar a papá y desayunamos todos juntos, ¿vale?

—¡Sí Lisa!

Cuando volvieron, lo reprendí por estar trabajando y me dijo que lo echaba de menos. Aunque la playa le gustaba, estar lejos de sus plantas y sus árboles le estaba resultando más difícil de lo que él mismo pensaba. Seguí exprimiendo naranjas con la intención de llenar la jarra y no pude evitar mirar de reojo a Chloé mientras lo hacía. Estaba a punto de volver a perderla y aunque me decía a mí misma que era lo mejor, el hecho de no saber si volvería a verla, empezaba a mortificarme.

<Ni contigo ni sin ti>

Cuando acabamos de desayunar, me pidió que la ayudara a recoger sus cosas y una vez en la habitación, el silencio entre ambas fue una tortura. En el baño, con varias de sus cremas entre las manos, me miré en el espejo. Prácticamente no me reconocía. Solo unos días antes, podía ver cada mañana el reflejo de una Lisa segura de sí misma, agradecida y sin mayor expectativa que la de ser yo misma. Una tía feliz que apreciaba cada momento y valoraba todo lo que tenía. Esa imagen, ya no estaba. La figura desdibujada que me devolvía el espejo era la de una persona frágil, vulnerable y esclava de las

dudas.

<La felicidad no se busca, se encuentra. Vive sin expectativas, no luches contra lo que está pasando> —me digo a mí misma poniendo la mano sobre el espejo.

Chloé apareció por detrás y posó su rostro sobre mi espalda.

—No hagas esto más difícil —le pido mientras mientras rodea mi pecho con fuerza. Me giro despacio y me libero de su abrazo, pero entonces, apoya su frente contra la mía y acaricia mi mejilla con suavidad. Estamos sobre la misma baldosa y el resto del mundo desaparece a nuestro alrededor. Solo hay vacío, soledad y abandono. No quiero estar ahí abajo—. Por favor —imploro. Chloé hace caso omiso y me besa despacio. Su sabor impregna mi boca y mis labios se niegan a separarse de los suyos, pero mi puñetero otro yo, toma el control y me aparta de ella. El mundo vuelve a nuestro alrededor.

—No me rechaces —suplica con el rostro compungido.

—Pensé que anoche lo habíamos dejado claro.

—Te necesito.

—No puedo Chloé. Así no.

—¿Me odias verdad?

—No digas eso.

—¡Dices que me has perdonado, pero no es cierto! —grita.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo voy a odiarte si te he abierto las puertas de mi casa? Necesito el espacio que me has prometido —le imploro por tercera vez.

—Solo pretendes ganar tiempo para deshacerte de mí.

—¡Eres una hipócrita! Anoche me prometiste que me darías más tiempo y ahora solo quieres ¡follar! —bramo alterada—. Siempre quieres salirte con la tuya. ¡Pues venga! ¡Follemos! Después te irás y yo me quedaré aquí hecha una mierda. ¡Otra vez! ¿Eso es lo que quieres?

—¿De veras crees que pienso así?

—No es que lo crea, es que es así. ¡Me lo prometiste! ¡Me lo prometiste, joder! Te da igual herirme si consigues lo que quieres.

Un día me daba espacio y al otro quería retenerme. Salí corriendo de la habitación y me precipité escaleras abajo hasta al garaje. Conduje sin destino, rabiosa y dolida. Los ojos empañados dificultaban la visión de la carretera y era un peligro no solo para mí, sino también para el resto de conductores.

Cuando desperté a la mañana siguiente, no reconocía la habitación en la que estaba y tampoco a la mujer que dormía a mi lado. Resoplé y me llevé las



manos a la cara.

<¡Joder Lisa! ¿Qué has hecho?>

Busqué mi móvil y al encenderlo, vi que tenía quince llamadas perdidas, doce de las cuales eran de Antoine y las otras de Clara. Me metí en el baño para llamar a mi hermana.

—¿Dónde estás? —su voz denota nerviosismo y alarma.

—Buenos días.

—¡Ni buenos días ni ostias! ¿Dónde estás?

—No tengo ni puta idea.

—¿Qué ha pasado?

—Clara, no me agobies, por favor. Necesito pensar y si estás gritando no puedo hacerlo.

—No estoy gritando Lisa.

—Pues habla más bajo, me duele la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí —digo con sequedad.

<Estoy sana y salva si es eso a lo que te refieres, pero estoy a años luz de estar bien>

—Antoine me llamó para preguntarme si estabas conmigo y me contó lo que había pasado. Está muy preocupado, ¿lo has llamado?

—Ahora iba a hacerlo.

—Hazlo —me ordena.

—Cuando dejes de darme la tabarra, lo llamaré. Hoy estás muy mandona, ¿lo sabías?

La puerta del baño se abrió y la chica de la cama asomó la cabeza.

—¿Te importa? —digo señalando el móvil con cara de pocos amigos.

—Necesito hacer pis —suplica.

—¡Dos minutos! —le espeto antes de que cierre la puerta desconcertada por mi mal humor.

—¿Con quién hablas?

—En otro momento te lo cuento.

—¿Cómo que en otro momento?

—He dicho que te lo contaré, ¡pero no ahora!

Estaba tan enfadada conmigo misma, que lo estaba pagando con mi hermana, pero por suerte, me di cuenta a tiempo.

—Lo siento Clara, no quería gritarte.

—Estamos las dos un poco alteradas, pero por ahora me conformo con

saber que estás bien. Sé que te pasa algo. Sin secretos, ¿lo recuerdas?

—Pasaré a verte durante la semana y hablaremos.

—Mañana.

—¿Mañana?

—¡Mañana! —exige enfadada.

—De acuerdo, joder.

—A mí no me vengas con tacos....—me advierte en tono malhumorado.

—Perdona.

—Lláname cuando llegues a casa.

—Vale —susurro sin fuerzas.

—Pobre de ti que no lo hagas.

No me atreví a llevarle la contraria. En cuanto colgué, tomé el colgante entre mis labios y marqué el número de Antoine. Si lo de mi hermana había sido una bronca en toda regla, no quería ni pensar en el tercer grado al que me iba a someter él.

—¡Por fin! Estaba muy preocupado —ruge.

—Lo siento.

—Joder Lisa, se me ha pasado de todo por la cabeza. ¿Dónde estás? Iré ahora mismo a recogerte.

—Llegaré en un par de horas.

—¿En un par de horas? ¿Dónde coño estás? —grita de nuevo.

—Cerca de Barcelona, creo.

—¿Barcelona? Dame la dirección —ordena.

—¡Antoine! He dicho que llegaré en un par de horas. ¡Sé como volver a mi propia casa, joder!

<Otro taco. Mi hermana y mi hermano “El Controlador” son unos verdaderos expertos en sacarme de quicio>

—¿Seguro?

—Deja de tratarme como a una cría, ¡por favor!

—Tienes dos horas, sino, me vas a ver enfadado de verdad. Te paso con alguien —dice más calmado.

—Lisa.

Su voz deshizo toda la tensión que sentía y apreté el móvil contra mi oído como si de algún modo pudiera acercarme más a ella.

—Te hacía a más de mil kilómetros de aquí —murmuro.

—No podía irme así. Lo siento. Lo siento de veras. No quiero hacerte daño, lo sabes, ¿verdad?

De repente la puerta del baño se abrió y la chica con la que al parecer había pasado la noche, me suplicó con la mirada que la dejara entrar. Puse mi dedo índice sobre los labios para pedirle que no hablara, pero no me hizo caso.

—Anoche estabas mucho más cariñosa.

<Tenías que hablar !¡Joder!>

—¿Quién es esa? —pregunta Chloé enfurecida.

—Nadie.

—¿Nadie? ¿A quién coño le estás diciendo que no soy nadie? Soy la que te follaste anoche —ríe con malicia.

—¡Cállate! —la regaña saliendo del baño.

—Conmigo no puedes, pero veo que con otras sí.

—Ella no significa nada para mí.

—Y yo tampoco.

—Chloé, escúchame.

—Adiós Lisa.

—¡Chloé! —grito antes de oír como se corta la llamada. Vuelvo a marcar el número de Antoine pero no contesta. Mientras sigo intentándolo, me visto en un abrir y cerrar de ojos y huyo de la casa en la he cometido uno de los peores errores de mi vida. El dolor de cabeza es un tormento pero nada comparado con el mareo que siento cuando llego a la calle y unas virulentas arcadas me hacen vomitar junto a un árbol. Apenas puedo abrir los ojos, la intensidad de la luz del sol me lo impide y todo me da vueltas. Necesito unos minutos para recomponerme y otros tantos para recordar donde he dejado el coche.

Cuarenta minutos después, al encarar mi calle, me crucé con un todoterreno negro y se me erizó el vello de todo el cuerpo cuando vi a Christian al volante. Frené en seco emitiendo un fuerte sonido con las ruedas y me bajé, esperando que se detuviera. Transcurrieron tan solo unas milésimas de segundo en las que intercambiamos una mirada: la suya seria y distante, la mía, avergonzada. Grité varias veces el nombre de Chloé, pero el vehículo no se detuvo.

Estaba en medio de la calle y el dolor de cabeza con el que me había levantado, no hizo más que empeorar agravado por una terrible opresión en el pecho. Me sentía tan impotente y decepcionada, que le di un puñetazo al capó delantero del Mercedes. Todo se estaba derrumbando y no sabía como pararlo.

Antoine me esperaba sentado en las escaleras de la puerta principal. A esas horas, era el sitio más fresco de la casa porque el sol aún no había

pasado por allí. Abatida, me senté junto a él con la cabeza entre las manos y me di cuenta de que una de ellas sangraba por los nudillos pero no me dolía. Rodeó mi hombro con su brazo derecho y me dejé caer sobre él asustada por la enorme sensación de soledad que me embargaba, una sensación que pensaba que nunca más volvería a sentir. Estaba tan hundida, que no fui consciente de que la oscuridad volvía a acecharme.

Acurrucada en su pecho le conté lo que había pasado, o al menos la parte que recordaba, porque a decir verdad, había ciertas lagunas en mi memoria.

—Cuando salí de aquí, conduje como una irresponsable hasta que me di cuenta de lo imbécil que estaba siendo y tomé la primera salida que resultó ser la de Sitges. Había estado muchas veces con Virginia y lo conocía bien. Me dirigí al puerto y desde allí anduve por las callejuelas cercanas repletas de bares y coctelerías. Debía mandar señales muy evidentes porque no pararon de entrarme chicas. Al principio las mandaba a freír espárragos, pero a medida que el alcohol fue haciendo mella en mí, empecé a seguirles el juego y perdí la cuenta de las chicas con las que me enrollé.

Eran las nueve de la noche y llevaba una melopea monumental. Prácticamente me costaba mantenerme en pie después de todo lo que había bebido, pero no quería parar. Entré en un bar atiborrado de gente donde la mayoría bailaba en la pista extasiada al ritmo de Bruno Mars y me hice sitio en la barra a base de codazos.

—*Un gin tonic* —pido por enésima vez.

—*¿Qué ginebra prefieres?* —pregunta la camarera de no más de treinta años con ambos brazos completamente tatuados.

—*Tann's con Fentimans.*

—*¿Fresas o frambuesas?* —su tono es de lo más provocativo.

<*¿En serio tengo que decidir eso a estas horas?*>

Le hice un gesto ambiguo para que me pusiera lo que le diera la gana y antes de girarse para preparar mi bebida, me guiñó el ojo insinuándose. Recuerdo poco más.

La breve temporada que estuve yendo al psicólogo, solo me sirvió para darme cuenta de que no quería seguir yendo a terapia porque no entendía nada de lo que aquel médico trataba de decirme. Sesión tras sesión, me aseguraba que todo está dentro de nosotros y que en nosotros, está todo lo necesario para ser felices. Si tenemos esa capacidad, nadie puede hacernos felices o infelices, ¿no crees? —me preguntaba. Hundida por la pérdida de Héctor y Marco, fui incapaz de entender lo que trataba de enseñarme aquel hombre

enjuto y de piel arrugada, pero un buen día lo entendí. Fue al día siguiente de la pelea con Chloé. Había leído esas mismas palabras en el libro de autoayuda de Manuel Terruño y cuando abrí los ojos en el sofá del salón, todo cambió. De repente, algunas de sus frases como *“El dolor es real, pero el sufrimiento es opcional”* cobraron sentido. Entendí que vivir sin más expectativa que la de ser yo misma y sin pedirle a la vida más de lo que podía darme, era lo único que necesitaba saber para comprender y aceptar lo que me estaba pasando. No solo aprendí a vivir sin las personas que más quería; aprendí a ser feliz. No puedo amar a Chloé si tengo miedo a perderla y ahora mismo, tengo miedo y mi miedo es más poderoso que mi amor. Si no puedo vencer mis miedos, no podré amarla de verdad. Tengo miedo de volver a fracasar.

—¿Fracasar? La vida te ha puesto pruebas que para muchos serían inalcanzables, pero tú sigues aquí, luchando. *“No importa las veces que te caigas, sino las veces que consigas levantarte”*. Eso es lo que me decía mi madre cuando otros chicos se reían de mí en el colegio. Lo único que puedes reprocharle, es que no tiene paciencia. Te quiere más que a nada y no quiere volver perderte.

—Estoy asustada porque en el fondo creo que lo he hecho a propósito.

—¿Por qué piensas eso?

—Nunca antes me había liado con alguien así, ni siquiera cuando tenía veinte años. Estoy casi segura de que me emborraché deliberadamente para no ser consciente de lo que iba a venir después y por eso estoy tan jodida, porque he sido capaz de hacerle daño a alguien a quien supuestamente quería, era algo que no podía aceptar de mí misma. ¿En qué me había convertido?

—A veces, el dolor hace que tomes decisiones equivocadas.

—Puedo aceptar que me he equivocado, pero no puedo aceptar haberle hecho daño.

—Todo ha pasado muy rápido y aún no has tenido tiempo de asimilar que sigues enamorada de ella. Tómate el tiempo que necesites, estoy seguro de que ella te esperará.

—¿Crees que lo único que necesito es tiempo? Ayer pensaba que sí, pero hoy ya no estoy tan segura.

—¿De qué tienes miedo?

—No lo sé —digo vacilando.

—¿Quieres que vuestra relación sea pública, para poder hacer lo que te dé la gana e ir dónde te dé la gana a sabiendas que Chloé es incapaz de exponerse

así? ¿Te has planteado que quizás hayas buscando inconscientemente otro pretexto para poder rechazarla?

—¡No!

—¡Claro que sí! Estos días te has dado cuenta de lo feliz que eres a su lado pero no dejas de meter incógnitas en la ecuación para no llegar a un resultado.

—Si no hubiera aparecido, nunca hubiera dado el paso de volver con ella y pensar en ello es otra de las cosas que me tienen loca de dudas.

—Eso no lo sabes.

—Sé que hasta hace unos días, amaba mi vida tal como era. No te negaré, que de vez en cuando, pensaba en ella, pero no tenía la sensación de seguir enamorada y obviamente parece que me he estado engañando. Te aseguro que es muy duro darte cuenta de algo así. Si he sido capaz de engañar a mi propia mente durante tanto tiempo, ¿cuál es mi verdad?

—Lo único que sé es que tu sitio está con ella. Tu hogar no está en esta casa —asegura abriendo los brazos.

—¿La quiero tanto como para no echar de menos mis cuatro paredes, a mi familia o a mis amigos? ¿Podré acostumbrarme a llevar una relación a espaldas de todo el mundo y vivir continuamente con el miedo a que nos descubran? Dime, ¿mi amor será más fuerte que todo eso?

—Estar con ella no significa renunciar a todo. Es solo otra excusa. Puedes ver a tus amigos y a tu familia siempre que quieras. Solo están a dos horas, ¿lo recuerdas?

—¿Y el cine o el restaurante?

—¿Cuántos famosos ves cuando vas a un restaurante? ¿No te das cuenta de que serías la primera en irte pitando cuando un aluvión de cámaras y gente pidiendo autógrafos os interrumpiera? Encontraré la manera de darte lo que necesitas sin que tengáis que renunciar a vuestra vida privada. Estoy seguro. Vuelve con nosotros a finales de semana y recupérala.

—No puedo... —sollozo.

—¡Deja de quejarte y haz algo! Por una vez, da tú el primer paso.

Me levanté cabizbaja y entré en casa. En mi habitación no había ni rastro de las cosas de Chloé, pero su perfume seguía estando muy presente. Tumbada sobre la cama, las palabras de Antoine no dejaron de atormentarme. Eran ciertas, tan ciertas como que el sol no se pone.

Se fueron al final de la semana y permanecí recluida en casa varios días.

## CAPÍTULO 18

Isabel y Carmen se plantaron en mi casa sin avisar. Las oía al otro lado de la puerta, pero no tenía intención de abrirles. Solo quería estar sola.

—¡Abre de una puñetera vez!

—No nos vamos a ir, así que ya puedes levantar el culo y abrirnos —grita Isabel.

Cuando por fin abrí, harta de sus gritos, la claridad que entró por la puerta, me deslumbró. Me tapé la cara con una mano mientras veía como mis amigas me miraban de arriba a abajo.

—¡Dios! Estás hecha un asco —me espeta Carmen.

—¿Podemos pasar o nos va a dejar en la puerta todo el día?

Con resignación, las dejé entrar y se quedaron de pie observándome de arriba a abajo mientras cerraba la puerta y avanzaba hacia ellas.

—¿Cuántos días hace que no te duchas? —pregunta Isabel levantando la ceja y haciendo aspavientos con la mano. Me encojo de hombros sin saber exactamente qué responder a su pregunta porque ni siquiera sé que día es.

—Necesitas una buena ducha cariño. ¿Qué ha pasado? —pregunta Carmen con aire maternal.

—Nada. Lo único que necesito es estar sola y no con un par de cotorras oliéndome los sobacos.

—Pues así no vas a ir al concierto.

<¡Ostia! Lo había olvidado por completo>

—Id vosotras, no estoy para conciertos.

—Ni hablar —dice con rotundidad Isabel cogiéndome del brazo y empujándome escaleras arriba—. Vas a venir aunque tenga que bañarte yo misma y llevarte arrastras al concierto.

Subimos a trompicones y llegué a la puerta del baño con el brazo dolorido, porque no solo hacía magníficas pastillas de jabón, también dedicaba buena parte de su tiempo libre al TRX y tenía una fuerza descomunal. Resoplé y puse los ojos en blanco cuando Carmen pasó a nuestro lado en dirección a mi habitación.

—¿Puedes dejar mi armario tranquilo?

—No —contesta sin girarse siquiera.

—Isabel, puedo bañarme sola —aseguro viendo que tiene intención de entrar.

—¿Seguro?

Asentí mientras le hacía una mueca de desdén y cerraba la puerta. Una vez desnuda, me miré al espejo y volví a ver aquel reflejo de mí que detestaba. Tenía la misma cara de gilipollas que se te queda cuando fallas la misma pregunta una y otra vez. Por mucho que la vida me pusiera a prueba, no aprendía la lección. Supongo que, en el fondo, ese era realmente mi problema: aprendía con efecto retardado.

Cuando salí de la ducha, Carmen me entregó un vestido vaporoso en color coral y pequeñas florecillas negras y blancas que hacía mucho tiempo que no me ponía.

—Siempre me ha gustado este vestido —asegura con satisfacción.

Me lo puse sin protestar, pero no fue lo único que decidieron por mí. Isabel insistió en camuflarme con maquillaje las ojeras y cuando acabó, no había ni rastro de la mujer que momentos antes se había mirado en el espejo. La que veía reflejada tampoco era la real, pues la verdadera estaba escondida bajo capas de miedo y ego.

El Parc del Pinaret era un hervidero de gente venida de diferentes lugares a tenor de los acentos. Entregamos nuestras entradas y nos dirigimos a la pista, donde cientos de personas esperaban ansiosas el comienzo. Aunque mi cuerpo estaba allí, mi mente y mi corazón estaban muy lejos de allí. Escudriñé mis sentimientos y volví una y otra vez a las palabras de Antoine.

<¿Quiero pasar el resto de mi vida sin volver a sentir su mirada ni escuchar su voz? Sé que tengo las fuerzas necesarias para hacerlo, pero ¿quiero hacerlo?>

En un momento dado, me flaquearon las piernas aturdida por el volumen de la música, el calor asfixiante y toda aquella gente bailando a nuestro alrededor. Todo pasaba muy deprisa y decenas de imágenes de mi pasado se mezclaban con las del concierto desquiciándome por completo. Estaba a punto de desmayarme.

—Necesito salir de aquí —musito apoyándome en Isabel.

Sin mediar palabra, se colocaron a uno y otro lado y pasando sus brazos por mi cuello y cintura, me llevaron a la salida. Me miraban asustadas.

—Lo siento. Os he jodido el concierto.

—No pasa nada, solo te va a costar pagar la cena y contarnos lo que ha pasado.



—Me parece justo.

Isabel condujo hasta el puerto y allí, entramos en una pizzería donde les conté lo ocurrido. Mis Farfalle con salmón y nata estaban deliciosos, pero mi estómago rehusó seguir comiendo antes de llegar siquiera a la mitad del plato.

—Es obvio que ya no la quieres —dice tajante Isabel.

—Cierto. Si la quisieras te habrías ido con ella —añade Carmen.

Evidentemente no eran las respuestas que esperaba y las miré sin entender nada. Ambas volvieron a hablar en el mismo orden.

—Esa tía solo está jugando contigo. Nunca te dará lo que necesitas.

—Hiciste bien en tirarte a la camarera. Así aprenderá la gabacha esa.

—Os oigo y no os reconozco. ¡Habláis como Virginia!

—No puedes ser feliz en cualquier sitio, porque este es tu sitio. Aquí está tu hogar y solo aquí tienes todo lo que necesitas. Obviamente no puedes vivir sin el mar, y mucho menos sin nosotras.

—¡Exacto! —añade Carmen levantando el dedo índice—. Además, ¿quien puede vivir en Francia con esa mierda de tiempo?

—Nada de lo que estáis diciendo tiene sentido. Chloé os caía bien.

Se miraron entre ellas y sonrieron.

—Claro que no tiene sentido. Nada de lo que hemos dicho es verdad, por eso cada frase te ha removido las entrañas. Esa mujer te quiere y tú a ella, ¿quieres reconocerlo de una puta vez? ¡Mira que eres atrancada! —me larga Carmen pitorreándose de mí.

—Solo estás viendo la parte negativa de todo esto. Conocemos por lo que has pasado y sabemos que tienes tus disputas internas, pero tienes su amor al alcance de tu mano y solo quieres desentenderte. ¿Por miedo? ¿A qué? ¿A fracasar? ¿Te has preguntado por qué tu sonrisa cambió cuando te reencontraste con ella? Si decides olvidar todo esto y seguir sola, asegúrate de que verdaderamente es lo que quieres, pero si decides seguir el camino que te ha marcado el destino, hazlo sin echar la vista atrás. El pasado no tiene por qué repetirse. Solo queremos que seas feliz y te apoyaremos cualquiera que sea tu decisión.

—No sé lo que quiero. Me estoy desgarrando por dentro mientras intento averiguarlo.

—Sí lo sabes, pero no quieres reconocerlo. Habías rehecho tu vida, pero no te engañes, no la habías olvidado —insiste Isabel.

—Y si no la habías olvidado, ¿cómo es posible que fueras feliz? ¿Cuántas veces has pensado en ella?

—Muchas —reconozco bajando la mirada.

—¿Por qué reniegas de la felicidad que mereces? Todo lo que haces y dices parece que sea para alejarte de ella. Es como si te pesara ser feliz, como si fuera una carga que no estás dispuesta a llevar —añade Isabel.

Solo entonces me di cuenta de lo que realmente sucedía.

—No me he perdonado.

—Eso es Lisa. Cuando perdiste a Héctor y a Marco, te perdonaste, dejaste a un lado la responsabilidad, el miedo y el resentimiento que sentías y fuiste capaz de seguir adelante. Haz lo mismo ahora: libérate de tus miedos y escucha a tu corazón.

Tras unos momentos de silencio, me di cuenta de lo mucho que me conocen mis amigas y de lo mucho que nos gusta torturarnos a nosotros mismos. La felicidad se convierte en una carga, en un peso difícil de sobrellevar porque estamos empeñados en buscarla. No hay nada que buscar, hay que SER. El miedo había estado bloqueando mis verdaderos sentimientos y las creencias habían sustituido a la verdad, pero de repente, pude regresar a mí misma.

—Haz lo que estás pensando —dice Carmen mientras sonrío con nerviosismo.

<Me da miedo hasta qué punto me conocen>

—¿Y si...?

—¿Y si...? ¡Nada! Ya has tomado una decisión. ¡Hazlo!

—Sin miedo —me recuerda Isabel mirándome con cariño infinito. Me llevo las manos a la cara mientras las lágrimas recorren mis mejillas y recibo el cálido abrazo de mis dos amigas—. Yo conduzco.

Stephane me esperaba en la Terminal 3. Para aquel viaje, solo podía confiar en él puesto que Antoine era demasiado transparente cuando se trataba de mí y no sabía como reaccionaría Christian.

Las puertas de hierro que daban acceso a la mansión se abrieron emitiendo su habitual chirrido y me di cuenta que había añorado incluso ese insignificante sonido. Bajé la ventanilla para poder saludar a Laurent y su cara de asombro inicial, dio paso a un gesto de complicidad justo después.

Avanzamos hasta la casa y me puse nerviosa cuando vi a Christian hablando por el móvil frente a la puerta principal. Nada más entrar en su campo de visión, colgó el teléfono y salió a nuestro encuentro.

—No te preocupes Lisa, está al corriente de todo —me tranquiliza Stephane.

Abrió mi puerta y me alargó la mano para ayudarme a salir. Yo estaba

acojonada, temerosa de que me diera una patada en el culo y me pusiera en la órbita de regreso a casa, pero en lugar de eso, me dio la bienvenida con un cálido abrazo. Me quedé patidifusa, tanto, que me hubiera encantado verme la cara. Tras aquel inesperado gesto, me llevé otra sorpresa al ver aparecer a Claude con Sable. Por él no pasaba el tiempo, si acaso un par de canas más en su larga melena.

—Está junto al Roble —me indica sin tartamudear dándome las riendas. Al reparar en ello, se anima y vuelve a intentarlo abriendo los ojos como platos y sonriendo de oreja a oreja—. Me he cu—cu—ra...—Inmediatamente hace un gesto con la mano para indicar que no, que no se ha curado y sonrío de oreja a oreja, conmoviéndome con el modo que tiene de bromear con su tartamudez.

Una vez sobre Sable, me incliné sobre su cuello y la acaricié antes de espolearla con suavidad para avanzar. Al girarme para despedirlos, vi a Antoine dándole un manotazo a Christian y éste empezó a partirse de la risa.

Fuimos al trote hasta que divisé mi árbol favorito y a Chloé tumbada bajo él. Alertada por el ruido de los cascos, se incorporó y me miró. Su expresión no era de sorpresa, era de confianza y no supe que significaba exactamente. Las piernas no me respondían y al desmontar dí un traspiés y por poco no acabé en el suelo. Tambaleante, caminé despacio hacia y me senté de rodillas frente a ella. Su mirada me atravesó y me quedé sin palabras.

—Últimamente dejan entrar a cualquiera —dice con ironía sacando el colgante de mis labios.

—Ya me he dado cuenta —sonrío—. He estado ensayando lo que quería decirte, intentando encontrar las palabras que resuman todo lo que siento, pero me he quedado en blanco —admito.

—Solo necesito dos palabras.

Acarició un mechón de mi pelo que me recorría el rostro y luego estrechó mis manos entre las suyas. No había rencor en ninguno de sus gestos y me dio una lección de mesura que no esperaba.

—Te quiero —admito por fin—. Quiero recorrer mi camino contigo y estar a tu lado el resto de mi vida. Desearía que tu voz y tu sonrisa no se convirtieran nunca más en un recuerdo.

—No se puede vivir de recuerdos.

Amar a alguien es mucho más que sexo varias veces por semana: es respeto, es sinceridad, lealtad, pero por encima de todo, es querer sin condiciones. Atrás quedaron mis dudas y mis imposiciones.

Acerqué mis labios lentamente a los suyos y la besé despacio.

Las hojas de la copa del árbol se movían con sutileza dejando pasar a través de ellas pequeños destellos de luz y tras aquel beso, perpetuo e imborrable, apoyé mi nariz en su cuello y dejé que su olor me embriagara una vez más.

## CAPÍTULO 19

Chloé está trabajando en una nueva película y pasa muchos días fuera de casa, pero cuando vuelve, aprovechamos cada momento para estar juntas, tanto si salimos (algo que hacemos a menudo disfrazadas y que nos divierte enormemente), como si nos quedamos en casa disfrutando de un libro o una buena película al calor de la chimenea. Vuelvo a disfrutar de todos y cada uno de los momentos que me brinda la vida y hacerlo con ella y con el resto de la familia, es infinitamente mejor que hacerlo al abrigo de la oscura soledad.

Hoy han caído los primeros copos de nieve y toda la finca luce un precioso manto de color blanco. El invierno ha llegado de repente, sin que apenas hayamos tenido tiempo de disfrutar del abanico de marrones que nos suele dedicar el otoño. Las imágenes de París que salen por televisión no son menos bonitas, pero claro, París siempre está preciosa sin importar la época del año.

Entre todos hemos hecho un pequeño muñeco de nieve y nos ha quedado de lujo. A modo de nariz hemos puesto una zanahoria y en la cabeza le hemos colocado el sombrero que llevó Pierre en Halloween. También hemos añadido las tapas de varios tarros de cristal que nos ha dado Marie en la barriga. Los ojos los hemos hecho con un par de corchos de Champagne y como no teníamos bufanda, se la he mangado a Antoine durante la guerra de bolas, de la que por cierto, no he salido muy bien parada.

Me siento en la nieve mientras observo mi pequeña familia alborotada y no puedo evitar pensar en las palabras de Mme Bondue: —*Algún día, sin buscarlo, sin pretenderlo siquiera, esta tierra se convertirá en tu hogar.*

El amor está en todos sitios, en cada cosa, en cada gesto, en cada sonrisa. No distingue entre sexo, raza o religión, porque está vivo en cada uno de nosotros, solo hay que descubrirlo, reconocerlo y dejar que aflore. Las personas que te rodean, no son la fotografía que has hecho de ellas, son mucho más que eso. No pretendas cambiarlas, solo acepta que son todo lo que tienen que ser, con sus virtudes y también con sus defectos. Solo así serán felices. Y Tú también.

Sí, hay un hilo que todo lo cose. ¿Lo has sentido alguna vez?